

Salman Rushdie

La decadencia
de Nerón Golden



ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
DEDICATORIA
CITA

PARTE I

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

PARTE II

Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

PARTE III

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

CRÉDITOS DE LAS CANCIONES
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



SINOPSIS

La nueva novela de Rushdie es un thriller moderno enmarcado en el contexto político, social y cultural de la actual Norteamérica. A través de la literatura, el cine y la cultura pop, *La decadencia de Nerón Golden* presenta un elenco de personajes únicos, incluido un joven norteamericano aspirante a director de cine que se ve involucrado en los oscuros asuntos de la familia Golden, llena de secretos y condenada a la tragedia, en un proceso que le llevará a madurar como hombre y a conocer sus propios límites. En última instancia, la decadencia de su patriarca, Nerón Golden, no es sino espejo de la llegada de Donald Trump al poder y de los cambios profundos en la sociedad estadounidense.

Rushdie envuelve así su historia con un repaso por los últimos ocho años de la vida en Estados Unidos: el auge del Tea Party y el nuevo conservadurismo, el feminismo y las nuevas políticas de género, la reacción contra la corrección política y, claro, el surgimiento de un villano maleducado y ambicioso, narcisista, experto en manipular los medios de comunicación, maquillado como un deportista y de pelo oxigenado: Donald Trump.

*Para Alba y Francesco Clemente,
gracias a cuya amistad y hospitalidad
pude conocer los Jardines*

Dame una moneda de cobre y te contaré una historia de oro.

El grito de los narradores callejeros
de la Roma antigua, citado por PLINIO

La nuestra es una era esencialmente trágica, de forma que nos negamos a tomárnosla trágicamente. El cataclismo ya ha tenido lugar y estamos entre las ruinas, así que nos ponemos a construir pequeños hábitats nuevos y tenemos pequeñas esperanzas nuevas. Es una tarea bastante difícil: ya no hay un camino allanado que lleve al futuro, sino que damos vueltas o bien trepamos sobre los obstáculos. Tenemos que vivir, da igual cuántos cielos hayan caído.

El amante de Lady Chatterley,
D. H. LAWRENCE

La vie a beaucoup plus d'imagination que nous.

FRANÇOIS TRUFFAUT

I

1

El día de la investidura del nuevo presidente, cuando nos preocupaba que alguien lo pudiera asesinar mientras caminaba cogido de la mano de su excepcional esposa entre los aplausos de la multitud, y cuando muchos de nosotros estábamos al borde de la ruina económica como resultado del estallido de la burbuja de las hipotecas, y cuando Isis todavía no era más que una diosa-madre egipcia, llegó a Nueva York un rey septuagenario y sin corona procedente de un país lejano y acompañado de sus tres hijos huérfanos de madre para tomar posesión de su palacio en el exilio, comportándose como si no hubiera ningún problema en el país ni tampoco en el mundo en general ni en su propio pasado. Empezó a reinar en su vecindario como si fuera un emperador benévolo, aunque, a pesar de su sonrisa encantadora y del talento con el que tocaba su violín Guadagnini de 1745, exudaba un olor fuerte y barato, ese olor inconfundible de la gente peligrosa, chabacana y despótica, uno de esos aromas que nos advertía: cuidado con este tipo, porque es capaz de ordenar tu ejecución en cualquier momento, si llevas una camisa que no le gusta, por ejemplo, o si le viene en gana acostarse con tu mujer. Los ocho años siguientes, los años del cuadragésimo cuarto presidente, fueron también los años del reinado cada vez más errático y alarmante sobre nosotros del hombre que se hacía llamar Nerón Golden, y que en realidad no era rey, y al final de cuyo imperio hubo un enorme —y metafóricamente apocalíptico— incendio.

El viejo era bajo, hasta se podría decir que achaparrado, y llevaba el pelo —que seguía teniendo oscuro a pesar de su edad avanzada— repeinado hacia

atrás para acentuar sus entradas de vampiro. Tenía unos ojos negros y de mirada penetrante, pero lo primero en lo que la gente se fijaba —y a menudo él se remangaba la camisa para asegurarse de que se fijaran— eran sus antebrazos, gruesos y fuertes como si hiciera lucha libre, y rematados por unas manos grandes y peligrosas y adornadas con voluminosos anillos de oro tachonados de esmeraldas. Había poca gente que le hubiera oído levantar la voz, pero no nos cabía duda de que dentro de él acechaba una enorme fuerza vocal a la que no convenía provocar. Llevaba ropa cara, pero tenía un aire estridente y animal que le recordaba a uno a la Bestia del cuento, incómoda con sus galas humanas. A todos los que lo teníamos de vecino nos daba bastante miedo, aunque él hacía unos esfuerzos enormes y torpes por ser sociable y buen vecino, agitando su bastón frenéticamente hacia nosotros e insistiendo en los momentos más inoportunos en que fuéramos a su casa a tomar cócteles. Cuando estaba de pie o caminaba iba un poco encorvado, como si estuviera en lucha constante con un fuerte viento que solamente podía sentir él, y que le hacía inclinar la espalda hacia delante, aunque no demasiado. Era un hombre poderoso; no, era más que eso: era un hombre profundamente enamorado de la idea de sí mismo como hombre poderoso. El bastón parecía tener un propósito más decorativo y expresivo que funcional. Cuando caminaba por los Jardines daba toda la impresión de estar intentando hacerse amigo nuestro. A menudo estiraba la mano para acariciar a nuestros perros o alborotar el pelo de nuestros hijos. Pero los niños y los perros se apartaban instintivamente de su mano. A veces, cuando yo lo miraba, me acordaba del monstruo del doctor Frankenstein, un simulacro de ser humano que jamás conseguía transmitir humanidad. Tenía la piel marrón como el cuero y al sonreír le centelleaban los empastes de oro. La suya era una presencia escandalosa y no del todo cortés, pero era inmensamente rico, de forma que, por supuesto, la gente lo aceptaba. Aun así, en nuestra comunidad de artistas, escritores y músicos del Lower Manhattan, no era, en términos generales, popular.

Tendríamos que haber adivinado que un hombre que se había puesto el nombre del último de los monarcas Julio-Claudios de Roma y luego se había instalado en una *domus aurea* estaba reconociendo públicamente su propia

locura, sus fechorías, su megalomanía y su inminente final trágico, y también riéndose en la cara de todo aquello; un hombre así estaba arrojando un guante a los pies del destino y chasqueando los dedos en la cara de la Muerte al acercarse ésta y gritándole: «¡Sí! ¡Compárame si quieres con aquel monstruo que roció a los cristianos de aceite y les prendió fuego para iluminar su jardín de noche! ¡Que tocó la lira mientras ardía Roma (en aquella época no había violines)! Sí, me he bautizado Nerón, de la casa de César, el último de su sangrienta estirpe: te lo puedes tomar como quieras. A mí simplemente me gusta el nombre». Estaba haciendo alarde de su maldad en nuestras mismas caras, regodeándose en ella, desafiándonos a que la viéramos, despreciando nuestra capacidad de comprensión, convencido de que podía derrotar con facilidad a cualquiera que se levantara contra él.

Llegó a la ciudad como si fuera uno de esos monarcas europeos caídos en desgracia, jefes de casas reales derrocadas que seguían usando los grandes títulos honoríficos a modo de apellido, «de Grecia», «de Yugoslavia» o «de Italia», y que trataban el lastimero prefijo *ex* como si no existiera. Él no era exnada, decía su comportamiento; todo en él era majestuoso, sus camisas de cuello rígido, sus gemelos, sus zapatos ingleses a medida, su forma de caminar sin frenar hacia las puertas cerradas, convencido de que se iban a abrir para él; también su naturaleza recelosa, que le hacía reunirse cada día por separado con sus hijos para preguntarles qué decían sus hermanos de él; y sus coches, su afición a las mesas de juego, su servicio de *ping-pong* imposible de devolver, lo mucho que le gustaban las prostitutas, el whisky y los huevos rellenos con picante, o bien aquella frase que repetía a menudo, y que tanto usaban los gobernantes absolutistas, desde César hasta Haile Selassie: la única virtud que importaba era la lealtad. Cambiaba de teléfono móvil con frecuencia, no le daba su número a casi nadie y no contestaba cuando le sonaba. Se negaba a dejar entrar en su casa a periodistas o fotógrafos, aunque había un par de hombres de su grupo habitual de póquer que iban por allí a menudo, donjuanes de cabello plateado que a menudo lucían chaquetas de cuero marrones y fulares a rayas de colores vivos, y de quienes todo el mundo sospechaba que habían asesinado a sus ricas esposas, aunque en el caso de uno no se había llegado a formular ninguna acusación y

en el del otro se habían desestimado los cargos.

Jamás hablaba del hecho de que su mujer hubiera desaparecido del mapa. Aunque tenía la casa repleta de fotografías, las paredes y las repisas de las chimeneas pobladas de estrellas del rock, premios Nobel y aristócratas, no había ni una sola imagen de la señora Golden, o como se hubiera llamado. Estaba claro que aquello sugería alguna desgracia, y nosotros cotilleábamos con descaro acerca de qué podía haber pasado, imaginando la magnitud y la osadía de las infidelidades de aquella mujer, evocándola como una especie de ninfómana de muy alta cuna, con una vida sexual más clamorosa que la de una estrella de cine, y con unos devaneos conocidos por absolutamente todo el mundo salvo su marido, cuyos ojos, cegados por el amor, continuaban contemplándola con adoración tal como él creía que era, la amante y casta esposa de sus sueños, hasta el día terrible en que sus amigos le contaron la verdad, llegaron todos juntos para contársela, ¡y cómo se enfureció él! ¡Cómo los insultó! Los llamó mentirosos y traidores, fueron necesarios siete hombres para refrenarlo y evitar que hiciera daño a quienes lo habían obligado a afrontar la realidad, y luego, por fin, la afrontó, la aceptó, expulsó a aquella mujer de su vida y le prohibió que volviera a ver jamás a sus hijos. Menuda bruja, nos dijimos los unos a los otros, creyéndonos gente de mundo, y la historia nos satisfizo, de forma que dejamos la cosa así, dado que estábamos más preocupados por nuestras cosas y únicamente nos interesaban los asuntos de N. J. Golden hasta cierto punto. Así que le dimos la espalda y seguimos con nuestras vidas.

Cuánto nos equivocábamos.

2

¿Qué es una buena vida? ¿Y cuál es su contrario? Son preguntas a las que cada persona da una respuesta distinta. En estos tiempos de cobardía que corren, negamos la grandeza de lo Universal y glorificamos nuestras Intolerancias locales, y por eso nunca conseguimos ponernos de acuerdo en gran cosa. En esta época degenerada, unos hombres entregados a la simple vanagloria y al beneficio personal —unos hombres vacíos y fanfarrones, para quienes nada está prohibido si beneficia a su mezquina causa— aseguran ser grandes líderes y benefactores y obrar en aras del bien común, y a todos los que se les oponen los llaman mentirosos, envidiosos, personajillos, estúpidos, *agarrotados* y, dándole completamente la vuelta a la verdad, deshonestos y corruptos. Nos encontramos tan divididos, somos tan hostiles entre nosotros, nos mueven tanto la beatería y la burla y estamos tan perdidos en el cinismo que a nuestra pomposidad la llamamos idealismo, y nos sentimos tan desencantados con nuestros gobernantes, y tan dispuestos a burlarnos de las instituciones de nuestro estado, que la misma palabra *bondad* ha quedado vacía de significado y necesita, quizá, ser dejada de lado durante un tiempo, igual que todas las demás palabras ya envenenadas: *espiritualidad*, por ejemplo, *solución final*, por ejemplo, y también (por lo menos cuando se aplica a los rascacielos y a las patatas fritas) *libertad*.

Y sin embargo, en aquel frío día de enero de 2009 en que el enigmático septuagenario al que llegaríamos a conocer como Nerón Julio Golden llegó a Greenwich Village en una limusina Daimler acompañado de tres hijos varones y sin rastro alguno de esposa, él al menos sí que se mostró firme en

su opinión de que había que valorar la virtud y distinguir los actos justos de los injustos.

—En mi casa de América —les dijo a sus atentos hijos a bordo de la limusina que los estaba llevando del aeropuerto a su nueva residencia—, la moral seguirá la regla de oro.

No especificó si con esto quería decir que la moralidad se valoraría por encima de todo, o bien si la riqueza determinaría la moralidad, o bien si él personalmente, con aquel nombre rutilante que se había puesto, sería el único juez de lo que estaba bien y lo que estaba mal, y los jóvenes Julios, siguiendo un hábito filial muy arraigado, tampoco le pidieron ninguna aclaración. (Ellos preferían el plural imperial «Julios» al simple «Golden»: ¡no eran precisamente hombres humildes!) Sin embargo, el más joven de los tres, un indolente muchacho de veintidós años con cara de ángel furioso y una melena que le caía formando hermosas cadencias hasta los hombros, sí que le hizo una pregunta:

—¿Qué vamos a decir —le preguntó a su padre— cuando quieran saber de dónde venimos?

La cara del viejo entró en un estado de vehemencia escarlata.

—Eso ya lo he contestado —les gritó—. Decidles que se vaya a la mierda el desfile de las identidades. Decidles que somos serpientes que mudamos de piel. Decidles que antes de veniros al Lower Manhattan vivíamos en Carnegie Hill. Decidles que nacimos ayer. Decidles que nos hemos materializado por arte de magia, o bien que acabamos de llegar de las inmediaciones de Alfa Centauri a bordo de una nave espacial escondida en la cola de un cometa. Decidles que somos de ninguna parte o de todas o de cualquiera, que somos gente inventada, fraudes, reinenciones, metamórficos o, en otras palabras, americanos. No les digáis el nombre del sitio del que nos hemos marchado. No pronunciéis nunca su nombre. Ni el de la calle ni el de la ciudad ni el del país. No quiero volver a oír esos nombres nunca.

Emergieron del coche en el antiguo corazón del Village, en la calle Macdougall, un poco por debajo de Bleecker, cerca del café italiano que habían frecuentado antaño y que todavía se las apañaba para subsistir; y, sin hacer caso de las bocinas de los coches que tenían detrás ni de la palma

extendida y suplicante de al menos un mendigo mugriento, dejaron la limusina con el motor encendido en medio de la calle y se dedicaron a sacar su equipaje tranquilamente del maletero —hasta el viejo insistió en llevar su propia maleta— y a llevarlo al grandioso edificio estilo Beaux-Arts que había en el lado este de la calle, la antigua mansión Murray, que en adelante pasaría a conocerse como la Casa Dorada. (Solamente parecía tener prisa el mayor de los hijos, el que odiaba salir al aire libre; llevaba puestas unas gafas de sol muy oscuras y se le veía una expresión ansiosa.) De forma que llegaron tal como tenían intención de quedarse: por libre y mostrando una indiferencia despreocupada a las objeciones ajenas.

La mansión Murray, el más majestuoso de todos los edificios de los Jardines, se había pasado muchos años desocupada, con la única excepción de una época en que habían vivido en ella un empresario teatral italoamericano cincuentón famoso por su irritabilidad y su igualmente altiva —aunque mucho más joven— asistente y amante. Nosotros habíamos especulado a menudo sobre quién sería el propietario de la mansión, pero las feroces guardianas del edificio se negaban a satisfacer nuestra curiosidad. Pese a todo, aquéllos fueron años en que mucha gente superrica del mundo compraba propiedades simplemente para poseerlas, y se dedicaba a ir dejando casas vacías por todo el planeta como quien deja unos zapatos al fondo de un armario, de tal forma que dimos por sentado que debía de haber de por medio algún oligarca ruso o algún jeque del petróleo, nos encogimos de hombros y nos acostumbramos a tratar aquella casa vacía como si no estuviera allí. Solamente había otra persona adjunta a la casa, un afable manitas hispano llamado Gonzalo, al que las sargentas a cargo de la propiedad tenían contratado para cuidarla, y a veces, cuando a Gonzalo le sobraba un poco de tiempo, nosotros le pedíamos que viniera a nuestras casas para solucionarnos algún problema de cableado o de tuberías, o bien para que nos ayudara a limpiar de nieve los tejados y las entradas durante lo peor del invierno. Y él prestaba estos servicios, a cambio de pequeñas sumas de dinero en metálico que le poníamos discretamente dobladas en la mano, con una sonrisa en la cara.

El Distrito Histórico de los Jardines de Macdougall-Sullivan —para darles

a los Jardines su nombre completo y grandilocuente— era el espacio encantado y libre de miedo en el que vivíamos y criábamos a nuestros hijos, un lugar donde retirarnos plácidamente del mundo desencantado y temeroso que había más allá de sus fronteras, y no poníamos disculpa alguna por amarlo tanto. Las casas originales estilo *revival* griego que había entre Macdougall y Sullivan, construidas en la década de 1840, habían sido remodeladas al estilo *revival* colonial en los años veinte por un equipo de arquitectos a sueldo de un tal señor William Sloane Coffin, empresario vendedor de muebles y alfombras, y había sido también en aquella época cuando los jardines de atrás de las casas se habían unido para formar los Jardines comunitarios, que limitaban al norte con la calle Bleecker, al sur con Houston, y estaban reservados para el uso privado de los residentes de las casas que los tenían detrás. La mansión Murray era una rareza, demasiado majestuosa en muchos sentidos para los Jardines, una elegante edificación de interés histórico construida para el prominente banquero Franklin Murray y su esposa Harriet Lanier Murray entre 1901 y 1903 por el estudio de arquitectos Hoppin y Koen, quienes, a fin de hacer sitio para ella, demolieron dos de las casas originales que habían levantado en 1844 los herederos del comerciante Nicholas Low. La diseñaron al estilo renacimiento francés para que fuera al mismo tiempo lujosa y moderna, un estilo con el que Hoppin y Koen tenían una experiencia considerable, obtenida primero en la École des Beaux-Arts y después durante el periodo que pasaron trabajando para McKim, Mead y White. Tal como descubriríamos más adelante, Nerón Golden había sido el propietario de la casa desde principios de los años ochenta. Hacía tiempo que en los Jardines se rumoreaba en voz baja que el propietario iba y venía y pasaba quizá un par de días al año en la casa, pero ninguno de nosotros lo había visto nunca, aunque a veces por las noches había luces encendidas en más ventanas de las habituales y, en muy contadas ocasiones, se veía una sombra recortándose contra una persiana, todo lo cual provocó que los niños del lugar decidieran que la casa estaba encantada y dejaran de acercarse a ella.

Así pues, ésa era la casa cuyas amplias puertas delanteras permanecieron abiertas aquel día de enero mientras la limusina Daimler expelía a los

hombres de la familia Golden, el padre y los hijos. En el umbral los esperaba el comité de bienvenida, las dos sargentas al cuidado de los asuntos de Nerón, que lo habían preparado todo para la llegada de su amo. Nerón y sus hijos pasaron al interior y encontraron el mundo de mentiras que habitarían a partir de aquel día; no una residencia nuevecita y ultramoderna destinada a que una familia rica de extranjeros la hiciera suya de forma gradual, a medida que se desarrollaban sus nuevas vidas, se afianzaban sus contactos con la nueva ciudad y se multiplicaban sus experiencias, ¡no!, sino más bien un sitio en el que el Tiempo se había congelado durante veinte años o más, un Tiempo que miraba con su típica indiferencia las sillas Biedermeier desgastadas, las alfombras en lento proceso de decoloración y las lámparas de lava estilo *revival* años sesenta, y que contemplaba con expresión vagamente socarrona la galería de retratos que los fotógrafos más en boga habían hecho de Nerón Golden en su juventud acompañado de un surtido de figuras del Lower Manhattan, René Ricard, William Burroughs, Deborah Harry, así como diversos líderes de Wall Street y antiguas familias de la Guía de Sociedad, portadoras de nombres sagrados como Luce, Beekman y Auchincloss. Antes de comprar aquella casa, el viejo había sido propietario de un loft bohemio de techos altos, trescientos metros cuadrados en la esquina de Broadway con la calle Great Jones, y en su ya lejana juventud hasta se le había permitido rondar por los márgenes de la Factory, sentarse agradecido y sin que nadie le hiciera caso en el rincón de los chicos ricos, junto con Si Newhouse y Carlo De Benedetti; pero de eso ya hacía mucho tiempo. La casa contenía recuerdos de aquella época y también de sus visitas posteriores durante los años ochenta. Gran parte del mobiliario había estado desde entonces en un almacén, y la reaparición de aquellos objetos de una vida anterior tenía cierto aire de exhumación, e implicaba una continuidad que las historias personales de los residentes no poseían. De forma que aquella casa siempre nos pareció una especie de hermosa falsificación. Entre nosotros nos decíamos en voz baja las palabras de Primo Levi: «He aquí el fruto más inmediato del exilio y del desarraigo: el dominio de lo irreal sobre lo real».

No había nada en la casa que sugiriera de dónde venían aquellos hombres, y los cuatro se mostraban obstinadamente reacios a revelar nada de su

pasado. Pero la información siempre se acaba filtrando, es inevitable, y con el paso del tiempo averiguamos su historia y envolvimos sus ficciones con las nuestras. A pesar de que todos tenían una tez bastante clara, desde el hijo menor de piel lechosa hasta el viejo y correoso Nerón, todo el mundo tenía claro que no eran «blancos» al modo convencional. Su inglés era immaculado y tenía acento británico, y era casi evidente que habían estudiado en Oxford o Cambridge, de forma que al principio la mayoría de nosotros dimos por sentado erróneamente que el país que no podía ser nombrado era la Inglaterra multicultural, y que su ciudad multirracial de origen era Londres. Tal vez fueran libaneses, o armenios, o londinenses del sudeste asiático, conjeturábamos, o incluso del Mediterráneo europeo, lo cual explicaría sus fantasías romanas. ¿Qué terrible injusticia se les habría infligido allí, qué espantosas afrentas habrían soportado, para ahora esforzarse tanto en renegar de sus orígenes? En fin, para la mayoría de nosotros aquello era un asunto privado de ellos, y estuvimos dispuestos a dejar la cosa como estaba hasta que ya no fue posible. Y cuando llegó aquel momento, entendimos que nos habíamos estado formulando las preguntas equivocadas.

El hecho de que les funcionara la farsa de aquellos nombres recién adoptados, por no hablar de que lo hizo durante dos mandatos presidenciales enteros, y de que nosotros —sus nuevos vecinos y conocidos— aceptáramos sin reservas aquellas identidades americanas inventadas y afincadas en su palacio de ilusiones dice mucho de América en sí, y más todavía de la fuerza de voluntad con que ellos habitaban aquellas identidades camaleónicas, que los convertía, a ojos de todos nosotros, en lo que fuera que ellos dijeran ser. Visto con la perspectiva que da el tiempo, uno no puede evitar maravillarse ante la ambición de su plan, ante la compleja red de detalles que debieron de tener que cuidar, los pasaportes, los documentos estatales de identidad, los carnets de conducir, los números de la seguridad social, los seguros médicos, las falsificaciones, los tratos y los sobornos, y ante lo difícil que debió de resultar todo, y ante la furia o quizá el miedo que debió de impulsar todo aquel plan magnífico, complejo y ridículo. Tal como descubrimos más adelante, el viejo se había pasado quizá una década y media trabajando en aquella metamorfosis antes de poner su plan en marcha. De haber sabido

esto, habríamos entendido que allí se estaba escondiendo algo muy grande. Pero no lo sabíamos. De momento, para nosotros eran simplemente el rey inventado a sí mismo y sus príncipes *soi-disant*, viviendo en la joya arquitectónica del barrio.

Y la verdad es que no nos resultaban tan extraños. En América la gente tenía los nombres más variopintos. A lo largo y ancho del listín telefónico, en los tiempos en que había listines telefónicos, el exotismo regía las nomenclaturas. ¡Huckleberry! ¡Dimmesdale! ¡Ichabod! ¡Ahab! ¡Fenimore! ¡Portnoy! ¡Drudge! Por no mencionar las docenas, centenares y miles de apellidos relacionados con el oro: Gold, Goldwater, Goldstein, Finegold, Goldberry. Los americanos también decidían constantemente cómo querían que los llamaran y quiénes querían ser, abandonando sus orígenes como Gatz para convertirse en pudientes Gatsbys y perseguir unos sueños llamados Daisy o quizá simplemente América. Samuel Goldfish (otro apellido dorado) se había convertido en Samuel Goldwyn, los Aertzoon habían pasado a ser los Vanderbilt y el tal Clemens ahora se llamaba Twain. Y muchos de nosotros, en calidad de inmigrantes —o bien nuestros padres o abuelos—, habíamos elegido dejar atrás nuestro pasado igual que estaban haciendo ahora los Golden, animando a nuestros hijos a hablar inglés en vez del viejo idioma del país de origen: hablar, vestirse y actuar como americanos, *ser* americanos. Las cosas de antes las escondíamos en un sótano, o bien las tirábamos, o las perdíamos. Y en nuestras películas y cómics —en esos cómics en los que se han convertido nuestras películas—, ¿acaso no celebramos a diario, acaso no *honramos*, la idea misma de la Identidad Secreta? Clark Kent, Bruce Wayne, Diana Prince, Bruce Banner, Raven Darkhölme, os amamos. Puede que antaño la identidad secreta fuera una noción francesa —el ladrón Fantômas y también el fantasma de la Ópera—, pero hoy en día ya ha echado unas raíces profundas en la cultura americana. Si nuestros nuevos amigos querían ser césares, nos parecía bien. Tenían un gusto excelente, una ropa excelente y un inglés excelente, y no eran más excéntricos que, por ejemplo, Bob Dylan o mucha otra gente que había residido un tiempo en nuestro vecindario. De forma que aceptábamos a los Golden porque eran aceptables. Ahora eran americanos.

Pero por fin las cosas empezaron a salir a la luz. Éstas eran las causas de su caída: una disputa entre hermanos, una metamorfosis inesperada, la llegada a la vida del viejo de una hermosa y decidida joven, y un asesinato. (Más de un asesinato.) Y, muy lejos, en el país que no tenía nombre, por último, una labor decente de espionaje.

3

Ésta era su historia secreta, su planeta Krypton en pleno estallido: una historia para llorar, como suelen serlo todas las que se mantienen en secreto.

Todo el mundo amaba el gran hotel del puerto, incluso quienes eran demasiado pobres para entrar nunca por sus puertas. Todo el mundo había visto el interior en las películas, en las revistas de cine y en sueños: la famosa escalinata, la piscina rodeada de bellezas ociosas en bañador, los rutilantes pasillos llenos de tiendas, entre ellas, sastrerías a medida donde te podían copiar tu traje preferido en una tarde después de que eligieras tu tela favorita de hilo de lana o gabardina. Todo el mundo había oído hablar de sus empleados fabulosamente capaces, infinitamente hospitalarios e intensamente dedicados, que consideraban el hotel su familia, le profesaban ese respeto que se le debe a un patriarca y hacían sentirse como un rey o una reina a todo aquel que se adentraba en sus pasillos. Era un lugar para recibir a extranjeros, sí, claro; desde sus ventanas, los extranjeros contemplaban la bahía, aquella hermosa bahía que había dado su nombre a la ciudad innombrable, y se maravillaban ante el enorme despliegue de embarcaciones marítimas que se mecían frente a ellos, barcos a motor y a vela y cruceros de todos los tamaños, formas y colores. Todo el mundo conocía la historia de cómo había nacido la ciudad, de cómo los británicos la habían deseado precisamente por aquella hermosa bahía y de cómo habían negociado con los portugueses para casar a la princesa Catalina con el rey Carlos II; y, debido a que la pobre Catalina no era ninguna belleza, la dote había tenido que ser tremenda, sobre todo porque a Carlos II le encantaban las chicas guapas, de forma que la

ciudad pasó a formar parte de la dote y Carlos se casó con Catalina y ya no volvió a mirarla durante el resto de su vida, pero los británicos pusieron su armada en el puerto y se embarcaron en un ambicioso plan de reclamación de tierras destinado a reunir las Siete Islas y a construir en ellas primero un fuerte y después una ciudad, después de lo cual vino el Imperio británico. La ciudad la habían construido unos extranjeros, de modo que tenía sentido que ahora se recibiera a otros extranjeros en aquel hotel grande y palaciego con vistas al puerto que constituía la razón misma de ser de la ciudad. Pero no era solamente para extranjeros; era un edificio demasiado romántico para eso, con sus paredes de piedra, sus cúpulas rojas, su encanto y sus lámparas de araña belgas que te bañaban con su luz y bañaban las paredes y suelos, con sus obras de arte y sus muebles y sus alfombras procedentes de todos los rincones de aquel gigantesco país, el país que no se podía nombrar, y así, si eras un joven que quería impresionar a su amante, te las apañabas para encontrar el dinero suficiente para llevarla a la galería con vistas al mar y, mientras la brisa marina os acariciaba la cara a los dos, vosotros bebíais té o zumo de lima y comíais sándwiches de pepino o pastel y ella te amaba porque tú la habías llevado al corazón mágico de la ciudad. Y tal vez en vuestra segunda cita la llevarías a comer comida china al piso de abajo y eso sellaría el pacto.

Después de que se marcharan los británicos, se habían adueñado del hotel los grandes de la ciudad, y del país, y del mundo —príncipes, políticos, estrellas de cine, líderes religiosos, las caras más famosas y más bellas de la ciudad, del país y del mundo entero pugnaban por posicionarse en sus pasillos—, y el hotel acabó siendo un símbolo tan universal de la ciudad que no se podía nombrar como lo eran la Torre Eiffel de la suya, o el Coliseo, o aquella estatua de la bahía de Nueva York que llevaba el nombre «La Libertad ilumina el mundo».

Había un mito sobre el origen del gran hotel en el que casi toda la población de la ciudad que no se podía nombrar creía, pese a que no era cierto, un mito sobre la libertad y acerca de derrocar a los imperialistas británicos igual que habían hecho los americanos. Se decía que en los primeros años del siglo XX un majestuoso caballero anciano con fez, que se

daba el caso de que también era el hombre más rico del país que no se podía nombrar, intentó un buen día visitar un gran hotel distinto y más antiguo que había en el mismo barrio y le negaron la entrada por culpa de su raza. El majestuoso caballero anciano asintió lentamente con la cabeza, se alejó de allí, se compró unos terrenos de tamaño considerable en la misma calle y construyó en ellos el mejor y más elegante hotel que se había visto nunca en la ciudad que no podía ser nombrada y en el país que no podía ser identificado, y en muy poco tiempo hizo quebrar el hotel que le había negado la entrada. De forma que el hotel se convirtió, en la mente de la población, en símbolo de rebelión, de haber derrotado a los colonizadores en su propio terreno y haberlos expulsado al mar, e incluso cuando se demostró de forma concluyente que nada de esto había sucedido en realidad, tampoco cambió nada, porque los símbolos de la libertad y la victoria son más poderosos que los hechos.

Pasaron ciento cinco años. Y entonces, el 23 de noviembre de 2008, diez hombres pertrechados con armas automáticas y granadas de mano salieron en lancha del país vecino y hostil que había al oeste del país que no se podía nombrar. En sus mochilas llevaban munición y potentes narcóticos: cocaína, esteroides, LSD y jeringas. En su trayecto a la ciudad que no se podía nombrar secuestraron un pesquero, abandonaron su embarcación original, subieron con dos botes inflables a bordo del pesquero y le dijeron al capitán adónde tenía que ir. Cuando ya estaban cerca de la costa mataron al capitán y se subieron a los botes. Más tarde mucha gente se preguntaría por qué los guardacostas no los habían visto ni habían intentado interceptarlos. Se suponía que la costa estaba bien guardada, pero aquella noche debió de producirse alguna clase de fallo. Cuando los botes desembarcaron, el 26 de noviembre, los atacantes se dividieron en varios grupos y pusieron rumbo a los objetivos que tenían seleccionados: una estación de trenes, un hospital, un cine, un centro judío, un popular café y dos hoteles de cinco estrellas. Uno de ellos era el hotel antes descrito.

El ataque a la estación de trenes empezó a las 21.21 y duró una hora y media. Los dos atacantes dispararon de forma indiscriminada y mataron a cincuenta y ocho personas. Abandonaron la estación y acabaron siendo

arrinconados cerca de una playa de la ciudad, donde a uno lo mataron y al otro lo capturaron. Entretanto, a las 21.30, otro equipo de asaltantes voló una gasolinera y se puso a disparar a la gente que se había asomado a las ventanas del centro judío. Luego atacaron el centro en sí y mataron a siete personas. Diez más murieron en el café. Durante las cuarenta y ocho horas siguientes murieron unas treinta personas en el otro hotel.

El hotel que todo el mundo amaba fue atacado sobre las 21.45. Los primeros en ser tiroteados fueron los clientes que estaban en la zona de la piscina; a continuación, los atacantes se dirigieron a los restaurantes. Una joven que estaba trabajando en la galería frente al mar adonde los jóvenes llevaban a sus novias para impresionarlas ayudó a escapar a muchos clientes por una puerta de servicio, pero cuando los atacantes entraron en tromba en la galería la mataron a ella también. Se lanzaron granadas y después la matanza se prolongó durante lo que acabó siendo un asedio de tres días. Fuera había equipos de televisión y una multitud, y en un momento dado alguien gritó: «¡El hotel está en llamas!». Las llamas salían de las ventanas del piso superior y la famosa escalinata también estaba ardiendo. Entre quienes quedaron atrapados por el fuego y murieron quemados estaban la mujer y los hijos del director del hotel. Los planos del hotel que tenían los atacantes eran más precisos que los de las fuerzas de seguridad. Usaron las drogas para mantenerse despiertos y el LSD —que no es un psicoestimulante— combinado con el resto de drogas (que sí lo eran) para crear en sí mismos un frenesí maniaco y alucinado que hizo que no pararan de reírse a carcajadas mientras mataban. Fuera, las unidades de la televisión informaban cada vez que se escapaba algún cliente del hotel, y los asesinos miraban la tele para averiguar por dónde se estaban escapando. Para cuando terminó el asedio, ya había más de treinta muertos, muchos de ellos empleados del hotel.

Los Golden, bajo el apellido original que abandonarían más adelante, vivían en el vecindario más exclusivo de la ciudad, en una comunidad cerrada situada en la colina más exclusiva, en una casa grande y moderna con vistas a las mansiones art déco que flanqueaban la bahía occidental en la que el sol se

zambullía de cabeza todas las noches. Nos los podemos imaginar allí, al viejo, que todavía no lo era tanto, y a los hijos, también más jóvenes, el zoquete brillante, torpe y agorafóbico del mayor, el mediano con sus hábitos noctámbulos y sus retratos de sociedad y el pequeño con su oscuridad y su confusión interiores. Parece ser que aquello de darse a sí mismos nombres clásicos era un juego que el viejo llevaba muchos años promoviendo entre ellos, igual que les había enseñado desde su tierna infancia que ellos no eran gente normal, que eran césares, que eran dioses. Los emperadores romanos, y después los monarcas bizantinos, eran conocidos entre los árabes y persas como los *Qaisar-e-Rúm*, los césares de Roma. Y si Roma era Rúm, entonces ellos, los reyes de aquella Roma oriental, eran Rumi. Eso los llevó a estudiar al místico y sabio Rumi, alias Yalal ad-Din Muhammad de Balj, cuyas citas usaban el padre y sus hijos para batallar como si fueran pelotas de tenis: «Lo que tú buscas te está buscando a ti; eres el universo en movimiento estático; ten mala fama, crea tu propio mito; vende tu astucia y compra perplejidad; incendia tu vida, busca a quienes aviven tus llamas; y si deseas curarte, déjate enfermar primero», hasta que se cansaron de sus panaceas y empezaron a inventárselas para hacerse reír entre ellos: «Si deseas ser rico, hazte pobre; si alguien te está buscando, es que lo estás buscando tú; si quieres estar derecho, haz el pino».

A partir de entonces se acabó lo de ser Rumi y se convirtieron en Julios latinizados, aquellos hijos de César que eran o acabarían siendo césares por propio derecho. Eran una familia antigua que aseguraba que su árbol genealógico se remontaba hasta Alejandro Magno —que, según afirmaba Plutarco, era hijo del mismo Zeus—, de forma que eran, por lo menos, los iguales de los Julio-Claudios que afirmaban descender de Julio, hijo del piadoso Eneas, príncipe de Troya, y por consiguiente de la madre de Eneas, la diosa Venus. En cuanto a la palabra *césar*, tenía por lo menos cuatro orígenes posibles. ¿Acaso el primer César mató a un *caesai*, la palabra morisca para designar a un elefante? ¿Acaso tenía una cabeza muy poblada de pelo, *caesaries*? ¿O bien tenía los ojos grises, *oculis caesiis*? ¿O quizá su nombre venía del verbo *caederei*, «cortar», porque había nacido por medio de *cesárea*?

—No tengo los ojos grises y mi madre me dio a luz de la forma habitual —dijo el viejo—. Y mi pelo, aunque sigue en su sitio, ya está ralo; y tampoco he matado ningún elefante. Al carajo el primer César: yo he elegido ser Nerón, el último.

—¿Quiénes somos, entonces? —preguntó el hijo mediano.

—Sois mis hijos —dijo el patriarca, encogiéndose de hombros—. Elegid vosotros cómo os llamáis.

Después, cuando les llegara el momento de marcharse, los hijos descubrirían que el viejo les había preparado toda la documentación para viajar ya con los nombres nuevos, y no les sorprendió. Su padre era un hombre de lo más eficaz.

Y aquí, como en una fotografía antigua, aparece la esposa del viejo: una mujercilla triste con el pelo gris recogido en un moño desaliñado y el recuerdo del daño hecho a sí misma en la mirada. La mujer de César: debía estar por encima de toda sospecha, sí, pero también le había tocado en suerte el peor trabajo del mundo.

La noche del 26 de noviembre pasó algo en la mansión, alguna clase de discusión entre César y su mujer, como resultado de la cual ella pidió que le trajeran el Mercedes y al chófer y se marchó consternada de la casa en busca del consuelo de sus amigas, y fue así como llegó a estar sentada en la galería frente al mar del hotel que todo el mundo amaba, comiendo sándwiches de pepino y bebiendo un zumo de lima muy endulzado, cuando los asaltantes alucinados entraron soltando risitas alegres, con espirales en vez de pupilas y pájaros imaginarios revoloteando en torno de las cabezas, y empezaron a disparar a matar.

Y sí, el país era la India, claro, y la ciudad era Bombay, claro, y la casa formaba parte de la lujosa colonia de Walkeshwar, en la colina de Malabar, y sí, por supuesto, estamos hablando de los ataques terroristas musulmanes lanzados desde Pakistán por Lashkar-e-Taiba, el «Ejército de los Justos», primero en la estación de trenes antiguamente conocida como Victoria Terminus o VT y en la actualidad, como todo lo demás en Bombay/Mumbai, rebautizada en honor al héroe-príncipe maratha Shivaji; a continuación en el café Leopold de Colaba, en el hotel Oberoi Trident, en los cines Metro, en el

hospital Cama and Albless, en la casa judía Chabad y en el hotel Taj Mahal Palace and Tower. Y sí, al acabarse los tres días de asedios y batallas, la madre de los dos chicos Golden mayores (de la madre del pequeño ya hablaremos más adelante) se contaba entre los muertos.

Cuando el viejo oyó que su mujer estaba atrapada dentro del Taj le fallaron las piernas, y se habría caído por las escaleras de mármol de su casa de mármol, desde la sala de estar de mármol hasta la terraza de mármol de abajo, de no ser porque había un sirviente lo bastante cerca como para cogerlo, y es que siempre había algún sirviente. A continuación se quedó allí de rodillas, sepultó la cara en las manos y le sacudieron el cuerpo unos sollozos tan fuertes y unas convulsiones tales que pareció que tenía una criatura escondida en las entrañas e intentando escapar. Todo el tiempo que duraron los ataques se lo pasó en posición de rezar en lo alto de las escaleras de mármol, negándose a comer o a dormir, golpeándose el pecho con el puño como si fuera una plañidera profesional en un funeral y culpándose a sí mismo. Yo no sabía que era allí adonde iba, se lamentaba, me lo tendría que haber imaginado, ¿por qué la dejé marcharse? Durante aquellos días, la ciudad tenía una atmósfera oscura como la sangre incluso a mediodía, oscura como un espejo, y el viejo se vio a sí mismo reflejado en ella y no le gustó lo que vio; y su visión fue tan intensa que hasta sus hijos la vieron, y por fin llegó la mala noticia, la noticia que terminó con la vida que habían tenido hasta aquel momento, con los paseos de los fines de semana por el hipódromo en compañía de los representantes de las grandes familias antiguas de Bombay y también del dinero nuevo, con el *squash* y el *bridge* y la natación y el bádminton y el golf en el Club Willingdon, con las estrellas de cine en ciernes, con la música jazz tradicional, todo ello desapareció para siempre, puesto que, ahogados bajo un mar de muerte, los hijos obedecieron lo que su padre les dijo que quería ahora, que era abandonar para siempre no solamente aquel lugar de mármol, sino también la ciudad rota y sumida en rencillas en la cual estaba, así como todo aquel país sucio, corrupto y vulnerable; abandonar todo lo que ellos tenían y que de repente —o no tan de repente— su padre detestaba, y aceptaron borrar por completo hasta el último detalle de lo que aquel país había representado para ellos, y de quiénes habían

sido allí, y también de lo que habían perdido: aquella mujer cuyo marido le había gritado y al gritarle la había empujado a su trágico destino, una mujer amada por sus dos hijos, y que en un momento dado había recibido una humillación tan grande de su hijo adoptivo que había intentado suicidarse. Harían tabla rasa de todo, adoptarían identidades nuevas, cruzarían el mundo y se convertirían en personas distintas. Se escaparían de lo histórico a lo personal, y en el Nuevo Mundo lo personal sería lo único que les interesaría y que desearían: ser independientes, individuales y montárselo por su cuenta, cerrar cada uno de ellos su propio acuerdo con el día a día, fuera de la historia, fuera del tiempo, en privado. A ninguno de ellos se le ocurrió que su decisión nacía de una presunción colosal, de la idea de que podían salir del ayer y empezar el mañana como si ambos no formaran parte de la misma semana, viajar más allá del recuerdo, de las raíces, del idioma y de la raza y llegar a la tierra del yo hecho a sí mismo, es decir, América.

Qué injustos fuimos con ella, con la señora muerta, cuando en nuestros cotilleos atribuimos su ausencia de Nueva York a sus infidelidades. Era su ausencia misma, su tragedia, lo que explicaba la presencia de su familia entre nosotros. Ella era el significado de esta historia.

Al morir su esposa, Popea Sabina, Nerón quemó en su funeral las reservas de incienso árabe para diez años. En el caso de Nerón Golden, sin embargo, todo el incienso del mundo no podría esconder el mal olor.

El término legal *benami* parece casi francés, *ben-ami*, un parecido que engaña a los incautos y les hace creer que podría significar «buen amigo», *bon ami*, o «bienamado», *bien-aimé*, o algo por el estilo. En realidad la palabra es de origen persa y su raíz no es *ben-ami* sino *bé-námi*. *Bé* es un prefijo que significa «sin», y *nám* significa «nombre», de forma que *benami* quiere decir sin nombre o anónimo. En la India, las transacciones *benami* son adquisiciones de propiedad en las que el comprador nominal, a cuyo nombre queda la propiedad, es una simple tapadera para ocultar al propietario verdadero. En jerga americana antigua, al *benami* se lo llamaba *hombre de paja*.

En 1988 el Gobierno de la India aprobó la Ley de (prohibición de) Transacciones Benami, que prohibía dichas adquisiciones y al mismo tiempo permitía al Estado recuperar propiedades que se habían «mantenido benami». Siguió habiendo muchos vacíos legales, sin embargo. Y una de las formas en que las autoridades han intentado llenar esos vacíos es la institución del sistema Aadhaar. El Aadhaar es un número de la seguridad social de doce dígitos que se adjudica a cada ciudadano indio para el resto de su vida y cuyo uso es obligatorio en todas las transacciones financieras e inmobiliarias, lo cual permite que la participación del ciudadano en dichas transacciones quede registrada electrónicamente. Sin embargo, el hombre al que conocemos como Nerón Golden, ciudadano americano durante más de veinte años y padre de ciudadanos americanos, estaba por encima del sistema. Cuando sucedió lo que sucedió y todo salió a la luz, descubrimos que la Casa Dorada era cien por cien propiedad de cierta dama de edad avanzada, la misma dama que era la más veterana de las dos personas de confianza de Nerón, y no se pudo demostrar que existiera ningún otro documento legal. Pero entonces sucedió lo que sucedió, y entonces se vinieron abajo incluso las paredes que Nerón había erigido tan meticulosamente y quedó al descubierto ante nosotros la magnitud plena y atroz de sus crímenes, desnudos bajo la luz diurna de la verdad. Pero esto pasaría en el futuro. De momento no era más que N. J. Golden, nuestro rico y —tal como descubriríamos— vulgar vecino.

4

En el cuadrángulo secreto y cubierto de hierba de los Jardines yo ya gateaba antes de saber andar, y andaba antes de saber correr, y corría antes de saber bailar, y bailaba antes de saber cantar, y allí me dediqué a bailar y cantar hasta que aprendí a quedarme quieto y callado e inmóvil y a escuchar el corazón de los Jardines, durante las veladas estivales iluminadas por los chispazos de las luciérnagas, y allí me convertí, al menos eso creo, en artista. O para ser preciso, en aspirante a guionista de cine. Y en mis sueños, incluso en cineasta, en ese grandilocuente concepto de antaño: director de cine de autor.

Me he dedicado a esconderme detrás de la primera persona del plural, y puede que vuelva a hacerlo, pero ya me llega el momento de presentarme. Existo. En cierta forma, sin embargo, no soy tan distinto de los objetos de mi relato, también expertos en ocultarse a sí mismos, aquella familia cuya llegada a mis lares me proporcionó el gran proyecto que yo había estado buscando con desesperación creciente. Si los Golden estaban entregados a borrar su pasado, entonces yo, que había asumido la tarea de ser su cronista —y tal vez su *imaginador*, un término inventado para los diseñadores de atracciones en los parques temáticos de Disney— soy por definición un ocultador de mí mismo. ¿Qué decía Isherwood al principio de *Adiós a Berlín*? «Soy una cámara con el obturador abierto, pasiva, que graba pero no piensa.» Pero eso era en aquella época; hoy vivimos en la era de las cámaras inteligentes, que piensan por uno. Tal vez yo sea una cámara inteligente. Grabo pero no soy exactamente pasivo. Pienso. Altero. Quizá incluso

invento. A fin de cuentas, ser un imaginador es muy distinto a ser un literalista. El cuadro de Van Gogh de una noche estrellada no se parece en nada a una fotografía de una noche estrellada y, sin embargo, es una excelente representación de una noche estrellada. Digamos simplemente que prefiero la pintura a la fotografía. Soy una cámara que pinta.

Llamadme René. Siempre me ha gustado el hecho de que el narrador de *Moby Dick* no nos diga su nombre de verdad. Puede que el tal «Llamadme Ismael», en la «realidad», es decir, en esa existencia insignificante que queda fuera de la gran Realidad de la novela, se llamara, no sé, de cualquier otra forma. Puede que se llamara Brad, o Trig, u Ornette, o Schuyler, o Zeke. Puede incluso que se llamara Ismael. No lo sabemos, y así, igual que mi gran antecesor, me abstengo de decir simple y directamente «Me llamo René». Llamadme René: es lo más que os puedo decir.

Sigamos. Mis padres eran una pareja de profesores universitarios (¿notan ustedes en su hijo cierto tono académico heredado?) que compraron nuestra casa situada cerca de la esquina de Sullivan y Houston en el Jurásico, cuando las cosas eran baratas. Se los presento: Gabe y Darcey Unterlinden, un matrimonio longevo, no solamente académicos respetados, sino también profesores muy queridos, y, como el gran Poirot (personaje de ficción, pero, como dice Mia Farrow en *La rosa púrpura de El Cairo*, no se puede tener todo)..., belgas. Habían sido belgas en tiempos inmemoriales, me apresuro a aclarar, aunque ya llevaban una eternidad siendo americanos. En Gabe perduraba extrañamente un curioso, fuerte y en su mayor parte inventado acento paneuropeo, mientras que Darcey se mostraba cómoda en su papel de yanqui. Ambos jugaban al *ping-pong* (cuando oyeron que a Nerón Golden también le encantaba ese deporte lo desafiaron, y él los derrotó contundentemente a ambos, a pesar de que los dos jugaban muy bien). Citaban poemas al hablar entre ellos. Eran fanáticos del béisbol, ah, y adictos a ver *reality shows* entre risillas, y amantes de la ópera, eternamente dedicados a planear su monografía no escrita a cuatro manos sobre el género, titulada *La chica muere siempre*.

Amaban su ciudad por su falta de parecido con el resto del país.

—Roma no es Italia —me enseñó en cierta ocasión mi padre—. Igual

que Londres no es Inglaterra, y París no es Francia, y esto, el sitio en donde estamos, no son los Estados Unidos de América. Es Nueva York.

—Entre la metrópolis y el interior rural —añadió mi madre a modo de nota al pie—, siempre hay resentimiento, siempre hay alienación.

—Después del 11-S, América intenta fingir que nos ama —dijo mi padre—. ¿Cuánto puede durar eso?

—No mucho, joder —le terminó la frase mi madre. (Ella era usuaria habitual de palabrotas. Aseguraba que no se daba cuenta, que se le escapaban.)

—Es una burbuja, como dice todo el mundo ahora —dijo mi padre—. Es como esa película de Jim Carrey, pero ampliado a toda la ciudad.

—*El show de Truman* —aclaró solícitamente mi madre—. Y la burbuja ni siquiera abarca la ciudad entera, porque es una burbuja hecha de dinero y el dinero no está distribuido uniformemente.

En esto discrepaban de la opinión comúnmente aceptada de que la burbuja estaba hecha de actitudes progresistas, o, mejor dicho, sostenían, como buenos posmarxistas, que las opiniones de izquierdas se generaban económicamente.

—El Bronx, Queens, quisás no estén tanto en la burbuja —dijo mi padre.

—Está claro que Staten Island no está en la burbuja.

—¿Y Brooklyn?

—Brooklyn tal vez sí que esté en la burbuja. Partes de Brooklyn.

—Brooklyn es genial... —dijo mi padre, y luego los dos terminaron al unísono el viejo chiste favorito que repetían siempre:

—... pero está en Brooklyn.

—La cuestión es que a nosotros nos gusta la burbuja y a ti también —dijo mi padre—. No queremos vivir en un estado republicano, y tú..., tú estarías acabado en un estado como por ejemplo Kansas, donde no creen en la evolución.

—En cierta forma, Kansas es una refutación de la teoría de Darwin —reflexionó mi madre—. Demuestra que no son siempre los más aptos quienes sobreviven. A veces sobreviven los menos aptos.

—Pero el problema no son solamente los vaqueros locos —dijo mi padre,

y mi madre se apresuró a replicar:

—No queremos vivir en *California*.

(Llegado este punto, su burbuja se volvía confusa y pasaba a ser no solamente económica, sino también cultural, costa derecha contra costa izquierda, Biggie en vez de Tupac. No parecía importarles que su postura fuera contradictoria.)

—Así pues, ése eres tú —me informó mi padre—. El chico en la burbuja.

—«*These are days of miracle and wonder* —me cantó mi madre—. *And don't cry, baby, don't cry, don't fucking cry.*»

Tuve una infancia feliz con los profesores. En el corazón de la burbuja estaban los Jardines y los Jardines le daban un corazón a la burbuja. Ellos me criaron en medio de un encantamiento, a salvo de todo lo que me pudiera hacer daño, en ese capullo de seda progresista que es el Lower Manhattan, y eso me dio una valentía inocente aun cuando yo sabía que fuera de aquel conjuro mágico los oscuros molinos del mundo aguardaban al necio quijotesco. (Pese a todo, «lo único que justifica el privilegio —me enseñó mi padre— es haber algo útil con él».) Fui a la escuela Little Red y a la universidad en Washington Square. Una vida entera contenida en una docena de manzanas. Mis padres habían sido más aventureros. Mi padre había estudiado en Oxford con una beca Fulbright y al terminar, acompañado de un amigo británico, había cruzado Europa y Asia en un Mini Traveller —Turquía, Irán, Afganistán, Pakistán, India— durante ese antes mencionado periodo jurásico en el que los dinosaurios caminaban por la Tierra y era posible hacer esa clase de viajes sin que te cortaran la cabeza. A su regreso ya se había hartado del ancho mundo, y se convirtió, junto con Burrows y Wallace, en uno de los tres grandes historiadores de Nueva York, coautor, junto con aquellos dos caballeros, del clásico en varios volúmenes *Metropolis*, la historia definitiva de la ciudad natal de Superman en la que todos vivíamos y en la que el *Daily Planet* llegaba a tu puerta todas las mañanas, y donde —muchos años después que el viejo Super— se afincaría también Spiderman, en Queens. Cuando yo caminaba con él por el Village, me señalaba por ejemplo dónde había estado la casa de Aaron Burr, y una vez, delante de los multicines de la Segunda Avenida con la calle Treinta y

dos, me contó la historia de la batalla de Kip's Bay, y cómo Mary Lindley Murray había salvado a los soldados americanos de Israel Putnam, que huían en desbandada, a base de invitar al general británico William Howe a que dejara de perseguirlos para ir a tomar el té en su majestuosa residencia, Inclenberg, situada en la cima de lo que en el futuro se llamaría Murray Hill.

Mi madre también había sido intrépida a su manera. De joven había trabajado con drogadictos en la sanidad pública y con agricultores de subsistencia en África. Después de que yo naciera, sin embargo, restringió sus horizontes y se volvió primero experta en educación de la primera infancia y finalmente profesora de psicología. Nuestra casa, situada en la calle Sullivan, en la parte de los Jardines más alejada de la Casa Dorada, estaba llena del agradable acopio de las cosas que ellos habían acumulado durante sus vidas: alfombras persas raídas, estatuillas africanas de madera tallada, fotografías, mapas y grabados de los inicios de las dos ciudades «nuevas» de la isla de Manhattan, Ámsterdam y York. Había un rincón dedicado a personajes famosos belgas, un dibujo original de Tintín colgado junto a una serigrafía de Diane von Fürstenberg obra de Warhol y la famosa foto de rodaje de *Desayuno con diamantes* que mostraba a su hermosa protagonista con su larga boquilla para cigarrillos, originalmente conocida como la señorita Edda van Heemstra y después muy amada con el nombre de Audrey Hepburn; debajo de estas cosas, una primera edición de las *Mémoires d'Hadrien* de Marguerite Yourcenar en una mesilla junto a una serie de fotografías de mi tocayo Magritte en su estudio, del ciclista Eddy Merckx y de sor Sonrisa. (Jean-Claude Van Damme se había quedado fuera.)

A pesar de aquel rinconcito de cultura belga, cuando les preguntabas por su país de origen, ellos no dudaban en criticarlo:

—El rey Leopoldo II y el Estado Libre del Congo —decía mi madre—. El peor colonizador de la historia: nunca se vio semejante rapacidad en todo el mundo colonial.

—Y hoy en día —añadió mi padre—, Molenbeek. El sentro del fanatismo musulmán de Europa.

En el sitio de honor de la repisa de la sala de estar había un bloque de hachís de varias décadas de antigüedad y nunca usado, todavía envuelto en su

celofán barato original y con un sello de calidad oficial del Gobierno afgano en forma de luna. En el Afganistán de la época del rey, el hachís era legal y se vendía en forma de tres paquetes distintos con control de calidad y precio diferente: el Oro afgano, la Plata afgana y el Bronce afgano. Pero lo que a mi padre, que no fumaba hierba nunca, le producía verdadero orgullo tener en la repisa era algo más raro, algo legendario, casi esotérico.

—Luna afgana —me dijo—. Si la usas te abre el terser ojo de la glándula pineal que tienes en el sentro de la frente y entonses te vuelves clarividente y nadie te puede ocultar secretos.

—¿Entonces por qué tú no la has usado nunca? —le pregunté.

—Porque un mundo sin misterio es como una imagen sin sombras —dijo él—. De tanto que vess, no te enseña nada.

—Lo que quiere decir —añadió mi madre— es que: (a) creemos en usar nuestras mentes y no en reventarlas; (b) probablemente esté adulterada, o cortada, como solían decir los hippies, con algún alucinógeno temible, y (c) es posible que yo tuviera objeciones importantes. No lo sé. Él nunca me ha puesto a prueba.

«Los hippies», decía, como si ella no recordara los años setenta, como si ella nunca hubiera llevado chaqueta de borreguillo o pañuelo en la cabeza y no hubiera soñado con ser Grace Slick.

No existía nada llamado Sol afgano, por cierto. El sol de Afganistán era su rey, Zahir Shah. Y luego llegaron los rusos, y luego los fanáticos, y el mundo cambió.

La Luna afgana, sin embargo..., me ayudó en los momentos más oscuros de mi vida, y mi madre ya no pudo ponerme objeciones.

Y estaban los libros, cómo no, tantos libros que parecían una enfermedad, y que infestaban hasta el último rincón de nuestro hogar destartalado y feliz. Yo me hice escritor porque, por supuesto, me llevaba bien con aquellos antecesores, y es posible que eligiera escribir películas en vez de novelas o biografías porque sabía que no podía competir con mis mayores. Aun así, hasta que los Golden se mudaron a aquella mansión de Macdougall, situada en

diagonal respecto a la nuestra y con los Jardines de por medio, mi creatividad había permanecido encallada tras licenciarme. Con ese egocentrismo sin límites que caracteriza la juventud, yo había empezado a imaginarme una película magnífica, o incluso una serie de películas estilo *Dekalog*, que tratara de la migración, la transformación, el miedo, el peligro, el racionalismo, el romanticismo, el cambio sexual, la ciudad, la cobardía y el valor; nada menos que un retrato panorámico de mi época. El estilo que había elegido para mi proyecto era lo que yo en privado llamaba *realismo operístico*, y mi gran tema era el conflicto entre el Yo y el Otro. Mi plan era realizar un retrato ficticio de mi vecindario, pero a la historia le faltaba fuerza motriz. Mis padres no tenían ese heroísmo condenado al fracaso que caracteriza a los verdaderos protagonistas del realismo operístico, y el resto de nuestros vecinos tampoco. (Bob Dylan se había marchado hacía mucho.) Después de leer mis primeros guiones, mi célebre profesor de cine afroamericano con gorra de béisbol roja me dijo en tono altivo:

—Muy bonito todo, chaval, pero ¿dónde está la sangre? Esto es demasiado tranquilo. ¿Dónde está el motor de la acción? Tal vez deberías dejar que aterrizara un platillo volante en los puñeteros Jardines. O tal vez deberías hacer que explotara un edificio. Haz que pase algo. Mete un poco de ruido.

Yo no sabía cómo. Pero entonces llegaron los Golden y se convirtieron en mi platillo volante, mi motor y mi bomba. Yo sentí esa excitación del joven artista al que le acaba de llegar un tema como si fuera un regalo en el correo navideño. Y me sentí agradecido.

Mi padre me decía que estábamos en la época de la no ficción.

—Prueba a dejar de inventarte las cosas. Pregunta en cualquier librería —me dijo—. Son los libros de las mesas de no ficción los que se mueven, las historias inventadas languidesen.

Pero eso era lo que pasaba en el mundo de los libros. En el cine, vivíamos en la era de los superhéroes. En la no ficción teníamos las polémicas de Michael Moore, *El gran éxtasis del escultor de madera Steiner* de Werner

Herzog, *Pina* de Wim Wenders y otros. Pero el dinero de verdad estaba en la fantasía. Mi padre admiraba y me recomendaba la obra y las ideas de Dziga Vértov, el documentalista soviético que detestaba el drama y la literatura. Su estilo fílmico, el Kino-Eye o Cine-Ojo, no tenía otra meta que la evolución de la humanidad a una forma de vida superior y libre de ficciones, «del ciudadano inepto, por medio de la poesía de la máquina, al hombre eléctrico perfecto». Le habría caído bien a Whitman. Tal vez también a «Soy una cámara» Isherwood. Yo, en cambio, me resistía a aquello. Las formas más elevadas se las dejaba a mis padres y a Michael Moore. Yo quería inventarme el mundo.

Pero las burbujas suelen ser frágiles, y muchas noches los profesores hablaban en tono preocupado del momento en que reventaran. Les preocupaba la corrección política: aquella colega suya que había salido en la tele con una alumna de veintitrés años gritándole palabrotas a la cara desde un palmo de distancia por un desacuerdo sobre periodismo en el campus; aquel otro colega suyo que también había salido en televisión vituperado por negarse a prohibir los disfraces de Pocahontas en Halloween; aquel colega al que habían obligado a tomarse al menos un semestre sabático de uno de sus seminarios por no haber defendido lo suficiente el «espacio seguro» de una estudiante contra la intrusión de una serie de ideas que aquella estudiante consideraba demasiado «poco seguras» para que su joven mente se las encontrara; el colega que había desafiado la petición estudiantil de quitar una estatua del presidente Jefferson del campus de su facultad, a pesar del hecho reprochable de que Jefferson había tenido esclavos; el colega execrado por sus alumnos de familias evangélicas cristianas por pedirles que se leyeran una novela gráfica escrita por una autora de viñetas lesbiana; el colega que se había visto obligado a cancelar una producción de *Los monólogos de la vagina* de Eve Ensler porque el hecho de definir a las mujeres como personas con vagina suponía una discriminación contra las personas que se identificaban como mujeres y que no poseían vaginas; o bien sus colegas que oponían resistencia a los intentos de los alumnos de «desplataformizar» a los musulmanes apóstatas porque sus ideas eran ofensivas para los musulmanes no apóstatas. Les preocupaba que la gente joven se estuviera volviendo

partidaria de la censura, partidaria de prohibir cosas y de las restricciones. Cómo había sucedido esto, me preguntaban, aquel estrechamiento de miras de las jóvenes mentes americanas; estamos empezando a tener miedo a la gente joven.

—No a ti, por supuesto, cariño, quién podría tenerte miedo a ti —me tranquilizó mi madre, a lo cual mi padre replicó:

—Tenemos miedo *por* ti. Con esa barba trotskista que insistes en llevar, te veo pinta de víctima en potencia de un piolet. Evita México D. F., sobre todo el barrio de Coyoacán. Ess mi consejo.

Al anoecer se sentaban en sus remansos de luz amarilla, con los libros en los regazos, perdidos en las palabras. Parecían figuras de un cuadro de Rembrandt, *Dos filósofos enfrascados en su meditación*, y de hecho eran más valiosos que ningún lienzo; eran quizá miembros de la última generación de su especie, y nosotros, nosotros que somos post-, que venimos después, lamentaremos no haber aprendido más cosas a sus pies.

No tengo palabras para explicar cuánto los echo de menos.

Pasó el tiempo, conseguí echarme novia, la perdí, conseguí otra y la perdí también. A mi guion secreto —mi amante más exigente— no le gustaban mis intentos de entablar aquellas relaciones mal entendidas con seres humanos; se ponía de mal humor y se negaba a revelar sus secretos. El final de mi veintena se me acercaba como una locomotora y yo seguía tumbado indefenso sobre las vías como un héroe desmayado de Nickelodeon. (Sin duda mis padres, tan literatos ellos, habrían preferido que aludiera a la escena culminante en las vías de *El más largo viaje* de Forster.) Los Jardines eran mi microcosmos, y en ellos yo veía a diario a las criaturas de mi imaginación contemplarme desde las ventanas de las casas tanto de Macdougall como de Sullivan, con sus ojos vacíos, suplicando nacer. Yo tenía pedazos de todos ellos, pero la forma global de la obra todavía se me escapaba. En el n.º XX de la calle Sullivan, en la primera planta, con acceso a los Jardines, yo había situado a mi diplomático birmano, o debería decir myanma, U Lnu Fnu, empleado en las Naciones Unidas, con su corazón profesional roto por la derrota sufrida en la batalla más larga de la historia por el puesto de secretario general, veintinueve rondas consecutivas de votaciones sin ganador para acabar perdiendo en la trigésima votación ante el candidato surcoreano. A través de él, yo tenía planeado explorar cuestiones geopolíticas, dramatizar la presión que aplicaban algunos de los regímenes más autoritarios del mundo para que la ONU prohibiera las ofensas religiosas, resolver la controvertida cuestión del uso del veto por parte de Estados Unidos para defender a Israel y justificar una visita de Aung San Suu Kyi en persona a los Jardines de

Macdougall-Sullivan. Yo conocía también la tragedia personal de U Lnu Fnu, cuya mujer había muerto de cáncer, y sospechaba que, descarriado por culpa de la doble derrota sufrida en su recta vida, tal vez se desviara de la probidad y acabara cayendo en desgracia como resultado de los escándalos financieros. Y siempre que yo pensaba en esto, el hombre de ojos vacíos de la ventana del n.º XX de Sullivan negaba con la cabeza, decepcionado, y se retiraba a las sombras. A nadie le gusta ser el malo.

Mi comunidad imaginaria era un grupo de lo más internacional. En el n.º 00 de la calle Macdougall vivía otro solitario, un argentino-estadounidense a quien yo había dado el nombre provisional de «Sr. Arribista». Sobre él, independientemente de que su nombre terminara siendo Mario Florida o Carlos Hurlingham, tenía escrito el siguiente tratamiento:

Arribista, el ciudadano recién llegado, se zambulle en el gran país —«su» país, lo llama él, maravillado—, igual que un hombre que acaba de llegar a un océano prometido después de una larga travesía del desierto, por mucho que nunca haya aprendido a nadar. Él confía en que el océano soportará su peso; y así es. No se ahoga, o al menos no de inmediato.

Y también esto, que necesitaba desarrollo:

Arribista ha sido toda su vida una clavija cuadrada que empuja entre sudores para meterse en un agujero redondo. ¿Acaso este lugar es, por fin, un agujero cuadrado en el que puede encajar perfectamente, o bien él, durante sus largos viajes, se ha ido redondeando? (En este último caso, el viaje carecería de significado, o por lo menos al llegar al final él habría encajado bien allí donde había empezado. Él prefiere la imagen de agujero cuadrado, y la cuadrícula de calles de la ciudad parece confirmar esa realidad.)

Y tal vez se debiera a mis propios fracasos románticos que a Arribista, igual que al caballero de la ONU, también lo hubiera abandonado la mujer a la que él amaba:

Su mujer también es una ficción. O bien pasó de ser real a ser una fantasía ya hace muchos años, cuando lo abandonó para irse con otro hombre, más joven y apuesto, una mejora en todos los sentidos respecto al pobre Arribista, que, como él bien sabe, sólo está medianamente dotado en todos los aspectos que les gustan a las mujeres: apariencia, conversación, grado de

atención, calidez y sinceridad. *L'homme moyen sensible*, que recurre a expresiones prestadas e inexactas como esa misma para describirse a sí mismo. Un hombre que se viste con palabras viejas y ya sabidas, como quien lleva un traje de *tweed*. Un hombre sin cualidades. No, no es verdad, se corrige a sí mismo Arribista. Sí que tiene cualidades, se recuerda. Para empezar, tiene tendencia a denigrarse a sí mismo cada vez que se pierde en su monólogo interior, y en este sentido es injusto consigo mismo. De hecho, viene a ser en gran medida una excelente persona, excelente en el sentido que le da a la palabra su nuevo país, que celebra la excelencia y rechaza el «síndrome de alta exposición». Arribista es una persona excelente porque ha demostrado su excelencia. Le ha ido bien, muy bien. Es rico. Su historia es una historia de éxitos, de sus muy considerables éxitos. Es una historia americana.

Y más por el estilo. Los aristócratas sicilianos imaginarios que vivían en la casa que quedaba justo al otro lado de los Jardines respecto a la de los Golden —provisionalmente llamados Vito y Bianca Tagliabue, barón y baronesa de Selinunte— seguían siendo un misterio para mí, pero yo estaba enamorado de sus antepasados. Siempre que me los imaginaba saliendo por la noche, invariablemente vestidos a la última moda, para asistir a un baile de gala en el Museo Metropolitano o a un estreno en el Ziegfeld o a ver la última exposición del último joven artista de la última galería del West Side, pensaba en el padre de Vito, Biaggio, que...

... en un día caluroso cerca de la costa meridional de Sicilia, ligeramente bronceado y en la flor de la vida, echa a andar por la enorme extensión de su finca familiar, llamada Castelbiaggio, con su mejor escopeta cogida por el cañón y apoyada en el hombro. Lleva un sombrero de ala ancha sobre un viejo guardapolvos de color bermellón, unos pantalones de montar gastados de color caqui y unas botas de paseo lustradas hasta resplandecer como el sol de mediodía. Tiene razones de peso para creer que la vida es bella. Se ha terminado la guerra en Europa, Mussolini y su novia Clara Petacci cuelgan de sus ganchos de carnicero y se está restaurando el orden natural de la vida. El *barone* examina los ordenados renglones de sus viñas cargadas de uvas, como un oficial al mando recibiendo el saludo de sus tropas, y sigue su camino con paso ligero, cruzando bosques y arroyos, colina arriba y valle abajo y luego ascendiendo otra vez, rumbo a su lugar favorito, un pequeño promontorio situado por encima de sus tierras donde puede sentarse con las piernas cruzadas como un lama tibetano y meditar sobre la bondad de la vida mientras contempla el horizonte lejano por encima del mar resplandeciente. Es el último día de su vida en libertad, porque al cabo de un momento

avista a un cazador furtivo con un saco echado al hombro que está cruzando sus tierras y sin dudarle un segundo echa mano de su escopeta y lo mata de un tiro.

A continuación se revelaba que el joven muerto era pariente del capo de la mafia local, que acto seguido declaraba que Biaggio debía morir también a modo de pago por su crimen; poco después se producían altercados y protestas y aparecían sendas delegaciones de la autoridad política y también de la Iglesia, que declaraban que resultaría extremadamente, en fin, visible y extremadamente difícil de pasar por alto que el capo de la mafia matara al terrateniente local, y que esto le causaría al capo más problemas de los que le convenían, de forma que en aras de su propia comodidad tal vez debería renunciar a aquel asesinato. Y al final el capo de la mafia cedía:

Conozco perfectamente a ese *barone* Biaggio, eh, conozco su suite en el Grand Hotel et Des Palmes de Palermo, ¿cuál era? ¿La 202 o la 204, o quizá ambas? Va allí de fiesta y de putas, ¿eh? Y no pasa nada, el lugar es nuestro, nosotros también vamos allí para lo mismo. Así pues, si el muy mequetrefe hijo de puta va allí hoy y se queda dentro el resto de su puta vida, no lo mataremos, pero como intente poner un pie fuera del hotel tendrá que acordarse de que los pasillos están atiborrados de nuestros hombres y de que las putas también trabajan para nosotros, y antes de que pueda poner un pie en el suelo de la plaza que hay a la salida del edificio ya estará muerto, y su cabeza ensangrentada y con una bala en la frente tocará el suelo antes que su puto zapato. ¿Eh? ¿Eh? Decidle eso.

En los guiones y tratamientos para guiones que yo llevaba en la cabeza igual que el Peter Kien de *Auto de fe* de Canetti llevaba bibliotecas enteras, el «barón de la suite» se quedaba recluido en el Grand Hotel et Des Palmes de Palermo, Sicilia, hasta el día de su muerte, cuarenta y cuatro años más tarde, y allí dentro se dedicaba a seguir yendo de fiesta y de putas, todos los días le traían comida y bebida de las cocinas y las bodegas de su casa, concebía a su hijo Vito durante una de las infrecuentes visitas de su sufrida mujer (pero nacía en el lugar elegido por su sufrida mujer, el dormitorio de ella en Castelbiaggio), y al morir sacaban su ataúd por la puerta principal, con los pies por delante, rodeado de una guardia de honor compuesta en su mayor parte por empleados del hotel y unas cuantas putas. Y Vito, desilusionado con Palermo, con la mafia y también con su padre, crecía y se instalaba en Nueva York y adoptaba la firme resolución de llevar la vida contraria a la que

había llevado su padre, completamente fiel a su esposa Bianca pero negándose a pasar una sola velada a solas con ella y con los hijos en casa.

Me temo que tal vez les haya dado a mis lectores una impresión innecesariamente negativa de mi carácter. No quiero que piensen ustedes que soy un tipo indolente, un vago y una carga para mis padres, alguien que se ha pasado más de tres décadas en este planeta y sigue sin encontrar un trabajo como Dios manda. La verdad es que ni entonces ni ahora salía ni salgo demasiado por las noches; al contrario, me levantaba y me levanto bien temprano a pesar de haber sido insomne toda la vida. También era (y sigo siendo) miembro activo de un grupo de cineastas jóvenes —habíamos hecho todos el posgrado juntos— que, bajo el liderazgo de una joven y dinámica productora-guionista-directora india-americana llamada Suchitra Roy, ya había hecho un montón de vídeos musicales, contenido integrado en páginas de internet para Condé Nast y *Wired*, documentales que se habían visto en PBS y en HBO e incluso tres largometrajes estrenados en cines, con financiación independiente, buena acogida (los tres habían sido seleccionados para ir a Sundance y al SXSW y dos de ellos habían ganado premios del público) y actores de primera fila a los que habíamos convencido para que trabajaran por menos dinero: Jessica Chastain, Keanu Reeves, James Franco, Olivia Wilde. Ofrezco este breve currículum para que el lector pueda sentirse en buenas manos, las manos de un narrador creíble y con cierta experiencia, a medida que mi narración vaya adquiriendo unas características cada vez más escabrosas. También presento a mis colegas profesionales porque la crítica continua que aportan a este proyecto personal mío me ha resultado y sigue resultándome valiosa.

Todo aquel caluroso verano nos lo pasamos juntándonos para almorzar en nuestro restaurante italiano favorito de la Sexta Avenida, justo debajo de la calle Bleecker, sentados en una mesa de la terraza con gorras de las que tapan bien y crema solar de factor 50, y yo le contaba lo que estaba haciendo a Suchitra y ella me hacía preguntas inclementes:

—Entiendo que quieres que tu «Nerón Golden» sea un tipo más bien

misterioso, y está bien, le veo el sentido —me dijo—. Pero ¿cuál es la pregunta que nos formula tu personaje y que en última instancia tiene que contestar la historia?

Y yo supe la respuesta de inmediato, pese a que hasta aquel momento no lo había admitido nunca, ni siquiera ante mí mismo.

—La pregunta —le dije— es qué es el mal.

—En ese caso —me dijo ella—, tarde o temprano, y cuanto antes mejor, la máscara tiene que empezar a caer.

Los Golden eran mi historia, y otros me la podían robar. Cualquier aireador de escándalos podía hurtarme lo que era mío por el derecho divino de «yo llegué primero», ese derecho que tiene el ocupante de unas tierras por el hecho de estar ya en ellas. Era yo quien había pasado más tiempo arando aquella tierra, y ya casi me veía a mí mismo como un A. J. Weberman redivivo: Weberman, el autoproclamado «basurólogo» del Village de los años setenta, que hurgaba en la basura de Bob Dylan para descubrir el significado secreto de sus letras y los detalles de su vida privada, y, aunque yo nunca había llegado tan lejos, confieso que sí lo llegué a pensar, pensé en atacar la basura de los Golden como un gato en busca de raspas.

Así es la época que nos ha tocado vivir, una época en la que los hombres esconden sus verdades, tal vez incluso ante sí mismos, y se dedican a vivir mentiras hasta que esas mentiras terminan revelando las verdades de formas impredecibles. Y ahora que hay tanto oculto, ahora que vivimos en meras superficies, en presentaciones y falsificaciones de nosotros mismos, aquel que busque la verdad ha de agarrar la pala, romper la superficie y encontrar la sangre debajo. El espionaje no resulta fácil, sin embargo. En cuanto estuvieron asentados en su lujosa casa, al viejo le entró un miedo obsesivo a que lo espieran aquellos buscadores de la verdad e hizo venir a un equipo de seguridad para que barrieran la propiedad en busca de artefactos de escucha, y, cada vez que discutía con sus hijos de asuntos familiares, lo hacía en sus «idiomas secretos», las lenguas del viejo mundo. Estaba convencido de que todos nos dedicábamos a husmear en sus asuntos, y por supuesto que

husmeábamos, aunque en plan inocente, como cotillas de pueblo, siguiendo esos instintos naturales que muestra la gente normal y corriente junto al grifo o el dispensador de agua fría de la parroquia, intentando encajar piezas nuevas en el puzle de nuestras vidas. Yo era el que mostraba más curiosidad de todos, pero, gracias a esa ceguera que caracteriza a los tontos obsesos, Nerón Golden no se daba cuenta, y me consideraba —equivocándose del todo— un vago y un inútil que no había encontrado la forma de hacer fortuna y por tanto alguien a quien podía pasar por alto, a quien podía borrar de su campo de visión e ignorar, lo cual servía de maravilla a mis propósitos.

Existía una posibilidad, que confieso que no se me ocurrió, ni a mí ni a ninguno de nosotros, ni siquiera en los tiempos desconfiados y paranoicos que corrían. Debido a su consumo abierto y generoso de alcohol, a lo cómodos que estaban en presencia de mujeres sin velo, y al hecho de que no practicaran de forma ostensible ninguna de las principales religiones del mundo, jamás sospechamos que pudieran ser..., oh, Dios mío..., musulmanes. O por lo menos de origen musulmán. Fueron mis padres quienes lo averiguaron.

—En la era de la información, querido —me dijo mi madre con orgullo justificado después de que mi padre y ella terminaran su investigación por la red—, está a la vista la basura de todo el mundo, y solamente necesitas saber dónde mirar.

Puede parecer un despropósito generacional, pero en nuestra casa era yo el que no sabía moverse por internet, mientras que mis padres eran los magos de la tecnología. Yo evitaba las redes sociales y compraba la «edición en papel» del *Times* y del *Post* todas las mañanas en el colmado de la esquina. Mis padres, sin embargo, vivían dentro de las pantallas de sus ordenadores, habían tenido avatares en Second Life desde que habían colgado en internet aquel otro mundo, y se movían por la red «como Pedro por su pantalla», tal como le gustaba decir a mi madre.

Fueron ellos quienes empezaron a abrirme las puertas del pasado de los Golden, de la tragedia de Bombay que los había empujado a cruzar el mundo.

—No ha sido tan difícil —me explicó mi padre como si yo fuera tonto—. No son gente precisamente anónima. Si una persona es lo bastante conocida,

seguramente bastará con haser una búsqueda de imágenes.

—Lo único que hemos tenido que hacer —dijo mi madre, sonriendo— ha sido entrar por la puerta principal. —Y me dio una carpeta—. Aquí tiene usted la información, caballero —añadió con su mejor acento de detective de cine negro—. Un material tremebundo. Apesta más que el pañuelo de un fontanero. No me extraña que tuvieran que largarse. Su mundo se les quedó más roto que Humpty Dumpty. Y como no lo pudieron recomponer, se marcharon y se vinieron aquí, donde hay gente rota en todas las esquinas. Lo entiendo. Es triste. Le mandaremos nuestros honorarios para que pueda abonarlos sin demora.

Aquel año había gente afirmando que el nuevo presidente era musulmán, hubo todas aquellas monsergas del certificado de nacimiento falsificado, y nosotros no teníamos intención de caer en la trampa obvia de la intolerancia. Conocíamos a Muhammad Ali y a Kareem Abdul-Jabbar, y en los días posteriores a que los aviones chocaran contra las torres habíamos acordado, todo el mundo en los Jardines, no culpar a los inocentes por los crímenes de los culpables. Nos acordábamos del miedo que había llevado a los taxistas a poner banderitas en los salpicaderos y a pegar adhesivos de DIOS BENDIGA AMÉRICA en las mamparas de división y nos avergonzaban los ataques a los sijs con turbantes por la ignorancia de nuestros compatriotas. Veíamos a los jóvenes con sus camisetas que decían «NO ME CULPES, SOY HINDÚ» y no les echábamos la culpa, al contrario: nos daba vergüenza que sintieran la necesidad de llevar mensajes sectarios para garantizar su seguridad. Cuando la ciudad se tranquilizó y recuperó su buena onda, nos sentimos orgullosos de nuestros conciudadanos neoyorquinos por su cordura, de forma que no, ahora no nos íbamos a poner histéricos por culpa de aquella palabra. Habíamos leído los libros sobre el profeta y los talibanes y demás y no pretendíamos entenderlo todo, pero yo asumí la tarea de informarme acerca de aquella ciudad de la que los Golden habían venido y cuyo nombre no deseaban mencionar. Durante mucho tiempo sus habitantes se habían enorgullecido de la armonía entre sus comunidades, había en ella muchos hindúes no

vegetarianos y muchos musulmanes que comían cerdo, y era un sitio sofisticado, sus élites eran laicas, e incluso ahora, mientras aquella edad de oro quedaba relegada al olvido, eran realmente los extremistas hindúes quienes oprimían a la minoría musulmana, de forma que resultaba más fácil simpatizar con aquella minoría que tenerle miedo. Yo miraba a los Golden y no veía a unos fanáticos sino a unos cosmopolitas, y lo mismo veían mis padres, de manera que lo dejamos correr, satisfechos. Y nos guardamos para nosotros lo que habíamos descubierto. Los Golden habían huido de una tragedia terrorista y de una pérdida terrible. Había que darles la bienvenida, no temerlos.

Y sin embargo, yo no podía negar las palabras que me habían salido de la boca en respuesta al desafío de Suchitra. «La pregunta es qué es el mal.»

Yo no sabía de dónde habían salido aquellas palabras, ni tampoco qué significaban. Sabía, sin embargo, que buscaría la respuesta a mi manera tintinesca, poirotiana y posbelga, y que cuando la encontrara obtendría por fin la historia que yo había decidido que me correspondía a mí —y a nadie más que a mí— contar.

6

Había una vez un rey malvado que hizo marcharse de su hogar a sus tres hijos y luego los encerró en una casa de oro, sellando las ventanas con persianas doradas y bloqueando las puertas con pilas de lingotes americanos y bolsas llenas de doblones españoles y estuches de luses de oro franceses y cubos enteros de ducados venecianos. Pero los hijos se acabaron convirtiendo en una especie de pájaros o serpientes con plumas que salieron volando por la chimenea y quedaron libres. En cuanto estuvieron fuera, sin embargo, descubrieron que ya no sabían volar y se desplomaron dolorosamente en la calle, donde quedaron heridos y perplejos en la alcantarilla. Se congregó entonces una multitud que no supo si tenía que venerar o temer a aquellas serpientes-pájaro caídas, hasta que alguien tiró la primera piedra. Después de que el diluvio de piedras matara a aquellos tres metamórficos, el rey, a solas en la casa dorada, vio que todo el oro que tenía en los bolsillos las pilas las bolsas y los cubos empezaba a brillar cada vez más y por fin se incendiaba y se quemaba. La deslealtad de mis hijos me ha matado, dijo mientras las llamas se elevaban a su alrededor. Aunque ésta no es la única versión de la historia. En otra versión los hijos no se escapaban, sino que morían junto al rey en el incendio. En una tercera variante, se asesinaban entre sí. En una cuarta, mataban a su padre y se convertían simultáneamente en parricidas y regicidas. Es posible incluso que el rey no fuera del todo malvado, o que tuviera algunas cualidades nobles además de las atroces. En nuestra era de realidades disputadas con ferocidad no resulta fácil averiguar lo que está pasando realmente o lo que ha pasado, *cuál es la situación*, no digamos ya

cuál es la moraleja o el significado de este cuento o de cualquier otro.

El hombre que se hacía llamar Nerón Golden se ocultaba, para empezar, tras un velo de lenguas muertas. Hablaba con soltura griego y latín y había obligado a sus hijos a aprenderlos también. A veces conversaban en el idioma de Roma o el de Atenas, como si se tratara de lenguas cotidianas, de un par más entre la miríada de jergas de Nueva York. Tiempo atrás, en Bombay, él les había dicho: «Elegid vuestros nombres clásicos». Y los nombres que eligieron nos indican que las pretensiones de los hijos eran más literarias y más mitológicas que la simple nostalgia imperial de su padre. Ellos no querían ser reyes, aunque el pequeño, hay que señalarlo, se envolvía en una capa de divinidad. Se convirtieron en Petronio, Lucio Apuleyo y Dioniso. Una vez escogidos aquellos nombres, su padre ya pasó a llamarlos así para siempre. El huraño y traumatizado Petronio se convirtió, para su padre, en Petro o Petrón, un apodo que sonaba casi a marca de gasolina o de tequila, y más adelante y ya de forma definitiva en Petya, un nombre que lo sacó de la antigua Roma para llevarlo a los mundos de Dostoievski y Chéjov. El segundo hijo, vivaz y cosmopolita, artista y hombre de mundo, insistió en elegir él su apodo. «Llamadme Apu», exigió, desafiando la objeción de su padre («¡No somos bengalíes!») y negándose a responder a ningún otro nombre hasta que todo el mundo se acostumbró a usar aquel diminutivo. Y el pequeño, cuyo destino sería el más extraño de todos, acabó siendo simplemente «D».

Es a los tres hijos de Nerón Golden a quienes debemos dirigir ahora nuestra atención, deteniéndonos únicamente para dejar constancia de algo en lo que los cuatro Golden, en un momento u otro, insistieron enfáticamente: que su traslado a Nueva York no fue ni un exilio ni una huida, sino una elección voluntaria. Y tal vez fuera cierto en el caso de los hijos, pero, como veremos, en el caso del padre la tragedia personal y las necesidades privadas quizá no fueran sus únicas motivaciones. Puede que también necesitara ponerse a sí mismo fuera del alcance de ciertas personas. Paciencia: no voy a revelar todos mis secretos al mismo tiempo.

El dandi Petya —de indumentaria conservadora pero invariablemente elegante— había hecho grabar en una placa de bronce que tenía colgada sobre la puerta de su dormitorio unas palabras de su tocayo Gayo Petronio, a quien Plinio el Viejo, Tácito y Plutarco describían como el *arbiter elegantiarum* o *elegantiae arbiter*, el juez de la sofisticación de la corte de Nerón: ABANDONA TU HOGAR, JOVEN, Y BUSCA ORILLAS LEJANAS. QUE TE CONOZCAN EL REMOTO DANUBIO, EL FRÍO VIENTO DEL NORTE, EL PLÁCIDO REINO DE CANOPO Y LOS HOMBRES QUE CONTEMPLAN EL NUEVO NACIMIENTO DE FEBO O SU PUESTA. Resultaba extraño que hubiera elegido aquella cita, dado que el mundo de puertas afuera lo aterraba. Pero a todo el mundo le está permitido soñar y ser una persona distinta en sueños.

Yo los veía varias veces por semana en los Jardines. Con algunos de ellos trabé más amistad que con otros. Pero conocer a las personas en sí no era lo mismo que recrearlas. A aquellas alturas yo ya había empezado a pensar: apunta lo que te venga, sin más. Cierra los ojos e imagínate la película; luego abre los ojos y escríbela. Pero primero tenían que dejar de ser mis vecinos, residentes en el Mundo, para convertirse en mis personajes, residentes en la Realidad. Decidí empezar por donde habían empezado ellos, por sus nombres clásicos. Para darme algunas ideas sobre Petronio Golden leí el *Satiricón* y estudié la sátira menipea. «Criticar actitudes mentales» fue uno de los recordatorios que me hice. «Mejor que parodiar a individuos.» Leí las escasas obras existentes sobre sátiros: *El cíclope* de Eurípides y los fragmentos que habían sobrevivido de *Los pescadores* de Esquilo y de *Los perseguidores* de Sófocles, así como el *remake* moderno que había hecho Tony Harrison de esta última, *The Trackers of Oxyrhynchus*. ¿Y acaso me sirvió de algo este material del mundo antiguo? Pues sí, puesto que me guio hacia la parodia y lo soez y me alejó de la altivez de la tragedia. Me gustaban los zapateados que bailaban los sátiros de la obra de Harrison e hice una anotación: «Petya baila mal, tiene tan poca coordinación que a la gente le hace gracia». También di con un posible recurso argumental, porque tanto en *Los pescadores* como en *Los perseguidores* los sátiros se encontraban con bebés mágicos, con Perseo en la primera y con Hermes en la segunda. «Reservarse la posibilidad de

introducir a criaturas con poderes sobrenaturales», escribí yo en mi cuaderno, y al lado, en el margen, «??? o NO». De forma que no era solamente la historia lo que yo no tenía claro, ni el misterio que ocupaba su centro, sino tampoco la forma. ¿Acaso lo surrealista o lo fantástico jugarían un papel? En aquel momento yo no estaba seguro. Y las fuentes clásicas me habían aportado tanta confusión como ayuda. Las obras de sátiros, por decir una obviedad, eran dionisiacas, y seguramente tenían sus orígenes en los homenajes rústicos al dios. Bebida, sexo, música y baile. Así pues, ¿a qué personaje de mi historia deberían definir en mayor medida? Petya «era» Petronio, pero Dioniso era su hermano..., en cuya historia la cuestión del sexo —o del género, si queremos evitar esa palabra a la que su amante, la notable Riya, le tenía tanta antipatía— iba a ser crucial... Tomé la siguiente nota: «Los personajes de los hermanos se solaparán en cierta medida».

Y a fin de informarme sobre Apu, regresé a *El asno de oro*, aunque en mi historia la metamorfosis iba a ser el destino de otro hermano. (Otro caso de solapamiento entre hermanos.) Tomé, sin embargo, esta valiosa anotación: «“Historia de oro”, en la época de Lucio Apuleyo, era una expresión que significaba cuento fantástico y descabellado, algo que era obviamente falso. Un cuento de hadas. Una mentira».

Y en cuanto al bebé mágico: en vez de mi anterior «??? o NO», tengo que decir que, sin la ayuda de Esquilo o de Sófocles, la respuesta resultó ser SÍ. Iba a haber un bebé en la historia. ¿Mágico o maldito? Lector: tú decides.

La triste y brillante extravagancia del hombre al que llamamos Petya Golden le quedó clara a todo el mundo ya desde el primer día, cuando a la luz menguante de una media tarde de invierno se aposentó él solo en un banco de los Jardines, corpulento, como si fuera una ampliación de su padre, grande y robusto y provisto de los mismos ojos oscuros de mirada afilada que su padre, que ahora parecían interrogar al horizonte. Llevaba un traje de color crema y un grueso gabán de *tweed* de espiguilla, guantes y orejeras de color naranja; a su lado en el banco tenía una coctelera enorme y un frasco de aceitunas y en la mano derecha un vaso de martini, y allí sentado, con su

soledad monológica y su aliento flotando fantasmagóricamente en el aire de enero, se puso a hablar en voz alta y a explicarle a nadie en particular cierta teoría, que él atribuía al cineasta surrealista Luis Buñuel, según la cual el martini seco perfecto era como la Inmaculada Concepción de Cristo. Por entonces él debía de tener cuarenta y dos años, y yo, con diecisiete menos, me acerqué a él con cuidado caminando por la hierba, dispuesto a escucharlo, instantáneamente enamorado, igual que las limaduras de hierro son atraídas por el imán, o igual que la polilla ama la llama letal. Mientras me acercaba, pude ver bajo la luz vespertina que tres de los niños de los Jardines habían parado de jugar, habían abandonado sus columpios y su estructura de tubos y se habían puesto a mirar cómo aquel extraño hombretón hablaba solo. No tenían ni idea de qué estaba hablando aquel loco que acababa de llegar pero, de todas maneras, disfrutaban de su actuación.

—Para hacer el martini seco perfecto —iba diciendo él—, hay que coger un vaso de martini, meter una aceituna y luego llenarlo hasta arriba de ginebra, o, según dicta la nueva moda, de vodka. —Los niños soltaron risitas al oírle hablar de alcohol con tanto descaro—. Luego —añadió, clavando el índice de la mano izquierda en el aire—, hay que poner una botella de vermú cerca del vaso de tal manera que un solo haz de luz atraviese la botella y alcance el vaso de martini. Y entonces te bebes el martini. —Dio un trago ostentoso de su vaso—. Aquí hay uno que ya me he preparado antes —dijo, aclarándoles la situación a los niños, que ahora se escaparon corriendo, entre risas culpables y encantadas.

Los Jardines eran un espacio seguro para los niños que vivían en las casas con acceso a ellos, de forma que corrían por allí sin protección. Hubo un momento, después de la charla sobre el martini, en que algunas madres del vecindario se mostraron preocupadas por Petya, pero no tenían razón alguna para ello; los niños no eran su vicio. Este honor estaba reservado para el bebercio. Y su estado mental solamente era un peligro para sí mismo, por mucho que pudiera resultar desconcertante para quienes se ofendían con facilidad. Cuando conoció a mi madre, por ejemplo, le dijo:

—Debió de ser usted guapísima de joven, pero ya está vieja y arrugada.

Los Unterlinden estábamos dando un paseo matinal por los Jardines

cuando Petya, con su gabán, sus orejeras y sus guantes, se nos acercó para presentarse a mis padres, ¿y aquélla era la primera frase que nos decía? Aquélla fue su primera frase después de «Hola», sí. Yo contuve la ira y abrí la boca para reñirlo, pero mi madre me puso una mano en el brazo y negó amablemente con la cabeza.

—Sí —contestó—. Ya veo que es usted un hombre que dice la verdad.

«En el espectro»: yo no había oído nunca el término. Creo que siempre he sido bastante inocente en muchos sentidos, y para mí el autismo era poco más que Dustin Hoffman en *Rain Man* y otros individuos cruelmente apodados «idiotas sabios», capaces de recitar la lista de los números primos y de trazar de memoria planos increíblemente detallados de Manhattan. Según mi madre, Petya ocupaba claramente una posición alta en el espectro del autismo. Ella no estaba segura de si lo que tenía era AAF, autismo de alto funcionamiento, o bien SA, síndrome de Asperger. Hoy en día el Asperger ya no se considera un diagnóstico distinto, sino que ha sido incluido en el espectro siguiendo una «escala de gravedad». Pero en aquella época, hace apenas unos años, la mayor parte de la gente era igual de ignorante que yo, y a los afectados por el Asperger se los colocaba sin más en la despectiva casilla de los «locos». Puede que Petya Golden fuera un individuo atormentado, pero no estaba loco en absoluto, ni mucho menos. Era un ser humano extraordinario, vulnerable, talentoso e incompetente.

Era físicamente torpón, y a veces, cuando estaba nervioso, la torpeza se le extendía a la boca, y tartamudeaba y balbuceaba y se enfurecía ante su propia ineptitud. También tenía más retentiva que nadie que yo haya conocido nunca. Tú le dabas el nombre de un poeta, «Byron», por ejemplo, y él te recitaba veinte minutos de *Don Juan* con los ojos cerrados. «Quiero un héroe: un anhelo un poco extraño / cuando aparece uno nuevo cada mes y cada año / hasta que van llenos de monsergas los mentideros / y la gente descubre que no es el verdadero.» En busca de heroísmo, contaba, había intentado ser comunista revolucionario en la universidad (Cambridge, de donde se había marchado sin su licenciatura en Arquitectura por culpa de su afección), aunque él admitía que no se había esforzado demasiado por ser un buen comunista, y encima tenía la desventaja de ser rico. Además, su condición

médica no era precisamente práctica de cara a la buena organización y la fiabilidad, así que tampoco había conseguido funcionar bien en su célula y, además, lo que más placer le producía no era la revuelta sino la discusión. Nada le gustaba más que llevar la contraria a todo el mundo que le diera su opinión y a continuación subyugar a su interlocutor a base de aporrearlo con su aparentemente inagotable arsenal de conocimientos detallados y esotéricos. Se habría discutido con un rey por su corona o con un cuervo por un mendrugo de pan. También bebía demasiado. Una mañana en que yo me senté a beber con él en los Jardines —él empezaba a beber a la hora del desayuno—, me vi obligado a echar su bebida en una planta mientras él estaba distraído. Era imposible seguirle el ritmo. Pero las cantidades industriales de vodka que se trincaba no parecían tener efecto alguno en aquel cerebro con defectos de fábrica pero aun así prodigioso. En su habitación, situada en un piso superior de la Casa Dorada, vivía bañado en luz azul y rodeado de ordenadores, y era como si aquellos cerebros electrónicos fueran realmente sus iguales, sus amigos de verdad, como si el mundo de juegos en el que se internaba a través de aquellas pantallas fuera su mundo real y el nuestro fuera la realidad virtual.

Los seres humanos éramos criaturas con las que él tenía que lidiar y con quienes nunca se sentía cómodo.

Lo que más le costaba —durante aquellos primeros meses, antes de que encontráramos las respuestas por nuestra cuenta, lo cual terminé contándole para que se sintiera más cómodo, pero no funcionó— era no airear los trapos sucios de la familia, sus nombres de verdad, sus orígenes y la historia de la muerte de su madre. Si tú le hacías una pregunta directa, él te contestaba sinceramente, porque su cerebro le impedía mentir. Y sin embargo, por lealtad a los deseos de su padre, se las apañaba para encontrar la forma. Se entrenaba para decir frases elusivas —«No voy a contestar esa pregunta», o bien «Quizá se lo tendrías que preguntar a otro»— que su naturaleza pudiera aceptar como verdaderas y que por tanto él pudiera permitirse decir. Cierto: a veces patinaba peligrosamente cerca de la traición.

—En cuanto a mi familia —me dijo un día, sin venir a cuento de nada, como tenía costumbre de hacer (su conversación era una serie de bombas que

caían sin previo aviso del cielo azul de sus pensamientos)—, piensa en la locura constante que se vivía en palacio en la época de los doce césares, incesto, matricidios, envenenamientos, epilepsia, bebés muertos y hedor a maldad, y no nos olvidemos del caballo de Calígula. Un caos, querido muchacho, pero cuando el romano medio miraba a palacio, ¿qué veía? — Hizo una pausa pícaro y dramática antes de seguir—. Veía el palacio, querido muchacho. Veía el puñetero palacio, inamovible, inalterable, *presente*. De puertas adentro, los poderosos se estaban follando a sus tías y cortándose las pollas. Fuera, en cambio, estaba claro que la estructura de poder seguía inalterada. Y nosotros somos así, papá Nerón y mis hermanos. A puerta cerrada, lo reconozco abiertamente, mi familia es un infierno. Acuérdate de las conferencias que dio Edmund Leach en Reith: «La familia, con su falta de privacidad y sus sórdidos secretos, es el origen de todas nuestras insatisfacciones». Puñeteramente cierto en nuestro caso, querido muchacho. Pero de cara al romano medio de la calle, cerramos filas. Hacemos la puñetera formación en testudo y marchamos al frente.

Por muchas cosas que se puedan decir de Nerón Golden —y para cuando yo termine, habré dicho muchas, y muy horribles—, la devoción que le tenía a su primogénito era incuestionable. Estaba claro que en cierto sentido Petya nunca dejaría del todo de ser un niño, impredeciblemente propenso a los percances descabellados. Y como si no bastara con el SA, para cuando se vino a vivir entre nosotros su agorafobia se había agravado mucho. Es curioso, sin embargo, pero los Jardines comunitarios no le daban miedo. Aislados de la ciudad por los cuatro costados, para aquella mente que era como un espejo roto constituían técnicamente un espacio «de puertas adentro». A la calle, en cambio, no salía casi nunca. Luego un día se impuso el reto de cargar, lanza en ristre, contra sus molinos mentales. Afrontando su odio a aquel mundo desguarnecido, y desafiándose a sí mismo a vencer a sus demonios, se zambulló sin propósito alguno en el metro. Su desaparición causó el pánico en su casa, y al cabo de unas horas su familia recibió una llamada de la comisaría de Coney Island, donde Petya estaba encerrado en una celda porque le había entrado miedo en un túnel y había creado un alboroto considerable, y, cuando un agente de seguridad se había subido al

vagón en la parada siguiente, Petya se había puesto a insultarlo y a llamarlo *apparatchik* bolchevique, comisario político y agente del Estado secreto, y el agente lo había tenido que esposar. Solamente la llegada de Nerón a bordo de una enorme y solemne limusina de disculpa pudo resolver la situación. Le explicó a la policía la enfermedad de su hijo y, cosa poco habitual, le hicieron caso y Petya fue entregado a la custodia de su padre. Esto sucedió y más adelante sucederían cosas peores. Pero Nerón Golden nunca flaqueó, nunca dejó de buscar ayuda médica puntera y siempre hizo todo lo que pudo por su primogénito. Cuando se haga el cómputo final, esto tiene que pesar considerablemente en la balanza de la justicia, a su favor.

¿Qué es el heroísmo en nuestra época? ¿Qué es la villanía? Cuánto hemos olvidado si ya no conocemos la respuesta a esas preguntas. Nos ha cegado una nube de ignorancia, y en medio de esa niebla la extraña mente rota de Petya Golden resplandece intermitentemente como un faro maniaco. ¡Qué presencia podría haber llegado a ser! Porque había nacido para ser una estrella, sí, pero tenía un fallo en el programa. Era un orador brillante, cierto, pero parecía un televisor por cable lleno de canales de tertulias que cambiaban de uno a otro todo el tiempo y sin avisar. A menudo mostraba un buen humor frenético, pero su enfermedad también le hacía sufrir mucho, porque le daba vergüenza estar averiado, no conseguir recuperarse y obligar a su padre y a un equipo de médicos a mantenerlo en funcionamiento y a repararlo cada vez que se rompía.

Cuánto sufría y con cuánta nobleza. Me acordé de Raskólnikov. «El dolor y el sufrimiento siempre son inevitables para una gran inteligencia y un corazón profundo. Creo que los hombres realmente grandes deben experimentar una gran tristeza en la tierra.»

Un anochecer de verano —esto fue durante el primer verano que pasaron entre nosotros—, los Golden organizaron una velada rutilante, en la que los invitados llenaron su mansión y se desparramaron por el césped que todos compartíamos. Habían contratado a los mejores publicistas y planificadores de fiestas de la ciudad, de forma que asistió una selección considerable de

«todo el mundo», una buena parte de la fauna que poblaba los titulares, además de nosotros, los vecinos, y aquella noche Petya estaba que se salía, con los ojos resplandecientes y un balbuceo torrencial. Yo lo veía girar sobre sí mismo y hacer piruetas con sus mejores galas de Savile Row, pululando por entre y en torno a la joven actriz y la cantante y el dramaturgo y la puta y los dueños del dinero que discutían sobre la crisis financiera de Asia, y que se quedaron impresionados por que él conociera el término «Tom Yum Goong», que es como llaman a la crisis en tailandés, y por su capacidad para discutir sobre el destino de varias divisas exóticas, el hundimiento del baht o la devaluación del yuan chino, y por que pudiera opinar sobre si el financiero George Soros había causado o no el colapso de la economía de Malasia al vender en corto el ringgit. Tal vez yo fuera el único —o quizá su padre y yo — que se fijó en la desesperación que había detrás de su actuación, la desesperación de una mente incapaz de disciplinarse y por tanto en pleno descenso al carnaval. Una mente aprisionada por sí misma, cumpliendo cadena perpetua.

Aquella noche habló y bebió sin pausa, y todos los que estábamos allí llevaríamos en la memoria durante el resto de nuestras vidas fragmentos de lo que dijo. ¡Qué charla tan descabellada y extraordinaria! No hubo límite de temas a los que acudió para usarlos como sacos de boxeo: la familia real británica, y en concreto la vida sexual de la princesa Margarita, que usaba una isla del Caribe a modo de alcoba privada, y la del príncipe Carlos, que quería ser el tampón de su amante; la filosofía de Spinoza (que le gustaba); las letras de Bob Dylan (recitó entera *Sad-eyed lady of the lowlands*, con la misma reverencia que si estuviera recitando *La belle dame sans merci*); la partida de ajedrez entre Spaski y Fischer (Fischer había muerto el año anterior); el radicalismo islámico (que no le gustaba nada) y el progresismo aguado (que le doraba la píldora al islam y por eso tampoco le gustaba); el papa, al que llamaba *ex Benedicto*; las novelas de G. K. Chesterton (era fan de *El hombre que fue Jueves*); lo desagradable que era el pelo en el pecho de los hombres; la «injusticia» que se había cometido con Plutón, recientemente degradado a la condición de «planeta enano» después de que se descubriera un cuerpo celeste de tamaño mayor, Eris, en el cinturón de Kuiper; los

defectos de la teoría de los agujeros negros de Hawking; la debilidad anacrónica del sistema electoral americano; la estupidez de quienes estudiaban salir del colegio electoral; lo *sexy* que era Margaret Thatcher; y el «veinticinco por ciento de los americanos —los que ocupaban el margen derecho del espectro político— que estaban locos de atar».

Uy, pero también estaba su adoración por «El circo ambulante de Monty Python». Y de repente se puso tan nervioso que ni siquiera encontraba las palabras que necesitaba, porque uno de los invitados de la cena, miembro de una importante familia de empresarios teatrales de Broadway, se había traído como acompañante al miembro de Monty Python Eric Idle, que por entonces estaba disfrutando de un renacer de su fama gracias al éxito en Broadway del musical *Spamalot*, y que llegó en el momento justo en el que Petya estaba explicándole a la serenamente elegante escultora Ubah Tuur (de quien habrá mucho más que contar dentro de un momento) su odio a los musicales en general; solamente salvaba *Oklahoma!* y *West Side Story*, y nos había estado cantando fragmentos idiosincráticos de *I Cain't Say No* y *Gee, Officer Krupke* mientras nos explicaba que «todos los demás musicales son una mierda». Cuando vio al miembro de Monty Python allí plantado y escuchando, sin embargo, se sonrojó intensamente y procedió a rescatarse al incluir el musical del señor Idle entre los que contaban con su bendición; por fin lideró a los presentes en una entusiasta versión del coro de *Always Look on the Bright Side of Life*.

Sin embargo, su cuasi pifia le había estropeado el buen humor. Se secó los mares de sudor de la frente, corrió adentro y desapareció. Y no volvió a unirse a la fiesta; luego, bastante después de la medianoche, cuando la mayoría de invitados ya se habían ido y solamente quedábamos un puñado de vecinos disfrutando del aire cálido de la noche, se abrieron de golpe las ventanas de la habitación que tenía Petya en el piso de arriba de la Casa Dorada y el hombretón salió a la cornisa, bamboleándose ebriamente y vestido con un abrigo largo y negro que le daba aspecto de estudiante revolucionario de la era soviética. Agitado, se sentó pesadamente en la cornisa con las piernas colgando y bramó a los cielos:

—¡Estoy aquí yo solo! ¡Estoy aquí por mí! ¡No estoy aquí por nadie!

¡Estoy aquí yo solo!

El tiempo se congeló. Los que estábamos en el jardín nos quedamos paralizados, mirando hacia arriba. Sus hermanos, que también estaban en los Jardines, parecieron igual de incapaces de moverse que nosotros. Y fue su padre, Nerón Golden, quien se le acercó en silencio por detrás y, agarrándolo en un fuerte abrazo, se dejó caer hacia atrás con su hijo al interior de la habitación. Y fue Nerón quien salió otra vez a la ventana y, antes de cerrarla, nos hizo un gesto furioso para que nos fuéramos.

—Aquí no hay nada que ver. Damas y caballeros, nada que ver. Buenas noches.

Durante un tiempo después de su especie de intento de suicidio, a Petya Golden le resultó difícil emerger de su habitación de cortinas cerradas, iluminada por las luces de una docena de pantallas y de una legión de lámparas con bombillas de color azul claro, y en la que permanecía día y noche, sin apenas dormir, enfrascado en sus misterios electrónicos, que incluían jugar al ajedrez con oponentes anónimos de Corea y Japón, y, según descubrimos más adelante, hacer un curso acelerado sobre la historia y el desarrollo de los videojuegos, entendiendo los programas de juegos de guerra diseñados en los años cuarenta para funcionar en los primeros ordenadores digitales, Colossus y ENIAC y luego pasando despectivamente a toda prisa por el *Tennis for Two*, *Spacewar!* y los primeros juegos de plataformas, recorriendo la época del *Hunt the Wumpus* y el *Dungeons & Dragons*, saltándose las banalidades de *Pac-Man* y *Donkey Kong*, de *Street Fighter* y *Mortal Kombat*, y así hasta llegar a *SimCity*, *Warcraft* y las visiones subjetivas más sofisticadas de *Assassin's Creed* y *Red Dead Redemption* y luego adentrándose en niveles de sofisticación que ninguno podíamos imaginar; y viendo las vulgares ficciones de la telerrealidad; y subsistiendo a base de sándwiches de queso Double Gloucester fundido que se preparaba él en un hornillo eléctrico; sintiéndose todo aquel tiempo profundamente asqueado por sí mismo y por la carga que tenía que acarrear. Luego su clima interno cambió y pasó de odiarse a sí mismo a odiar el mundo, y en concreto,

como figura de autoridad representativa del mundo más próxima, a su padre. Una noche de aquel mismo verano, el insomnio, mi amigo leal, me obligó a levantarme de la cama sobre las tres de la madrugada, ponerme algo de ropa y salir a los Jardines comunitarios para tomar el aire cálido de la noche. En las casas todo el mundo dormía, todo el mundo salvo una persona. En la residencia de los Golden había una habitación de la segunda planta con la luz encendida, la habitación que Nerón Golden usaba de oficina. Al viejo no pude verlo, pero la silueta de Petya, con sus espaldas anchas y su pelo cortado a cepillo, resultaba fácilmente reconocible. Lo asombroso era la extrema animación de aquella silueta, su forma de agitar los brazos y de apoyarse primero en una pierna y después en la otra. A continuación se giró un poco y, al verlo casi de perfil, me di cuenta de que estaba gritando furioso.

No pude oír nada, sin embargo. Las ventanas del estudio estaban bien insonorizadas. Algunos de nosotros sospechábamos que eran de cristal antibalas de dos centímetros y medio de grosor, una hipótesis a la que ahora daba mucho peso la imagen silenciosa de los gritos de Petya. ¿Por qué sentía Nerón Golden la necesidad de tener ventanas antibalas? No había respuesta a aquello; la gente rica de Nueva York siente la necesidad de protegerse de formas impredecibles. En mi familia de académicos adoptábamos un aire de interés burlón ante las excentricidades de mis vecinos: el pintor perpetuamente ataviado con pijama de seda, la directora de revista que nunca se quitaba las gafas de sol fuera la hora que fuera, etcétera. De forma que el cristal antibalas no nos parecía nada del otro mundo. En cierta manera, el hecho de que el espectáculo fuese mudo le daba más fuerza a la actuación histérica de Petya Golden. Yo soy un admirador del cine expresionista alemán en general y de la obra de Fritz Lang en concreto, y de repente las palabras «doctor Mabuse» me aparecieron involuntariamente en el cerebro. En aquel momento descarté esta asociación, porque había otra idea que me preocupaba más: tal vez Petya realmente estuviera perdiendo la chaveta, ya no sólo metafóricamente, sino de verdad. Tal vez detrás del autismo y de la agorafobia hubiera una enajenación mental verdadera, locura. Decidí que en adelante lo vigilaría con más atención.

¿Cuál era el asunto de la discusión? Imposible saberlo. En mi opinión, sin

embargo, parecía una expresión más de las quejas descabelladas de Petya contra la misma vida, que tan malas cartas le había repartido. Al día siguiente, al viejo se lo pudo ver pensativo en un banco de los Jardines, sentado allí como si fuera de piedra, silencioso, inmóvil e inaccesible, con una sombra oscura en la cara. Muchos años después, cuando ya lo supiéramos todo, yo me acordaría de la gran película de Lang, *El doctor Mabuse*, y de aquella noche de verano en los Jardines bajo la ventana iluminada e insonorizada de Nerón Golden. La película, por supuesto, trata de la carrera de un cerebro del crimen.

Ni un solo detalle de los dramáticos acontecimientos de la fiesta de los Golden llegó nunca a los periódicos (ni a las páginas web de cotilleos, ni a ninguno de los demás megáfonos digitales nacidos de la nueva tecnología). A pesar de la abundancia de famosos en la lista de invitados, a pesar del contingente de camareros y empleados que podrían haber sentido la tentación de efectuar una llamada escabrosa a cambio de un dinero fácil, el código de silencio bajo el que vivían los Golden parecía envolver a todos los que entraban en su presencia, de tal forma que ni un solo susurro de escándalo llegó a escapar de su poderoso y casi siciliano campo de fuerza de *omertà*. Nerón había contratado a los miembros más poderosos de la tribu de publicistas de la ciudad, cuya tarea principal no era obtener publicidad, sino suprimirla; así pues, lo que pasaba en la Casa Dorada se quedaba en la Casa Dorada.

Ahora creo que en el fondo Nerón Golden sabía que su interpretación de un neoyorquino sin pasado no podía durar. Creo que sabía que llegaría un momento en que el pasado rechazaría sus intentos de negarlo, en que vendría a por él y haría lo que quisiera. Creo que estaba usando su inmensa capacidad para la bravuconería a fin de retrasar lo inevitable.

—Soy un hombre racional —informó a los invitados de su cena la noche del colapso de Petya. (Sentía cierta debilidad por pronunciar discursos de alabanza a sí mismo)—. Un hombre práctico. Y, si me permiten decirlo, tengo un gran talento para las cosas prácticas. Nadie las domina mejor que

yo, se lo aseguro. Pero, para mi gusto, América vive un poco demasiado pendiente de Dios y demasiado envuelta en supersticiones. Esa clase de cosas interfiere en el comercio. A mí me gusta que dos y dos sean cuatro. Lo demás es palabrería y jerigonza. Cuatro y cuatro son ocho. Si América quiere ser lo que América es capaz de ser, y lo que sueña con ser, necesita apartarse de Dios y acercarse al billete de dólar. América es un país de negocios. Eso creo yo.

Ésta era su aguerrida (y frecuentemente repetida) defensa del capitalismo pragmático, que además me confirmaba a mí que los Unterlinden habían estado en lo cierto al no considerarlo un hombre religioso; y sin embargo, él estaba, todos ellos estaban, atrapados en una enorme fantasía: la idea de que a los hombres no se los juzgaba por quiénes habían sido ni por lo que habían hecho en el pasado, con tal de que ellos decidieran cambiar. Lo que querían los Golden era alejarse de las responsabilidades de la historia y ser libres. Pero la historia es el tribunal ante el que todos los hombres, incluso los emperadores y los príncipes, deben comparecer al final. Me viene a la cabeza la paráfrasis que hacía Longfellow del autor romano Sexto Empírico: los molinos de Dios muelen despacio, pero muelen excepcionalmente fino.

Lucio Apuleyo Golden, alias Apu, el segundo muchacho seudónimo de la familia Golden —por alguna razón, aunque ya tenía cuarenta y un años, la palabra *muchacho* le quedaba mejor que *hombre*—, era solamente un año menor que su hermano Petya; cumplían años con menos de doce meses de diferencia y tenían el mismo signo del horóscopo (géminis). Era un hombre apuesto e infantil, con una sonrisa que era todo travesura maliciosa, una risita jovial que se combinaba de forma irresistible con una simulación de melancolía constante y un monólogo de lamentaciones siempre distintas que le servía para catalogar sus fracasos con las mujeres frente a los lavabos de los clubes de madrugada (su forma de disimular una larga serie de éxitos en aquel terreno). Llevaba el pelo casi rapado —una concesión a la calvicie que se le aproximaba—, iba siempre envuelto en un voluminoso chal de *pashmina* y ya no se llevaba bien con su hermano mayor. Los dos declararon, en conversaciones distintas conmigo, que habían tenido una relación estrecha de niños, pero que ésta se había ido desgastando a medida que se hacían mayores, debido a sus temperamentos irreconciliables. Apu, noctámbulo empedernido, explorador de todo lo que la ciudad tuviera que ofrecer, era insensible a los «problemas» de Petya.

—El tonto de mi hermano —me dijo un día en que, como hacíamos a veces, habíamos salido a beber— es un gallina. —Y añadió—: Tendría que andarse con cuidado. Nuestro padre desprecia la debilidad y no la quiere cerca de él. En cuanto decide que eres un débil, ya no existes para él. Ya no existes, joder.

Luego, como si acabara de oír lo que había dicho, como si acabara de oír agrietarse sus defensas, reuló y se corrigió a sí mismo:

—No me hagas caso. He bebido demasiado y, además, es nuestra forma de hablar. Siempre estamos diciendo tonterías. No significan nada.

Yo interpreté aquel discurso como envidia. Todos podíamos ver que Nerón Golden se mostraba tremendamente atento y solícito con su psicológicamente maltrecho primogénito. Tal vez Apu no recibiera de su patriarca las atenciones que ansiaba de forma tan abierta.

Yo me preguntaba a menudo por qué los cuatro Golden seguían viviendo bajo el mismo techo, sobre todo cuando estaba claro que no se llevaban bien, pero, cuando por fin reuní valor para preguntárselo a Apu, lo único que me dio fueron respuestas crípticas y alegóricas, que le debían más a *Las mil y una noches* o a *El diamante tan grande como el Ritz* que a nada que se pudiera considerar la verdad:

—Es nuestro padre —me contestó una vez— quien sabe dónde está escondida la cueva del tesoro, la que responde a las palabras *Ábrete, sésamo*. De forma que seguimos con él porque estamos intentando encontrar el mapa.

Y otra vez:

—La casa, ya sabes, está literalmente construida sobre una masa subterránea de oro puro. Cada vez que necesitamos pagar algo, solamente tenemos que bajar al sótano y raspar un trocito.

Era como si la casa ejerciera un poder sobre todos ellos: la casa genealógica o la casa real, a veces costaba distinguirlas. Por alguna u otra razón del tipo «la sangre tira», los Golden se sentían atados entre sí, por mucho que los sentimientos reales que se profesaban se estuvieran deteriorando con el tiempo y acercándose a la hostilidad. Los césares en su palacio, con unas vidas que eran una gran apuesta, ejecutando su danza de la muerte.

El ansia que tenía Apu de América era omnívora. Yo me recordé a mí mismo que, por supuesto, Petya y él debían de haber estado aquí antes, de mucho más jóvenes, viviendo en el loft de sus padres durante las vacaciones de la universidad y seguramente sin saber nada de aquella casa benami que les quedaba a escasos minutos a pie y que su padre ya estaba preparando para

el futuro lejano. ¡Cómo debió de prosperar sexualmente Apu en aquella ciudad mucho más joven y canalla! No era de extrañar que se alegrara de estar de vuelta.

Poco después de su llegada, Apu me pidió que le hablara de la noche de noviembre en que Barack Obama fue elegido presidente. Aquella noche yo había estado en un bar deportivo del Midtown donde una dama muy conocida de la alta sociedad del Upper East Side, republicana, hacía de coanfitriona de una fiesta de la noche electoral junto con un productor de cine marcadamente demócrata y del Lower Manhattan. A las once de noche, cuando California proclamó sus resultados e impulsó a Obama a la línea de meta, la sala entera estalló de emoción, y yo me di cuenta de que, igual que todo el mundo, había sido incapaz de creer que lo que estaba pasando fuera a pasar de verdad, por mucho que las cifras ya hubieran indicado claramente hacía un par de horas la victoria de Obama. Todavía nos rondaba por la cabeza la posibilidad de que nos volvieran a robar unas elecciones, de forma que el alivio se mezcló con la euforia cuando la mayoría quedó ratificada definitivamente; «éstas no nos las pueden robar», me dije para tranquilizarme, y noté que tenía lágrimas en la cara. Cuando miré a Apu después de contarle esto, vi que él también estaba llorando.

Después del gran momento en el bar deportivo, le conté, me pasé media noche caminando por las calles, fui al Rockefeller Center y a Union Square y me dediqué a observar a las multitudes de gente joven como yo eufóricas por la conciencia de que, tal vez por primera vez en sus vidas, habían cambiado el rumbo de su país con su acción directa. Contemplaba todo aquel optimismo que fluía a nuestro alrededor, y, siendo el literato cínico que era, formulé el siguiente pensamiento: «Y ahora, claro, nos decepcionará». No me sentí orgulloso de pensarlo, le dije a Apu, pero ésas fueron las palabras que me vinieron a la cabeza.

—Tú ya estás desencantado y, en cambio, yo soy un soñador —me dijo Apu, todavía llorando—. Pero es que a mi familia y a mí nos han pasado cosas espantosas. A ti y a los tuyos nunca os ha pasado nada terrible.

Gracias a mis padres, por entonces yo ya conocía algunas de aquellas «cosas espantosas» de las que hablaba Apu. ¿Acaso podía aquel individuo

relativamente recién llegado a América estar tan entregado ya a su nuevo país que el resultado de unas elecciones lo hacía llorar? ¿O quizá ya había desarrollado de joven un vínculo emocional con el país y ahora simplemente estaba experimentando el renacer de aquel amor perdido? ¿Acaso eran lágrimas sentimentaloides o de cocodrilo? Dejé aquella pregunta de lado y pensé: cuando lo conozcas mejor tendrás la respuesta. Y así es como di otro paso hacia convertirme en espía ocasional; a esas alturas ya tenía completamente claro que a aquella gente valía la pena espiarla. En cuanto a lo que él había dicho de mí, no era del todo exacto, dado que en líneas generales yo seguía atrapado en el fervor inicial de la presidencia de Obama; aun así, había sido un momento de clarividencia, porque a medida que pasaron los años fue creciendo mi alienación del sistema, y al cabo de ocho años, cuando la gente menor que yo (la mayoría jóvenes, blancos y con formación universitaria) empezó a manifestar su deseo de destruir el sistema y tirarlo a la basura, yo no estuve de acuerdo, dado que aquella clase de gesto grandilocuente me parecía una expresión de la misma opulencia malcriada que sus defensores afirmaban odiar, y, siempre que se formulaban aquellos gestos, invariablemente llevaban a algo peor que lo que se había tirado a la basura. Yo lo entendía, sin embargo: entendía la alienación y la rabia, porque la compartía en gran medida, por mucho que hubiera terminado siendo una persona distinta, más cautelosa y gradualista, y, a los ojos de la generación siguiente a la mía, residente en un punto despreciable del espectro (político).

Apu sentía inclinaciones místicas y le atraía todo lo que fuera espiritual, pero en gran medida nos ocultó esa pasión, a pesar de que no había razón para ocultarla, teniendo en cuenta que los neoyorquinos estaban tan enamorados de las creencias extrañas como él. En Greenpoint conoció a una bruja, a una *mãe de santo*, y en su *terreiro* diminuto empezó a adorar con ella a su orisha (deidad menor) preferido y por supuesto también al supremo creador Olodumaré. Pero, aunque ella lo instruía en la hechicería, él le era infiel y seguía con el mismo entusiasmo a un cabalista de la calle Canal llamado Idel, adepto del camino de la cábala práctica prohibida, que buscaba por medio del uso de la magia blanca influir y cambiar la esfera misma de la divinidad, así como el mundo. También se adentró con fervor —guiado por

amigos suyos, a quienes este fervor les resultaba seductor— en el mundo del judaísmo budista, y empezó a meditar en compañía de la cohorte cada vez mayor de *jubus* de la ciudad, compositores clásicos, estrellas de cine y yoguis. Practicaba yoga estilo Mysore, se convirtió en maestro del tarot y se dedicó a estudiar numerología y a comprar libros de anticuario que exploraban las artes oscuras y los círculos mágicos, dentro de los cuales el mago aficionado podía estar a salvo mientras realizaba sus conjuros.

Pronto quedó claro que tenía un talento excepcional para la pintura, o por lo menos una facilidad técnica tan grande como la de Dalí (aunque mejor invertida); su arte era figurativo en plena era del conceptualismo, con unas figuras tanto masculinas como femeninas a menudo desnudas y contenidas dentro de —o bien rodeando, o bien rodeadas de— los iconos simbólicos de sus estudios arcanos: flores, ojos, espadas, copas, soles, estrellas, pentagramas y órganos sexuales masculinos y femeninos. No tardó en adquirir un estudio para pintar al lado de Union Square y empezó a hacer vívidos retratos del *tout* Nueva York, de las damas de la élite (sí, sobre todo de mujeres, aunque también de algunos jóvenes despampanantes), todas felices de desnudarse para él y ser retratadas dentro de un mundo de elevado significado espiritual, envueltas en tulipanes o bien nadando en los ríos del Paraíso o del Infierno, antes de regresar a los templos de Mammón en los que vivían. Debido a su notable control de la técnica, desarrolló rápidamente un estilo fluido que le permitía terminar un retrato en un solo día, y eso también le granjeó el cariño de una comunidad muy impaciente. Tuvo su primera exposición en solitario en 2010, comisariada por la Bruce High Quality Foundation en un espacio temporal de Chelsea, que llevaba por título la cita de Nietzsche «El privilegio de ser uno mismo». Empezó a ser un artista famoso, o bien, tal como decía él con una especie de humildad cínica y burlona, «famoso en veinte manzanas».

América los cambió a los dos, a Petya y a Apu —América, aquella identidad dividida—, y los polarizó de la misma forma en que América estaba polarizada: las guerras de América, exteriores e internas, se convirtieron también en sus guerras. De entrada, sin embargo, si Petya llegó a Nueva York siendo el bebedor polifacético que le tenía miedo al mundo y a

quien vivir en él le suponía un estado de penuria constante, Apu llegó en calidad de artista romántico y abstemio y cosmopolita promiscuo, siempre coqueteando con todo lo visionario y sin embargo provisto de una claridad en su visión que le permitía ver a la gente tal como era, y tal como mostraban sus retratos: la mirada de pánico de la viuda aristócrata avejentada, la ignorancia vulnerable en los ojos del campeón de boxeo retirado, la valentía de la bailarina con sangre en las zapatillas de baile, igual que la hermana fea que se cortó los dedos del pie para que le cupiera el zapatito de cristal de la Cenicienta. Sus retratos eran todo menos aduladores; de hecho, podían ser muy crueles. Y, sin embargo, la gente corría a su puerta con cheques cuantiosos en las manos. Que te pintara Apu Golden, que te clavara a su lienzo, se volvió algo deseable y valioso. Se volvió lo último. Entretanto, lejos de su estudio, él corría con voracidad por la ciudad, abrazándolo todo como un joven Whitman, el subsuelo, los clubes, las plantas eléctricas, las cárceles, las subculturas, las catástrofes, los cometas en llamas, los jugadores profesionales, las fábricas en agonía, las reinas del baile. Era la antítesis de su hermano, un voraz agorafílico, y se lo llegó a considerar una criatura mágica, un fugitivo de un cuento de hadas, aunque nadie sabía decir a ciencia cierta si estaba bendecido o condenado.

Su indumentaria era mucho más ostentosa que la de su hermano mayor, y cambiaba de imagen con frecuencia. Llevaba lentillas de muchos colores y a veces de un color distinto en cada ojo, de manera que hasta el final mismo yo no supe cuál era el color natural de sus ojos. Su ropa abarcaba todas las modas del planeta. Podía abandonar cuando le placía el chal de *pashmina*, por ejemplo, y ponerse el *dishdasha* árabe, el *dashiki* africano, el *veshti* de India del Sur, las camisas de colores vivos de América Latina o, a veces, al estilo discreto de Petya, la gravedad abotonada del traje de tres piezas de *tweed* inglés. Se lo podía ver por la Sexta Avenida con maxifalda o falda escocesa. Aquella mutabilidad nos confundía a muchos sobre su orientación, aunque por lo que yo sabía era convencionalmente heterosexual. Era cierto, sin embargo, que era una especie de genio en mantener cada cosa en su sitio: tenía grupos distintos de amigos que guardaba en compartimentos separados, y los habitantes de cada compartimento desconocían por completo la

existencia de los demás. Así pues, es posible que tuviera una vida secreta más allá de las fronteras del heterosexo, quizá incluso promiscua. Personalmente, sin embargo, no lo creo. Como ya veremos, él no era el hermano Golden que tenía un problema con la identidad de género. En sus exploraciones místicas, sin embargo, ciertamente sí que desarrolló una serie de afiliaciones ocultistas peculiares de las que no le gustaba hablar. Y ahora que todo ya se sabe, puedo empezar a reconstruir esa vida que él mantenía escondida.

Compartíamos la afición por el cine, y nos gustaba ir los fines de semana por la tarde al IFC Center o al Film Forum para ver *Tokyo Monogatari* u *Orfeu negro* o *Le charme discret de la bourgeoisie*. Fue por su cinefilia por lo que se acortó el nombre para llamarse como el inmortal personaje de Ray. A su padre, según me confesó, no le había gustado un pelo:

—Dice que somos romanos, no bengalíes. Pero eso le preocupa a él, no a mí.

A Nerón Golden le hacían gracia nuestras citas para ir al cine. Cuando yo pasaba a recoger a Apu, a veces él me esperaba en el pequeño patio de atrás que daba a los Jardines comunitarios, se giraba hacia la casa y bramaba:

—¡Apuleyo! ¡Está aquí tu novia!

Una última nota relacionada con su nombre: él hablaba con admiración del hombre que había escrito *El asno de oro* en el siglo II.

—El tipo heredó un millón de sestercios de su padre en Argelia y aun así escribió una obra maestra.

Y no solamente me hablaba de su nombre, sino también del de su hermano mayor:

—Si Petya es el sátiro, o incluso el satir-icóno, entonces está claro que yo soy el asno.

(A esto le seguía un encogimiento de hombros despectivo.) Pero de madrugada, cuando se había tomado unas copas, le daba la vuelta a aquella idea. Y esto les quedaba bastante mejor; porque, francamente, él era el sátiro priápico de los dos, mientras que el pobre Petya era muy a menudo el asno de orejas largas.

La noche de la fiesta de los Golden en los Jardines, Petya y Apu conocieron a la mujer somalí y los lazos que mantenían unido al clan

empezaron a romperse.

La había traído a la fiesta su galerista, que ahora era también, aunque no de forma exclusiva, el de Apu: un pícaro chispeante y de pelo plateado llamado Frankie Sottovoce que se había hecho famoso de joven por pintar con espray la inscripción «NLF» con letras de treinta centímetros en uno de los tres monumentales cuadros de nenúfares de Claude Monet que había en el Museo de Arte Moderno, a modo de protesta contra la guerra de Vietnam y replicando la gesta del vándalo desconocido que había garabateado «IRA» con letras de medio metro en la esquina inferior derecha de la *Adoración de los Magos* de Peter Paul Rubens en la capilla del King's College de Cambridge, un acto que Sottovoce, cuando se jactaba de su activismo izquierdista radical de juventud, también reivindicaba inverosímilmente. Las pinturas fueron restauradas sin problemas, el IRA perdió su guerra, el Viet Cong ganó la suya y el galerista llegó a tener una carrera distinguida, que incluyó descubrir y promocionar con éxito, entre otros muchos artistas, a la escultora en metal Ubah Tuur.

Ubah significa «flor» o «florecimiento» en somalí, y a veces se escribe *Ubax*, con una *x* que en somalí es un ruido gutural que a las gargantas anglófonas les cuesta pronunciar, una fricativa faríngea sorda. De ahí lo de *Ubah*, concesión simplificada a la incompetencia faríngea no somalí. Ubah era hermosa de esa forma en que lo son las mujeres del Cuerno de África, con el cuello largo y unos brazos elegantes, y, durante aquella larga velada estival en que se conocieron, a Petya le pareció un árbol en flor bajo cuyas ramas él podría descansar, curado por la sombra refrescante de ella, para el resto de su vida. En un momento dado de la velada, ella cantó; no la canción somalí ululante que él había esperado que emergiera de aquellos labios generosos, sino la famosa oda al amor de Patti Smith, llena de oscuridad y deseo, con sus repeticiones reconfortantes y traicioneras, *can't hurt you now, can't hurt you now...*, y, para cuando terminó de cantar, él ya estaba perdido. Fue a toda prisa hacia la mujer y se detuvo en seco frente a ella, sin saber qué hacer. Vencido por su repentino acceso de amor imposible e inconfesable, se puso a

farfullarle a su recién descubierta mujer ideal cualquier cosa, de poesía y física subatómica y de las vidas privadas de varias estrellas de cine, y ella lo escuchó con gravedad, aceptando todas aquellas incongruencias de cerebro cortocircuitado como si fueran completamente naturales, y él se sintió, por primera vez en la vida, comprendido. Luego ella se puso a hablar y él la escuchó hipnotizado, como una mangosta frente a una cobra. Después habría sido capaz de repetir textualmente hasta la última palabra que había salido de la boca perfecta de ella.

Sus primeras obras, le contó, estaban inspiradas por los artistas primitivos a los que había conocido en una visita a Haití, que cortaban barriles de petróleo por la mitad, aplanaban las dos mitades y luego, usando las herramientas más simples —martillos y destornilladores—, las aporreaban y las cortaban hasta convertirlas en intrincadas imágenes reticuladas de ramas, follaje y pájaros. Se pasó un rato largo contándole a Petya cómo usaba el soplete para cortar acero y hierro en formas tan intrincadas como el encaje y le enseñó imágenes de su obra con el teléfono: restos de coches y tanques destrozados (¿por bombas?) transformados en delicadísimas formas y filigranas en las que un aire de contornos elegantes penetraba el metal y le otorgaba una textura esponjosa. Ella hablaba con el lenguaje del mundo del arte, «guerra de símbolos», «oposiciones deseables», esa jerga llena de abstracciones de los entendidos; describió su búsqueda de «imágenes empáticas que creen un equilibrio y un choque mediante el contraste de ideas y materiales» y examinó también «el absurdo de tener posiciones extremas opuestas, como un luchador con tutú». Era una oradora brillante, carismática y tan veloz que costaba entenderla, y cuando hablaba se hundía una mano en el pelo y se agarraba la cabeza; al final, sin embargo, él le soltó (su autismo lo obligaba a decir la verdad):

—Lo siento, pero no entiendo nada de lo que dices.

Se odió a sí mismo de inmediato. ¿Qué clase de tonto, incapaz de pronunciar las palabras «te quiero», ofrecía su brillante y amada burla en lugar de adoración? Ahora ella lo odiaría y además justificadamente, y la vida de él no tendría sentido y quedaría condenada.

Ella se lo quedó mirando un largo rato y por fin soltó una risa curativa:

—Es un mecanismo de defensa —le dijo—. Viene del miedo a que no te tomen en serio si no demuestras competencia teórica, sobre todo si eres mujer. En realidad, mi obra habla bastante claramente por sí misma. Meto la belleza a la fuerza en el horror y quiero que te inquiete y que te haga pensar. Ven a Rhinebeck a verlo.

Ahora estoy seguro —mientras recompongo el puzle de la Casa Dorada e intento reconstruir mis recuerdos de la secuencia exacta de acontecimientos de aquella noche tan importante, escribiéndolos a medida que me vienen— de que aquél fue el momento de la velada en que la cosa se torció para Petya: cuando su deseo de aceptar la invitación de Ubah se puso a batallar con los demonios que le hacían temer al mundo de fuera. Hizo un gesto extraño con los brazos, medio impotente y medio furioso, e inició un soliloquio a base de incongruencias aceleradas sobre cualquier cosa que le cruzara la mente angustiada. Su estado de ánimo se fue ensombreciendo a medida que despotricaba sobre distintos temas, hasta que por fin llegó a la cuestión de los musicales de Broadway y al hecho de que los odiaba casi todos. Luego vinieron el incómodo episodio de los Monty Python, su huida al interior de la casa y por fin su angustia sobre la cornisa. El amor, en Petya, nunca estaba lejos de la desesperación.

Todo aquel verano se lo pasó triste, encerrado en aquella habitación bañada en luz azul, jugando y (tal como descubrimos después) creando juegos de ordenador de una complejidad y una belleza inmensas, y también soñando con aquella cara inolvidable detrás de su máscara de soldador y de la llama del soplete que se le movía en la mano mientras creaba fantasía y delicadeza con el metal en bruto. Él pensaba en ella como si fuera una especie de superheroína, su diosa del soplete, y quería estar con ella más que nada en el mundo, pero le tenía miedo al viaje; era un príncipe demasiado lleno de problemas para perseguir a su Cenicienta desaparecida. Tampoco podía llamarla por teléfono y contarle cómo se sentía. Era como un continente de locuacidad errática que sin embargo contenía una zona prohibida de parálisis oral. Y por fin fue Apu quien se compadeció de él y le ofreció ayuda.

—Te alquilaré un coche con las ventanillas tintadas —declaró—. Conseguiremos que llegues allí.

Apu juraría más adelante que aquélla había sido su única motivación: conseguir que Petya cruzara la frontera de su miedo y darle una oportunidad para estar con esa chica. Pero tal vez no estuviera diciendo la verdad.

En cualquier caso, Petya hizo acopio de valor y telefoneó, y Ubah Tuur invitó a los hermanos a que fueran a pasar el fin de semana con ella y hasta fue lo bastante comprensiva como para decirle:

—Hay una valla bien sólida que rodea toda la propiedad, así que tal vez puedas considerarla un espacio interior, igual que vuestros Jardines comunitarios. Si puedes hacerte a esa idea, yo te podré enseñar las obras que tengo no solamente en el estudio, sino también en los terrenos.

Bajo las últimas luces del día, con su mono de trabajo sucio, el pelo descuidadamente recogido debajo de una gorra de los Yankees puesta del revés y la máscara protectora que se acababa de quitar colgando del interior del codo: sin intentarlo siquiera, era un bellezón.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —le dijo.

Cogió la mano de Petya entre las suyas y lo llevó por aquella tierra crepuscular salpicada de formas gigantes e intrincadas, como armaduras de encaje de unos dioses inmensos, como detritos de un campo de batalla remodelados por elfos de dedos ligeros, y él fue con ella sin quejarse, convencido de la existencia de aquella valla que no podía ver en la penumbra del atardecer, ni siquiera bajo la luz intensa de la luna; ella dio un rodeo al caserío bajo y alargado en el que vivía, lo llevó por entre éste y el cobertizo en el que trabajaba y le dijo:

—Mira.

Y allí, a los pies de los terrenos, allí donde éstos descendían abruptamente, estaba el río, el ancho y plateado Hudson, que dejó a Petya sin aliento. Por un momento largo ni se acordó de la valla; no preguntó si estaba encerrado y a salvo o bien peligrosamente expuesto a la totalidad aterradora del mundo, y cuando empezó a preguntar: «Pero ¿hay...?» y se le puso a temblar la mano, ella se la cogió con firmeza y le dijo:

—El río es el muro. Éste es un lugar seguro para todos nosotros.

Y él aceptó lo que ella le decía y no tuvo miedo, al contrario: se quedó allí contemplando el agua, hasta que ella llevó a los dos hermanos a la casa para cenar.

Petya recuperó su locuacidad habitual bajo la luz amarilla y cálida de la cocina de ella, mientras se comía su curry de pollo al mango y la dulzura del plato batallaba en su paladar contra las especias bereberes con las que estaba cocinado. Sin embargo, mientras él charlaba sin parar sobre el entusiasmo que le producía el mundo de los videojuegos, intercalando crónicas sobre los últimos juegos del mercado con recitales de poesía fluvial influidos por el resplandor del río, ella dejó de prestarle atención. La noche se alargó, el guion de la visita acabó en la papelera y Ubah Tuur sintió que algo inesperado se elevaba en ella; una traición. Cómo es que no estás casado, le preguntó a Petya, un hombre como tú, eres todo un partido. Pero mientras lo decía, su mirada se deslizó hasta Apu, que estaba «sentado completamente inmóvil», me aseguraría él más adelante, «sin hacer nada», a pesar de que después Petya lo acusó de «murmurar, estabas susurrando algo, cabrón, usaste magia negra con ella», mientras él, Petya, intentaba contestar a Ubah con palabras atropelladas: hace mucho tiempo, sí, alguien, pero desde entonces la espera, la espera de un imperativo emocional, y ella coqueta pero mirando a Apu, y éste murmurando, según Petya, aunque él en persona siempre me negó que hubiera murmurado.

Sé lo que hiciste, pedazo de rata, le chilló Petya más tarde, seguramente también le pusiste algo en la comida, las especias lo disimularon, algún polvo maligno de entrañas de pollo que te dio tu bruja de Greenpoint, y los murmullos, lo que estabas diciendo, un conjuro, un conjuro.

Y Apu, con la cara muy seria, empeorando la cosa: ¿Dónde está ahora el hijo favorito de mi padre? ¿Qué pasa con lo de que dos y dos son cuatro? ¿Y cuatro y cuatro son ocho? Yo no hice nada. Nada.

Te la follaste, aulló Petya.

Bueno, sí, eso sí. Lo siento.

Puede que la conversación fuera distinta. Yo no estuve presente. Es muy posible que el habitualmente locuaz Petya se pasara la noche entera sin poder hablar, silenciado por el amor, y que el vivaz y cosmopolita Apu

monopolizara la conversación y a la mujer. Es posible que ella, Ubah, universalmente considerada una mujer elegante y cortés, y raras veces temeraria, se sorprendiera a sí misma en aquella ocasión cediendo a la lujuria repentina por el hermano incorrecto, el artista como ella, la estrella emergente, el mujeriego y el hombre encantador. Las motivaciones del deseo son misteriosas incluso para los deseantes, los deseosos y los deseados. «Traiciono / por la traición del cuerpo mi hidalguía», bardo de Avon, soneto 151. Y así es como, sin saber del todo cómo ni por qué, infligimos heridas mortales a quienes amamos.

Una casa a oscuras. Tablones del suelo que chirrían. Movimientos. No hace falta representar el melodrama banal del acto en sí. Por la mañana la culpa en las caras de los dos culpables, tan fácil de leer como un titular. El grande y pesado Petya, el ligero y rapado Apu y la mujer entre ambos como una nube de tormenta. No hay nada que explicar, dijo ella. Es lo que ha pasado. Creo que deberíais iros los dos.

Y luego Petya aprisionado por su miedo al mundo a bordo del coche con las ventanillas tintadas que le había alquilado su hermano, temblando de furia humillada y castrada en el asiento de atrás, tres horas de horror silencioso en el regreso en coche a la ciudad. Y es en momentos así cuando un hombre puede plantearse el asesinato.

Dieciocho años después de que naciera Apu, el viejo tuvo una relación extraconyugal y no tomó precauciones y el resultado fue un embarazo que él decidió no abortar, dado que, en su opinión, las decisiones siempre le correspondían a él. La madre era una pobre mujer cuya identidad no trascendió (¿una secretaria?, ¿una puta?) y que a cambio de cierta consideración financiera entregó al niño a su padre, se marchó de la ciudad y desapareció de la historia del bebé. Así pues, igual que el dios Dioniso, el niño nació dos veces, la primera de su madre y la segunda en el mundo de su padre. El dios Dioniso siempre fue un forastero, un dios de la resurrección y de la llegada, «el dios que viene». También era andrógino, «hombre-mujer». El hecho de que aquél fuera el seudónimo que eligió el hijo menor de Nerón Golden en el juego de rebautizarse con nombres clásicos revela que ya sabía algo de sí mismo antes de saberlo, por así decirlo. Por entonces, sin embargo, las razones que dio para elegir aquel nombre eran que, en primer lugar, Dioniso se había aventurado hasta el interior de la India, y ciertamente el mítico monte Nisa donde había nacido podría haber estado en el subcontinente; y en segundo lugar, que era la deidad del placer sensual, y no solamente Dioniso, sino, en su encarnación romana, también Baco, el dios del vino, el desorden y el éxtasis, todo lo cual —según Dioniso Golden— parecía divertido. Pese a todo, pronto anunció que prefería que no lo llamaran por su nombre divino completo y pasó a usar el simple y casi anónimo apodo de una sola letra, «D».

Su integración en la familia no había resultado fácil. Con sus medio

hermanos se llevó mal desde el principio. Durante toda su infancia se había sentido excluido. Ellos lo llamaban Mowgli y aullaban cómicamente hacia la luna. La madre-loba de él había sido una puta de la selva y la de los otros dos era la madre loba de Roma. (Llegado este punto, da la impresión de que los dos mayores habían decidido ser Rómulo y Remo, aunque más tarde Apu me negó esto, o mejor dicho me sugirió que aquello era una idea que tenía en la cabeza D, no él.) Los otros dos ya dominaban el latín y el griego cuando él todavía estaba aprendiendo a hablar, y usaban aquellos idiomas secretos para desterrarlo de sus conversaciones. Después los dos negarían esto, aunque admitirían que la forma en que el chico había ingresado en la familia y la diferencia de edad habían creado dificultades graves, cuestiones de lealtad y de afecto natural. Ahora que ya era un joven, D Golden alternaba cuando estaba en compañía de sus hermanos entre el condescendiente y la cólera. Saltaba a la vista que necesitaba querer y ser querido; había en él una marea de emoción de la que necesitaba inundar a la gente y cuyo reflujo, a su vez, esperaba que lo inundara. Cuando esta reciprocidad apasionada no se producía, hablaba en tono cortante y despotricaba y se aislaba. Tenía veintidós años cuando la familia tomó posesión de la Casa Dorada. A veces mostraba una sabiduría desmesurada para su edad. En otras ocasiones se comportaba como un niño de cuatro años.

Cuando de niño reunía valor para preguntarle a su padre y a su madrastra por la mujer que lo había parido, su padre se limitaba a hacer un gesto exasperado con las manos y a salir de la habitación. Su madrastra se enfadaba:

—¡Déjalo ya! —exclamó un día fatídico—. Era una mujer sin importancia. Se marchó, enfermó y se murió.

¿Cómo era ser Mowgli, hijo de una mujer sin importancia, expulsada con tanta crueldad por su padre y luego víctima en la oscuridad exterior de una de la miríada de muertes de la gente pobre y olvidada? Más adelante, después de que se rompiera el código de silencio, oí una historia espantosa de labios de Apu. Durante un tiempo la relación del viejo con la madre de ellos dos había atravesado dificultades. Él se mostraba furioso con ella y ella le contestaba a gritos. Yo me incorporé a medias y le presté atención porque era la primera

vez durante mis conversaciones con los Golden que aquella mujer sin cara y anónima, la mujer de Nerón —una condición desgraciada ya desde la antigüedad—, salía al escenario y abría la boca; y también porque, según la historia, Nerón había gritado y vociferado y ella le había devuelto los gritos y las voces. Aquél no era el Nerón al que yo conocía, en quien la fuerza de la cólera se mantenía siempre bajo control y emergía únicamente en forma de elogios ampulosos a sí mismo.

En cualquier caso: después de aquel estallido, la familia se dividió en dos bandos. Los chicos mayores se pusieron del lado de su madre, pero Dioniso Golden permaneció con firmeza junto a su padre y convenció al patriarca de que su esposa, la madre de Petya y de Apu, no tenía capacidad para llevar la casa. Nerón convocó a la mujer y le ordenó que entregara las llaves. Después de aquello, durante un tiempo fue D quien daba instrucciones y encargaba la compra y decidía qué comida se preparaba en las cocinas. Fue una humillación pública, una deshonra. La noción que ella tenía de su propio honor estaba profundamente vinculada a aquel aro de hierro, una O majestuosa de unos ocho centímetros de diámetro de la que colgaba una veintena de llaves, grandes y pequeñas, las llaves de la despensa, de las cajas fuertes del sótano, atiborradas de lingotes de oro y otros objetos arcanos de los ricos, y de varias cavidades repartidas por la mansión donde ella escondía quién sabía qué: antiguas cartas de amor, joyas nupciales, chales de anticuario. El llavero era el símbolo de su autoridad doméstica, y su orgullo y su amor propio colgaban de él junto con las llaves. Era el ama de las cerraduras, y sin aquel rol no era nada. Dos semanas después de que su marido le mandara entregar el llavero, la señora depuesta de la casa se intentó quitar la vida. Ingerió un buen número de pastillas, Apu y Petya la encontraron tirada al pie de las escaleras de mármol y vino una ambulancia. Ella tenía agarrada la muñeca de Apu y los hombres de la ambulancia le dijeron: venga con nosotros, por favor, es importante que ella esté agarrada a usted, se está aferrando a la vida.

En la ambulancia, los dos paramédicos hicieron de poli bueno y poli malo:

—Zorra estúpida que sólo quieres asustar a tu familia, ¿te crees que no

tenemos nada mejor que hacer? Tenemos casos graves que atender, heridas de verdad, urgencias que no ha provocado el mismo paciente, deberíamos dejar que te murieras.

—No, pobre mujer, no seas tan duro con ella, debe de estar muy triste, no pasa nada, cariño, nosotros te cuidaremos, todo se arreglará, no hay mal que por bien no venga.

—A la mierda, pero si ni siquiera tiene ningún mal, mira su casa, mira el dinero que tiene, esta gente se cree que son nuestros dueños.

—No le hagas caso, cariño, él es así, hemos venido a ocuparnos de ti, estás en buenas manos.

Ella intentó murmurar algo, pero Apu no pudo entender sus palabras. Él sabía lo que los paramédicos estaban haciendo: estaban intentando evitar que su madre perdiera el conocimiento, y, más tarde, después del lavado de estómago que él tuvo que presenciar porque ella seguía agarrándole la muñeca con aquella zarpa de mano, cuando volvió a estar consciente en una cama del hospital, ella le dijo: lo único que estaba intentando decirte en la ambulancia era: hijo mío, por favor, arréale un puñetazo en toda la nariz a ese imbécil maleducado.

Ella volvió con cierto aire triunfal, porque, claro, le devolvieron el mando de la casa y el hijo traidor que no era el hijo de ella le suplicó que lo perdonara, y ella le dijo que lo perdonaba, aunque en realidad no lo hizo nunca, y durante el resto de su vida ya apenas volvió a hablar con él. Él tampoco quería que lo perdonara. Ella había llamado a su madre «mujer sin importancia» y se merecía todo lo que él le había hecho pasar. Después de aquel episodio, sus hermanos le dieron sendos portazos emocionales en las narices y le dijeron que tenía suerte de que no fueran violentos. Él se tragó su orgullo y les suplicó también que lo perdonaran. Ellos no se dieron ninguna prisa. Con el paso de los años, sin embargo, fue creciendo lentamente entre ellos una cordialidad reservada, una brevedad en sus interacciones que la gente de fuera confundía con amor fraternal silencioso, pero que en realidad no era más que tolerancia mutua.

Seguían flotando en el aire preguntas sin formular, misterios sin resolver: ¿por qué aquel chico que crecería hasta convertirse en D Golden tenía tantas

ganas de llevar la casa que había estado dispuesto a humillar a su madrastra para realizar su deseo? ¿Acaso era para demostrar que aquél era su lugar? ¿O bien, y esto resultaba bastante verosímil, era para vengar a la mujer muerta que lo había parido?

—No lo sé —dijo Apu en tono indiferente cuando se lo pregunté—. Cuando quiere, puede ser un capullo integral.

A partir de aquella aguda conciencia de su propia diferencia, arraigada en su condición de hijo ilegítimo, D construyó una modalidad de elitismo nietzscheano destinado a justificar su aislamiento. (Siempre que uno reflexiona sobre los hombres Golden, se encuentra con la sombra del *Übermensch*.)

—¿Cómo puede haber un «bien común»? —me dijo en los Jardines, citando al filósofo—. El término se contradice: todo lo que puede ser común siempre tiene poco valor. Al final todo ha de ser como ha sido siempre: a la gente magnífica le esperan cosas magníficas, a los más bajos les esperan sus abismos, a la gente refinada, matices y temblores, y a los singulares, todo lo singular.

A mí aquello me pareció una simple pose juvenil; yo solamente era unos meses mayor y reconocí en él mis propias debilidades para filosofar. D era, de hecho, todo un posturitas, un poco en plan Dorian Gray, esbelto, ágil y bordeando lo afeminado. La idea que tenía de sí mismo —que él era el único de su tribu que estaba capacitado para la grandeza, el único que tenía un carácter lo bastante profundo como para zambullirse en la tristeza y el único singular— parecía en su origen una idea claramente defensiva. Pero yo sentía una gran compasión por él; le habían tocado unas cartas difíciles en la vida y todos levantamos nuestros muros, ¿no es cierto? Y quizá ni siquiera sabemos contra qué los estamos levantando, ni tampoco qué fuerza los asaltará por fin y destruirá nuestros pequeños sueños.

Yo a veces iba a escuchar música con él. Había una cantante pelirroja que le gustaba, una tal Ivy Manuel, que tocaba una noche por semana a última hora en un local de la calle Orchard, a veces con una diadema puesta para

demostrar que era una reina. Cantaba versiones de *Wild is the Wind*, *Famous Blue Raincoat* y *Under the Bridge* antes de interpretar unos cuantos temas propios, y D ocupaba una mesilla redonda de hierro negro que había justo delante de ella, cerraba los ojos, se mecía al compás de Bowie y de Cohen y les ponía sus propias palabras a los Chili Peppers en voz baja: «A veces me parece que todavía no he nacido, a veces me parece que no quiero nacer». Ivy Manuel era amiga suya porque, según decía —y no bromeaba—, todas las chicas hetero a las que conocía querían ligárselo, pero Ivy era lesbiana y por esa razón podían tener amistad. Era el más hermoso de todos los Golden, tal como podría haber confirmado fácilmente cualquier espejo mágico, y también podía ser el más seductor de todos. Todos los que vivíamos en las casas de los Jardines éramos víctimas de su franqueza herida, y no tardó en convertirse en una figura conocida en todo el vecindario. Él afirmaba que la atención de la gente lo inquietaba. Allá donde voy, la gente me mira, nos dijo un día; siempre hay alguien mirando, como si yo fuera algo, como si ellos esperaran algo de mí. No te creas tanto, le dijo Ivy, nadie quiere un carajo de ti. Él sonrió e hizo una reverencia a modo de disculpa burlona. El encanto era su disfraz, igual que el de Apu; bajo la superficie era taciturno y a menudo triste. Ya desde el principio era el que tenía la oscuridad interior más oscura de los tres, por mucho que ante el mundo aparentara ser todo luz soleada, con su mata de pelo rubio pajizo. Pero el pelo se le oscureció hasta ponerse castaño, y los cielos de su carácter también se encapotaron; sufría frecuentes espirales descendentes a las tinieblas.

Ivy no daba mucha importancia a su sexualidad, se dedicaba a la música y no le gustaba ponerse etiquetas.

—No tengo problema con estar fuera del armario, pero no creo que tenga nada que ver con mi música —decía—. Me gusta quien me gusta. No quiero que nadie deje de escuchar mi música por eso y tampoco quiero que nadie escuche mi música por eso. —Pero su público estaba marcadamente descompensado hacia lo femenino: un montón de mujeres, el joven encantador a quien no le gustaba que lo miraran y yo.

Todos los Golden contaban historias de sí mismos, unas historias en las que o bien se omitía o bien se falsificaba la información esencial sobre sus

orígenes. Yo las escuchaba no como historias «verdaderas», sino como indicadoras del carácter de quien las contaba. A menudo las historias que un hombre cuenta de sí mismo nos lo revelan mejor que el simple registro de los hechos. A mí aquellas anécdotas me parecían el equivalente a los tics de los jugadores de naipes, esos gestos involuntarios que revelan una mano de cartas: frotarse la nariz cuando la mano es fuerte, tocarse el lóbulo de la oreja cuando es débil. El jugador experto siempre observa a todos los integrantes de la partida para descubrir sus tics. Así era como yo intentaba observar y escuchar a los Golden. Y, sin embargo, una noche en que lo acompañé al local de la calle Orchard para escuchar a Ivy Manuel cantar el «ch-ch-ch-ch» de Bowie y el «don't it always seem to go» de Mitchell y un extraño y gracioso tema propio de ciencia ficción titulado *The Terminator*, centrado en la utilidad del viaje en el tiempo para los salvadores en potencia de la especie humana, y después del concierto me senté a tomarme unas cervezas con los dos en el local vacío, pasé por alto el tic más obvio de todos. Creo que fue Ivy quien sacó a colación el asunto cada vez más complejo de los géneros, y D le contestó con un relato de la mitología griega. Hermafrodito era el hijo de Hermes y Afrodita, de quien una ninfa llamada Salmacis se enamoró tanto que le suplicó a Zeus que los uniera para siempre, de tal forma que se convirtieron en uno, los dos en un mismo cuerpo en el que permanecían manifiestamente ambos sexos. Por entonces a mí me pareció que era una forma de decir que se sentía muy próximo a Ivy Manuel y que iban a estar siempre juntos como amigos. Pero en realidad me estaba diciendo cosas más extrañas y yo no supe escucharlas; cosas de sí mismo.

Lo que pasa con las metamorfosis es que nunca son arbitrarias. Filomela, al ser asaltada por su cuñado Tereo, que la violó y le cortó la lengua, se alejó volando de él convertida en ruiseñor, libre y cantando con voz dulcísima. Igual que en la historia de Salmacis y Hermafrodito, los dioses permitieron que unos cuerpos se transformaran en otros bajo la presión de unas necesidades desesperadas: amor, miedo, liberación o bien la existencia dentro del propio cuerpo de una verdad secreta que solamente se puede revelar por medio de la mutación.

D llevaba siempre tres dólares de plata en el bolsillo para poder echar los

antiguos hexagramas chinos de la adivinación. Aquella noche hizo una tirada en el local de la calle Orchard. Cinco líneas enteras y fijas, con una partida y mutable encima.

—El veintitrés —dijo—. Tiene sentido. —Y guardó las monedas.

Yo no sabía nada del *I Ching*, pero aquella misma noche busqué en Google los hexagramas. En la era de los buscadores de internet todo conocimiento está a un simple gesto de distancia. El hexagrama 23 se llama Desintegración y es descrito como el hexagrama de la dispersión. Su trigramma interior significa «temblor» y «trueno».

—Vámonos a casa —dijo, y se marchó, dejándonos allí sin mirar atrás.

Dejé que se fuera. No suelo perseguir a la gente que señala que ya se ha cansado de mi compañía. Y quizá mi sensibilidad personal dificultó mi comprensión de aquello; porque pasó mucho tiempo antes de que se me ocurriera que quizá su miedo a ser observado tuviera otras razones que no eran la vanidad, el narcisismo y la timidez.

Siempre al principio un dolor que mitigar, una herida que sanar, un agujero que llenar. Y siempre al final fracaso: el dolor incurable, la herida que no sana, el vacío persistente y melancólico.

A la pregunta sobre la naturaleza del bien que yo formulaba al principio mismo de esta narración le puedo dar una respuesta al menos parcial: la vida de la joven que se enamoró de Dioniso Golden una tarde en una acera del Bowery y que se quedó con él y lo envolvió en un amor inquebrantable durante todo lo que vendría a continuación; ésa es, para mí, una de las mejores definiciones de bondad que me he encontrado en mi relativamente breve y relativamente provinciana existencia. «*Le bonheur écrit à l'encre blanche sur des pages blanches*», nos dijo Montherlant: la felicidad escribe con tinta blanca sobre una página blanca. Y la bondad, añadiría yo, es igual de difícil de plasmar con palabras que el placer. Aun así, debo intentarlo; porque lo que aquellos dos encontraron, y a lo que se aferraron, era nada

menos que eso: una felicidad creada por la bondad, y sostenida también por la bondad en contra de todo pronóstico. Hasta que la infelicidad la destruyó.

Desde el día en que la conoció —ella llevaba camisa blanca y falda de tubo negra y se estaba fumando un cigarrillo francés sin filtro en la acera de delante del Museo de la Identidad—, él entendió que no tenía sentido intentar guardarle secretos, porque ella podía leerle la mente con tanta claridad como si hubiera tenido una serie de titulares luminosos pasándole por la frente.

—Ivy ha dicho que nos teníamos que conocer —dijo él—. A mí me parece una idea estúpida.

—En ese caso, ¿por qué has venido? —dijo ella, apartando la vista con expresión aburrida.

—Quería verte, para ver si iba a querer verte —le dijo él. Esto la interesó, aunque sólo vagamente, en apariencia.

—Ivy me ha contado que tu familia está exiliada por razones de las que no quieres hablar —dijo ella. Tenía unos ojos tan grandes como el mar—. Pero ahora que estás aquí plantado, veo que lo más seguro es que tú personalmente estés exiliado de ti mismo, tal vez desde el día en que naciste.

Él frunció el ceño, visiblemente molesto.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó en tono cortante—. ¿Eres conservadora de museo o chamán?

—Hay un tipo particular de tristeza —contestó ella, dando una calada a su Gauloise, con pinta de Anna Karina en *Pierrot le fou*— que revela la alienación de un hombre de su propia identidad.

—Me asquea esta obsesión moderna con la identidad —dijo él, quizá demasiado enfáticamente—. No es más que una forma de reducirnos hasta volvernos extraños los unos de los otros. ¿Has leído a Arthur Schlesinger? Se opone a perpetuar la marginalización por medio de las afirmaciones de diferencia.

Él llevaba una gabardina y un sombrero de fieltro con el ala reversible, porque el verano se acercaba pero todavía no había llegado, como una mujer que hace falsas promesas de amor.

—Pero eso es lo que somos, extraños, todos. —Un ligero encogimiento de hombros y un atisbo de mohín—. La cuestión es definir con mayor

exactitud la clase de extraños que decidimos ser. Y sí, he leído a ese viejo hetero blanco muerto. Tendrías que echar un vistazo a la obra de Spivak sobre el esencialismo estratégico.

—¿Quieres ir a alguna parte a tomar un whisky? —le ofreció él, preguntándolo con voz todavía irritada, y ella siguió mirándolo como se mira a alguien un poco simple que necesita asistencia inteligente. Sus medias tenían costuras negras que le subían por la parte de atrás de las pantorrillas.

—Ahora no —dijo ella—. Ahora deberías entrar y aprender sobre el nuevo mundo.

—¿Y después?

—Después, tampoco.

Aquella noche la pasaron juntos en el apartamento de ella, en la Segunda Avenida. Tenían tantas cosas de que hablar que no tuvieron relaciones sexuales, que estaban sobrevaloradas, según él. Ella no se lo discutió, pero tomó nota mentalmente. Por la mañana él bajó a la calle a comprarle cruasanes, café, whisky, cigarrillos y la prensa dominical. Las llaves estaban encima de una mesilla de caoba del pasillo, una especie de cajón con patas, no de anticuario, pero sí una reproducción de calidad. Levantó la tapa y vio la pistola colocada sobre un cojincito de terciopelo rojo, un revólver Colt con la empuñadura de color perla, seguramente también una buena reproducción. Lo cogió, hizo girar el tambor y se puso la boca del cañón contra la sien. Después le diría que no había apretado el gatillo, pero ella lo estaba mirando a través de la puerta abierta del dormitorio y oyó el clic que hizo el percutor al golpear en la recámara vacía.

—He encontrado las llaves —le dijo él—. Voy a buscar el desayuno.

—No derrames nada —contestó ella, levantando la voz—. No quiero que ensucies la moqueta del pasillo.

Riya, se llamaba. Menuda chica. Solamente era tres o cuatro años mayor que él, pero ya ocupaba un cargo directivo en el museo, además de cantar dulces canciones de amor algunas noches en la calle Orchard y diseñar su propia línea de moda *indie* a base de encaje envejecido y seda negra, a menudo con motivos de brocado floral, de temática oriental y estilos chino e indio. Era medio india y medio sueca-americana, y su largo apellido

escandinavo, Zachariassen, era demasiado difícil de pronunciar para las bocas americanas, de forma que, igual que él era D Golden, ella se hacía llamar Riya Z.

El alfabeto es donde empiezan todos nuestros secretos.

«Entra y aprende sobre el nuevo mundo.» Había un Museo de los Nativos Americanos en Bowling Green y un Museo Italiano Americano en la calle Mulberry y el Museo Polaco Americano en Port Washington y había dos museos sobre los judíos, uno en el Uptown y otro en el Lower Manhattan, que eran obviamente museos sobre identidades, pero el MId —el Museo de la Identidad— era más ambicioso, su carismático conservador Orlando Wolf tenía como objetivo la identidad en sí misma, aquella poderosa fuerza nueva en el mundo, igual de poderosa ya que cualquier teología o ideología, identidad cultural, identidad religiosa, nación, tribu, secta y familia, era un campo multidisciplinario en rápido crecimiento, y en el corazón del Museo de la Identidad estaba la cuestión de la identidad del yo, empezando por el yo biológico y yendo mucho más allá. La identidad de género, ramificándose como nunca antes en la historia de la humanidad, engendrando nuevos vocabularios enteros para intentar captar todas las nuevas mutabilidades.

—Dios ha muerto y la identidad llena el vacío —le dijo ella en la entrada de la zona de género, con los ojos llenos del fervor luminoso del creyente verdadero—. Pero resulta que los dioses ya subvertían los géneros desde siempre.

Ella llevaba el pelo negro muy corto, casi al rape.

—Estupendo peinado —dijo él.

Deambularon por entre ollas, sellos y estatuas de piedra procedentes de Acad, Asiria y Babilonia.

—La Gran Madre, dice Plutarco, era una deidad intersexual; en ella estaban presentes los dos sexos, todavía no se habían separado.

Tal vez si él alquilaba un viejo descapotable, rojo, blanco y con alerones, podrían irse de viaje, tal vez cruzar América entera.

—¿Has visto el océano Pacífico? —le preguntó él—. Seguramente es una decepción, igual que todo lo demás.

Siguieron andando. El museo estaba a oscuras y salpicado de objetos muy

iluminados, como exclamaciones en un monasterio.

—Estos objetos de la edad de piedra podrían ser sacerdotisas transgénero —dijo ella—. Deberías prestar atención, de verdad. Es igual de importante para la gente cis que para la comunidad HAM.

La palabra lo llevó de regreso a su infancia; de pronto volvía a estar estudiando latín, aplicándose con ferocidad para destruir el poder que tenían sus hermanos de excluirlo por medio del idioma secreto de Roma.

—Preposiciones que aceptan el acusativo —dijo—. *Ante, apud, ad, adversus, / circum, circa, citra, cis. / Contra, erga, extra, infra*. No importa. La Galia Cisalpina y la Galia Transalpina. Lo pillo. Ahora los Alpes dividen los sexos.

—No me gusta esa palabra —dijo ella.

—¿Qué palabra?

—Sexo.

Oh.

—En cualquier caso, Dios no ha muerto —dijo él—. Por lo menos en América.

HAM significaba de hombre a mujer y MAH lo inverso. Ahora ella lo estaba acribillando a palabras, *género fluido, bigénero, agénero, trans* con asterisco: *trans**, la diferencia entre *mujer* y *femenino*, *género disconforme, género queer, no binario* y una expresión tomada de la cultura nativa americana, *dos espíritus*. La diosa frigia Cibele tenía sirvientas HAM llamadas galas. En la sala africana, la *okule* HAM y el *agule* MAH de la tribu Lugbara, las amazonas transexuales de Abomey, la reina Hatshepsut con su indumentaria masculina y su barba falsa. En la sala de Asia, él se detuvo delante de la figura de piedra de Ardhanarishvara, el dios medio mujer.

—De la isla de Elefanta —dijo él, y se tapó la boca con la mano—. No me has oído decir eso —le dijo a ella con ferocidad genuina.

—Te iba a enseñar los vestidos *fanchuan* de las óperas chinas travestidas —dijo ella—, pero quizá ya has tenido suficiente por hoy.

—Debería irme —dijo él.

—Te acepto ese whisky ahora —le contestó ella.

Y mientras desayunaban a la mañana siguiente, sentados en unas sábanas

blancas y comiéndose un cruasán, fumando un cigarrillo y con otro vaso de whisky en la mano, ella murmuró por lo bajo:

—Sé cómo se llama el país que no quieres nombrar —dijo—. Y también sé cómo se llama la ciudad de la que no quieres hablar. —Le susurró las palabras al oído.

—Creo que estoy enamorado de ti —dijo él—. Pero quiero saber por qué tienes una pistola en la mesilla del pasillo.

—Para disparar a los hombres que creen que están enamorados de mí —contestó ella—. Y quizá también a mí misma, pero sobre eso todavía no he tomado una decisión.

—No le cuentes a mi padre lo que sabes —dijo él—, o seguramente no te hará falta tomar esa decisión.

Cierro los ojos y veo la película en mi cabeza. Abro los ojos y la pongo por escrito. Y a continuación vuelvo a cerrar los ojos.

He aquí a Vasilisa, la rusa. Una chica despampanante. Se puede decir que es espectacular. Tiene el pelo largo y oscuro. También su cuerpo es largo y excepcional; corre maratones y es buena gimnasta, especializada en gimnasia rítmica con cinta. Ella cuenta que de joven le faltó poco para entrar en el equipo olímpico ruso. Tiene veintiocho años. «De joven» quiere decir cuando tenía quince. Su nombre completo es Vasilisa Arsénieva. Es originaria de Siberia y afirma ser descendiente del gran explorador Vladímir Arséniev, que escribió muchos libros sobre la región, entre ellos el que adaptó al cine Kurosawa, *Dersu Uzala*, aunque el parentesco no está confirmado porque Vasilisa, tal como veremos, es una mentirosa brillante, una experta en las artes del engaño. Ella cuenta que se crio en el corazón del bosque, en el inmenso bosque de la taiga que cubre gran parte de Siberia, y que su familia era de la tribu Nanai, cuyos hombres trabajaban de cazadores, tramperos y guías. Nació en el año de las olimpiadas de Moscú y su heroína, de niña, era la gran gimnasta Neli Kim, medio coreana y medio tártara. Aquellas olimpiadas de Moscú las boicotearon sesenta y cinco países, entre ellos Estados Unidos, pero en las profundidades del bosque Vasilisa estaba muy lejos de la política, aunque sí que se enteró cuando tenía nueve años de la caída del Muro de Berlín. Se puso contenta porque había empezado a leer unas cuantas revistas y ahora quería ir a América y ser adorada por el público y mandar dólares americanos a su familia desde allí.

Y eso fue lo que hizo. Huyó del nido. Y ahora está en América, viviendo en Nueva York y yendo a menudo a Florida, y es muy admirada, y gana

dinero haciendo el trabajo que hace la gente hermosa. La desean muchos hombres, pero ella no se conforma con un hombre. Quiere un protector. Un zar.

He aquí a Vasilisa. Que es dueña de una muñeca mágica. Y cuando, de niña, su madrastra malvada mandó a una versión anterior de Vasilisa a la casa de Baba Yaga, la bruja que comía niños y vivía en el corazón del corazón del bosque, fue la muñeca mágica la que la ayudó a escaparse a fin de que pudiera empezar a buscar al zar. Eso dice la historia. Pero hay quienes la cuentan de una forma distinta, y dicen que Baba Yaga se comió a Vasilisa, se la tragó igual que se tragaba a todo el mundo, y que, al comérsela, la fea y vieja bruja adquirió toda la belleza de la chica; se convirtió, de cara al mundo, en la viva imagen de la bella Vasilisa, aunque por dentro siguió siendo la Baba Yaga de dientes afilados.

A continuación, Vasilisa en Miami. Ahora es rubia. Y está a punto de conocer a su zar.

En invierno de 2010, pocos días antes de Navidad, los cuatro hombres de la familia Golden, alertados por unas predicciones meteorológicas amenazadoras y acompañados de Fuss y Blather, las dos ayudantes de confianza de Nerón, y de mí, volaron al sur desde el aeródromo de Teterboro, a bordo de uno de esos aparatos que yo no supe hasta que me lo contó Apu que los usuarios habituales denominaban JP, y de esa forma nos escapamos de la tormenta de nieve. En la ciudad que habíamos dejado atrás, pronto todo el mundo se estaría quejando de la lentitud de las máquinas quitanieves y habría alegaciones de que los servicios se estaban ralentizando de forma deliberada para protestar por los recortes presupuestarios del alcalde Bloomberg. Cayó medio metro de nieve en Central Park y casi un metro en algunas partes de Nueva Jersey, y hasta en Miami fue el invierno más frío del que había registros, aunque eso solamente significa que se llegó a los dieciséis grados de temperatura media, que no era tanto frío en realidad. El viejo había alquilado un grupo de apartamentos en una mansión de gran tamaño situada en una isla privada frente a la punta de Miami Beach, así que

el frío no nos llegó apenas. A Petya le gustaba la isla; el único punto de contacto que tenía con el continente era un atracadero con capacidad para un solo ferri y, además, en aquel suelo encantado no se permitía poner un pie a nadie de fuera a menos que intercedieran por él los residentes. Por la isla caminaban pomposamente los pavos reales, tanto aviares como humanos, sin miedo a las miradas inapropiadas. Los ricos podían exhibir sus rodillas y sus secretos sin miedo a que nadie revelara nada. De forma que Petya pudo convencerse de que la isla era un espacio cerrado, y su miedo al mundo abierto se retiró gruñendo a las sombras.

—Ah, ¿tampoco sabes qué es un JP? Un jet privado, cariño. De nada.

Apu —el sociable Apu, no mi sombrío coetáneo D— me había invitado a que fuera con ellos, y mi madre me había dicho «Ve», aunque eso significara que pasaría las vacaciones fuera, «disfruta, ¿por qué no?». Poco podía imaginarme yo que ya nunca más iba a poder dar la bienvenida al niño Jesús ficticio ni al año nuevo real con mis padres. Yo no podía haber adivinado lo que iba a pasar, pero aun así siento unos remordimientos amargos.

Apu estaba en su elemento, alternando con la rica ensalada de multimillonarios rusos de la isla y usando sus dotes de seducción para persuadir a sus esposas de que se dejaran retratar, preferiblemente ligeras de ropa. Yo iba detrás como si fuera su perro fiel. Las esposas de los multimillonarios no se daban cuenta de mi presencia. No me importaba; la invisibilidad era un estado al que ya me había acostumbrado, y la mayor parte del tiempo hasta lo prefería.

Y D Golden: se había traído con él a Riya y los dos estaban absortos el uno en el otro e iban todo el tiempo por su cuenta. Y las sirvientas servían, el séquito sequitaba, la señora Fuss se alborotaba y su secuaz más joven, la señora Blather, cotorreaba, como sus nombres indicaban, y la estancia de los Golden fue bastante bien. Yo, su Tintín domesticado, también me lo pasé bastante bien. Y, por Nochevieja, la isla montó una fiesta fastuosa para sus fastuosos residentes, con los habituales fuegos artificiales de los caros, las langostas de primera y los bailes de alto coste, y Nerón Golden anunció su intención de saltar a la pista.

Descubrí entonces que el viejo bailaba bastante bien.

—Pues tendrías que haberlo visto hace unos años, cuando cumplió los setenta —me dijo Apu—. Todas las chicas guapas hacían cola para bailar con él, y él bailó el vals, el tango, la polca, el jive, les dio la zambullida y las hizo revolear a todas. Bailes de parejas, no los bailes disco, los puños al aire ni los pogos de nuestra degenerada época.

Ahora que conozco los secretos de su familia, puedo emplazar con la imaginación a Nerón sobre la gran terraza con vistas al mar de la casa familiar en la colonia de Walkeshwar, e imaginarme a las bellezas de sociedad de Bombay felices de estar en sus brazos. Mientras su maltratada esposa florero —la seguiré llamando «Popea Sabina», en honor a las preferencias Julio-Claudias de la familia— miraba con desaprobación pero en silencio desde los bastidores. Él ya era mayor, pasaba de los setenta y cuatro, pero no había perdido ni el equilibrio ni la habilidad. Y ahora volvía a haber una legión de jóvenes esperando a que él les diera la zambullida y las hiciera revolear a todas. Pero una de ellas era Vasilisa Arsénieva, cuyo lema en la vida estaba tomado de Jesucristo, del Evangelio según san Mateo, capítulo 4, versículo 19. «Seguidme a mí y os haré pescadores de hombres.» Ella siempre sabía encontrar el momento perfecto. Con las campanadas del año nuevo, en la medianoche u hora de las brujas, le lanzó su funesto anzuelo. Y en cuanto empezó a bailar con él, ya nadie más pudo salir a la pista. Ella fue el final de la cola.

He aquí a Vasilisa. Bailando con su zar. Lo tiene rodeado con el brazo y esto es lo que está diciendo su cara: no pienso soltarte nunca. Como es más alta que él, se inclina ligeramente para acercarle la boca al oído. Él acerca el oído a la boca de ella, para entender lo que le está diciendo. He aquí a Vasilisa. Le mete la lengua en la oreja. Hablando un lenguaje sin palabras que pueden entender todos los hombres.

La Casa Vanderbilt está en el corazón de la isla. Rebobinemos: he aquí a William Kissam Vanderbilt II en su yate de ochenta metros, haciendo un trueque con el promotor inmobiliario Carl Fisher. El yate a cambio de la isla. Cierra el trato un apretón de manos. He aquí a Bebe Rebozo, al que durante el

Watergate se acusó de ser el «hombre del maletín de Nixon», sumándose a un grupo que le había comprado la isla al tipo que le había comprado la isla al tipo que le había comprado la isla a Vanderbilt. La isla tiene una historia. Tiene un observatorio. Tiene, como se ha dicho ya, pavos reales. Tiene discreción. Tiene golf. Tiene clase.

Y estas frías Navidades en la Casa Vanderbilt, después del baile de Nochevieja en la pista de baile exterior de parqué fino, entre los árboles engalanados con ristas de luces, los braseros encendidos, la música en directo, las mujeres enjoyadas, los guardias de seguridad protegiendo las joyas y los hombres que compraron las joyas admirando sus propiedades, la isla también adquiere una muy comentada historia de amor de invierno-primavera, de noviembre a abril. Mi dinero a cambio de tu belleza. Cierra el trato un apretón de manos.

El año nuevo es para bailar y, cuando la música se detiene, ella le da a Nerón la orden de que se vaya a casa a dormir: te quiero descansado para mí cuando empecemos de verdad. Y él se va obedientemente a la cama como un buen chico, ante la mirada de asombro de sus hijos. Esto no está pasando realmente, dicen sus miradas. No se puede estar tragando ese anzuelo. Pero la autoridad del viejo es tal que ninguno de ellos dice nada. La noche siguiente, Nerón vacía el apartamento que ha alquilado para él y sus dos asistentes, desterrando a los empleados y a la familia a las otras tres residencias de alquiler, donde hay dormitorios libres en abundancia. Él se queda solo en la séptima planta, observando las copas de las palmeras, la pequeña playa en forma de media luna y el agua luminosa del otro lado. La cena —cócteles de gambas, embutidos, ensaladas de aguacate y de col rizada, una cesta de fruta y tiramisú de postre— la han traído en una lancha a motor de un restaurante elegante situado en la orilla sur del río Miami y la han desplegado sobre la mesa del comedor. Hay hielo, caviar, vodka y vino. A la hora exacta de su cita, ni un minuto antes ni uno después, ella aparece ante la puerta de él, un regalo envuelto en oro, con un lazo en la espalda del vestido para que él la pueda desenvolver con facilidad.

Los dos se muestran de acuerdo en que no quieren comer.

He aquí a la bella Vasilisa entregándose a su zar.

La primera noche y la segunda, las dos primeras noches del año, ella le hace una demostración de sus mercancías, le enseña la calidad de lo que tiene en oferta, no sólo física sino también emocionalmente. Ella... y aquí doy marcha atrás y me detengo, avergonzado, sumido en un repentino *pudeur* prufrockiano, porque, a fin de cuentas, ¿cómo puedo yo suponer que sé esas cosas? ¿Acaso he de decir que los he conocido a todos ellos, que la he visto a ella como una niebla amarilla que se frota la espalda contra tal, que frota el hocico contra cual, acaso he de decirlo, que lame con la lengua las esquinas de esta velada? ¿Me atreveré, y me atreveré? ¿Y quién soy yo, a fin de cuentas? No soy el príncipe. Soy un simple lord subalterno, deferente, contento de ser útil. Casi, a veces, el bufón. Pero, dejando la poesía de lado, ya estoy demasiado metido en esto para pararme. Tal vez de rodillas junto a él en la cama. Sí, de rodillas, creo. Preguntando: ¿es a esto a lo que te referías? ¿O a esto? ¿Es a esto a lo que te referías?

Él es el rey. Sabe lo que quiere. Y: todo lo que quieras, dice ella, y cuando lo quieras, es tuyo. Y la tercera noche ella habla de negocios. Él no se escandaliza. Le facilita las cosas. Los negocios son el terreno donde se siente cómodo. Ella saca una tarjeta impresa del tamaño de una postal, con casillas para marcar. Repasemos los detalles, dice ella.

Obviamente, yo no puedo vivir en la casa de Macdougall. Es la casa de tu familia, es para ti y para tus hijos. Y yo no soy tu esposa, o sea que no soy tu familia. Así que puedes elegir entre: (a) una residencia en el West Village, por una cuestión de conveniencia y de facilidad de acceso, o (b) en el Upper East Side, si prefieres un poco de distancia y un poco más de discreción. Muy bien, (b), yo también lo prefiero. Luego, el tamaño del apartamento, dos dormitorios mínimo, ¿no? ¿Y tal vez uno más que sirva de estudio artístico? ¡Bien! ¿Y yo seré la propietaria o será de alquiler? Y en este último caso, ¿durante cuántos años? Muy bien, piénsatelo. Pasemos al coche, y esto lo dejo completamente en tus manos: (a) Mercedes descapotable, (b) BMW serie 6, (c) Lexus 4 × 4. Oh, (a), me encanta, te quiero. Surge entonces la cuestión de si voy a tener cuentas abiertas: (a) en Bergdorf, (b) en Barneys,

(c) ambas. Fendi-Gucci-Prada, no hace falta ni decirlo. Equinox, Soho House Every House, mira la lista. El tema de una asignación mensual. Tengo que comportarme de una manera que sea adecuada para ti. Mira: las categorías son diez, quince o veinte. Yo recomiendo generosidad. Sí, hablo de miles de dólares, cariño. No te arrepentirás. Seré perfecta para ti. Hablo inglés, francés, alemán, italiano, japonés, mandarín y ruso. Hago esquí, esquí acuático, surf, corro y nado. Conservo toda la flexibilidad de mi juventud de gimnasta. En los días venideros sabré cómo satisfacerte mejor que tú mismo, y si hace falta equipamiento para ayudar a esto, si hay que construir una habitación, una habitación para nosotros, llamémosla una habitación de juegos, yo me aseguraré de que sea perfecta y de que se haga con la mayor discreción. Nunca miraré a otro hombre. Ningún otro hombre me tocará y tampoco toleraré insinuaciones ni comentarios inapropiados. Te mereces exclusividad, has de tenerla y la tendrás, te lo juro. Esto es todo de momento, pero hay una cuestión más que vamos a dejar para más adelante.

Es la cuestión del matrimonio, dice ella, bajando la voz a su nivel más ronco y seductor. En calidad de esposa tuya yo tendría honor y estatus. Solamente los tendré plenamente siendo tu esposa. Hasta entonces, sí, estoy satisfecha, soy la más leal de las mujeres, pero mi honor es importante para mí. Lo entiendes. Por supuesto. Eres el hombre más comprensivo que he conocido nunca.

Repito: ya estoy demasiado metido en esto para parar. Tengo que seguir imaginando, tengo que seguir con el espectáculo erótico, meter otra moneda en la máquina de discos. Sí: en mi imaginación ahora todo esto es una película. En pantalla grande y blanco y negro.

Los tres hijos de Nerón Golden, PETYA, APU y D, dos de ellos considerablemente mayores que el nuevo amor de su padre y el tercero sólo cuatro años menor que ella, están colectivamente desconcertados. A pesar de todas sus diferencias, ésta es una cuestión vital para la familia y se reúnen para hablar de ella, pero no les resulta fácil formular una estrategia. Se citan lejos de los apartamentos de alquiler, plantados en corro en la pequeña playa de la isla, que está vacía por culpa del frío que hace pese a la época del año, las bajas temperaturas, el viento, las nubes veloces y la amenaza, pronto cumplida, de una lluvia fuerte y helada. Llevan gorros, abrigos y orejeras y parecen una conspiración de intelectuales checos de pie en una costa de Bohemia, vigilados de cerca, como trenes. A pesar de las malas caras de los dos mayores, RIYA Z está con D, fuertemente abrazada a él, como si estuviera intentando impedir que se la lleve el viento. RIYA tiene la misma edad que Vasilisa. D se ha dado cuenta de esto, pero no lo menciona.

La cámara los observa en primerísimos primeros planos hasta que hablan, pero pasa a planos generales cuando oímos sus voces.

PETYA

(Expresa sus preocupaciones en el plano teórico, tal como es su torpe e inexorable costumbre.)

El momento crucial de la vida de toda gran persona es la elección entre lo que está bien y lo que esa persona quiere hacer. Abraham Lincoln, que dominaba la lucha libre y disfrutaba practicándola de vez en cuando, seguramente habría preferido pasar su tiempo en la colchoneta a empezar una guerra en la que murió aproximadamente el dos por ciento de la población, unas seiscientas veinte mil personas, pero hizo lo correcto. Está claro que Marie Curie habría preferido pasar el tiempo con su hija a morir por culpa de la

radiación de los rayos X, pero adivinad qué actividad eligió. O fijaos en el caso de Mahatma Gandhi, que de joven demostró una gran elegancia con sus trajes ingleses a medida, mucho más distinguidos que los taparrabos. Sin embargo, los taparrabos, en términos políticos...

APU

(Interrumpe lo que de otra forma podría convertirse en un largo catálogo.)

O sea, que es obvio que nuestro padre debería tener la suficiente cabeza como para no liarse con una..., no voy a decir la palabra que tengo en mente, con una gimnasta rusa.

Plano cercano y circundante, que da una vuelta y otra en torno a ellos, plantados en la arena agitada por el viento, un poco por encima de sus cabezas, mirándolos desde arriba como un dron de vigilancia.

D

Se va a casar con ella. Ése es el plan de esa mujer. Ella no parará y él no podrá resistirse.

PETYA

En caso de matrimonio, surge una serie de cuestiones legales. El estatus de familiar más cercano se volverá más complejo, así como el de albacea testamentario, y luego está la cuestión más amplia de la herencia. También hay que hablar del tema peliagudo de dónde pueden casarse, de las variaciones entre las leyes de Florida y las del estado de Nueva York.

APU

Nuestro padre no es tonto. Puede que ahora mismo haya perdido la cabeza por ella, pero en todas las cuestiones esenciales no es tonto. Se ha pasado la vida entera negociando. Se dará cuenta de que le conviene un acuerdo prenupcial de hierro.

PETYA

(Su voz se convierte en un aullido que imita el ruido cada vez más fuerte del viento.)

¿Quién va a hablar con él del tema?

(Pausa.)

Yo no puedo.

(Pausa.)

No le va a gustar.

APU

Tenemos que hacerlo todos juntos.

D

(Se encoge de hombros y se dispone a marcharse.)

A mí el dinero me importa un carajo. Que el viejo haga lo que quiera.

RIYA y él se dan la vuelta para marcharse.

RIYA

(En primerísimo primer plano, dirigiéndose a Apu y Petya.)

¿Os habéis planteado que ella podría hacerlo feliz, y hasta llegar a amarlo? Y aunque ella solamente esté fingiendo, aun así puede ser bueno. Las cosas que reducen la cantidad global de tristeza, o de injusticia, o de ambas cosas, son buenas. Por tanto, si ella reduce la infelicidad de él, aunque sea por un periodo breve, y de forma fraudulenta, aun así eso cuenta como bueno.

Veo la vida que él ha creado para vosotros. Vuestro padre es un gran techo bajo el que vosotros os cobijáis. Si os alejáis de él, os atraparé la tormenta, a todos, pero ahora mismo él está presente. Está presente hasta que deje de estarlo. Pero vuestro padre no es solamente una casa en la que vivís. También es un hombre y tiene necesidades de hombre, desear y ser deseado. ¿Por qué se las queréis negar? ¿Os imagináis acaso que esas necesidades se acaban simplemente por el calendario? Pues dejadme que os diga algo. Da igual lo viejo que sea uno. Nunca se acaban.

PETYA

(Repite, con cara avergonzada, dando brincos tristes mientras cae la lluvia.)

Nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban, nunca se acaban...

Empieza a diluviar de verdad. Agua en la lente de la cámara. Funde a blanco.

Les presento a la mejor amiga y monitora personal de *fitness* de Vasilisa, cuyo nombre es, por ejemplo, Masha. Masha es menuda, más bajita que Vasilisa, pero muy fuerte, lesbiana y también, como no podía ser de otra forma, rubia. Masha quiere ser actriz de cine. Cuando Nerón Golden oye esto, dice:

—Cariño, con esa ambición tienes el tamaño adecuado, pero estás en la costa equivocada.

El viejo ha prolongado su estancia en la isla y su familia y séquito también se han quedado, pero se ha producido una redistribución de los aposentos. Vasilisa se muda al apartamento de Nerón con su amiga y monitora de *fitness* personal y todos los demás son trasladados al resto de habitaciones. Nadie está demasiado contento a excepción de Nerón, Vasilisa y Masha. Luego, la misma noche en que las mujeres se mudan, Nerón se las lleva a cenar. En la isla hay buenos restaurantes, pero Nerón quiere el mejor, y el mejor implica coger su deportivo Bentley con Vasilisa sentada al lado y Masha encogida en el asiento de atrás y subirse al ferri para ir al famoso local italiano donde encargó la comida que no probaron la noche de su primer encuentro amoroso. En el famoso local italiano, las mujeres, de tan excitadas que están, beben demasiados chupitos de vodka. Nerón, que es quien conduce, se controla. Para cuando los tres llegan de vuelta a la isla, las mujeres ya se están riendo muy fuerte y coqueteando, lo cual a Nerón le parece bien. Ya en el apartamento, se toma él también un par de chupitos de vodka. Pero entonces pasa algo raro. La monitora personal se acerca a la bella

Vasilisa y la besa en la boca. Y Vasilisa le devuelve el beso. Y luego se hace el silencio en la sala mientras las dos mujeres se abrazan y Nerón Golden se sienta en su sillón a mirarlas, nada excitado, más bien escandalizado, sintiéndose un tonto, y más todavía cuando las dos mujeres se levantan sin hacerle ningún caso, apagan las luces de la sala de estar como si él no estuviera allí, se van a su dormitorio —¡al dormitorio de él!— y cierran la puerta detrás de sí.

En ausencia de las mujeres, es la indiferencia con que han apagado las luces lo primero que lo enfurece. ¡En su casa! ¡Y estando él presente! ¡Como si él no fuera nada ni nadie! La rabia le muestra su terrible equivocación. Se ve a sí mismo como un viejo engañado y de pronto su orgullo se encabrita y le exige que vuelva a ser quien es de verdad, el hombre poderoso, el titán de las finanzas, el otrora magnate de la construcción y el acero, el cabeza de familia, el coloso plantado en el enorme patio de la Casa Dorada, el rey de antaño y de siempre. Así que se levanta, deja a las dos mujeres en el dormitorio para que hagan lo que quieran y camina con paso firme hacia la puerta de entrada del apartamento.

Junto a la puerta hay un armarito, y dentro de él, en un estante encima del perchero, un maletín de cuero puesto de pie. El viejo siempre ha creído en la mutabilidad de las cosas y ha sabido que, por muy sólido que pueda parecer el suelo que pisas, en cualquier momento se puede convertir en unas arenas movedizas que se te tragarán. Hay que estar siempre preparado. Él ya estuvo preparado para su gran traslado de Bombay a Nueva York y también lo está ahora para este traslado menor. Así que coge el maletín con sus cosas, se asegura de que las llaves de los demás apartamentos estén en el bolsillo de su pantalón, donde han de estar, y se marcha sin hacer ruido. No da ningún portazo. Sabe que en el apartamento de al lado, donde duerme Petya junto con su reducida nube de ayudantes, hay una pequeña habitación para el servicio que está desocupada. Ahora mismo Nerón no necesita lujos. Lo que necesita es una puerta que se pueda cerrar, una cama detrás de ella y nada más. Por la mañana ya solucionará lo que tenga que solucionar y habrá recuperado todas sus fuerzas. Su cabeza volverá a tener el control de su corazón. Entra en la habitación del servicio, se quita la chaqueta, la corbata y

los zapatos, sin molestarse con el resto de la ropa, y se queda dormido enseguida.

La ha infravalorado. Ha hecho una valoración incorrecta tanto de su propia vulnerabilidad como de la determinación de ella. Por debajo de toda la fuerza de él hay soledad, y ella la puede oler igual que un perro de caza huele a su presa herida. La soledad es debilidad, y ella es Baba Yaga con la piel de la bella Vasilisa. Si ella quiere, se lo puede comer. Se lo podría comer ahora mismo.

¿Estás despierto? Oh, cariño, lo siento mucho. Estoy muy avergonzada. Estaba borracha, lo siento. El alcohol me sienta mal. Lo siento mucho. Siempre he sabido que yo le gustaba, pero jamás me habría esperado esto. La he echado, no la volveremos a ver nunca, te lo juro, ya está fuera de mi vida, ya no existe para mí. Perdóname, por favor. Te quiero, por favor, perdóname esta vez y nunca tendrás que volver a hacerlo. Te lo compensaré cien veces, ya verás, me esforzaré cada día para que lo olvides y me perdones. Estaba borracha y me entró un poco de curiosidad, ni siquiera me gustan las mujeres, yo no soy así, ni siquiera me gustan, de hecho simplemente perdí el conocimiento y me quedé dormida y cuando me he despertado me he sentido horrorizada, claro, Dios mío, qué he hecho, qué le he hecho a ese hombre que tan bueno ha sido conmigo, me disculpo de todo corazón, te beso los pies, te lavo los pies con mis lágrimas y te los seco con mi pelo, hasta pensé por unos segundos que tal vez te excitaría, ha sido todo una estupidez, una estupidez provocada por el alcohol, lo siento mucho, cuando estoy borracha puedo ser un poco irresponsable, un poco salvaje, por eso no me voy a emborrachar nunca más salvo si tú quieres, solamente si tú quieres que sea un poco salvaje e irresponsable en tus brazos, entonces será todo un placer para mí complacerte de esa forma, perdóname, acepta mi vergüenza y mis humildes disculpas, dónde estás, déjame ir contigo. Déjame venir un momento nada más y disculparme cara a cara, y si entonces me dices que me vaya, me iré, lo tengo merecido, lo sé, pero no me eches sin darme al menos una oportunidad de decirte cara a cara que me perdones, lo que he hecho está mal, muy mal,

pero estaba borracha, y te pido que me veas comparecer avergonzada ante ti, y tal vez entonces seas capaz de perdonarme, de ver todo el amor y la gratitud y el amor que tendrás delante, y quizá por todo eso me dejarás entrar y no me cerrarás la puerta en las narices, quizá verás la verdad en mi mirada y me perdonarás, y si no, entonces no tendré derecho alguno, inclinaré la cabeza y me marcharé y no volverás a verme, no volverás a ver mi vergüenza al desnudo, no volverás a ver mi cuerpo temblando y sollozando ante ti de vergüenza, no me volverás a ver, ya no podré volver a tocarte, a hacer tantas cosas, nunca más, habrá tantas cosas que no volverán a pasar, si me echas, me iré, pero quizá, como eres un gran hombre, me dejarás quedarme, solamente los grandes hombres pueden perdonar, y esto no ha sido nada, una simple equivocación, una estupidez, y quizá tú veas eso y me dejes quedarme, pero déjame ir contigo, déjame ir contigo ahora, tal como estoy, donde sea que estés, si quieres que me arrodille desnuda ante tu puerta lo haré, haré lo que sea, cualquier cosa, pero déjame ir contigo, dónde estés, déjame ir contigo.

Así que éste es el momento. Él le puede colgar el teléfono, cortar por lo sano, ser libre. Ha visto quién es ella, la máscara se ha caído y ella se ha puesto al descubierto, y todas sus palabras no pueden hacerle olvidar lo que vio ni tampoco borrar lo que sintió cuando ellas apagaron las luces y se metieron en su dormitorio —¡su dormitorio!— y cerraron la puerta. Puede dejarlo ahora.

Ella lo ha apostado todo a la única oportunidad que le queda: que él quiera obligarse a olvidar lo que ha visto y borrar lo que ha sentido. Que él quiera encender la luz, abrir la puerta del dormitorio y encontrarla allí dentro, sola y esperando. Que él se quiera contar a sí mismo esa historia, la historia del amor verdadero, y que quiera entrar en ese cuento.

Él no cuelga, sino que la escucha. Vuelve al apartamento donde ella lo está esperando. Y, por supuesto, ella le ofrece sus disculpas de muchas maneras, y a él le resultan placenteras muchas de esas maneras, pero todo eso no es más que la superficie. Por debajo de esa pátina está la verdad, que es que ahora ella por fin es consciente del poder que tiene, ahora sabe que en la relación ella es y será siempre la fuerte, y que él no puede hacer gran cosa al

respecto.

«*La belle dame sans merci* te tiene en su poder.»

MONÓLOGO DE V. ARSÉNIEVA SOBRE EL AMOR Y LA NECESIDAD

Por favor. No necesito que nadie se compadezca de mis orígenes humildes. Solamente quienes no han sido nunca pobres piensan que la pobreza tiene algo digno de compasión, y la única respuesta a ese punto de vista es el desprecio. No pienso detenerme lo bastante como para describir las penurias de mi familia, aunque fueron muy variadas. Estaba la cuestión de la comida, y la cuestión de la ropa, y la cuestión de protegerse del frío, pero por alguna razón nadie cuestionó nunca la necesidad de que hubiera bebida suficiente para mi padre, o quizá debería decir más que suficiente. Cuando yo era niña nos mudamos a la ciudad de Norilsk, cerca del gulag de Norillag, que por supuesto cerró hace unos sesenta años, pero dejó tras de sí la ciudad que originalmente habían construido los prisioneros. A los doce años me enteré de que la ciudad estaba prohibida para los no rusos y por tanto tampoco era fácil marcharse de ella. De forma que entiendo la opresión comunista y también la opresión no comunista de después, pero no me interesa hablar del tema. Y tampoco del alcoholismo de mi padre. La pobreza es una condición asquerosa y no conseguir salir de ella también es asqueroso. Por suerte se me dan de maravilla las cosas tanto físicas como mentales, y así es como he podido venir a América, y doy gracias por ello, pero también sé que mi presencia aquí es fruto de mi propio esfuerzo, de forma que en realidad no tengo que dar gracias a nadie. En este sitio dejo atrás el pasado y soy yo misma, con esta ropa, ahora. El pasado es una maleta de cartón rota y llena de fotografías de cosas que ya no quiero ver. De los abusos sexuales tampoco quiero hablar, aunque también ocurrieron. Hubo un tío mío y después de que mis padres se divorcieran también hubo un novio de mi madre. Cierro la maleta. Si le mando dinero a mi madre desde aquí es para decirle: por favor, mantén cerrada la maleta. Ahora también están las facturas del hospital de mi padre, que tiene cáncer. Les mando dinero pero no tengo relación con ellos. Caso cerrado. Doy gracias a Dios por ser hermosa porque eso me permite dejar la fealdad fuera de mi vida. Vivo concentrada en el futuro, cien por cien. Vivo concentrada en el amor.

Los cínicos dicen que eso que la gente llama amor no es más que necesidad. Y eso que la gente llama eternidad, dicen los cínicos sin amor, no es más que un alquiler. Yo estoy por encima de esas consideraciones tan bajas. Yo creo en mi buen corazón y en su capacidad para ofrecer un gran amor. La necesidad existe, está claro, pero hay que satisfacerla, es una condición previa sin la cual no puede nacer el amor. Para que pueda crecer la planta hay que regar la tierra. Cuando estás con un gran hombre tienes que adaptarte a su grandeza y él a su vez se mostrará magnífico en su amabilidad y llegaréis a un acuerdo, y esto es normal; es, por así decirlo, como regar la tierra. Soy una persona práctica, de manera que sé que primero hay que construir la casa para poder vivir en ella. Primero construye una casa sólida y así podrás tener una vida feliz en ella, para siempre. Es mi forma de hacer las cosas. Sé que sus hijos me tienen miedo. Tal vez tengan miedo por su padre o tal vez por ellos mismos, pero en cualquier caso solamente

están pensando en la casa y no en la vida de dentro. No están pensando en el amor. La casa que yo estoy construyendo es la casa del amor. Ellos deberían entender esto, pero aunque no lo entiendan yo voy a seguir con las obras de construcción. Sí, ellos lo llaman la Casa Dorada, pero ¿qué significa eso si no hay amor en todas las habitaciones, en todos los rincones de cada habitación? Es el amor lo que es dorado, no el dinero. Nunca han necesitado nada, esos hijos, ¿qué les ha faltado en la vida? Viven dentro de un conjuro mágico. Se engañan completamente a sí mismos. Dicen que aman a su padre, pero confunden la necesidad con el amor. Lo necesitan, sí. Pero ¿lo aman? Voy a tener que ver más pruebas antes de poder responder. Él debería tener amor en su vida mientras pueda.

El hijo que estudia con una bruja debería entenderlo: su padre es el brujo de su vida. El hijo que sale con esa chica extraña debería entenderlo: su padre es su identidad. El hijo que tiene la mente rota debería entenderlo: su padre es su ángel.

Lo que les preocupa es la herencia. Pero tienen que entender tres cosas. En primer lugar: ¿acaso está bien que, después de darle yo mi amor a ese hombre, ellos me pongan de patas en la calle? Claro que no; por tanto, hay que hacer arreglos, está claro. En segundo lugar, yo he firmado el acuerdo sobre nuestra relación que él me dio para firmar, tal como él quería, sin discutir: he ahí mi confianza, he ahí mi fe basada en el amor. De forma que están todos protegidos y no tienen nada que temer de mí. En tercer lugar, lo que ellos temen más es que les llegue otro hermano o hermana. Tienen miedo de mi útero. Tienen miedo del deseo de ser llenado que pueda tener mi útero. Ni siquiera saben si su padre todavía es capaz de engendrar, pero aun así tienen miedo. Ante esto, me encojo de hombros. Tienen que entender que soy una persona provista de una gran autodisciplina. Soy la general de mí misma y mi cuerpo es el soldado raso que obedece las órdenes del general. En este caso, entiendo lo que ha dicho ese hombre al que amo. Ha hablado con claridad. A su edad no está preparado para volver a los inicios de la paternidad, para tener un bebé, con sus chillidos y su mierda, para tener un hijo a quien no conocerá de adulto. Eso ha dicho. Es una de las cláusulas del acuerdo que he firmado. He firmado que no habrá ningún bebé. Son las instrucciones que le he dado a mi cuerpo y a mi útero. No habrá bebé con ese hombre al que amo. Nuestro amor es el bebé, y es un bebé que ya ha nacido y al que estamos cuidando. Es lo que él desea y por tanto yo también, su deseo es también el mío. Así es el amor. Así es como triunfa el amor sobre la necesidad. Esos hijos tan llenos de necesidades tienen que aprender a amar de su padre, y de mí.

MONÓLOGO DE BABA YAGA, QUE VIVE DENTRO DE LA PIEL DE ARSÉNIEVA

Espero mi momento. Me siento, cocino, hilo, permanezco en silencio y con la cabeza gacha y dejo que él hable. No pasa nada. Espero mi momento.

Todo es estrategia. Ésa es la sabiduría de la araña. Hilar e hilar en silencio. Dejar que zumbe la mosca. Antes de comérmela a ella y ponerme su piel me tumbé sobre el fogón de mi choza, la choza que se aguantaba sobre una pata de pollo, y esperé, y ellos

vinieron a mí, y se convirtieron en mi comida, y al final vino también ella, la que yo quería, y en vez de tragármela me metí dentro de ella y dejé que se me tragara. ¡Me da igual lo que parezca! Me la comí yo, por mucho que dejara que me comiera ella a mí. Es un truco digestivo especial: una absorción inversa del devorador por el devorado. Y así, ¡adiós, choza del bosque con pata de pollo! ¡Adiós para siempre, hedor ruso! Ahora voy perfumada y vestida de belleza, con mis ojos detrás de los de ella y mis dientes detrás de los de ella.

Todo lo que ella hace es falso, hasta la última de sus palabras es mentira, porque yo estoy dentro de ella, moviendo sus hilos, tejiendo su telaraña de palabras y acciones en torno a la mosquita, el viejo atontado. ¡Y él se cree que ella lo ama! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Juaj, juaj! Muy buena, sí, señor.

¡Mirad cómo voy a vivir ahora! Automóviles, manjares, pieles... ¡Se acabó volar en aerolíneas comerciales! Lo odio casi tanto como volar con patas de pollo o con escobas. Al carajo los vuelos comerciales. ¡Miradme cómo paso de largo de aviación general, como una reina! Entro en mi JP y todo el mundo se postra a mis pies y me pregunta si me parece bien y se asegura de que esté cómoda y de que lo pase bien. Fijaos en qué suave es mi cama y en la calidad de mi equipo de *fitness*. Tengo un monitor nuevo, por cierto. ¡Nada de sexo con él! ¡Hay que tener cuidado! Estuvimos a punto.

En el mundo tradicional, es sabido que las metamorfosis son más fáciles para la hembra de la especie que para el macho. La mujer abandona la casa de su madre, se desprende de su apellido como si fuera su piel vieja y se pone el de su marido como si fuera un vestido de novia. Su cuerpo cambia y se vuelve capaz de contener y luego expulsar otros cuerpos. Estamos acostumbradas a tener a gente dentro de nosotras, dictando nuestro futuro. Quizá la vida de una mujer cobre sentido a través de dichas metamorfosis, de dichas ingestiones y expulsiones, pero para el hombre es lo contrario. El abandono de su pasado le quita todo su significado al hombre. ¿Qué están haciendo pues los Golden, escapando a la ausencia de significado, al absurdo? ¿Qué fuerza es lo bastante poderosa como para expulsar a esos hombres del significado mismo de sus vidas? Ahora son ridículos. El exiliado es un hombre hueco que intenta llenarse de hombría otra vez, un fantasma en busca de la carne y el hueso que ha perdido, una embarcación en busca de ancla. Y esos hombres son presas fáciles.

¿Qué? ¿Qué dice el tonto ese, el hijo menor? «¡Vivimos en una época de muchas metamorfosis y muchos géneros, y el mundo es más complejo de lo que crees, mujer araña, pata de pollo!» ¿Es eso lo que intenta decirme, fulminándome con la mirada mientras se agarra al brazo de su amante de *nouvelle vague*? Eso ya lo veremos, cielito. Vamos a ver cómo van las cosas y quién queda en pie y riendo al final, fumándose un cigarrillo en el fin del mundo. Tú eres Dioniso y yo —vale, lo admito, es un poco raro— soy Baba Yaga, la hermana más fatídica. Soy Baba Yaga la bruja.

Escondo esta voz en mis profundidades, lo bastante adentro como para que ella, yo misma, se pueda convencer de que no la oye, de que no es su voz verdadera. En el nivel de la piel, de la lengua, la que habla es una voz distinta, y ella se cuenta a sí misma una historia distinta, en la que ella es virtuosa y sus actos están absolutamente justificados al mismo tiempo por unos criterios morales y por los acontecimientos empíricos que la rodean. Por él, el viejo, el rey de la casa dorada, por quién es y por cómo la trata y por sus defectos. Pero ahí está, la voz de las profundidades, dándole órdenes al nivel más

profundo, el nivel de las moléculas constitutivas, que se entrelazan para formar los cuatro aminoácidos helicoidales de su ser, que también es el mío. Es quien yo es. Es quien ella soy.

Al pequeño de los Golden le costaba renunciar al hábito de la soledad. Se había sentido solo desde su infancia de hijo distinto a todos y procedente de una aventura ilegítima, en parte aceptado y en parte objeto de resentimiento en aquellas casas majestuosas que se había visto obligado a considerar sus hogares, primero en Bombay y después en Nueva York. Incluso en medio de las multitudes se había sentido solo, y, sin embargo, ahora que solamente tenía la compañía de Riya lo visitaban unos sentimientos a los que de entrada le costaba poner nombre. Por fin encontró las palabras. Unión, camaradería. Se estaba convirtiendo en la mitad de una entidad conjunta. La palabra *amor* resultaba extraña a sus labios y su lengua, como un visitante parásito de otro planeta, pero, fuera o no un ocupante marciano, estaba claro que la palabra había aterrizado en su boca y había echado raíces. *Estoy enamorado*, se decía a sí mismo en el espejo del baño. Le daba la impresión de que la cara del espejo que hablaba de forma sincronizada con él pertenecía en realidad a otra persona, a alguien desconocido para él. Y él se estaba convirtiendo en aquella persona, pensó, en un yo al que no conocía. El amor había empezado a agitar dentro de él fuerzas que pronto lo transformarían de manera completa e irreversible. Aquella información se había alojado en sus pensamientos y la idea de la *transformación inminente* había empezado a alterar las cosas en su cerebro, igual que la palabra *amor* había empezado a afectar a su forma de hablar. Pero era un conocimiento que, de momento, reprimía.

Fue el primero en marcharse de la casa de la calle Macdougall. «Que el viejo haga lo que quiera», les había dicho a sus hermanos en Florida, pero eso

no significaba que él tuviera que quedarse a verlo. Un buen día, Vasilisa Arsénieva llegó a la casa seguida de una cantidad de maletas caras que sugería que tal vez Nerón Golden no fuera su primer benefactor. Estaba claro que ya había dejado atrás el acuerdo inicial entre ambos, que no incluía la cohabitación. Muy poco después, el hijo pequeño de Nerón hizo las maletas y se mudó a Chinatown, donde Riya había encontrado un pequeño apartamento sin ascensor en la tercera planta de un edificio de color rosa salmón con los marcos de las ventanas destacados en amarillo brillante. Debajo de ellos, en la segunda planta, estaba Madame George Tarot Bola de Cristal Horóscopos Conozca su Futuro, y al nivel de la calle, la Run Run Trading Inc., con sus patos colgados de ganchos, con las sombrillas a rayas azules y rosadas que resguardaban sus cajones de hortalizas y con su feroz propietaria, la señora Run, que también era la propietaria del edificio y se negaba a satisfacer cualquier petición de cambiar las bombillas del pasillo o de subir la calefacción cuando hacía frío. Riya se llevó mal con con la señora Run desde el principio, pero no quería renunciar al apartamento porque al otro lado de la ventana de la sala de estar quedaba el tejado del edificio vecino y en los días de sol podían abrir la ventana de guillotina y salir fuera y era como tener un patio trasero en el cielo.

Habían empezado a vestirse los dos igual: en invierno con ropa de cuerpo de motociclista, gafas de aviador y gorras estilo Brando; a veces, por debajo de las gafas de sol, él se ponía sombra de ojos medio corrida como la de ella, para que la gente los creyera gemelos: los dos pálidos, los dos con la misma apariencia físicamente frágil, los dos escapados de la misma película de arte y ensayo. Y en primavera, ella, y por tanto también él, llevaba el pelo negro de punta y como una Moreau gótica se sentaba en el tejado con una guitarra acústica de gran tamaño y entonaba la canción de su amor, «*Elle avait des yeux, des yeux d'opale / qui me fascinaient, qui me fascinaient*», con un cigarrillo colgando de la comisura del labio: «*Chacun pour soi est reparti / dans le tourbillon de la vie...*».

Porque era así como se había desarrollado su relación: se había convertido en algo amoroso, sí, pero también chirriante y malhumorado, y era culpa de él, decía ella, porque ella estaba completamente entregada, lo había

estado desde el principio, ella era una persona de todo o nada, pero él se quedaba en el medio.

—Sí, te quiero, por eso vivimos juntos, pero no eres mi dueño, tu familia sabe mucho de tener propiedades, pero yo no soy una propiedad y tú necesitas entender mi libertad. Y además, hay cosas importantes que no me estás contando de ti mismo, y yo necesito conocer esas cosas.

Cuando ella hablaba de aquella manera, a él le entraba un mareo, como si el mundo entero se estuviera desgajando a pedazos y él tuviera mucho miedo de aquel mundo fragmentado y de lo que significaba para él; la canción estaba en lo cierto, la vida era *un tourbillon*. Pero él ya se lo había contado todo a ella, le decía en tono suplicante, le había desvelado los secretos de la familia como un niño en su primera confesión.

—Ni siquiera sé por qué he hecho todo lo que el viejo quería —le dijo él—. Irnos de allí, venir aquí, cambiar de identidades, todo. La que murió en el hotel no era mi madre. Ni siquiera me caía bien. Ni siquiera sé quién era mi madre: desapareció, o sea que es como si él la hubiera matado hace mucho tiempo. O como si la hubiera hecho matar, en plan capo de la Compañía Z.

—¿Qué es la Compañía Z?

—La mafia —dijo él—. Se llama Z por el capo, Zamzama Alankar. Que en realidad no se llamaba así.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quieres saber por qué tengo la pistola en el cajón? Yo te lo digo. Parece una serie mala de la tele. Mi padre, el señor Zachariassen, se emborrachó y mató a mi madre mientras yo estaba pasando Acción de Gracias en casa, y me escapé a la calle gritando: socorro, policía, y él me disparó mientras me estaba escapando y me gritó: te encontraré, te cazaré. Por entonces ya estaba psicópata total. Había sido piloto de líneas aéreas para la Northwest, pero después de la fusión con Delta la empresa empezó a reducir la plantilla y sus altibajos emocionales provocaron que lo echaran, y entonces se dio a la bebida y sus altibajos empeoraron y empezó a dar miedo. Él vivía con mi madre en Mendota Heights, Minnesota, que es un suburbio bastante adinerado de la periferia interior de las Ciudades Gemelas, por encima de su nivel adquisitivo. Mi madre era huérfana, sus padres habían

muerto y le habían dejado dinero, de forma que se había comprado la casa y el coche y yo había crecido allí e iba a una buena escuela, pero, después de que él perdiera el trabajo, mis padres empezaron a pasar dificultades. Cuando terminé la universidad entré en la Tufts gracias a una beca y a distintos trabajos, y hasta trabajé aquí en Nueva York, así que después del asesinato me fui rápidamente de Mendota Heights y cerré para siempre aquel capítulo de mi vida. Pero conservé la pistola. Él está en la cárcel desde hace un millón de años sin posibilidad de conmutación ni de reducción de pena, pero yo no pienso deshacerme del arma.

Ella siguió tocando la canción con la guitarra un poco más, pero sin cantar.

—Así que mi historia lacrimógena es mejor que la tuya —dijo por fin—. Y te voy a contar por qué aceptaste la locura de plan de tu padre. Lo aceptaste porque allí, en el sitio del que vienes, no eras libre de ser quien necesitas ser, ni de convertirte en la persona en la que necesitas convertirte.

—¿Y qué persona es ésa?

—Eso es lo que estoy esperando que me digas.

Ella no dejaba de volver al mismo tema desde que él le había contado la historia de lo que le había hecho a su madrastra, de la humillación y el cuasi suicidio de ella. Eres una persona llena de amor, me doy cuenta, le dijo ella, pero esto no lo entiendo, no entiendo cómo pudiste caer tan bajo.

Creo, dijo él, que el odio puede ser un lazo familiar igual de fuerte que la sangre o que el amor. Y de joven yo estaba lleno de odio y ese odio era el lazo que me unía a la familia, y por eso hice lo que hice.

Eso no es todo, dijo ella. Hay más.

La limusina llegó a un almacén de Bushwick donde ella necesitaba inspeccionar unas piezas artísticas del sudeste asiático que le habían ofrecido al Museo de la Identidad. Ven, lo había apremiado, al menos dos de las piezas tienen que ver con la visita de Dioniso a la India, así que te van a interesar. Ella no confiaba en el marchante. El tipo le había mandado una serie de documentos que certificaban que las piezas se habían exportado

legalmente desde la India, pero aquellos documentos se podían obtener ilegalmente. En los viejos tiempos, antes de la Ley de Antigüedades y Tesoros Artísticos de la India, le contó Riya, era de hecho más difícil sacar cosas de contrabando, porque la gente no estaba segura de a quién tenía que sobornar. Pero desde 1976 los exportadores sabían con qué inspectores tenían que tratar, de forma que todo era más simple. La cuestión de la procedencia complica las adquisiciones. Aun así, vale la pena echar un vistazo a las piezas.

Había una pintura de Dioniso rodeado de panteras y tigres que a ella no le interesaba. La otra pieza era un cuenco de mármol alrededor del cual había tallada una procesión triunfal, y la talla era exquisita, una multitud desenfundada de sátiros, ninfas y animales con el dios en el centro. Mira qué femenino es, le dijo ella. Está justo en la frontera de los géneros, casi no se sabe si hay que llamarlo dios o diosa. Habló clavando una mirada penetrante en D, con una pregunta sin formular en los labios, y él apartó tímidamente la vista.

Qué, dijo él. Qué es esto. Qué quieres.

Esto es casi seguro una exportación no autorizada, le dijo ella al marchante, devolviéndole el cuenco. La documentación no es convincente. No lo podemos adquirir.

Iban los dos en coche de camino a casa. En las inmediaciones del puente de Manhattan había unas obras que estaban ralentizando el tráfico hasta casi pararlo. Venga ya, le dijo ella, no viniste a mí por accidente, no te presentaste en el MdI porque tuvieras el menor interés en lo que exploramos allí. Y lo de tu madrastra..., quizá haya algo en ti que quiera morir, una parte de ti que ya no quiera estar viva, y por eso la empujaste al borde de la muerte. Eso es lo que necesitas contarme. ¿Por qué quisiste ocupar su lugar? ¿Qué parte de ti quería ser ella, la madre, el ama de casa, la que tenía las llaves de la casa y se encargaba de las tareas domésticas? ¿Por qué tuviste esa necesidad tan perentoria que te llevó a hacer algo tan extremo? Sí, necesito saberlo todo sobre el tema. Pero antes de saberlo yo, necesitas saberlo tú.

Déjame salir del coche, dijo él. Para el puto coche.

En serio, le contestó ella sin levantar la voz. ¿De verdad vas a salir del

coche?

Para el puto coche de los cojones.

Después le resultó difícil acordarse de la pelea, se acordaba simplemente de las sensaciones que le habían provocado las palabras de ella, de la explosión que había tenido lugar en su cerebro, de su visión nublada, de su corazón acelerado, de los temblores que le había causado la absurdidad obvia de las acusaciones de ella y de la insultante equivocación de su ataque. Él quería invocar a un juez todopoderoso que la declarara culpable, pero no había ningún ojo celestial mirándolos y tampoco se podía invocar a ningún ángel a cargo de los registros. Él quería que ella se disculpara. Mierda. Ella tenía que disculparse. Y abundantemente.

Regresó furioso a la casa de la calle Macdougall y una vez allí no quiso hablar con nadie, envuelto en una tormenta que avisaba a todo el mundo de que tenían que dejarlo solo. Riya y él se pasaron cuatro días sin hablarse. Al quinto día, ella lo llamó usando el tono de la adulta serena que era. «Ven a casa. Quiero compañía en la cama. Quiero Compañía... Zzzzzzz.»

Él se echó a reír, no lo pudo evitar, y entonces ya le resultó fácil pedir perdón, perdón, perdón.

Ya hablaremos de eso, le dijo ella.

Ella está sentada en el suelo leyendo un libro. En un pequeño estante del apartamento de Chinatown tiene siete libros, algunos famosos —Juan Rulfo, Elsa Morante y Ana Ajmátova— y otros menos excelsos: *Huevos verdes con jamón*, *Crepúsculo*, *El silencio de los corderos* y *La caza del Octubre Rojo*. Y es a Ajmátova a quien ha elegido leer:

*Oirás tronar y te acordarás de mí,
y pensarás: ella quería tormentas. El borde
del cielo será de un duro escarlata
y tu corazón, tal como estuvo entonces, estará en llamas.*

—Cuando yo termino un libro —dice ella—, el libro también me termina a mí y se pone a buscar otro lector. Así que lo dejo en un banco de Columbus Park. Quizá esos chinos que siempre están allí jugando a las cartas o al go no quieren mi libro, esos chinos llenos de nostalgia que le hace melancólicas reverencias a la estatua de Sun Yat-sen, pero también están las parejas que salen del ayuntamiento con sus licencias matrimoniales y sus miradas resplandecientes, deambulando un momento por entre los ciclistas y los niños, sonriendo conscientes de que su amor ya tiene licencia, y yo me imagino que les va a gustar descubrir el libro, como si la ciudad les estuviera haciendo un regalo para señalar un día tan especial, o bien me imagino que al libro le puede gustar descubrirlos a ellos. Al principio me limitaba a regalar los libros. Me llegaba un libro nuevo y regalaba uno viejo. De esa forma siempre tenía tenía siete en casa. Pero luego empecé a descubrir que había más gente que estaba dejando libros donde yo había dejado el mío y pensé: éstos son para mí. De forma que ahora abastezco mi biblioteca con los regalos al azar que me hace una gente que no conozco, y nunca sé qué es lo que voy a leer a continuación, me limito a esperar a que me llamen esos libros sin hogar: tú, lectora, tú eres para mí. Ya no elijo lo que leo. Me limito a deambular por las historias que la ciudad abandona.

Él está plantado en la puerta, contrito e incómodo. Ella habla sin levantar la vista de la página. Él se sienta a su lado, con la espalda contra la pared. Ella se inclina hacia él, un poco nada más, hasta que sus hombros se tocan. Ella tiene los brazos cruzados y se está abrazando los hombros. A continuación estira un dedo y le toca el brazo.

—Si fumaras cigarrillos —dice ella—, tendríamos algo en común.

Corte.

—El día siguiente —dice él. Es el día siguiente, un día en tiempo presente—. Estamos en el día siguiente —dice él—. Mañana, uno de los dos días imposibles. Estamos aquí y es mañana.

—Yo soy un espíritu libre —dice ella, torciendo la boca con gesto

despectivo, *nada especial*, dice su boca—. Pero tú tienes cadenas en todas partes. Tienes voces interiores a las que no escuchas, emociones bullendo dentro de ti que reprimes y sueños inquietantes a los que no haces caso.

—Yo nunca sueño —dice él—. Salvo a veces, en otro idioma y en tecnicolor, pero siempre son sueños plácidos. El mar en calma, la grandeza del Himalaya, mi madre sonriéndome y tigres de ojos verdes.

—Yo te oigo —dice ella—. Cuando no estás roncando, a menudo aúllas, pero más en plan búho que en plan lobo. HUU..., huu..., huuu... —Que suena como «*who...*, *who...*, *who...*», «quién..., quién..., quién»—... Ése eres tú. Ésa es la pregunta que no puedes contestar.

Van caminando por el Bowery y tanto la calzada como las aceras están levantadas por obras. Empieza a retumbar un martillo neumático y ya es imposible oír hablar a nadie. Él se gira hacia ella y articula algo en silencio, sin decir nada en realidad, solamente abriendo y cerrando la cara. El martillo neumático para un momento.

—Ésa es mi respuesta —dice él.

Corte.

Están haciendo el amor. Sigue siendo el día siguiente, sigue siendo por la tarde, pero a los dos les apetece y no ven razón para esperar a que se haga de noche. Aun así, los dos cierran los ojos. El sexo tiene muchos aspectos solitarios aun cuando hay otra persona presente, a quien amas y a quien quieres complacer. Y en cuanto los amantes tienen bien ensayadas sus formas favoritas, ya no hace falta ver al otro. A estas alturas sus cuerpos ya están educados el uno en el otro, y cada uno ha aprendido a moverse de formas que se adaptan al movimiento natural del otro. Sus bocas saben encontrarse entre ellas. Sus manos saben qué hacer. No hay bordes ásperos; su amor físico ha sido limado.

Hay algo que sucede a menudo, una dificultad que suele presentarse. A él le cuesta alcanzar y mantener la erección. La encuentra inmensamente atractiva y lo dice en tono de protesta en el momento de cada fracaso, de cada reblandecimiento, y ella lo acepta y lo abraza. A veces él lo consigue durante

un momento e intenta penetrarla, pero luego, en el momento de la penetración, se vuelve a reblandecer y su sexo flácido se aplasta contra el de ella. No importa, porque han encontrado otras muchas formas de llegar a buen puerto. Se siente tan atraída por él que en cuanto la toca se acerca al clímax, de forma que a base de tocar y de besar, y del uso de los órganos secundarios (manos, labios, lengua), él le provoca el orgasmo hasta que ella se echa a reír de placer exhausto. El placer de ella se le contagia a él, y a menudo ni siquiera le hace falta eyacular. Se queda satisfecho con el hecho de satisfacerla. A medida que las cosas progresan, se van volviendo más atrevidos el uno con el otro, un poco más duros, y esto también les produce un gran placer. Ella piensa, aunque no lo dice, que la dificultad más habitual que experimentan los hombres jóvenes es que se les pone dura enseguida y repetidas veces, pero, como no tienen ni paciencia ni autocontrol ni cortesía, terminan en dos minutos. Son infinitamente más placenteras las sesiones de varias horas de hacer el amor. Lo que ella dice, en cambio, y se lo piensa mucho antes de decirlo, es: es como si fuéramos dos mujeres. El sexo entre nosotros resulta completamente seguro y al mismo tiempo completamente entregado. Lo segundo gracias a lo primero.

Ya está. Lo ha dicho. Ya está a la vista de todos. Él está tumbado boca arriba mirando el techo. Se pasa un buen rato sin contestar. Y luego:

Sí, dice.

Otro largo silencio.

¿Sí qué?, pregunta ella en voz baja, con la mano en el pecho de él y acariciándolo con los dedos.

Sí, dice él. Pienso en eso. Lo pienso muy a menudo.

Flashback. Fundido circular.

Es el año del concierto de Michael Jackson en Bombay. *Mumbai*. Bombay. En los noticiarios aparecen hombres con turbantes de color rosa y azafrán en el aeropuerto, meneando el esqueleto frenéticamente al son de la música de *dhols*. Una pancarta enorme de tela que hay colgada en la zona de llegadas exclama: NAMASTÉ MICHAEL NAMASTÉ DE LA AUTORIDAD AEROPORTUARIA DE LA INDIA. Y M. J., con su sombrero negro y su chaquetilla roja de botones dorados, aplaude a los bailarines. «Tú eres mi

amor especial, India —dice—. Que Dios te bendiga siempre.» En su dormitorio, el pequeño D, de doce años, mira las noticias, practica el *moonwalk*, articula en silencio las palabras de las famosas canciones, se sabe todas las letras, al cien por cien. ¡Gran día! Y luego, a la mañana siguiente, va sentado en el coche en compañía del chófer de camino a la escuela. Bajan la colina hasta Marine Drive y se encuentran un atasco junto a la playa de Chowpatty. ¡Y de pronto allí está, M. J. en persona, caminando entre los coches parados! Ohdiosmío, ohdiosmío, ohdiosmío, ohdiosmío, ohdiosmío. Pero no, claro que no es Michael Jackson. Es un hijra. Una hijra. Un/una hijra con pinta de Michael gigante vestido con el sombrero negro de Michael y su chaqueta roja con botones dorados. Imitaciones baratas de. Cómo te atreves. Quítate eso. No es tuyo. Y el/la hijra tocándose con la mano derecha el ala del sombrero mientras gira sobre sí mismo/a sin moverse del sitio y se agarra la entrepierna. El/la hijra tiene un radiocasete destartado donde suena *Bad*, el/la hijra con la cara pintada de blanco y pintalabios rojo se dedica a hacer *playback*. Es asqueroso. Es irresistible. Es aterrador. Cómo es posible que lo permitan. Ahora el/la hijra está justo al lado de la ventanilla de su coche, del joven milord de camino a la Cathedral School, baila conmigo, joven señorito, baila conmigo. Gritando a la ventanilla cerrada, pegando los labios rojos al cristal. «Hato, hato», le grita el conductor, agitando el brazo, «vete», y el/la hijra se ríe con una risa despectiva en falsete y se aleja bajo el sol.

Fundido circular.

Cuando tú me enseñaste la estatua de Ardhanarishvara, yo te solté: es de la isla de Elefanta, y luego me callé de golpe. Pero sí, hace mucho que lo/la conozco. Es la unión de Shiva y Shakti, las fuerzas del Ser y el Hacer de la divinidad hindú, del fuego y del calor, reunidas en el cuerpo de esa deidad única de género doble. *Ardha*, medio, *nari*, mujer, *ishvara*, dios. Masculino por un lado y femenino por el otro. Llevo pensando en ella/él desde niño. Pero después de ver al/la hijra me entró el miedo. A todo el mundo le daban un poco de miedo los/las hijras, y un poco de asco, de forma que a mí también. Además me sentía fascinado, es cierto, pero igualmente me daba miedo el hecho mismo de estar fascinado. ¿Qué tenían que ver conmigo aquellas mujeres/hombres? Todo lo que oía decir de ellos/ellas me hacía

estremecer. Sobre todo la palabra *operation*. Lo llaman así, *operation*, en inglés. Beben alcohol o toman opio, pero lo hacen sin anestesia. Se lo hacen otros/otras hijras, no un médico; atan un cordel en torno a los genitales para que el corte sea limpio y luego dan un machetazo hacia abajo con un cuchillo largo y curvo. Se deja sangrar la herida abierta y después se cauteriza con aceite caliente. En los días siguientes, mientras se cura la herida, se mantiene abierta la uretra sondándola una vez y otra. Al final queda una cicatriz arrugada que parece una vagina y que se puede usar como tal. Pero eso que tenía que ver conmigo. Nada. No me gustaban mis genitales, pero aquello, aquello, uf.

¿Qué acabas de decir ahora mismo?, lo interrumpió ella. ¿Que no te gustan tus genitales?

Yo no he dicho eso. Eso no es lo que he dicho.

Corte.

Riya está sentada en el suelo, leyendo un libro. «De acuerdo con los poetas-santos del shivaísmo, Shiva es *Ammal-Appari*, madre y padre combinados. Se dice de Brahma que creó a la humanidad al convertirse a sí mismo en dos personas: el primer hombre, Manu Suaiambhuva, y la primera mujer, Satarupa. La India siempre ha entendido la androginia, el hombre con cuerpo de mujer y la mujer con cuerpo de hombre.»

D se encuentra muy agitado, caminando de una pared blanca a la otra. Cada vez que llega a una pared da una palmada en ella y gira sobre sí mismo para echar a andar en sentido contrario; llega a la pared, da una palmada, da media vuelta, camina, llega, palmada.

No sé qué estás intentando hacerme. Ese trabajo en el museo te está calentando la cabeza. Éste es quien soy. No soy ningún otro. Yo soy éste.

Riya no levanta la vista, sino que sigue leyendo en voz alta. «Pocos/pocas hijras se quedan en su lugar de origen. Seguramente el rechazo y la desaprobación familiares expliquen ese desarraigo. Después de reinventarse en forma de unos seres a quienes sus familias originales a menudo rechazan, los/las hijras suelen llevarse esas nuevas identidades a lugares nuevos, donde

se forman a su alrededor nuevas familias que los/las acogen.»

Para, grita él. No estoy preparado para oír esto. ¿Qué quieres, arrastrarme a la perdición? Soy el hijo menor de Nerón Golden. ¿Me oyes? Su hijo menor. No estoy preparado.

«“De niño yo tenía modales femeninos y se reían de mí y me reñían por parecer una chica.” “He pensado muy a menudo que tenía que vivir como un chico y lo he intentado por todos los medios, pero no he podido.” “Nosotros también somos parte de la creación.”» Ella levanta la vista del libro, lo cierra de golpe, se pone de pie y camina hasta detenerse delante de él, los dos con las caras muy juntas; la de él furiosa y la de ella completamente inexpresiva y neutral.

¿Sabes qué?, dice ella. Muchos de ellos no se hacen la *operation*. Nunca se la han hecho. No es necesario. Lo importante es ser quienes ellos saben que son.

¿Ese libro lo has encontrado en un banco del parque?, pregunta él. ¿En serio?

Ella niega con la cabeza lenta y tristemente. «No, claro que no.»

Me voy, dice él.

Y se va. En la calle, en plena canícula de la tarde, todo es ruido, colores chillones y multitudes. Es Chinatown.

Un *insecto gigante*. Una *sabandija monstruosa*. Un *bicho verminoso*. Gregor Samsa se despertó una mañana de sus sueños inquietos para descubrir que estando en su propia cama se había transformado en un *ungeheuren Ungeziefer*. No hay acuerdo sobre la mejor traducción. La naturaleza exacta de la criatura no se especifica con exactitud en el relato de Kafka. Tal vez una cucaracha gigante. La mujer de la limpieza dice que es un escarabajo pelotero. Él mismo no parece muy seguro. Algo horrible, en cualquier caso, con el dorso acorazado y unas patitas que no paran de menearse. «Convertido en un *ungeheuren Ungeziefer*.» En algo que nadie querría ser. Una cosa de la que todo el mundo se aparta horrorizado: su jefe, su familia, hasta su amada y antaño amante hermana. Algo muerto, a fin de cuentas, que hay que sacar con la basura y de lo que ha de encargarse el personal de limpieza. Y en eso se estaba convirtiendo él ahora, se dijo D: en una monstruosidad, incluso para sí mismo.

Iba caminando en dirección norte, perdido en estos mórbidos pensamientos y, aunque el sol brillaba con fuerza, él tenía la sensación de estar envuelto en oscuridad. O, para ser más exactos, iluminado por un foco que lo exponía al escrutinio y el juicio de todos, pero también rodeado de un miasma negro que le imposibilitaba distinguir las caras de sus jueces. Solamente cuando llegó a la puerta de la casa de su padre se dio cuenta de que sus pasos lo habían llevado de vuelta a la calle Macdougall. Rebuscó la llave en el bolsillo y entró con la esperanza de no tener que hacer frente a su familia. No estaba preparado. No era él mismo. Si lo veían, tal vez vieran la

metamorfosis que llevaba escrita por todo el cuerpo y gritaran horrorizados: *Ungeziefer!* No estaba preparado para aquello.

¡Qué extraño le parecía ahora el interior de la casa! No solamente por la razón obvia, que era el hecho de que la amante de su padre, Vasilisa Arsénieva, se había embarcado en un plan radical y «modernizador» de redecoraciones nada más mudarse allí, subiendo de esta forma un escalafón en la progresión de intimidad para convertirse en «amante residente». Seguía teniendo desnudo el cuarto dedo de la mano izquierda, eso sí, pero todos los hijos de Nerón Golden estaban de acuerdo en que no tardaría en resplandecer allí un diamante y, después del diamante, seguramente también aparecería un anillo de oro. Ciertamente se había empezado a comportar como si fuera la dueña de todo. La mansión entera había sido repintada de un color gris ostra de lo más chic y todo lo viejo había sido o estaba siendo reemplazado por cosas nuevas y «de lujo»: los muebles, las alfombras, las obras de arte, las lámparas, los ceniceros y los marcos de los cuadros. D había pedido que le dejaran su habitación como estaba y ella se lo había respetado, de forma que por lo menos algo familiar había. Pero él sabía que su sensación de extrañeza no tenía su origen en la redecoración, sino en sí mismo. Si mientras caminaba por el pasillo o subía las escaleras lo abrumaba un mal presentimiento, una sensación de que todo estaba a punto de cambiar y de que el cambio sería alguna clase de calamidad, la causa de su premonición no había que buscarla en la pintura de color ostra ni en los sofás por secciones de velvetón plateado, y tampoco colgaba de las cortinas nuevas de la sala de estar ni brillaba en la lámpara de araña nueva del comedor ni parpadeaba en las chimeneas nuevas de gas cuyas llamas calentaban en invierno un lecho de guijarros que resplandecían con un moderno encanto. Era cierto que aquel ambiente renovado ya no era el entorno familiar y a la vieja usanza que Nerón Golden había creado para que ellos habitaran en él a su llegada al país. Ahora el lugar estaba poseído de una otredad inquietante y sucedánea que la versión anterior, también una especie de imitación de la vida, se las había apañado para evitar. Pero ¡no! No era la casa. El cambio estaba en él mismo. Él mismo era la oscuridad que sentía a su alrededor, él era la fuerza que hacía que las habitaciones parecieran más pequeñas y los techos más bajos, como si

estuviera en una casa de película de terror, y que creaba una atmósfera de opresión y claustrofobia. La casa, en realidad, era mucho más luminosa que antes. Era él quien se había oscurecido.

Estaba intentando escaparse de la misma cosa hacia la que sabía que estaba yendo. Sabía que se le acercaba, pero eso no quería decir que le gustara. Lo odiaba, era un hecho ineludible y era lo que estaba creando la tormenta que lo rodeaba ahora. Sólo quería meterse en su habitación y cerrar la puerta. Quería desaparecer.

Cuando me imagino a D en aquellos momentos críticos, me acuerdo de Theodor W. Adorno: «La forma más elevada de moralidad es no sentirse uno cómodo en su propia casa». Sí, sentirse incómodo con las comodidades, desasosegado ante el sosiego, cuestionar los supuestos de lo que habitual y felizmente se da por sentado, hacer de uno mismo un desafío a lo que para la mayoría de gente es el espacio en el que se sienten libres de desafíos; ¡sí! Eso es la moralidad elevada a un grado que casi se puede llamar heroísmo. Y en este caso, el «hogar» de D Golden era un espacio todavía más íntimo que la casa familiar. Era nada menos que su propio cuerpo. Él era un marginado dentro de su propia piel, que experimentaba con intensidad aquella variación repentinamente importante del problema mente/cuerpo. Su yo no físico, la mente, estaba empezando a insistir en ser algo que el cuerpo, su yo físico, le negaba, y el resultado era una agonía física y mental.

La Casa Dorada estaba en silencio. Él se quedó un momento en el rellano de la segunda planta, frente a la suite principal de su padre. La puerta estaba cerrada, pero la de la habitación contigua, que antaño había sido un dormitorio de invitados y ahora era el vestidor de Vasilisa Arsénieva, estaba abierta, revelando bajo la luz de media tarde un perchero tras otro de vestidos reverberantes y un estante tras otro de tacones agresivamente altos. Esto va a ser un problema para mí: las palabras le aterrizaron en la conciencia procedentes de una nave nodriza desconocida y suspendida fuera de la atmósfera, al otro lado de la línea de Kármán. Tus extremidades podales son colosales, «no me sirves porque tienes los pies demasiado grandes, te odio a muerte porque tienes los pies demasiado grandes». Sí, Fats Waller, eso mismo. Y ahora sus pies enormes lo habían llevado, por voluntad propia, al

centro de aquella habitación donde el aroma a pachulí era más fuerte que en ninguna otra parte de la casa, el aroma que ella había traído para que se impusiera a todos los aromas que había aquí antes, Vasilisa Arsénieva, silenciosa y altiva como los gatos, dejando su huella allí donde iba. Y ahora D acercó las manos a aquellos vestidos, enterró la cara en el olor de las lentejuelas, cogiendo aire, sacándolo, cogiéndolo. La oscuridad que lo había rodeado se acababa de retirar; en la habitación brillaba una luz que tal vez fuera la felicidad.

¿Cuánto tiempo pasó allí? ¿Cinco minutos o cinco horas? No tenía ni idea, de tantas emociones que se estaban agolpando, todo su yo era un remolino de confusión, pero qué placer le producía, qué agradable le resultaba la tela contra su mejilla, qué asombrosa la sensación de..., de glamour, cómo podía él negarlo, y qué se deducía de aquello, cuál era el siguiente paso lógico.

Y entonces apareció Vasilisa en la puerta, mirándolo.

—¿Puedo ayudarte? —le dijo.

¿Puedo ayudarte? ¿En serio? Como si aquello fueran unos grandes almacenes y ella lo estuviera acusando de hurtar los artículos en venta, cómo se puede ser tan pasiva-agresiva, allí plantada con toda la calma del mundo y hasta sonriendo un poco, no seas condescendiente conmigo, mujer, *¿puedo ayudarte?* No, seguramente no. Muy bien, él está en el vestidor de ella, está metiendo el hocico en sus vestidos, es cierto, pero, aun así, no está bien. O quizá sólo sea un problema de idioma, quizá sea una pregunta que ha aprendido de un libro de frases, y quizá ella tampoco entienda de inflexiones, si haces la pregunta así va a sonar hostil; quizá —¿es posible?— lo haya preguntado literalmente, quizá me quiera ayudar literalmente y me esté preguntando cómo, quizá no me esté juzgando ni esté furiosa y realmente me esté ofreciendo la mano para ayudarme, no quiero malinterpretarla ni nada, la situación ya es lo bastante embarazosa, pero sí, ella está viniendo directa hacia mí y ahora me da un abrazo y me dice otra frase de libro de frases:

—A ver qué podemos hacer por ti.

Vasilisa empezó a sacar cosas y a sostenerlas frente a él, *¿éste?, ¿éste?*, preguntaba, y añadía en tono reconfortante:

—Tú y yo somos parecidos —le dijo—. Espigados. ¿Se dice así? —Sí, dijo él, se dice así—. Espigados como las espigas —continuó, reafirmada también ella por la confirmación—. Tu madre debió de ser alta y delgada, como una modelo de pasarela.

Él se puso rígido.

—Mi madre era una puta —dijo. Se había echado a temblar—. Me vendió a mi padre y desapareció en el Putistán.

—Chist, chist —le dijo ella—. Chist. Eso es para otro día. Este momento es para ti. Pruébate éste.

—No puedo. No quiero estropear la ropa.

—No importa. Tengo mucha. Ten, quítate la camisa y ponte esto por la cabeza. ¿Ves? Sólo te tira un poco. ¿Qué te parece?

—¿Puedo probarme ése?

—Sí, claro.

(Quiero dejarlos ahí un momento, darles a esos dos un poco de intimidación, mirar a otro lado discretamente y apagar mi «soy una cámara de teléfono móvil», o quizá darle la vuelta: esto es el rellano, éstas son las escaleras que llevan al vestíbulo de la entrada donde ahora, después de la redecoración, el perro hecho de globos vigila, la piraña en conserva gruñe desde la pared y las palabras de amor en luces de neón brillan en chillones tonos rosas y verdes por encima de la puerta. Y esto es la puerta principal abriéndose. Entra Nerón Golden. El rey ha vuelto a su palacio. Lo miro a la cara. Él mira a su alrededor, molesto. Quiere a su mujer recibéndolo allí. ¿Dónde está? ¿Es que no ha leído su mensaje de texto? Cuelga el sombrero y el bastón en el perchero del recibidor y la llama levantando la voz.)

—¡Vasilisa!

(Imaginen ahora mi carrera tipo «soy una Steadicam» escaleras arriba, hasta la habitación donde ella y el joven que lleva la ropa de ella se han quedado petrificados al oír la voz del viejo. Ella, Vasilisa, mira a D y entiende que él todavía tiene miedo a su padre.)

—Me matará. Me va a matar. Oh, Dios mío.

—No, no te va a matar para nada.

Ella le devuelve su ropa de calle.

—Póntela otra vez. Voy a distraerlo.

—¿Cómo?

—Lo traeré al piso de arriba...

—¡No!

—... lo meteré en el dormitorio y cerraré la puerta. Cuando me oigas empezar a hacer mucho ruido, es que puedes salir sin peligro.

—¿Qué clase de ruido?

—Está claro que te puedes imaginar qué clase de ruido. No hace falta que te lo explique.

—Oh.

Ella se detiene en la puerta antes de bajar con Nerón.

—Y, D...

—¡Qué! Perdón, sí, ¿qué?

—Quizá no soy una zorra total al mil por ciento.

—Sí, sí. Obvio. O sea, no. Obvio que no.

—De nada.

—Gracias.

Ella le dedica una sonrisa conspiratoria. Y yo debería terminar la escena aquí, con un primer plano de esa sonrisa de esfinge a lo Mona Lisa.

Más tarde.

Él ha hecho las paces con la paciente y comprensiva Riya y ahora están los dos con Ivy Manuel en el local jamaicano de Houston y Sullivan, de madrugada y bebiendo cócteles peligrosos. O bien, reimaginémoslo: están los tres sentados alrededor de una mesa redonda y sencilla en un estudio todo pintado de negro, bebiéndose sus copas (los cócteles peligrosos son aceptables, incluso en el limbo), y ya no hay más mundo que su conversación sobre profundas cuestiones de lenguaje y filosofía. (Referencia deliberada: la película de Jean-Luc Godard *Le gai savoir*, 1969, protagonizada por Jean-Pierre Léaud y Juliet Berto. Que muchos consideran demasiado didáctica, pero a veces el didacticismo es necesario.) Al principio D está alicaído y se dedica a citar a Nietzsche (autor de *Die fröhliche Wissenschaft*) y a formular

«la pregunta schopenhaueriana: ¿acaso la existencia tiene sentido alguno? La pregunta que va a necesitar un par de siglos solamente para poder ser oída en toda su profundidad». Pero de forma gradual las dos mujeres lo van alentando, dándole ánimos, apoyándolo, persuadiéndolo y, por fin, después de que él asienta ligeramente con la cabeza para mostrar su aceptación y sonríe con cautela, empiezan a presentarle poco a poco el vocabulario de su futuro, un futuro en el que el pronombre *él* dejará de ser para él. La primera palabra y la más importante es *transición*. En música, una modulación momentánea de una tonalidad a otra. En física, el cambio que realiza un átomo, núcleo, electrón, etcétera, de un estado cuántico al siguiente, con emisión o absorción de radiación. En literatura, un pasaje de una obra literaria que conecta con fluidez dos temas o secciones entre sí. En el caso presente..., en el caso presente, el proceso por el cual una persona adopta de forma permanente las características externas o físicas del género con el que se identifica, por oposición al género que le fue asignado al nacer. El proceso puede implicar o no medidas como la terapia hormonal o la cirugía de reasignación de género.

—No pienses en la cirugía —le dicen las mujeres—. Ni siquiera te la has de plantear. Estamos a años luz de eso todavía. *(Cuando se filme esta escena, las dos actrices pueden decidir cuál de ellas dice cada línea. Por ahora, sin embargo, digamos que quien ha hablado primero es Riya, después Ivy, y así sucesivamente.)*

—Necesitas averiguar quién eres. Y para eso existe ayuda profesional.

—Ahora mismo podrías ser TG, TS, TV o TO. Depende de cómo te sientas. —Transgénero, transexual, travesti o travestido ocasional—. No hace falta ir ni un paso más allá de como tú te sientas.

—Para esto existe ayuda profesional.

—Antaño la gente se ponía una etiqueta junto al nombre. Como Ivy TS, o Riya TV. También se decía Cambio de Sexo. «Mira, aquí viene Sally Cambio de Sexo». Pero el mundo trans se ha hecho mayor. Ahora ya se dice solamente Sally o el nombre que sea. No hay división en compartimentos.

—Pero deberías pensar en los pronombres. Las palabras son importantes. Si vas a renunciar a él, ¿con qué lo sustituyes? Puedes elegir *elle*, si decides no identificarte ni como masculino ni como femenino. *Elle* significa identidad de género desconocida. Muy privado.

—También está *ello*.

—También está *il*.

—También están *esí, ellí, señar, sinsex, niñe, human-arroba*.

—Fíjate. Hay muchos.

—*Esí*, por ejemplo, significa «ese o esa de ahí».

—*Señar* se dice en vez de «señor y señora». Ése me gusta mucho personalmente.

—Y no se acaba en los pronombres, naturalmente. Algo de esto ya te lo comenté en el museo la primera vez. Las palabras son importantes. Tienes que estar seguro de tu identidad, a menos que estés seguro precisamente del hecho de no estar seguro, en cuyo caso eres *género fluido*.

—O quizá transfemenino, porque naciste hombre y te identificas con muchos aspectos de la feminidad, pero no sientes que seas realmente una mujer.

—La palabra *mujer* se está separando de la biología. La palabra *hombre* también.

—O si no te identificas con la mujeridad ni con la hombreidad, quizá seas *no binario*.

—Así que no hay prisa. Hay mucho que pensar.

—Mucho que aprender.

—La transición es como la traducción. Estás yendo de un lenguaje a otro.

—Hay gente que aprende idiomas con facilidad. Y a otra gente le cuesta. Pero para esto existe ayuda profesional.

—Piensa en los indios navajos. Reconocen cuatro géneros. Además de masculino y femenino están los *nádleehi*, los «dos espíritus», que nacen masculinos pero funcionan con rol de mujeres, o viceversa, obviamente.

—Puedes ser lo que tú elijas ser.

—La identidad sexual no es algo dado. Es una elección.

D ha permanecido callado hasta ahora. Por fin habla:

—Pero ¿el argumento no era el contrario? Que ser gay no era una elección sino una necesidad biológica... ¿Y ahora qué estamos diciendo, que al final resulta que sí era una elección?

—Elegir una identidad —dice Ivy Manuel— no es como elegir cereales en el supermercado.

—Decir «elegir» puede ser otra forma de decir «ser elegido».

—Pero ¿ahora es una elección?

—Para esto existe ayuda profesional. Y con esa ayuda, verás claro que elegir.

—Se hará necesario.

—Entonces ¿no será una elección?

—*Elegir* no es más que una palabra. ¿Por qué te estás obsesionando tanto con eso? No es más que una palabra.

Funde a negro.

A las siete de la mañana del día de su boda, uno de los más calurosos del verano, y con avisos de huracán en los partes meteorológicos, Nerón Golden fue como de costumbre a jugar al tenis a la Cuarta Avenida con Lafayette en compañía de tres miembros de su grupo íntimo de amigos / socios comerciales / clientes. Estos misteriosos hombres, que creo recordar que eran cinco en total, se parecían bastante entre sí: curtidos, con la piel de color castaño debido a la exposición prolongada a la costosa luz del sol de una serie de costosas ubicaciones, con el pelo ralo y pegado a la cabeza, bien afeitados, de mandíbulas fuertes, pecho fornido y piernas peludas. Con su ropa de deporte blanca parecían un equipo de marines retirados, salvo por el hecho de que unos marines nunca se podrían haber comprado los relojes que llevaban ellos; yo conté dos Rolex, un Vacheron Constantin, un Piaget y un Audemars Piguet. Machos alfa ricos y poderosos. Él nunca nos los presentó ni tampoco los invitó a los Jardines para que se sumaran a nuestras charlas de sociedad. Eran sus muchachos. Se los guardaba para él solo.

Cuando yo les preguntaba a sus hijos cómo había hecho fortuna el viejo, ellos me daban una respuesta distinta cada vez. «La construcción.» «Inmobiliarias.» «Cajas fuertes.» «Negocios de apuestas por internet.» «Comercio de fibra de lana.» «Transporte marítimo.» «Capitales de riesgo.» «Industria textil.» «Producción cinematográfica.» «Ocúpate de tus asuntos.» «Acero.» Después de que mis académicos padres me revelaran la verdadera identidad de Nerón, yo me apliqué, en la medida de mis posibilidades, a investigar discretamente la verdad o la falsedad de todas aquellas

afirmaciones tan extremadamente diversas. Descubrí entonces que el hombre al que conocíamos como N. J. Golden había adoptado el hábito del secretismo mucho antes de afincarse entre nosotros, y que la red de tapaderas falsas, intermediarios y empresas fantasma que había creado para proteger sus negocios del escrutinio público era demasiado compleja como para que yo, un simple joven que soñaba con el cine, penetrara en ella a distancia. Tocaba muchas teclas y tenía reputación de tiburón temible. Se camuflaba tras el anonimato de los benami, pero cada vez que hacía una jugada todo el mundo sabía quién estaba detrás. En el país que no podía ser nombrado tenía un apodo: la Cobra. Se me ocurrió que, si alguna vez conseguía hacer una película sobre él, tal vez debería titularse así. O quizá *Rey Cobra*. Después de pensarlo, sin embargo, dejé de lado estos títulos. Ya tenía el mío.

La Casa Dorada.

Mis investigaciones me llevaron hasta la famosa estafa del espectro 2G, que había llegado hacía poco a los titulares del país que no se podía nombrar. Parece ser que en aquel país sin nombre, una serie de miembros del Gobierno sin nombre habían vendido de forma corrupta licencias de frecuencias de telefonía móvil a una serie de corporaciones afines a unos precios escandalosamente bajos, y que las compañías así beneficiadas habían acumulado unos veintiséis mil millones de dólares en ganancias ilegales. La revista *Time*, que entonces todavía tenía un puñado de lectores, había situado el caso en el segundo puesto de su lista de los diez mayores abusos de poder de la historia, solamente por detrás del Watergate. Leí los nombres y las trayectorias de las compañías a las que habían concedido las licencias y encontré la misma clase de telaraña que prefería Nerón, un intrincado sistema de empresas propiedad de otras empresas, en las cuales, sin embargo, otras empresas poseían un gran número de acciones. Yo sospechaba que Nerón estaba detrás de la más grande de aquellas compañías, Eagle Telecom, que se había fusionado con una empresa alemana, Verbunden Extratech, y luego había vendido el 45 por ciento de sus acciones a la Murtasín de Abu Dabi, que a raíz de la venta se cambiaría el nombre por Murtasín-EV Telecom. Se iniciaron procedimientos judiciales contra muchos de los nuevos titulares de licencias, en una serie de tribunales que había organizado especialmente el

CBI u Oficina Central de Investigaciones. Aquél fue mi momento de decir «ajá». Yo nunca me había creído que Nerón hubiera trazado aquellos planes tan elaborados para marcharse del país sin una buena razón —no podía haber previsto la muerte de su esposa en el ataque terrorista al viejo e icónico hotel —, y su posible implicación en aquel escándalo gigantesco resultaba una razón mucho más convincente para que hiciera preparativos en caso de tener que poner los pies en polvorosa. Como es natural, no me atreví a presentarle mis sospechas. Pero mi película imaginaria, o bien mi serie soñada de películas, se estaba volviendo mucho más atractiva; una intriga financiera y política, o bien una serie de esas intrigas, con mis vecinos en el mismo corazón. Era emocionante.

Las bodas siempre me hacen pensar en el cine. (Todo me hace pensar en el cine.) En Dustin Hoffman en *El graduado*, aporreando la pared de cristal de una iglesia de Santa Bárbara para robar a Katharine Ross del altar. En las abuelas de Nueva Delhi bailando bajo la lluvia en *La boda del monzón*. En el ominoso derramamiento del vino sobre el vestido de boda de *El cazador*. En la Novia que recibía un disparo en la cabeza el día de su boda en *Kill Bill: Vol. 2*. En Peter Cook oficiando la ceremonia nupcial de *La princesa prometida*. En el inolvidable banquete de bodas de *Tierra amarilla* de Chen Kaige, donde a los invitados a una boda rural china en la empobrecida provincia de Shaanxi les servían pescados de madera en vez de comida de verdad porque no había peces de verdad para comer, pero, aun así, en una boda era importante tener pescado en la mesa. Pero cuando Nerón Golden se casó con Vasilisa Arsénieva en los Jardines Históricos de Macdougall-Sullivan, a las cuatro de la tarde, a mí me vino inevitablemente a la cabeza la más famosa de todas las escenas de bodas de la historia. La diferencia era que ahora Connie Corleone no bailaba con su padre; ahora el patriarca estaba bailando con su joven novia, mientras yo me imaginaba la poderosa melodía escrita para la escena de la película por el padre del director, Carmine Coppola, subiendo de volumen y tragándose la música real que sonaba en aquellos momentos en los Jardines, y que, en un lamentable despliegue de banalidad, era una grabación de los Beatles cantando *In my life*.

Rebobinemos unas cuantas horas: después de que Nerón volviera a casa

de su partido de tenis, sudando a mares como siempre —él era de sudar mucho, tal como admitía abiertamente, «Sólo tengo que subir corriendo las escaleras y ya se me empapa la camisa»—, después de quitarse la camisa y enfundarse su grueso y negro albornoz de tela de toalla, convocó a sus tres hijos en su estudio.

—Os estáis haciendo preguntas que quiero contestar —les dijo—. En primer lugar, aquí no cambia nada. Sigo siendo vuestro padre, eso es lo primero, y respecto a vosotros dos, a vuestra madre la voy a seguir queriendo como la he querido siempre, eso es lo segundo, y por lo que respecta a ti, mi hijo menor, sigo lamentando las circunstancias de tu llegada, pero eso ya lo sabes, y eres mi hijo igual que estos otros dos, eso es lo tercero. Por tanto, todo sigue igual, eso lo entendéis. Asimismo, para ir al meollo del asunto: todos sabéis que existe un acuerdo prenupcial bastante feroz que Vasilisa ha firmado sin reparos. Relajaos: vuestra herencia está a salvo. Las cosas siguen como siempre. Además, yo, después de muchas décadas de ser el padre de todos vosotros, ni me planteo la idea de otro hijo. ¿Un bebé?, le he dicho a ella; para mí *bebé* es una palabrota. Ella tampoco plantea objeciones a esto. No habrá un cuarto hermano. Tampoco una primera hermana. Todo va a seguir igual. Todo esto os lo prometo hoy, el día de mi boda. Lo único que quiero de vosotros es que aceptéis a mi mujer. Nadie está cazando ninguna fortuna y nadie está haciendo bebés ladrones de herencias. Nadie me obliga a informaros de estos asuntos y sin embargo he decidido hacerlo. A mi edad os pido vuestra bendición. No es necesaria, pero la solicito. Os lo pido, por favor: permitidle a vuestro padre este día de felicidad.

En el jardín, después de que el juez viniera, hiciera su trabajo y se marchara, y ya convertidos Nerón y Vasilisa en marido y mujer, los vi bailar otra vez igual que habían bailado en Florida, vi al viejo desprenderse de los años mientras se movía, completamente erecto, ágil y ligero, completamente atento a su compañera, vi que el lenguaje del baile susurraba sus palabras mágicas y le hacía parecer joven otra vez. Y ella en sus brazos, liberando el poder de su belleza, acercándole los labios al oído, arqueando a continuación la espalda desnuda y apartándose de Nerón, yendo una y otra vez hacia él y apartándose, rítmicamente, vencéndolo por medio del conjuro más poderoso

de todos, la seducción del «me acerco y me alejo». Vasilisa dejaba que él la abrazara y la moviera y sin que hiciera falta decirlo nos decía: no tengo miedo, lo tengo a él, con todo el poder embrujador de mi cuerpo le he ordenado que me abrace tan fuerte que por mucho que quisiera no me podría dejar caer.

Esto no es un baile, pensé yo, es una coronación.

Los hijos de Nerón Golden miraban y aprendían. Petya miraba medio escondido detrás de la estructura de tubos infantil y el tobogán, agarrándose a los tubos como si fueran los barrotes de una prisión. En un momento dado me acerqué a él y me dijo:

—La cantidad de amor que hay en mi padre es finita. Ni se expande ni se contrae. Y ahora que va a estar más repartido, habrá menos para nosotros. — Cada vez que Vasilisa miraba en su dirección, sin embargo, él le dedicaba una amplia sonrisa—. No conviene enfrentarse a la nueva reina —me explicó en tono solemne, como si estuviera revelando un secreto de Estado—. En cualquier momento puede decidir que nos maten.

Su hermano Apu estaba debajo de un árbol, rodeado por su habitual grupo de artísticos del Lower Manhattan, pintores, asiduos a las discotecas e italianos. A su lado, fumando sin parar, ataviado con su típica chaqueta de esmoquin de terciopelo y su camisa blanca con cuello de pajarita, estaba Andy Drescher, el famoso cascarrabias profesional a quien Apu profesaba un cariño inexplicable. Andy era un icono de Nueva York que llevaba sin publicar nada desde sus dos volúmenes de poesía en los años ochenta, pero aun así se las apañaba para vivir cómodamente en los escalafones superiores de la sociedad sin fuentes visibles de ingresos ni otros medios para mantenerse. Me lo imaginaba en un pequeño apartamento sin ascensor ni agua caliente, alimentándose a base de latas de comida de gato y luego quitándoles el polvo a sus mejores galas de terciopelo y poniendo rumbo a las veladas más elegantes de la ciudad para sonreír con resignación anhelante a los chicos guapos y ladrar con amargura sus ya célebres quejas. La lista de cosas y personas de las que se quejaba nunca paraba de crecer e incluía, en aquellos momentos, ir al cine, el alcalde Bloomberg, el concepto de matrimonio, tanto gay como hetero, el concepto de ver la televisión cuando

uno podría estar teniendo relaciones sexuales, las máquinas (de todo tipo, pero sobre todo los *smartphones*), el East Village, los *collages* de ideas en los estudios de diseño de moda (que él llamaba «robo organizado»), los turistas y los escritores que publicaban libros. Aquel día, además, ofendió a la pobre Riya (aunque, bueno, ofendía absolutamente a todo el mundo) burlándose del Museo de la Identidad donde trabajaba ella y de la idea de que uno pudiera ser del género que quisiera si le apetecía.

—La semana que viene me voy a comprar un apartamento de diez millones de dólares —le dijo a Riya—. Pregúntame de dónde voy a sacar el dinero.

Riya cayó en la trampa y se lo preguntó.

—Pues porque ahora soy transmilionario —fue su respuesta—. Me identifico como rico y por tanto lo soy.

Después de aquello, Riya optó por quedarse junto a D y los dos juntos se dedicaron a contemplar el momento triunfal de la reina del baile: Bella girando y girando sobre sí misma en los brazos de su amada Bestia, y a su alrededor los Jardines, y todos nosotros, los invitados y los no invitados, seres reales y de ficción, mientras oscurecía y las guirnaldas de lucecitas de feria de los árboles intensificaban la atmósfera de cuento de Disney, y mis padres los profesores bailando juntos y felices, sin ojos para nadie más, y el triste U Lnu Fnu de las Naciones Unidas, y el señor Arribista de Argentina, y los verdaderos aristócratas de la comunidad de los Jardines, Vito y Bianca Tagliabue, barón y baronesa de Selinunte, y yo, todos felizmente reunidos, lubricados por el abundante champán, comiéndonos la excelente comida que suministraba el mejor servicio de *catering* de la ciudad, y sintiéndonos, durante ese breve y extasiado momento fuera del tiempo que a veces puede crear una boda, felices, juntos y convertidos en uno solo. Incluso los cinco tenistas de los relojes caros habían pintado sonrisas en unas caras que no estaban hechas para sonreír y ahora se dedicaban a asentir con las cabezas en una especie de despliegue de compañerismo con el resto de gente de los Jardines y a aplaudir el baile de los monarcas.

Pero había un grupo de personas que se mantenían al margen y que, a medida que sonaba la música y anochecía y arreciaba el jolgorio, parecían

apiñarse más y más entre ellos, como diciendo: no os acerquéis a nosotros, guardad las distancias, no somos parte de vosotros. Eran un grupo de hombres con el pelo repeinado y un poco demasiado largo por detrás, barbas de la variedad «barba de dos días de diseño», lenguaje corporal incómodo y trajes de esmoquin que no acababan de sentarles bien y por debajo de cuyas mangas les asomaban demasiado los puños de las camisas blancas; un grupo de hombres sin mujeres, que bebían agua o refrescos o nada, movían intranquilamente los pies y fumaban mucho, y de repente se me ocurrió que tal vez la asociación intuitiva que yo había hecho con *El padrino* no era resultado del mero hecho de haber visto demasiadas veces la trilogía; tal vez hubiera descubierto algo, porque aquellos tipos tenían pinta de suplicantes, de haber venido al Gran Día del Capo para besarle el anillo. También (y ahora la metáfora de la película de gánsteres me estaba transportando de verdad) tenían pinta de llevar pipas encima. Visualicé la película en mi cabeza: la aparición repentina de las pistolas procedentes de los abultados bolsillos interiores de aquellos trajes mal cortados, la sangre que salpicaba de tragedia el día de la boda.

Pero no pasó nada de eso. Aquellos caballeros se dedicaban al negocio hotelero, según nos informaron; eran socios del señor Golden. Yo tuve la misma sensación que si me hubieran dicho que se dedicaban al negocio del aceite de oliva: cierto, quizá, pero tal vez no toda la verdad, también.

El primogénito del novio estaba de pie junto a la mesa del *catering* con su mantel dorado donde las bandejas de canapés esperaban a los hambrientos, dando cuenta metódicamente de una serie de bocaditos de salchicha en hojaldre. Se me ocurrió una idea.

—Eh, Petya —me acerqué para decirle en el tono más despreocupado que pude—, ¿qué sabes tú del espectro 2G?

Una nube de confusión le cruzó la cara, quizá porque para él la palabra *espectro* tenía una resonancia distinta inmediata, o quizá porque su extraordinaria memoria y su instinto de decir la verdad estaban batallando con el juramento de secretismo que habían hecho los Golden. Por fin decidí que la respuesta no entraba en el juramento y por consiguiente quedaba fuera del embargo.

—Un escándalo en el ramo de las telecomunicaciones —dijo él—. ¿Te recito la lista de compañías implicadas? Adonis, Nahan, Aska, Volga, Azure, Hudson, Unitech, Loop, Datacom, Telelink, Swan, Allianz, Idea, Spice, S Tel y Tata. Debería añadir que en 2008 Telenor se hizo con la mayoría de acciones de la compañía de telecomunicaciones del grupo Unitech y que en la actualidad gestiona veintidós licencias con el nombre de Uninor. Datacom opera con el nombre de Videocon. La compañía, con sede en Rusia, Sistema es el accionista mayoritario de Telelink y va a cambiar su nombre público a MTS. Swan era originalmente subsidiaria del grupo Reliance. Idea ha comprado Spice. Tanto Bahrain Telecommunications como Sahara Group tienen una participación importante en S Tel. Hay en curso un LIP o litigio de interés público que pronto llegará al Tribunal Supremo. Se espera que por lo menos un ministro y varios ejecutivos de corporaciones hagan frente a condenas largas de cárcel. El espectro 2G de cinco megahercios se valora por megahercio...

—Me he fijado —le dije— en que no has mencionado Eagle, ni Verbunden Extratech, ni Murtasín.

—Estaba simplemente haciendo una lista de las empresas implicadas en la estafa —dijo él—. Las corporaciones que mencionas no han sido acusadas de ninguna irregularidad, ni tampoco hay acciones judiciales pendientes contra ellas. ¿Estás pensando en escribir una película sobre la ciertamente asombrosa proliferación de la telefonía móvil en ese remoto país y sobre la corrupción en parte inevitable que la contamina? En ese caso, el protagonista deberías ser tú, está claro. Con lo atractivo que eres, ya sabes, René, deberías ser estrella de cine.

Se trataba de una nueva manía que había cogido aquel verano. A Petya se le había metido en la cabeza, negando la evidencia de todas las miradas salvo la suya, que yo era el hombre más apuesto del mundo. Al principio declaró que yo era «más apuesto que Tom Cruise», luego me volví «pero mucho más guapo que Brad Pitt», y últimamente era «cien veces más hermoso que George Clooney». *Sic transit gloria*, Tom, Brad y George, pensé yo. No es que Petya estuviera expresando anhelos homosexuales. Estaba expresando lo que veía, igual que siempre, y lo único que yo podía hacer era darle las

gracias.

—Algo parecido —le contesté—. Pero no creo que haya un papel para mí.

—Pues me parece ridículo —me dijo él—. Escribe uno inmediatamente. Un papel importante. El héroe romántico. Eres muy *sexy*, René, en serio. Eres un bombón.

Tal vez las bodas sacan al romántico que todos llevamos dentro.

Y en un momento dado del jolgorio de la noche no pude evitar fijarme en que Nerón Golden se había ausentado, en que se veía una luz encendida en la ventana de su oficina y en que tampoco aparecían por ninguna parte los hombres de los trajes de esmoquin baratos. Petya estaba en la pista de baile. Era mal bailarín, le fallaba tanto la coordinación que a la gente le hacía gracia; los cinco tenistas intentaban a medias sofocar sus risitas de machos alfa, pero por suerte Petya, transportado por la música, no parecía darse cuenta. Y luego Vasilisa se puso a bailar con sus amigas, todas sofisticadas, todas corredoras inmobiliarias, ejecutando sus versiones neoyorquinas de una serie de bailes cosacos repletos de velas y chales y palmadas y patadas al aire y botas. En lugar de gorros de pieles y uniformes militares había vestidos de gasa y piel de mujer, pero nadie se quejaba de esto, y todos bailamos en círculo alrededor del baile de aquellas jóvenes y dimos palmadas al unísono y gritamos «¡Hey! ¡Hey!» cuando nos lo mandaron y nos bebimos los chupitos de vodka que nos daban, y sí, Rusia era buena, la cultura rusa estaba bien, menuda fiesta rusa nos estábamos pegando, todos a una, y entonces reapareció Nerón Golden vestido de cosaco, de forma que ahora había al menos un gorro de piel y una casaca militar azul con trencillas y botones dorados, y las chicas bailaron a su alrededor como si él fuera su capitán, su rey, que es lo que era, y él blandió su sable *shashka* especial en el aire por encima de las cabezas de ellas, y nosotros bailamos a su alrededor, y bebimos, y gritamos «¡Hey! ¡Hey!» un poco más, y así fue la boda de Nerón y su bella esposa.

Los caballeros del ramo hotelero y los trajes de esmoquin baratos, sin

embargo, no regresaron a la fiesta.

Pasada la medianoche, una extraña neblina estival se infiltró en los Jardines y les dio aspecto de escenario de cuento de fantasmas japonés, de *Cuentos de la luna pálida*, quizá, o de *El más allá*. Los invitados se habían ido todos a casa y los restos de la celebración ya habían sido retirados por los diligentes empleados de la empresa de *catering*, a quienes Nerón Golden en persona había entregado generosas propinas. De la rama de un árbol seguía colgando un farolillo solitario, con una vela dentro chisporroteando y a punto de consumirse. Oí un ulular solitario que tal vez viniera de un búho, aunque quizá me equivocara. Una luna pálida brillaba débilmente entre las nubes de lluvia que se estaban juntando en el cielo. Se acercaba un huracán. Reinaba la calma de antes de la tormenta.

Como ya me había pasado en otra ocasión, el insomnio me sacó de la cama. Me puse una sudadera y unos vaqueros y salí a la neblina, que de pronto se espesó y se me tragó entre sus remolinos, como si el universo entero se hubiera esfumado y solamente quedara yo. Luego oí un ruido lejano, que empezó a repetirse y a aumentar de volumen con cada repetición. Era el ruido de un hombre presa de una terrible aflicción y sollozando de forma incontrolable. Un llanto que llegaba al alma.

Me acerqué de puntillas y mi curiosidad luchó contra el instinto más civilizado de concederle privacidad al hombre que lloraba. Como no confiaba en que la niebla me ocultara, traté de acechar entre los arbustos, un poco avergonzado (aunque admito que solamente un poco) de la victoria de mis instintos de *voyeur*. Por fin lo vi y confieso que me quedé asombrado al reconocer al jugador estrella de la noche, el hombre en torno al cual había girado todo: el novio en persona, de rodillas sobre la hierba húmeda, vestido con un pijama caro, golpeándose el pecho con los puños y aullando como una plañidera profesional en un funeral. ¿Qué podía haberlo llevado a salir allí en plena madrugada, a abandonar su lecho conyugal para aullarle a la luna evanescente? Me acerqué a él tanto como pude y oí, o eso me pareció, las palabras: «¡Perdonadme! Os he matado a las dos».

Quiero aclarar que no creo en las afirmaciones de la gente con inclinaciones místicas o sobrenaturales. No tengo tiempo para el paraíso, el infierno, el limbo ni ningún otro destino de vacaciones póstumas. No creo que vaya a reencarnarme, ni en un escarabajo pelotero ni en George Clooney ni en el heredero de su guapura. A pesar de los entusiasmos de Joyce, Nietzsche y Schopenhauer, le doy la espalda a la metempsicosis, la transmigración de las almas. Seguramente mi película favorita de aquel año había sido *El tío Boonmee que recuerda sus vidas pasadas*, del tailandés Apichatpong Weerasethakul, pero no me creía que ni el tío Boonmee ni yo hubiéramos tenido ninguna existencia anterior en la tierra. No me interesan las semillas del diablo; Damien, Carrie y el bebé de Rosemary, podéis quedaros en las estanterías de las novelas sensacionalistas. No tengo tiempo para ángeles ni demonios ni monstruos de la laguna. Y es por todo esto por lo que no sé cómo explicar lo que vi aquella noche, y por lo que intento decirme a mí mismo que fue una alucinación causada por haber tomado una dosis demasiado grande de Ambien (que no me había conseguido noquear) y haberme adentrado mareado en la niebla: algo así como una pesadilla despierto. Pero la figura del Nerón penitente era completamente real, y lo que vi, lo que sé que vi, lo que creo que sé que vi por mucho que mi mente racional rechace la idea, fue que la niebla de su alrededor formaba, como si fuera una especie de ectoplasma, dos figuras humanas, las figuras de dos mujeres plantadas delante del hombre arrodillado y escuchando su amargo pesar. Las figuras no hablaron, ni tampoco alcanzaron una forma del todo sólida, sino que permanecieron borrosas e indistintas. Aun así, la idea me vino a la cabeza con tanta claridad como si alguien me la hubiera formulado en voz alta: se trataba de las dos madres de sus hijos, la esposa que había muerto en el Taj y la pobre mujer abandonada que había renunciado a su hijo y que, de acuerdo con la señora Golden, había tenido una muerte solitaria y anónima en uno de los lugares a los que va a morir la gente pobre de solemnidad.

«Perdonadme. Os he matado a las dos.» ¿Cómo podía entenderse que un hombre hiciera una súplica así en su noche de bodas? ¿Acaso era una expresión de su culpa por haber encontrado de nuevo la felicidad mientras a

sus pies yacían dos seres muertos e infelices? ¿O bien era una señal de su descubrimiento de que el fantasmagórico pasado tenía mucha más influencia en sus emociones que el superficial, aunque joven y hermoso, presente? ¿Y dónde estaba ahora mismo la nueva señora Golden, y qué opinaba del hecho de que su marido les estuviera farfullando a unos fantasmas en el jardín? Había que decir que no era un comienzo de matrimonio nada propicio. Me adentré en la niebla y emprendí el regreso a mi cama, donde, es extraño, caí dormido de inmediato y dormí el sueño de los justos.

A la mañana siguiente, Vasilisa anunció la fase siguiente de su plan para limpiar y renovar la casa de arriba abajo. ¡Muerte a lo viejo! ¡Sí a lo nuevo! ¡Lámparas nuevas en vez de las viejas! Y él, el viejo, lo aceptó. Pero el de ella no era un simple acto de redecoración de interiores. «En Rusia —decía— no somos tan tontos como para creer que no existen los demonios.» Esto lo dijo un día en que yo estaba presente (por entonces ya era un visitante habitual y bienvenido):

—Perdona, René, entiendo que eres un escéptico, pero la realidad no es algo que uno elija. A la realidad no le importa tu opinión al respecto. El mundo hoy es igual que ha sido siempre. Vas a una iglesia ortodoxa en Rusia y ves a personas a las que ha traído su familia y que tienen el diablo en la mirada, personas llenas de odio, individuos soeces, individuos obscenos, individuos con el corazón muy frío. Y entonces empieza la cosa. Primero viene el sacerdote con el agua bendita y la arroja y también se pone a recitar los pasajes de los Evangelios en los que Jesús expulsa a los demonios, y, Dios mío, cómo salen, a las mujeres les salen voces de hombres y sufren convulsiones y bufan y sueltan chillidos de venganza contra el sacerdote, y el agua bendita los quema, fíjate, y muchas personas hablan con voces de animales, de vacas, osos y cerdos. Hay quien vomita y quien se cae. Es terrible pero bueno. Esta casa es un caso distinto. Puede que no sean las personas las que están poseídas, sino la casa misma. Habéis traído el mal con vosotros de vuestro país y ahora está en las paredes, en las alfombras, en los rincones a oscuras y también en los retretes. Hay fantasmas viviendo aquí, quizá los vuestros y quizá otros más antiguos, y hace falta expulsarlos. Si quieres mirar cuando venga el sacerdote, te lo permitiré, sé que eres un joven

creador en busca de materiales, pero te has de quedar ahí junto a la Virgen María y en cuanto empiece sólo podrás decir las palabras de la oración de Jesús: «Jesucristo nuestro señor, Hijo de Dios, ten piedad de mí porque he pecado». No importa que no creas; tú di estas palabras y ellas te protegerán de todo daño.

Recién instalada en el lugar de honor del espacioso «gran salón» de la primera planta de la Casa Dorada, con la cara besada por el viento cada vez más fuerte que entraba por las cristaleras que daban a los Jardines, un viento húmedo y que prometía lluvia: una inmaculada copia antigua del icono Feodorovskaya de la Madre de Dios, cuyo original colgaba en el palacio de Alejandro, en la pequeña capilla situada a la izquierda del dormitorio de la última zarina Romanov, Alejandra, que se pasaba horas enteras rezando a la Virgen todos los días. Era una presencia sorprendente. Los hijos de Nerón Golden no escondían su falta de fe religiosa, y, aunque yo nunca le había oído hablar del tema, simplemente había dado por sentado que su padre pensaba igual y que aquél era el manantial, por así llamarlo, de la indiferencia de todos hacia la religión. Y, sin embargo, aquella imagen sagrada había sido el regalo de bodas de Nerón a su joven esposa, y ahora él, sin rechistar, se plantó junto a ella frente a la Madre de Dios, con las manos juntas y la cabeza gacha, e indicó que había llegado el momento de iniciar el exorcismo. Sus tres hijos habían sido convocados y estaban presentes y muy serios, tal como les había mandado su padre. Tampoco faltaba el sacerdote ortodoxo ruso, una barba en una carpa, que empezó a entonar obedientemente sus cánticos y a tirarnos agua bendita a todos, y justo en aquel momento llegó el huracán *Irene*; el cielo se puso negro, el firmamento se abrió y la sala se llenó de centellas cegadoras. El sacerdote se puso a gritar en ruso y Vasilisa tradujo sus palabras.

«Alabado sea Dios, porque ya está hecho.»

Y en aquel momento Nerón Golden también exclamó en voz muy alta: «¡Cerrad las puertas!», y sus hijos corrieron a las cristaleras, y, aunque yo entendía que era una simple reacción práctica al viento y a la lluvia torrencial, Vasilisa y el sacerdote lo entendieron de otra forma. La barba tembló, la carpa que la rodeaba se agitó, emergieron palabras excitadas en ruso y la

nueva señora Golden las tradujo y las parafraseó:

—Cerrad las puertas para impedir que entre la lluvia, pero ya no hace falta impedir la entrada de los demonios, porque han sido expulsados de mi marido y no volverán nunca.

Fuera lo que fuera lo que pasó aquella mañana —y yo era muy escéptico sobre la autenticidad del exorcismo—, lo que está claro es que a Nerón se le acabaron los paseos nocturnos y se le acabó el llorar en los Jardines estivales. Que yo sepa, los fantasmas de las dos mujeres no se le volvieron a aparecer. O en caso de que sí lo hicieran él controló sus sentimientos, les dio la espalda y no mencionó sus visitas a su esposa.

De sus aposentos privados, aquella noche, nos llegaron los sonidos de su violín Guadagnini, interpretando —de forma apropiada— la poderosamente emocional *Chacona* de Bach.

La noche de lunes en que empezaron los problemas, Nerón Golden acompañó a su esposa Vasilisa a su restaurante ruso favorito del distrito Flatiron para asistir a una cena en honor a Mijaíl Gorbachov, que estaba visitando la ciudad para recaudar fondos destinados a su organización benéfica contra el cáncer. A los Golden los sentaron en la mesa de honor, en compañía del multimillonario exiliado casado con una mujer de tendencias artísticas, y del multimillonario exiliado que había entrado a golpe de talonario en el negocio de la prensa justo cuando el negocio de la prensa se estaba yendo a pique, pero que por suerte también era dueño de un equipo de béisbol, y del multimillonario exiliado que tenía inversiones importantes en Silicon Valley y una esposa que también las tenía, y en las mesas cercanas había multimillonarios menores con yates más pequeños y equipos de fútbol y canales de televisión por cable y esposas menos impresionantes. Para Vasilisa Arsénieva, su presencia entre aquel grupo de élite era la prueba de que su vida por fin valía la pena, e insistió en hacerse fotografías con todos y cada uno de los grandes de Rusia (y, por supuesto, también con sus esposas) para mandárselas de inmediato a su madre con el teléfono.

Antes de salir de casa, cuando ella ya estaba del todo vestida y atractiva

hasta un extremo casi criminal, se arrodilló a los pies de su marido, le abrió la cremallera de los pantalones y le hizo un servicio lento y experto, «porque — le dijo— cuando un hombre como tú lleva a una mujer como yo a un lugar así, tiene que saber qué puede esperar de ella». Fue un error de cálculo poco habitual —a pesar de que a ella solían dársele bien los cálculos sexuales—, porque no tuvo el efecto de eliminar los celos de Nerón Golden, sino de aumentarlos, de tal forma que, una vez en el restaurante, él se dedicó a vigilar todos los movimientos de ella como un halcón cada vez más malhumorado y, a medida que circulaba la comida, la ensalada de arenques y remolachas, el repollo Golubtsy relleno de ternera, los buñuelos ucranianos *varéniki*, *huska* y *valusky*, el *pelmeni* de ternera, el *strógonoff*, el vodka con infusión de grosellas e higos, los crepes *blinchiki* y el caviar, los celos de él fueron aumentando, como si ella estuviera sirviendo pedacitos de sí misma a todos los hombres presentes, envueltos en servilletitas rojas, para que ellos se los comieran con tenedorcitos de cóctel de dos puntas, a modo de deliciosos canapés. Por supuesto, en la mesa de los invitados excelsos todos los hombres estaban acompañados de sus esposas, de forma que todos se comportaban con discreción. El multimillonario cuya esposa tenía inclinaciones artísticas le dijo que era muy afortunado por haber cazado a «nuestra Vasilisa». El multimillonario que tenía los periódicos en decadencia y el equipo de béisbol en alza le dijo: «Es como una hija para nosotros». El multimillonario de Silicon Valley que tenía la esposa de silicona le dijo: «Dios sabe cómo la habrás conseguido», e hizo un gesto obsceno con las manos que sugería algo enorme dentro de los pantalones, pero todo el mundo había bebido mucho vodka, de forma que nadie tenía intención de ofender y nadie se ofendió, no era más que simple charla de hombres. Al cabo de un rato, sin embargo, Nerón se dio cuenta de que Vasilisa estaba saludando con la mano a varias personas que estaban en la otra punta de la sala, y de que aquellas personas le estaban devolviendo el saludo, y de que todas eran hombres, y entre ellos uno en particular, más bien joven, alto, musculoso, de unos cuarenta años, con el pelo extraña y prematuramente blanco y gafas de sol de aviador pese a que era de noche, un hombre que podría ser perfectamente instructor de tenis, o bien —y éste era, por razones obvias, el

término más despectivo que podía haber para Nerón Golden— monitor personal de *fitness*. O quizá fuera peluquero, y homosexual, lo cual no supondría un problema. O quizá otro multimillonario, aunque más joven que los demás, propietario, por ejemplo, de un yate grande y rojo construido en los astilleros Benetti de Viareggio, Italia, y enamorado de los hipercoches de un millón y medio de dólares con nombres de dioses del viento quechuas y de las chicas rápidas que iban a juego con ellos. Era una posibilidad que no debía ser ignorada.

—Perdona —le dijo ella—. Me voy a saludar a mis amigos.

Y se fue, y él se la quedó mirando: los abrazos, los besos al aire, nada indecoroso, y sin embargo algo olía mal allí, tal vez él debería ir a inspeccionar a aquellos amigos, a aquellos supuestos amigos. Tal vez debería ir a examinar más de cerca a aquella rubia a la que no podía ver bien, la que iba con el tipo, aquella rubia menuda que ahora le estaba dando la espalda, él le podía ver la musculatura de los brazos, sí, se acordaba de ella, la muy zorra. Tal vez debería arrancarle la puta cabeza.

Pero entonces Gorbachov vino a conversar con él.

—Así pues, señor Golden, ahora que tiene a esa encantadora esposa rusa ya es usted casi uno de nosotros, diría yo, y veo que es un hombre consecuente, así que permítame una pregunta...

Pero no era Gorbachov el que hablaba, sino su intérprete, un tipo llamado quizá Pavel, asomándose por encima del hombro de Gorbachov como si fuera una segunda cabeza, y hablando tan seguido después del expresidente que casi estaba doblándolo, lo cual quería decir que o bien era el mejor intérprete y el más rápido de todos los tiempos o bien se estaba inventando la traducción al inglés, o bien Gorbachov siempre decía las mismas cosas. En cualquier caso, Nerón Golden, con su irritación creciente ante la conducta de Vasilisa, no tenía intención alguna de dejarse interrogar por el invitado de honor, de manera que lo interrumpió para formularle él una pregunta.

—Tengo socios en la ciudad de Leipzig, en la antigua RDA —dijo—. Me han contado una historia interesante y me encantaría oír la opinión de usted.

La cara de Gorbachov se puso muy seria.

—¿Cuál es la historia? —preguntó su segunda cabeza, Pavel.

—Durante los disturbios de 1989 —dijo Nerón Golden—, cuando los manifestantes se refugiaron en la Thomaskirche, la iglesia de Bach, el líder del Partido Comunista de Alemania del Este, herr Honecker, quiso mandar tropas con ametralladoras para matar a todo el mundo y acabar de una vez con la revolución, adiós, muy buenas. Pero a fin de poder usar al ejército contra la población civil, lo tuvo que llamar a usted para pedirle permiso, y usted se lo negó, y después de aquello la caída del Muro ya fue una simple cuestión de días.

Ni Gorbachov ni su segunda cabeza dijeron palabra.

—Así pues, mi pregunta es la siguiente —dijo Nerón Golden—. Cuando recibió usted aquella llamada telefónica y Honecker le hizo aquella pregunta, ¿la negativa de usted fue instintiva y automática... o bien se lo tuvo que pensar?

—¿Qué propósito tiene esta pregunta? —dijeron Gorbachov-Pavel con el gesto torcido.

—Suscitar la cuestión del valor de la vida humana —dijo Nerón Golden.

—¿Y cuál es la perspectiva de usted sobre esta cuestión? —preguntaron los dos Gorbachov.

—Los rusos siempre nos han enseñado —dijo Nerón, y ahora su voz evidenciaba hostilidad deliberada— que la vida individual es sacrificable cuando hay en juego razones de Estado. Esto lo sabemos por Stalin, y por el asesinato en Londres de Georgi Markov usando un paraguas con la punta envenenada, y también por el asesinato con polonio del refugiado del KGB Aleksandr Litvinenko. También por la periodista atropellada por un coche, aquella periodista que murió también de forma accidental, aunque estos casos tienen una importancia menor. En relación con el valor del ser humano, los rusos nos muestran el camino al futuro. Nos lo confirman los sucesos de este año en el mundo árabe, y pronto habrá más confirmaciones. Osama está muerto, con eso no tengo problema. Gadafi se ha esfumado, puf; por mí, perfecto. Pero ahora vamos a ver cómo pronto les llega también su final a los revolucionarios. La vida continúa y no muestra consideración hacia muchos. Los vivos apenas tienen importancia para los asuntos del mundo.

La mesa se quedó en silencio. Luego la segunda cabeza de Gorbachov

habló a pesar de que Gorbachov no había dicho nada.

—Georgi Markov —dijo la segunda cabeza— era búlgaro.

Gorbachov habló muy despacio y en inglés.

—No estamos en un foro apropiado para esta conversación.

—Es hora de marcharme —contestó Nerón, asintiendo con la cabeza.

Levantó un brazo y su mujer se incorporó de inmediato en la mesa de sus amigos y lo siguió hasta la puerta.

—Una velada magnífica —dijo, dirigiéndose a la sala en general—. Les damos las gracias.

PLANO GENERAL. CALLE DE MANHATTAN. NOCHE.

Un HOMBRE MÁS BIEN JOVEN, alto y musculoso, con el pelo extraña y prematuramente blanco y gafas de sol de aviador pese a ser de noche, un hombre que podría ser perfectamente instructor de tenis o monitor personal de *fitness*, va caminando con su acompañante, una MUJER RUBIA y menuda que se parece bastante a cierta otra monitora de *fitness*, bajando por Broadway hacia Union Square, pasando frente a los cines AMC Loews de la calle Diecinueve, pasando frente a la tienda de muebles ABC Carpet, pasando frente a la tercera y última ubicación de la Factory de Andy Warhol, en el 860 de Broadway, y después frente a la segunda ubicación, en el edificio Decker de la calle Dieciséis. Teniendo en cuenta lo solos que van, la ausencia de guardaespaldas, seguramente él no sea ningún multimillonario y no tenga ningún yate grande y rojo ni un hipercoche de un millón y medio de dólares. No es más que un tipo que camina solo con una chica por la ciudad de noche.

Suena música. Por inesperado que resulte, es una canción de Bollywood, *Tuhi Meri Shab Hai*, y hay subtítulos con la letra. Sólo tú eres mi noche. Sólo tú eres mi día. La canción es de una película estrenada en 2006 y protagonizada por Kangana Ranaut. La película se titula *Gangster*.

NARRADOR (EN OFF)

Según el *New York Times*, los homicidios en Estados Unidos alcanzaron un pico alarmante en los años noventa, pero en la actualidad se acercan a sus mínimos históricos. Se teme que la epidemia de heroína y el resurgir de las bandas violentas puedan hacer subir las cifras en algunas ciudades: Chicago, Las Vegas, Los Ángeles, Dallas y Memphis. Sin embargo, hay un dato más optimista: en Nueva York ha habido una tasa de disminución anual del crimen del veinticinco por ciento.

Ahora el hombre de las gafas de aviador y la mujer de los brazos musculados están cruzando el parque, caminando entre la estatua de George Washington y la entrada de la

estación de metro.

La canción continúa, subiendo de volumen y sin necesidad de subtítulos:

CANCIÓN

Oh oh oh oh oh oh oh oh

Oh oh oh oh oh oh oh oh

Oh oh oh oh oh oh oh oh

Oh oh oh oh oh oh oh oh

Cuando el HOMBRE MÁS BIEN JOVEN y la MUJER RUBIA están pasando junto a la entrada del metro, sale de ella un SEGUNDO HOMBRE, deprisa y con un casco de moto puesto; a continuación, saca una pistola con silenciador y dispara al HOMBRE MÁS BIEN JOVEN, una sola vez, en la nuca; cuando la víctima cae y la MUJER RUBIA abre la boca para gritar, le dispara también a ella, muy deprisa, un solo disparo entre los ojos. Ella se desploma de rodillas y se queda así, con la cabeza gacha, de rodillas, muerta. El HOMBRE MÁS BIEN JOVEN está tumbado boca abajo delante de ella. El SEGUNDO HOMBRE se aleja deprisa pero sin correr y llega a la esquina de la Catorce con University Place, cruzando la zona de los ajedrecistas, con el arma todavía en la mano. A esta hora de la noche no hay ajedrecistas. Sí que hay, sin embargo, un MOTOCICLISTA esperándolo. Deja la pistola en la papelería de la esquina, se sube a la motocicleta del hombre y se marchan los dos. Solamente ahora, cuando el motociclista se ha ido, salen varios AGENTES DE POLICÍA de los coches patrulla que hay estacionados en torno a la plaza y caminan rápidamente hacia la mujer arrodillada y el hombre caído.

Corte.

INTERIOR. EL DORMITORIO DE NERÓN GOLDEN. NOCHE

VASILISA está profundamente dormida en la cama enorme de ambos con su cabezal rococó profusamente decorado y bañado en oro. NERÓN también tiene los ojos cerrados. Luego, por medio de EFECTOS ESPECIALES, él «sale de su cuerpo» y se acerca a la ventana. Su yo fantasmal es transparente. A través de él, la cámara ve las gruesas cortinas que tiene detrás, y que ahora abre un poco para contemplar los Jardines. El NERÓN «real» sigue durmiendo en su cama.

NERÓN (EN OFF)

Esto lo digo mientras sigo estando en plena posesión de mis facultades mentales. Sé que en un momento posterior de la historia se cuestionará mi salud mental, y quizá con razón. Pero ese momento no es ahora, todavía no ha llegado. Aún hay tiempo para admitir mi insensatez y también para aceptar que da una mala imagen de mí. ¿Cómo es posible que una cara bonita me haya lavado el cerebro con tanta facilidad? Ahora entiendo el alcance del egoísmo de ella, la frialdad de sus cálculos y, por tanto, de su corazón.

El NERÓN fantasma vuelve tranquilamente a la cama y se «acomoda» dentro del NERÓN «real», de forma que ahora hay un solo NERÓN, acostado y con los ojos cerrados, junto a su mujer dormida.

A ella le empieza a sonar el teléfono, en modo vibración. No se despierta para contestar la llamada.

El teléfono vibra por segunda vez y esta vez NERÓN, sin moverse, abre los ojos.

La tercera vez VASILISA se despierta, gime y coge el teléfono.

Al cabo de un momento se despierta del todo, se incorpora hasta sentarse en la cama y se lleva la mano libre a la mejilla en un gesto de horror. Habla muy deprisa en ruso por el teléfono y hace varias preguntas. Luego se queda callada y deja el teléfono.

Durante un largo rato se quedan los dos como están, ella sentada con cara de horror y él tumbado tranquilamente con los ojos abiertos y mirando el techo.

Por fin ella se gira lentamente para mirar a su marido y su expresión cambia. Ahora la única emoción que tiene en la cara es miedo.

No hablan.

Corte.

II

DE RATONES, GIGANTES, PORCENTAJES Y ARTE

Apu Golden se enteró de que había una concentración enorme de manifestantes contra la arrogancia de los bancos que habían empezado a ocupar un espacio abierto en el Distrito Financiero y, cuando fue hasta allí para verla, vestido con sombrero panamá, pantalones cortos de color caqui y camisa hawaiana para no destacar demasiado, se quedó encantado con el carácter carnavalesco de la multitud, las barbas, las cabezas afeitadas, la biblioteca de préstamo, los besos, los olores, los activistas apasionados, los vejstorios chiflados, los cocineros, los jóvenes y los viejos.

—Hasta a los policías se los veía sonrientes —me contó—. Bueno, a algunos, seamos sinceros; los demás eran los típicos cromañones que le hacen a uno cruzar la calle para evitar tener contacto con ellos.

Le gustaban los aspectos visuales y también literarios del acontecimiento, los recitales de poesía, los carteles hechos con cajas viejas de cartón y los recortables en forma de puños en alto y de signos de la victoria, aunque le impresionó por encima de todo el apoyo que estaban prestando a los manifestantes toda una serie de muertos excelsos.

—Es maravilloso —me dijo— ver a Goethe tumbado entre los sacos de dormir, a G. K. Chesterton en la cola de la sopa y a Gandhi meneando los dedos en esa modalidad de aplauso silencioso llamado «dedos arriba»;

aunque por supuesto ellos lo llaman *Ghandi*, porque ya nadie sabe escribir las cosas, la ortografía se ha vuelto superburguesa. Ha venido incluso Henry Ford, cuyas palabras recorren la multitud por medio de la técnica del micrófono humano.

Lo acompañé en su siguiente visita porque su entusiasmo risueño era contagioso, y contemplé admirado la velocidad y la precisión con que su lápiz captaba la escena multitudinaria, y sí, ciertamente allí en sus dibujos se veían los fantasmas inmortales entre la multitud: Goethe pontificando pomposamente: «No hay hombre más esclavizado que el que falsamente se cree libre»; y *Ghandi* recitando su viejo cliché: «Primero te ignoran, después blablablá, y al final tú ganas».

—Gandhi nunca dijo eso —señaló Apu—. No es más que un meme de internet, pero qué se le va a hacer, ya nadie sabe nada, como he dicho antes, saber cosas también se ha vuelto burgués.

Chesterton y Henry Ford resultaban bastante incongruentes allí con sus fracs, pero también tenían una audiencia respetuosa; sus ideas iban que ni pintadas, como suele decirse. «En los tiempos modernos se dedica una cantidad enorme de ingenio —opinaba el viejo G. K.— a encontrar defensas para la conducta indefendible de los poderosos», y H. Ford estaba junto a su línea de montaje exclamando: «Si el pueblo de esta nación entendiera nuestro sistema bancario y monetario, estoy convencido de que habría una revolución mañana mismo por la mañana».

—Es impresionante —dijo Apu— cómo internet nos ha convertido en filósofos a todos.

Yo personalmente prefería las declamaciones de cartón de un pensador anónimo al que parecía motivar principalmente el hambre: «Un día los hombres no tendrán más opción que comerse a los ricos», nos advertía, y en otro bocadillo de diálogo de cartón expresaba el mismo pensamiento de forma más sucinta: «Cómete a un banquero». Aquel pensador llevaba una máscara de Anonymous, la cara de Guy Fawkes sonriente, pintada de blanco y bigotuda que habían popularizado los Wachowski en *V de Vendetta*, pero cuando yo le pregunté por el hombre cuya cara llevaba, él admitió que nunca había oído hablar del Complot de la Pólvora y que tampoco se acordaba para

nada del Cinco de Noviembre. Así era su proyecto de revolución. Apu se dedicó a dibujarlo todo.

Aquellos cuadros los expuso poco después en un espacio que tenía Frankie Sottovoce en el Bowery, un entorno más «crudo» que las Galerías Sottovoce de Chelsea. Era una exposición conjunta con Jennifer Caban, la artista-activista más prominente de aquel momento de debate, que, en un momento de la inauguración, se tumbó de cuerpo entero en una bañera llena de dinero falso. Y no tardaron nada en ser los dos objeto de aclamación y de burlas por su apoyo a la causa política. Apu intentó distanciarse de las fotos de la bañera y también de la etiqueta de partidista. «Para mí el aspecto estético siempre es lo principal», intentó argumentar, pero el *Zeitgeist* no lo estaba escuchando, de forma que se terminó rindiendo a las descripciones que le imponían y al grado de celebridad política que le otorgaban.

—Quizá ahora soy famoso en más de veinte manzanas —me dijo en tono pensativo—. Quizá ahora sean más bien treinta y cinco o cuarenta.

En la casa de la calle Macdougall, la reciente fama de agitador político de Apu le granjeó muy poco respeto. Nerón Golden no quiso pronunciarse al respecto, ni elogió aquella fama ni la condenó, pero la fina línea de sus labios decía tanto como si hubiera pronunciado un discurso. Dejó que fuera su mujer quien desembuchara. En el suelo de la sala de estar, rodeada de revistas satinadas de decoración de interiores, Vasilisa hizo una pausa en su trabajo para soltarle a Apu una buena bronca rusa.

—Esos mendigos de la calle, todo el día metiendo ruido y ensuciando, ¿y para qué? ¿Se creen que el poder al que están atacando se va a acobardar ante el populacho? Son como un ratón que le pisa el pie a un gigante. El gigante no siente nada y ni siquiera se molesta en aplastar al ratón. ¿A quién le importa, en realidad? El ratón se irá pronto. ¿Qué van a hacer cuando llegue el invierno? El frío los aplastará. No hace falta que nadie pierda el tiempo en echarlos. Además, no tienen líderes, ese ejército de campesinos al que adoras. No tienen programa. Y por tanto, no son nada. Son un ratón sin cabeza. Son un ratón muerto que no sabe que está muerto.

Solamente medio en broma, le tiró una de las revistas satinadas.

—Y tú, perdona que te lo pregunte, ¿quién te crees que eres? ¿Crees que

cuando llegue su revolución te van a poner en su sagrado noventa y nueve por ciento porque has hecho unos dibujos? En mi país sabemos lo que pasa cuando llega la revolución. Lo que deberías hacer es arrodillarte conmigo ante la madona de Feodorovskaya y rezar conmigo a la santa Virgen por nuestra salvación, para que el ejército del ratón sin cabeza no nos asesine en un sótano sin ventanas.

Se había producido un cambio en Vasilisa Golden. Había momentos en que la luz le daba en la cara de cierta forma y en aquellos momentos me recordaba a Diane Keaton en *El padrino*, con la cara, la mente y el corazón congelados por su necesidad diaria de no creerse aquello que la estaba mirando fijamente a la cara. Pero «Kay Adams» se había casado con «Michael Corleone» creyendo que era un buen hombre. Vasilisa se había casado, por así decirlo, con el personaje mismo de Marlon Brando, de forma que no se engañaba acerca de la implacabilidad, la amoralidad y los secretos oscuros que son los *consiglieri* inevitables de los poderosos, y, cuando la luz le cayó en la cara de una forma distinta, quedó claro que a fin de cuentas no era Diane Keaton. Era cómplice. Sospechaba que él había cometido un crimen terrible y había acordado consigo misma dejar a un lado las sospechas en aras de la vida que había elegido, la vida que ella consideraba a la altura de su belleza. Y quizá ahora también tenía miedo. Aún creía en el poder que tenía sobre él, pero ahora también creía en el poder de él, y sabía que, si intentaba presentarle batalla, las consecuencias para ella podrían ser... extremas. No había entrado en aquella casa para afrontar consecuencias extremas, de forma que tenía que alterar su estrategia. Nunca había sido una inocente, en general. Pero, después de los asesinatos de Union Square, se había endurecido. Tenía una idea más clara del hombre con quien compartía cama y sabía que si quería sobrevivir iba a tener que guardar ciertos silencios.

DE LA FAMILIA: UN INTERROGATORIO

—Nuevamente, señor: ¿por qué abandona un hombre su país, se cambia el nombre y empieza una vida nueva en la otra punta del mundo?

—Pues por dolor, señor, por la muerte de su amada esposa, que lo sacó a la fuerza de sí mismo. Por dolor y por la necesidad de dejar atrás lo sucedido, y ese acto de dejarlo atrás requería que se desprendiera de su yo.

—Es verosímil. Y, sin embargo, no se queda uno convencido del todo. Sigue habiendo una pregunta sin responder: ¿qué pasa con el hecho de que los preparativos de la marcha fueron anteriores a la tragedia? Seguramente eso hay que explicarlo, ¿no?

—¿Busca usted un subtexto, pues? ¿Sospecha usted chanchullos, juego sucio, componendas?

—Inocente hasta que se demuestre lo contrario. No se presentaron cargos contra el patriarca en la estafa del espectro 2G. Esto hay que admitirlo. Y está claro que un fugitivo de la ley, después de adoptar un seudónimo, se comportaría con discreción, ¿no? Está claro que una persona así no se dedicaría a llamar la atención sobre sí mismo en su tierra de adopción. Y, sin embargo, este tipo, cada vez más y de forma más persistente, y cada vez con más brío, se dedica a llamarla, ¿no es así?

—En efecto, señor. Lo cual, como dice usted, puede indicar inocencia. Pero también le viene a uno a la cabeza la parábola del escorpión y la rana. El escorpión actúa de acuerdo con su naturaleza aun cuando eso implica suicidarse. Además, o bien a modo de confirmación, tiene un carácter escandaloso, el tipo. Da la sensación de que está seguro de ser invencible, convencido de la certeza de su invulnerabilidad. Si realmente ha roto leyes o, ¿cómo expresarlo?, ha alienado a gente (porque los adversarios más peligrosos de uno tampoco son necesariamente respetuosos con la ley), entonces está seguro de encontrarse fuera del alcance de dicha gente. El alcance de los adversarios peligrosos no carece de límites. Es posible que sean peligrosos en su propio territorio pero no les resulte fácil llegar más allá de éste, y que por eso no lo estén intentando.

—O eso especulo yo. No soy ningún experto en el tema.

—Pero está claro que Nerón se siente cada vez más seguro, y acorazado con esta fe cada vez mayor en sí mismo avanza al estilo del escorpión, armando estruendo y haciendo sonar la sirena de niebla, estableciendo, como dicen ahora, su marca.

—Una palabra con muchos significados, señor, y entre ellos: señal identificativa que se les impone a fuego a los criminales o a los esclavos. Hábito, rasgo o cualidad que le causa a alguien vergüenza o deshonor públicos. Territorio fronterizo. Mejor resultado conseguido.

—Veremos cuál de todos se aplica a este caso.

Sigamos: llegado el año electoral 2012, ya estaba claro que Nerón Golden no tenía intención alguna de llevar una vida discreta. De todos los palos que había tocado en el curso de su vida anterior, el que dominaba con mayor naturalidad y se le seguía dando mejor era el negocio de la construcción y del desarrollo inmobiliario, y así fue como la palabra GOLDEN, una palabra dorada en sí, de color dorado, en neón luminoso dorado, y con todas las letras doradas en mayúsculas, empezó a aparecer en las zonas de obras de la ciudad, y también de fuera de la ciudad, y se empezó a hablar del propietario de aquel apellido como un nuevo miembro de la más cerrada de las élites, el reducido número de familias y corporaciones que controlaban la construcción de aquella ciudad dorada, Nueva York.

—¿Familias, señor? Cuando dice usted familias, ¿acaso lo que quiere decir, por expresarlo de forma delicada, es *famiglie*?

—No, señor, o al menos no del todo. En 2012, la industria era mucho más limpia que nunca. En los años noventa todas las empresas constructoras pertenecían a la mafia y sus licitaciones estaban absurdamente infladas. Ahora la influencia de las Cinco Familias había disminuido. En algunas de las obras de Nerón Golden incluso había trabajadores no sindicados. Veinte años atrás, a esos trabajadores los habrían matado.

—Así pues, ahora se refiere usted a personas de buena reputación: Doronin, Sumaida, Khurana, Silverstein, Stern, Feldman, la aristocracia del negocio inmobiliario.

—No del todo, señor, ya se lo he dicho. La mafia perdura. Ahora que él ya no está y su historia ya ha salido a la luz, podemos señalar los tratos secretos que Nerón Golden tuvo con socios como por ejemplo los descendientes en Filadelfia de Petruccio *Pollito* Leone, y en Atlantic City con Arcimboldo *Pequeño Archie* Antonioni, y en Miami con Federico *Fred el Loco* Bertolucci. Podemos mencionar también que en Nueva York varias de

las torres de los Golden las construyó la empresa Ponti & Quasimodo Concrete Co., «P&Q», una operación en la que tenía muchos intereses Francesco *Frankie el Gordo* Palermo, supuesto directivo de la familia de criminales Genovese.

—¿Esto se sabe?

—Ahora, una vez concluido el caso Golden, sí se sabe. Es más, está claro que Nerón Golden se sentía bastante cómodo tratando con esos individuos y con las familias que había tras ellos.

—¿Cómodo?

—Señor: significativamente cómodo.

—Dos últimas preguntas: ¿acaso Pollito, el Pequeño Archie, Fred el Loco y Frankie el Gordo llevaban en sus anchos mentones barbas de dos días de diseño? ¿Y acaso poseían trajes de esmoquin barato y a veces se los ponían para salir de noche?

—Sí, señor.

He aquí a Nerón Golden levantando su veto a los medios de comunicación, enseñándole a un fotógrafo de una revista satinada gratuita su hermoso hogar. (Se ha acabado el secretismo: ahora todo está a la vista). He aquí a Nerón Golden exhibiendo a su hermosa esposa para otra de esas revistas. A los periodistas les cuenta que su mujer es su inspiración, su norte y el origen de su «renovación». Ya soy viejo, dice, y quizá a los hombres de mi edad lo que les toca es ir bajando el ritmo, subirse al yate, coger los palos de golf, hibernar en Florida y pasar el testigo. Y hasta hace poco yo estaba dispuesto a hacer todo eso, aunque Dios sabe que a mis hijos no les interesan precisamente los negocios familiares. Mi hijo pequeño, ¿se lo pueden creer?, trabaja en un club para chicas en el Lower East Side y se dedica a hacer buenas obras, lo cual está bien, pero tal vez lo necesito a él también, un poco de atención, por favor. Y luego tengo a un artista y luego a Petya. Así está la cosa. Pero nada de todo esto me preocupa ya, porque soy como un hombre que ha renacido. Una mujer es capaz de eso. Una mujer como la señora Golden es el elixir de la vida, le pone el pelo negro a un hombre otra vez, le tensa el abdomen, le vuelve a poner kilómetros en las piernas y afecta a la mente, sí, también a la mente para los negocios, se la afila como si fuera un

cuchillo. ¡Mírala! ¿Acaso puedes dudar de lo que digo? ¿Has visto sus fotos en *Playboy*? Claro que no me avergüenza, ¿por qué me iba a avergonzar? Ser cada uno dueño de su cuerpo, cuidarlo hasta la excelencia y no ver nada deshonroso en la belleza..., ésa es la liberación. Ella es el ideal de mujer liberada y también el ideal de esposa. Las dos caras de la moneda. Sí: soy un hombre afortunado. Ella es el premio gordo de la lotería, está claro.

DEL AMOR: UNA TRAGEDIA

El día en que murieron mis padres yo no estaba en el coche. Era el fin de semana del Día de los Caídos y la familia tenía que irse de viaje, pero cambié de planes en el último momento y me quedé en la ciudad porque Suchitra Roy quería que la ayudara a montar un vídeo para una casa de moda italiana. Por supuesto, yo estaba enamorado de Suchitra, todo el mundo que se cruzaba alguna vez con aquella dinamo humana se enamoraba al menos un poco de ella, y durante mucho tiempo a mí me habían dado miedo su tremenda energía, la envergadura de aquella mujer, el pelo negro que flotaba al viento tras ella por la Sexta Avenida, la falda azul y dorada que le resplandecía sobre las últimas deportivas del mercado, aquellos brazos suyos que se extendían en una docena de direcciones distintas como si fuera una diosa hindú que conseguía envolver a la ciudad entera en su abrazo... Demasiado miedo para admitir ante mí mismo que me había enamorado de ella, pero a estas alturas ya no cabía duda, y la única incógnita era cuándo se lo iba a decir, o bien si se lo iba a decir. Había una voz en mi cabeza que me decía: «Hazlo ya, idiota», pero también había otra, a menudo más fuerte, la voz de mi cobardía, que me decía que llevábamos demasiado tiempo siendo amigos, y que pasado cierto punto ya es imposible transmutar la amistad en amor romántico, y que si uno intentaba hacer algo así y no lo conseguía podía quedarse sin la amistad y sin el amor, y yo ya volvía a tener en mente el

Prufrock de Eliot, angustiándose con mi voz interior, «¿Me atreveré?», y contemplando la terrible y aterradora cuestión de declarar mi amor: «¿Acaso habría valido la pena que uno, acomodándose un almohadón o echándose un chal por encima, / y girándose hacia la ventana, dijera: / “No es a esto / no es a esto a lo que me refería, para nada”?».

Decidí que me quedaría a trabajar con ella y que al acabar el montaje saldríamos a tomar una cerveza y yo me declararía. Sí, señor. De forma que no me metí en el coche de mis padres y por eso sigo vivo. Ni la vida ni la muerte tienen sentido. Suceden o no suceden por razones que carecen de peso y de las que uno no aprende nada. No hay sabiduría en el mundo. La fortuna se ríe de nosotros. Tenemos la tierra, que es hermosa, y tenemos la suerte de estar aquí los unos con los otros, pero somos estúpidos y lo que nos pasa es estúpido y no nos merecemos nuestra estúpida suerte.

No me estoy explicando en absoluto. Déjenme que les cuente lo que pasó en la carretera.

La Long Island Expressway era una carretera llena de historias familiares para nosotros, y siempre que en los veranos íbamos por ella a la casa que nos prestaban en la Old Stone Highway, en The Springs —propiedad de un grande de la Universidad de Columbia que, después de contraer una enfermedad de Lyme galopante y de pasarse varios años sufriendola, ya no quería viajar al reino de las garrapatas—, íbamos pasando por todos los sitios familiares. Mineola, en cuyo cementerio yo tenía enterrados a un tío abuelo y una tía abuela a los que mandaba un saludo respetuoso con la cabeza. Great Neck y Little Neck, que nos hacían pensar a todos en Gatsby, y, aunque no pasábamos por Remsenburg, donde P. G. Wodehouse había vivido tantos años tras exiliarse de Inglaterra durante la posguerra, a menudo nos imaginábamos, desde nuestro coche, un universo de ficción en el que las creaciones de Fitzgerald y de Wodehouse pudieran visitarse entre ellas. Donde Bertie Wooster y Jeeves pudieran adentrarse en el mundo enrarecido de los Egg, donde el tonto de Bertie se pusiera en la piel del sensato Nick Carraway, y Reginald Jeeves, el genio y caballero por excelencia, con su amor por Spinoza y el pescado, encontrara la forma de darle a Jay Gatsby aquel final de «fueron felices y comieron perdices» con Daisy Buchanan que

tanto anhelaba. Dix Hills, que mi padre con su graznido belga invariablemente pronunciaba en broma con acento francés: *Di Ils*. Y yo siempre, siempre le decía que me sonaba a nombre de estrella de culebrón de tarde. Y Wyandanch: cada vez que pasábamos por aquella salida, uno u otro de mis padres me contaba sin falta la historia del jefe o *sachem* de la tribu Montaukett llamado así que había vendido la mayor parte de la punta este de Long Island a un inglés llamado Lion Gardiner y después había muerto de la peste. A menudo Wyandanch volvía a salir a colación cuando llegábamos a la punta este y mis padres rememoraban la historia de Stephen Talkhouse, el descendiente de Wyandanch que caminaba ochenta kilómetros todos los días entre Montauk, Sag Harbor y East Hampton. Y entre Wyandanch y Talkhouse pasábamos junto a un letrero que indicaba la ubicación de una mujer nativa americana completamente ficticia, Shirley Wading River. En realidad aquel letrero de la carretera daba indicaciones para llegar a dos comunidades distintas, una llamada Wading River y la otra Shirley, pero el nombre Shirley Wading River fue creciendo en nuestro acervo familiar. Como fans de la ciencia ficción que éramos, a veces la juntábamos con los jefes indios postapocalípticos, Tres Bombas de Hidrógeno y Crea Mucha Radiación, del relato clásico de William Tenn de 1958 «¡Rumbo al este!», mientras que otras veces la imaginábamos gigante, como la madre de Grendel, o como una especie de *wandjina* o ancestro de los australianos, dando forma al paisaje mientras caminaba.

Ellos siempre escuchaban la radio mientras conducían. El canal de clásicos, en la 101.1, si querían música, y la WNYC si querían palabras, hasta que la señal se perdía y entonces esperaban a que apareciera en el dial la East Hampton Music, señal de que el fin de semana estaba a punto de empezar, noches de rock suave y bocadillo de langosta, *soft rock and lobster roll*, otro de los chistes de papá. Entre las emisoras de Nueva York y la WEHM ponían audiolibros, y aquel año tenían el plan de escuchar a Homero. Creo —no estoy seguro, pero creo— que para cuando se marcharon aquel último fin de semana del Día de los Caídos iban por el canto IV de la *Odisea*, en el que Telémaco visita el palacio de Menelao, el mismo día en que la hija de éste y de la otra vez capturada Helena de Troya se ha de casar con el hijo de

Aquiles.

Así pues, tal vez estuvieran escuchando el pasaje en el que Menelao narra cómo Helena llegó un día al enorme caballo de madera, sospechando que había guerreros griegos dentro, y con enorme astucia y seducción se puso a imitar las voces de las esposas de éstos (me la imagino levantando el brazo y acariciando eróticamente el vientre de madera de la bestia mientras hablaba), con tanta sensualidad que Diomedes, el mismo Menelao y Ulises tuvieron el deseo de saltar en aquel momento del caballo; pero Ulises se refrenó a sí mismo y a sus compañeros, salvo a Anticlo, que estuvo a punto de soltar un grito y lo habría hecho de no ser porque Ulises «le puso dos manos fornidas sobre la boca y allí se las dejó», y según algunas versiones de la historia lo estranguló hasta matarlo para proteger a todos los griegos que había allí escondidos. Sí, quizá aquel momento inmortal les resonó en los oídos, cuando la tubería metálica tirada en la carretera tirada allí sin más la puta tubería metálica que se había caído de algún camión de mierda ¿y se paró el camionero? no no se paró ¿se había dado cuenta? no seguramente no ¿y había atado bien su carga? no ni hablar joder porque allí en la carretera

la tubería metálica

en el carril reservado a los vehículos con más de dos ocupantes porque eran mis padres mis queridos mis únicos y nunca conducían deprisa ni hablar ellos preferían ir despacito y seguros en el carril sin entrada y sin salida para más de dos ocupantes uso sensato de la carretera marcado con un rombo porque por qué a quién le importa por qué pero esta vez no tan seguros joder porque la tubería metálica

rodando

me estoy acercando al horror y tengo que hacer una pausa para recobrar la compostura y quizá seguir escribiendo después.

No.

No hay después.

Ahora.

La tubería medía dos metros y medio. Apareció rodando delante de otro coche, que según los informes le dio «un golpe de refilón». La tubería salió rodando, pero de alguna forma se puso vertical y empezó a rebotar sobre una

punta y sobre la otra, hasta que atravesó el parabrisas del coche de mis padres y golpeó a mi padre en la cabeza, matándolo al instante. Su coche, fuera de control, derrapó y pasó del carril restringido al carril rápido, y en la colisión múltiple que se produjo a continuación mi madre murió también. Para sacarlos del vehículo, los servicios de emergencia tuvieron que mandar a buscar las pinzas hidráulicas de rescate, pero ya estaban los dos muertos. Sus cuerpos fueron llevados al North Shore University Hospital de Plainview, en el condado de Nassau, donde se certificó que los dos habían ingresado cadáveres. A medianoche, justo después de declararle temerosamente mi amor a Suchitra Roy en el pub de estilo británico de la esquina de Bleecker con LaGuardia y de conocer la noticia completamente inesperada de que ella también sentía algo muy fuerte por mí, recibí la llamada.

Durante la mayor parte de aquel año dejé de pensar casi por completo. Lo único que oía era el estruendoso batir de las alas gigantes del ángel de la muerte. Me salvaron dos personas. Una fue mi nuevo amor, la brillante y cariñosa Suchitra.

El otro fue Nerón Golden.

Con su característica meticulosidad —QUE NO LES SALVÓ LA VIDA, ¿VERDAD?, LOS DESCUIDOS AJENOS ANULAN NUESTRO CUIDADO, EL DESCUIDO DE UNA TUBERÍA QUE SE PONE DE PIE, LE APLASTA A MI PADRE LA CARA, DE LA CUAL LA MÍA ES UN MAL ECO, LOS QUE VENIMOS DESPUÉS SOMOS SIMPLES FALSIFICACIONES DE LAS PERSONAS VERDADERAS QUE NOS PRECEDIERON Y QUE SE HAN IDO PARA SIEMPRE, DE FORMA ESTÚPIDA, ABSURDA, ASESINADOS POR UNA TUBERÍA CUALQUIERA, O POR UNA BOMBA EN UNA DISCOTECA, O POR UN DRON—, mis padres habían dejado todos sus asuntos en orden: los documentos legales necesarios y meticulosamente redactados que salvaguardaban mi condición de único heredero, un seguro para pagar lo que el Estado le reclamara a su heredero y encima una suma de dinero. Así que de momento no me hacía falta cambiar mi situación doméstica, aunque seguramente a medio plazo me

tocaría vender la casa. Era demasiado grande para mí, el valor de la propiedad era alto y me iba a costar pagar los gastos de mantenimiento y los impuestos sobre la propiedad y esas cosas y ETCÉTERA, ME DABA IGUAL. Caminé por las calles presa de una furia ciega y de pronto fue como si toda la rabia que flotaba en el aire se me metiera también dentro, la sentí, sentí la rabia de todas las víctimas de la injusticia, de los jóvenes abatidos a tiros por meterse en unas escaleras siendo negros, del niño tiroteado por jugar con una pistola de plástico en un parque infantil siendo negro, de toda la gente negra que moría a diario en América, vociferando que merecían estar vivos, y sentí también la furia de la América blanca por tener que soportar que hubiera un hombre negro en la Casa Blanca, y el odio rabioso de los homófobos, así como la cólera herida de sus víctimas, la cólera obrera de todos los afectados por el programa federal de hipotecas a raíz de la calamidad de la vivienda, sentí todo el descontento de un país furiosamente dividido, donde todo el mundo creía tener razón, creía que su causa era la justa, que su dolor era único, que había que prestarles atención, que había que prestarles atención de una vez a ellos y solamente a ellos, y empecé a preguntarme si acaso teníamos algo de seres morales o bien si éramos simplemente salvajes que definían su intolerancia privada como necesidad ética, como la única forma posible de ser. A mí me habían creado aquellos queridos y fallecidos belgas míos para creer que el «bien» y el «mal» eran ideas connaturales al animal humano, que aquellos conceptos no se formaban sino que nacían con nosotros. Nosotros creíamos que había un «instinto moral», incorporado al ADN de la misma forma en que lo estaba, según Steven Pinker, el «instinto del lenguaje». Ésta era nuestra respuesta como familia al alegato religioso de que las personas sin religión no podían ser seres morales, que solamente la estructura moral de un sistema religioso validado por una especie de Árbitro Supremo podía darles a los seres humanos una comprensión firme del bien y del mal. La respuesta de mis padres a aquello era «Pamplinas», o bien un término que habían aprendido de unos amigos australianos y habían adoptado risueñamente: «Caca de vaca». La moralidad venía antes que la religión, y la religión era la forma que tenían nuestros antepasados de responder a aquella necesidad connatural. De ser esto cierto, la conclusión era que resultaba

perfectamente posible llevar una vida de bien, y tener una noción firme del bien y del mal, sin dejar entrar en la sala a Dios y a sus arpías.

—El problema —dijo un día mi madre, sentada en un banco de los Jardines— es que, aunque estemos programados para querer la ética, ese programa no nos dice qué son el bien y el mal. Son categorías que están vacías en el cerebro y necesitan que las rellenemos, pero ¿con qué? Pues con pensamiento. Con criterio. Con esa clase de cosas.

—Yo he descubierto que uno de los principios generales de la conducta humana —añadió mi padre, caminando de un lado a otro delante de ella— es que, en casi toda situación, todo el mundo cree tener la razón y que el oponente está equivocado.

A lo cual mi madre replicó:

—Además, vivimos en una época en la que casi no hay acuerdo sobre ninguna cuestión existencial, ni siquiera coincidimos en cuál es el objeto de estudio, y, si la naturaleza de la realidad está tan disputada, también debe estarlo la naturaleza del bien.

Cuando se ponían así eran como bailarines, o como jugadores de bádminton: sus palabras se movían en armonía, sus raquetas mandaban la pluma flotando de un lado a otro, de un lado a otro.

—Así pues, la idea de que tenemos un instinto ético no implica necesariamente que sepamos cómo ha de ser esa ética. Si eso fuera cierto, los filósofos se quedarían sin trabajo y todos viviríamos en un mundo menos controvertido. —Ahora mi padre me estaba señalando con un dedo: ¿lo ves?, ¿lo estás entendiendo?, y yo, como si fuera un colegial, asentía con la cabeza: sí, papá, sí, mamá, lo entiendo, todos estamos de acuerdo en esto, todo esto lo sabemos.

—Sí, pero ¿sabías que hay una palabra que significa eso? —me preguntó mi padre.

Una palabra que significa qué, papá.

—Definición: la supuesta capacidad innata de la mente humana para poner en práctica los principios básicos de la ética y la moral. Un término técnico de la filosofía que designa el principio innato de la conciencia moral de todos los hombres, que los dirige al bien y les impide hacer el mal.

No, papá, qué palabra es ésa.

—Sindéresis —dijo mi madre—. ¿Has oído alguna vez una palabra mejor?

—No hay palabra mejor —admitió mi padre—. Acuérdate, chaval. La mejor palabra del mundo.

Éstas eran las voces que yo ya no volvería a oír.

Pero se equivocaban. La especie humana no era moral sino salvaje. Yo había vivido siempre en un jardín encantado, pero el salvajismo, el sinsentido y la furia habían entrado escalando la tapia del jardín y habían matado lo que yo más amaba.

Nunca había visto un cadáver hasta que vi los de mis padres en la morgue de Mineola. Yo les había mandado la ropa, uno de los becarios de Suchitra me había hecho aquel recado, y también había escogido los ataúdes en internet, eligiendo, como suele pasar, cajones absurdamente caros para que luego a ellos los quemaran dentro. Nuestra casa estaba llena de profesores universitarios titulares, hombres y mujeres, ayudándome. Tuve toda la ayuda imaginable de los principales expertos en arte sumerio, en física subatómica, en derecho de la Primera Enmienda y en literatura de la Commonwealth. Pero nadie podía ayudarme a mirar los cuerpos. Suchitra me llevó a la morgue en su viejo Jeep y, como no había forma de hablar de lo que necesitábamos hablar, recurrimos a la comedia negra y nos pusimos a recordar los «cadáveres de la semana» más horripilantes de la vieja serie de HBO *A dos metros bajo tierra*. Mi favorita era la mujer que había salido de fiesta con sus amigas en una limusina extralarga de alquiler, había sacado la cabeza por el techo corredizo para expresar su felicidad y se había dado de narices contra la plataforma elevada de una camioneta. Después de lo cual su cara aplastada debió de resultarles bastante difícil de arreglar a los personajes habituales de la serie.

Y luego una habitación bañada en luz con dos camillas y dos seres horizontales bajo sendas sábanas, dos seres horizontales que en una ocasión distinta, estando horizontales sobre otra superficie más blanda, se habían

acoplado felizmente —quizá con torpeza y quizá no, yo no podía imaginarme a mis padres como máquinas sexuales acrobáticas, aunque tampoco quería que fueran unos patosos incompetentes—, y el resultado era la criatura sin expresión ni pensamientos que ahora estaba plantada junto a las camillas para confirmar que ya no eran capaces de llevar a cabo el acto que le había otorgado a ella su existencia, ni de nada más.

En la morgue habían hecho lo que habían podido. Primero fui con mi madre y vi que le habían quitado el terror de la cara, así como todos los fragmentos de cristal y de metal que se le habían clavado, y, aunque llevaba más maquillaje del que había llevado nunca en vida, vi que era ella, y que parecía en paz, o al menos conseguí convencerme a mí mismo de que lo parecía. Luego me giré hacia mi padre y Suchitra se me acercó por detrás y me pegó la mejilla a la espalda y me rodeó la cintura con los brazos. De acuerdo, dije yo, de acuerdo, y levanté la sábana. Y por fin lloré.

El día después de la incineración, Nerón Golden cruzó los Jardines para venir a nuestra casa —el término «mi casa» no tenía sentido, mis padres estaban presentes hasta en el último palmo de ella— y se puso a golpear la cristalera con su bastón. Fue algo completamente inesperado —el rey llamando a la puerta del huérfano plebeyo— y al principio me pareció una proyección irreal de mi imaginación. En los días siguientes a la tragedia, yo había perdido bastante contacto con la realidad. En los Jardines (y concretamente en las cuatro habitaciones de techo alto del *piano nobile* de un edificio dividido en apartamentos de una planta entera) vivía una anciana, la señora Stone, que hablaba a menudo de fantasmas. Es alguien a quien no he mencionado hasta ahora, y a quien seguramente dejaré en paz después de esta aparición como invitada, una señora a quien los niños del jardín llamaban la Sombrero por el amor que les tenía a las pamelas de ala ancha, viuda desde hacía muchos años de un granjero de Texas que había encontrado petróleo en sus tierras y de inmediato había cambiado el ganado vacuno por la vida a lo grande y una colección de sellos admirada internacionalmente. La señora Stone también me acorraló junto a la estructura de tubos del parque infantil para hablarme

de desgracias familiares. La muerte de un ser querido, igual que el nacimiento de un bebé, daba permiso a la gente desconocida o casi desconocida para acercarse a pronunciar soliloquios.

—A mi marido ya no lo volví a ver después de su fallecimiento —me explicó—. Parece que se alegró de marcharse. No hizo ningún esfuerzo por ponerse en contacto. Vivir para ver. Sin embargo, una noche en la calle Macdougall vi a un adolescente en librea, un chico negro con un atuendo bastante elegante, caminando de rodillas. ¿Por qué está caminando de rodillas?, pensé yo. Este sitio no tiene ningún pasado religioso. Pero por fin lo entendí. No es que estuviera caminando de rodillas. Sucedió que el nivel del suelo del callejón había subido con el tiempo y él estaba caminando por el nivel antiguo de la calle, de tal forma que yo solamente podía verlo de las rodillas para arriba. Debía de ser un mozo de establo, quizá, que se iba por el callejón a trabajar en los viejos establos que había habido allí hasta la década de 1830 y que solían abastecer a los vecinos de Washington Square norte. O bien un sirviente, quizá a las órdenes de Gertrude Whitney, que vivió por aquí, ya sabes, en la época en que fundó su museo. En cualquier caso era un fantasma, un fantasma palpable. Y eso no es todo.

Me excusé y me marché. Durante aquellos días melancólicos, sin embargo, pareció que las historias de fantasmas del vecindario me perseguían. El fantasma de Aaron Burr, que rondaba el Village en busca de putas. Fantasmas musicales, fantasmas teatrales, con sus atuendos escénicos y actuando en pleno invierno en la calle Commerce. A mi yo de antes nunca le habían interesado, pero mi nuevo yo huérfano dejaba que la gente contara sus historias, y por las noches intentaba oír los ecos de las risas de mis padres en las salas vacías. Fue con este estado de ánimo como vi a Nerón Golden en la cristalera y pensé: «Una aparición». Pero era de carne y hueso.

—Permíteme la entrada —me dijo él, y entró antes de que yo se lo permitiera. Una vez dentro, y después de apoyar el bastón en una pared y sentarse en el sillón favorito de mi padre, siguió hablando—. Soy un hombre directo, señor René, que habla sin rodeos y al que nunca le ha gustado irse por las ramas. Así pues, sobre tu tragedia te digo que es tuya. Tus padres ya no están, no te preocupes más por ellos, ya no existen. Preocúpate por ti

mismo. No sólo se trata de que estés herido y tengas que curarte. Se trata también de que tus padres ya no se interponen entre la tumba y tú. Ser hombre es eso. Ahora estás al principio de la cola y la tumba se abre ante ti. Así pues, hazte mayor: aprende a ser hombre. Si estás bien dispuesto, te ofrezco mi ayuda.

Fue un discurso impresionante. Si tenía intención de arrancarme de mi tristeza a base de irritarme, lo había conseguido. Antes de que yo pudiera hablar, sin embargo, él levantó la mano con gesto perentorio.

—Te veo la reacción en la cara: se te ha asentado en ella un negro nubarrón y amenaza tormenta. ¡Disípalo! Tu rabia es innecesaria. Tú eres joven y yo soy viejo. Te pido que aprendas de mí. Tu país es joven. Cuando tienes milenios enteros detrás de ti, piensas distinto. Vosotros ni siquiera tenéis doscientos cincuenta años. Te digo también que no estoy ciego todavía, o sea que soy consciente de tu interés en mi casa. Y como creo que eres bastante buen chaval, te lo perdono; mi única alternativa es hacer que te maten, ja, ja. Creo que ahora que eres un hombre puedes aprender de todos los Golden, para lo bueno y para lo malo, para lo que se debe hacer y lo que no. De Petya, por ejemplo, puedes aprender a luchar contra lo que no es culpa tuya, a jugar cuando te han repartido una mala mano de naipes. De Apu, quizá a no ser como él. Es posible que no haya conseguido adquirir profundidad. De Dioniso, mi hijo atormentado, se puede aprender una lección sobre la ambigüedad y el dolor.

—¿Y de usted?

—En cuanto a mí mismo, señor René: seguramente ya te habrás dado cuenta de que no siempre soy un santo. Soy duro y fanfarrón; estoy acostumbrado a una posición de superioridad y me dedico a coger lo que quiero y a apartar de mi camino todo lo que no quiero. Cuando me tengas delante, sin embargo, debes formularte la siguiente pregunta: ¿es posible ser al mismo tiempo bueno y malo? ¿Puede uno ser un buen hombre cuando es un mal hombre? Si crees a Spinoza y estás de acuerdo en que la necesidad lo determina todo, ¿acaso las necesidades que mueven a un hombre pueden llevarlo no solamente a hacer el bien, sino también a cometer fechorías? ¿Qué es un hombre bueno en este mundo determinista? ¿Acaso el adjetivo mismo

significa algo? Cuando tengas la respuesta, dímela. Pero antes de todo eso, esta noche vamos a salir y a beber.

Más tarde.

—De la muerte nos hacemos a la idea, la aceptamos y seguimos adelante —me dijo Nerón Golden—. Somos los vivos, o sea que hemos de vivir. La culpa, en cambio, es mala. Se queda con nosotros y nos perjudica.

Estábamos en el Russian Tea Room —pagaba él— y teníamos en la mano sendos vasos de chupito de vodka helado. Nerón levantó el suyo a modo de saludo, bebió y yo hice lo mismo. Ésa era la razón de que estuviéramos allí: la comida —blinis, caviar, buñuelos y pollo Kiev— la tomábamos solamente para poder beber más.

—Si nos vamos a casa sobrios —me dijo Nerón Golden—, habremos fracasado. Necesitamos alcanzar un estado en el que no sepamos exactamente cómo hemos llegado a casa.

Asentí solemnemente con la cabeza:

—De acuerdo.

Otro chupito.

—Pongamos por caso a mi difunta esposa. —Nerón me señaló con el dedo—. No finjas que no conoces la historia, sé quién se va de la lengua en mi casa. Da igual. Su muerte, sí, fue una gran tristeza, pero no una tragedia, no llegó al nivel de tragedia. —Otro chupito—. Miento. Fue una tragedia personal, por supuesto. Una tragedia para mis hijos y para mí. Pero la gran tragedia es universal, ¿no es cierto?

—Lo es.

—Entonces, a lo que iba. Para mí el aspecto destructivo del caso, ese aspecto destructivo que cambia la vida, no fue el hecho en sí de su muerte, sino el de la responsabilidad. La mía. Mi responsabilidad, ése es el problema. Eso es lo que me atormenta cuando paseo de noche por los Jardines.

Llegado aquel punto de la velada, yo ya había empezado a pensar que me correspondía a mí la tarea de consolarlo a él, por mucho que el propósito original de la salida hubiera sido el opuesto.

—Tuvieron ustedes una pelea —le dije—. Son cosas que pasan. Eso no le adjudica a usted la responsabilidad de su muerte. En un universo ético, solamente el asesino es culpable de asesinato. Ha de ser así; si no, el universo sería moralmente absurdo.

Él se quedó callado, bebiendo; los camareros pululaban cerca de nosotros en espera de que necesitáramos más vodka.

—Déjeme que le ponga un ejemplo distinto —le dije en tono altivo, sintiéndome en las cimas del pensamiento, sintiendo que era realmente el hijo de mis padres—. Supongamos que yo soy un gilipollas.

—¿Un gilipollas total?

—Total y absoluto. Y apestoso.

—Vale, lo imagino.

—Supongamos que todos los días me planto delante de su casa y los insulto a su familia y a usted.

—¿Usando palabrotas?

—Las peores. Los insulto a su familia y a usted en los términos más peyorativos.

—Sería intolerable, naturalmente.

—Y usted tiene una pistola en casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una hipótesis.

—Ah, una hipótesis. Excelente. Entiendo. Una pistola hipotética.

—Y usted coge esa supuesta pistola, ¿y sabe lo que hace?

—Te disparo.

—Me dispara usted en el corazón y me mata, ¿y en qué lo convierte eso a usted?

—En un hombre feliz.

—En un asesino.

—Me convierte en un asesino feliz.

—Es usted culpable de asesinato, y ante el tribunal no es ninguna defensa decir: señoría, es que era un gilipollas.

—Ah, ¿no?

—Ni siquiera los gilipollas son responsables de sus muertes cuando los

asesinan. El único que carga con el crimen es el asesino.

—¿Esto es filosofía?

—Necesito más vodka. La filosofía está en la botella.

—Camarero.

Después de otro chupito se puso sentimental.

—Eres joven —me dijo—. No sabes qué es la responsabilidad. No conoces la culpa ni la vergüenza. No sabes nada. Pero da igual. Tus padres están muertos. Ésa es la cuestión que nos ocupa.

—Gracias —le dije, y después ya no recuerdo más.

Termina.

—En el principio —dijo Suchitra, sentada junto a mi cama mientras yo me lamentaba de mi dolor de cabeza—, en el principio estaba el Partido Comunista de la India oficial, el PCI. Pero la India tiene un problema de población y sus partidos de izquierdas también pasan por alto el control de la natalidad. Así pues, tras el PCI vinieron el PCI(M), el Partido Comunista de la India (Marxista) y el Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista), alias PCI(M-L). ¿Te parecen suficientes partidos? Pues cariño, la fiesta acaba de empezar. Intenta no perder el hilo. Luego llegan el Partido Comunista por la Liberación de la India (Marxista-Leninista), el Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Naxalita, y también el Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Janashakti, además del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Estrella Roja, y no nos olvidemos del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Sección Central, ni dejemos de mencionar al Centro Revolucionario Comunista de la India (Marxista-Leninista-Maoísta), por no hablar del Partido Comunista de los Estados Unidos de la India o del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Bandera Roja, o del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Nueva Democracia, o del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Nueva Iniciativa, o del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Somnath, o del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) Segundo Comité Central, o del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista)

Bolchevique. Haz el favor de seguir prestando atención total. La misma proliferación se dio entre otros grupúsculos. Primero estaba el Centro Comunista Maoísta, que se fusionó con el Grupo Bélico del Pueblo para fundar el Centro Comunista Maoísta de la India. O quizá fuera el Centro Comunista Maoísta de la India el que se fusionó con el Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) de la Guerra del Pueblo para fundar el Partido Comunista de la India (Maoísta). A veces cuesta no perderse. Te cuento todo esto para explicarte por qué mis padres bengalíes, una pareja de intrépidos emprendedores de inclinaciones capitalistas atrapados en Calcuta entre los ravanos multicéfalos del Partido Comunista de la India (Uranio-Plutonio), las cabezas de fisión nuclear de la izquierda, decidieron escaparse de allí y afincarse en el suburbio de Alpharetta, en Atlanta, Georgia, que es donde nací yo. Esto tal vez habría sido buena idea y, de hecho, lo fue en términos económicos porque conocieron el éxito con una amplia gama de iniciativas, salones de belleza, tiendas de ropa, una agencia inmobiliaria, servicios de curación psíquica, de forma que, como ves, ellos también proliferaron. Pero por desgracia, a su alrededor las instituciones políticas de la derecha hindú también estaban dando frutos abundantes y multiplicándose en el fértil suelo americano: a la Rashtriya Swayamsevak Sangh no paraban de brotarle ramas expatriadas, el Vishwa Hindu Parishad floreció, el Partido Bharatiya Janata prosperó, y también las organizaciones de recaudación de fondos que destinaban dólares a dichos grupos. Mis padres se escaparon de un torbellino solamente para verse absorbidos por otro y, cuando empezaron a ir a cenas de gala de la RSS y a hablar en tono de admiración de aquella persona de pecho fornido a quienes ellos llamaban NaMo, no me quedó más remedio que despedirme de ellos con mucho amor y darme a la fuga. Y así fue como salí pitando a Nueva York, donde ahora mismo me estoy rompiendo la espalda para intentar hacerte reír, y sería amable de tu parte, llegado este punto, al menos sonreír un poco.

—Y ésta es tu idea —le dije— de una cura para la resaca.

Respecto a lo de romperse la espalda: Suchitra lo hacía a diario y, además, sin un minuto de pausa. Nunca he conocido a nadie que trabajara la mitad que ella y aun así tuviera tiempo para el placer, una categoría en la que

yo tenía la suerte de estar incluido. Se despertaba temprano, se iba a hacer *spinning*, iba corriendo a la oficina, le daba todo lo que tenía a su jornada de trabajo, después se iba a correr otra vez por la orilla del Hudson o bien cruzaba el puente de Brooklyn en un sentido y en el otro, y aun así después aparecía fresca como una rosa y el doble de elegante a lo que fuera que le ofreciera la velada, una inauguración en una galería, el pase de una película, una fiesta de cumpleaños, una noche de karaoke o una cena conmigo, y al final de todo todavía le quedaba energía para hacer el amor conmigo. Como amante estaba igualmente llena de energía, por mucho que le faltara originalidad, pero yo no me quejaba. Yo tampoco era precisamente un dios del sexo, y en aquellos momentos el amor de una buena mujer me estaba salvando de la negrura del foso. El afecto inmisericorde de Nerón Golden y sus noches de borrachera de vodka, junto con el amable y superevélz amor físico de Suchitra Roy, me ayudaron a pasar aquellos días. Yo me acordé de la historia de los paramédicos de la ambulancia que habían hecho de poli bueno y poli malo después del intento de suicidio de la señora Golden y me di cuenta de que ahora era a mí a quien estaban vigilando para prevenir un suicidio.

REINABA EL SILENCIO EN EL PARAÍSO, O EL PERRO EN EL BARDO

Nueva York me hizo de madre y de padre durante todo aquel verano hasta que aprendí a vivir sin padres y a aceptar, tal como Nerón me había recomendado, mi lugar al frente de la cola de gente que esperaba para entrar a ver la última sesión. Como de costumbre, fue una película la que me ayudó, *Det sjunde inseglet* de Ingmar Bergman, *El séptimo sello*, que el gran cineasta personalmente consideraba «irregular», pero que los demás reverenciábamos. El caballero (Max von Sydow, que más tarde interpretaría al aburrido artista Frederick en *Hannah y sus hermanas* y al inmortal Ming el Despiadado en *Flash Gordon*), de camino a casa de las Cruzadas, jugaba al

ajedrez con la Muerte de capucha negra para retrasar lo inevitable y poder ver una vez más a su mujer antes de morir. El caballero hundido y el escudero cínico, las versiones no cómicas del Quijote y Sancho de Bergman, buscando a los pájaros del año presente en los nidos del anterior. Bergman tenía problemas religiosos sin resolver, derivados de su familia profundamente religiosa, pero a mí no me resultaba necesario ver la película en estos términos. El título estaba sacado del Apocalipsis de san Juan: «Y cuando el Cordero abrió el séptimo sello, hubo silencio en el paraíso durante un intervalo de media hora». (Apocalipsis 8, 1). Para mí, aquel silencio en el paraíso, la no comparecencia de Dios, era la verdad de la visión laica del universo, mientras que la «media hora» representaba la duración de una vida humana. La apertura del séptimo sello revelaba que Dios no estaba en ninguna parte y no tenía nada que decir, y el hombre disponía de ese intervalo de su breve vida para llevar a cabo, tal como quería hacer el caballero, un solo acto relevante. Mi equivalente a la esposa a la que el caballero quería ver antes de morir era mi sueño de ser cineasta. Mi acto relevante era la película que yo soñaba con hacer, aquella película sobre los Jardines, salpicada de seres reales e imaginarios, con un reparto coral a lo Altman y los Golden en su casa de la otra punta de los Jardines. El «acto» era el viaje y la «esposa» era la meta. Yo le dije algo parecido a Suchitra y ella asintió gravemente con la cabeza.

—Es hora de que termines tu guion y empieces a ganar dinero.

Y entretanto la gran metrópolis me abrazaba contra su pecho y trataba de impartirme las lecciones de la vida. La barca del estanque en la que Stuart Little navegaba me recordaba a la belleza de la inocencia, mientras que el espacio de la calle Clinton donde Judith Malina seguía viva a duras penas y su Living Theatre continuaba disfrutando del hecho de desnudarse me hablaba de aquella irreverencia a la antigua usanza a la que se la sudaba todo. Y en Union Square jugaban los ajedrecistas y tal vez la Muerte jugará allí también, veloces partidas de ajedrez rápido que se cobraban vidas como quien no quiere la cosa, o bien partidas lentas, sin reloj, que permitían al ángel negro fingir que respetaba la vida al mismo tiempo que se dedicaba a reclutar a los oponentes para su danza macabra. Las ausencias me hablaban

tanto como las presencias: las zapaterías que ya no había en la calle Ocho, la excentricidad que había desaparecido del Upper West Side, donde antaño Maya Schaper había regentado su célebre tienda de queso y antigüedades, y a quien, cuando le preguntaban por qué, le gustaba decir: «Porque son las cosas que me gustan». Allá donde yo caminara, la ciudad me cogía en brazos y me susurraba palabras de consuelo al oído.

La noche de la inauguración de la segunda exposición de Apu en el espacio de Sottovoce en el Bowery, situado a una manzana del Museo de la Identidad (eran unos cuadros elegantes y llenos de brío y muy buenos técnicamente y llenos de energía y pop y a mí no me decían nada), en la otra punta de la ciudad se exponían las pinturas de gran tamaño en las que Laurie Anderson describía los cuarenta y nueve días que había pasado su amada y difunta perra rat terrier *Lolabelle* en el bardo, esa zona que el budismo tibetano sitúa entre la muerte y el renacimiento. Suchitra y yo estábamos plantados delante de una de las imágenes más grandes de aquella perra de cara dulce que nos miraba con los ojos muy abiertos desde el más allá cuando de pronto se formaron dentro de mí las palabras *No pasa nada* y a continuación las dije en voz alta: «No pasa nada», dije, y se me ensanchó una sonrisa por la cara. «No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada.» Una sombra dejó de oprimirme y el futuro me pareció posible y la felicidad me resultó concebible y la vida empezó de nuevo para mí. Hasta mucho más tarde, rememorando aquello, no me di cuenta de que aquél fue el cuadragésimo noveno día después de la muerte de mis padres.

Yo no creo en el bardo. Pero ahí lo tienen ustedes.

**¡FLASH! ¡TE QUIERO! PERO ¡SÓLO TENEMOS
CATORCE HORAS PARA SALVAR LA TIERRA!**

Aquella noche experimenté una especie de euforia, resultado del subidón de haber perdonado a mis padres por morir y a mí mismo por seguir con vida. Suchitra y yo nos volvimos a los Jardines y yo supe que había llegado la

hora de hacer lo prohibido. Pese a estar ya drogados por la vida, abrimos el paquete preservado durante tanto tiempo de Luna afgana y lo inhalamos. De inmediato se nos abrieron los terceros ojos de nuestras glándulas pineales respectivas, tal como había dicho mi padre, y aprendimos los secretos del mundo. Vimos que el mundo no era ni amorfo ni absurdo, sino que simplemente su forma y su significado se nos habían ocultado hasta entonces, escritos con los jeroglíficos y el esoterismo del poder, puesto que a los amos del mundo les interesaba escondernos el sentido de las cosas a todos salvo a los iluminados. Entendimos también que nos correspondía a nosotros dos salvar el planeta y que la fuerza que lo salvaría era el amor. Con las cabezas dándonos vueltas, entendimos que Ming el Despiadado alias Max von Sydow —totalitario, caprichoso y ridículo con su capa de color rojo brillante de genio malvado de tebeo de ciencia ficción— iba a venir a conquistar a la humanidad, y que si a ratos la cara de Ming se desdibujaba y empezaba a parecerse a la cara de Nerón Golden, se trataba de un parecido injusto, ya que él había sido amable conmigo últimamente, pero ¿acaso uno podía ser bueno y malo a la vez?, nos preguntamos nosotros, y la Luna afgana nos contestó que la contradicción irreconciliable y la unión de los contrarios era el misterio más profundo de todos. Aquella noche era para el amor, nos dijo la Luna afgana, aquella noche era para celebrar los cuerpos vivos y para despedirnos de los cuerpos perdidos de nuestros seres amados difuntos; en cuanto saliera el sol por la mañana, en cambio, no habría tiempo que perder.

Si le debías al banco un dólar eras un vago con un descubierto. Si debías mil millones, en cambio, eras rico y el banco estaba trabajando para ti. No era fácil saber lo rico que era en realidad Nerón Golden. En aquella época su nombre estaba en todas partes, desde los perritos calientes hasta las universidades privadas, rondaba el Lincoln Center y se planteaba donar una *unidad* al Avery Fisher Hall siempre y cuando le quitaran el nombre antiguo y le pusieran el apellido Golden allí arriba en mayúsculas hechas de oro. *Unidad* era la jerga que su nombre usaba para referirse a «cien millones de dólares», y cien millones de dólares eran el precio de entrada al mundo de los ricos de verdad: no eras nadie hasta que tenías tu *unidad*. Y su nombre se dedicaba a pasear aquella *unidad* por la ciudad, tenía la idea de ponerse en el Festival de Cine de Tribeca, pero eso le habría costado mucho menos que una *unidad* entera, de forma que el festival de cine le acabó pareciendo simple calderilla; lo que su nombre quería realmente era llegar a lo más alto, al estadio de los Yankees. Eso demostraría que su nombre había conquistado Nueva York. Después ya sólo faltaría que lo pusieran en lo alto del ayuntamiento.

Di por sentado que al venirse a Occidente Nerón Golden se habría traído unos fondos considerables, pero corrían rumores persistentes de que todas sus empresas estaban completamente endeudadas, de que el meganegocio entero de su nombre era un engaño y de que la bancarrota era la sombra que acompañaba a su nombre cuando él se lo llevaba de paseo. Yo me lo imaginaba como un ciudadano no de Nueva York, sino de la ciudad invisible

de Octavia que Marco Polo le describía a Kublai Khan en el libro de Calvino, una ciudad telaraña que colgaba en forma de red enorme por encima de un abismo entre dos montañas. «La vida de los habitantes de Octavia es menos incierta que en otras ciudades — había escrito Calvino—, porque saben que la red no durará mucho.» También me lo imaginaba como uno de esos personajes de dibujos animados, por ejemplo Wile E. Coyote, que siempre están llegando al borde de un acantilado pero siguen corriendo, desafiando a la gravedad, hasta que miran hacia abajo y entonces es cuando se caen. Era el conocimiento de la imposibilidad de su intento lo que provocaba su final catastrófico. Y Nerón Golden seguía corriendo, quizá, porque nunca miraba hacia abajo.

Me pasé muchos meses ocupado en vaciar nuestra casa y guardando bajo llave lo que quería quedarme en unas instalaciones de minialmacenaje de Manhattan, esas que tienen los anuncios graciosos en el muro que da a la carretera: «Nueva York tiene seis equipos deportivos profesionales y también tiene a los Mets», y «Si no te gusta el matrimonio gay no te cases con un gay», y «“En la casa de mi padre hay muchas habitaciones” (Juan 14, 2). Está claro que Jesucristo no era de Nueva York», y «Acuérdate: si sales de la ciudad tendrás que vivir en América». Sí, ja, ja, yo pillaba aquellos chistes, pero la mayor parte del tiempo volvía a estar de mal humor y tratando de no mostrarlo en compañía de Suchitra, aunque ella conocía la situación por la que yo estaba pasando. Luego llegó el momento de poner el caballo en venta y Vasilisa Golden se me acercó en los Jardines, me rodeó con el brazo, me besó en la mejilla y me dijo: «Déjame que lo haga por ti, así todo queda en familia», lo cual era tan amable que yo me limité a asentir con la cabeza sin poder hablar y a dejarle que se encargara ella de la venta.

Como he dicho, aquel año me costaba ser objetivo con los Golden. Por un lado debía tener en cuenta lo amable que había sido Nerón conmigo, y ahora también la amabilidad de su mujer. Por otro lado, no parecía haber duda alguna de que Nerón Golden estaba apoyando con entusiasmo la campaña presidencial de Romney, y de que sus comentarios sobre el presidente y su esposa bordeaban el fanatismo; «Pues claro que le gustan los gais, está casado con un hombre» era uno de los más suaves. Siempre estaba contando

un «chiste republicano» en el que un tipo blanco y de edad avanzada se dirige varios días seguidos a un vigilante de la Casa Blanca, después de que la presente administración se termine. Y cada día cuando llega le pide audiencia con el presidente Obama. La tercera o cuarta vez que el tipo se presenta allí, el guardia, exasperado, le dice: «Señor, no para usted de venir y yo no paro de decirle que el señor Obama ya no es el presidente de Estados Unidos y que ya no reside en esta dirección. De forma que usted ya lo sabe y aun así sigue volviendo aquí y preguntándome lo mismo y obteniendo la misma respuesta. Así pues, ¿por qué me lo sigue preguntando?». Y el tipo blanco y mayor le dice: «Ah, pues porque me gusta oír la respuesta».

Yo toleraba esto, aunque tenía miedo de que el lado oscuro de Nerón venciera a la luz. Le di a leer el gran relato *La sombra* de Hans Christian Andersen, ese cuento sobre un hombre cuya sombra se desprende de él, viaja por el mundo y se vuelve más sofisticada que su antiguo «propietario», a continuación regresa para seducir a la princesa con la que el hombre está prometido y se casa con ella, y, junto con la (bastante implacable) princesa, condena a muerte al hombre. Yo quería que Nerón entendiera el peligro que corría su alma, si es que a una persona atea se le permite usar esa palabra, pero él no leía literatura y me devolvió al libro en el que estaba el relato con un gesto despectivo de la mano.

—No me gustan los cuentos de hadas —me dijo.

Pero luego..., los dos, marido y mujer, me convocaron a su presencia y me anunciaron la decisión que habían tomado sobre mí.

—Lo que tienes que hacer —me dijo Vasilisa Golden— es venirte a vivir a esta casa con nosotros. Es una casa grande, con muchas habitaciones, y dos de los tres chicos ya casi nunca están aquí, y el tercero es Petya, que apenas sale de su habitación. O sea, que hay espacio de sobra para ti y serás una compañía excelente para nosotros dos.

—Por una temporada —dijo Nerón Golden.

—Con la chica, ¿quién sabe qué va a pasar? —señaló Vasilisa—. El tiempo dirá si quieres irte a vivir con ella o si decides romper. Quítate esa presión de encima. Lo que menos te conviene ahora mismo es presión.

—De momento —dijo Nerón Golden.

Era una oferta generosa de verdad —aunque fuera a corto plazo—, hecha completamente de buena fe, y no vi forma de no aceptarla. Abrí la boca para plantear alguna objeción, pero Vasilisa levantó una mano de emperatriz.

—Ni se te ocurra negarte —me dijo—. Ve a hacer las maletas y mandaremos gente a que las traiga.

Así pues, en otoño de 2012 me fui a vivir a la Casa Dorada, «por una temporada» y «de momento», y por un lado me sentí muy agradecido, como un siervo al que le ofrecen un dormitorio en un palacio, aunque por otro tuve la sensación de haber hecho un trato con el diablo. La única forma de saber cuál de las dos cosas era cierta sería desentrañar todos los misterios que rodeaban a Nerón, no solamente los del pasado, sino también los del presente, a fin de poder juzgarlo como era debido, y tal vez para emitir ese juicio sería mejor estar dentro de las paredes de la casa que fuera. De forma que ellos me abrieron sus puertas y me llevaron a su mundo y yo me convertí en el caballo de madera dentro de las puertas de Troya. Dentro de mí estaban Odiseo y los guerreros. Y plantada ante mí, la Helena de aquella Ilión americana. Y antes de que nuestra historia se terminara, yo los traicionaría a ellos, y a la mujer que yo amaba, y a mí mismo. Y las torres inabarcables arderían.

Los «chicos», los hijos de Nerón, venían a verlo a diario, y se trataba de unos encuentros inusuales, en términos de la inmensa autoridad que tenía él sobre ellos; no eran tanto encuentros entre un padre y sus hijos como muestras de obediencia servil que los súbditos rendían a su amo. Yo entendí que cualquier tratamiento cinematográfico que hiciera de aquello —en clave de ficción, claro— tendría que mostrar aquella relación extrañamente autoritaria. En parte la explicación era financiera, sin duda. Nerón era generoso con el dinero, de tal forma que Apu podía tener una casa en Montauk y pasarse semanas enteras allí pintando, además de montando fiestas. De puertas afuera, el joven D Golden parecía vivir con recursos limitados en Chinatown, y había empezado a trabajar de voluntario en un club para chicas del Lower East Side, lo cual lo debía de obligar a vivir del salario de Riya, pero la verdad era —tal como Vasilisa se apresuró a informarme— que aceptaba el

dinero que le daba su padre.

—Ahora tiene muchos gastos —me dijo, aunque se negó a dar más explicaciones, como solía suceder en la Casa Dorada, cuyos miembros no hablaban de las cuestiones importantes entre ellos, como si fueran secretos, a pesar de que todos sabían que todos lo sabían todo. Pero quizá, pensé yo, las sesiones entre el padre y sus hijos también fueran sesiones de confesionario, donde los «chicos» admitían sus «pecados» y eran, en cierta forma y en cierto grado, «perdonados» a cambio de una serie de penitencias y expiaciones desconocidas. Ésta era la forma de plasmarlo por escrito, pensé yo. También había otra posibilidad más interesante. Tal vez los hijos fueran al mismo tiempo los sacerdotes del padre. Tal vez cada uno de ellos poseyera los secretos del otro y se otorgaran entre ellos absolución y paz.

Reinaba una tranquilidad poco habitual en la mansión, lo cual a mí me venía perfecto. Me habían dado una habitación en el piso superior con ventanas de buhardilla que daban a los Jardines, y estaba muy contento y ocupado. Además de mi proyecto de película a largo plazo, estaba trabajando con Suchitra en una serie de cortometrajes en vídeo para una cadena de contenidos bajo demanda por cable, donde una serie de caras muy conocidas del cine *indie* hablaban de sus momentos cinematográficos favoritos: la escena de los sellos estampados en el trasero de *Trenes rigurosamente vigilados* de Jiri Menzel; el momento en que Toshiro Mifune presentaba al personaje de su guerrero samurái desaliñado y lleno de picores en *Sanjuro* de Kurosawa; la primera escena de Michael J. Pollard en *Bonnie and Clyde* de Arthur Penn («Arena en la manguera de la gasolina..., me lo he cargado»); el pavo real invernal que despliega las plumas de la cola en *Amarcord* de Fellini; el niño que se cae por una ventana y rebota sin hacerse daño en *L'argent de poche (La piel dura)* de Truffaut; los momentos finales de *El buscavidas* de Robert Rossen («Eh, Gordo, juegas de maravilla al billar.» «Tú también, Fast Eddie»). Y mi favorito, el juego de las cerillas de *L'année dernière à Marienbad (El año pasado en Marienbad)* de Alain Resnais, protagonizada por un Sacha Pitoëff con cara pétrea de conde Drácula: «Si no puedes perder, no es un juego». «Oh, sí que puedo, pero nunca pierdo.» Ya habíamos filmado a bastantes actores y cineastas americanos jóvenes y con

talento (Greta Gerwig, Wes Anderson, Noah Baumbach, Todd Solondz, Parker Posey, Jake Paltrow, Chloë Sevigny) manifestando su admiración por aquellas películas clásicas, y yo afinaba mis dotes de editor a base de montar en mi portátil el material en forma de elegantes piezas de tres minutos para incorporarlas a una amplia gama de páginas web. Suchitra estaba dejando aquella tarea en mis manos mientras preparaba su primera película como guionista-directora, cruzando por fin la frontera de la producción, y los dos andábamos enfrascados en nuestro trabajo. A altas horas de la noche nos juntábamos para contarnos las noticias de la semana, cenar rápido y demasiado tarde y luego hacer el amor deprisa o simplemente quedarnos dormidos y agotados en los brazos del otro, ya fuera en mi buhardilla de artista o en el estudio de ella. En los meses posteriores a la tragedia fue así como encontré el camino de vuelta al placer.

En mis ratos libres yo estudiaba la dinámica de la Casa Dorada. Los servicios de limpieza, el personal de cocina y el manitas Gonzalo iban y venían con tanta discreción que parecían virtuales, niños fantasma de la era de lo posreal. Las dos sargentas, en cambio, eran incuestionablemente reales, y cada mañana llegaban rezumando eficiencia, se recluían en una habitación contigua a la oficina de Nerón y no volvían a salir hasta que se largaban zumbando por la noche como avispones escapando por una puerta abierta. Todos los sonidos parecían amortiguados, como si las leyes mismas de la ciencia operaran dentro de aquellas paredes con guante blanco, por así decirlo.

El mismo Nerón casi siempre se quedaba en el despacho que tenía en casa, aunque la sede de Empresas Golden estaba en el Midtown, en un rascacielos que pertenecía irritantemente a un tal Gary *Verde* Gwynplaine, un plebeyo cuyo nombre Nerón no tenía el valor de pronunciar, y a quien le gustaba llamarse a sí mismo el Joker porque había nacido de forma inexplicable con el pelo de color verde lima. Con su chaqueta violeta, su piel blanca y los labios rojos, Gwynplaine se había convertido en la viva imagen del famoso villano de los tebeos y parecía regodearse en el parecido. A Nerón su casero le resultaba intolerable, y una noche me anunció, sin venir a cuento de nada, y sin dar explicación alguna (tal como era su costumbre, el tren de

sus pensamientos emergía de vez en cuando del túnel de su boca y quien estuviera en las inmediaciones se convertía en la estación en la que ese tren se detenía brevemente): «One World. Y cuando nos dejen entrar, yo seré el primero en cruzar la puerta». Tardé un momento en darme cuenta de que no me estaba hablando de panglobalismo, sino del One World Trade Center, que no se pondría en alquiler hasta un par de años después, y anunciándome su intención de marcharse del edificio del Joker y mudarse al rascacielos nuevo que habían construido en el lugar de la tragedia. «Por los pisos superiores puedo conseguir un precio estupendo —me aclaró—. Los pisos cincuenta, sesenta, vale, ésos los pueden llenar, pero más arriba... Después de lo que pasó nadie quiere alquilar en esas alturas. Así pues, un precio magnífico. La mejor relación calidad-precio de la ciudad. Necesitan ocupantes para todo ese espacio vacío y no encuentran a nadie. Yo personalmente voy adonde está la ganga. ¿En las nubes? Muy bien. Bájame el precio y me lo quedo. Es una ganga. El relámpago nunca cae dos veces en el mismo sitio.»

Sus empleados no lo veían casi nunca. Se dejó el pelo largo. Empecé a preguntarme por la longitud de las uñas de sus pies. Después de la derrota de Romney, su humor empeoró y ni su mujer ni el personal doméstico lo veían apenas. Cogió la costumbre de dormir en un plegatín en su despacho de casa y de pedir pizzas a altas horas de la noche. Por la noche se dedicaba a llamar por teléfono a los diversos empleados que tenía en distintos países —o al menos yo suponía que eran empleados— y también en Manhattan. Su regla era que él te podía llamar en cualquier momento del día o de la noche y esperar que estuvieras despierto y dispuesto a hablar de lo que a él le pareciera, ya fueran negocios, mujeres o algo que había salido publicado en la prensa. Se pasaba horas hablando con sus colegas por teléfono y ellos lo tenían que aceptar. Una noche en los Jardines en que él estaba de humor afable, le puse mi sonrisa más inocente y le pregunté si pensaba alguna vez en Howard Hughes.

—Vaya tarado —me contestó—. Tienes suerte de que te tengo cariño. No me compares nunca con ese tarado.

Al mismo tiempo, sin embargo, empezó a retraerse cada vez más de las miradas humanas. Vasilisa se pasaba muchos días sola en el *spa* o

recorriéndose la avenida Madison de arriba abajo y visitando tiendas o bien almorzando con sus amigas en el Bergdorf o el Sant Ambroeus. No hacer caso durante mucho tiempo a una mujer hermosa trae problemas. ¿Y cuánto tiempo es mucho tiempo? Cinco minutos. Si la cosa pasa de una hora, la catástrofe aguarda.

La casa se había convertido al mismo tiempo en expresión de la belleza de ella y de la intensidad de sus necesidades. En las paredes de color gris ostra colgó ahora espejos de gran tamaño compuestos de espejos pequeñitos y cuadrados, algunos en ángulo oblicuo y otros tintados hasta ser casi negros, expresando, igual que los cubistas, su necesidad de tener muchas perspectivas al mismo tiempo. En el gran salón instaló una chimenea nueva y majestuosa, que amenazaba incandescencia en los días de frío. Puso alfombras nuevas en el suelo, con tacto de seda y el color del acero. La casa era su lenguaje. Ella hablaba con su marido por medio de las renovaciones, sabiendo que era un hombre influido por el entorno, y le decía sin palabras que si un rey necesitaba un palacio, ese palacio, si quería ser verdaderamente palaciego, necesitaba una reina.

Y le funcionó, gradualmente. Para la Navidad, Nerón ya se había recuperado de la victoria electoral del presidente y había desarrollado una poderosa diatriba contra el candidato derrotado, el peor candidato de la historia, tal como nos decía en las comidas, señalándonos con su tenedor para hacer énfasis en la idea; en toda la historia de las contiendas electorales no había existido un contendiente más débil, ni siquiera se lo podía llamar realmente aspirante, no había habido disputa, parecía que el tipo se hubiera rendido antes del primer puñetazo, así que la próxima vez no cometamos la equivocación de elegir a un *payaso*, asegurémonos de que sea un tipo con *presencia*, de que tenga aspecto de líder. La próxima vez, sin falta.

Para cuando llegó la investidura, el ambiente en la Casa Dorada ya había mejorado mucho. No estaba permitido ver la ceremonia por televisión, pero el humor del rey y de la reina era jovial y coqueto. Yo sabía que el clima interior de Nerón Golden era volátil, y que su vulnerabilidad sexual a los encantos de su mujer iba aumentando a medida que él envejecía, y que el dormitorio era el lugar donde ella conseguía invariablemente las alteraciones

necesarias de la meteorología personal de él. Pero lo que no sabía entonces es lo que sé ahora: que él no estaba bien. Vasilisa, demostrando ser una maestra estratega, había percibido una oportunidad y había hecho su jugada. Antes que ninguno de nosotros, había descubierto lo que después quedaría tristemente a la vista de todos: que pronto llegaría el momento en que él dejaría de ser la persona que había sido. Había olido la primera ráfaga de debilidad incipiente igual que un tiburón huele una sola gota de sangre en el agua y se había abalanzado sobre la presa.

Todo es estrategia. Ésa es la sabiduría de la araña.

Todo es comida. Ésa es la sabiduría del tiburón.

MONÓLOGO DE LA ARAÑA A LA MOSCA O DEL TIBURÓN A SU PRESA

Fíjate es porque está hecha especialmente y con esos cristales especiales que resplandecen de esa forma especial cuando el fuego les da de una forma determinada, resplandeciendo como diamantes en la cueva de Alí Babá que yo no sabía que se llamaba realmente Sésamo sí así se llamaba la cueva ¿lo sabías tú? bueno en cualquier caso eso leí en una revista de manera que cuando él dice Ábrete Sésamo se está dirigiendo a la cueva por su nombre y yo siempre había pensado que era simplemente una palabra mágica, ¡sésamo!, pero bueno es del fuego de lo que te estoy hablando del fuego que yo he puesto aquí para representar el fuego de tu corazón ese fuego que hay en ti y que yo amo. Ya lo sabes. Sé que lo sabes. Así que aquí estamos y llevamos un tiempo ya, ¿eres feliz?, tu felicidad es la gran obra de mi vida así que espero que digas que sí, ahora tú me tienes que preguntar si soy feliz yo, y yo te contesto que sí, pero con reservas. Y tú me preguntas cómo puedo poner peros sabiendo dónde estaba yo cuando tú me encontraste y dónde estoy ahora y estoy de acuerdo, tú me lo has dado todo me has dado mi vida, pero aun así le pongo peros, sí le pongo peros. Y no hace falta que me preguntes por qué porque tienes que saberlo. Soy una mujer joven. Estoy lista para ser más que tu amante aunque ser tu amante siempre es lo primero para mí, tú siempre eres lo primero para mí, pero también quiero ser, ya sabes lo que quiero, ser madre. Y entiendo sí que esto viola los términos de nuestro acuerdo porque te dije que renunciaría a eso por ti y que nuestro hijo sería nuestro amor pero el cuerpo quiere lo que quiere y el corazón también, y no se le puede llevar la contraria. Así que ésta es mi situación cariño y es un dilema y solamente veo una forma de salir de él aunque me rompe el corazón así que te lo digo con el corazón rompiéndoseme mientras te digo que por el inmenso respeto que te tengo y por el respeto que le tengo también a mi honor que me obliga a honrar los términos de nuestro acuerdo cariño tengo que dejarte. Te quiero muchísimo pero debido a las necesidades de mi cuerpo joven y de mi corazón roto tengo que irme y encontrar la forma de tener un hijo como sea aunque la idea de no

estar contigo me destruye es la única solución que puedo encontrar, y por tanto, cariño, tengo que decirlo. Adiós.

En el juego del ajedrez, el sacrificio de dama no se usa casi nunca porque cede la pieza más poderosa del tablero para obtener una ventaja posicional de mucho riesgo. Solamente los verdaderos grandes maestros se atreven a emprender esa maniobra, capaces como son de ver a muchas jugadas de distancia, de considerar hasta la última variante y por tanto estar seguros del éxito del sacrificio: la inmolación de la reina para matar al rey. Bobby Fischer, en la muy cacareada Partida del Siglo, jugando con las negras, usó el sacrificio de dama contra Donald Byrne con consecuencias devastadoras. Durante el tiempo que pasé en la Casa Dorada descubrí que Vasilisa Arsénieva Golden era una ávida estudiante del «juego de reyes», y un día me hizo una demostración del famoso jaque mate en veintidós movimientos en el que el gran maestro ruso Mijaíl Tal había usado el sacrificio de dama para ahogar a su oponente, un tal Alexander Koblents. Vasilisa y yo jugábamos al ajedrez en las tardes ociosas en que Suchitra estaba rodando, y ella invariablemente me ganaba, pero luego me enseñaba cómo me había ganado e insistía en que yo tenía que mejorar mi nivel de juego. Y así es como veo ahora, con la perspectiva del tiempo, que ella también me estaba enseñando el juego de la vida, llegando incluso a hacerme una demostración de la jugada que iba a hacer antes de hacerla. Cuando por fin le pidió el divorcio a Nerón Golden, yo entendí la profundidad de su brillantez. Era la jugada ganadora.

La petición lo conmocionó, y al principio se refugió en la grosería y discutió a gritos con ella en el rellano de delante de su despacho, provocando que las sirvientas fantasma de la casa echaran a correr en busca de cobijo, señalando en tono brutal que la marcha de ella supondría el final de su acuerdo financiero y que ella se marcharía sin nada más que un guardarropa de lujo y cuatro baratijas.

—A ver lo lejos que llegas con eso —le ladró; a continuación se metió en su sanctasanctórum y dio un portazo.

En silencio, sin intentar abrir la puerta que él había cerrado de golpe, Vasilisa entró en su vestidor y se puso a hacer las maletas. Yo fui a verla.

—¿Adónde vas a ir? —le pregunté.

Y en aquel momento, cuando me dirigió toda la fuerza llameante de su mirada, vi por primera vez a la reina-bruja desenmascarada y literalmente di un paso atrás para apartarme de ella. Vasilisa se rio, pero no con su risa normal de chica guapa, sino con algo mucho más salvaje.

—No me voy a ir a ninguna parte —gruñó—. Él vendrá a mí a cuatro patas, me suplicará que me quede y jurará concederme lo que desea mi corazón.

Cayó la noche; una noche que intensificaba los poderes de ella. La casa estaba en silencio. Petya en su habitación, bañado en la luz azul y perdido en su mundo interior y al otro lado de las pantallas de sus ordenadores. Vasilisa en el dormitorio principal, con la puerta abierta, sentada con la espalda recta en su lado de la cama, completamente vestida, con una bolsa de viaje lista a sus pies y las manos juntas sobre el regazo; todas las luces estaban apagadas salvo la lámpara de la mesilla de noche, que perfilaba su esbelta silueta. Yo, el espía, esperando en la puerta de mi habitación. Y a medianoche la profecía de ella se cumplió. El viejo cabrón se arrastró derrotado hasta ella para reconocerle su majestad, suplicarle que se quedara y aceptar sus términos. Y se quedó plantado frente a ella, con la cabeza gacha, hasta que Vasilisa levantó el brazo para atraerlo hacia sí y se reclinó hacia atrás sobre su almohada y después volvió a concederle la ilusión de que era él quien mandaba en su propia casa, aunque él sabía igual de bien que todo el mundo que era ella la que ocupaba el trono.

—Un hijo.

—Sí.

—Cariño. Ven conmigo.

Y ella apagó la lamparilla.

Al empezar en la vida, y con la inspiración que eran las vidas de mis padres como bandera bajo la cual navegar, yo había tenido el plan de hacer todo lo posible para ser —y admito aquí en público la palabra que hasta ahora solamente usaba en privado— prodigioso. ¿Acaso valía la pena ser alguna otra cosa? Rechazando a todos los Renés rutinarios, pedestres, monosilábicos y ordinarios, yo había vuelto el rostro hacia un yo excepcional y polifacético y me había subido a bordo de mi *Argo* imaginario en busca de aquel vellocino de oro, sin tener idea alguna de dónde podía encontrarse mi Cólquida personal (salvo por el hecho de que seguramente estaba en las inmediaciones de algún cine) ni de cómo navegar en su dirección (salvo por el hecho de que una cámara de cine era quizá lo más parecido a un timón que yo tenía a mi alcance). Luego me encontré a mí mismo amando a una buena mujer, y plantado en el umbral de la vida de cineasta que se había convertido en mi deseo más íntimo. Y estando en aquel momento feliz, hice todo lo posible para destruir lo que había construido.

El reportero que estaba en el frente de batalla tenía que afrontar a diario una decisión: participar o no participar. Lo cual ya era bastante difícil cuando tu país estaba en la contienda, tu gente estaba implicada y por extensión también lo estabas tú. Pero a veces no era tu batalla la que se estaba librando. Ni siquiera era una guerra, más bien era un combate de boxeo, y tú te encontrabas por casualidad con un asiento a pie de *ring*. Y de pronto uno de los púgiles te ofrecía un brazo, como una amante que te invita a un trío. «Únete a nosotros.» Llegado este punto, cualquier persona cuerda, o por lo

menos cautelosa, pondría la marcha atrás y saldría de allí tan deprisa como le fuera posible.

Pero yo no. Entiendo que lo que esto dice de mí no es del todo admirable. Lo que viene a continuación, la crónica de cómo me uní al combate, es todavía menos admirable. Porque no solamente traicioné a mi anfitrión en su propia casa y a la mujer a la que yo amaba y que me amaba a mí, sino que también me traicioné a mí mismo. Y una vez cometida la traición, entendí que las preguntas que Nerón Golden me estaba pidiendo que me planteara respecto a él se aplicaban también a mí. ¿Acaso puede un hombre ser bueno cuando también es malo? ¿Acaso es posible que el mal coexista con el bien? Y en caso de que sí, ¿acaso esos términos todavía significan algo cuando se los empuja a formar esa incómoda y tal vez irreconciliable alianza? Era posible, pensaba yo, que cuando el bien y el mal estaban separados los dos se volvieran igualmente destructivos; que el santo fuera una figura igual de atroz y peligrosa que el villano manifiesto. En cambio, cuando el bien y el mal se combinaban en las proporciones justas, igual que el whisky y el vermú dulce, quizá fuera eso lo que formaba el clásico cóctel Manhattan del animal humano (de acuerdo, con un chorrito de angostura y unas raspaduras de piel de naranja, denles a estos ingredientes el valor alegórico que quieran, así como al hielo del vaso). Sin embargo, yo nunca había estado seguro de cómo interpretar esta idea del yin y el yang. Tal vez lo de que la unión de opuestos conformaba la naturaleza humana fuera simplemente algo que los seres humanos se decían a sí mismos para justificar sus imperfecciones. Tal vez fuera una explicación demasiado amable y la verdad era que las malas acciones siempre vencían a las buenas. Por ejemplo, no importaba que Hitler fuera amable con los perros.

Todo empezó así: un día Vasilisa me pidió, como hacía a veces en mi época de inquilino de la Casa Dorada, que la acompañara en sus compras por los emporios de la moda más exclusivos de la avenida Madison, «porque confío en tu gusto, cielo, y Nerón no quiere nada que no sea *sexy*, cuanto más piel se vea, mejor, pero eso está mal, ¿verdad?, lo sabemos, a veces esconder es más atractivo que revelar». A decir verdad, comprar ropa se contaba entre las actividades que menos me gustaban; mi ropa me la compraba casi

siempre, cuando me la compraba, en internet, y de prisa. En las tiendas de moda me distraía enseguida. Suchitra no estaba exactamente en contra de la moda —tenía varias amistades en aquella industria y llevaba con actitud y clase la ropa que éstas le enviaban—, pero ciertamente estaba en contra de entretenerse en las tiendas, lo cual era una de las razones de mi afecto por ella. Para Vasilisa, en cambio, las casas de vestidos exquisitos eran un escenario natural, y a mí me tocaba ser su público y aplaudir cada vez que ella entraba con la espalda arqueada y mirándose primero a sí misma por encima del hombro en el espejo, luego al espejo humano que yo representaba y por fin a sí misma otra vez, mientras una pequeña bandada de dependientas la aplaudía y la arrullaba. Y en efecto: todo lo que se ponía le quedaba excepcionalmente bien, era una de las doscientas mujeres que debía de haber en toda América para quienes se diseñaba aquella ropa; era como una serpiente capaz de ponerse y quitarse muchas pieles distintas, deslizándose fuera y dentro de ellas, lamiéndose la comisura de los labios con su pequeña lengua bífida, adaptándose y siendo adorada, vistiéndose, como lo hacen las serpientes, para matar.

Aquella tarde su belleza tenía un resplandor añadido, como si ella, que no necesitaba esforzarse para nada en el terreno del aspecto físico, se estuviera esforzando demasiado. Las dependientas de muchas de las tiendas —las Fendivinas, las Guccistas y las Pradamiselas— reaccionaban adulándola todavía más de lo que era su hábito profesional. Ella aceptó esto como lo mínimo que se le debía. Después de recibir aquella adoración entró majestuosamente en el restaurante de la séptima planta de los almacenes Bergdorf Goodman, donde se dedicó a llamar a los empleados por el nombre de pila y a pasar por alto pero también a recibir al mismo tiempo que pasaba por alto la atención y la admiración de una serie de mujeres flacas y caras de edades varias. A continuación ocupó su sitio en «su mesa» contigua a la ventana, se inclinó hacia delante con los codos sobre la mesa y por fin, con las manos entrelazadas por debajo de la barbilla, y mirándome directamente a los ojos, me formuló la pregunta catastrófica:

—René, ¿puedo confiar en ti? ¿Confiar en ti de verdad, al cien por cien? Porque necesito confiar en alguien y creo que no hay nadie más que tú.

Era, como decían los viejos libros de gramática latina, una pregunta *nonne*, de las que esperaban la respuesta «sí», las únicas preguntas que Vasilisa Golden formulaba, preguntas para obtener un sí: ¿te gustaría ir de compras conmigo?, ¿me queda bien esto?, ¿me puedes subir la cremallera?, ¿crees que la casa está bonita?, ¿quieres jugar una partida de ajedrez?, ¿me quieres? Era imposible decirle que no, así que, por supuesto, le dije que sí, pero admito que crucé los dedos metafóricamente por detrás de la espalda. ¡Menudo pillastre estaba yo hecho! Pero no importa, todos los escritores son ladrones, y en aquella época yo estaba en plena faena.

—Por supuesto —le dije—. ¿De qué se trata?

Ella abrió su bolso, sacó una carta doblada y me la pasó por encima de la mesa.

—Chist —me dijo. Eran dos hojas de papel procedentes de un laboratorio de diagnósticos médicos del Upper West Side, los resultados de varias pruebas que les habían hecho tanto a Vasilisa como a Nerón Golden. Volvió a guardar la hoja que indicaba los resultados de ella—. Esto no importa —me dijo—. Lo mío está todo bien, al cien por cien. —Miré el documento que me quedaba en la mano. No se me da bien leer esa clase de documentos, y ella debió de ver mi expresión confundida, porque se inclinó hacia mí por encima de la mesa—. Es un seminograma —me susurró—. Un examen del esperma. —Ah. Miré las distintas mediciones y comentarios. Las palabras no significaban nada para mí. Motilidad. Oligozoospermia. Estándar NICE de vitalidad.

—¿Qué dice? —murmuré.

Ella soltó un suspiro exasperado: ¿acaso todos los hombres eran igual de inútiles incluso cuando se trataba de asuntos tan relevantes para su hombría? Por fin me contestó en voz muy baja, articulando las palabras de forma exagerada para que yo las pudiera entender. «Quiere decir que es demasiado viejo para tener hijos. Noventa y nueve por ciento seguro.»

Por fin entendí lo delicado de su situación, que estaba teniendo el efecto de hacerle subir demasiado el volumen. Ella había hecho su gran jugada y Nerón se había rendido; y ahora esto.

—Parece que lo esté haciendo a propósito —me dijo con la misma voz

baja—. Aunque me consta que él no lo sabe. Él se cree un tigre, una máquina, se cree que le basta con mirar a una mujer de mala manera para hacerle un bebé. Esto va a ser un duro golpe para él.

—¿Y qué vas a hacer?

—Cómete la ensalada César —me dijo—. Hablaremos después del almuerzo.

El suelo del parque estaba nevado y de camino al carrusel nos encontramos a un orador sin techo despoticando. Era un hombre proveyecto, aquel caballero en pleno delirio verbal: blanco, con barba gris, gorro de lana calado hasta las cejas, peto de tela vaquera, guantes sin dedos y gafas sin montura y con las lentes redondas a lo John Lennon, tenía toda la pinta de tocar la tabla de lavar en una banda sureña de instrumentos improvisados. Su voz, sin embargo, no tenía nada de acento sureño, y el caballero estaba exponiendo su tesis con un vocabulario considerablemente florido. Las vidas privadas de los hombres y mujeres de América, nos informó, estaban siendo abolidas por las vidas públicas de las armas de fuego, que habían cobrado conciencia y estaban intentando nada menos que diezmar y con el tiempo conquistar a la humanidad. Trescientos millones de armas de fuego vivas en América, tantas como vidas humanas, y todas intentando crear un poco de espacio vital mediante la eliminación de cantidades significativas de seres humanos. ¡Las armas habían cobrado vida! ¡Ahora tenían mentes propias! Y querían hacer justamente lo que les dictaba su naturaleza, es decir y a saber: disparar. En consecuencia, aquellas armas vivientes estaban permitiendo a los caballeros que se volaran las *pichas* a tiros mientras posaban para hacerse selfis desnudos, ¡pum!, y también estaban animando a que los padres dispararan a sus hijos por accidente en polígonos de tiro *cien por cien seguros*, ¿por accidente?, ¡sí, hombre, y qué más!, ¡pum!, y estaban *seduciendo* a los niños para que dispararan a sus madres en la cabeza mientras ellas iban al volante de los coches familiares, ¡patapum!, y ni siquiera había empezado a hablar todavía de los asesinos de masas, ¡ratatatá!, campus universitarios, ¡ratatatatá!, ¡centros comerciales!, ¡ratatatatá!, la puta *Florida*, ¡ratatatatá! Ni siquiera había *empezado* a hablar todavía de las armas de los *polis*, que cobraban vida y les hacían cobrarse vidas de gente

negra, o de las armas de los veteranos chiflados, que les hacían abatir a tiros a policías a sangre fría. ¡No! De esas cosas ni siquiera había *empezado* a hablar todavía. Lo que nos estaba diciendo el caballero aquel día en el parque helado era que *nos estaban invadiendo unas máquinas asesinas*. Las armas inanimadas habían cobrado vida, como esos juguetes que se despiertan en las películas de terror, como si de pronto tu osito de peluche pudiera pensar, ¿y en qué le da por pensar? Pues en rajarte la garganta. ¿Cómo podía la gente pensar siquiera en sus insignificantes vidas privadas cuando estaba sucediendo esto?

Le metí un par de dólares en la lata que tenía a los pies y seguimos nuestro camino. No era el momento de meter la Segunda Enmienda en la conversación.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo Vasilisa—. Voy a proteger a Nerón de esta información, y lo mismo vas a hacer tú. Siéntate aquí. Vamos a falsificar el formulario.

Estábamos sentados a una de las mesas contiguas al carrusel. Detrás de nosotros, el carrusel estaba cerrado por ser invierno. Ella sacó su bolígrafo y se puso a alterar metódicamente las cifras escritas a mano.

—Motilidad I, en números romanos —dijo—. Eso es malo. Significa cero motilidad, y sin motilidad no se produce avance, ya me entiendes. Pero si le pongo una V pequeña detrás del I, entonces cambia a Motilidad IV, que es perfecta, sin problema. Y aquí, concentración del esperma, cinco millones por mililitro, muy baja, pero, si añado un 1 pequeño delante del cinco, me queda 15 millones, que es una cifra normal según la Organización Mundial de la Salud, lo he consultado. Y más de lo mismo, aquí, aquí y aquí. Mejora, mejora, mejora. ¿Lo ves? Ahora está bien. Ahora es perfectamente capaz de tener hijos.

Y dio una palmada, literalmente. La sonrisa de felicidad que le apareció en la cara fue tan poderosa que casi consiguió convencer a la persona a la que se la acababa de arrojar (a mí) de que la ficción era la realidad, de que falsificar un diagnóstico iba a alterar ese diagnóstico en el mundo real. Casi, pero no del todo.

—Eso puede salvarle el ego —le dije—. Pero la criatura no la va a traer la

cigüeña, ¿verdad?

—Claro que no —dijo ella.

—Entonces ¿qué? ¿Fingirás que lo sigues intentando una temporada y luego lo convencerás para que adoptéis?

—Adoptar no es una opción.

—Entonces no lo entiendo.

—Encontraré un donante.

—¿Un donante de esperma?

—Sí.

—¿Y cómo conseguirás que él lo acepte, si no sabe que su esperma no funciona?

—Él nunca lo aceptará.

—¿Buscarás un donante de esperma sin decírselo? ¿Cómo te las vas a apañar? ¿No hay que firmar documentos? ¿No es necesario el consentimiento de él?

—Él nunca lo dará.

—¿Cómo, entonces?

Ella estiró un brazo por encima de la mesa y me cogió las manos.

—Mi querido René —me dijo—. Ahí es donde entras tú.

Más tarde.

—No quiero la criatura de un desconocido —me dijo—. Y no quiero que me embaracen con una espátula. Quiero hacerlo de verdad, con alguien en quien confíe, alguien que sea como de mi familia, alguien que sea un tipo apuesto y encantador a quien no le vaya a costar nada, y no te avergüences de esto, excitarme. Tómalo como un cumplido, por favor. Quiero hacerlo contigo.

—Vasilisa —le dije—. Es una idea terrible. No solamente significaría engañar a Nerón, sino también hacerle una jugada sucia a Suchitra.

—No es engañar —me dijo ella—. Y no va a ser sucio en absoluto, salvo si nosotros preferimos que lo sea. No tengo ningún deseo de interferir en tu historia de amor. Esto sería simplemente algo que harías en privado por mí.

Más tarde.

—Nerón, René —me dijo en tono un poco evocador—. Casi es como si tuvierais el mismo nombre. ¿Lo ves? Es el destino.

Empezó a nevar un poco. *Caen suaves, suaves caen*. Vasilisa se subió el cuello del abrigo y sin decir palabra se sepultó las manos en los bolsillos y echó a andar con paso firme hacia el oeste. Envuelto en blancura, este perplejo narrador tuvo entonces lo que más tarde describiría como una experiencia extracorporal. Le pareció oír una música fantasmagórica, como si dentro del carrusel cerrado estuviera sonando el *Tema de Lara* de *Doctor Zhivago*. Sintió que flotaba por encima de su hombro derecho, se vio a sí mismo seguir impotente a Vasilisa a través del parque hasta Columbus Circle y observó cómo su cuerpo renunciaba a todo control de sí mismo y se sometía a las órdenes de ella, como si ella fuera un *bokor* haitiano y le hubiera administrado durante su comida en los almacenes Bergdorf Goodman el denominado pepino zombi, que había embrollado sus procesos mentales y lo había convertido en esclavo de ella para el resto de su vida. (Soy consciente de que, al pasar a la tercera persona y alegar el fracaso de mi voluntad, estoy haciendo un intento de ser exonerado de todo juicio moral. También soy consciente de que «él no pudo evitarlo» no es una defensa sólida. Concédanme esto al menos: tengo conciencia de mí mismo.)

Su —mi— fantasía a lo Julie Christie se desvaneció y él —yo— se puso a pensar a continuación en la película de Polanski *El cuchillo en el agua*. En la pareja que invitaba a un autoestopista a subir a su yate. En la mujer que terminaba acostándose con aquel intruso. Obviamente yo me veía a mí mismo, incómodo, como el autoestopista, el tercer vértice de un triángulo. Quizá la pareja de la película estuviera teniendo una crisis conyugal. En cualquier caso, estaba claro que la mujer se sentía atraída por el autoestopista y que no tenía problema en acostarse con él. El autoestopista era como una tabla rasa en la que la pareja escribía su historia. Y lo mismo era yo ahora, siguiendo los pasos de Vasilisa para que ella pudiera escribir la historia de su futuro de la forma en que había decidido que había que escribirla. Llegamos a

la calle Sesenta Oeste y ella entró fastuosamente por las puertas del hotel de cinco estrellas que había allí. La seguí hasta el ascensor y los dos subimos hasta la planta cincuenta y tres, dejando atrás el vestíbulo de la treinta y cinco. Ella ya tenía la llave de la habitación. Todo había sido planeado de antemano y yo, todavía presa de aquella curiosa y lánguida pasividad, carecía de voluntad para impedir lo que estaba a punto de suceder.

—Entra deprisa —me dijo.

Más tarde.

Hay una declaración que siempre he atribuido a François Truffaut, aunque ahora que lo busco no puedo encontrar ninguna prueba de que sea suya. Así pues, aunque sea apócrifa: «El arte del cine —dijo supuestamente Truffaut— consiste en señalar con la cámara a una mujer hermosa». Mientras yo veía la silueta de Vasilisa Golden perfilada sobre una ventana al otro lado de la cual discurrían las aguas invernales del Hudson, ella me miró como si fuera una de aquellas diosas del celuloide que yo amaba, escapada de la pantalla del cine igual que Jeff Daniels en *La rosa púrpura de El Cairo*. Me acordé de Ornella Mutti embrujando a Swann en la adaptación que había hecho Schlöndorff de Proust; me acordé de Faye Dunaway en el papel de Bonnie Parker, con aquella boca que se torcía sensualmente y cautivaba al Clyde Barrow interpretado por Warren Beatty; me acordé de Monica Vitti en la película de Antonioni, encogiéndose eróticamente en un rincón y murmurando «*Non lo so*»; me acordé de Emmanuelle Béart sin más ropa que su propia belleza en *La belle noiseuse*. Me acordé de las chicas Godard, de Seberg en *Al final de la escapada* y de Karina en *Pierrot le fou* y de Bardot en *Le mépris*, y luego intenté reprenderme a mí mismo, acordándome de las fuertes críticas feministas al cine de la *nouvelle vague*, de la teoría de la «mirada masculina» de Laura Mulvey, por ejemplo, en la que ésta postulaba que el público se veía obligado a ver aquellas películas desde el punto de vista del hombre heterosexual y que las mujeres eran reducidas al estatus de objetos, etc. Y me vino a la cabeza también Mailer, el prisionero del sexo, aunque lo descarté casi de inmediato. Acerca del tema de mi conciencia de mí

mismo: sí, soy consciente de que vivo demasiado dentro de mi cabeza, demasiado inmerso en el cine y los libros y el arte, hasta el punto de que a veces me quedan ocultas las maniobras de mi propio corazón, la condición traicionera de mi verdadera naturaleza. En los acontecimientos que debo describir a continuación, me vi obligado a hacer frente directamente a la persona que yo era en realidad y luego a confiar en que me salvara la compasión femenina. Y allí estaba ella, plantada delante de mí: mi reina demoniaca, mi némesis, la futura madre de mi criatura.

Más tarde.

Al principio sus modales fueron directos, perentorios, rozando lo brusco.

—¿Quieres una copa? ¿Te ayudará? No seas colegial, René. Los dos somos adultos. Sírvete una copa. Y ponme otra a mí. Vodka. Con hielo. La cubitera está llena. ¡Venga pues! Bebamos por nuestra empresa, que es en cierto modo majestuosa. La creación de la vida. ¿Para qué otra cosa venimos a este mundo? La especie insiste en propagarse. Hagámoslo de una vez.

Y también, después de no uno, sino dos vodkas:

—Hoy solamente vamos a romper el hielo. Hoy no es el momento idóneo para hacer un bebé. Ya te informaré más adelante de cuándo estoy ovulando y tú te prestarás a la tarea. Siempre sé con exactitud cuándo me toca, soy muy puntual, como los trenes de la Italia de Mussolini. Esta suite estará disponible de forma permanente. Ésta es tu llave. Me reuniré contigo aquí, un total de tres veces por ciclo. El resto del tiempo nuestra relación será como ha sido siempre. Aceptas, ¿verdad que sí?

Era la misma voz que usaba para hablar con el servicio doméstico, y a punto estuvo de despertarme de mi ensoñación.

—No, cariño, no adoptes una mala actitud —me dijo con una voz completamente distinta, baja y seductora—. Estamos aquí los dos, lo cual significa que ya hemos tomado todas las decisiones importantes. Ahora es el momento del placer, y a partir de ahora vas a sentir mucho placer, eso te lo aseguro.

—Sí —le dije, pero se me debió de oír una nota de duda en la voz, porque

ella subió el volumen sexual:

—Cariño, claro que aceptas, y yo también, porque mírate, un muchacho guapísimo como tú. Vamos al dormitorio ya. No puedo esperar más.

¡Menuda jugadora profesional estaba hecha! ¡Con qué rapidez se había recuperado del hecho de recibir una mala mano de naipes! Porque debían de haber sido un golpe terrible para ella, los resultados del seminograma, un golpe devastador de cara a sus planes de futuro, y sin embargo, a pesar de lo repentino de la crisis, ella se había movido al instante, de forma intuitiva, para ocultarle la información a su marido. Y luego, sin vacilar ni un momento, lo había apostado todo a una sola carta, que era yo, apoyando su confianza en su juicio de mi carácter y en sus propios poderes de atracción (ella había visto en mí tanto la seriedad que comportaba que podía confiar en que yo le guardara el secreto como la debilidad que comportaba que yo no sería capaz de resistirme a sus encantos considerables). Y esto a pesar de que Vasilisa sabía que, si su estratagema fracasaba y su marido se enteraba de la verdad, la posición de ella se volvería insostenible y hasta era posible que su vida corriera peligro. Y también la mía; ella me había metido en su conspiración sin consideración alguna por mi seguridad ni por mi futuro. Pero no la puedo culpar: ella me resultaba irresistible, y el ofrecimiento de su cuerpo, abrumador, así que me presté voluntariamente a su trampa. Y ahora estaba atrapado: era su cómplice en la conspiración, estaba tan moralmente implicado como ella y ya no tenía más remedio que seguir adelante con aquello, guardarle los secretos, que también eran míos. Tenía tanto que perder como ella.

Me hizo tumbarme con ella en la cama.

—El placer fabrica bebés hermosos —me dijo—. Pero también es placentero en sí mismo.

Corte.

—No me caen bien los Golden —me dijo Suchitra—. Hace tiempo que te lo quería decir. Tienes que irte pronto de esa casa. —Luego me aclaró su comentario mientras nos tomábamos nuestro cóctel vespertino de costumbre en el pub de estilo británico de las inmediaciones de Washington Square: whisky irlandés con hielo para ella y vodka con soda para mí—. En realidad, sobre los hijos no tengo una opinión muy negativa, pero el padre... no lo trago, y lo mismo digo de su mujer. Principalmente es esa casa. Me pone los pelos de punta. No sé por qué, pero me los pone. Parece la mansión de la familia Addams. ¿No te lo parece cuando estás ahí? Es como una casa llena de fantasmas. Esos ricos desarraigados que rechazan su historia, su cultura y su apellido... Y que se salen con la suya porque se lo permite el accidente que es el color de su piel. ¿Qué clase de gente es esa que niega su raza? Me da igual que uno viva en la tierra de sus padres o no, no estoy proponiendo ningún rollo nativista y contrario a la inmigración, pero fingir que esa tierra no existe, que nunca has existido allí, que no significa nada para ti y que tú no significas nada para ella... Me da la sensación de que en cierta forma aceptan estar muertos. Es como si vivieran en el más allá mientras todavía están vivos. Me los imagino acostados en ataúdes por la noche. No, claro que no me los imagino realmente así, pero ya me entiendes.

Suchitra era una neoyorquina atípica.

—Siempre les he puesto tres normas a todos mis novios —me había dicho cuando nos hicimos amantes—. Gana tu dinero, ten apartamento propio y no me pidas que me case contigo.

Ella vivía modestamente en un piso de alquiler de dos habitaciones en Battery Park City.

—De hecho, vivo en una sola habitación —me señaló—. En la otra tengo la ropa y el calzado.

Era una habitación esquinera con ventanales, de forma que el arte que le decoraba las paredes era el río, la niebla que llegaba de repente al amanecer, los bloques de hielo en invierno, seguidos de las primeras velas de la primavera, los cargueros, los remolcadores, los ferris o la embarcación de regatas que navegaba bajo la bandera de arcoíris del club de vela gay local; el corazón se le llenaba de amor a su ciudad cada vez que contemplaba las vistas, que nunca eran las mismas, el viento y la luz y la lluvia, la danza del sol y del agua, y el apartamento del edificio de enfrente, que tenía un enorme telescopio metálico en la ventana y una perspectiva despejada de la cama de ella, y que se rumoreaba que era una segunda vivienda propiedad de Brad Pitt que éste usaba para escaparse de su mujer; y la dama verde de la antorcha que lo vigilaba todo desde un poco más lejos, iluminando el mundo.

—La ciudad es la amante que vive bajo mi techo —me había dicho al principio mismo de nuestra relación—. Si se mudara aquí un hombre, se pondría celosa.

A mí me parecía bien. Yo siempre había preferido tener bastante espacio y silencio a mi alrededor, y además me gustaban las mujeres independientes, de forma que no tuve problema para aceptar sus condiciones. Sobre la cuestión del matrimonio yo era abierto de miras, pero tampoco me importó aceptar aquella posición suya tan firme como algo que concordaba con la mía. Pese a todo, ahora me encontraba en ese *Zugzwang* que acaban afrontando todos los mentirosos, falsarios y farsantes: ese momento en que uno tiene que mover pieza en el tablero de ajedrez pero no hay ninguna buena jugada posible. Estábamos a principios de primavera y el mercado inmobiliario había empezado a moverse. Nuestra casa familiar tenía un comprador en firme y el acuerdo estaba casi cerrado; Vasilisa me lo comunicó de forma práctica y eficiente, sin un asomo de nuestra vida secreta en su voz ni en su cara. Yo tenía mi herencia y estaba a punto de disfrutar de un incremento sustancial de mi capital en cuanto se cerrara la venta. Mi

instinto me decía que de momento me quedara donde estaba, que más adelante cogiera un alquiler y que buscara hasta encontrar la vivienda de compra adecuada. De forma que el consejo que me daba Suchitra de que me mudara era del todo razonable, pero no concordaba con mis deseos. Por tres razones manifiestas y una oculta, yo me resistía a mudarme. Las primeras tres se las comuniqué, claro.

—Es una casa silenciosa, (a) —le dije—, y es fácil trabajar en ella. Tengo el espacio que necesito y básicamente me dejan en paz. Y (b), ya sabes que esa gente ocupa el centro de la obra que estoy intentando crear. Sí, el viejo tiene algo que da mala espina, pero le está empezando a gustar tenerme en la casa y me da la sensación de que podría abrirse conmigo en cualquier momento, y eso es algo por lo que merece la pena esperar. Creo que Petya es una carga pesada para él y que por eso la edad lo está afectando tanto; está empezando a actuar como una persona muy mayor. Y está también el punto (c), que es que los Jardines han sido mi vida entera y cuando me vaya de la Casa Dorada perderé el acceso a ellos. No sé si estoy listo para eso, para vivir sin ese espacio mágico.

Ella no me lo discutió.

—Muy bien —me dijo en tono afable—. Solamente me estaba desahogando. Ya me lo harás saber cuando estés listo.

El traidor cree que tiene la culpa escrita en la cara. Mis padres siempre me decían que yo era incapaz de guardar secretos y que cuando mentía veían una luz roja parpadeándome en la frente. Yo había empezado a preguntarme si Suchitra habría comenzado también a ver aquella luz, y si sus peticiones de que me fuera de la Casa Dorada nacían de su sospecha de que el tiempo que yo pasaba entre aquellas paredes no era del todo inocente. Mi mayor miedo era que percibiera alguna diferencia sexual en mí. Yo nunca había creído que el sexo fuera ante todo un deporte olímpico; la excitación y la atracción me parecían resultado de la profundidad de los sentimientos entre ambas partes, de la fuerza de su conexión. Suchitra compartía mi punto de vista. Era una amante impaciente. (Estaba siempre tan ocupada que no tenía tiempo para entretenerse con nada.) Los preliminares entre nosotros eran mínimos. Por las noches me hacía tumbarme con ella en la cama y me decía: «Entra en mí

ahora, es lo que quiero», y al acabar se manifestaba satisfecha, ya que era de esas mujeres que se corren de prisa y varias veces. Yo había decidido no sentirme humillado de ninguna forma por esto, aunque podría muy bien haberme sentido una parte casi irrelevante del proceso. Ella era simplemente demasiado cariñosa como para desairar de forma intencional mi actuación.

Con Vasilisa, sin embargo, las cosas eran muy distintas. Siempre teníamos el turno de tarde, el clásico *cinq-à-sept* francés. No dormíamos juntos. No dormíamos. Además, nuestro amor físico estaba completamente orientado a una meta, dedicado a la creación de nueva vida, lo cual me aterraba y me excitaba a la vez, por mucho que ella me asegurara todo el tiempo que aquel bebé no sería una carga para mí y que no me cambiaría la vida en absoluto. Que aquello era procreación sin responsabilidad. Resultaba extraño, pero aquella idea no me hacía sentir un poco mejor, sino un poco peor.

—Soy consciente —me dijo en nuestra atalaya del hotel con vistas al parque— de que voy a tener que esforzarme al máximo para conseguir que estés contento con esto.

Ella estaba completamente convencida de que hacer un bebé requería una excitación extrema y se consideraba una profesional en aquel terreno.

—Cielo —me dijo en tono ronroneante—, puedo ser una niña traviesa, o sea que necesito que me cuentes tus deseos secretos para conseguir que se vuelvan realidad. —Lo que vino a continuación fue un tipo de sexo que yo no había practicado nunca, más desenfrenado, más experimental, más extremo y, por extraño que parezca, más basado en la confianza en el otro. Siendo compañeros de traición, ¿en quién podíamos confiar más que en el otro?

Suchitra: ¿acaso ella, durante nuestros menos operísticos contactos sexuales, se fijaba en que mi cuerpo empezaba a moverse de formas distintas, en que había adquirido hábitos nuevos y pedía sin palabras satisfacciones nuevas? ¿Cómo podía no fijarse? Yo tenía que ser distinto, todo me resultaba distinto, aquellos tres días al mes lo habían cambiado todo para mí. ¿Y qué pasaba con mis agotamientos mensuales después de mis escarceos de tarde? ¿Cómo explicarlos y cómo explicar la regularidad con que se repetían? Estaba claro que ella sospechaba. Tenía que sospechar. Era imposible

esconderle aquellos cambios a mi amiga más íntima.

Pero Suchitra no parecía haber reparado en nada. Por las noches hablábamos de trabajo y nos quedábamos dormidos. Nunca habíamos tenido una relación de las de sexo cada noche. Nos sentíamos cómodos el uno con el otro y éramos felices simplemente con abrazarnos y descansar. Todo esto sucedía casi siempre en su apartamento. (Ella siempre estaba contenta de verme allí con tal de que nadie planteara que me fuera a vivir con ella.) No le gustaba mucho quedarse en la Casa Dorada. En consecuencia, no pasábamos juntos todas las noches, ni mucho menos. Así pues, tal como estaba la situación no me resultaba muy difícil cubrir mis huellas. Aun así, ella seguía sacando el tema de que me fuera de la casa de la calle Macdougall.

—Siempre puedes acceder a los Jardines por medio de otros vecinos — sostenía ella—. Tus padres caían bien y tenían una buena relación con muchos de ellos.

—Necesito más tiempo con Nerón —le dije—. La idea de un hombre que borra todos sus puntos de referencia, que no quiere tener conexión alguna en su historia...; quiero llegar al fondo de la cuestión. ¿Acaso se puede llamar hombre a esa persona, a esa entidad flotante sin anclajes ni vínculos? Es interesante, ¿verdad?

—Sí —me dijo ella—. Vale. —Y se dio media vuelta y se fue a dormir.

Más tarde.

—¿Qué pasa con la cortesana? —me preguntó Suchitra—. ¿Con qué frecuencia la ves?

—Se dedica a comprar ropa —le contesté yo—. Y a venderles áticos a los rusos.

—Una vez quise hacer un documental sobre cortesanas —me dijo—. Madame de Pompadour, Nell Gwynn, Mata Hari, Umrao Jaan. Investigué mucho. Tal vez reviva el proyecto.

Estaba claro que sospechaba.

—Muy bien —le dije—. Me mudaré.

Corte.

Cuando miraba el mundo que había más allá de mí mismo, veía reflejada en él mi propia debilidad moral. Mis padres habían crecido en la tierra de la fantasía, la última generación en la que todos habían tenido empleo, la última época del sexo sin miedo, el último momento de la política sin religión, pero de alguna forma sus años en el cuento de hadas les habían dado un suelo firme, los habían reforzado, les habían otorgado la convicción de que por medio de sus acciones directas podían cambiar y mejorar el mundo, y les habían permitido comer la manzana del Edén, que les daba el conocimiento del bien y el mal, sin caer bajo ese hechizo de Kaa de *El libro de la selva*, con sus espirales en los ojos, la serpiente letal que dice «Confía en mí». Ahora, en cambio, el horror se estaba propagando a todas partes y a toda velocidad, y nosotros nos dedicábamos a cerrar los ojos o bien a aplacarlo. Las palabras no eran mías. En uno de esos curiosos momentos de aldea que tiene la vida en Manhattan, un día vi al mismo orador de diatribas al que había visto en Central Park caminando por la calle Macdougall y pasando por debajo de mi ventana, esta vez hablando de la traición, de cómo lo habían traicionado su familia, la gente para la que había trabajado, sus amigos, su ciudad, su país, el universo, y el horror propagándose, y nosotros apartando la vista..., como si mi conciencia se hubiera convertido en un chiflado sin techo que hablaba consigo mismo sin la excusa de un manos libres colgándole del oído. Clima cálido, palabras frías. ¿Era un hombre de carne y hueso o acaso lo había invocado mi culpa? Cerré los ojos y los volví a abrir. Lo vi alejarse en dirección a la calle Bleecker. Tal vez fuera un tipo distinto.

Yo aún tenía momentos en que mi orfandad parecía emanar de mí y propagarse hasta llenar el mundo, o por lo menos la parte del mundo que quedaba dentro de mi campo de visión. Momentos de inestabilidad. Me permitía a mí mismo pensar que había estado sumido en uno de aquellos ataques de inestabilidad en el momento de aceptar el peligroso plan de Vasilisa Golden. Me permitía a mí mismo pensar que el lamento por el planeta que cada vez ocupaba más mis pensamientos provenía en realidad de mi propia pérdida insignificante, y que el mundo no se merecía que yo

tuviera tan mal concepto de él. Que si me rescataba a mí mismo de mi abismo moral, el mundo se arreglaría solo, el agujero de la capa de ozono se cerraría, los fanáticos se retirarían de vuelta a sus oscuros laberintos situados debajo de las raíces de los árboles y en las fosas del fondo del océano, y que el sol volvería a brillar y el aire se llenaría de una música alegre.

Sí, era hora de mudarse. Pero ¿qué solucionaría yo mudándome? Seguía adicto a mis tres tardes al mes en la planta cincuenta y tres. El plan estaba tardando en dar frutos más de lo que Vasilisa había esperado y ella ya había empezado a quejarse. Me acusó de abordar la empresa con mala actitud. Me dijo que la estaba gafando de alguna forma. Que yo tenía que centrarme, que necesitaba aplicarme más y que por encima de todo tenía que quererlo. Si yo no lo quería, no sucedería. El bebé no aparecería porque no se sentía plenamente deseado.

—No me niegues esto —me dijo—. Tal vez lo único que quieres es follarme, ¿no? Por eso estás prolongando la situación. Muy bien entonces, puedo dedicarme a follarte después. Al menos de vez en cuando.

Cuando me hablaba así me daban ganas de llorar, pero mis lágrimas únicamente habrían reforzado su creencia de que por alguna razón yo me las estaba apañando para negarle mi esperma más potente, de que estaba siendo, a sus ojos, biológicamente deshonesto. Yo había entrado en una situación de locura y sólo quería que se acabara, pero no quería que se acabara, quería que se quedara embarazada; no, no lo quería, sí lo quería; no, no lo quería.

Y luego sucedió. Y ella se apartó de mí para siempre y me dejó destrozado. Enamorado de otra mujer, sí, pero destrozado por la pérdida de nuestro traicionero y extraordinario placer.

En la película que me estaba imaginando, aquella obra de arte que iba a ser la traición suprema, llegado aquel punto la acción tenía que desplazarse de Vasilisa a su marido. Ella salía de la suite de la planta cincuenta y tres, la puerta se cerraba y todo se acababa.

El arte requiere traición, pero se impone sobre esa traición, porque la traición se transmuta en arte. Es así, ¿verdad? ¿Verdad?

Fundido lento.

—Ya sabes de dónde vengo —me dijo Nerón Golden, entornando los ojos—. Sé que lo sabes. Hoy en día es imposible mantener nada en secreto.

Él me había llevado a su sanctasanctórum a última hora de la noche porque quería hablar. Yo estaba excitado y al mismo tiempo tenía miedo. Miedo porque quizá él estuviera a punto de echarme en cara la información de lo que yo había estado haciendo con la señora Golden. ¿Acaso él había mandado que nos siguieran y ahora tenía sobre su mesa una carpeta llena de fotos tomadas por un detective privado? Y excitado porque aquél también podía ser el momento de apertura que yo había estado esperando, ese momento de confesiones en el que un hombre anciano, cansado del yo desconocido con el que se ha envuelto, quiere una vez más que alguien lo conozca.

—Sí, señor —le dije yo.

—¡No me digas eso! —me gritó, aunque de forma bastante afable—. Sigue fingiendo que eres un mocoso ignorante y hazte el sorprendido cuando yo te diga algo. ¿De acuerdo?

—Por mí vale —le dije.

Durante el embarazo de su mujer, se nos hizo visible a todos el deterioro de la salud de Nerón Golden. Se acercaba al final de su octava década de vida y la mente lo estaba empezando a traicionar poco a poco. Aún salía todos los días a las ocho de la mañana vestido con su ropa blanca inmaculada de tenis y una gorra blanca de béisbol en la cabeza, dando raquetazos al aire con su habitual aire de «no estoy para tonterías», y aún volvía al cabo de noventa minutos todo sudado y exudando cierta satisfacción de hombre recio. Un día, sin embargo, a pocos días de que me convocara en plena noche, se había producido un episodio desafortunado. Él estaba cruzando la calle cuando un coche, un Corvette clásico, se saltó el semáforo del cruce de Macdougall con Bleecker y le había dado un golpe. Un golpe de refilón, lo bastante fuerte como para hacerlo caer pero no lo bastante como para romperle algún hueso. Su reacción fue levantarse de un salto, perdonar de inmediato al conductor, negarse a presentar ninguna clase de informe ni queja e invitar al conductor, un individuo blanco e irresponsable con una mata de pelo blanco ondulado, a

que se tomara *un café en la casa con él*. Era una conducta tan escandalosamente poco propia de él que todo el mundo empezó a preocuparse. Todavía faltaba un poco, sin embargo, para que se diagnosticara el problema en toda su medida.

—Estoy bien, bien —dijo Nerón después del incidente con el Corvette—. Parad de armar jaleo. Sólo estaba haciéndome cargo del tipo, que estaba obviamente agitado. Es lo correcto.

Y ahora yo estaba a solas con él en su guarida y después de oscurecer. ¿Qué me esperaba? Él me ofreció un puro y yo se lo rechacé. También le rechacé un coñac. Nunca había sido bebedor de brandy.

—Tómame algo —me ordenó, así que acepté un chupito de vodka.

—*Prosit* —me dijo, levantando su copa con gesto imperioso—. Para adentro.

Me bebí el chupito de un trago y me fijé en que él solamente aplicaba los labios de forma superficial al borde del copón de coñac.

—Otro —me dijo. Me pregunté si estaría intentando emborracharme otra vez.

—Espere un poco —le dije yo, cubriendo mi vaso de chupito con la palma de la mano izquierda—. No vayamos demasiado deprisa.

Él se inclinó hacia delante, me dio una palmada en la rodilla y asintió con la cabeza.

—Bien, bien. Un hombre sensato.

Después, añadió:

—Déjame que te cuente una historia. Había una vez en Bombay... ¿Ves? He mencionado mi antigua ciudad con su nombre antiguo, es la primera vez que me sale de los labios desde que aterricé en América, tendrías que sentirte honrado por mi confianza en ti. Pues había allí un hombre llamado Don Corleone. No, claro que no se llamaba así, pero su nombre de verdad no te diría nada. De hecho, el nombre que usaba ni siquiera era el suyo de verdad. Los nombres no son nada, son algo puramente práctico, como el picaporte que abre una puerta. «Don Corleone» te da una idea de la clase de hombre que era. Es mi forma de abrir su puerta. Este Don, sin embargo, nunca mató a nadie ni disparó un arma de fuego. Quiero hablarte de ese hombre. Era

originario del sur, pero terminó en la gran ciudad igual que todo el mundo. Orígenes humildes. Totalmente humildes. Su padre tenía un taller de reparación de bicicletas cerca del mercado de Crawford. El hijo ayudaba a su padre a arreglar bicicletas, miraba los cochazos que pasaban, ¡brruumm!, un Studebaker, ¡brruumm!, un Cadillac, y pensaba: algún día, algún día..., como todo el mundo. Creció y se puso a trabajar de descargador en los muelles. Un simple estibador de diecisiete años, pero con buen ojo para las oportunidades. Las embarcaciones de peregrinos regresaban de los sitios sagrados musulmanes y los peregrinos traían de vuelta contrabando al país. Transistores, relojes suizos, monedas de oro. Objetos sujetos a derechos de aduana. Muy sujetos. Don Corleone los ayudaba a pasar aquellos sujetos de contrabando, en su ropa interior, en su turbante, donde fuera. Y ellos lo recompensaban. Así adquirió algunos fondos.

»A continuación tuvo un encuentro afortunado con un pescador y contrabandista de Damán. Un tal señor Bakhia. Por entonces Damán era colonia portuguesa. Inspecciones poco estrictas. Bakhia y Don Corleone empezaron a traer contrabando de Dubái y Adén, a través de Damán, con sus fronteras laxas, y a meterlo en la India. Buen negocio. Don Corleone ascendió por la escala social. Se hizo amigo de los jefes de otras familias del crimen. V. Mudaliar, K. Lala, etcétera. Luego se hizo coleguita de varios políticos, entre ellos un tal Sanjay Gandhi, hijo de Indira. Verídico. Al llegar los años setenta ya era un pez gordo, de los que cortan el bacalao. Iba tras él un joven oficial de policía que se negaba a aceptar sobornos. Un tipo honrado. La honradez era una desventaja en aquella profesión. Un tal inspector Mastan. Don Corleone hizo que lo trasladaran al quinto pino y, estando el oficial ya en el avión, Don Corleone subió a bordo solamente para despedirse de él. Buen viaje, Mastan. Que le vaya bonito. Con todo el morro. Tal era la seguridad en sí mismo que tenía en aquella época.

»Vivía bien y al mismo tiempo llevaba una vida abstemia. Los mejores trajes, las mejores corbatas, los mejores cigarrillos, State Express 555, y un Mercedes-Benz. Una casa en Warden Road grande como un palacio, aunque él vivía con sencillez en una habitación de la terraza del piso de arriba. De tres metros por cinco. No más. Por el piso de abajo iban y venían las estrellas

de cine, y es que él invertía mucho dinero en el cine, ¿sabes? Se hicieron por lo menos tres películas sobre su vida, fíjate. Se casó con una actriz joven, además. El nombre de ella significaba «rubita». Pero a mediados de los años setenta se desplomó. Sanjay Gandhi resultó ser un falso amigo y Don Corleone pasó un año y medio en la cárcel. Aquello fue un golpe muy duro para él. Abandonó el contrabando por completo. Primero se dio a la religión, igual que aquellos peregrinos contrabandistas que le habían dado su primera oportunidad. Después probó con la política. A mediados de los noventa, tras el ascenso de la principal familia del crimen, la Compañía Z de Zamzama Alankar, se produjeron los primeros atentados terroristas en Bombay; la gente pensó que él estaba involucrado, pero Don Corleone era demasiado cobarde para aquellas cosas. Inocente, inocente, inocente. Al año siguiente, un ataque al corazón y muerto. Menuda historia.

—¿Fue de verdad una muerte natural? —le pregunté—. Debía de tener enemigos...

—Para entonces —me dijo Nerón Golden—, ya no valía la pena matarlo.

Un largo silencio.

—¿Y ésa es la historia que me quería usted contar? —le dije por fin—.

¿Puedo preguntarle por qué?

Un largo silencio.

—No —dijo él.

Corte.

Era como si me estuviera tentando de forma deliberada. Aquél era el mundo en el que Nerón había crecido, obviamente eso formaba parte del mensaje que me estaba enviando; pero ¿acaso estaba admitiendo que había participado en aquel mundo, o bien me estaba explicando cómo lo había rechazado al final, o ambas cosas? Había participado en él, sí, pero después había querido salir, y eso había comportado marcharse lejos, lo bastante lejos como para que nadie pudiera perseguirlo. Basándome únicamente en lo que me había contado, no había forma de estar seguro. Además, yo estaba tan aliviado de que no me hubiera echado en cara aquella temible carpeta llena de pruebas de

mis citas con su mujer que no sentí la necesidad de cuestionar para nada la historia de Don Corleone; me conformé con beberme un chupito más de vodka y marcharme. Un viejo rememorando el pasado; no era el primero y no sería el último. Estaba empezando a olvidar ya el presente —pequeños detalles, como por ejemplo dónde había dejado las llaves, citas, cumpleaños—, pero tenía a gente para recordarle la mayoría de aquellas cosas, y además sus recuerdos del pasado parecían estar volviéndose incluso más nítidos. Yo sospechaba que habría más sesiones nocturnas como la que acabábamos de finalizar, y lo deseaba. Quería todos sus relatos; los necesitaba para poder inventármelo a él al final.

La noticia de su paternidad inminente pareció por lo menos reconfortar a Nerón, subrayando, tal como él parecía necesitar subrayar, la fuerza ininterrumpida de su masculinidad. Y en el terreno de los negocios esa fuerza parecía de momento intacta, tal como nos demostraban a todos las inmensas obras que había en curso en el West Side de Manhattan. La gigantesca renovación de Hudson Yards había sido emprendida por Related Companies L. P. y Goldman Sachs de forma conjunta con el Oxford Properties Group Inc. Y se había emprendido sobre la base de un préstamo a la construcción de cuatrocientos setenta y cinco millones de dólares que la *joint venture* Related/Oxford había obtenido de «varias fuentes». Estoy seguro casi al cien por cien de que Nerón Golden, bajo el nombre de una u otra empresa, fue uno de aquellos prestamistas, junto con los peces gordos, el Starwood Capital Group de Barry Sternlicht y la cadena de tiendas de lujo Coach. Su inversión inicial en la reurbanización de aquellas diez hectáreas la había hecho unos años atrás, dentro del programa de inversiones EB-5 que permitía a los inmigrantes en Estados Unidos invertir capital y a cambio obtener un permiso de residencia y más adelante la ciudadanía. Esto por fin me permitió entender cómo Nerón y sus hijos habían podido desembarcar en América de forma tan precipitada y llegar ya con pleno derecho a trabajo y residencia. Posteriormente, en el año del embarazo de Vasilisa, Golden realizó una nueva inversión en forma de préstamo *mezzanine*, una fórmula parecida a una segunda hipoteca pero que venía asegurada por las acciones de la compañía poseedora de la propiedad, y no por la propiedad en sí. Así pues, en teoría, si

el propietario no conseguía pagar los intereses, Nerón podía apoderarse de las acciones en cuestión de semanas, y por medio de la adquisición de dichas acciones ganaba el control de la propiedad. Que yo supiera, esto no había sucedido. Sin embargo, apalancado o no, superinversor o bien deudor de miles de millones de dólares, Nerón estaba haciendo las apuestas más altas en la partida inmobiliaria más grande de la ciudad.

El nombre de la entidad que realizaba el préstamo *mezzanine* era GOVV Holdings. Tras la muerte del emperador romano Nerón (año 68 d. C.), que puso punto y final a la dinastía Julio-Claudia, vino el año de los cuatro emperadores (69 d. C.), en el que el sucesor inmediato de Nerón, Galba, fue derrocado por Otón, que a su vez fue depuesto por Vitelio, que tampoco duró mucho y fue reemplazado por el hombre que se convertiría en el primer emperador de la dinastía Flavia, Vespasiano. Galba-Otón-Vitelio-Vespasiano: GOVV.

Cuando aquel mismo año Vasilisa le dio un hijo a Nerón, lo llamaron Vespasiano, como si Nerón intuyera que aquel niño venía de un linaje distinto y que terminaría estableciendo una dinastía propia. Yo no dije nada, por supuesto.

ESPERANDO A VESPASIANO

Fue durante el embarazo de su mujer, mientras esperaba a que naciera el pequeño emperador Vespasiano, cuando Nerón Golden se obsesionó con el pene de Napoleón Bonaparte. Esto debería ser un indicio suficiente del deterioro de su estado mental como para mandar señales de advertencia, y, sin embargo, la familia trató aquello de forma indulgente, como si fuera la simple pasión de un abuelete. Cuando no estaba ocupado con los negocios, o con la vida que se estaba gestando en el útero de Vasilisa, o con las exigencias que le planteaba ser el padre de sus hijos, Nerón se embarcó en su búsqueda del miembro imperial francés. Respecto a lo cual, véase lo siguiente: después de morir Bonaparte en Santa Elena, se efectuó una autopsia durante la cual se le extrajeron varios órganos por razones hoy

desconocidas, entre ellos el decepcionante falo. El pequeño Napoleón acabó llegando a las manos (tal vez no sea la expresión más conveniente) de un sacerdote italiano, que lo vendió; durante una temporada fue propiedad de un librero de Londres y por fin cruzó el Atlántico, primero con destino a Filadelfia y después a Nueva York, donde se expuso en 1927 en el Museo de las Artes Francesas y fue descrito en un periódico como una «anguila encogida y arrugada» y por una autoridad del calibre de la revista *Time* como un «pedazo de cordón de gamuza maltrecho». En 1977 lo compró en una subasta el reputado urólogo John Lattimer como parte de su intento de dignificar su profesión, y después de su muerte la propiedad del objeto pasó a su hija junto con otras posesiones, entre ellas los calzoncillos de Hermann Göring y el cuello de camisa manchado de sangre que el presidente Lincoln llevaba en el teatro Ford. Ahora todas aquellas reliquias residían en Englewood, Nueva Jersey; el órgano de Napoleón estaba envuelto en una tela y guardado en una cajita con el monograma de una letra N en la tapa, dentro de una maleta, en un almacén, y todo esto irritaba a Nerón, que quería darle los honores imperiales que merecía.

—Esto es lo que debería pasar —me dijo—. Yo compro la pieza y se la devolvemos al pueblo de Francia y tú haces un documental sobre el tema, tú y tu chica. Yo llevo en persona la caja a París y entro en el Hôtel des Invalides y me acerco al sarcófago de Bonaparte, donde me reciben los altos cargos de la república, quizá incluso el presidente, y pido permiso para colocar la caja sobre el sarcófago a fin de que Napoleón pueda verse finalmente reunido con su hombría perdida. Y doy un pequeño discurso declarando que hago todo esto en calidad de americano, como compensación por el hecho de que los franceses regalaran a América la Estatua de la Libertad.

No lo decía en broma. De alguna forma se las apañó para conseguir el número del teléfono fijo de la casa de Englewood y llamó sin previo aviso a la hija del señor Lattimer, que le colgó el teléfono. Después de aquello les pidió a sus dos sargentas —la señora Blather y la señora Fuss— que lo intentaran ellas, y ellas lo intentaron hasta que la persona del otro lado de la línea las acusó de acoso. Ahora se estaba planteando muy seriamente viajar

en persona a Nueva Jersey, talonario en mano, para intentar cerrar el trato. Vasilisa tuvo que emplear todas sus dotes de persuasión para disuadirlo.

—La propietaria no quiere venderlo, cariño —le dijo—. Si te presentas allí, tendrá todo el derecho de llamar a la policía.

—El dinero habla —gruñó él—. Si ofreces el precio adecuado, puedes comprar por la mañana la casa donde un hombre ha vivido toda la vida y hacer que se vaya antes de la hora de comer. Si tienes el dinero suficiente, puedes comprar un gobierno. ¿Y yo no puedo comprar una minga de cuatro centímetros?

—Déjalo correr —le dijo su mujer—. Eso no es lo importante ahora.

Aquel año nos dedicamos todos a intentar desviar la atención de ese tema. Estaba claro que Nerón tenía sentimientos ambiguos sobre el hijo que había sido coaccionado para tener. Estaba claro que yo, en calidad de autor real de la nueva línea argumental, tenía también unos sentimientos profundamente ambiguos acerca del hecho de ser, por así decirlo, el negro no acreditado de la nueva vida. Sobre los sentimientos de Vasilisa no puedo decir nada. A veces era igual de enigmática que la esfinge. Pero hay que hablar ahora de las reacciones de los hombres ya existentes de la familia Golden. Aquél fue el año, por ejemplo, en que Apu Golden empezó a romper objetos para crear su arte cada vez más politizado, a exhibir cosas rotas para representar una sociedad rota y la furia que le producía aquella rotura a la gente.

—Las vidas de la gente están hechas trizas —dijo—, y esa misma gente está dispuesta a hacer trizas todo, por qué cojones no iban a hacerlo.

Y allí adonde yo iba aquel año, parecía que me encontraba con el orador de diatribas del parque. Durante el segundo trimestre de embarazo de Vasilisa, pasó por el fondo del plano en la calle Veintitrés, delante del SVA Theatre, mientras Suchitra y yo estábamos filmando una entrevista a Werner Herzog para mi serie de vídeos sobre momentos clásicos del cine. En el momento mismo en que yo pronuncié las palabras *Aguirre o la cólera de Dios*, el viejo vagabundo pasó por detrás de Herzog y de mí, con la misma pinta exactamente que aquel gran loco de mirada furiosa, el *Zorn Gottes* Klaus Kinski en persona, mascullando no sé qué de la *velocidad* del mal, de la *montaña creciente* de maldad que había en el mismo *corazón de la ciudad*,

¿y a quién le importaba? ¿Acaso a alguien en América le *importaba*? Los niños se dedicaban a arrancarles la polla a tiros a sus padres en los dormitorios. ¿Acaso alguien se *daba cuenta*? Lo mismo pasaba con el *calentamiento global*: los fuegos del infierno estaban derritiendo las grandes capas de hielo del mal y los niveles de maldad estaban subiendo por todo el mundo, sin diques que pudieran contenerlos. ¡Pum! ¡Pum!, gritó, regresando a uno de sus antiguos temas. Las armas de fuego monstruosas vienen a por vosotros, los Decepticons, los Terminators, cuidado con los juguetes de vuestros hijos, andaos con cuidado en las plazas, los centros comerciales y los palacios, andaos con cuidado en las playas, las iglesias y las escuelas, están en marcha, ¡pum!, ¡pum!, y esas cosas *matan*.

—Ese tipo es fabuloso —dijo Herzog con admiración genuina—. Tendríamos que ponerlo en la película y tal vez yo lo podría entrevistar.

—Esto es lo que estoy dispuesto a confesarte, pedazo de bombón —me dijo Petya Golden en tono solemne—. Ya no me queda ni una pizca de amor fraternal. Y, lo que es más, estoy convencido de que esa idea que tiene todo el mundo de que el afecto profundo entre hermanos es innato e inevitable, y de que su ausencia habla mal de la persona que no lo tiene, es incorrecta. No se trata de algo genético; al contrario, es una forma de chantaje social. —No sucedía a menudo que Petya invitara a nadie a su guarida, pero había hecho una excepción conmigo, tal vez porque yo seguía siendo, en su singular opinión, el hombre más apuesto de la Tierra, de forma que me senté en medio de la luz azul de su habitación, entre los ordenadores y las lámparas de escritorio, acepté el sándwich de pan tostado con queso Double Gloucester fundido que me ofreció y me dediqué a hablar lo menos posible, entendiendo que él quería hablar, y que siempre valía la pena escuchar lo que decía, aun cuando desbarrara más que de costumbre—. En la antigua Roma —me dijo— y, de hecho, en todos los grandes imperios de todo el mundo y de todas las épocas, tus hermanos y hermanas eran gente que temer. En los momentos de sucesión, se trataba de matar o morir. ¿Amor? Aquellos príncipes se habrían reído de ti si hubieras mencionado esa palabra en la conversación.

Le pregunté a Petya qué le habría contestado él a William Penn, qué tenía que decir sobre la idea recogida en el nombre mismo de la ciudad de Filadelfia, que había prosperado en sus primeros años gracias a que su reputación de tolerancia atraía a gente de muchas religiones y ocupaciones, y donde se había construido una relación mejor de lo habitual con las tribus

locales de nativos americanos.

—La idea de que todos los hombres son hermanos está arraigada en muchas filosofías y en la mayoría de las religiones —me aventuré a decirle.

—Quizá sí haya que intentar amar a la humanidad en general —me contestó él en un tono que denotaba un aburrimiento extremo—. Pero eso de *en general* es una idea demasiado general para mí. Yo te estoy hablando específicamente de las aversiones que tengo aquí. Dos personas ya nacidas y una que todavía no ha nacido: éstos son los objetivos de mi hostilidad, que tal vez carezca de límites, no lo sé. Te estoy hablando de deshacer los lazos de la sangre, no de desabrazar a toda la puñetera especie, y, por favor, no me hables de la Eva Africana ni de LUCA, esa masa de baba de tres mil quinientos millones de años de edad que es nuestro Último Antepasado Común Universal. Soy consciente del árbol genealógico de la especie humana y de la vida en la tierra previa al *Homo sapiens*, e insistir hoy en día en esas genealogías es no entender nada de lo que estoy diciendo. Tú ya entiendes lo que te estoy diciendo. Desprecio únicamente a mis hermanos. Lo veo claramente cada vez que pienso en el bebé al que pronto nos veremos obligados a dar la bienvenida.

Yo me quedé sin habla, aunque sentí que me nacía en el pecho una oleada de cólera paterna. Al parecer, mi hijo —mi hijo Golden secreto— todavía estaba floreciendo en el útero de su madre pero su futuro hermano Petya ya se había formado una mala opinión de él. Me vinieron ganas de protestar, de defender al niño y de atacar a su rival, pero en relación con aquellos asuntos el silencio era al destino al que yo estaba condenado. Lo que Petya quería comunicarme aquella noche era que había tomado una decisión trascendental, que había decidido curar su miedo a salir a la calle y marcharse para siempre de la casa de Macdougall, convirtiéndose en el primero de los tres hijos de Nerón Golden que se independizaba. Las dificultades de esta empresa eran mayores para él que para los demás y, sin embargo, ahora me estaba revelando unas reservas insospechadas de tenacidad. Había una fuerza que lo impulsaba y, mientras me hablaba, entendí que esa fuerza era el odio, un odio dirigido en concreto hacia Apu Golden: un odio nacido a orillas del río Hudson la noche en que su hermano había seducido a la hermosa cortadora

de metal somalí Ubah o bien había sido seducido por ella, un odio gestado durante sus largas soledades bañadas en luz azul y que finalmente lo había impulsado a actuar. Se iba a curar de la agorafobia y se iba a marchar de casa. Señaló la placa que tenía encima de la puerta de su guarida. «Abandona tu hogar, joven, y busca orillas lejanas.»

—Antes pensaba que bastaba con mudarnos a América —me dijo—. Pero en esta casa seguimos estando en nuestro hogar, es como si nos lo hubiéramos traído con nosotros. Y ahora por fin estoy listo para seguir las instrucciones de mi gran tocayo. Aunque no sea exactamente yéndome a orillas lejanas, al menos sí lejos de aquí, a un apartamento propio.

Yo me limité a recibir la información. Los dos sabíamos que la agorafobia era la menor de las dificultades de Petya. Sobre la mayor dificultad decidió no hablarme aquel día. Pero vi una gran determinación en su cara. Estaba claro que había decidido vencer también los desafíos que le planteaba aquella dificultad mayor.

Al día siguiente apareció en la Casa Dorada un visitante nuevo, que a partir de entonces vendría cada día sin falta a las tres de la tarde, un individuo fornido y con el pelo rubio y cardado, deportivas Converse, una sonrisa que insistía en su profunda sinceridad, acento australiano y —tal como señaló Nerón Golden— un parecido más que superficial con el campeón retirado de Wimbledon Pat Cash. Se trataba del encargado de rescatar a Petya de su miedo a los espacios abiertos: el hipnoterapeuta de Petya. Se llamaba Murray Lett.

—No es ninguna falta llamarmi —le gustaba decir; un chiste tenístico que solamente servía (ay) para intensificar su parecido con la exestrella australiana.

A Petya no le resultaba fácil dejarse hipnotizar porque siempre quería discutirle sus sugerencias al hipnotizador y, además, no le gustaban ciertos dejes de las antípodas que se le oían en la voz, ni tampoco su sentido del humor ni otras cosas. Las primeras sesiones fueron difíciles.

—No estoy en trance —interrumpía Petya al señor Lett—. Me siento relajado y de buen humor, pero plenamente en control de mi conciencia.

Y otro día:

—Oh, cielos, ya casi estaba ahí, por fin. Pero se me ha metido una mosca en la nariz.

Petya percibía demasiadas cosas. Era uno de sus mayores obstáculos en la vida. Durante una de mis visitas a la habitación de la luz azul en la que él pareció dispuesto por una vez a hablar del Asperger, yo le mencioné el famoso cuento de Borges «Funes el memorioso», la historia de un hombre incapaz de olvidarse de nada, y él me dijo:

—Sí, yo soy así, salvo por el hecho de que no me pasa solamente con lo que ha sucedido o lo que ha dicho la gente. Ese escritor que dices está demasiado atrapado por las palabras y las acciones. En mi caso hay que añadir también los olores, los sabores, los sonidos y las sensaciones. Y las miradas y las formas y la disposición de los coches de la calle y el movimiento relativo de los peatones y los silencios que hay entre notas musicales y los efectos que los silbatos para perros tienen en los perros. Todo eso me pasa todo el tiempo por el cerebro.

Una especie de super-Funes, por tanto, cuya maldición era la sobrecarga sensorial múltiple. Costaba imaginar cómo era su mundo interior, cómo podía alguien hacer frente a aquella avalancha de sensaciones que entraban como los usuarios del metro en hora punta, a la cacofonía ensordecedora de sollozos, bocinas, explosiones y susurros, al estallido calidoscópico de imágenes, al revoltijo maloliente de hedores. El infierno, el carnaval de los condenados, debía de ser así. Entendí entonces que la idea de que Petya vivía en una especie de infierno era justamente lo contrario de la realidad: una especie de infierno vivía en él. Este descubrimiento me permitió reconocer, y avergonzarme de no haberla reconocido antes, la inmensa fuerza y valentía con que Petronio Golden hacía frente al mundo a diario, y sentir una compasión todavía mayor por sus ocasionales protestas salvajes contra su propia vida, como los episodios de la cornisa y del metro de Coney Island. Y también me permití preguntarme: si a Petya le daba por invertir aquella fuerza enorme de su carácter en la animosidad contra su inminente medio hermano nonato (que en realidad, como sabemos, no era hermano suyo en absoluto, pero dejemos de lado eso de momento), su afligido medio hermano y su traicionero hermano de padre y de madre, ¿de qué actos de venganza

podía ser capaz? ¿Acaso tenía yo que preocuparme por el bienestar de mi hijo, o acaso este instinto únicamente demostraba mi intolerancia irreflexiva hacia la enfermedad de Petya? (¿Acaso era incorrecto llamarlo enfermedad? Quizá sería mejor decir «la realidad de Petya». Qué difícil se había vuelto el lenguaje, era como un campo de minas. Las buenas intenciones ya no eran ninguna defensa.)

Permítanme que me ocupe del tema de la bebida. Ahí piso un terreno más firme. Petya tenía un problema con la bebida, no había forma de camuflarlo. Bebía a solas y mucho y sus borracheras eran melancólicas, pero era la única manera que había encontrado de acallar el infierno que tenía dentro y dormir un poco, o, para ser más exactos, de perder el conocimiento y pasar unas cuantas horas felizmente inconsciente. Y en la hora previa a su inconsciencia, en la única ocasión en que me permitió presenciar su descenso nocturno al olvido, aquella noche del principio del último trimestre de embarazo de Vasilisa Golden en que me dijo que necesitaba mi apoyo, pude oír con incomodidad creciente, y hasta con desagrado, cómo su incapacidad para controlar el torrente de charla que entraba en él o para censurar su propio chorro verbal resultaba, cuando se añadía el alcohol a aquel tumulto de información, en un monólogo torrencial que revelaba hasta qué punto él había interiorizado la fragmentación antagonística de la cultura americana y la había integrado en su afección personal. Para decirlo claramente, su yo nocturno y borracho revelaba una tendencia tambaleante hacia las actitudes conservadoras más extremas; en sus labios borboteaba la presencia de otro yo foxístico y breitbartiano, fortalecido por el alcohol, alimentado por el aislamiento y por la furia completamente justificable que sentía hacia el mundo. ¡El Obamacare, terrible! ¡El tiroteo de Maryland, no lo politicemos! ¡El aumento del salario mínimo, un escándalo! ¡El matrimonio entre gente del mismo sexo, antinatural! ¡Las objeciones religiosas a servir a la gente LGBT en Arizona y en Misisipi, libertad! ¡Los policías que disparaban a la gente, defensa propia! ¡Donald Sterling, libertad de expresión! ¡Los tiroteos en el campus de Seattle, en Las Vegas y en el instituto de Oregón, las armas no matan gente, dadles armas a los profesores! ¡La Constitución, libertad! ¡Las decapitaciones de ISIS y el Yihadista John, horribles! ¡No tenemos ningún

plan! ¡Hay que matarlos a todos! ¡Que no tenemos ningún plan! ¡Ah, y el Ébola! ¡El Ébola! ¡El Ébola! Todo esto y más en un torrente de incoherencias que se mezclaba con su hostilidad hacia Apu; si Apu iba a la izquierda, entonces Petya iba a la derecha para llevarle la contraria; a cualquier cosa que Apu defendiera, él se oponía; se dedicaba así a construir un universo moral que invirtiera la realidad de su hermano, el negro era blanco, lo correcto era incorrecto, el abajo era arriba y el dentro era fuera. A Apu le tocó lo peor de los monólogos de Petya varias veces en aquel año, pero contestó con gentileza, negándose a morder el anzuelo.

—Que diga lo que quiera —me dijo Apu—. Ya sabes que tiene los cables cruzados ahí dentro. —Y se dio un golpecito en la frente para indicar el cerebro de Petya.

—Es una de las personas más inteligentes que conozco —le dije yo, sinceramente.

Apu hizo una mueca.

—Es una inteligencia rota —me dijo—. O sea que no cuenta. Y yo estoy intentando lidiar en las calles con un mundo roto.

—Lo está intentando con todas sus fuerzas —me aventuré a decirle—. La hipnoterapia, etcétera.

Apu desdeñó esto.

—Llámame cuando pare de hablar como si estuviera en la merienda del Tea Party con la chistera del Sombrero Loco puesta. Llámame cuando decida dejar de ser el elefante republicano en la sala.

Más preocupante todavía que la voluble hostilidad de Petya a las ideas políticas de Apu me resultó la revelación borrachuza de su fobia a la gente de géneros distintos. También esto parecía tener su raíz en los asuntos familiares. A juzgar por la violencia de su lenguaje, que me abstengo de repetir aquí, estaba claro que el tratado de paz que había firmado hacía mucho tiempo consigo mismo a fin de perdonar la conducta de D Golden hacia su madre ya no estaba en vigor; y la vía de escape de su cólera era su hostilidad vehemente hacia la confusión cada vez mayor de su hermano respecto a su propio género. Empezó a referirse a su medio hermano con palabras tan capciosas como *antinatural*, *perverso* y *enfermo*. Se había enterado de alguna

forma de la tarde que D había pasado en el vestidor de Vasilisa, y la complicidad de ésta en aquellos experimentos con la otredad llevó a Petya a extenderle a ella esa misma violencia verbal. El bebé se convirtió en la sede de esta parte de su furia. Y yo volví a preocuparme por el bienestar de aquel niño nonato.

Por fin la hipnosis empezó a funcionar. El hipnoterapeuta del pelo cardado, el señor Lett, empezó a caminar de forma más saltarina con sus Converse.

—¿Cómo va la cosa? —le pregunté un día cuando lo vi salir por la puerta de una sesión, y el tipo estaba tan excitado que me soltó una parrafada enorme.

—Miy bien, gracias —me dijo—. Yo istaba siguro de que iría bien. Simplimente se tarda un poco. In isti tipo de situaciones utiliso una mitodología propia, la llamo Poder Pirsonalmente Programado, o por sus siglas, PPP. Si trata de trabajar con la pirsona paso a paso e ir aumintando di forma gradual la confiansa in il mismo y lo qui a mí me gusta llamar la rialisación pirsonal. Cada paso que damos por il camino del PPP aumenta la fe que tiene in sí misma la pirsona. Ya himos avansado mucho por isi camino. Ya lo creo, sí. Todo istá bien asentado. Ahora es cuistión de darle a su amigo ividencias tangibles, ividencias que puida riprodusir di forma siguida, di su capasidad para asumir il control di sus prosesos mintales. Y haserse cargo di sus riacciones tanto físicas como imosionales. In cuanto sepa que puido haserlo, tendrá la confiansa nisisaria para controlar su ixpriensia in il mundo de puertas afuera. Paso a paso. Ésa is la manera. Lo qui li estoy dando yo es la capasidad para disidir cómo risponde a la gente qui lo rodea y a las cosas que puidan pasar ahora o in il futuro, y cualisquiera situaciones se puidan presentar. Soy miy optimista. Qui tinga un buen día.

Como parte de este proceso de asumir el control, Petya estudió las estructuras de lo que él llamaba «espacios encantados», el pentagrama ocultista y el eruv judío. Si había podido aceptar la isla privada frente a la costa de Miami como uno de aquellos espacios, y también la propiedad cercada de Ubah Tuur al norte del estado donde había tenido lugar el desafortunado episodio, entonces estaba claro que era capaz de construirse

esos espacios encantados. Fue así como se le ocurrió la idea del círculo de tiza alrededor de la isla de Manhattan. Daría la vuelta él mismo a la isla para dibujar el círculo. Lo haría sin ayuda de nadie, y a fin de aumentar el poder del círculo iría echando trocitos de ajo al caminar. Para facilitarse la tarea de superar sus miedos, llevaría unas gafas protectoras muy oscuras y una sudadera con capucha. También escucharía música muy alta con unos auriculares que cancelaban el ruido exterior y bebería mucha agua. Nadie podía hacerlo en su lugar. Era algo que tenía que conseguir por sí mismo.

El hipnoterapeuta Lett celebró y al mismo tiempo respaldó el plan, y se ofreció para ir de compras y adquirir las tizas y los ajos. Nerón Golden, sin embargo, se quedó preocupado e hizo varias llamadas.

El día señalado amaneció caluroso y húmedo bajo un cielo sin nubes. Petronio Golden bajó de la habitación de la luz azul vestido tal como había prometido y con la severa determinación de un corredor etíope de maratones en la cara. Murray Lett lo esperó en la puerta del edificio y, antes de que Petya saliera a la calle, el terapeuta intentó recordarle lo mucho que había mejorado, llevando la cuenta de sus logros con los dedos y los pulgares:

—Acuértese. ¡Gran progreso in il tirreno de la ificasia pirsonal! ¡Mijora inorme in il infoque y la consentración! ¡Inorme aumento di la autonomía y la confiansa in sí mismo! ¡Mucha mijor gistión dil estrés! ¡Mucha mijor gistión di la agrisividad! ¡Pasos trimendos hasia dilante in materia di control di los impulsos! ¡Usted puiide conseguirlo!

Petya, en aquel estado de enfoque y concentración mejorados al que Lett se refería, estaba escuchando a Nine Inch Nails por los auriculares y no lo oyó. Llevaba una bolsa llena de tizas al hombro y una mochila a la espalda cargada de envases de agua de coco, fruta, bocadillos, barras de granola y muslos de pollo asado. También tres pares extra de calcetines. Los caminantes avezados de internet le habían advertido que, si llevabas los calcetines empapados de transpiración, te podían salir ampollas en los pies sudados, y eso le impediría terminar la caminata. En una mano llevaba una bolsa de ajo triturado. Con la otra blandía un bastón a cuya punta había sujetado con cinta adhesiva el primer trozo de tiza. Los bolsillos los llevaba llenos de rollos de cinta adhesiva para poder ir cambiando las tizas cuando

hiciera falta.

—Piense en su conducta social —le gritó Murray Lett, entendiendo por fin que el otro no lo había oído—. Ivite la introvirsión. Mire a los ojos. Son cosas que conviene recordar.

Pero Petya estaba en su propio mundo y no parecía que mirar a los ojos entrara en sus planes.

—Una cosa más —gritó Murray Lett, y ahora Petya sí que le hizo el favor de quitarse los auriculares y escucharlo—. Ispero qui sus ritmos de sueño hayan sido buenos —dijo bajando la voz—. Y también, pirdone qui lo pregunte, pero el problema de la inuresis lo hemos eliminado, ¿virdad?

Petya Golden puso literalmente los ojos en blanco, se volvió a colocar los auriculares, pareció satisfecho de que Axl Rose hubiera reemplazado a Trent Reznor, agachó la cabeza y salió por la puerta con rumbo al Uber que lo estaba esperando para llevarlo a su punto de partida, el South Street Seaport, y dejó al señor Lett en su estela.

—Biin por usted —le dijo el terapeuta, levantando la voz—. Istoy orgulloso di usted. Buin trabajo.

Nerón Golden estaba también en la puerta, acompañado por las señoras Blather y Fuss y por mí.

—Tómate tu tiempo —le dijo a su hijo—. Sin prisas. Hazlo cómodamente. No es ninguna carrera.

Después de que el coche se llevara a Petya, Nerón habló por teléfono. Había colocado a hombres en vehículos 4 × 4 por toda la ruta. En cada fase de su camino, su hijo tendría a gente vigilándolo.

El «gran paseo» que recorre el litoral entero de la isla de Manhattan son unos cincuenta kilómetros. Setenta mil pasos. Doce horas, a menos que uno vaya superdeprisa. Veinte parques. Yo no lo acompañé, pero me di cuenta inmediatamente de que aquel momento habría sido un punto álgido de la película con la que yo soñaba, de mi película imaginaria sobre los Golden. Música estridente en la banda sonora, el *Metal machine* de Lou Reed, los Zeppelin, Metallica y las bandas con diéresis, Motörhead y Mötley Crüe. El caminante camina y (haciéndose oír de alguna forma por encima del ruido del heavy metal; yo todavía no había averiguado cómo) a cada paso suena una

pandereta. En los parques se va cruzando con las figuras de su vida, que lo miran, ¿acaso son fantasmas, los ectoplasmas de su fantasía trastornada? Aquí su madre en el Nelson A. Rockefeller Park, claramente un fantasma o recuerdo. Aquí Apu, que pasa haciendo *footing* a su lado por el East River Promenade. Más adelante, D Golden y Riya en Riverside Park, todos inmóviles, mirándolo caminar, observando con esa mirada fija de los fantasmas. Rodeados de unos árboles atormentados y aterrados. Ubah Tuur plantada como un centinela en Inwood Hill Park junto a la roca de Shorakkopoch, que marca el lugar donde hace mucho tiempo, bajo el tulipero más grande de Mannahatta, Peter Minuit compró la isla por sesenta florines. Y en el Carl Schurz Park, cerca de la Gracie Mansion, el mismísimo Lett con su cardado, animándolo. Tal vez Lett sea el único que está realmente ahí. Y Petya sigue adelante, el hombre de la pandereta, lejos de las garras retorcidas de la insana tristeza. Y a medida que camina, algo se transforma. En el kilómetro quince, en el West Harlem Piers Park, tira la tiza, deja de trazar la línea que lo ha seguido hasta allí y nada más dejar atrás la residencia del alcalde tira también el ajo. Algo ha cambiado para él. Ya no le hace falta marcar su territorio. El paseo en sí es la marca, y su finalización perfeccionará su eruv invisible e imborrable.

Y para cuando regresa a su punto de partida, tambaleándose un poco, ya ha oscurecido; y contemplado finalmente por las goletas *Lettie G. Howard* y *Pioneer* y por el carguero *Wavertree*, empieza, sobre sus pies vendados y llenos de ampollas, despacio y sin importarle las miradas, a bailar. Bajo el cielo de diamante y agitando la mano libre. Y ha roto su embrujo. Y tal vez haya aprendido también algo sobre su fuerza, sobre su capacidad de afrontar sus otros desafíos y de elevarse por encima de ellos. Mirad su cara ahora mismo: tiene la expresión de un esclavo liberado.

—¿Y qué pasó con el odio?

—Ah, eso siguió igual.

Después del gran paseo de Petya Golden, nos vimos obligados a aceptar que el hipnoterapeuta Murray Lett hacía milagros, a pesar de su peinado, su acento y su calzado, y aprendimos la lección de la compasión: que la verdad a menudo se oculta bajo la superficie, y que un hombre puede ser mucho más que sus rasgos más caricaturizables. Porque ahora Petya era como un hombre exonerado de un crimen que no había cometido y por el cual había estado cumpliendo cadena a perpetuidad. Tenía la cara iluminada por una alegría grave, que reconocía la injusticia de su sufrimiento y al mismo tiempo aceptaba, con un escepticismo que se iba disipando lentamente, su liberación de ella. Y mientras Petya se embarcaba en su nueva vida, Lett fue el hombre en el que se apoyó, y en quien confiaba para que lo guiara a un mundo cuya apertura a él le parecía un tesoro imposible; aquel mismo mundo en el que los demás vivíamos de forma tan despreocupada y a veces tan inconsciente, sin percibir apenas su carnaval diario de prodigios, que ahora Petya abrazaba contra su pecho como si fueran regalos. Se iba por ejemplo a comprar comida con Murray Lett a D'Agostino's, a Gristedes y a Whole Foods; se sentaba con Murray Lett en las terrazas de los cafés de Union Square y de Battery Park; asistió junto con Murray Lett a su primer concierto de rock al aire libre, en Jones Beach, donde tocaron Soundgarden y sus amados Nails; estuvo en El Estadio con Murray Lett entonando «Gracias, Derek» durante uno de los últimos momentos de Derek Jeter en el Bronx. Y también acompañado de Murray Lett eligió su nuevo apartamento, un piso de alquiler amueblado y listo para entrar —por doce meses «y luego ya veremos», afirmó lleno de

confianza, «tal vez luego me toque comprar»—, en la cuarta planta de un edificio mondrianesco de cristal y metal de seis plantas situado en el lado este de la calle Sullivan.

Fue solamente llegado este punto cuando descubrí, y me sentí tonto por no haberlo visto antes, que durante todo aquel tiempo Petya había estado ganando sumas enormes de dinero por su cuenta, en calidad de creador y único propietario de una serie de juegos de gran éxito a los que el mundo entero estaba jugando en sus smartphones y ordenadores.

Era una información sensacional. Todos sabíamos que Petya jugaba a aquellos juegos todo el tiempo, a veces catorce o quince horas al día; pero ¿cómo es que ninguno de nosotros se había enterado de que estaba haciendo mucho más que matar sus horas de angustia con una actividad que a su mente extraña y brillante se le daba naturalmente bien? ¿Cómo es que no adivinamos que había aprendido a programar por su cuenta, que había llegado a dominar enseguida y en profundidad los misterios de la programación, y que además de jugar incesantemente a aquellos juegos los estaba creando? ¿Cómo habíamos sido ciegos a las evidencias y no habíamos visto que Petya se había revelado a sí mismo como un genio del siglo XXI, dejándonos a los demás por el camino y andando a trompicones por un mundo del segundo milenio? Era una señal de lo mucho que le habíamos fallado, abandonándolo a su suerte durante la mayoría de horas del día, dejándolo allí encerrado, naufragado en su habitación como si fuera nuestra versión de aquella antigua figura del género gótico, la loca del desván, nuestra Bertha Antoinetta Mason, la primera señora Rochester, que Jane Eyre comparaba con un «vampiro». ¡Y todo aquel tiempo! ¡Todo aquel tiempo! El frugal y escondido Petya, sin cambiar nada de su vida y sin comprarse nada, había estado ascendiendo a los montes Everest de aquel universo secreto y, para ser francos, superándonos a todos. Otra lección que aprender: nunca infravalores a tu congénere. El techo de un hombre es el suelo de otro.

Todos los Golden tenían secretos. Salvo quizá Apu, que era un libro abierto.

Aquél fue el año de eso tan feo que se llamó Gamergate; el mundo de los videojuegos estaba en guerra, hombres contra mujeres, «identidad de *gamer*»

contra diversidad, y solamente un neandertal de las nuevas tecnologías como yo había sido capaz de no enterarse de todo el jaleo. De alguna forma, sin que yo pudiera entender cómo, Petya se las había apañado para permanecer al margen de la refriega, a pesar de que, cuando por fin aceptó hablarme del tema, reveló unas opiniones bastante contundentes sobre la forma en que la comunidad masculina de los videojuegos estaba respondiendo a una serie de críticas por parte de mujeres supuestamente engréidas —críticas de los medios y creadoras de juegos independientes— publicando sus direcciones y números de teléfono y sometiéndolas a intimidaciones todavía peores, incluyendo numerosas amenazas de muerte que habían obligado a algunas de las víctimas femeninas a huir de sus hogares.

—El problema no es tecnológico —dijo—. Y no tiene una solución tecnológica. El problema es humano, la naturaleza humana en general, y la masculina en particular, y la licencia que el anonimato le otorga a la gente para desatar las peores facetas de esa naturaleza. Yo solamente creo entretenimiento para los chavales. Soy un espacio neutral. Soy Suiza. Nadie me molesta. Vienen de vacaciones y bajan esquiando por mis laderas.

El autismo de alto funcionamiento había contribuido a convertirlo en un prodigio de la creación de videojuegos, y yo me puse a escarbar en las posibles recompensas. Las principales «aplicaciones para jugones», que permitían conectarse con amigos para jugar con ellos, producían once o doce millones de dólares al mes. El viejo clásico *Candy Crush Saga*, del que hasta yo había oído hablar, seguía produciendo cinco millones y medio de beneficios. Los juegos de guerra, que obtenían casi todas sus ganancias de las compras internas a la aplicación y menos de un diez por ciento de los ingresos por publicidad, podían generar dos millones o dos y medio. Al mes. Yo le leí a Petya los cincuenta primeros títulos del *ranking* de juegos para iOS y Android.

—¿Hay alguno que sea tuyo? —le pregunté. Él me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—No puedo mentir —me dijo, señalándome el juego que ocupaba el número uno—. Lo hice con estas manitas.

Resulta que se sacaba más de cien millones de dólares al año solamente

con aquel título.

—¿Sabes qué? —le dije—. Acabo de dejar de preocuparme por ti.

Había estudios que afirmaban que uno podía «dejar atrás» el autismo, que existían pacientes afortunados capaces de entrar en un grupo de RO (Resultados Óptimos) cuyos miembros ya no mostraban síntoma alguno de trastorno autista, y que al parecer tener un CI elevado propiciaba esto. Como es inevitable, había quienes cuestionaban estas investigaciones, pero muchas familias ofrecían evidencias circunstanciales que las apoyaban. El caso de Petya era distinto. Él ni había entrado ni quería entrar en el grupo de RO. Su AAF y sus logros personales estaban estrechamente vinculados. Pese a todo, después del paso de gigante que había sido su expedición en torno a Manhattan pareció mucho más capaz de controlar sus síntomas y sus depresiones, y se mostró menos propenso a precipitarse en sus crisis y menos preocupado por el hecho de vivir solo. Tenía a un amigo en Murray Lett, su padre se cuidaba de visitarlo todos los días, él se tomaba la medicación que le habían recetado, y era... funcional. En cuanto a su reciente liberación del miedo a salir de casa, nadie sabía lo permanente que podía ser ni lo lejos de su «base de operaciones» que estaría dispuesto a aventurarse. Pero, en conjunto, estaba en mejor forma de lo que había estado en mucho tiempo. Por fin era posible no preocuparse por él.

Seguía bebiendo demasiado. Pero por alguna razón, quizá porque era un problema mucho más familiar, aquel hábito nos preocupaba a todos mucho menos de lo que debería.

Durante las semanas siguientes mi preocupación principal fui yo mismo. El bebé estaba a punto de nacer, y francamente no soportaba la situación en la que me encontraba, así que me apresuré a hacer lo que quería Suchitra y marcharme de la Casa Dorada. Y sí, mis padres habían tenido relaciones estrechas con muchos de sus vecinos de los Jardines, y, para mi gran alegría, su amigo diplomático de Myanmar, a quien en estas páginas, a fin de inventármelo con mayor facilidad, he renombrado como U Lnu Fnu —el viudo con gafas, ojos hundidos y cara triste que había fracasado por poco en su misión de suceder a U Thant en calidad de segundo secretario general birmano de la ONU— me acogió en su casa.

—Será un placer para mí —me dijo—. El apartamento es grande y estar solo en él es un poco como ser una mosca zumbando dentro de una campana. Oigo el eco de mí mismo y no es un sonido que me encante.

De hecho, mi aparición fue de lo más oportuna, porque durante una temporada él había tenido un inquilino en su habitación libre y, justamente cuando yo le pregunté si tal vez estaría dispuesto a alquilarme esa habitación, resultó que aquel inquilino estaba a punto de dejarla. El personaje que se marchaba, Jack Bonney, era piloto de líneas aéreas, y le gustaba decir que volaba «para la línea aérea más grande conocida», Hercules Air, que históricamente sólo había tenido aviones de carga pero ahora también aceptaba a soldados y otros clientes.

—Hace poco —me contó— tuvimos a bordo al primer ministro británico con su servicio de seguridad, y yo les pregunté: ¿no debería ir en vuestro avión presidencial? Y los guardaespaldas me dijeron: nosotros no tenemos un avión así. También he transportado mercenarios a Irak, eso fue tremendo. Pero lo más grande que he transportado, desde Londres hasta Venezuela, fueron divisas venezolanas por valor de doscientos millones de dólares, que los británicos les habían impreso, qué cosas, ¿no? Y esto es lo más raro. En Heathrow estaban cargando los palés y no había seguridad ninguna. Me puse a mirar y solamente había el personal habitual del aeropuerto, sin escolta armada ni nada. Luego llegamos a Caracas y, guau, una operación militar gigantesca. Bazucas, tanques, unos tíos que daban un miedo tremendo con chalecos antibalas y armas saliéndoles por todos lados. Pero en Londres, nada. Yo me quedé pasmado.

Cuando por fin el piloto se marchó y yo estuve cómodamente instalado, U Lnu Fnu me visitó en mi habitación y me dijo con su voz delicada y cuidadosa:

—Yo estaba contento con él, pero también estoy contento de que usted tenga un carácter más discreto. El señor Bonney es un buen hombre, pero debería andarse con cuidado con lo que charla por ahí. Las paredes oyen, mi querido René. Las paredes oyen.

Él se aseguraba de que yo me encontrara a gusto y en una ocasión me habló con timidez, y no sin antes pedir permiso, del respeto que había sentido

hacia mis padres, y me dijo que entendía el dolor que me había producido su pérdida. Él también había sufrido la muerte de un ser querido, me comentó con timidez. Suchitra estaba contenta de mi nueva ubicación, pero, como vio que yo seguía abatido, decidió cambiar de táctica.

—Desde que te fuiste de la mansión de la familia Addams se te ve hecho una piltrafa. ¿Seguro que no añoras los pastelillos rusos que tenías? —Lo dijo en tono despreocupado, pero estaba claro que quería una respuesta verdadera.

Yo la tranquilicé; ella era una persona confiada y pronto se estuvo riendo del tema.

—Me alegro de que hayas conseguido quedarte en tus amados Jardines — me dijo—. No quiero imaginarme la cara larga que se te habría puesto si no lo hubieras conseguido.

Pero mi hijo, mi hijo. Me era imposible estar lejos de él, pero también me era imposible estar cerca. Vasilisa Golden, muy embarazada y a punto de parir, paseaba a diario por los Jardines en compañía de la *babushka* con pañoleta de su madre, un tópico viviente al que habían traído en avión para que pudiera prestar sus servicios en el melodrama, y yo pensé: mi hijo está en manos de una gente que ni siquiera tiene el inglés como primer idioma. Era un pensamiento indigno, pero en pleno frenesí de mi paternidad frustrada carecía de pensamientos que no fueran indignos. ¿Acaso debería levantar la liebre? ¿Acaso debería guardar silencio? ¿Qué sería lo mejor para el niño? Por supuesto, lo mejor para él sería saber quién era su padre verdadero. Pero admito que también me daba bastante miedo Nerón Golden: yo tenía ese miedo que el joven artista cuya carrera está empezando le tiene al hombre de mundo plenamente formado y poderoso, incluso en su presente estado de lento deterioro. ¿Qué haría él? ¿Cómo reaccionaría? ¿Correría peligro la criatura? ¿Y Vasilisa? ¿Y yo? Bueno, yo seguro, pensé. Le había pagado la amabilidad que había tenido conmigo tras mi orfandad dejando embarazada a su mujer. Por petición de ella, cierto, pero él no aceptaría eso como excusa, y yo tenía miedo de sus puños; de sus puños en el mejor de los casos. Pero ¿cómo guardar silencio durante una vida entera? Yo no tenía respuestas, pero las preguntas me bombardeaban noche y día, y no había refugios antiaéreos por ninguna parte.

Me sentía idiota, peor que idiota: me sentía un niño sin rumbo, culpable de una travesura gigantesca y temeroso del castigo de los adultos. Y no podía hablar con nadie. Por primera vez en mi vida valoré positivamente el recurso católico a la confesión y el perdón de Dios que resultaba de ella. Si hubiera encontrado un sacerdote entonces, y si una ristra de *mea maxima culpa* hubiera silenciado el interrogatorio incesante de mi interior, habría estado encantado de tomar ese camino. Pero no había ningún sacerdote a mano. Yo no tenía contactos en aquel mundo eclesiástico. Y mis padres ya no estaban y mi nuevo casero, U Lnu Fnu, pese a ser ciertamente una presencia tranquila y tranquilizadora y un diplomático experimentado, ya se había quejado de la locuacidad de su inquilino anterior, y estaba claro que huiría del material emocional radiactivo que yo necesitaba descargar. Obviamente, Suchitra no era una opción. Yo sabía, por cierto, que si no conseguía calmarme pronto ella sabría que había gato encerrado y la verdad saldría a la luz de la peor forma posible. No, la verdad no debía salir a la luz. La verdad arruinaría demasiadas vidas. Tenía que encontrar la forma de silenciar la voz posesiva, la voz del amor paternal que quería que saliera a la luz el secreto y que me estaba gritando al oído. ¿Un psicoterapeuta, pues? A fin de cuentas, era la versión de nuestro tiempo de la figura secular del confesor. Yo siempre había odiado la idea de acudir a un desconocido en busca de ayuda para examinar la propia vida. El aspirante a narrador era yo; odiaba la idea de que otra persona entendiera mi propia historia mejor que yo. La vida sin examinar no merece ser vivida, dijo Sócrates antes de beber la cicuta, pero a mí siempre me había parecido que ese examen debía ser un examen de uno mismo llevado a cabo por uno mismo; autónomo, como tiene que ser un verdadero individuo, sin apoyarse en nadie más para obtener ni explicaciones ni la absolución, libre. Ahí residía la idea humanista y renacentista del yo que aparecía, por ejemplo, en *De hominis dignitate, Discurso sobre la dignidad del hombre*, de Pico della Mirandola. Pero ¡vaya! Todo este moralismo se había ido al garete en cuanto Vasilisa anunció que estaba embarazada. Desde entonces la tempestad había estado bramando dentro de mí y yo no había sido capaz de aplacarla. ¿Acaso lo que necesitaba era tiempo para tragarme mi orgullo y encontrar ayuda profesional? Por un momento pensé en acudir a

Murray Lett, pero enseguida vi que era una idea estúpida. En el círculo de amistades de mis padres había psicoterapeutas excelentes. Tal vez debería acudir a uno de ellos. Tal vez necesitaba que alguien me quitara de encima el peso de lo que yo sabía y lo colocara en un lugar seguro y neutral; un zapador psicológico que desactivara la bomba de la verdad. De forma que luché con mis demonios; pero después de mucho forcejeo interior decidí, para bien o para mal, no buscar a fin de cuentas la ayuda de un desconocido, sino hacer frente a aquellos demonios yo solo.

Entretanto, la población de los Jardines estaba completamente absorta en el drama que se estaba desarrollando en la casa de los Tagliabue, delante mismo de la Casa Dorada, donde la muy explotada esposa Bianca Tagliabue, harta de quedarse en casa para cuidar a los niños mientras su marido Vito salía por la ciudad, y aburrída de las alegaciones (verdaderas, creo) de fidelidad absoluta que él le profesaba, había iniciado una aventura con el rico residente argentino del vecindario, Carlos Hurlingham, a quien yo había apodado «señor Arribista» en uno de mis tratamientos; había dejado a los niños al cuidado de las niñeras y se había largado a bordo del JP del señor Hurlingham para echar un vistazo a las famosas cataratas de Iguazú, en la frontera argentino-brasileña, y sin duda se permitía diversas actividades extrafronterizas mientras estaba allí. Vito estaba fuera de sí de cólera y de dolor y se dedicaba a patearse los Jardines encolerizado y dolorido, proporcionando un placer inmenso a sus vecinos. Si yo no hubiera estado tan enfrascado en mis propias dificultades, me habría podido regocijar en el hecho de que todos los personajes dispares de mi narración de los Jardines estaban empezando a vincularse y a combinarse para construir una forma coherente. En aquel momento, sin embargo, solamente me preocupaba mi propia tristeza, de forma que no seguí el desarrollo de la telenovela Tagliabue-Hurlingham.

Tampoco era muy importante. En el mejor de los casos eran personajes secundarios que tal vez desaparecerían en la sala de montaje. Mucho peor era el hecho de que, en mi estado, dejé de prestar atención a Petya Golden. No estoy diciendo que pudiera haber evitado lo que pasó a continuación si me hubiera mantenido más alerta. Tal vez Murray Lett debería haberlo intuido.

Tal vez nadie podría haber hecho nada. Aun así, lamento mi negligencia.

Las Galerías Sottovoce, dos amplios espacios situados en la punta oeste de las calles Veintiuno y Veinticuatro, estaban ambas ocupadas por una de las grandes exposiciones de la temporada, que mostraba la obra reciente de Ubah Tuur. Las piezas de gran tamaño, que recordaban a los monstruos metálicos de Richard Serra, pero rajados con cuchillos de llamas y transformados en formas exquisitas y delicadas, hasta el punto de parecer versiones gigantes en metal curvado de las *jali* o celosías de piedra de la India, se exhibían iluminadas por focos como si fueran parientes juguetones y caprichosos de los severos «centinelas» alienígenas de *2001* de Kubrick. En la galería de la calle Veintiuno me encontré al vivaz Frankie Sottovoce, con sus mejillas sonrosadas y su pelo blanco alborotado, agitando los brazos y soltando risitas encantadas.

—Todo un exitazo. Solamente los coleccionistas y museos más importantes. Ubah es una estrella.

Yo busqué a la artista, pero no estaba.

—Se acaba de marchar —me dijo Sottovoce—. Estaba aquí con Apu Golden. Tienes que volver en otro momento. Están aquí todo el tiempo. Casi todas las mañanas. Ya la conoces de la fiesta en los Jardines. Es genial. Increíblemente lista. Y hermosa, Dios mío. —Agitó una mano fláccidamente como si se estuviera recuperando de las quemaduras que le había producido la llama de la belleza de ella—. Es una fuerza de la naturaleza —concluyó, y se fue brincando a seducir a alguien más importante.

»Ah —añadió, deteniéndose un momento para mirarme por encima del hombro, y es que su amor por los cotilleos se imponía a su instinto para los negocios—. También ha venido el otro Golden, el hermano mayor, ya sabes. —Y se dio un golpecito en la sien para indicar *el loco*—. El otro día la vio aquí con Apu y creo que no se puso precisamente contento. Se largó como alma que lleva el diablo. ¿Tal vez haya algo de rivalidad? ¿Hmm hmm? —Soltó su risita aguda y tontorróna y se marchó.

Fue entonces cuando tendría que haberlo presentado. Fue entonces cuando

tendría que haber imaginado la marea roja que le inundó la cara a Petya, al darse cuenta de que, después de todo aquel tiempo, la mujer a la que amaba seguía en brazos de su hermano, la mujer que su hermano le había robado, echando por tierra sus posibilidades de ser feliz. Aquella noche ya lejana de traición bajo el techo de Ubah renació con toda su intensidad en sus pensamientos, como si acabara de suceder hacía un momento. Y la cólera renació también, acompañada de la sed de venganza. Aquel único vislumbre de Ubah y Apu cogidos de la mano fue lo único que hizo falta, y lo que vino después, vino seguido de forma horriblemente inevitable, igual que el ruido de un disparo sigue al acto de apretar el gatillo. Yo tendría que haberme imaginado que habría problemas. Pero estaba pensando en otras cosas.

En Nueva York, el Departamento de Bomberos manda cuarenta y cuatro unidades y ciento noventa y ocho bomberos para cubrir un incendio de alarma cinco. La probabilidad de que se inicien dos incendios así a tres manzanas el uno del otro en la misma noche es extremadamente remota. La probabilidad de que ambos sean accidentales es... desdeñable.

En las Galerías Sottovoce no se descuidaba la seguridad. Durante las horas de apertura al público había guardias de seguridad y cámaras, así como un procedimiento de cierre de seguridad que podía sellar todas las entradas en veinte segundos. Ésta era la «situación A». La situación B, desde la hora del cierre hasta que la galería volvía a abrir, se controlaba por medio de haces de láser que, si se rompían, disparaban alarmas, cámaras de vigilancia que transmitían su información al centro de mando de la empresa de seguridad, que tenía a gente mirando las pantallas veinticuatro horas al día, y de rejas de titanio combinadas con las persianas metálicas, cada una de ellas operada por medio de un sistema doble de cierre de seguridad: dos ranuras para tarjetas de identificación con sendos teclados debajo, sin que hubiera un único ejecutivo que conociera todos los números PIN. Para abrir las puertas, tenían que estar presentes dos empleados de alto rango de Sottovoce, cada uno de los cuales tenía que introducir su tarjeta y teclear su código individual. Para *hackear* el sistema, le gustaba decir a Sottovoce, habría que ser un genio.

—Es una fortaleza —se jactaba—. Ni siquiera yo puedo entrar si paso por delante en plena noche y quiero mear.

¿Qué sucedió exactamente? En plena madrugada, sobre las 3.20, un Chevrolet Suburban con las ventanas tintadas y sin matrícula se paró delante de la galería de la calle Veinticuatro. El conductor debía de haber visitado antes la galería y usado lo que la declaración pública del Departamento de Policía describió como «equipamiento de espionaje muy sofisticado» para clonar las tarjetas identificativas y descubrir los números PIN. Las persianas de acero se subieron y las rejas de titanio se abrieron y luego el atacante destapó una serie de bidones de plástico llenos de gasolina, los vació en la galería y le pegó fuego a todo, tal vez usando el mismo tipo de soplete que la artista había usado para crear las esculturas de la exposición. El 4 × 4 se marchó mientras las llamas empezaban a salir y luego siguió un procedimiento similar en la calle Veintiuno. Solamente había un testigo, un borracho sin techo ni credibilidad, que describió al conductor del Suburban como un tipo con capucha negra y gafas protectoras.

—Parecía la Mosca —dijo el testigo—. Sí. Ahora que lo pienso, me acuerdo de que tenía brazos peludos de Mosca sobresaliendo del final de las mangas.

Después de que su testimonio siguiera descendiendo al terreno de la ciencia ficción, al testigo se le dieron las gracias y se le permitió que se marchara. No aparecieron más testigos. La investigación ahora dependía en gran medida de identificar el coche, pero de momento no lo pudieron encontrar. Y para cuando se consiguió apagar los incendios, las esculturas ya estaban destruidas de forma irreparable.

INTERIOR. NOCHE. APARTAMENTO DE PETYA GOLDEN. DORMITORIO.

Sentado en la cama, todavía con la capucha negra y las gafas protectoras, PETYA, tapado hasta la barbilla con las sábanas. Está sollozando de forma incontrolable. Se quita las gafas y las tira a la otra punta del cuarto. Hay botellas de alcohol abiertas en la mesilla de noche.

INTERIOR. NOCHE. APARTAMENTO DE PETYA GOLDEN. SALA DE ESTAR.

Todavía llorando y casi chillando de pena, PETYA se pone a destrozar su nuevo hogar. Tira una lámpara al otro lado de la sala, donde se estrella contra la pared y se hace añicos. Luego coge una silla y la tira al mismo sitio. Por fin se pone en cuclillas en el suelo con la cabeza apoyada en las manos.

INTERIOR. DÍA. APARTAMENTO DE PETYA. SALA DE ESTAR.

Lento fundido a la mañana siguiente, PETYA en la misma posición. Suena el TIMBRE. Varias veces. Él no se mueve.
Corte.

EXTERIOR. DÍA. DELANTE DEL «EDIFICIO MONDRIAN».

NERÓN GOLDEN está tocando el timbre. Corte a PRIMER PLANO de su cara mientras habla directamente con la cámara. Por debajo de la voz en *off* oímos el *ding dong* del timbre que él sigue pulsando.

NERÓN

Pues claro que he sabido de inmediato que era él. Han enseñado el dibujo en televisión y lo he sabido nada más verlo. Eso no es la Mosca. Es Petronio. Y encima, el coche. Le ha quitado las matrículas, pero es mi coche. Yo mismo le di las llaves cuando se mudó al apartamento. Es un buen conductor, conduce con precaución. ¿Qué padre se esperaría una cosa así de su hijo? Lo tenemos en el parquin subterráneo del 100 de Bleecker, la torre de pisos de la NYU, la plaza se la subalquilamos a un profesor de periodismo que vive en el piso veinte. Conozco el coche, conozco a mi hijo y conozco a la mujer. Naturalmente. Es la mujer que le robó su hermano. Ha sido una venganza. Es terrible, pero a fin de cuentas es un hombre.

Corte.

INTERIOR. NOCHE. APARTAMENTO DE PETYA.

El apartamento está hecho un desastre, pero PETYA ha dejado entrar a MURRAY LETT. Él, PETYA, sigue encorvado, en cuclillas en el suelo, hacia el fondo del plano. LETT está

agachado a su lado y tiene los brazos sobre los hombros de PETYA. Éste está hablando sin parar. No oímos su monólogo.

RENÉ (EN OFF)

El soplete lo compró en internet. Fue fácil. Después de quitarle las matrículas al Suburban se fue con él a un supermercado de Queens y allí compró los bidones de plástico para la gasolina. Luego se fue a un supermercado distinto del condado de Nassau, de esos donde puedes comprar sin bajarte del coche, e hizo que se los llenaran. Lo de *hackear* los sistemas de seguridad de las galerías fue muy fácil, según él. Pero quizá no se había esperado la ola de culpa que lo golpeó inmediatamente después de los ataques. A punto estuvo de ahogarse en ella. Su desplome fue tremendo. Acabó ansioso, histérico, deprimido y borracho. El terapeuta quería ponerlo en alerta de suicidio. Su padre contrató enfermeras para que estuvieran con él las veinticuatro horas.

Corte a PETYA, que sigue hablando furiosamente, pero nosotros seguimos oyendo sólo la narración de RENÉ. A veces PETYA habla de forma sincronizada con las palabras de RENÉ.

RENÉ

Su ataque de rabia iba dirigido principalmente a su propia persona llena de culpa y vergüenza. Pese a todo, también habló largo y tendido de lo mucho que odiaba a su hermano. Sus sentimientos por Apu habían cuajado en forma de terrones de odio tan densos que solamente se podrían disolver con la sangre de su hermano, decía, y tal vez ni siquiera con eso bastara, tal vez a continuación necesitaría cagarse a intervalos frecuentes en la tumba rancia de Apu. En la sección de sucesos de la prensa sensacionalista leía noticias de hombres que habían tenido a mujeres prisioneras durante años y decía: tal vez yo también pueda hacerlo, tal vez pueda ponerle grilletes y amordazarlo y tenerlo en el sótano junto a la caldera y la bombona del agua caliente y torturarlo siempre que yo quiera. En los días después del ataque incendiario, Petya estuvo bebiendo mucho. También estuvo completamente desquiciado.

Corte.

EXTERIOR. DÍA. ESTUDIO DE NERÓN. LA CASA DORADA.

NERÓN GOLDEN con expresión fragorosa y plantado de espaldas a la ventana, y sus dos SARGENTAS esperando sus instrucciones.

NERÓN

Quiero al mejor abogado criminalista de América. Consegúdmelo hoy mismo y traedlo aquí.

Se abre la puerta y aparece VASILISA GOLDEN, con las manos sobre el útero. NERÓN se vuelve hacia ella, furioso por la interrupción, pero la expresión de la cara de su mujer lo hace callar.

VASILISA

Es hora.

Corte.

Primavera; ya no quedaba hielo en el Hudson y las velas surcaban felices las aguas del fin de semana. Seguía en California y premios Óscar para *Birdman*, pero en Gotham no había superhéroes a mano. El Joker estaba en la tele, anunciando su candidatura a las elecciones presidenciales junto con el resto del Escuadrón Suicida. Seguía quedando más de un año y medio de mandato del presidente en curso, pero yo ya lo echaba de menos y sentía nostalgia del presente, de aquellos años dorados, la legalización del matrimonio gay, el nuevo servicio de ferri a Cuba y la racha de siete victorias de los Yankees. Incapaz de ver cómo el risitas de pelo verde hacía su inverosímil declaración, acudí a la sección de sucesos de la prensa y me dediqué a leer sobre asesinatos. Un hombre armado había matado a tiros a un médico de El Paso y luego se había suicidado. Un hombre había disparado a sus vecinos, una familia musulmana de Carolina del Norte, por una disputa de aparcamiento. Una pareja de Detroit, Míchigan, se había declarado culpable de torturar a su hijo en el sótano de su casa. (Técnicamente, esta noticia no era de un asesinato, pero era una buena historia, o sea que contaba.) En Tyrone, Misuri, un hombre armado había matado a siete personas y luego se había convertido en su octava víctima. También en Misuri, un tal Jeffery L. Williams había disparado a dos policías delante de la comisaría de Ferguson. Un agente de policía llamado Michael Slager había matado a tiros a un hombre negro desarmado llamado Walter Scott en North Charleston, Carolina del Sur. En ausencia de Batman, la señora Clinton y el senador Sanders se ofrecían como alternativas al Escuadrón Suicida. En un

restaurante de Twin Peaks de Waco, Texas —«¡Comida! ¡Bebidas! ¡Bonitas vistas!»—, nueve personas habían muerto en una batalla entre moteros, y dieciocho más habían terminado en el hospital. Había habido inundaciones y tornados por todo Texas y Arkansas, diecisiete muertos y cuarenta desaparecidos. Y solamente estábamos en mayo.

—Dostoievski sacaba todos sus argumentos de la página de sucesos del periódico —me dijo Suchitra en tono meditabundo—. ESTUDIANTE ASESINA A CASERA. O como se diga en ruso. ¡Y bingo! *Crimen y castigo*.

Estábamos desayunando —*macchiatos* caseros y los crónuts que habíamos hecho cola para comprar en la calle Spring a las cinco y media de la mañana— sentados a la mesa de la esquina de los ventanales, con las vistas al puerto al sur y más allá del río al oeste. Se me ocurrió que era feliz, que había encontrado a la persona que me daba alegría, o bien que ella me había permitido encontrarla. Lo cual significaba probablemente que yo nunca podría contarle la verdad sobre el bebé; lo cual a su vez significaba que Vasilisa Golden me tenía aferrado en una presa que yo no podría romper nunca. Era cierto que, si revelaba su secreto, Vasilisa no sólo me dejaría sin mi mayor esperanza de ser feliz, sino que también echaría por tierra su propia estrategia. Pero quizá estaba tan segura de sí misma que no le importaba. A fin de cuentas, había superado el drama de su escarceo con Masha la monitora de *fitness*, ¿verdad? Y Nerón cada vez estaba más viejo y más ansioso por no vivir y morir solo... Aparté estos pensamientos de mi cabeza, consciente de que estaba sucumbiendo a la paranoia. Vasilisa no iba a contar nada. Y así pues, mientras me comía mi crónut y miraba las críticas de cine del dominical del *Times*, me sentí satisfecho, contento de dejar que Suchitra pensara en voz alta, como le gustaba hacer en aquellos escasos remansos de su horario ininterrumpido. De aquellas lluvias de ideas de los domingos —en las que dejaba que su mente volara libre y creara asociaciones libres de una cosa a otra— le venían a menudo los proyectos que quería llevar a cabo.

—¿Es verdad? —le pregunté—. ¿Lo de Dostoievski?

Y con eso le bastó. Asintió solemnemente con la cabeza y blandió en mi dirección su crónut mientras masticaba el pedazo que tenía en la boca; nada más tragárselo se puso a rajar:

—*Verdad* es un concepto muy del siglo XX. La cuestión es si puedo hacértelo creer, si puedo repetirlo las veces suficientes como para hacerlo pasar por verdadero. La cuestión es si puedo mentir mejor que la verdad. ¿Sabes qué dijo Abraham Lincoln? «Hay montones de citas inventadas en internet.» Tal vez deberíamos olvidarnos de hacer documentales. Tal vez deberíamos mezclar los géneros y ser un poco *género queer*. Tal vez la forma artística de hoy en día sea el falso documental. Le echo la culpa a Orson Welles.

—El Mercury Theatre on the Air —le dije, uniéndome a la diversión—. *La guerra de los mundos*. La radio. De eso hace mucho tiempo. En aquella época la gente todavía creía en la verdad.

—Inocentes —dijo—. Se creyeron a Orson. Todo empieza en alguna parte.

—Y ahora el setenta y dos por ciento de los votantes republicanos creen que el presidente es musulmán.

—Si ahora se presentara candidato a las presidenciales un gorila muerto del zoo de Cincinnati, se llevaría al menos un diez por ciento de los votos.

—Ahora en Australia ya hay tanta gente que declara en el censo que su religión es «Jedi» que se ha vuelto oficial.

—Ahora la única persona que crees que te está mintiendo es el experto que realmente sabe algo. Es a él a quien no hay que creer, porque él es la élite y las élites están contra el pueblo y quieren hundirlo. Conocer la verdad es ser elitista. Si dices que has visto la cara de Dios en una sandía, te creerá más gente que si encuentras el eslabón perdido, porque si eres un científico entonces eres elitista. La telerrealidad es falsa pero no es elitista, así que la gente se la cree. Las noticias, en cambio, son elitistas.

—Yo no quiero ser elitista. ¿Lo soy?

—Tienes que trabajar en ello. Tienes que volverte posfactual.

—¿Eso es lo mismo que ficticio?

—La ficción es elitista. Nadie se la cree. Lo posfactual es algo de circulación masiva, de la era de la información y generado por *trolls*. Es lo que quiere la gente.

—Le echo la culpa a la «verdadoide». Le echo la culpa a Stephen Colbert.

Era nuestra típica cháchara de los domingos, pero esta vez fui yo quien tuvo un momento de bombilla. Mi gran proyecto, basado en los Golden, había que escribirlo y rodarlo como documental, pero también guionizarlo y ponerle actores. Y en cuanto se me ocurrió esto, me apareció el guion en la cabeza, y en cuestión de semanas ya tenía un borrador, y para finales de año me lo seleccionarían para el Taller de Guion de Sundance, y al año siguiente..., pero la emoción me está haciendo adelantarme a los hechos. Rebobinemos de vuelta a aquel domingo de primavera. Porque aquel mismo día yo tenía una cita con mi hijo.

Sí, estaba jugando con fuego, pero el programa humano es poderoso y quiere lo que quiere. La idea de no tener contacto alguno con la carne de mi carne me resultaba atroz, y así, tras marcharme de la Casa Dorada, me congracié desvergonzadamente con Nerón Golden, para quien el recién nacido, su primer hijo en mucho tiempo, también era una obsesión. Le dije que quería asegurarme de que nos mantuviéramos en contacto después de toda su amabilidad, después de que él hubiera sido tan generoso conmigo como si fuera de mi familia, y que, como yo ya lo consideraba mi familia (os he advertido de que fue algo desvergonzado), teníamos que continuar con nuestra costumbre de juntarnos para comer algo —¿la merienda, quizá?— en el Russian Tea Room.

—Ah, y sería genial si pudiera traerse usted también al bebé —añadí en tono inocente. El viejo picó el anzuelo, de forma que pude ver crecer a mi pequeñajo, y jugar con él, y tenerlo en brazos. Nerón se presentó en el Tea Room con el bebé y su niñera, y la niñera me entregó al niño sin rechistar y se retiró a un rincón del restaurante.

—Es asombroso lo bien que se te da el crío —me dijo Nerón Golden—. Me da la sensación de que te estás poniendo un poco padrazo tú también. Esa chavala tuya es magnífica. Tal vez deberías preñarla.

Yo sostuve a mi hijo pegado a mí.

—Da igual —dije—. Con este pequeñajo ya tengo bastante.

A la madre de la criatura no le hacía ninguna gracia mi estrategia.

—Prefiero que te dejes ver lo menos posible —me llamó para decirme—. El niño tiene unos padres excelentes que le pueden dar todo lo que necesita y

más, a diferencia de ti, naturalmente. No sé por qué estás haciendo esto, pero sospecho que quizá tu móvil es financiero. Ha sido un error mío, tendríamos que haber hablado de esto de antemano. Así pues, de acuerdo: si tienes una cifra en mente, dímela y veamos si se ajusta a la cifra que tengo en mente yo.

—No quiero tu dinero —le dije—. Solamente quiero merendar de vez en cuando con mi hijo.

Esto causó un silencio en el que pude oír al mismo tiempo su incredulidad y su alivio. Y por fin:

—Muy bien —me dijo con irritación considerable—. Pero no es tu hijo.

Aquel domingo, Suchitra también se quedó un poco perpleja ante mi interés por el niño.

—¿Esto es alguna clase de indirecta? —me preguntó con su estilo típico de «desenfunda y dispara»—. Porque permíteme que te diga que tengo una carrera en ciernes y ahora mismo no está en mis planes pararme de golpe para hacer de mamá del bebé de otra persona.

—¿Qué puedo decirte? Me gustan los bebés —le dije—. Y lo genial de que el bebé sea de otro es que cuando terminas de jugar lo puedes devolver.

Habían salvado a Petya de la cárcel. La ausencia de gente en los edificios, y la consiguiente inexistencia de daños a seres humanos, comportó que el crimen se clasificara como incendio premeditado de tercer grado, que era un delito grave de clase C. La legislación de Nueva York dictaminaba que el castigo mínimo para un delito grave de clase C era entre uno y tres años de cárcel, y el máximo era entre cinco y quince. Sin embargo, si podían demostrarse circunstancias atenuantes, a los jueces se les permitía imponer sentencias alternativas que implicaran mucho menos tiempo en prisión, o incluso ninguno. Los «mejores criminalistas de América» alegaron con éxito que había que tener en cuenta el AAF de Petya. No se usó el argumento del crimen pasional, que podría haber sido efectivo en Francia, por ejemplo. A Petya se le ordenó someterse a evaluación psiquiátrica seguida de tratamiento, ponerse bajo la supervisión de la comunidad y pagar las tarifas oportunas, además de reparar la totalidad de los daños que había causado.

Nerón contrató a tiempo completo a Murray Lett, que dejó al resto de sus clientes y se mudó al apartamento de Petya para vigilar que éste no se hiciera daño a sí mismo y para trabajar en sus muchos problemas. El tribunal aceptó el rol de Lett, lo cual facilitó las cosas. Eso resolvió el aspecto criminal del caso, y Petya se presentó ante sus supervisores tal como se le pedía, aceptó someterse a análisis antidrogas esporádicos y ser monitorizado electrónicamente por medio de una pulsera cerrada con llave alrededor del tobillo; aceptó las estrictas condiciones de su libertad condicional y realizó sus horas de servicio a la comunidad en silencio y sin quejas, trabajando en la limpieza y mantenimiento de varios edificios públicos, con permiso especial para trabajar en interiores debido al recrudecimiento de su agorafobia, pintar, enyesar y dar martillazos sin decir palabra, sin queja, pasivamente; desconectado de su cuerpo, o eso parecía, permitiendo que sus extremidades hicieran lo que se les pedía mientras sus pensamientos iban a otra parte, o a ninguna.

La cuestión de la compensación económica fue más compleja. Frankie Sottovoce había interpuesto un pleito civil por daños en el que se nombraba no solamente a Petya, sino también a Nerón, y seguía abierto. Ubah Tuur no estaba implicada. Resultó que Sottovoce le había comprado todas las piezas directamente antes de la inauguración, de tal forma que en el momento de los incendios le pertenecían a él. Ella ya tenía su dinero. La galería estaba asegurada, pero había una diferencia de cifras considerable, según los abogados de Sottovoce, entre lo que la aseguradora estaba dispuesta a pagar y el valor que habrían tenido las piezas de Tuur si se las ponía en el mercado. Además, ambos edificios requerían renovaciones estructurales y se iba a perder mucho dinero por culpa de las exposiciones que no se podrían celebrar mientras estuvieran teniendo lugar aquellas renovaciones. Así pues, había una sentencia multimillonaria pendiente —aunque se daba por sentado que las ganancias que había obtenido Petya de sus aplicaciones de juegos en red bastaban y sobaban para pagar todas las compensaciones—, y los abogados de la familia Golden estaban usando todas las moratorias que permitía la ley con la esperanza de obligar a Sottovoce a sentarse a la mesa de negociaciones y obtener un acuerdo más llevadero, y usando también todas las lagunas (o

quizá un término mejor: flexibilidades) legales concomitantes para impedir que Petya fuera a la cárcel mientras se resolvían las cuestiones financieras.

Fue Apu Golden el primero en intuir que, fueran cuales fueran los resultados del pleito civil, el incendio de Petya había causado un daño enorme no solamente a las Galerías Sottovoce, sino también a la Casa Dorada. (Además había dado al traste con su relación con Frankie Sottovoce, que le había sugerido sin rodeos que se buscara una nueva casa para su arte.) Yo lo visité en su estudio de Union Square y me ofreció té verde chino de Hangzhou y un plato lleno de tacos apilados de queso italiano del duro.

—Quiero hablarte como a un hermano —me dijo—. Como a un hermano honorario, porque, llegado este punto, ya lo eres. Mira nuestra familia. ¿Me entiendes? Mírala. Estamos, y perdón por decirlo llanamente, acabados. Es el principio de la caída de la casa Usher. No me sorprendería que a la casa de la calle Macdougall le saliera una grieta que la partiera en dos y la hiciera derrumbarse, ¿me entiendes? Sí, tengo visiones de destinos trágicos.

Yo no dije nada. Él estaba empezando a soltarse.

—Rómulo y Remo —dijo—. Así nos veía D. Estaba tan ocupado sintiéndose excluido de nuestros juegos que nunca llegó a ver lo difícil que me resultaba ser el hermano de Petya, el esfuerzo que yo invertía en darle una buena infancia, o todo lo buena que podía ser considerando las circunstancias. Yo ya era adulto y todavía seguía jugando con trenecitos y Scalextric porque a él le gustaban. Todos lo hacíamos. Hasta mi padre. Y ahora da la impresión de que fracasamos todos, después del colapso estrepitoso de él. El colapso que aplastó las galerías. Ahora está ahí, hecho un despojo, con el australiano, y quién sabe si se lo puede recomponer. Y D, ¿quién sabe qué está pasando con él? ¿O ahora hay que decir con ella? No lo sé. ¿Acaso lo sabe él? ¿O ella? Qué locura. Y, por cierto, ¿sabes que se supone que ya no hay que decir *loco*? Tampoco se puede decir *demente* ni, supongo, *chiflado*. Ahora esas palabras son insultos a los enfermos mentales. Ahora esas palabrotas han caído en desgracia, ¿lo sabías? Yo tampoco. Por mucho que solamente estés diciendo «Esto es una locura» y ni siquiera estés pensando en enfermos mentales, por el amor de Dios, al parecer aun así los estás insultando. ¿A quién se le ocurren estas cosas? Deberían intentar vivir

una temporada con el problema y ver si no necesitan desfogarse un poco. Ver si no necesitan decir: «Sí, lo siento, pero la cordura existe y por tanto la locura también». No estar loco existe y de eso se deriva que estar loco también. Y si existe, podemos usar la palabra. El lenguaje es eso. ¿No te parece? ¿O acaso soy una mala persona? ¿Estoy chiflado?

El tema había cambiado de golpe. En los últimos días de la protesta de Zuccotti Park, Apu se había peleado con mucha gente del movimiento Occupy, en parte debido a la frustración que le producía su anárquica falta de timón y de líderes y en parte porque, según decía, «les interesa más la postura que los resultados. Y la cuestión del lenguaje es un poco lo mismo. Perdona, pero si limpias demasiado el lenguaje lo matas. La suciedad es libertad. Hay que conservar un poco de suciedad. ¿Depurar? No me gusta cómo suena eso». (En un momento posterior de mi investigación conocí a unos cuantos manifestantes y casi ninguno se acordaba de Apu. El único que se acordaba me dijo: «Ah, sí, el pintor rico que venía por aquí para cultivar su imagen. Nunca me cayó bien».)

Yo sospechaba que la diatriba de Apu tenía su origen en algo personal, porque las ideas no eran su impulso primario. *Cherchez la femme*, pensé, y ella le salió de los labios al cabo de un momento:

—Ubah está muy metida en todo esto —me dijo—. Ya sabes. Vigila esa lengua. Cuidado con lo que dices. Ándate con pies de plomo. Cada paso puede activar una mina. ¡Bum, bum! Tu lengua corre peligro cada vez que abres la boca. Es agotador, te lo confieso.

—Entonces ¿ya no estáis saliendo juntos?

—No seas tonto —me dijo—. ¿Puedo decirte esto sin ofender a las personas poco inteligentes? Bueno, te lo digo. Claro que estoy saliendo con ella. Es tan extraordinaria que no puedo dejarlo. Si ella quiere que vaya con cuidado con lo que digo, muy bien, pues, voy con cuidado, al menos cuando ella está delante; y luego, por desgracia, tú pagas los platos rotos porque cuando ella no está me tengo que desahogar. Pero no fue fácil conservarla después de que mi hermano de los cojones le destruyera la exposición entera. O sea, *entera*. Sólo queda chatarra. ¿Sabes cuánto tiempo tarda ella en hacer esas piezas? Meses. Claro que se puso furiosa, y él es mi hermano, por el

amor de Dios. Se pasó unos días sin poder hablarme. Pero la cosa ya está mejor. Se ha tranquilizado. Básicamente es una persona tranquila y una buena persona. Sabe que no es culpa mía. Y eso es lo que trato de decir, que Petya y yo nunca fuimos Rómulo y Remo. Yo simplemente intentaba que no se fuera todo a pique, mi vida familiar y mi infancia, y ahora todo aquello se acabó, todo se ha ido al garete.

Negó con la cabeza y se acordó de su tema original.

—Ah, sí. Perdona. Me he dejado llevar un poco por la cólera. Ya estoy de vuelta. Lo que te quería decir, al principio, la razón de que yo esté aquí sentado contigo y con el té y el queso es que mi familia entera es un desastre, y tú, hermano que no eres mi hermano, eres el único miembro de mi familia con el que puedo hablar de esto. Uno de mis hermanos es un incendiario, el otro no sabe si es mi hermanastro o mi hermanastra. Y mi padre, aparte de hacerse viejo y quizá empezar a perder la cabeza, o sea, con esa mujer la ha perdido del todo, con su esposa, hasta me cuesta decir la palabra, y ahora con este bebé, ni siquiera lo puedo considerar mi hermano. Mi medio hermano. Mi medio hermano bebé medio ruso. Al bebé le echo un poco la culpa de todo. Aparece él y el mundo se desmorona. Es como una maldición. O sea, la situación me está volviendo loco, y eso que yo soy el cuerdo. Pero todo esto son rezongos míos, que ya se sabe que son lo normal en mí. No es para contarte esto por lo que te he invitado. Sé que estas cosas no te tiran, pero tú escúchame de todas formas. He empezado a ver fantasmas.

Aquello marcó el final del periodo político de Apu. Yo casi solté una carcajada. Por primera vez aquel día permití que mi mirada se posara en las obras nuevas que él tenía a medias, y me alegré al ver que se había sacudido de encima la influencia excesiva de los agitadores políticos del arte contemporáneo —Dyke Action Machine!, Otabenga Jones, Coco Fusco— y que había regresado su iconografía anterior, mucho más rica y viva, sacada de las tradiciones místicas del mundo. Me llamó la atención en particular una pintura grande y apaisada en colores naranjas y verdes muy vivos, retrato triple a tamaño natural de su bruja favorita, la *mãe de santo* de Greenpoint, flanqueada por sus deidades preferidas Orisha y Olodumaré. El misticismo y las drogas psicotrópicas nunca estaban muy separadas en la práctica de Apu,

lo cual explicaba probablemente el advenimiento de sus visiones.

—¿Ahora estás tomando ayahuasca? —le pregunté.

Apu retrocedió con gesto de espanto fingido.

—¿Estás de broma? Yo jamás les sería infiel a mi *mãe* y a su gente. —(El uso de ayahuasca en la práctica chamanística estaba conectado a la religión de Santo Daime, en Brasil, y había gente que llamaba a la droga *daime* en honor de aquel santo)—. Y, en cualquier caso, no son visiones de Dios lo que he estado teniendo.

A veces costaba saber si estaba hablando en sentido literal o figurado.

—Ven a verlo —me dijo.

En la otra punta de la galería había un lienzo grande cubierto por una sábana toda salpicada de pintura. Cuando retiró la sábana, vi una escena extraordinaria: un enorme y detallado paisaje urbano de Manhattan del que se habían eliminado todos los vehículos y peatones, una ciudad vacía poblada solamente por figuras traslúcidas, las masculinas vestidas de blanco y las femeninas de azafrán: todas con la piel verde, algunas flotando cerca del suelo y otras arriba en el aire. Eran fantasmas, ciertamente, pero ¿fantasmas de qué?

Apu cerró los ojos y cogió aire. Luego, soltándolo, me dedicó una pequeña sonrisa y abrió las compuertas del pasado:

—Durante mucho tiempo —me dijo—, él nos controló con dinero, con el dinero que nos daba para mantenernos, con la parte que nos prometió que nos correspondía, y nosotros hacíamos lo que nos decía. Pero también con algo mucho más poderoso que el dinero. Así funcionaba la familia. Él era la cabeza y nosotros las extremidades, y el cuerpo siempre sigue las instrucciones de la cabeza. Nos educaron así, con los conceptos de la vieja escuela. Lealtad absoluta, obediencia absoluta, nada de discusiones. La cosa no duró eternamente, pero sí funcionó durante mucho tiempo, hasta muy entradas nuestras vidas adultas. Ya no éramos niños, pero durante muchísimo tiempo nos dedicamos a saltar cada vez que él saltaba, a sentarnos cuando él nos lo mandaba y a reír o a llorar cuando él nos mandaba que riéramos o lloráramos. Cuando nos vinimos a vivir aquí, fue fundamentalmente porque él dijo: ahora nos mudamos. Pero todos teníamos razones para seguir el plan.

A Petya, por supuesto, le hace falta mucho apoyo. Para D, aunque entonces no lo supiera, América es la vía para llegar a la metamorfosis que quiere, o que no quiere, no lo sé, o bien él no lo sabe, pero por lo menos aquí la puede explorar. En mi caso había gente de la que me quería alejar. Enredos. No financieros, aunque durante una época tuve deudas de juego. Aquella época ya había quedado atrás. Ahora, en cambio, tenía problemas románticos. Había una mujer que me había roto el corazón; otra mujer que estaba un poco loca, en el buen sentido la mayor parte del tiempo, aunque no siempre, y que quizá fuera peligrosa para mí, no físicamente, sino también en cuestiones del corazón; y una tercera que me amaba pero que se me pegaba tanto que no me dejaba espacio para respirar. Rompí con todas ellas, o bien ellas rompieron conmigo, no importa, pero no se marcharon. Nadie se marcha nunca. Lo que hicieron fue rodearme como helicópteros iluminándome con sus reflectores, y yo me vi atrapado en sus haces cruzados como un fugitivo. Luego un amigo mío, escritor, y de los buenos, me dijo algo que me hizo cagarme de miedo. Me dijo: piensa en la vida como si fuera una novela, digamos una novela de cuatrocientas páginas, y luego imagínate cuántas páginas del libro has usado ya. Y acuérdate de que, pasado cierto punto, no conviene presentar a un personaje nuevo. Pasado cierto punto te has de quedar con los personajes que ya tienes. Así que quizá necesitas pensar en una forma de presentar a ese nuevo personaje antes de que sea demasiado tarde, porque todo el mundo envejece, hasta tú. Esto me lo dijo justo antes de que mi padre decidiera que teníamos que mudarnos. Así que cuando mi padre tomó aquella decisión pensé: fíjate, genial. Mejor todavía que intentar presentar a un personaje nuevo aquí, donde las ex me tienen rodeado con sus reflectores. De esta forma puedo tirar el libro entero y empezar a escribir una historia nueva. A fin de cuentas, mi libro hasta entonces no era tan bueno. De forma que lo hice, y aquí estoy, y he empezado a ver fantasmas, porque el problema de intentar escapar uno mismo es que te traes a ti mismo.

Ahora distinguí en la pintura las figuras suspendidas de las mujeres helicóptero, y la silueta pequeña y negra de un hombre acobardado debajo de ellas, la única figura de sombra de toda aquella obra sin sombras. El hombre atormentado y los fantasmas de su pasado perdido atormentándolo. Y percibí

también que el presente era inestable: los edificios estaban torcidos y distorsionados, como si los viéramos a través de un cristal viejo e irregular. El aspecto del paisaje urbano me hizo pensar en *El gabinete del doctor Caligari*. Y eso me recordó al instante mi primera impresión de Nerón Golden como el doctor Mabuse, maestro del crimen. No se lo mencioné, pero sí que le pregunté por el expresionismo alemán. Él negó con la cabeza.

—No, la distorsión no es referencial. Es real. —Había desarrollado un problema de retina, degeneración macular—. Por suerte es del tipo húmedo, porque para el tipo seco no existe tratamiento, pierdes la vista y ya está. Además, lo bueno es que solamente la tengo en el ojo izquierdo. Si cierro el ojo izquierdo lo veo todo normal. Pero si cierro el derecho, el mundo se convierte en esto. —Señaló el cuadro con el pulgar—. El izquierdo lo ve todo distorsionado y deformado. Que es como está todo en realidad. Es el ojo derecho el que percibe la ficción de la normalidad. Así que tengo la verdad y las mentiras, un ojo para cada cosa. Está bien.

A pesar de su tono sarcástico de costumbre, me di cuenta de que estaba agitado.

—Mis fantasmas son reales —dijo, recuperando el aplomo—. Por alguna razón me siento mejor diciéndole esto a un ser antiespiritual como tú. —(Una vez yo le había dicho que era necesario aparcar la palabra *espiritual*, que ahora se aplicaba a todo, desde la religión hasta los regímenes de ejercicio y los zumos de frutas, quizá durante un centenar de años más o menos)—. Y no es un tema de drogas, lo juro. Aparecen sin más, en plena noche pero también en pleno día, en mi dormitorio o en la calle. Nunca son sólidos. Puedo ver a través de ellos. A veces chisporrotean y crepitan un poco y están quebrados como imágenes de vídeo defectuosas. A veces están bien definidos y claros. No lo entiendo. Solamente te estoy diciendo lo que veo. Tengo la sensación de estar perdiendo la cabeza.

—Cuéntame exactamente cómo pasa —le dije.

—A veces no veo nada —me dijo—. A veces sólo oigo cosas. Palabras que me cuesta entender, o bien perfectamente claras. A veces aparecen también las imágenes. Lo extraño es que no sucede necesariamente que me estén hablando a mí. Las ex que vuelan en círculos sí, seguro, pero los demás

parece simplemente que estén viviendo sus vidas, y yo estoy excluido de ellas, porque me he excluido yo mismo, y experimento una fuerte sensación de haber hecho algo mal. Todos son gente de la ciudad de donde venimos, ¿entiendes? Todos. —La sonrisa se le había ido de la cara. Se lo veía muy disgustado—. He estudiado a los visionarios de la historia —dijo—. Juana de Arco, san Juan Evangelista. Hay parecidos. A veces es doloroso. A veces parece que las visiones vengan de dentro del cuerpo, de la región del ombligo, y que estén siendo extirpadas. Otras veces parecen algo puramente externo. Justo después de tenerlas, uno suele desmayarse. Son agotadoras. Esto es lo que tenía que contarte. Dime qué te parece.

—Da igual lo que me parezca a mí —le dije—. Cuéntame por qué crees que pasa.

—Creo que me marché de mala manera —me dijo—. Yo no estaba bien. Me fui sin hacer las paces. Esto te va a costar aceptarlo. Los espíritus familiares están furiosos con nosotros, las deidades del lugar. Hay una forma correcta y una incorrecta de hacer estas cosas, y yo, nosotros, todos, simplemente nos extirpamos, arrancamos la esquina de la página en la que estábamos, y eso es una forma de violencia. El pasado hay que ponerlo a descansar. Ahora mismo tengo la poderosa sensación de que no puedo ver el camino que debo tomar. Me da la sensación de que no hay ninguno. O bien que, para que haya un camino que avance, primero tiene que haber un viaje hacia atrás. Eso es lo que creo.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le pregunté—. O sea, ¿no puedes hacer ofrendas para aplacar a quien sea que esté haciendo esto? Esto son aguas profundas para mí. No toco fondo.

—Tengo que volver —me dijo—. Además, Ubah quiere visitar el país. Así que considéralo una combinación de viaje turístico y cura para la nostalgia. Considéralo mi necesidad de averiguar si allí hay un «allí» para mí. Así no tienes que poner en peligro tu visión racionalista del mundo. —Esto me lo dijo en tono casi furioso. A continuación, sin embargo, me dedicó una sonrisa para excusar y compensar la dureza de su tono.

—¿Qué crees que pasaría si no fueras?

—Si no fuera —me dijo—, creo que seguramente una fuerza oscura

salida del pasado cruzaría el mundo volando y nos destruiría a todos.

—Oh.

—Tal vez sea demasiado tarde. Tal vez la fuerza oscura ya haya tomado su decisión. Pero lo voy a intentar. Y entretanto Ubah puede pasearse por Marine Drive por las noches y ver los jardines colgantes de Malabar Hill y visitar un estudio de cine, y quizá podamos hacer un viajecito para ver la tumba de Taj Bibi en Agra, ¿por qué no?

—¿Iréis pronto?

—Esta noche —me dijo—. Antes de que sea demasiado tarde.

Cada vez que me enteraba de algo del pasado de la familia Golden, era consciente de las lagunas de su crónica familiar. Había cosas que nadie contaba, y costaba saber cómo traspasar el velo que pendía sobre la historia. Apu parecía tenerle mucho miedo a algo, pero, fuera lo que fuera ese algo, no era un fantasma. Parecía más probable que hubiera gato encerrado. Me sorprendí a mí mismo pensando, y no por primera vez, en aquella ocasión en su despacho en la que Nerón Golden me había contado la historia de «Don Corleone».

Aquel mismo día le dije a Suchitra:

—Me encantaría acompañarlos en su viaje. Podría ser una parte importante de la historia.

—Ahora estás haciendo un falso documental —me dijo ella—. Así pues, invéntatelo.

Yo me quedé un poco pasmado.

—¿Que me lo invente?

—Tienes imaginación —me dijo ella—. Pues imagínatelo.

«Una historia de oro», recordé. Según los romanos, una trola enorme y descabellada. Una mentira.

Se daba el caso, y al mismo tiempo no se daba, de que el gran sitarista Ravi Shankar solamente había tocado con cuatro sitares en toda su vida, y de que con uno de ellos le había enseñado los fundamentos del instrumento al Beatle

George Harrison, y de que aquellas lecciones habían tenido lugar en una suite del gran hotel situado junto al puerto, y de que ahora Ravi Shankar ya no estaba pero el sitar seguía en una vitrina de cristal, mirando con benevolencia el ir y venir de los ocupantes de la habitación. El gran hotel había sido magníficamente restaurado después de la atrocidad terrorista, y la solidez del viejo edificio de piedra le había permitido seguir en pie, y el interior se veía mejor que nunca, pero la mitad de las habitaciones estaban vacías. Delante del gran hotel había barreras y detectores de metales y todo el aparato funerario de la seguridad, y aquellas defensas eran un recordatorio del horror y lo contrario de una invitación. Dentro del hotel, las muy célebres tiendas de las galerías comerciales habían experimentado un descenso del cincuenta por ciento o más de las ventas. La consecuencia del terror era el miedo, y, aunque mucha gente se declaraba decidida a apoyar al gran hotel del puerto en su periodo de renacimiento, el duro idioma de los números decía: «no la suficiente gente». Las parejitas y las señoras pudientes ya no chapoteaban entre el té y la merienda en el Sea Lounge, y muchos extranjeros también se iban a otros sitios. Se podía reparar la estructura del edificio, pero los daños a su magia permanecían.

¿Por qué estoy aquí?, le dijo el hombre que ahora se hacía llamar Apuleyo Golden a Ubah Tuur mientras el sitar de Ravi Shankar los escuchaba. Éste es el edificio donde murió mi madre. Ésta es la ciudad que dejé de amar. ¿Acaso estoy tan loco como para creer en fantasmas y cruzar el mundo en un avión para... qué? ¿Para una especie de exorcismo? Menuda estupidez. Es como si estuviera esperando a que pasara algo. ¿Y qué puede pasar? Nada. Hagamos el turista y volvámonos a casa. Vayamos al Leopold a tomar café y al Museo de Bhau Daji Lad para ver las exposiciones y también al Museo Príncipe de Gales, que me niego a llamar Museo Chhatrapati Shivaji porque es alguien a quien le importaba un cuerno el arte. Comamos comida de los tenderetes de la calle en la playa de Chowpatty y enfermemos del vientre como turistas auténticos. Compremos pulseras de plata en el Bazar de Chor y admiremos los frisos del padre de Kipling y comamos cangrejos al ajo en Kala Ghoda y pongámonos tristes porque ha cerrado el Rhythm House y lamentemos también la desaparición del Café Samovar. Vayamos a

escuchar música al Blue Frog y al Aer a ver las vistas desde las alturas y al Aurus a ver el mar y al Tryst a ver las luces y al Trilogy a ver chicas y al Hype para estar a la última. A la mierda. Estamos aquí. Pues hagámoslo.

Tranquilízate, dijo ella. Pareces histérico.

Va a pasar algo, dijo él. He sido traído desde la otra punta del mundo por una razón.

En el vestíbulo se le tiró encima una mujer glamourosa. ¡Groucho!, exclamó. ¡Has vuelto! Luego vio que la estaba mirando la alta belleza somalí. Oh, perdona, dijo. A éste lo conozco desde que era un crío. A su hermano mayor lo llamábamos Harpo, ya sabes. Se dio unos golpecitos en la sien. Pobrecillo. Y a éste Groucho, porque siempre andaba rezongando y persiguiendo a las mujeres.

A mí me lo vas a contar, dijo Ubah Tuur.

¡Tenemos que montar una fiesta!, dijo la mujer glamourosa. ¡Llámame, cielo! ¡Llámame! Reuniré a todo el mundo. Y se marchó a toda prisa, hablando por el móvil.

Ubah Tuur interrogó a Apu con la ceja.

No me acuerdo ni de cómo se llama, dijo él. Es como si no la conociera de nada.

Groucho, dijo Ubah Tuur, burlona.

Sí, contestó él. Y a D lo llamaban Chico. Éramos los putos hermanos Marx. Trae aquí ese helado tutsi-frutsi. No quiero ser miembro de ningún club que me acepte como miembro. Está en todos los contratos, es lo que llaman cláusula de cordura. Ja, ja, ja..., a mí no me engañas. No existe ninguna cláusula de gordura. ¿Cuánto cobrarías por meterte en una cloaca? Lo justo para cubrirla. Me lo he pasado muy bien, pero hoy no. Te mataría por dinero, ja, ja, ja. No, eres mi amigo. Te mataría por nada. Ha valido la pena cruzar medio mundo corriendo para alejarme de eso.

Ya está valiendo la pena haber venido, dijo ella. Estoy descubriendo cosas de ti que no he sabido nunca, y eso que ni siquiera hemos salido del hotel.

He estado buscando una chica como tú, dijo él con voz de Groucho. No a ti, sino una como tú.

Corte.

No habían caminado más que unos pasos por el Apollo Bunder en dirección al Arco cuando Ubah se detuvo y llamó la atención de Apu hacia el cuarteto de hombres casi cómicamente llamativos que iban sudando con sus trajes y sombreros negros, camisas blancas con corbatas negras estrechas y gafas de sol, dos caminando detrás de ellos y otros dos en la otra acera.

Parece que nos acompañan los personajes de *Reservoir Dogs*, dijo ella. O los Blues Brothers, quién sabe.

Cuando se los interpeló, los integrantes del cuarteto contestaron respetuosamente. Señor-ji, somos socios de unos socios comerciales de ese gran hombre que es el padre de usted, dijo el que se parecía más a Quentin Tarantino en el papel de «señor Marrón». Se nos ha encargado específicamente velar por la seguridad personal de usted y se nos ha ordenado que procedamos con sutileza y discreción máximas.

¿Quién se lo ha encargado?, les preguntó Apu, molesto, receloso y todavía rezongando.

Señor-ji, ha sido el estimado padre-ji de usted, por medio de ciertos canales. El estimado padre de usted no estaba al corriente de su decisión de regresar aquí, y al enterarse se ha mostrado preocupado por el bienestar de usted y desea que todo el mundo esté bien.

En ese caso, informen por favor a mi padre, por medio de esos mismos canales, de que no necesito niñera, y en cuanto lo hagan ya pueden marcharse ustedes a sus casas.

El señor Marrón pareció más afligido que nunca. No nos compete dar instrucciones, dijo. Solamente nos compete obedecer.

Aquello era un callejón sin salida. Por fin Apu se encogió de hombros y dio media vuelta. Quedaos atrás, les dijo. Guardad las distancias. No os quiero donde os pueda ver. Si giro la cabeza, apartaos de un salto. Que yo no os pueda ver. Y lo mismo con esta señorita. Apartaos de un salto.

El señor Marrón agachó la cabeza con una especie de tristeza amable. Muy bien, señor-ji, le dijo. Haremos un esfuerzo.

Se quedaron un rato mirando los barcos del puerto. Es ridículo, dijo Apu. Entiendo que le pusiera escolta a Petya en su larga caminata porque es Petya, pero a mí necesita empezar a tratarme como a un adulto.

Ubah, con su estilo imperturbable, soltó una risilla. De camino aquí, dijo, yo pensaba que la India me iba a horrorizar por su pobreza, que es quizá peor que en América, o igual de mala pero distinta, y en cualquier caso requiere amoldarse a ella. Pero no me di cuenta de que en cuanto llegáramos a la ciudad estaríamos entrando en una película de Bollywood.

Corte.

Cuando volvieron al hotel después de cenar, había un caballero esperándolos en el vestíbulo, de pelo canoso y perfil aguileño, vestido con traje de color crema, corbata de club de críquet y un sombrero Borsalino en las manos. Hablaba el inglés de la clase hacendada de Inglaterra a pesar de que no era inglés.

Disculpe, lo siento mucho. ¿Le importaría a usted mucho que yo...? Espero que no lo considere una impertinencia si me atrevo a solicitarle unos minutos de su tiempo.

¿De qué se trata?

¿Podríamos, quizá, ir a un escenario más discreto...? ¿Podría atreverme a pedirle ese favor? Donde no nos vean ni nos oigan...

Ubah Tuur aplaudió literalmente. Creo que todo esto lo has organizado tú, le dijo a Apu. Para entretenerme y para hacerme creer que las cosas son así todo el tiempo. Por supuesto, señor, le dijo al hombre del traje de color crema. Le invitamos encantados a que suba a nuestra suite.

Funde a blanco.

En la suite. El hombre estaba de pie con aspecto incómodo junto a la vitrina que contenía el sitar de Ravi Shankar, manoseando el ala de su sombrero y rechazando la invitación a sentarse.

Estoy seguro de que no les sonará mi nombre, dijo. Mastan. Soy el señor

Mastan.

No, lo siento, no me suena, dijo Apu.

No soy un hombre joven, contestó el señor Mastan. Dios me ha concedido ya más de setenta años. Pero hace casi medio siglo, cuando era un joven oficial de policía del Departamento de Investigaciones Criminales, tuve lo que se podría llamar cierta relación con un socio del padre de usted.

Otro socio de un socio, dijo Apu. Vaya día llevan.

Perdone que se lo pregunte, dijo el señor Mastan. ¿Alguna vez le habló su estimado padre de ese socio, al que él solía referirse humorísticamente como Don Corleone?

Ahora Apu se quedó muy callado; tanto, de hecho, que su silencio fue una forma de hablar. El señor Mastan asintió con la cabeza con gesto de deferencia. Me he preguntado a menudo, dijo, cuánto sabían los hijos del padre de usted sobre los negocios de su padre.

Soy artista, dijo el artista. Las finanzas no son asunto mío.

Por supuesto, por supuesto. Es natural. El artista vive en un plano elevado y no le interesa el vil lucro. Personalmente siempre he admirado el espíritu bohemio, aunque por desgracia no forma parte de mi naturaleza.

Ubah se fijó en que, tras digerir las palabras «oficial de policía» y «Don Corleone», Apu estaba escuchando con mucha atención.

¿Puedo contarle mi conexión personal con el socio de su padre, el Don?, le preguntó el señor Mastan.

Por favor.

En una sola frase, señor, él arruinó mi vida. Yo lo estaba persiguiendo, señor, por sus múltiples crímenes y fechorías. Si se me permite decirlo, le estaba pisando los talones. Además, como era muy joven, aún no había adquirido la sabiduría de la ciudad. Yo era insobornable, señor, e incorruptible. No hay duda de que muchos grandes hombres me habrían descrito como un estorbo, un obstáculo que impedía que las ruedas de la sociedad giraran bien engrasadas y sin trabas. Y tal vez fuera cierto, pero yo era así. Incorruptible insobornable, un obstáculo. De forma que el socio del padre de usted habló con una serie de personas menos intransigentes de los altos mandos y a mí me sacaron del caso y me desterraron. ¿Está usted

familiarizado con el poeta Ovidio, señor? Ovidio disgustó a César Augusto, fue desterrado al mar Negro y no pudo volver nunca a Roma. Ése fue también mi destino, languidecer durante años sin esperanza de ascenso en un pueblecito de las montañas, en Himachal Pradesh, conocido por la producción masiva de champiñones y del oro rojo, es decir, los tomates, y también por el hecho de que en los tiempos mitológicos era el exilio de los Pándavas. Yo también fui un pequeño Pándava en mi exilio entre champiñones y tomates. Después de muchos años, sin embargo, tuve un golpe de suerte. Quiso el destino que un caballero del lugar cuyo nombre no mencionaré aquí viera en mí a un hombre honrado, de forma que dejé la fuerza policial y pasé a supervisar las cosechas de champiñones y tomates a fin de prevenir las pérdidas como consecuencia del contrabando. Con el tiempo, señor, abandoné las montañas y obtuve cierto éxito en el campo de la seguridad y la investigación. Doy gracias a Dios por que me fuera bien. Ahora soy un individuo jubilado, cuyos hijos trabajan en su lugar, pero mantengo los ojos bien abiertos, señor, ya lo creo.

Por qué ha venido aquí a contarme esa historia, le preguntó Apu.

No, no, señor, se equivoca usted, y la culpa es mía porque he hablado demasiado y he prolongado lo que debería haber sido un breve encuentro. He venido a decirle dos cosas. Lo primero es que, aunque ya no soy policía, y Don Corleone, que arruinó mi vida, ya no está entre nosotros, todavía sigo buscando la justicia.

¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Respecto al gran padre de usted, señor, él es importante, mucho más importante de lo que yo jamás podría soñar ser, pero incluso a mi avanzada edad, con la ayuda de Dios y la fuerza de la ley, voy a hacerle caer. Era el socio de mi némesis, el Don, y fue cómplice de sus acciones y es él quien sobrevive, y por consiguiente...

Ha venido usted a amenazarme a mí y a mi familia. Creo que le ha llegado el momento de marcharse.

No, señor, nuevamente he hablado demasiado y me he alejado del tema. No he venido a amenazar. He venido a avisar.

¿De qué?

Una familia que ha estado demasiado involucrada con los capos, dijo el señor Mastan, y que luego sin decir ni una palabra de despedida se marcha con viento fresco... Es posible que esa familia haya dejado atrás, en esta ciudad, a una serie de personas con los sentimientos heridos. Con los sentimientos heridos y con cuentas pendientes. Y tal vez con la idea de haberse visto perjudicadas debido en parte a los actos del estimado padre de usted. Esas personas con los sentimientos heridos no son hombres importantes como el padre de usted. O tal vez lo sean un poco en su territorio, pero en el mundo en general son pequeños. Tienen cierta fuerza a nivel local, pero puramente local. Quizá ahora él esté fuera del alcance de esas personas. Pero usted, por inocencia o por inconsciencia o por arrogancia o por temeridad, ha regresado.

Creo que debería usted irse, le dijo Ubah Tuur. Y después de que el señor Mastan hiciera una reverencia y partiera, le dijo a Apu: Y creo que nosotros también tenemos que irnos. Lo antes que podamos.

Son patrañas, dijo él. No es más que un viejo amargado que intenta resarcirse. Es una amenaza vacía. No hay nada dentro.

Quiero irme de todas formas. Se ha acabado la película.

Y de pronto él dejó de discutir. Sí, dijo. De acuerdo. Vámonos.

Corte.

George Harrison tocó el sitar en *Within You Without You*, *Tomorrow Never Knows*, *Norwegian Wood* y *Love You To*. Todos los vuelos salían por la noche, de forma que para cuando Apu y Ubah terminaron de hacer las maletas y estuvieron listos ya era oscuro y se sentaron a oscuras y se imaginaron a George y a Ravi Shankar sentados donde estaban sentados ellos y haciendo música. Durante un buen rato no hablaron, pero luego sí.

Te voy a contar una cosa que me contó mi padre cuando yo era joven, dijo Apu. Hijo mío, me dijo, la mayor fuerza vital de este país no es el Gobierno ni la religión ni el instinto empresarial. Es el soborno y corrupción. Lo dijo con una sola palabra, igual que electromagnetismo. Sin soborno y corrupción no pasaría nunca nada. Es el soborno y corrupción lo que

mantiene engrasadas las ruedas de la nación, y también es la solución a los problemas de nuestro país. ¿Hay terrorismo? Pues nos sentamos a la mesa con el jefe de los terroristas, le firmamos un cheque en blanco y se lo pasamos por encima de la mesa y le decimos: ponle tantos ceros como quieras. Y en cuanto él se ha guardado el cheque en el bolsillo, se acaba el problema, porque en nuestro país entendemos que el soborno y corrupción es algo honorable. En cuanto has comprado a un hombre, ya es tuyo para siempre. Mi padre era un hombre realista. Si trabajas a su nivel, siempre habrá algún capo que venga a llamar a tu puerta, ya sea para ofrecer un soborno o para pedirlo. Es imposible tener las manos limpias. En América no es tan distinto, según me contó mi padre después de que cruzáramos el océano. Aquí también tenemos a nuestro Pollito, a nuestro Pequeño Archie, a nuestro Fred el Loco y a nuestro Frankie el Gordo. Y ellos también creen en el honor. Así que tal vez sean mundos menos distintos de lo que fingimos.

Y él te hablaba de esto.

No muy a menudo, dijo Apu. Pero un par de veces sí que me soltó su discurso sobre el soborno y corrupción. Todos lo habíamos oído unas cuantas veces y lo conocíamos bien. Más allá de eso, yo no me metía.

Cómo te sientes ahora que estamos a punto de marcharnos tan deprisa. Hemos conocido a dos personas nada más. No has llegado a enseñarme la escuela a la que fuiste. No hemos comprado ningún vídeo pirata. Todavía no hemos estado aquí.

Me siento aliviado.

¿Aliviado por qué?

Porque ya no necesito estar aquí.

¿Y qué te hace sentir el hecho de sentirte aliviado? El hecho de estar contento de marcharte... ¿No es una sensación extraña?

Pues no.

¿Por qué?

Porque he llegado a creer en la completa mutabilidad del yo. Que bajo las presiones de la propia vida uno puede simplemente dejar de ser quien era y ser simplemente la persona en la que uno se ha convertido.

No estoy de acuerdo.

El cuerpo entero nos cambia todo el tiempo. El pelo, la piel, todo. En ciclos de siete años, todas las células que nos componen son reemplazadas por otras. Cada siete años nos volvemos cien por cien distintos de quienes éramos. ¿Por qué no iba a ser el caso también con el yo? Ya casi hace siete años que me marché de aquí. Ya soy distinto.

No estoy segura de que eso sea muy científico.

No te estoy hablando de ciencia. Te estoy hablando del alma. Del alma, que no está hecha de células. Del fantasma en la máquina. Te estoy diciendo que, con el tiempo, ese fantasma se marcha y en su lugar viene otro.

Así que dentro de siete años ya no sabré quién eres.

Y yo no sabré quién eres tú. Tal vez tengamos que empezar de cero. Tal vez seamos inconstantes. Así es la vida.

Tal vez.

Corte.

Era una noche húmeda. Hasta los cuervos dormían. El señor Marrón con su cara triste y los demás personajes de *Reservoir dogs* estaban esperando frente al hotel, con las gafas de sol puestas a pesar de la oscuridad.

Le hemos dicho a su taxista que se marche, dijo el señor Marrón. Es nuestro deber llevarlos a ustedes al aeropuerto internacional Chhatrapati Shivaji, antes conocido como Sahar.

Estáis siendo un incordio, dijo Apu. No os necesitamos.

Será un honor para nosotros, dijo el señor Marrón. Mire, hay tres sedanes Mercedes-Benz esperando. Un coche en cabeza, el coche de ustedes y un coche de cola. Por favor. Solamente lo mejor para usted, señor-ji. Maybach Clase S, el jet privado de la carretera. Así lo describen en los folletos. Yo mismo lo acompañaré en ese vehículo de primera clase.

La ciudad nocturna le ocultó su naturaleza mientras él partía, le dio la espalda de la misma forma en que él le había dado la espalda a ella. Las fachadas de los edificios se mostraban cerradas y adustas. Cruzaron la bahía de Mahim por el puente Sea Link, pero después abandonaron la Western Express Highway demasiado pronto, antes de llegar a la salida del

aeropuerto.

Por qué estáis yendo por aquí, preguntó Apu Golden, y entonces el señor Marrón se quitó las gafas de sol y no hizo falta que respondiera.

Es una pura cuestión de negocios, dijo el señor Marrón. No es nada personal. Simplemente un cliente ha ofrecido más que otro. Un cliente que lleva tiempo sin ofrecer trabajo frente a otro cliente que es habitual. Señor, todo esto es para mandarle un mensaje a su estimado padre-ji. Él entenderá el mensaje, estoy seguro.

No lo entiendo, gritó Ubah. ¿Qué mensaje?

El señor Marrón respondió en tono grave: El mensaje dice lo siguiente. Sus acciones, señor, nos pusieron las cosas difíciles, después de que nosotros le avisáramos de que no las emprendiera. Después de emprenderlas, usted puso continentes y océanos enteros entre nosotros y nosotros no tuvimos ni los medios ni la voluntad para seguirlo. Pero ahora ha cometido usted la insensatez de permitirle a su hijo que venga. Éste es el comunicado, más o menos. Le ofrezco mis disculpas, señora, usted es una testigo inocente, ¿verdad? Es usted un daño colateral. Es lo que más lamento.

Los coches enfilaron un puente poco importante que cruzaba el río Mithi cerca del margen del enorme arrabal de Dharavi. Dentro del reluciente Maybach plateado, la música sonaba ahora a todo volumen. Gente rica divirtiéndose. Qué otra cosa. Y por qué no. Imposible que se oyera ningún disparo. Y en todo caso, estaba puesto el silenciador.

En los trópicos los funerales se celebran muy deprisa, pero las investigaciones por asesinato imponen retrasos inevitables. Después de que nos llegara la noticia visité a diario la Casa Dorada y me dio la impresión de que la calamidad había detenido el tiempo. Nada ni nadie parecía moverse salvo en la habitación donde la señora Blather y la señora Fuss estaban haciendo las gestiones para la repatriación de los cadáveres, e incluso el despacho de éstas parecía envuelto en un manto de silencio. Petya había vuelto a casa para estar cerca de su padre, pero se pasaba la mayor parte del tiempo recluido en la habitación de la luz azul en compañía del terapeuta australiano. D Golden también pasaba casi todos los días en la casa, perdido en un rincón, vestido de negro y cogido de la mano de Riya. Nadie hablaba. Fuera de la casa la historia causó cierta vorágine pasajera. Frankie Sottovoce estaba en todas partes lamentando la muerte de su escultora estrella. Los familiares de la difunta, todos muy altos y elegantes, con un porte igual de noble que si fueran centinelas reales, aparecieron en la televisión detrás de Sottovoce, viviendo su dolor sin derramar ni una lágrima. Nerón Golden no apareció en público, pero a los que estábamos dentro de la casa nos quedó claro que algo se había roto dentro de él, que no se iba a recuperar fácilmente de aquel mensaje que había recibido. En la otra punta del mundo también se alternaban el ruido y el silencio. Por un lado había policías, autopsias, periodistas y todos los ruidos de sirenas que siguen a una muerte violenta; sin embargo, quienes habían conocido a la familia antes de que ésta se marchara a Nueva York no se dejaron ver, y ninguno de ellos dijo ni pío, como si el

silencio hubiera caído también sobre el mundo perdido de los Golden, a la manera de un sudario. A la mujer sin identificar que había saludado a Apu en el vestíbulo del hotel con exclamaciones de «¡Groucho!» no se la vio por ningún lado. Las otras mujeres de las que él había hablado, sus tres antiguas amantes, las ex que volaban en círculos, tampoco aparecieron para llorar su muerte. Parecía que la ciudad entera les había dado la espalda a sus antiguos residentes, tanto a los expatriados como a los difuntos. Si al señor Marrón y sus colaboradores los detuvieron, nosotros no nos enteramos. Por fin la noticia se cayó de los titulares. Groucho estaba muerto. La vida continuaba.

Las dos sargentas de la Casa Dorada, tal como se esperaba de ellas, resultaron estar más que capacitadas para la tarea de recuperar rápidamente los cadáveres en cuanto fueron entregados por las autoridades de Mumbai. Contrataron a una prestigiosa empresa, engorrosamente llamada IFSPFP — International Funeral Shipping Program Funeral Providers—, para que hiciera rápidamente todas las gestiones oportunas para el transporte, incluyendo ataúdes sellados y contenedores de carga aprobados por el Gobierno americano. Hicieron todo el papeleo —obtuvieron traducciones juradas al inglés de los certificados de defunción y autorización escrita de las autoridades locales para llevarse los cuerpos— y encontraron una ventana de tiempo para que Apu y Ubah pudieran regresar a Nueva York lo antes posible. Sobre el asfalto del aeropuerto JFK tuvo lugar una triste despedida. Frankie Sottovoce y la familia de la artista somalí tomaron posesión del cuerpo de Ubah y se lo llevaron para enterrarlo de acuerdo con sus costumbres. Apu regresó a la calle Macdougall.

Fue una despedida extraña y truncada. El ataúd sellado no se abrió. El cuerpo no había sido embalsamado, de forma que la ley estatal no permitía un velatorio con el ataúd abierto. Cuando Nerón se negó a permitir ninguna clase de ceremonia religiosa y especificó que no quería entierro sino incineración, el director de funerales de la IFSPFP inclinó la cabeza y sugirió dejar sola a la familia durante una hora y después volver. Más tarde les traería las cenizas. O se desharía de ellas, si así lo preferían.

—No —dijo Nerón—. Tráigamelo.

El director de funerales volvió a inclinar la cabeza.

—Si me lo permite —dijo en voz baja—. En este estado no hay ninguna ley que estipule dónde se pueden guardar o esparcir las cenizas. Puede usted guardarlas en una cripta, nicho, tumba, o en un recipiente en casa, como prefiera. Si decide esparcir las, hágalo como le parezca bien, pero evite dejarlas en lugares donde otra gente pueda verlas. Las cenizas de la incineración son inofensivas, de forma que no hay riesgo alguno para la salud pública. Esparcir las en un terreno privado requiere el consentimiento del propietario, y si quiere usted esparcir las en tierras de titularidad pública le conviene echar un vistazo al régimen de zonificación del lugar. Si desea esparcir las en aguas costeras o bien fuera de la bahía de Nueva York, ha de tener usted en cuenta las regulaciones de la Agencia de Protección Medioambiental relativas a los entierros en el mar...

—Basta —dijo Nerón Golden—. Déjelo estar y márchese inmediatamente.

Durante la hora siguiente nadie dijo palabra. Vasilisa llevó al piso de arriba al pequeño Vespasiano y el resto nos quedamos sentados o de pie en compañía del ataúd, cada uno de nosotros a solas con nuestros pensamientos. Durante aquella hora atroz me di cuenta de que Apu, con su muerte, por fin me había convencido de algo que yo me había resistido a admitir durante nuestra amistad: que lo humanamente inefable coexistía de forma invariable con lo propiamente cognoscible, y que en los hombres había misterios que las explicaciones no podían elucidar. Por mucho que lo intentara, yo no entendía la facilidad con la que justamente él, entre todos los Golden, había aceptado mudarse la piel india y abandonar su ciudad para irse a Occidente y al Village. El viejo tenía turbias tropelías de sobra en su pasado, y Petya tenía problemas reales de sobra en el presente, y Dioniso, anhelos secretos de sobra para el futuro, pero Apu había estado muy implicado en la vida de su ciudad natal, amando y siendo amado, y el desengaño amoroso no parecía razón suficiente para explicar su deseo de irse. La voz de mi razón interior me sugería que, de todos los hijos de Nerón, era él quien había visto más claramente lo que ocultaban las sombras de su padre, y que le había dado miedo lo que había visto en ellas, y quizá esto explicara en parte la situación. Quizá también influyera lo que él decía de que lo habían educado a la

antigua, y la decisión de su padre había sido simplemente la ley que había que obedecer. Pero una voz distinta, la que Apu me había inculcado y a la que hasta entonces yo había hecho oídos sordos, evocaba ahora una escena distinta, en la que él estaba sentado tal vez con las piernas cruzadas y meditando en la amplia terraza de mármol de la vieja casa familiar de la colina, con los ojos cerrados, mirando hacia dentro o adonde fuera que él miraba en busca de guía, y oyendo una voz distinta, no la voz que me susurraba a mí, o quizá sí que fuera la misma voz, o quizá era la voz de él o una voz que él se había inventado, o quizá, como diría él, una voz que se alimentaba de aquello que él siempre había creído que estaba allí, el sonido del universo, la sabiduría de todo lo que existía, la voz en la que él confiaba; y esa voz le decía: Ve. Y así pues, igual que Juana de Arco, igual que san Juan Evangelista, igual que el «Apu Golden» que él se había inventado, al que los fantasmas de su viejo yo iban a visitar en Nueva York..., como el místico que era, escuchando sus voces interiores o bien siguiendo un *impulso*, como diríamos los escépticos, se había ido.

La experiencia mística existía. Yo lo entendía. Y cuando mi yo racional se reafirmaba, decía: vale, de acuerdo, pero es una experiencia interior, no exterior; subjetiva y no objetiva. Si yo me hubiera plantado al lado de Apu en su estudio de Union Square, no habría visto a sus fantasmas. Si me hubiera arrodillado a su lado en aquella terraza de Walkeshwar hacía siete años y medio, la Fuerza no me habría hablado. No todo el mundo podía convertirse en caballero Jedi. Muchos australianos dicen que pueden, es cierto. Y quizá Apu hubiera aprendido a confiar en lo que él solía denominar el nivel del espíritu, y a usarlo. Pero yo no, oh, yo no.

Durante cuarenta días y noches después del retorno de Apu, la Casa Dorada estuvo de luto, cerrada a las visitas, con las cortinas corridas no solamente a medianoche sino también a mediodía y las persianas bajadas, y si alguien entraba y salía, lo hacía de forma tan etérea como si fuera un fantasma. Nerón desapareció del mundo. Yo sospechaba que Petya había vuelto a vivir allí y que quizá también estuviera con ellos Lett el terapeuta, pero no era más que

una especulación por mi parte. Petya Golden no visitó el ataúd de su hermano mientras estuvo en el gran salón de la Casa Dorada; no lo perdonó, nunca volvió a pronunciar su nombre y jamás preguntó qué había pasado con el cuerpo de Ubah o si había una tumba que él pudiera visitar; nunca preguntó nada de esto. Hay heridas que no se curan. La gente de los Jardines continuó con sus vidas y respetó el hecho de que la casa herida se retirara de su pequeño mundo. Yo tampoco me acerqué por allí, aunque mi deseo de ver al pequeño Vespasiano era igual de fuerte que siempre. En una ocasión pensé en ponerme en contacto con Vasilisa para suplicarle que me dejara pasar un rato con él, pero era consciente de la respuesta grosera que me aguardaba, así que me mordí la lengua. De todas formas, andaba muy ocupado; Suchitra y yo teníamos en qué entretenernos. En medio de aquel panorama político nos vimos arrastrados al mundo de los vídeos políticos, y en concreto vídeos para grupos de mujeres, defendiendo a la organización Planned Parenthood y atacando la insensibilidad de los republicanos con los problemas de las mujeres. Nos estábamos haciendo famosos; aquel año nuestros vídeos acapararon los Premios Pollie, que se conceden a la publicidad política, especialmente una pieza en la que una niña víctima del tráfico sexual contaba su historia. Suchitra —que se había acortado el nombre profesional a Suchi Roy para facilitar su pronunciación— se estaba convirtiendo en una especie de estrella mediática, y yo me alegraba de ser su ayudante. De forma que le di la espalda a la muerte y me concentré en la vida. Pero aquel año la vida se había vuelto ruidosa y hasta alarmante. Fuera del mundo cerrado de los Jardines, las cosas se estaban volviendo muy extrañas.

Salir de aquel capullo encantado —y ahora trágico— comportaba descubrir que América había dejado atrás la realidad y había entrado en el universo de los tebeos; DC, dijo Suchitra, estaba siendo atacado por DC. Era el año del Joker, en Gotham y más allá. El Cruzado Enmascarado se encontraba desaparecido —corrían malos tiempos para los héroes—, pero su archienemigo de la levita púrpura y los bombachos a rayas estaba en todas partes, claramente feliz de tener el escenario para él solo y acaparando los focos con placer manifiesto. Había despedido al Escuadrón Suicida, su tímida competencia, aunque permitía a alguno de sus subordinados pensar en sí

mismos como futuros miembros de una administración Joker. El Pingüino, Enigma, Dos Caras y Poison Ivy se alineaban detrás del Joker en los estadios abarrotados y se meneaban como coristas de *doo-wop* mientras su líder hablaba de la belleza incomparable de la piel blanca y de los labios rojos ante unos públicos entregados y con pelucas verdes alborotadas que cantaban al unísono: «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!».

Los orígenes del Joker eran objeto de disputa, y parecía que a él le gustaba permitir que las versiones contradictorias se pelearan por el aire para respirar, pero había un punto en el que todo el mundo, incluso sus partidarios más apasionados, se mostraban de acuerdo: estaba completa y clínicamente loco. Lo asombroso, lo que distinguía aquel año electoral de los demás, era que la gente lo apoyaba precisamente porque estaba loco, no a pesar de ello. Lo mismo que habría descalificado a cualquier otro candidato lo convertía en el héroe de sus seguidores. Taxistas sijs y vaqueros de rodeo, furibundos rubios de la *alt-right* y neurocirujanos negros, todos amamos su locura, no se anda con eufemismos de pusilánime, donde pone el ojo pone la bala, dice lo que le sale de los cojones, roba todos los bancos que le apetece, mata a quien le apetece matar, es nuestro hombre. ¡El caballero murciélago ha huido! ¡Es un nuevo día y va a ser histórico! ¡Salve a los Estados Unidos del Joker! ¡EE. UU. J.! ¡EE. UU. J.! ¡EE. UU. J.!

Fue un año con dos burbujas. En una de las burbujas, el Joker chillaba y las multitudes soltaban sus risas enlatadas a modo de respuesta. En aquella burbuja el clima no estaba cambiando y el final del casquete polar ártico no era más que una nueva oportunidad inmobiliaria. En aquella burbuja, los asesinos con armas de fuego estaban ejerciendo sus derechos constitucionales, pero los padres de los niños asesinados eran antiamericanos. Si los habitantes de aquella burbuja salían victoriosos, el presidente del país vecino del sur, que se dedicaba a mandar violadores y asesinos a América, estaría obligado a pagar un muro que separara a las dos naciones y mantuviera a los asesinos y violadores al sur de la frontera, que era donde tenían que estar; y el crimen se terminaría; y los enemigos del país serían derrotados al instante y de forma aplastante; y las deportaciones en masa irían muy bien; y se vería que las periodistas no eran de fiar porque les salía sangre

del chirimbolo; y se revelaría que los padres de los héroes de guerra muertos trabajaban para el islam radical; y ya no habría que respetar los tratados internacionales; y Rusia sería nuestra amiga y no tendría nada que ver con el hecho de que fueran los oligarcas rusos quienes sostenían las turbias empresas del Joker; y los significados de las cosas cambiarían; se entendería que las bancarrotas múltiples proporcionaban una magnífica experiencia con los negocios; y se entendería que tener tres mil quinientos pleitos en tu contra demostraba que tenías visión de negocios; y que estafar a tus contratistas demostraba que eras un negociador con pelotas; y que tener una universidad corrupta demostraba que estabas comprometido con la educación; y la Segunda Enmienda sería sagrada pero la Primera no, de forma que quienes criticaban al líder sufrirían las consecuencias; y a los afroamericanos les tendría que parecer bien porque qué demonios tenían que perder. En aquella burbuja el conocimiento era ignorancia, arriba era abajo y la persona adecuada para tener los códigos nucleares en la mano era aquel risitas de boca pintarrajeada de rojo, piel blanca y pelo verde que en una ocasión le había preguntado cuatro veces a un equipo de militares que le estaban presentando su informe por qué era tan malo usar armas nucleares. En aquella burbuja, los naipes afilados como navajas eran graciosos, y las flores en la solapa que rociaban las caras de la gente con ácido eran graciosas, y desear poder acostarte con tu hija era gracioso, y el sarcasmo era gracioso aun cuando lo que se denominaba sarcasmo no era sarcástico, y mentir era gracioso, y el odio era gracioso, y la intolerancia era graciosa, y abusar de los débiles era gracioso, y el año era, o casi era, o pronto podía ser, si las bromas salían como pretendían, mil novecientos ochenta y cuatro.

En la otra burbuja —tal como mis padres me habían enseñado hacía mucho tiempo— estaba la ciudad de Nueva York. En Nueva York, al menos de momento, todavía imperaba una especie de realidad, y los neoyorquinos aún eran capaces de identificar a un estafador cuando lo veían. En Gotham sabíamos quién era el Joker, y no queríamos saber nada de él, ni de la hija con la que se quería acostar, ni de aquellos hijos suyos que asesinaban elefantes y leopardos para divertirse. «¡Voy a conquistar Manhattan!», chillaba el Joker, colgando de la cúspide de un rascacielos, pero nosotros nos

reíamos de él y no de sus chistes grandilocuentes, así que él tuvo que llevarse de viaje su espectáculo a sitios donde la gente todavía no lo tuviera calado o, peor todavía, donde la gente supiera perfectamente lo que él era pero lo amara por ello: el segmento del país que estaba igual de loco que él. Su gente. Una cantidad alarmante de ella.

Fue el año de la gran batalla entre la fantasía demente y la realidad gris, entre, por un lado, *la chose en soi*, la cosa en sí misma quizá incognoscible pero probablemente existente, el mundo tal como era, independientemente de lo que se dijera de él o de cómo se viera, el *Ding an sich*, para usar el término kantiano; y por otro lado aquel personaje de dibujos animados que había cruzado la barrera que separaba la página y el escenario —una especie de inmigrante ilegal, pensé yo—, cuyo plan era convertir el país entero, de forma falsamente hilarante, en una escabrosa novela gráfica, y de las modernas, llena de negros criminales y judíos renegados y maricones y zorras, que eran las palabras que a veces le gustaba usar para provocarles berrinches a las élites liberales; un tebeo en el que las elecciones estaban amañadas y los medios de comunicación vendidos y todo lo que odiabas era una conspiración contra ti, pero al final... ¡Yupi! Tú ganabas, la peluca de loco se convertía en corona y el Joker se convertía en rey.

Quedaba por ver si, cuando llegara noviembre, el país demostraría compartir la mentalidad neoyorquina, o bien preferiría ponerse las pelucas verdes de loco y reírse. «¡ Ja! ¡Ja! ¡Ja!»

A medida que el drama trágico de la Casa Dorada llega a sus actos finales, devuelvo mi atención —¡ahora! Pero ¡entonces descuidé mi deber!— a la vida cada vez más dolorosa de Dioniso Golden. Costaba tener ninguna clase de contacto regular con [él]. (Yo seguía usando el pronombre masculino cuando pensaba en [él], aunque cada vez me parecía más incorrecto, de forma que, como gesto a su ambigüedad, lo ponía entre corchetes. A falta de que [él] me diera una guía clara —«Todavía no sé cuáles son mis pronombres», me dijo un poco avergonzado—, aquélla era mi solución provisional.) El entorno de D, el mundo en el que D experimentaba alguna clase de sensación de seguridad, se había reducido a dos lugares y medio: el club para chicas Two Bridges de la calle Market, situado cerca de tres parques infantiles que había en la confluencia del puente de Manhattan con la FDR, donde [él] trabajaba en un voluntariado cuatro días a la semana, y el apartamento de Chinatown donde vivía con Riya Z. A veces iban al bar de copas de la calle Orchard donde cantaba Ivy Manuel, la del pelo flamígero; éste era el punto medio de su zona de seguridad, pero le planteaba el problema de cómo vestirse, y de quién podía acercársele, y de qué podían decirle, y de su timidez cada vez mayor y más incapacitante. En el Two Bridges el problema de la indumentaria lo solucionaba el uniforme unisex del personal del club: camisa blanca con cuello por fuera de unos pantalones holgados de tela negra y zapatillas deportivas negras; pero, salvo allí, D no tenía ni idea de qué imagen debía dar. Después de su aventura en el vestidor de Vasilisa, había admitido ante sí el placer que le producía la ropa de mujer y había encontrado

el valor necesario para contarle a Riya lo sucedido, y también a Ivy, y los tres habían hablado del tema.

—Bien —le dijo Riya—. Es un primer paso. Plantéatelo como el inicio de los próximos tres años o algo parecido. Piensa en la transición como si fuera magia lenta. Tus mil y una noches privadas, en las que dejas de ser la rana que no quieres ser y te conviertes quizá en la princesa.

Y Ivy añadió:

—Pero no hace falta que vayas más allá de lo que quieres. Tal vez seas simplemente una rana que quiere estar guapa vestida de rosa.

[Él] estaba recibiendo ayuda profesional, pero no le servía de mucho. No paraba de discutir con la profesional que lo ayudaba. A mí ni siquiera me quiso contar quién era. Lo que sí hizo fue usarme para descargar las frustraciones que no podía ventilar en presencia de Riya, que tenía en la identidad su tema favorito y vivía entregada a la idea de la fluidez transmórfica del yo, y a veces parecía un poco demasiado ansiosa por que tuviera lugar la transición HAM de D y por que fuera una metamorfosis completa. Yo debería haber sido capaz de ayudar[lo]. Tal vez podría haber prevenido lo que pasó. Tal vez todos podríamos haberlo hecho. O quizá D Golden simplemente no era apto para vivir en el mundo.

Me imagino la siguiente conversación imaginaria en una habitación desnuda y de colores blanco y negro, parecida a una celda, donde [el] que habla está en una silla metálica de respaldo recto con cara inexpresiva, y a su interrogadora, la Profesional, como un androide muy sofisticado, una especie de combinación de Alicia Vikander en Ex Machina y del superordenador Alpha Soixante de Alphaville de Godard. No oímos lo que dice ninguna de las dos figuras de la sala. El sonido no está sincronizado con la imagen. Solamente oímos el monólogo en off, aunque, cuando el monólogo cita las palabras textuales de alguien, los movimientos de los labios de las figuras de la sala a veces —no siempre— se sincronizan con la narración. La escena tiene algo que recuerda al encuentro entre un pres[o] y su abogado en el día de las visitas a la cárcel. No me sorprendería que [el] que habla llevara un mono de color naranja (si la escena fuera en color) o grilletes en las muñecas y tobillos. La escena también tiene algo que, si se filma como es debido, puede resultar gracioso.

MONÓLOGO DE D GOLDEN ACERCA DE SU PROPIA SEXUALIDAD Y DEL
EXAMEN DE ÉSTA POR PARTE DE LA PROFESIONAL

Capítulo 1. Ella me pregunta, ya de entrada, la Profesional, me lo suelta de entrada, primera pregunta, cuando eras niño, ¿te gustaba más el rosa o el azul?

La pregunta me hiela. ¿Eso se puede preguntar llegado este punto de la historia del mundo?, le digo. ¿Rosa o azul?

Dame ese gusto, dice ella, sígueme la corriente, como si ella fuera la paciente y yo el psiquiatra.

Yo le contesto, porque ahora mismo no me apetece ponerle las cosas fáciles, que Diana Vreeland, la editora de *Vogue*, dijo una vez que el rosa es el azul marino de la India, así que supongo que en la India el rosa y el azul marino son lo mismo.

¿Por qué te resulta tan irritante esta pregunta?, me pregunta ella. No es más que una elección entre dos colores. También te podría preguntar si preferías los trenes de juguete o las muñecas. ¿Prefieres contestar esa otra pregunta?

Debería aclarar entre paréntesis que nunca he sido marxista, pero que su línea de ataque me provocó unos fuertes sentimientos anticapitalistas. Pensaba, le contesté, que habíamos trascendido las categorías materialistas que nos impone el mercado, rosa para las niñas y azul para los niños, trenes y armas para los niños, muñecas y vestiditos para las niñas. ¿Por qué está usted intentando empujarme de vuelta a este discurso anticuado y gastado?

Estás respondiendo con una hostilidad considerable, me dijo ella. ¿Qué puedo haber tocado para provocar este despliegue de emociones?

Muy bien, le dije yo, la verdad es que mi color favorito era el amarillo y lo sigue siendo. Durante una temporada intenté hasta renegar en amarillo como el amigo de Stephen Dedalus, «al carajo tu bastón amarillo», pero no conseguí acostumbrarme.

Bien, me dijo ella, esto es un avance. El amarillo en el espectro está a medio camino entre el azul y el rosa. Aquello me pareció muy estúpido, estúpido nivel Neandertal, estúpido nivel Cromañón, pero me tragué mis palabras y no dije nada. Tal vez esto no sea para mí, pensé.

En cuanto a la otra pregunta, le dije, nunca tuve ningún tren de juguete. Mis hermanos sí tenían uno y yo los veía jugar, aunque ya eran demasiado mayores para estar con juguetes. También tenían Scalextric, daba un poco de vergüenza, en plan: creced ya. Yo era el hermanastro que se llevaba muchos años con ellos, ya sabe. Solamente tenía un par de animales de sándalo para poner en la bañera, porque el agua les hacía soltar el perfume. Un elefante de sándalo y un camello. Me inventaba aventuras para mis amigos de sándalo y cada noche a la hora del baño les contaba un cuento distinto. Lo que el elefante guardaba escondido en la trompa, por qué el camello odiaba el desierto, etcétera. Tal vez debería haberlas apuntado. De la mayoría ya ni me acuerdo. Así pues, a modo de respuesta a sus preguntas, supongo que, si hay que elegir entre muñecas o trenes, elijo animales de sándalo en miniatura. Nunca los vestía, sin embargo. Solamente les contaba cuentos y los mojaba.

Y así continuamos, ella tirando de un lado de la cuerda y yo del otro. En un momento dado, le conté la historia de mi madrastra y las llaves de la casa. Lo admito: es lo peor que he hecho nunca. Y así se lo dije a la Profesional. Le conté que estaba arrepentido. Pero a ella no le interesaba el arrepentimiento, y tomó el mismo camino que había tomado Riya el día en que nos peleamos y yo salí del coche. El odio no bastaba para explicar por qué yo había hecho aquello, me dijo. Ya habíamos llegado al tema.

Supongamos que te sugiero, me dijo, que querías ser la señora de la casa. Supongamos que te sugiero que ése era el quid de la cuestión. ¿Cuál sería tu reacción inmediata? Y mi reacción inmediata fue: ¡bum!, me largo de aquí, esto no va a funcionar, y cuando yo ya casi he salido por la puerta me pregunta sin levantar la voz qué pienso hacer yo ahora. Y me detengo y la mano que tengo extendida hacia el pomo cae inerte y vuelvo a mi silla y le digo: supongo que tiene usted razón. ¿Y qué dice eso de mí? ¿Quién soy?

Eso es lo que estamos intentando averiguar aquí, me dijo la Profesional.

Capítulo 2. Indagué un poco más en lo de los juguetes y los colores. Antaño, le dije, si a un niño le gustaban el color rosa y las muñecas, a sus padres les entraba miedo de que fuera homosexual y trataban de interesarlo por las cosas de chicos. Me refiero a que podía haber dudas acerca de su orientación, pero no se les ocurriría cuestionar su género. Ahora parece que os estáis yendo al otro extremo. En vez de decir que el niño es marica, lo intentáis convencer de que es una niña.

Muy bien, me dijo ella. ¿Eres gay entonces? ¿Te sientes físicamente atraído por otros hombres? No, le dije yo. Debe de ser lo único que sé con seguridad que no soy. Bien, me dijo ella. Pues dejemos de intentar descifrar las motivaciones de unos padres imaginarios y concentrémonos en la tarea que tenemos entre manos, que eres tú. Si no eres un homosexual masculino, ¿acaso eres un homosexual femenino?

¿Qué?, le dije.

¿Eres lesbiana?, me preguntó la Profesional.

Todavía no he empezado la transición y estoy viviendo con una mujer heterosexual, le dije yo.

En primer lugar, no estamos hablando de la sexualidad de tu amante, que puede que también sea compleja y tú la estés simplificando para que sirva mejor a tus intereses, pero ése no es el tema. Y en segundo lugar, aquí la cuestión no es lo que estés haciendo, sino lo que eres. Es la diferencia entre decir: trabajo de chef en una pizzería y soy una persona a quien le encanta comer bien.

Es usted rara, le dije a la Profesional.

Yo no soy la paciente, me dijo la Profesional.

¿Cómo puedo ser lesbiana?, protesté yo. Es físicamente imposible.

¿Por qué?

Por razones obvias.

Dos preguntas, pues. La primera: ¿te has sentido alguna vez atraído por una mujer lesbiana? ¿Por una mujer que prefiere hacer el amor con otras mujeres?

Ha pasado alguna vez, le dije. Una o dos. Pero no intenté seducirlas.

¿Por qué?

Por razones obvias. No habrían querido acostarse conmigo.

¿Por qué?

Oh, venga ya.

Muy bien. Segunda pregunta. ¿Qué es una mujer?

Fue una pregunta desconcertante, que de pronto me hizo sentir muy extranjero. No me imaginaba a nadie formulándola en la mayoría de países del mundo. ¿Acaso esto es algo que tiene confundidos a los americanos? ¿Me va a preguntar usted por la polémica de los lavabos? ¿Me va a recordar la prohibición de *Los monólogos de la vagina* en el Mount Holyoke College?

¿Acaso es algo que te tiene confundido *a ti*?

Yo sé qué es una mujer. Simplemente no sé si soy una. Ni si quiero serlo. Ni si tengo el valor para convertirme en una. Me da mucho miedo no tener ese valor. En general, tengo mucho miedo.

¿De qué tienes miedo?

De la desnudez del cambio. Del drama, de una alteración tan radical, de su atroz visibilidad. De la mirada ajena. Del juicio ajeno. De las inyecciones. De las operaciones. De las operaciones por encima de todo. Es natural, ¿no?

No sé qué significa esa palabra, *natural*. Se ha usado mal durante tanto tiempo que es mejor no usarla. Pasa lo mismo con la palabra *sexo*.

Vivo con alguien que estaría de acuerdo con usted.

Permíteme que te sugiera una frase: «El cuerpo femenino es algo que no existe».

Supongo que no quiere usted decir que no existen los cuerpos de las mujeres. Porque existen las mujeres, eso es innegable, y existen los cuerpos, eso también es una verdad objetiva, y una cosa está contenida en la otra. Ergo...

Has entendido lo que yo decía, por mucho que lo hayas discutido. Nosotras existimos y nuestros cuerpos también, y vivimos en ellos, pero ni nos definen ni nos limitan.

Llegamos entonces al problema de la mente y el cuerpo. Usted lo que está sugiriendo es que rechazamos la idea de que exista una realidad, una sustancia o una esencia unificadora, y por tanto de que sea imposible separar la mente y el cuerpo. Eso es monismo, y a usted no le gusta, ¿verdad? Prefiere usted a Descartes y su dualidad. Pero ¿me está diciendo entonces que *mujer*, o incluso *femenino*, es una categoría únicamente mental? ¿Acaso carece de vertiente física? ¿Y acaso ese género incorpóreo, esa cosa desencarnada y desprovista de vertiente física, es incapaz de cambiar, a pesar de que por el hecho de no ser físico debería ser tan mutable como el humo y como la brisa? ¿O acaso estamos en terreno religioso o quizá aristotélico, y el género, igual que la mente, es una cualidad del alma? He estado leyendo sobre el tema. Pero esto me cuesta entenderlo.

Lo explicaré en términos simples. Nacer con genitales y órganos reproductores femeninos no te convierte en mujer. Nacer con genitales masculinos no te convierte en hombre. A menos que lo elijas. Ésta es la proposición a la que te estoy pidiendo que respondas. Que una vagina no tiene nada definitivamente femenino. Y que tú tampoco estás excluido de lo femenino por poseer un miembro masculino. Una mujer trans con pene sigue siendo una mujer. ¿Puedes estar de acuerdo con esto o no?

Quiere usted decir que tal vez yo no necesitara la operación...

La castración.

La palabra misma duele.

No a menos que sea lo que tú eliges.

Ya estamos otra vez con lo de *elegir*.

Podría proponerte que lo llamas libertad. Podría decirte que es tu derecho.

Yo tengo experiencia en elegir. Vengo de una familia que eligió transformarse. El nombre con el que me llama usted lo elegí yo. Yo elegí dejar el mundo que me creó para venir a un mundo en el que tal vez pudiera crearme a mí mismo. Estoy a favor de elegir. Ya me he transformado una vez por decisión propia. Pero.

Pero.

Si yo digo que soy una mujer pero conservo el miembro masculino y luego estoy entre lesbianas y quiero tener relaciones sexuales pero ellas no se quieren acostar con alguien que tenga miembro masculino, ¿cómo puedo ser una mujer si las mujeres no aceptan mi elección de ser una mujer?

Si alguien reacciona a ti de esa forma, entonces ese alguien es una FRET.

FRET.

Feminista Radical Excluyente de los Trans.

¿Y eso es malo?

En la conversación que estamos teniendo, eso es malo, sí.

Así que coge usted a esas mujeres con vaginas que se niegan a tener relaciones sexuales con mujeres que tienen penes y usa un término denigratorio con ellas y dice que son malas personas, ¿y cómo me ayuda a mí eso?

Te ayuda a mantener tu postura.

¿Porque yo tengo razón y ellas no?

En Míchigan hay un festival privado para mujeres que ya lleva cuarenta años celebrándose, un evento para que las mujeres se reúnan y hagan música y cocinen y hablen y simplemente estén juntas, y son algunas de las mujeres que crearon el movimiento feminista, mujeres cis, mujeres mayores en su mayoría, que fueron revolucionarias en su época. Pero no permiten participar en el evento a mujeres trans con órganos masculinos, de forma que hay una disputa que ya está en vías de convertirse en pelea física. Delante del festival acampan activistas trans con armas, y planean protestas y altercados y a veces los ponen en práctica, pintan grafitis, cortan las tuberías del agua, rajan neumáticos y reparten pasquines con imágenes de sus penes. Yo postulo que en esta disputa quienes se equivocan son las mujeres con vaginas, porque son incapaces de adaptarse a una época distinta en la que una mujer con vagina no es más que un tipo de mujer y los demás tipos de mujeres son igual de mujeres que ellas. Si eliges ser estadounidense y adoptar la ciudadanía, no tienes por qué renunciar a la persona que eras antes. Te conviertes en americano, sí, pero cuando te aparecen problemas dices que te sientes extranjero, de forma que en cierto sentido has conservado intacta la parte extranjera. Si eliges ser una mujer hay la misma libertad. Y si alguien intenta excluirte del género que has elegido, tienes derecho a protestar.

Pero ¿qué pasa si no veo que esas elecciones sean elecciones? ¿Qué pasa si yo aprendí de la comunidad gay masculina que la homosexualidad era algo congénito, que era una forma de ser humano, y que no se podía elegir ni renunciar a ella? ¿Y qué pasa si yo odio esa idea reaccionaria de que se puede reeducar a una persona gay para que cambie su opción y deje de ser gay? ¿Qué pasa si yo sospecho que esas opciones que estás proponiendo, todos esos múltiples matices posibles de género, forman parte de esa misma ideología reaccionaria, porque si eliges algo puedes renunciar a ello, y toda señora tiene derecho a cambiar de opinión? ¿Qué pasa si propongo que mi identidad es simplemente difícil, y dolorosa, y confusa, y que no sé cómo elegir ni qué elegir y ni siquiera si tiene que haber una elección? ¿Qué pasa si yo simplemente tengo que ir dando palos de ciego hasta descubrir lo que soy y no la persona que he elegido ser? ¿Qué pasa si creo que existe un «yo soy» y necesito descubrirlo? ¿Qué pasa si esto es cuestión no de elegir sino de descubrir, de averiguar quién he sido siempre, no de elegir un sabor del escaparate de los helados de género? ¿Qué pasa si yo pienso que, cuando

el «yo soy» de una mujer le dice que no puede tener relaciones sexuales con una mujer con miembro masculino, hay que respetarle eso? ¿Qué pasa si me preocupa que pueda estallar una guerra civil a este lado de la línea divisoria del género y además me parece la guerra incorrecta? ¿Qué pasa si todos somos tipos distintos de mujeres y no el mismo, y si resulta que las separaciones, incluyendo las separaciones entre sexos, están bien y no son ni intolerantes ni malas? ¿Qué pasa si somos una federación de estados distintos del ser y necesitamos respetar los derechos de esos estados además de su unión? Estoy perdiendo la cabeza intentando entender todo esto cuando ni siquiera entiendo las palabras, las palabras que uso son las que conozco pero todo el tiempo me parece que no son las indicadas. ¿Qué pasa si estoy intentando vivir en un país peligroso cuyo idioma no he aprendido? ¿Qué pasa en ese caso?

En ese caso yo te diría que tenemos trabajo que hacer para romper el techo de algodón que tienes en la cabeza.

¿Eso qué es?

La ropa interior está hecha de algodón. El contenido de la ropa interior de una mujer trans funciona como eje para oprimirla y marginalizarla. Cierro comillas.

Alguien le contó a mi novia un chiste de transmilionarios. Como me identifico como transmilionario, por tanto ahora soy rico. ¿Qué contestas a eso?

Que no tiene gracia.

[Él] llegó al umbral pero no logró entrar en la habitación. Atrapad[o] entre el miedo y el lenguaje, se vio incapaz de moverse, pero tampoco podía quedarse donde estaba. Los signos de advertencia eran bastante claros. Riya recibió una llamada del club para chicas Two Bridges diciéndole, amablemente, que se veían obligadas a pedirle a [él] que no fuera más por allí, porque había empezado a importunar a las chicas con preguntas intensamente personales y ellas ya no se sentían cómodas con [él] por allí. En el Two Bridges reinaba una atmósfera al mismo tiempo relajada y llena de compromiso, las chicas se sentían a gusto y trabajaban mucho en programas de justicia social y educación medioambiental, o bien aprendiendo arte digital o sonoro, o bien haciendo cursos de CTIM, o ayudando a dirigir el asombroso planetario del edificio (regalo de un benefactor adinerado), o bien estudiando danza y nutrición. Yo [lo] visité allí durante sus primeros días como voluntari[o], antes de que iniciara su espiral descendente, y me pareció ver[lo] feliz en medio de la felicidad de aquellas chicas, y la actitud relajada de ellas hacia la diversidad de géneros parecía ayudar[lo]. Gay o hetero, cis o trans, asterisco o no asterisco, género *queer* o agénero, nada de todo aquello

les suponía un problema. Al principio esto fue alentador, y hasta excitante, pero a medida que [él] se iba encontrando los controles de carretera del camino a su transición, es decir, sus miedos físicos y sociales y las dificultades que le planteaba el nuevo lenguaje, no le ayudó precisamente pensar que podía estar sufriendo problemas generacionales, unos problemas que no afectaban a la generación siguiente a la suya. Yo me acordé de cómo los neandertales de *Los herederos* de Golding miraban con rabia y sin entender a la nueva raza humana, más sofisticada y provista de fuego, el *Homo sapiens*, cuando ésta aparecía por primera vez y los condenaba a ellos, a los precursores, a la extinción. Así pues, empezó a verse a sí mism[o] como una entidad primitiva, y a las chicas del Two Bridges como personas nuevas y mejores que [él] pero también como sus sustitutas, capaces de ir adonde [él] no podía, capaces de entrar en la tierra prometida que a [él] le estaba vedada por las limitaciones de su percepción. De forma que empezó a acosarlas, a arrinconarlas en la cafetería o en las puertas de sus aulas o mientras jugaban en el campo de *softball* cercano o en el de *hockey*, a pedirles unas respuestas que ellas no tenían y unos consejos que ellas no sabían cómo dar, y a ponerse agresiv[o] y a molestarlas. Era inevitable que [lo] echaran. Y [él] lo aceptó sin poner objeciones.

Dejamos de prestarle atención. Eso está claro. Tendríamos que haber visto que estaba cada vez más frágil, y tal vez lo viéramos, pero elegimos mirar a otra parte. Después del asesinato de Apu, Nerón se retiró del mundo a una oscuridad cuya causa aparente era obvia pero cuyo significado más oculto solamente se aclararía más adelante. Tenía la urna con las cenizas de su hijo sobre su mesa y se comentaba que hablaba todo el tiempo con él, todos los días. Las dos sargentas tenían acceso a él, y él encontraba tiempo para Petya; siempre encontraba tiempo para el hijo que tenía los problemas más obvios, y no dejó de mostrarse indulgente y comprensivo mientras Petya regresaba lentamente de su personalidad de incendiario a su mejor versión; pero para su hijo sin rumbo y en plena colisión, para aquel hijo que ya no era el menor, no tenía apenas nada. Lo que sí tenía era al joven Vespasiano y a una esposa que encontraba muchas formas de insistir en los derechos especiales que tenía el bebé a recibir los afectos de su padre. Lo llamaban el

pequeño Vespa, como si fuera un ciclomotor al que los dos pudieran subirse para ir de vuelta a la felicidad. En compañía del pequeño Vespa, a veces a Nerón le suavizaba la cara una sonrisa. Vasilisa trataba a su marido con los mismos cuidados maternos que le prodigaba a su pequeño tesoro, en parte, estoy seguro, porque veía su dolor y quería mitigarlo, pero también, no me cabe duda, por razones egoístas. De todos nosotros, era ella la que veía con mayor claridad cómo estaba perdiendo facultades aquel hombre feroz y obstinado. Veía el avance de su pérdida de memoria, veía cómo se le empezaban a escapar de las manos las riendas de la cuadriga y entendía que con el tiempo él acabaría siendo otro bebé para ella, pero estaba dispuesta a aceptar todo esto porque el premio que le esperaba al final del proyecto era enorme. (Mi visión de Vasilisa se había agriado considerablemente desde que mi hijo había nacido y ella había levantado un muro entre el niño y yo.) También estaba en la casa la madre de Vasilisa, pero Nerón le había cogido manía y ahora su hija la tenía medio escondida y la usaba básicamente como niñera del bebé. En su relación estaba claro que la madre no tenía poder alguno. Hacía lo que le mandaban. Y se dedicaba a esperar también. Ella también conocía la naturaleza del juego que se estaba jugando. Se quedaba en un segundo plano y le cantaba canciones rusas al niño y le contaba cuentos rusos, entre ellos quizá el cuento de Baba Yaga, la bruja, para que él pudiera crecer sabiendo de qué iba el percal. Si ella hubiera podido leer libros infantiles en inglés, habría dicho que Vespasiano era la *snitch* dorada.

También yo dejé de prestar atención a D Golden. Durante todo aquel verano y otoño, Suchitra y yo estuvimos ocupados con Batwoman. En aquel año electoralmente surrealista, nuestra repentina elevación al estatus de estrellas de la publicidad política gracias a nuestros vídeos premiados había atraído la atención de muchos grupos de presión progresistas y supercomités de acción política forrados de dinero que apoyaban a la formidable y eminentemente cualificada pero impopular oponente del Joker. El vídeo de animación que nosotros creamos para uno de aquellos grupos de presión, con la ayuda de algunos de los mejores artistas que habían dibujado al Joker, se hizo viral: el villano sonriente en el Midtown de Nueva York, chillando las mismas palabras que su encarnación política había usado en la vida real: «¡Idiotas! ¡Podría matar a tiros a alguien en Times Square y no perdería ni un voto!», hasta que una superheroína con disfraz de murciélago se descolgaba de las alturas para ponerle una camisa de fuerza y entregárselo a los hombres con batas blancas del loquero. Acababa de nacer la Batwoman de la política, y la candidata, o bien su gente, repostó nuestro anuncio en los perfiles sociales oficiales de la campaña, que alcanzaron los tres millones de visitas en las primeras veinticuatro horas y acabamos haciendo tres secuelas que funcionaron igual de bien. Las elecciones se convirtieron en un enfrentamiento entre Batwoman y el Joker. Batwoman, que tenía su lado oscuro pero lo usaba para luchar por el bien, la justicia y el modelo americano, una líder capaz de salvar al país de convertirse en un chiste calamitoso. Y nosotros definimos la lucha; se convirtió en lo que nosotros

dijimos que era.

La idea de Batwoman se le ocurrió a Suchitra, aunque gran parte de los guiones los hice yo, o bien los dos juntos. Formábamos un buen equipo, aunque yo no paraba de preguntarme qué veía ella en mí; estábamos tan descompensados, su incesante brillantez creativa resultaba tan resplandeciente comparada con mi pequeña lucecita, que había veces en que me daba la sensación de ser su mascota. Una noche, ya tarde, después del trabajo, bebí más de la cuenta y se lo pregunté, y ella se rio sin parar.

—Vaya pareja estamos hechos —me dijo—, los dos completamente inseguros y al mismo tiempo inconscientes de la inseguridad del otro.

Ella me preguntó si acaso yo no lo veía. Yo era el que tenía estudios, yo era el intelectual, yo era el que veía conexiones y referencias y ecos y argumentos y formas; ella simplemente sabía dónde enfocar con la cámara y hacer muchas de las demás cosas técnicas. Esto era infravalorarse absurdamente a sí misma, pero es que estaba hablando su inseguridad. Le recordé una sola de las muchas cosas maravillosas que me había enseñado. La imagen tiene forma y el sonido también y el montaje también y el drama también. Y el sentido fílmico es ese arte que garantiza que las cuatro formas coincidan. Ésa era su adaptación de las teorías de Serguéi Eisenstein, director de *Alexander Nevsky* y de *El acorazado Potemkin*.

—Muy bien —admitió con una sonrisa cuando yo se lo recordé—. Sí, vale, eso estuvo bastante bien.

Aquellas confesiones —mi conciencia de mi inferioridad creativa y su conciencia de ser intelectualmente poco válida— nos unieron mucho más. Así somos: nos enamoramos de los puntos fuertes del otro, pero el amor se intensifica y se consolida cuando nos enamoramos de las debilidades del otro. Alcanzamos el amor que había subyacido a nuestro amor igual que hay agua debajo del hielo, y entendimos que, aunque nos habíamos estado divirtiendo mucho, hasta entonces solamente habíamos estado patinando en la superficie, mientras que ahora estábamos buceando hasta el fondo. Yo nunca había sentido nada parecido; ni ella tampoco, me dijo, y nos miramos con una especie de incredulidad feliz. Así pues, esto era lo que ocupaba mi atención. A medida que la familia Golden se hundía, yo me elevaba. Nos elevábamos

los dos, mi dulce de leche y yo, e, igual que el halcón de *Oklahoma!*, trazábamos círculos perezosos en el cielo.

—Ah, por cierto —me dijo ella, perdida en medio del éxtasis—, ¿te acuerdas de aquellas tres reglas que te mencioné?

—«Gana tu dinero, ten apartamento propio y no me pidas que me case contigo.» ¿Sí?

—Creo que pueden ser negociables.

—Oh.

—«Oh.» ¿En serio? ¿Es lo único que dices?

—Me estaba preguntando —le dije— cómo darle la noticia a mi casero, U Lnu Fnu.

—Cuando quiero siluro —me dijo U Lnu Fnu—, a veces voy al Whole Foods de Union Square, pero no siempre tienen. Si no, a Chinatown. También hacen falta fideos *vermicelli*, salsa de pescado, concentrado de pescado, jengibre, tallo de plátano, citronela, cebollas, ajo y harina de garbanzos. Siéntate y ten paciencia, por favor. Es un desayuno tradicional de mi país: mohinga. Siéntate, por favor.

—Señor U —empecé a decir.

Él me detuvo levantando el brazo con gesto amable.

—Finalmente tengo que corregirte —me dijo—. Has de saber que U no es ningún nombre, sino un título de respeto que se da a los hombres mayores que ocupan cargos altos. También a los monjes. De forma que decir «señor U» es como decir «señor señor». Lnu era el apellido de mi padre y yo también lo tomé. Deberías dirigirte a mí como Fnu. Es lo mejor.

—Señor Fnu...

—Fnu. Ahora somos amigos. Cómete el mohinga.

—Fnu.

—Sé lo que me quieres decir. Me quieres decir que te vas a vivir con tu chica, de forma que me estás dando el aviso, pero, como amas los Jardines, me quieres preguntar también si puedes quedarte con la llave de acceso. Y como eres educado y sabes que estoy viviendo en soledad, me dirás que me

has cogido mucho cariño y que me quieres visitar de vez en cuando y yada, yada, yada.

—¿Veía usted *Seinfeld*?

—Hasta el último episodio, y también las reposiciones.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Tu chica me ha llamado porque sabe que se te traba la lengua cuando tienes que pedir algo. Y es un placer para mí concedértelo. Quédate la llave. Tu habitación se la alquilaré a otra persona, naturalmente, pero siempre serás bienvenido aquí.

—Los Jardines están preciosos en esta época del año.

—Nunca volveré a mi país —dijo el viejo diplomático—. Ni siquiera al Myanmar de Daw Aung San Suu Kyi, con todo lo que está cambiando. Llega un momento del viaje en el que el viajero se sienta junto al río y sabe que es el final del camino. Llega un día en que acepta que la idea de regresar es una ilusión.

—Lo siento —le dije, porque no se me ocurrió nada mejor.

—Además, los Golden son muy interesantes, ¿verdad? —dijo U Lnu Fnu, animándose hasta el punto de dar literalmente una palmada, y revelando una vertiente maliciosa insospechada hasta entonces—. Se están viniendo abajo ante nuestros ojos, y yo últimamente tengo mucho tiempo para mirar.

¿Qué clase de hombre era yo, que desayunaba pescado y fideos con un solitario anciano birmano (o myanma) y fingía que mi amor por los Jardines era puramente hortícola y nostálgico? ¿Qué clase de hombre planeaba irse a vivir con la mujer que lo amaba y al mismo tiempo conservaba el acceso al espacio secreto donde podía encontrar a diario a su hijo secreto —sentado en una sillita de niño y protegido por una feroz matriarca rusa— y, pese a todo, mantenía su paternidad en secreto, ocultándosela incluso a su amor verdadero? ¿Qué clase de hombre, criado en aquel mismo lugar por unos padres con principios, criado para ser honorable y fiel a la verdad, sucumbía con tanta facilidad a un canto de sirena? Tal vez todos los hombres fueran traidores. Tal vez los buenos hombres fueran simplemente traidores que

todavía no habían llegado a aquella bifurcación en su vida. O tal vez mi deseo de generalizar a partir de mi propia conducta no fuera más que una forma de excusar aquello que yo había estado demasiado dispuesto a hacer.

Y el hecho de que Suchitra llamara a mi casero: ¿había sido un acto de amor o quizá resultaba un poco extraño? ¿Acaso ella sabía más de lo que yo creía? Y en caso de que así fuera, ¿qué significaba su conducta? Pero, por supuesto, ella no sabía nada del niño. Los secretos culpables nos vuelven paranoicos a todos.

A medida que se incrementaba mi felicidad personal, también arreciaban las críticas silenciosas que me hacía a mí mismo; y sin embargo, y a pesar de todo, aquí en los Jardines estaba mi hijo. ¿Cómo podía yo darle la espalda y marcharme, aunque fuera para irme a una vida llena de amor? Ahora, cada vez más a menudo, lamentaba el día en que me había permitido —¡en que había decidido!— dejarme arrastrar a la órbita de la Casa Dorada, y en el que había sido lo bastante miope como para creer que los Golden serían mis sujetos y los pasaportes a mi futuro cinematográfico, que sería yo quien tendría el poder sobre la narración, en vez de entender que el sujeto de la película no iba a ser ningún hombre de aquella familia, sino yo mismo, y que la resolución de la historia me diría más de mí que de nadie. Igual que tantos hombres jóvenes, yo era en muchos sentidos un secreto para mí y para quienes me amaban, y, antes de que todo se acabara, aquellos secretos tendrían que revelarse.

Después de la hibris viene la némesis: la *Adrastea*, lo ineludible. Un hombre bueno puede ser malo, y una mujer mala puede ser buena. Ser infiel contigo mismo, ¡oh, joven!, es la más alta de las traiciones. Hasta las fortalezas más sólidas pueden tomarse por asalto. Y el cielo que contemplamos puede desplomarse y una montaña puede hundirse en el mar. Y al final tu tosca magia, oh, Próspero, te devorará a menos que, como Ariel, la liberes. A menos que rompas tu báculo.

El bebé mágico de *Los pescadores* de Esquilo resultaba ser el superhéroe Perseo. El bebé mágico de *Los perseguidores* de Sófocles resultaba ser el dios Hermes. Ahora estaba Vespasiano, que llevaba el nombre de un emperador, el bebé mágico de los Jardines y de mi corazón. ¿Acaso yo tenía

que dejarlo ir para sobrevivir? ¿Acaso yo tenía que liberarlo?

El Correccional de Clinton Oaks, en Jefferson Heights, Minnesota, era la única prisión de máxima seguridad de su estado. Después de la fuga de dos reclusos, sin embargo, los investigadores habían descubierto que los guardias no habían estado haciendo sus rondas de seguridad y que habían realizado anotaciones falsas en los registros de la cárcel afirmando lo contrario. Hasta diecinueve funcionarios fueron posteriormente castigados por aquella infracción. Pese a todo, la negligencia de los guardias no había sido la razón principal de la fuga de los presos. El desencadenante había sido el amor, o bueno, el sexo, o el deseo. Los reclusos en cuestión, los asesinos convictos Carl Zachariassen y Peter Coit, que compartían celda y estaban cumpliendo cadenas perpetuas sin posibilidad de reducción de condena, trabajaban en la sastrería del penal, donde se habían hecho amigos de una trabajadora de la cárcel, la señora Francine Otis, casada y madre de dos hijos. La amistad se había vuelto íntima, para no usar un término más fuerte, y Otis, tal como confesaría más adelante, había tenido relaciones con ambos hombres en un cuarto de almacenaje anexo a la zona principal de trabajo estrecha y alargada de la sastrería. Posteriormente Otis les había llevado a los hombres las herramientas que necesitaban, incluyendo equipamiento para cortar metal, y ellos habían procedido con su plan. Habían hecho agujeros rectangulares en el acero del fondo de sus celdas, por debajo de las literas, y habían dejado muñecos hechos con sudaderas en sus camas para engañar a los guardias que hacían las rondas. (Aunque, tal como se demostró más adelante, los guardias no hicieron ninguna ronda aquella noche.) Al otro lado del agujero de la pared de la celda había una pasarela que no se usaba y por la que nadie había patrullado desde hacía muchos años. Por aquella pasarela bajaron cinco pisos hasta una tubería de la calefacción que estaba cerrada porque en aquella época del año hacía calor; los fugitivos le abrieron un agujero y reptaron por su interior hasta una alcantarilla situada a más de cien metros de los muros de la cárcel, donde, usando las herramientas que les había suministrado Francine Otis, cortaron la cadena y el candado de acero con que estaba cerrada la

alcantarilla y así se escaparon.

La persecución duró tres semanas y en ella participaron más de ochocientos agentes, además de helicópteros y perros policía. El plan original de Zachariassen y Coit, tal como confesaría más tarde Otis, era reunirse con ella en un punto de la autopista 35, donde Otis les había prometido que tendría ropa, dinero y armas esperándolos, y donde, tristemente, había creído que ellos se la llevarían para empezar los tres juntos una nueva vida de amor y sexo en Canadá; al final, sin embargo, los fugitivos decidieron no reunirse con Otis, lo cual fue, de hecho, mucho mejor para ella, ya que el plan de ellos desde el principio había sido quedarse con lo que la mujer les llevara y asesinarla. Durante las tres semanas siguientes los avistaron unas cuantas veces, los perros encontraron su rastro y se hallaron restos de su ADN en una cabaña del bosque. Por fin los arrinconaron en la reserva forestal de Kabetogama, cerca de la frontera del Canadá. A Coit lo atraparon vivo, pero Zachariassen murió en el enfrentamiento con sus captores, de tres disparos en la cabeza. La persecución de los fugitivos apareció en las noticias del país entero.

Si dejamos de prestar atención a D Golden fue porque creíamos que Riya Z estaba con [él] todos los días y que ella vería todo lo que necesitara verse. Pero aquellas tres semanas, desde que su padre se escapó de Clinton Oaks y durante las veinticuatro horas del día sin interrupción hasta que lo mataron en el bosque de Kabetogama, Riya se las pasó desquiciada. Y el episodio coincidió además con el momento en que a D le pidieron que dejara de ir al club Two Bridges. Fue la tormenta perfecta; justamente cuando D más la necesitaba, resultó que la atención de ella estaba en otra parte.

En las noticias dicen que está intentando llegar a Canadá, pero son patrañas, decía ella, irracionalmente. Está viniendo a por mí.

Aquella era una Riya que D no había visto nunca: aterrada, insegura y con chispazos eléctricos crepitando en los bordes. Ella era lo único en lo que [él] había creído. Había encontrado en ella su roca milagrosa. Luego ella se vino abajo y [él] no lo pudo soportar.

¿Por qué va a venir tu padre a la ciudad? Está muy lejos, el riesgo es demasiado grande y en la ciudad está claro que lo van a ver y a atrapar.

La ciudad es adonde uno va a esconderse, dijo ella. En el campo, en los pueblecitos o en los prados o bosques, todo el mundo te ve y todo el mundo sabe a qué te dedicas. En la ciudad eres invisible porque a nadie le importa lo que hagas.

Pero si está a medio país de distancia de aquí. No va a venir.

A mí me prometió que vendría. Y vendrá.

Zachariassen no vino. Estaba cruzando un bosque del norte con destino a la frontera. Pero, a pesar de los testimonios de quienes lo habían visto lejos de Nueva York, Riya siguió convencida de que su padre estaba yendo a por ella, de forma que sacó el revólver Colt con la empuñadura de color perla, lo cargó y se lo guardó en el bolso; y aun después de hacerlo se siguió comportando como una gata sobre un tejado de zinc. Sus colegas del Museo de la Identidad percibieron su mirada frenética y exhausta, así como su nerviosismo, chocante en una persona normalmente tan dueña de sí misma, y de pronto todo el mundo tenía la solución: tal vez le hacían falta unas vacaciones, tal vez estaba descontenta con su relación, tal vez tenía que empezar a tomar kava kava, que era cien por cien orgánico y la ayudaría de verdad a relajarse.

Por las noches Riya apenas dormía, y lo que hacía era sentarse junto a la ventana del dormitorio y esperar que su padre asesino subiera trepando en cualquier momento al tejado que daba a su ventana, y en más de una ocasión estuvo muy a punto de pegarle un tiro a un gato. Además, más de una vez hizo algo que no había hecho nunca: consultar a la *drag queen* madame George, la que tenía el salón de Tarot Bola de Cristal Horóscopos Conozca su Futuro en el piso de abajo, y cuando madame George le aseguró que su futuro era largo y luminoso, ella le contestó que no era verdad y que volviera a tirar las cartas, y aunque la adivina le dijo: dile a tu novio que baje, es él quien me preocupa, ella no obedeció, porque creía estar al corriente de los problemas de D y no necesitaba que una *drag queen* lo ayudara a entenderlo, y además ahora mismo, por una vez en la vida, no todo tenía que pasar por él, el problema eran ella y el hijo de puta de su padre, que iba a venir a por ella en mitad de la noche. Riya fue a ver a la señora Run, la brujil propietaria del

edificio rosa y amarillo, y se puso a decirle en voz muy alta, demasiado alta, que ya era hora de que el edificio tuviera un sistema de seguridad como era debido, con videoteléfono en la entrada y alarma y mejores cerraduras en el exterior y en el interior, mucho mejores cerraduras, porque ahora cualquiera podía entrar, era una ciudad dura y peligrosa, y solamente se detuvo cuando la señora Run le dijo:

—Si tú viene a pedirme un bombilla en el pasillo, yo me lo pienso. Si viene dando saltos como un criatura vampiro *jianghsi* gritando de la boca, en un minuto yo te digo vete de mi casa ahora misma. Así que tú elige.

Riya se calló de golpe y se quedó jadeando en el pasillo mientras la señora Run le chasqueaba los dedos bajo la nariz y se daba la vuelta y se alejaba hacia el establecimiento de Run Run Trading para fulminar con la mirada a los patos colgados. Y ni siquiera entonces, pese a lo mucho que transpiraba y a sus dificultades para respirar, entendió Riya que estaba desquiciada de miedo. Pero D Golden, mirándola muy alarmad[o] desde lo alto del primer rellano, lo entendió perfectamente, y aquello también lo dejó tocad[o] a [él].

Las tres semanas de locura de Riya intensificaron la agitación interior de D. Se pasaba los días sol[o] en el apartamento y las noches agobiad[o] por el miedo claustrofóbico de ella. El miedo de [él], el miedo que se tenía a sí mism[o], se vio magnificado por el miedo de ella a la sombra de su padre. Y al final las sombras fueron demasiado fuertes, tomaron posesión de su mente y de su espíritu. Y ninguno de nosotros estaba allí para ver la situación ni para ayudar.

Yo sí que fui a ver[lo] por última vez, aunque sin saber que sería la última. Mientras Riya estaba en el trabajo, intentando retener su empleo a pesar de su terror casi histérico a la proximidad imaginaria del fugitivo Zachariassen, yo me [lo] llevé a dar un paseo por Chinatown. En un banco de la plaza Kimlau, en la confluencia de ocho calles, bajo la mirada benigna y orgullosa del teniente y héroe de guerra Benjamin Kimlau del 380 Grupo de Bombardeo de la Quinta Fuerza Aérea, fallecido en combate aéreo contra Japón en 1944, D Golden confesó su incapacidad para reconciliar las facciones que le estaban batallando por dentro. Aquel día llevaba camisa a

cuadros, pantalones de camuflaje y gafas de aviador, además de una pizca de pintura de labios y gorra de béisbol rosa por encima del pelo largo, que ya le llegaba por debajo de los hombros.

—Mírame —se lamentó—. Infeliz con ropa de hombre, demasiado cobarde para ponerme un vestido en público y con estos labios pintados y la gorra rosa, menudo gesto lamentable. —Yo le repetí lo que todo el mundo le decía: que fuera paso a paso, que la transición era un viaje mágico de mil y una noches, pero [él] negó con la cabeza—. Para mí no habrá ese momento de ábrete, sésamo. Ningún narrador inmortal va a contar mi patética historia. —Esperé el resto, que ya me veía venir—. Ahora tengo sueños todas las noches en los que veo al hijra de mi infancia, disfrazado de Michael Jackson, girando sobre sí mismo en la calle, colgando de la ventanilla de mi coche y chillando «baila conmigo». Cuando me despierto estoy bañado en sudor frío. La verdad es que entiendo lo que estaba diciendo el hijra, él ella, está insistiendo en que tiene que ser todo o nada. Si lo vas a hacer, hazlo hasta el final. Con operación y todo, como un hijra de verdad. Cualquier otra cosa parece fraudulenta, como disfrazarse de Michael cuando no eres más que un trabajador sexual en la playa de Chowpatty. Pero oh, Dios. La verdad es que soy demasiado débil, tengo demasiado miedo, me muero de terror, joder —me dijo—. Tal vez Apu sea el que ha tenido más suerte.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. Estoy perdido.

Me [lo] llevé de vuelta a su apartamento. Y así es como [lo] recuerdo ahora: naufragado en un banco en medio del tráfico de las ocho calles, sabiendo que no podía ser [un] héroe en su guerra privada, con los coches circulando hacia [él] y alejándose, e incapaz de elegir una dirección, de encontrar el camino a casa.

Mataron a Zachariassen y su muerte salió en las noticias de la noche y Riya se tranquilizó de golpe, como si le hubieran accionado un interruptor. Se limitó a soltar un suspiro enorme y a dejar escapar toda su locura junto con el aire y de pronto allí estaba otra vez su viejo yo, la Riya «real», rescatada de

aquella falsificación que había creado su miedo, disculpándose ante todo el mundo por su locura temporal. El servicio normal se ha reanudado, le aseguró a todo el mundo, no os preocupéis por mí. Y efectivamente, dejamos de preocuparnos. Y todos nosotros, a excepción de D Golden, nos olvidamos de la pistola.

[Él] llegó a la Casa Dorada en todo su esplendor, emergiendo del asiento de atrás de una limusina Daimler elegida deliberadamente como réplica del vehículo en el que todos los Golden habían llegado a la calle Macdougall para tomar posesión de su casa. Un chófer de librea le aguantó la puerta abierta y desplegó una pequeña escalerita para que sus zapatos Walter Steiger de tacón curvado pudieran descender hasta la calle sin dar un paso en falso. [Él] — ¡no! Por fin se había vuelto apropiado cambiarle el pronombre y decir simplemente *ella*—, muy bien, *ella* llevaba un vestido de noche de Alaïa de color escarlata, por encima del cual su cascada de pelo relucía seductoramente bajo el sol, así como un pequeño bolso de Mouawad con joyas incrustadas. Así pues, vestida para matar, y dándole la llave al chófer para que le abriera la puerta de la casa, D Golden entró por última vez en casa de su padre, y quizá siendo por primera vez ella misma, su yo verdadero, el yo que siempre había temido ser y a quien tanto le había costado liberar.

Nerón estaba en el rellano superior de las escaleras, flanqueado por las señoras Blather y Fuss y mirándolo con llamas en los ojos.

—Los hijos de reyes nacen para matar a sus padres —le dijo—. Además, esa ropa es propiedad de mi mujer.

Vasilisa Golden apareció junto a su marido.

—Así que éste es el ladrón que yo estaba buscando —dijo.

D no levantó la vista y tampoco contestó. Se movió con elegancia por la casa en dirección a las cristaleras y salió a los Jardines. ¡Y menudo movimiento de cortinas en las ventanas tuvo lugar a continuación! Parecía que ningún residente de los Jardines quería perderse aquello. Pero D no les prestó ninguna atención. Caminó hasta el mismo banco donde años antes su hermano Petya se había sentado y había hecho reír a los niños con sus

historias. A continuación se sentó con el bolso robado en el regazo y las manos juntas sobre él —¡el bolso de Riya!— y cerró los ojos. Había niños jugando por los Jardines, y sus chillidos y risas se convirtieron en la banda sonora de su silencio. Ella no tenía prisa. Así que esperó.

Vito Tagliabue, el marido abandonado y cornudo, vino a ofrecerle su solidaridad, a aplaudir su valentía y a felicitarla por su gusto en el vestir, y después ya no supo qué más decir. Ella inclinó gentilmente la cabeza, aceptando el aplauso y las felicitaciones e indicándole al mismo tiempo que ya podía marcharse. El barón de Selinunte echó a andar hacia atrás, como si estuviera en presencia de un miembro de la realeza y darle la espalda constituyera una ruptura del protocolo; al cabo de un instante se tropezó con un triciclo de plástico de colores que había abandonado allí algún niño pequeño y su caída introdujo una nota feliz de comedia circense en el momento, por lo demás grave. Los labios de D se torcieron para formar una sonrisa pequeña pero evidente y a continuación, con calma, sin prisas, reanudó su meditación.

En la película yo intercalaría su quietud con una escena de movimiento rápido: Riya llega a casa, encuentra su ropero abierto y la ropa revuelta y ve que no está el bolso que contiene el arma y que tiene una nota en la mesilla de noche, una sola hoja de papel doblada por la mitad. Entonces Riya sale corriendo a la calle e intenta parar un taxi, pero primero no pasa ninguno; luego pasa uno pero no para, y por fin ella consigue detener uno.

En cuanto los niños entraron en sus casas para comer o para descansar o para lo que sea que hacen los niños hoy en día delante de sus pantallas, D Golden abrió los ojos en los Jardines; se puso de pie y echó a andar.

Y Riya en el taxi metiéndole prisa al conductor y él discutiendo con ella: siéntese y quédese quieta, señora, usted es la pasajera y yo el conductor, déjeme conducir mi taxi. Ella se deja caer sobre el respaldo del asiento y cierra los ojos (intercalar, en los Jardines, una repetición del plano en que D abre los ojos) y en la pista de audio oímos la voz de D leyendo su nota de suicidio:

D GOLDEN (EN OFF)

No hago esto por las dificultades de mi vida. Lo hago porque hay algo malo en este mundo que hace que me resulte insoportable. No sé qué es exactamente, pero el mundo de los seres humanos no funciona bien. La indiferencia de los unos hacia los otros. La falta de amabilidad de la gente. Es muy descorazonador. Yo soy un ser humano apasionado, pero ya no sé cómo llegar al resto de la gente. Ni siquiera sé cómo llegar a ti, Riya, aunque eres la persona más amable que conozco. En el Antiguo Testamento Dios destruía la ciudad de Sodoma, pero yo no soy Dios y no puedo destruir Sodoma. Solamente puedo escaparme de sus muros. Si Adán y Eva llegaron al mundo en el jardín del Edén, entonces es apropiado que yo, que soy al mismo tiempo Eva y Adán, me marche del mundo en otro jardín.

Me viene a la cabeza Maurice Ronet en *Le feu follet* de Louis Malle (1963), que también iba por su ciudad, París, llevando una pistola, entristecido por la especie humana y encaminándose al suicidio.

Ella recorrió los Jardines enteros, despacio, formalmente, de punta a punta, y por fin, cuando llegó al extremo opuesto a la casa de Nerón, su antiguo hogar, y justo delante de la que había sido la casa de mi familia, se dio media vuelta y su grandeza fue la de una reina. Luego emprendió el camino de vuelta, se detuvo a medio camino y abrió el bolso.

Y como esto es una película, llegado este punto es necesario que Riya salga en tromba por las cristaleras de la Casa Dorada y grite:

RIYA

¡No!

Ahora había caras en todas las ventanas. Abandonada ya toda discreción, los residentes de los Jardines permanecían transfigurados detrás de sus cristales por el horror inminente. Después del grito de Riya Z nadie dijo nada, y hasta la propia Riya se quedó sin nada que decir. En aquel momento D Golden tenía algo de gladiador, cierto aire de guerrero que espera el veredicto del pulgar del emperador. Pero ahora ella era su propia emperatriz, y ya había emitido su veredicto. Despacio y de forma deliberada, envuelta en la soledad de su decisión y con la tranquilidad que le otorgaba su claridad suprema, sacó el revólver con empuñadura de color perla del bolso con incrustaciones de joyas, se puso la punta del cañón contra la sien derecha y disparó.

La flota griega tenía que zarpar rumbo a Troya para recuperar a la infiel Helena, con lo cual hubo que aplacar a la furiosa diosa Artemisa para que permitiera que soplara una brisa favorable, con lo cual hubo que sacrificar a Ifigenia, hija de Agamenón, con lo cual su afligida madre, Clitemnestra, hermana de Helena, decidió esperar a que su marido regresara de la guerra para asesinarlo, con lo cual el hijo de ambos, Orestes, tuvo que vengar la muerte de su padre asesinando a su madre, con lo cual las Furias persiguieron a Orestes, y etcétera. La tragedia era la llegada a los asuntos humanos de lo inexorable, que podía ser algo exterior (una maldición familiar) o bien interior (un defecto de carácter), pero en cualquier caso los acontecimientos asumían su rumbo ineludible. Disputar la idea de lo inexorable, sin embargo, formaba parte de la naturaleza humana, por mucho que en todos los idiomas existieran palabras para comunicar la superfuerza de la tragedia: destino, *kismet*, karma, hado. Formaba parte de la naturaleza humana insistir en la agencia y la voluntad humanas, y creer que la irrupción del azar en los asuntos humanos explicaba mejor las incapacidades de aquella agencia y de aquella voluntad que una dinámica predestinada, ineludible e inherente a la narración. La disparatada indumentaria del absurdo, la idea de que la vida carecía de sentido, nos resultaba a muchos de nosotros una prenda filosófica más atrayente que la sombría túnica del trágico, que, cuando uno se la ponía, se convertía simultáneamente en evidencia y agente de la condenación. Pero también era un aspecto de la naturaleza humana; un rasgo de la contradictoria naturaleza humana, igual de poderoso que su contrario: aceptar con fatalismo

que, en efecto, existía un orden natural de las cosas, y jugar sin quejarse con las cartas que te habían repartido.

Dos urnas de cenizas humanas sobre el escritorio de Nerón Golden: ¿se trataba de la inexorabilidad trágica en acción, o bien de un espantoso y doblemente arbitrario caso de mala suerte? Y el demente Joker, columpiándose ahora del Empire State Building y clavando su codiciosa mirada en la Casa Blanca, ¿acaso era la consecuencia de una extraordinaria concatenación de contratiempos impredecibles, o bien el producto de más de ocho años de desvergüenza pública de la que él era la encarnación y apogeo? ¿Tragedia o azar? ¿Y acaso existían rutas de escape para la familia y para el país, o quizá era más sensato ponerse cómodo y aceptar el destino?

Nerón Golden se pasaba las horas del día sentado a solas a su mesa, contemplando las cenizas de sus hijos e interrogándolas en busca de respuestas. A fin de mitigar su tristeza, Vasilisa le traía noticias del crecimiento del pequeño Vespasiano, de sus primeras palabras y sus primeros pasos, pero era imposible consolar al viejo.

—Lo miro a él y miro a Petya y me pregunto cuál de los dos será el siguiente —decía.

Vasilisa respondió a esto con vigor:

—Mi hijo está a salvo —dijo—. Lo protegeré con mi vida y crecerá hasta convertirse en un hombre fuerte y excelente.

Él levantó la vista para observarla con cierta desaprobación vidriosa, pero también con vulnerabilidad y hasta debilidad en la mirada.

—Y mi Petya —dijo—. ¿A él no lo vas a proteger también?

Ella se le acercó para ponerle la mano en el hombro.

—Creo que Petya ya ha superado la crisis —dijo—. Lo peor ya ha pasado y él sigue con nosotros y volverá a ser el que era antes.

—Que los hijos mueran antes que el padre —dijo— es como si cayera la noche mientras el sol está todavía en el cielo.

—Tu casa tiene un nuevo sol brillando sobre ella, un hermoso y joven príncipe —le dijo ella—, así que el nuevo día es luminoso.

Se terminó el verano. Las semanas de canícula dieron paso gradualmente a la humedad nubosa. En la ciudad zumbaba la habitual magia de septiembre,

su reencarnación de todos los otoños, pero Suchitra y yo estábamos en Telluride para asistir al festival de cine; nuestra serie de entrevistas sobre momentos clásicos del cine había terminado convertida en un documental bastante bueno, *The Best Bits*, donde aparecían algunos bustos parlantes bastante impresionantes hablando de las escenas de cine que más amaban — no solamente Werner Herzog, sino también Emir Kusturica, Michael Haneke, Jane Campion, Kathryn Bigelow, Doris Dörrie, David Cronenberg y, en la que sería su última entrevista, el tristemente fallecido Abbas Kiarostami—, y nos habían seleccionado para presentarlo en el prestigioso festival de cine que se celebraba durante el fin de semana del Día del Trabajo en las montañas de Colorado, en el mismo pueblo donde Butch Cassidy y Sundance Kid habían atracado su primer banco, y donde velaban por nosotros los benévolo (y no tan benévolo) espíritus de Chuck Jones y su *mardito* conejo y su Pato Lucas. Incluso allí, en aquel Edén de cineastas, las conversaciones versaron ocasionalmente sobre los muertos, en aquel año en que nos habían abandonado el Duque Blanco, el Chico Púrpura, el Cazador, el Jovencito Frankenstein («se dice Froonkonstiin»), R2D2, el Pájaro Enjaulado y el Más Grande de Todos los Tiempos. Pero teníamos las películas —*La La Land*, *La llegada*, *Manchester frente al mar*— para mantener ocupadas nuestras mentes y miradas, así que la muerte quedó en segundo plano, al menos mientras duró el festival, y es que la vida real, tal como todos entendíamos, era inmortal; la vida real era aquello imperecedero que relucía a oscuras allí arriba, en la gran pantalla.

Al volver a la ciudad, y en un estado de euforia considerable gracias a la buena recepción que había tenido nuestra película en Telluride, fui a presentarle mis respetos a Nerón, con la idea también de invitarlo a vodka y blinis en el Russian Tea Room y de pagarle por la alcohólica amabilidad que había mostrado conmigo después de quedarme huérfano. Confieso que estaba demasiado radiante por nuestro triunfo en las Montañas Rocosas, y que tal vez no me esforcé lo bastante por mostrar una conducta apropiadamente fúnebre en aquella casa castigada por calamidades múltiples, pero es que cuando entré en la residencia de los Golden y me encontré al gran Nerón en la sala de estar, tomando el té —servido en la mejor porcelana de la casa—

con el vagabundo de las diatribas apocalípticas que a mí me había recordado a Klaus Kinski, y aparentemente tomándose en serio lo que farfullaba el tipo, admito que no conseguí reprimir una risotada, porque encima aquel Fitzcarraldo de baratillo, que se había puesto una maltrecha chistera para la ocasión y estaba sorbiendo ruidosamente su té en una valiosa taza de porcelana de Meissen, guardaba ahora un parecido asombroso con el Sombrerero Loco, mientras que Nerón, inclinándose atentamente hacia él, podría haber pasado bastante bien por la Liebre de Marzo.

Mi risa provocó que Kinski se encabritara con lo que yo interpreté gracias a mi larga familiaridad con la obra de P. G. Wodehouse como indignación moral.

—¿Le hago gracia? —me preguntó con gravedad digna de una de las formidables tías de Bertie Wooster.

Yo agité las manos, no, no, para nada, y me controlé.

—No hay nada gracioso en lo que he venido a decir —bramó Kinski, devolviendo su atención a su anfitrión—. He venido a sentarme en el suelo y a contar historias tristes sobre muertes de reyes. —Las palabras del *Ricardo II* de Shakespeare sonaban extrañas en boca de un vagabundo americano sentado en una butaca estilo Luis XV y bebiendo té lapsang de una taza de Meissen, pero daba igual.

—Siéntate, René —me dijo Nerón, haciéndome señas para que me acercara a él y dando palmaditas en una sección vacía del sofá—. Tómame un té y escucha a este tipo. Es magnífico.

La voz de Nerón tenía una dulzura inédita que resultaba inquietante. Sonreía, pero era más un desnudar los dientes que una señal de placer. Hablaba con voz suave, pero aquella suavidad era un guante de terciopelo que escondía la dolorosa crudeza de sus pensamientos.

—Todo va a acabar mal —dijo de pronto Kinski, con la tacita temblando en la mano—. La montaña de maldad es más alta que el más alto de los edificios, y las armas de fuego están todas vivas. Oigo a América exclamar: ¿dónde está Dios? Pero Dios está encolerizado porque os habéis apartado de su senda. ¡Tú, América! —Y lo extraño fue que señaló directamente a Nerón—. Tú has rechazado a Dios y ahora te está castigando.

—He rechazado a Dios y ahora me está castigando —repitió Nerón, y cuando eché un vistazo en su dirección vi que tenía lágrimas de verdad en los ojos. Aquel hombre abiertamente ateo, hundido en su crisis, había invitado a su hogar a ese mercader de patrañas con aliento de whisky y estaba dejando que su escatología demente lo afectara de verdad. Me marché cinco días, pensé, y cuando vuelvo a casa el mundo entero está patas arriba.

—Nerón —empecé a decir—, este hombre...

Pero él me hizo callar con un gesto de la mano.

—Quiero oírlo —insistió—. Quiero oírlo todo.

De forma que habíamos pasado de Roma a Grecia, y aquel individuo que había adoptado el nombre del último de los doce césares estaba ahora atrapado en una versión neoyorquina de *Edipo rey*, desesperado por encontrar respuestas y con su versión del ciego Tiresias profetizando calamidades. Kinski seguía vociferando, pero yo ya había oído su numerito las suficientes veces como para aburrirme, así que desconecté. Luego apareció Vasilisa en la puerta y puso fin a aquello.

—Basta —ordenó, y, señalando a Kinski con el dedo, lo hizo callar y lo aplastó. Yo me imaginé que de aquel dedo emanaba un rayo de energía de ciencia ficción en plan Darth Sidious. Al vagabundo le tembló peligrosamente la tacita de té en las manos, pero por fin consiguió dejarla intacta sobre la mesilla y se levantó nerviosamente de un salto.

—¿Puede darme un par de dólares? —tuvo todavía la desfachatez de preguntar—. ¿Qué pasa con mis honorarios?

—Largo de aquí —dijo ella—. O llamaremos a la policía y dejaremos que se encarguen ellos de tus honorarios.

Después de que el tipo se marchara, Vasilisa se volvió hacia Nerón y le habló con el mismo tono autoritario estilo enfermera Ratched que había usado con Kinski.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo.

Uy, pensé yo. Estamos en el nido del cuco.

Hasta ahora mi historia no ha seguido a Nerón Golden en sus viajes

habituales al apartamento de la avenida York donde se reunía con su prostituta preferida, mademoiselle Loulou. Yo personalmente nunca he visto el interior de un burdel, ni tampoco he pagado nunca a nadie a cambio de sexo, algo que quizá habla a favor de mi probidad moral; pero también, a la inversa, de cierta inocencia ingenua, de cierta deficiencia histórica de mi hombría. La falta de experiencia en ese terreno dificultaba que mi imaginación pudiera acompañar a Nerón durante esas excursiones por escaleras estrechas e iluminadas por bombillas rojas que conducían a alcobas perfumadas y llenas de almohadones; yo sabía que dichas excursiones siempre habían formado parte de su vida adulta, y que antes de conocer a su mujer actual solía conversar en términos groseros de sus hazañas con los miembros más libertinos de su círculo de póquer, un par de zorros canosos llamados, quizá, Karlheinz y Giambologna, o quizá Karl-Otto y Giambattista, me he olvidado; *playboys* alemán e italiano, respectivamente, en cualquier caso, políticamente ultraconservadores, los poderes del Eje de la mesa de juego, con sus chaquetas de cuero de color canela y sus fulares de colores vivos, cuyas ricas esposas habían muerto en circunstancias enigmáticas y les habían dejado todo su dinero. Respecto a los aspectos prácticos de asociarse con la tribu de las acompañantes profesionales, todos estaban de acuerdo: las podías encajar entre reuniones, no hacía falta acordarse de sus cumpleaños y podías usar el mismo apodo para todas: mademoiselle Gigi, mademoiselle Niñamala, mademoiselle Cariñitos o mademoiselle Loulou. Los nombres que las chicas te ponían a ti también eran falsos, en cualquier caso. Y para usar el vocabulario del márquetin, éste era su AVU, su Argumento de Venta Único: a cambio de un precio hacían lo que tú quisieras y después mantenían la boca cerrada. Durante sus noches de póquer, Nerón y los *playboys*, Karl-Friedrich y Giansilvio, se jactaban de las proezas sexuales que habían convencido a aquellas mujeres de virtud fácil para que ejecutaran, y elogiaban la fuerza atlética, la gracia gimnástica y la flexibilidad de contorsionistas de sus putas preferidas. Nerón era el único que hablaba de la inteligencia de su fulana.

—Es una filósofa —decía—. Voy con ella por su sabiduría.

Esto provocaba risotadas estridentes de Karl-Theodor y Giambenito.

—¡Y para follar! —vociferaban al unísono.

—Sí, para follar también —admitía Nerón Golden—. Pero la filosofía es un plus.

Cuéntanos, exclamaban ellos, comparte con nosotros la sabiduría de tu puta.

—Por ejemplo —les contestó un día Nerón Golden—. Ella me dice: si te permito que compres mi cuerpo es porque veo que no has vendido tu alma.

—Eso no es sabiduría —dijo Gianluca—. Eso es adulación.

—También me habla del mundo —continuó Nerón—. Ella cree que se avecina una gran catástrofe y que solamente nacerá un nuevo orden del colapso total de todo.

—Eso no es sabiduría —le dijo Karl-Ingo—. Eso es leninismo.

Y todos estallaron en carcajadas y gritaron:

—¡A jugar, venga!

Ahora, en sus días de decadencia —de su ciertamente lento deterioro mental—, Nerón iba menos a menudo al Uptown para ver a su señorita preferida. Pero de vez en cuando iba, tal vez para escuchar sus sufridas verdades, de la misma forma en que había estado dispuesto a escuchar al vagabundo Kinski. Después de su doble desgracia personal, Nerón se encontraba perdido en una niebla de sinsentido y habría acudido adonde fuera en busca de alguna forma de devolverle el sentido al mundo. Todavía era capaz de manejarse bastante bien, siempre y cuando estuviera rodeado de gente conocida. Había entablado una relación estrecha con un conductor de limusinas haitiano que respondía al andrógino nombre de Claude-Marie y a quien ahora pagaba una iguala para retener sus servicios, sabiendo que era al mismo tiempo competente y discreto, y el resultado era que podía desplazarse de la calle Macdougall a la avenida York, hacer lo que tuviera que hacer allí y regresar sin problema alguno. El día en concreto del que debo hablar ahora, sin embargo, Claude-Marie estaba en los juzgados, embrollado en un amargo proceso de divorcio, y en su lugar había mandado a su tía Mercedes-Benz. El nombre verdadero de la tía Benz era un nombre criollo francés que nadie conocía; el nombre de automóvil con el que se la conocía ahora era un título honorífico que le habían otorgado sus parientes para demostrarle su admiración. En su época había sido una choferesa competente y hábil, pero

durante su madurez canosa se había vuelto excéntrica. Su conducción era irregular, de tal forma que Nerón llegó un poco agitado a la puerta de mademoiselle Loulou.

—Hola, tontita —le dijo. Era el apodo cariñoso con que la llamaba—. Ya está aquí tu tontorrón.

—Estás triste —le dijo ella, con el acento francés falso que a él le gustaba que adoptara—. ¿Quieres que te castigue un poco y tú me castigas un poco y así te sientes mejor *comme toujours*?

—Necesito sentarme un momento —contestó—. Me ha traído una conductora extraña. He tenido, sí, he tenido miedo.

—Tienes la muerte en la cabeza, *chéri* —le dijo ella—. Es completamente comprensible. Un corazón roto dos veces no se cura fácilmente.

Nerón no sabía quién era ella fuera de aquella habitación de sofá rojo y colcha dorada, y tampoco le importaba. Para lo que él necesitaba, le bastaba con la persona que ella era dentro de aquella habitación. Lo que él buscaba eran confesores y filósofos. El sexo, que en cualquier caso en aquellos días le resultaba difícil, casi estaba de más. Se le había apagado una luz por dentro y ahora la excitación era como una ciudad llena de nostalgia de un país que ya había dejado atrás.

—¿Por qué me ha pasado todo esto? —le preguntó—. ¿Y qué significa?

—La vida vale poco —le contestó ella—. Es lo que me dijiste que le habías dicho a Gorbachov.

—Le dije que era lo que los rusos decían. Pero ya soy viejo y es inevitable que la vida se vuelva preciosa para mí, ¿no?

—Matan a un niño por vender cigarrillos en la calle, ¡pum! Matan a una niña por jugar con una pistola de juguete de plástico en el parque, ¡pam! Matan a sesenta personas en Chicago el Cuatro de Julio, ¡ratatata! Un niño rico mata a su padre por quitarle la asignación mensual, ¡paf! Una chica que está bailando rodeada de gente le pide a un desconocido que deje de frotarse contra su culo y el tipo le pega un tiro en la cara: «Chúpate ésta, zorra, muérete». Y todavía no he llegado a la Costa Oeste. *Tu comprends?*

—La violencia existe. Lo sé. Pero eso no elimina la cuestión del valor.

—Lo que quieres decir es que contigo mismo y tus seres queridos haces

una excepción. En vuestro caso, tenéis que estar dentro de un círculo mágico donde los horrores del mundo no os puedan alcanzar, y si os alcanzan es porque la realidad es defectuosa.

—Ahora simplemente estás siendo desagradable. ¿Tú qué sabes?

—Cada día estoy más cerca de la muerte que tú, anciano, y eso que tú eres muy viejo —dijo ella afectuosamente, abrazándolo—. Y yo soy tu tonta, o sea que te puedo decir la verdad.

—Créeme —dijo él—. Sé más de la muerte que tú. Es la vida lo que no pillo.

—Permíteme que te pille esto —dijo ella, y el tema cambió.

Después de aquella sesión la situación se agravó porque no hubo manera de encontrar a la tía Mercedes-Benz. Más tarde se supo que había aparcado a la vuelta de la manzana y se había quedado dormida, y que no había oído sonar el teléfono porque se le había caído el auricular de la oreja. Nerón llamó a la puerta de mademoiselle Loulou presa del pánico, completamente conmocionado, incapaz de manejar la situación, y Loulou tuvo que bajar y pararle un taxi y meterse en el taxi con él y llevarlo a casa. Cuando llegaron a la calle Macdougall, él todavía estaba temblando, así que, dejando escapar un suspiro, ella salió del coche, lo ayudó a salir y llamó al timbre. Mademoiselle Loulou era una mujer alta y despampanante del país que ella insistía en llamar *L'Indochine*, y mantuvo la compostura cuando Vasilisa Golden salió a abrir la puerta en persona.

—Señora —le dijo—. Su marido no está bien.

Al cabo de un momento de silencio, Vasilisa contestó con voz ronca.

—Dime —le dijo—. ¿Todavía se le levanta?

—Si no sabe usted eso, señora —replicó mademoiselle Loulou, dándose media vuelta para marcharse—, le aseguro que no voy a ser yo quien la informe.

Habla la Muerte en la obra *Sheppey* (1933) de Somerset Maugham: «Había un mercader en Bagdad que mandó a su sirviente a comprar provisiones al mercado; el sirviente regresó al cabo de poco, pálido y tembloroso, y dijo: Amo, estaba yo ahora mismo en el mercado cuando me ha empujado una mujer que estaba entre el gentío y cuando me he dado la vuelta he visto que era la Muerte quien me empujaba. La Muerte me ha mirado y me ha hecho un gesto amenazador. Présteme usted su caballo, por favor, y me marcharé cabalgando de esta ciudad para eludir mi destino. Iré a Samarra y allí la Muerte no me encontrará. El mercader le prestó su caballo y el sirviente montó en él, clavó las espuelas en los flancos y se marchó tan deprisa como podía cabalgar el caballo. Luego el mercader bajó al mercado y me vio de pie entre el gentío y me dijo: ¿Por qué le has hecho un gesto amenazador a mi sirviente cuando lo has visto esta mañana? No ha sido un gesto amenazador, le dije yo. Simplemente ha sido un momento de sobresalto. Me ha sorprendido mucho verlo en Bagdad porque tenía una cita con él esta noche en Samarra».

Creo que todos sentíamos que iba a producirse otra muerte. Durante aquellas últimas semanas no vi mucho a Petya, tal vez no lo vio nadie más que el australiano, pero estoy convencido de que él también lo sabía, de que había visto a la Muerte amenazándolo en el mercado y le había entrado la desesperación por escapar de ella, por coger prestado un caballo y cabalgar hasta Samarra, convencido de estar escapando de aquello hacia lo cual de hecho estaba dirigiéndose. El último de los tres Golden que habían llegado

con su padre a América, exudando todos una grandeza tan principesca, una extrañeza tan poderosa, encontró en las muertes de sus hermanos la motivación que necesitaba para sobrevivir, e hizo un esfuerzo enorme por devolverle a su vida algo parecido a un rumbo adecuado, por darle la espalda a la Muerte y por tenderle un brazo a la vida.

Lo del gato fue idea de Nerón. Había oído en alguna parte —había recibido un mensaje de alguna parte en medio del parloteo incesante del multiverso de la información— que la compañía de los gatos podía ser beneficiosa para los autistas adultos; y se le había metido en la cabeza que una mascota felina podía suponer la salvación de Petya. Fuss y Blather le enseñaron diligentemente a Nerón una serie de fotografías de internet de mininos que estaban disponibles de forma inmediata y, nada más ver el lince alpino blanco, él dio una palmada y dijo:

—Ese de ahí.

Blather y Fuss intentaron convencerlo de que un lince alpino estaba más cerca de ser una bestia salvaje que una mascota; ¿no estaría Petya quizá más contento con un bonito gato persa de pelo largo chocolate o azulado, gordo y perezoso?, le sugirieron. Pero él se mostró inflexible, con aquella nueva vaguedad suya, de manera que ellas se rindieron, fueron a la tienda de animales del Uptown y trajeron al monstruo a casa. Resultó que Nerón conocía bien a su hijo. Petya se enamoró de inmediato, llamó al felino *Leo* a pesar de que era hembra y la abrazó sin reservas, desapareciendo con ella en la habitación de la luz azul. Hablamos de un felino que era capaz de saltar y atrapar a un pájaro, cuyo ronroneo sonaba como un rugido y que de alguna forma, con instintos de animal salvaje, supo abrirse camino por la jungla de los tormentos interiores de Petya hasta alcanzar la bondad de su corazón. Por las noches, cuando la casa estaba en silencio y solamente los fantasmas de los muertos caminaban por sus pasillos, el felino cantaba suavemente al oído de Petya y le devolvía lo que había perdido: el don bendito del sueño.

El mundo de fuera de aquella casa encantada había empezado a parecer de mentira. Fuera de la casa estaba el mundo del Joker, el mundo de lo que había empezado a significar la realidad en América, a saber, una modalidad radical de la mentira: falsedad, estridencia, intolerancia, vulgaridad, violencia

y paranoia, y todo aquello lo contemplaba desde su torre oscura una criatura de piel blanca, pelo verde y labios de color rojo intenso. Dentro de la Casa Dorada el tema imperante era la fragilidad de la vida, la naturaleza repentina y fácil de la muerte y la lenta y fatídica resurrección del pasado. De noche se veía a veces a Nerón Golden de pie y a oscuras frente a la habitación de su primogénito, cabizbajo y con las manos juntas, en una postura que se podría haber interpretado —de no haber sabido todo el mundo que era un descreído— como de plegaria. Que se podría haber interpretado como un padre suplicándole a su hijo: «Tú también no, vive, vive».

No sabíamos de dónde iba a venir la muerte. No nos imaginábamos que ya había estado dentro de la casa, por lo menos una vez.

Después de alejarse de la puerta cerrada de su hijo, Nerón Golden volvía a su estudio, sacaba del estuche el violín Guadagnini y se ponía a tocar la *Chacona* de Bach. Al otro lado de aquella puerta cerrada, a Petya lo cuidaba el linco, y su hábito de beber se redujo un poco, aunque solamente un poco. Y dejó de llorar de angustia mientras dormía.

El pleito de Sottovoce se resolvió de pronto y por un veinticinco por ciento de la cantidad originalmente demandada. Frankie Sottovoce no estaba bien. Tenía un problema de corazón, una irregularidad, y fuera del aspecto médico también tenía una enfermedad del alma. El centelleo de su mirada se había reducido y la familiar extravagancia de sus aspavientos se había convertido en un simple manoteo lánguido. La muerte de Ubah había sido un duro golpe para él. Estaba claro que había estado secretamente enamorado de ella pero que, viéndola tan enredada con Apu, se había abstenido de declararle sus sentimientos. Por extraño que pareciera tratándose de alguien que se había pasado la vida en el mundillo del arte, donde todo el mundo conocía a todo el mundo, y que siempre había exudado afabilidad y extroversión, el galerista había llevado una vida reservada y a menudo solitaria; había tenido un breve matrimonio sin hijos y luego una larga existencia de divorciado, viviendo en una cara suite del hotel Mercer y pidiendo que le subieran la comida a la habitación cuando no se requería su presencia en algún evento artístico. Era

un hombre amigable con pocos amigos, y un día en los Jardines había hablado con Vito Tagliabue de la larga reclusión que había sufrido el padre de Vito, Biaggio, en el Grand Hotel et Des Palmes en Palermo:

—Tu pobre padre falleció solo y su cuerpo no lo encontraron sus seres queridos, sino un empleado del hotel —le dijo—. Ése será también mi destino. Me subirán una hamburguesa y una copa de vino y descubrirán que llegan demasiado tarde para concederme mi última cena.

Sus sentimientos secretos hacia Ubah lo habían abrumado tras la muerte de ella. Ahora, a medida que se retiraba la marea de la venganza, admitió por fin que la obra destruida sí había estado lo suficientemente asegurada, y que su demanda multimillonaria contra la familia Golden había nacido del tumulto de sus emociones.

—Ya no me importa —les dijo a sus abogados—. Cerrémoslo.

Lo vi solamente una vez más en aquella época, en la inauguración de Matthew Barney en la Galería Gladstone, y me quedé estupefacto de lo cambiado que estaba, pálido y exánime.

—Me alegro de verlo, joven —me saludó, meneando una mano—. Me alegro de ver que sigue habiendo gente llena de gasolina y con el motor bramando a ciento cincuenta kilómetros por hora.

Entendí que me estaba hablando de sí mismo, diciéndome que tenía el depósito de gasolina vacío, que estaba yendo con la reserva. Intenté sacar a colación el tema del que él no quería hablar:

—Era una mujer extraordinaria —le dije.

Él pareció enfadarse, a su nueva manera exhausta.

—Morirse no es extraordinario, lo hace todo el mundo. El arte sí que es extraordinario, casi nadie puede hacerlo. Morirse es morirse, sin más.

Tras acabarse el pleito se acabaron también los trabajos comunitarios. Y al quitarse aquello de encima, Petya revivió de forma muy resuelta. Salió de su habitación en compañía del terapeuta Lett y con su gato en el hueco del codo izquierdo y, al encontrarse a su padre plantado al otro lado de la puerta con expresión de amor lastimero, le puso la mano en el hombro, lo forzó a mirarlo a los ojos y le dijo:

—Vamos a estar todos bien.

Repitió aquella frase treinta y siete veces, como si se estuviera retuiteando a sí mismo. Intentando hacerla realidad a base de repetirla. Intentando expulsar a la Sombra a base de afirmar y reafirmar insaciablemente la Luz. Justamente aquel día yo estaba presente, porque, después de una temporada de distanciamiento, Petya me había mandado un mensaje de texto para pedirme que fuera a visitarlo. Quería testigos, y yo era consciente de que ése era mi papel en la historia de los Golden. O al menos lo había sido, hasta que en la cama de Vasilisa crucé la frontera que separa al reportero del participante. Como un periodista que tira una granada desde las trincheras, ahora era un soldado; y por consiguiente, como todos los soldados, también me había convertido en objetivo legítimo para el enemigo.

—Hola, guapísimo —me dijo cuando me vio—. Sigues siendo el hombre más atractivo del mundo.

Había algo aquel día en el retablo de Petya que me recordó a un óleo de gran tamaño, a una *Ronda de noche* quizá. Estábamos los dos bajo la luz dorada y las sombras luminosas de Rembrandt, y nos sentíamos, o quizá únicamente me imaginé que nos sentíamos, como guardianes de un mundo asediado. Petya con su lince alpino y su solícito australiano y su padre de frente arrugada y su enorme sonrisa torcida. Y las sirvientas en ángulo oblicuo en los rincones del plano. ¿Acaso fui yo la única persona que estuvo aquel día en la Casa Dorada y que oyó el batir de unas alas fatídicas, los suspiros prolépticos del enterrador culpable, el lento caer del telón al terminarse la obra? Ahora estoy escribiendo contra reloj, mis palabras ya no llegan mucho después que la gente que retratan, y escribiendo por partida doble, porque también estoy terminando mi guion sobre los Golden, mi ficción sobre esos hombres que se convirtieron a sí mismos en ficciones, y los dos textos se están fusionando entre sí hasta el punto de que ya no estoy seguro de qué es real y qué es inventado. En lo que yo llamo *realidad* no creo en fantasmas ni en ángeles de la muerte y, aun así, esas cosas no paran de colármeme en manada en lo que me invento, como una multitud sin entradas que se cuele en tromba por las puertas de un partido importante. Estoy sentado en la falla geológica que separa mi mundo exterior y el mundo interior, con un pie a cada lado de la grieta que lo recorre todo y con la

esperanza de que entre un poco de luz.

Dentro de la casa, aquel mes entero pareció un momento congelado en el tiempo, un momento de espera, con sus personajes atrapados en óleo sobre lienzo, en plena pose e incapaces de moverse. Y fuera, en las calles, había una plaga de Jokers, payasos locos de boca pintarrajeada que se dedicaban a asustar a los niños, o por lo menos sus fantasmas se dedicaban a ello. Muy poca gente en la ciudad afirmaba haber visto realmente a un payaso siniestro aquel otoño, pero por todas partes aparecían informaciones de sus avistamientos, y aquellas informaciones se ponían pelucas aterradoras, aquellos rumores acechaban por las calles entre risitas y meneaban los dedos de las dos manos como brujas y chillaban diatribas sobre el fin del mundo y los últimos días. Payasos fantasma en una realidad irreal. La locura escatológica llegó a las encuestas, y el propio Joker empezó a gritarle al espejo, el acosador sexual empezó a quejarse a gritos de que lo estaban acosando a él, el propagandista acusó al mundo entero de hacer propaganda, el matón del patio de escuela se puso a lloriquear diciendo que los demás se habían metido con él, el corrupto señaló con un dedo nudoso a su rival y la llamó corrupta, y un juego de niños se convirtió en la fealdad nacional: «Yo ya sé lo que soy, pero mírate a ti»; y los días pasaron, la cordura de América batalló contra su demencia, y la gente como yo, que no creía en supersticiones, nos dedicamos a pasearnos con las manos en los bolsillos y los dedos cruzados.

Y luego por fin hubo, después de todo, un payaso siniestro.

Después de un largo periodo de distanciamiento, Vasilisa quiso hablar conmigo. Me llevó a los Jardines y se aseguró de que estuviéramos lejos de oídos interesados. El nuevo tono de poder que se le oía en la voz me reveló que seguía encarnada en su avatar de Gran Enfermera y me dejó igualmente claro que en adelante sería ella la que ocupara el asiento de honor.

—Ya no es el mismo hombre —me dijo—. Estoy intentando acostumbrarme. Pero es el padre de mi hijo. —¡Y esto me lo dijo a la cara, mirándome a los ojos! Su atrevimiento era sobrecogedor. Empecé a verlo

todo rojo otra vez—. Y como me lleves la contraria —me dijo, levantando una mano antes de que yo pudiera decir nada—, haré que te maten. Puedes estar seguro de que sé a quién llamar.

Me volví para marcharme.

—Alto ahí —me dijo—. Ésta no es la conversación que quiero tener. Lo que quiero decirte es que necesito que me ayudes con él.

Yo solté una risotada al oír aquello.

—Eres un ser humano realmente extraordinario —le dije—. Si es que realmente eres humana. El hecho de que esos dos comentarios puedan salir de tu boca de forma consecutiva resulta impresionante. Pero no indica realmente que pertenezcas a la especie humana.

—Entiendo que hay problemas entre nosotros —me dijo—. Pero Nerón no tiene la culpa de esos problemas, y por él te lo estoy pidiendo. Por el dolor que siente y también por el deterioro de su mente. Que es lento pero también inevitable. La progresión. Temo por él. Se le va la cabeza. Necesito que alguien lo acompañe. Aunque se vaya con la mujer esa, quiero que lo acompañes. Está buscando respuestas. La vida se ha convertido en una agonía para él y está buscando solución a sus misterios. No quiero que la encuentre en brazos de ella.

—No puedo —le dije yo—. Estoy preparando un largometraje. Es un momento de mucho trabajo.

—No quieres hacerlo —me dijo ella—. Eso es lo que me estás diciendo. Te has vuelto un hombre egoísta.

—Tienes muchos recursos —le dije—. Gente a tu disposición. Úsala. Yo no soy tu empleado.

Hablé en tono cortante. No estaba de humor para recibir órdenes de ella.

Vasilisa llevaba un vestido blanco y largo, de corpiño ajustado y falda holgada, con un cuello alto de encaje estilo gorguera. Se apoyó contra un árbol y a mí me vino inmediatamente a la cabeza Elvira Madigan, la heroína de la hermosa película homónima de Bo Widerberg, la amante condenada que caminaba por la cuerda floja en un bosque. Ella cerró los ojos y habló con una voz que era como un suspiro.

—Todo es una gran farsa —dijo—. El apellido de la familia no es el de

verdad. Mademoiselle Loulou no se llama Loulou. Quizá yo tampoco sea yo, y la mujer que interpreta a mi madre sea simplemente alguien a quien he contratado para representar ese papel. ¿Entiendes lo que te digo? Nada es real. —Sus pensamientos eran dispersos y yo vi que, pese a todo su autocontrol, ella también estaba sufriendo—. Lo único real es mi hijo —me dijo—. Y a través de él llegaré finalmente a algún sitio real. —Negó con la cabeza—. Hasta entonces todo el mundo es una especie de representación —dijo—. Quizá incluso tú. Te has vuelto una especie de sacerdote confesor para esta familia, pero no eres ningún sacerdote. ¿Quién eres en realidad? ¿Qué quieres? Tal vez debería sospechar de ti. Tal vez seas Judas. —Luego se rio—. Lo siento —se apresuró a decir, empezando a alejarse de mí—. Estamos todos muy nerviosos. Las cosas mejorarán algún día. Y sí, vete, vete con tu chica, que no sabe nada de nada, y es mejor así.

Lo cual era otra de sus amenazas, por supuesto, pensé, viéndola alejarse. Ella no iba a hacer «que me mataran», pero si era necesario destruiría mi felicidad contándole a Suchitra lo que yo había hecho. Fui consciente de que tenía que ser yo el primero en contárselo a Suchitra, al precio que fuera. Necesitaba encontrar el valor para revelar la verdad y confiar en que nuestro amor fuera lo bastante fuerte como para sobrevivir a ella.

Y Elvira Madigan, pensé, otro seudónimo. No era la identidad verdadera de la infortunada funambulista danesa. Hedvig Jensen era su nombre real. Poseedora del más común de los nombres.

Sí: me había visto arrastrado al mundo de ilusiones de los Golden, y la verdad era lo único que podía liberarme.

La gata *Leo* era a Petya lo que la pluma mágica había sido para Dumbo. Con el lince en brazos se volvió a convertir en el hombre extraño y brillante que habíamos conocido, caminando por los Jardines, hablando a voz en grito con cualquiera que le quisiera escuchar y haciendo reír a los niños. Era un otoño templado, hacía un tiempo precioso en plena época de locura, de forma que su abrigo estaba en el armario, pero sí que llevaba una bufanda a rayas con los colores del arcoíris enrollada descuidadamente en torno al cuello, y su

galería de trajes extravagantes estaba en exposición: el traje de color crema de solapas anchas con el que había aparecido por primera vez entre nosotros, un traje de tres piezas de color verde *leprechaun* que se ponía cuando quería encarnar a Oscar Wilde y uno cruzado de color chocolate, chocolate negro con cuadros anchos de color chocolate con leche. En una mano llevaba la coctelera y en la otra el vaso de los martinis, y el frasco de las aceitunas volvía a estar en el mismo banco que antes. Ahora, en cambio, al lado del frasco de las aceitunas había un iPad hacia el cual los niños gravitaban como planetas alrededor del sol, y Petya les enseñaba las versiones beta de sus últimos juegos y los animaba a que jugaran con ellos. Los juegos habían reemplazado a sus historias, y los niños se zambullían ansiosamente en ellos, viajando a los mundos que él tenía dentro de la cabeza. Durante unos cuantos días preciosos, la conciencia de la muerte quedó en segundo plano, y el luminoso libro de la vida estuvo abierto por una nueva página.

—¿Te das cuenta —dijo Suchitra— de que ésta se ha convertido en una película sobre ti, y de que ahora todos los miembros de la familia Golden son aspectos de tu naturaleza?

—No es verdad —protesté.

—En el buen sentido —me dijo—. Eso hace que la película sea un testimonio más personal. Todos los personajes son el cineasta. Es como Flaubert: «*Madame Bovary, c'est moi*».

—Pero yo no soy un artista —le dije—. No tengo conflictos sexuales, no soy autista, no soy una cazafortunas rusa ni un anciano poderoso en plena decadencia. —Y no añadí «ni tampoco un bebé» porque por supuesto el bebé sí que era una parte de mí. Al cincuenta por ciento. Una parte grande. Una parte grande que habían puesto fuera de mi alcance. Un secreto culpable que yo todavía no había encontrado valor para confesar.

Estábamos en la sala de montaje de los estudios de sonido de la calle Veintinueve y Batwoman, congelada en el plano, nos miraba desde la pantalla del Avid. Nuestro cuarto y último batvídeo se encontraba en su fase final de creación. El Joker estaba intentando fomentar una insurrección que

destruiría la democracia de Estados Unidos. En un MetLife Stadium abarrotado, las hordas de payasos locos aullaban su odio al cielo. ¿Qué podía hacer una sola y feroz batmujer? Bueno, eso dependía de ti. «Vota a la primera batpresidenta de Estados Unidos. Porque estas elecciones no son ningún chiste.»

—Llevas tus preguntas contigo allí adonde vas. La cuestión de la vida de Apu... ¿Te acuerdas de lo que te dijo su padre? ¿Acaso es necesario ser profundo o bien se puede vivir de forma permanente en la superficie? También necesitas contestar esa pregunta. Los rasgos esenciales de D Golden, como dijo también su padre, eran la ambigüedad y el dolor. Y también percibo en ti cierta ambigüedad. Noto que sufres dolor. En cuanto a Petya, está acorralado en sí mismo, no se puede escapar de su naturaleza, por mucho que quiera ser libre. Y tal vez sus juegos, los juegos que se inventa, sean su libertad. Son el lugar donde no tiene miedo. Y tal vez tú también tengas que encontrar ese lugar. Llevas tanto tiempo plantado en el umbral que quizá haya llegado el momento de que cruces la puerta. Y el viejo...

—¿Vas a decirme que también soy como él? Pero si es una especie de monstruo, incluso en su ruina...

—Él está envuelto en la tragedia y tú también. Él ha perdido a sus hijos y tú has perdido a tus padres. Tu dolor te define y te aísla del resto de la gente. O eso creo yo.

—¿Estamos teniendo una discusión? —le pregunté. Sus palabras me habían dolido bastante.

—No —dijo ella, con los ojos muy abiertos y con total franqueza—. ¿Por qué piensas eso? Solamente estoy diciendo lo que veo.

—Estás siendo muy dura conmigo.

—Simplemente veo la persona que puedes ser y quiero que tú la veas también. Sé profundo. Aduéñate de tu tragedia. Encuentra tu libertad. Resuelve tu ambigüedad, sea cual sea. Tal vez tenga que ver conmigo.

«Tengo que contarle lo del bebé —pensé—. Es eso lo que me está aislando.»

—No —le dije—. Contigo estoy seguro de que no. Completamente seguro. Ahí no hay ambigüedad alguna.

—Muy bien —dijo, cerrando el tema y dedicándome una amplia sonrisa—. Bien. Terminemos con Batwoman.

¡Zas! ¡Bam! ¡Pum! ¡Chúpate ésa, chiflado risitas! ¡Au, qué injusto! ¿Por qué está todo el mundo en contra de mí? ¡Aaay! ¡Esto está amañado! ¡Todo el mundo miente! ¡El único que dice la verdad es el payaso! ¡Patapum! ¡Au!

Una noche, poco después de que D Golden se suicidara en los Jardines, un acontecimiento que abrió un agujero negro en el paraíso para todos nosotros, Riya Zachariassen, conocida como Riya Z, se despertó de una pesadilla horrible para descubrir que ya no podía entender el mundo. No se acordaba del sueño entero, pero estaba casi segura de que había estado transportando un cuadro muy valioso en un gran museo y luego se le había caído y se había roto el marco y el cristal se había hecho trizas y de alguna forma ella se las había apañado para atravesar el lienzo con el pie, pero tal vez todo esto fuera algo que ella recordaba de una película, los sueños eran escurridizos como anguilas. Cuando se despertó, el sueño en sí dejó de ser importante pero ella entendió que el cuadro había contenido todas sus ideas sobre la naturaleza de las cosas, que había sido su realidad, y que ahora aquella realidad estaba rota y alguien iba a ir a por ella en cualquier momento para echarle la culpa del destrozo y despedirla.

A una persona que carece de fe como yo le cuesta entender el momento en que la fe se muere en el corazón humano. El creyente arrodillado que de pronto entiende que no hay razón para rezar porque no hay nadie escuchando. O simplemente la lenta erosión de la certidumbre, hasta que la duda termina venciendo a la esperanza: tú te dedicas a caminar junto al río mientras la sequía lo va desecando hasta convertirlo en un lecho árido y sin agua para nutrirte cuando te llega la sed. Me imagino la sensación pero no la puedo experimentar, salvo quizá en forma del fin del amor. Te despiertas una mañana y miras a la persona que tienes durmiendo al lado, emitiendo sus

ronquidos suaves y familiares y hasta ahora amados, y piensas: ya no os quiero más, ni a ti ni a tus ronquidos. Las escamas que le cayeron de los ojos a Saulo en los Hechos de los Apóstoles —o esas cosas parecidas a escamas que «le cayeron de los ojos como si fueran escamas», según la Biblia del Rey Jacobo— eran las escamas del descreimiento, y, una vez libre de ellas, Saulo vio con claridad y se hizo bautizar de inmediato. Pero la imagen también funciona al revés: a Riya se le cayeron de los ojos aquellas cosas parecidas a escamas y de golpe vio con claridad que su realidad había sido una ilusión, que había sido falsa. Es la mejor explicación que se me ocurre.

Estaba acostada muy quieta junto al espacio vacío donde había yacido su amante. Siempre había odiado las sandalias Birkenstock en las que, a pesar de las protestas de ella, D insistía en enfundarse los pies cuando estaban en casa; ahora, sin embargo, era incapaz de apartar las sandalias de su lado de la cama. Eran gente lo bastante anticuada como para tener todavía un teléfono fijo, que no sonaba nunca. La voz del contestador era la de D —«Somos Riya y D, y te pasamos la palabra»—, pero ella tampoco tenía valor para borrarla. Si se quedaba muy quieta y no pensaba, casi podía creerse que él saldría del cuarto de baño y se volvería a meter en la cama. Pero no podía parar de pensar, de forma que sabía que aquello no iba a suceder. Lo que sí había sucedido era que ella había dejado de pensar lo que hasta entonces había creído pensar. Y ahora ya no tenía ni idea de qué pensaba.

Con la gravedad de su luto, la solemne Riya me recordaba un poco a Winona Ryder, no a la Winona adolescente gótica chiflada de *Bitelchús*, que bailaba en el aire un bonito calipso de Belafonte, meneando su figura, sino a la Winona de *La edad de la inocencia*, llena de autocontrol y menos inocente de lo que parecía. En la película de Scorsese —confieso que no he leído la novela de Edith Wharton—, la que se escapa de los convencionalismos es Michelle Pfeiffer, la que adopta una forma nueva y moderna de ser y sufre horrores por ello y es finalmente derrotada por las serenas maniobras conservadoras de Winona Ryder. Pero supongamos que fuera el personaje de Winona el que estaba fascinado por lo nuevo, y que un día perdiera su noción de cómo eran y tenían que ser las cosas; esa Winona podría haber estado en mi película. Así era Riya, una Winona reescrita por mí, más perdida y

devastada de lo que estuvo nunca la original, en el mar y sin salvavidas.

A las ideas nuevas les cuesta entrar en el mundo. Las ideas nuevas sobre los hombres y las mujeres, y sobre todos los seres humanos que estaban de alguna forma a medio camino entre aquellas dos palabras y necesitaban vocabularios nuevos para referirse a ellos y para tener la sensación de que alguien los veía, de que eran posibles y permisibles, eran ideas que mucha gente buena había desarrollado y había puesto en el mundo por razones encomiables. Y otra gente buena y brillante como Riya Z había adoptado aquella forma nueva de pensar y la había asumido como propia y se había esforzado mucho por ponerla en práctica e integrarla en un nuevo funcionamiento del mundo.

Pero una noche Riya abrió los ojos y se dio cuenta de que había cambiado de opinión.

BORRADORES DE CARTAS DE DIMISIÓN DE RIYA ZACHARIASSEN AL MUSEO DE LA IDENTIDAD (NO ENVIADAS)

Querido insertar nombre de patrón:

Por la presente le informo de que de acuerdo con y considerando que y en vista de que y en lo que hace a mis obligaciones contractuales y a modo de cancelación definitiva de mis responsabilidades y respecto a una fecha final y tras deducir toda una serie de días no usados de periodos vacacionales no asignados. Y cabos sueltos y rendimientos eficientes y con agradecimiento y reconocimiento pleno y con la esperanza de que y tal y cual. Debido a una reevaluación radical de y a una evolución de las ideas que conducen a la incompatibilidad de mi postura presente con los valores de. Por consiguiente los intereses del Museo quedan mejor servidos con mi marcha. Muy cordialmente, fin.

O bien:

Cuando yo era niña en Minnesota y empezaba a preocuparme por vivir una vida ética, pensé en la India, que constituía una parte tan importante de mi herencia, y me pregunté: ¿quién sufre las mayores injusticias en la India? Y la respuesta que se me ocurrió a los ocho años fue: las cabras. Las vacas eran sagradas, pero a las cabras las sacrificaban para comérselas y a nadie le importaba. Así que decidí que dedicaría mi vida al cuidado y la protección de aquellas criaturas baladoras a quienes nadie amaba. Luego crecí y cambié de idea, por supuesto, pero he conservado el hábito de buscar aquello que necesita mi pasión y dedicarme a ello al cien por cien. Después de las cabras vinieron otras obsesiones de juventud: el control de la natalidad, las

enfermedades autoinmunes, los trastornos alimentarios y la escasez del agua. Mi vida adulta coincidió con el amanecer de la Era de la Identidad, y las discusiones, problemas e innovaciones relacionadas con este tema me convencieron de haber encontrado mi vocación, de forma que, cuando surgió la oportunidad de trabajar en el Museo, fue como si un sueño se hubiera hecho realidad, y eso mismo me ha parecido cada día de mi vida hasta ahora. Os confieso, sin embargo, una debilidad propia de la mentalidad apasionada-obsesiva. Puede darse el caso de que un día uno se despierte y se dé cuenta de que, ¿sabes qué?, todo esto ya no me importa tanto. Ya no es lo mío. Cabras que yo antes adoraba, condones, bulimia, agua: ya no sois lo mío. Pues esto mismo me acaba de pasar con la identidad. Ya me he cansado. Adiós.

O bien:

Necesito pensar y la ciudad está llena de ruido.

O bien:

Reconozco que soy una entidad plural. Soy la hija de mi difunto padre psicópata. También soy la mujer que llora la muerte de mi amado. Formo parte, simultáneamente, de la tribu de la gente flaca. Soy, además o bien al contrario, académica. Al mismo tiempo tengo el pelo oscuro. Tengo estos puntos de vista y no aquéllos. Puedo definirme de muchas formas distintas. Esto es lo que no soy: no soy una sola cosa. En mí hay multitudes. ¿Acaso me contradigo? Muy bien, pues: me contradigo. Ser plural, ser multiforme, es algo singular, rico, poco habitual, y es ser yo misma. Que te encajen a la fuerza en definiciones estrechas es una falsedad. Que te digan que si no eres algo entonces no eres nada es decirte una mentira.

El Museo de la Identidad está demasiado entregado a esa mentira. Ya no puedo trabajar más en él.

O bien:

Sospecho que la identidad en el sentido moderno de la palabra —nacional, racial, sexual, politizada y objeto de contienda— se ha convertido en una serie de sistemas de pensamiento, algunos de los cuales ayudaron a empujar a la muerte a D Golden. La verdad es que nuestras identidades no son nada claras y que quizá sea mejor que sigan así, que el yo siga siendo un embrollo y un caos, contradictorio e irreconciliable. Tal vez a fin de cuentas D no fuera más que un hombre con algunos sentimientos femeninos y se le habría tenido que permitir que se quedara así en vez de que una serie de gente como yo [lo] empujara a la transición. En vez de que [lo] empujara a una feminidad que [él] no podía rechazar del todo ni tampoco, en última instancia, soportar. En vez de que [lo] empujara a la muerte una serie de gente como yo, que permitimos que una idea nueva de la realidad se impusiera a la idea más antigua de todas: nuestro amor.

D me contó la historia de un hijra de Bombay que se vestía de hombre en casa y a todos los efectos era un hombre para sus padres y luego se cambiaba de ropa y se convertía en mujer cuando salía de casa. No debería haber problema con eso. La flexibilidad debería estar aceptada. Lo que debería dominar es el amor, no los dogmas del yo.

Yo estaba dispuesta a acompañar a D durante todos sus cambios y a quedarme con [él] cuando se terminaran. Yo era su amante cuando [él] era hombre y estaba dispuesta a seguir siéndolo a lo largo de la transición y una vez fuera su nuevo yo. ¿Qué dice esto de mí, de los seres humanos, de esa realidad que trasciende los dogmas? Me dice que el amor es más fuerte que el género, más fuerte que las definiciones, más fuerte que el yo. Esto es lo que he aprendido. Que la identidad —y más concretamente la teoría de la identidad de género— es un estrechamiento de la humanidad, mientras que el amor nos enseña lo anchos que podemos ser. En honor de mi amante muerto rechazo la política de la identidad y abrazo la política del amor.

Esto es lo que el filósofo Bertrand Russell contestó cuando le preguntaron qué consejo les daría a las generaciones futuras. Dijo: «El amor es sabio». Pero entiendo que vivimos en tiempos belicosos. Así pues, si ha de haber batalla, que empiece ya.

CARTA REAL

Querido Orlando:

Tal como te acabo de decir en tu despacho, tengo que dimitir de mi cargo. Me cuesta explicar por qué y es una decisión difícil y estoy dispuesta a sentarme contigo y hablarlo un poco más si tú quieres. Tal vez, como tú dices, estoy sufriendo una reacción extrema a mi dolor y por tanto mi mente está confusa y pensaré mejor cuando haya tenido tiempo de superar mi dolor y procesar lo sucedido, y has sido muy amable al sugerirme ayuda psicológica y una baja, pero creo que es mejor que me vaya. Gracias por todo.

Cordialmente,
Riya

Enseguida estalló la tormenta en sus perfiles sociales. (A alguien tan desconectado como yo de mi generación y de la inmediatamente posterior le resulta inevitable pensar lo siguiente: ¿por qué se publican esas cosas? ¿Por qué contarle a una multitud de desconocidos que estás atravesando una reevaluación dolorosa y profundamente personal de tus ideas? Pero entiendo que esto ya no es una pregunta.) El ejército invisible del universo electrónico se le echó encima por todos los flancos. Una horda de individuos anónimos de corazón puro y sin noción alguna de la hipocresía se pusieron a defender

sus convicciones sobre la identidad a medida que se ocultaban tras los disfraces de sus nombres falsos. «¿Y qué piensas ahora de esas mujeres blancas que se disfrazan de Pocahontas por Halloween? ¿Qué opinión te merece el *blackface*? ¿Te parece bien o qué?» «¿Ahora además de ser una FRET también eres una FRETs? Quizá ya ni siquiera seas una FR. ¿Qué eres ahora? ¿Eres alguien?» Y palabras mucho más feas. Y una y otra vez: «Borra tu cuenta». La reprobación le llegó no solamente de gente desconocida sino también de sus amistades, le llegó de los inflexibles círculos de política de género en los que se había movido tan cómodamente durante tanto tiempo y que ahora la acusaban de traición, pero también del mundo de las firmas independientes de moda en el que había llegado a ser una estrella en alza, y de varios de sus antiguos colegas del Museo de la Identidad: «El problema de tu nueva postura no es que esté equivocada ni que sea reaccionaria, es que no tiene ni pies ni cabeza. Es completamente estúpida. Y pensábamos que eras la más lista».

Al otro lado del Atlántico, en otro frente de las guerras de la identidad, la primera ministra británica estaba estrechando la definición de lo británico para que excluyera la multiplicidad, el internacionalismo y el mundo como ubicación del yo. Solamente la pequeña Inglaterra encajaba en su definición de lo inglés. En aquella lejana discusión sobre la identidad nacional había voces estridentes que oponían resistencia a la estrechez cascarrabias de la primera ministra. Pero aquí en América, en el lenguaje del género, las únicas palabras proscritas, pensaba Riya, las únicas palabras innombrables, eran «No estoy segura de nada de esto. Me lo estoy replanteando». Esa clase de discurso podía hacer que te expulsaran del movimiento.

Ivy lo entendió. Ivy Manuel, que siempre se había resistido a que la encasillaran.

—Si no lo pillan, que se vayan a la mierda —dijo—. Ven a casa y nos vamos a correr junto al río, joder, y nos tomamos una puta copa y cantamos una puta canción indecente las dos juntas. *My Boy Lollipop* o alguna de esas.

Un último encuentro que tuve con el vagabundo Kinski antes de su gran

escena, a la que llegaré a su debido momento, debería haberme puesto sobre aviso de que andaba tramando algo. Pero tenemos un deseo tan grande de creer en la cotidianidad de la vida cotidiana, en la normalidad de nuestro día a día, que no lo vi. Él estaba rezongando delante del Pez Rojo, el local de música en directo de la calle Bleecker, en cuyo interior estaba programada la actuación de un cantante feroés que iba a interpretar una suite de canciones confesionales inspiradas por vídeos de YouTube; en inglés, no en feroés, por suerte para el público. ¿Qué interés tenía Kinski en nada de aquello, en YouTube, en las islas Feroe o en la música? Y sin embargo, allí estaba, rezongando. Eh, ¿a alguien le sobra una entrada, una entrada que no le haga falta y que quiera donar a una buena causa? La buena causa a la que se refería era él mismo. Yo estaba allí porque la colaboradora americana del cantante feroés era amiga mía, y Kinski, al ver una cara conocida, se animó y se recargó de energía.

—Tú puedes hacerme este favor —me dijo—. Olvídate de todo lo demás. Esto es importante. Este tipo. *Poetry & Aeroplanes*, ¿lo has oído? Precioso. ¿Sabías que grabó un álbum en la casa donde murió Ingmar Bergman? ¿Has oído su charla TED? Guau.

Fueron las palabras más coherentes (con la única excepción quizá de la vez que había citado a Shakespeare mientras tomaba el té en la Casa Dorada) y los únicos pensamientos no apocalípticos que yo había oído de sus labios.

—¿Y cómo sabes tú todo esto? —le pregunté.

La cara se le ensombreció y, para hacerle compañía, el vocabulario se le deterioró.

—Vete a la mierda —me dijo—. Da igual cómo.

Yo tenía curiosidad y se daba el caso también de que tenía una entrada extra en el bolsillo, porque Suchitra, claro, se había quedado trabajando hasta tarde.

—Si quieres entrar —le dije—, necesito que me lo cuentes.

Él bajó la vista para mirar la acera y movió incómodamente los pies.

—Un amigo mío me metió en su música —murmuró—. En la base aérea de Bagram. En los viejos tiempos.

—¿Eres veterano de guerra? —le dije, genuinamente sorprendido.

—¿Quieres pruebas? —me dijo en tono hosco—. Dame una venda para los ojos y un AR-15 desmontado. Y te daré tu puta prueba.

Fue en aquel momento cuando, de haber tenido el radar encendido, debería haberme dado cuenta de que la cosa no iba bien, de que aquel hombre estaba al borde del precipicio. Pero yo era culpable de no saber que había estado en el ejército, y mi equivocación se vio agravada cuando le hice una pregunta sobre su «amigo», y recibí la respuesta que me debería haber imaginado:

—No salió vivo. Una emboscada en Pajtunjuá. ¿Y ahora me das la puta entrada o qué?

Me dediqué a mirarlo durante el concierto. Las canciones eran ingeniosas, hasta graciosas, pero a él le caían las lágrimas por la cara.

En algún momento, poco después de aquel inesperado encontronazo musical —tal vez dos días después o tal vez tres—, llegó a manos de Kinski un rifle automático, que era justamente lo que él había estado pidiendo retóricamente delante del Pez. Según el testimonio que dio más tarde en el hospital Mount Sinai Beth Israel —o, para ser más exactos, según la confesión que hizo en su lecho de muerte—, ni lo compró ni lo robó. Según él, una gente lo secuestró en el parque y sus secuestradores le dieron el arma y lo dejaron suelto. Era una historia inverosímil, e incluso absurda, contada entre balbuceos y jadeos fragmentados, y en mi opinión no merecía que la tomaran en serio ni un momento salvo por dos cosas: primero, era una confesión realizada en pleno lecho de muerte, y como tal había que concederle la importancia y la gravedad adecuadas; y en segundo lugar, venía de labios de Kinski, y, si la comparábamos con el resto de locuras que solían salirle de los labios, aquélla no era especialmente loca, de forma que existía una posibilidad minúscula y loca de que fuera verdad.

Lo que sigue es, más o menos, la versión de Kinski. Siempre que se sentía melancólico, me contó, solía irse al Uptown para deambular por los espacios relativamente vacíos que uno podía encontrar en las latitudes septentrionales del parque. En una de estas ocasiones se vio sorprendido por un chaparrón y se refugió debajo de un árbol, donde se acurrucó a esperar que los cielos se apaciguaran. (Nota: en el día concreto al que me estoy refiriendo, era cierto

que el tiempo había cambiado; unos pocos días de calor poco propio de la estación y de cielos azules habían dado paso a la lluvia helada.) Llegado aquel punto, y debido al rápido deterioro de su estado físico, la crónica se volvía inconexa y poco clara. Se le acercó entonces un grupo de (¿dos?, ¿tres?, ¿más?) individuos vestidos de payasos —o bien de Joker, él usó ambos términos—, que lo redujeron, le taparon la cabeza con un saco y lo ataron. O bien no lo ataron, pero sí lo hicieron caminar al frente de ellos. No podía ver adónde iba por culpa del saco, o de la venda que llevaba en los ojos. Luego se encontró en la parte de atrás de una furgoneta y le quitaron la venda y un hombre nuevo, también disfrazado de payaso —o de Joker—, se puso a hablarle de... ¿qué? De *reclutamiento*. Le dijeron algo de las elecciones presidenciales. Que eran ilegales. Que estaban siendo robadas. Que era un golpe de Estado orquestado por los medios de comunicación. Por una serie de poderosos intereses corporativos. Por China. Y que los americanos necesitaban recuperar su país. No era fácil distinguir si aquéllos eran los sentimientos del propio Kinski o bien si estaba repitiendo lo que el supuesto Joker en jefe le había dicho en la furgoneta. Luego, en un momento dado, la frase: «Podemos aprender de los terroristas musulmanes. De su sacrificio». A continuación, montones de incoherencias, una mezcla de autocompasión, desesperación y sus viejas profecías de catástrofe inminente. «Nada por lo que vivir.» «América.» Y se acabó. El equipo médico intervino y detuvo el testimonio. Se inició un procedimiento de emergencia. No volvió a hablar y no duró mucho más. Todo esto ha sido mi intento de componer un relato coherente a partir de lo que se publicó en la prensa y de lo que yo pude indagar, con ciertas dificultades, por mí mismo.

Su amigo había muerto —¿quién sabía cuántos amigos había perdido?— y él había regresado del servicio militar mentalmente enfermo. Había perdido el contacto con quienes podrían haber cuidado de él y se había deteriorado en todos los sentidos y había terminado de vagabundo especializado en diatribas sobre armas. A lo largo de los años en los que su camino se cruzó con el mío, su diatriba cambió. Al principio parecía que estaba en contra de las armas de fuego y que tenía miedo de la proliferación de armas en América, y eso le había infundido la idea de que las armas estaban vivas; luego, al añadirse el

fervor religioso, subió de revoluciones su retórica apocalíptica; y por fin, con o sin payasos, con o sin Jokers, con o sin secuestro, se convirtió en siervo del arma de fuego en sí, de aquella arma caliente que traía felicidad, e hizo lo que ésta quería, *pim, pam, pum, blam*, y así es como acabó muriendo gente, y muriendo él también.

Porque lo que es un hecho innegable es que Kinski atacó la cabalgata de Halloween, y que el tiroteo que emprendió contra la gente provocó un total de siete personas muertas y diecinueve heridas antes de que lo abatiera un agente de policía. Llevaba una máscara del Joker y un chaleco de kevlar — que quizá conservaba de sus días en Afganistán—, de forma que sus heridas no fueron inmediatamente mortales. Lo llevaron a urgencias del MSBI y vivió lo suficiente para hacer la declaración de más arriba, o una parecida, pero hay que decir que en opinión del personal hospitalario no estaba en posesión de sus facultades mentales y no se podía confiar en nada de lo que había dicho.

En la lista de muertos destacaban dos nombres: el señor Murray Lett y el señor Petronio Golden, ambos de Manhattan, Nueva York.

Por Halloween, los residentes de los Jardines montaban tradicionalmente una celebración privada, colgaban guirnaldas de luces de los viejos árboles, instalaban una cabina de DJ delante de la casa del director de la revista de moda y permitían que los niños fueran por ahí haciendo truco o trato. Muchos de los adultos también se disfrazaban. Era una forma de disfrutar de la festividad sin aventurarse entre las multitudes enormes que se reunían en la cercana Sexta Avenida para presenciar la cabalgata en sí o para participar en ella.

Quizá Petya estuviera contento en los Jardines, pero la gata *Leo* quería ir al desfile, o eso le dijo Petya a Murray Lett, y lo que *Leo* quería, *Leo* lo conseguía. ¡Me siento bien!, dijo Petya, ¡me siento realmente bien! Tenía la sensación de haber emergido realmente de su periodo de crisis, ya podía olvidarlo, quería abrazar la vida y la vida estaba allí fuera, en aquel lunes de la Vigilia de Todos los Santos, desfilando por la Sexta Avenida con disfraces

de esqueletos, zombis y putas.

—Hasta con la fiesta en los Jardines, esta casa parece un funeral —exclamó—. ¡Vamos a encontrar unos disfraces de puta madre y a petarlo en la cabalgata!

Su miedo a los espacios abiertos se había esfumado y, además, cuando el Village estaba tan abarrotado, tampoco daba sensación de espacio abierto. A Murray Lett, que era de Australia, nunca le había gustado lo excesivo que era el Halloween americano. Una vez lo habían invitado a una fiesta en el Upper West Side y había ido caracterizado de *Mars Attacks!* con una cabeza enorme de marciano de Tim Burton que le daba mucho calor y además no le dejaba ni comer ni beber. Otro año había ido de Darth Vader, con una voluminosa armadura de plástico que hacía que le resultara difícil sentarse y un casco negro con una cajita que le cambiaba la voz, y que le causaba los mismos problemas que la cabeza de *Mars Attacks!* en materia de calor, comida y consumo de líquidos. Últimamente había cogido la costumbre de quedarse en su apartamento y confiar en que los niños del truco o trato no llamaran a su puerta. Pero Petya no dio su brazo a torcer.

—¡Iremos de romanos! —exclamó—. Yo, por supuesto, como soy Petronio, iré de Trimalción, el anfitrión de la fiesta del *Satiricón*, y tú, tú puedes ser alguna clase de juerguista. Para los disfraces nos inspiraremos en Fellini. ¡Llevaremos togas! Y coronas de laurel en la frente, y jarras de vino en la mano. ¡Maravilloso! Correremos hacia la vida y nos saciaremos de beber en sus cantinas y para cuando llegue la mañana estaremos borrachos de vida.

Cuando oí su plan me acordé de *Gatsby*, por supuesto, que Fitzgerald había estado a punto de titular *Trimalción en West Egg*, y fue un recuerdo triste, porque me hizo recordar mis noches de risas con mis padres y también, inevitablemente, la forma espantosa en que habían muerto, así que sucumbí una vez más al revivir de mi tristeza; pero el regocijo de Petya era contagioso, y pensé: sí, por qué no, un poco de alegría a fin de cuentas, buena idea, y si Petya quería ser por una noche el amante entusiasta de la vida, ¡pues adelante! Que se pusiera su toga y saliera dando brincos de alegría.

Conseguir disfraces en el último momento era todo un desafío, pero para

eso justamente estaban Fuss y Blather y, además, una toga no era más que una sábana con ínfulas. Les encontraron sandalias romanas y laurel y un haz de ramitas de abedul atadas con cinta roja —el *fasces* romano— que Petya llevaría en la mano a modo de símbolo de su autoridad consular. Encontraron también un gorro de bufón completamente anacrónico y con cascabeles y se lo ofrecieron a Murray Lett, y yo deseé que decidiera llevarlo para que pudiera encarnar a Danny Kaye en *El bufón del rey* y practicar sus trabalenguas: «¿Usted no nada nada?, no, no traje traje. Si la madre pisa paja, la hija paja pisa». Pero prefirió llevar toga para ir igual que Petya, y, si Petya iba a llevar el *fasces* en la mano, entonces Lett llevaría a la gata.

Y así fue; y con esos atuendos imperiales salieron de los Jardines, alejándose de aquella casa apesadumbrada por la muerte para unirse al desfile que celebraba la vida; y de aquella forma, corriendo hacia la vida y escapando de la muerte, se encontraron a la muerte esperándolos, tal como había profetizado la vieja historia, en Samarra o, en otras palabras, en la Sexta Avenida entre la calle Cuatro y Washington Place. La muerte disfrazada de Joker y armada con un AR-15. El suave repiqueteo del rifle resultó inaudible por debajo de la cacofonía de las multitudes, las bocinas de los coches, los mensajes por megafonía y las orquestas. No había razón alguna para creer que ni Petya ni Murray hubieran sido objetivos específicos del tiroteo. En América las armas estaban vivas, y la muerte era su regalo arbitrario.

Y la gata, el lince alpino. Aquí, en primer plano, el brazo extendido del romano muerto, con el *fasces* caído de su mano. (El plano es un eco deliberado del brazo inerte de King Kong desplomado al final de la película original de 1933.) Y *Leo* gruñendo con odio a cualquiera que se atreviera a acercarse. Y después de que todo acabara, después de que los gritos se apagaran, después de que la multitud se escapara corriendo y cayéndose y se calmara y se dispersara y de que los muertos y heridos por las balas y los cuerpos aplastados por la estampida fueran llevados a los lugares correspondientes, después de que en la avenida no quedara nada más que la basura arrastrada por el viento y los coches de policía, después de que todo se terminara de verdad, el gato había desaparecido, y nadie volvió a ver nunca al

lince *Leo*.

Y el rey, a solas en la casa dorada, vio que todo el oro que tenía en los bolsillos las pilas las bolsas y los cubos empezaba a brillar cada vez más y por fin se incendiaba y se quemaba.

III

La verdad era que yo había confiado en tener una vida más amable. Aun cuando soñaba con alcanzar, en algún momento maravilloso de mi futuro, una posición verdaderamente distinguida, había esperado recibir más afecto conforme iba avanzando por el camino. Por aquella época no entendía que Escila y Caribdis, los dos monstruos míticos entre los cuales la embarcación de Odiseo tuvo que navegar en el estrecho de Mesina —el uno «racionalizado» como rocas gigantes y el otro como un feroz remolino—, simbolizaban, por un lado, al resto de la gente (las rocas contra las cuales nos rompemos y nos vamos a pique) y, por el otro, esa oscuridad que traza círculos dentro de nosotros mismos (y que nos sorbe hacia abajo hasta ahogarnos). Ahora que mi película *La Casa Dorada* está por fin terminada y a punto de debutar en el circuito de festivales —después de tardar casi una década en hacerse y tras las turbulencias que experimentó mi vida privada hacia el final de aquel periodo, terminarla pareció un milagro—, tengo la sensación de que debo plasmar lo que aprendí durante el proceso de creación. Sobre la industria del cine aprendí, para empezar, que cuando alguien con dinero te dice: «Me encanta este proyecto. Me *encanta*. Es tan creativo, tan original, no se ha hecho nada igual. Te voy a respaldar al mil por cien, en todo lo que pueda, apoyo total, al mil y *uno* por ciento, es una *genialidad*», lo que está diciendo, cuando lo traduces, es «Hola». Y aprendí también a admirar a cualquiera que haya conseguido llevar su película hasta la línea de meta y hasta los cines, sea lo que sea, *Ciudadano Kane* o *Porky's 22* o *Tontos del culo 19*, da igual, habéis hecho una película, colegas, os respeto. Y sobre

la vida fuera de la industria del cine he aprendido lo siguiente: que la sinceridad es la mejor política. Salvo cuando no lo es.

Somos icebergs. No quiero decir que seamos fríos, solamente que la mayor parte de nosotros se encuentra debajo de la superficie, y que esa parte que tenemos escondida puede hundir el *Titanic*.

En los días que siguieron al tiroteo de Halloween, me pasé gran parte de mi tiempo en los Jardines, poniéndome a disposición de los Golden para ayudar con lo que hiciera falta. Con el permiso de Suchitra, dormía varias noches a la semana en el apartamento del señor U Lnu Fnu. Él no había alquilado mi antigua habitación y me dijo que estaba encantado de tener compañía en aquellos momentos «tan y tan terribles». En cuanto a Suchitra, durante aquellas horas previas a que el país votara se dedicó a trabajar prácticamente turnos de veinte horas en los estudios de sonido, montando imágenes que la campaña presidencial demócrata quería usar, en calidad de miembro directivo de un grupo de mujeres de los medios de comunicación que prestaba sus servicios de forma voluntaria al equipo de campaña. Me confesó que se sentía agotada y abrumada y un poco desanimada, y tal vez yo debería haber entendido que gran parte de aquello tenía que ver conmigo. Pero yo estaba en los Jardines por razones no solamente altruistas, sino también casi depredadoras, movido por mi poderoso instinto de que la historia que me había propuesto contar estaba a punto de darme el desenlace que todavía me faltaba, y que si me dedicaba a esperarlo, escondido entre la maleza de los Jardines como si fuera un león hambriento entre las hierbas altas del pie de una acacia en la llanura africana, mi presa aparecería trotando. No se me había ocurrido que también era posible que se estuviera gestando un asesinato. Fue Vito Tagliabue quien me alertó inicialmente de la posibilidad de que Nerón Golden no estuviera siendo, o no solamente, víctima de una demencia senil de avance lento; de que en verdad su mujer lo estaba envenenando lentamente.

La vida en los Jardines siempre había recordado un poco a *La ventana indiscreta*. Todo el mundo estaba siempre asomado y mirando a todo el

mundo, todos estábamos perfectamente iluminados en nuestras ventanas, que eran como pantallas de cine en miniatura dentro de la pantalla más grande que proyectaba nuestros dramas para solaz de nuestros vecinos; como si unos actores de cine pudieran ver otras películas mientras aquellas otras películas los miraban también a ellos. En *La ventana indiscreta* James Stewart no vivía lejos, en la ficticia casa del «125 de la calle Nueve Oeste» que en la vida real sería el 125 de la calle Christopher —que es la calle Nueve al oeste de la Sexta Avenida—, pero también podría haber vivido perfectamente en los Jardines. Yo tenía planeado presentar, en mi versión filmada, a unos cuantos residentes que fueran homenajes deliberados a la gran película de Hitchcock: la señorita Torso, la extrovertida bailarina; la señorita Corazones Solitarios, la mujer soltera y mayor, etcétera. Tal vez incluso a un viajante de joyería, para el que buscaría a un actor clavado a Raymond Burr. No había entrado en mis planes desarrollar la trama para incluir un intento de asesinato, pero eso es lo que tienen las historias, que despegan en direcciones inesperadas y tú te tienes que agarrar a sus faldones. Y así sucedió que yo estaba cruzando los Jardines desde el edificio de U Lnu Fnu hasta la Casa Dorada cuando Vito Tagliabue sacó su atractiva cabeza, con el pelo repeinado hacia atrás y reluciente, por la puerta de atrás de su casa y me dijo literalmente, para mi enorme sorpresa:

—¡Pssst!

Yo me paré en seco y admito que fruncí el ceño.

—Disculpa —le dije, para aclarar las cosas—, ¿me acabas de decir «Pssst»?

—Sí —me susurró él, haciéndome señas para que me acercara—. ¿Hay algún problema?

—No —le contesté, acercándome—. Es simplemente que nunca he oído a nadie decir «Pssst».

Él tiró de mí para meterme en su cocina y cerró la puerta del jardín.

—¿Qué dice la gente, pues? —Tenía un aire agitado—. ¿No es una palabra americana?

—Oh, supongo que deben de decir «¡Eh!», «Disculpe» o «¿Tiene un momento?».

—No es lo mismo —declaró Vito Tagliabue.

—En fin —dije yo.

—En fin —ratificó él.

—¿Querías algo?

—Sí. Sí. Es importante. Pero no es fácil decirlo. Te hablo con total confianza, por supuesto. Estoy convencido de tu integridad y de que no contarás que esto te lo he dicho yo.

—¿De qué se trata, Vito?

—Es una corazonada. ¿Se dice corazonada? Sí, corazonada.

Le hice un gesto con las manos para que continuara, por favor.

—La tal Vasilisa. La mujer del *signor* Nerón. Es una mujer difícil. Despiadada. Como cualquier... —Yo pensaba que iba a hablarme desde la amargura personal: *como cualquier esposa, o como cualquier mujer*—... Como cualquier ruso.

—¿Qué me estás diciendo, Vito?

—Te estoy diciendo que ella lo va a matar. Que ya lo está matando en estos mismos momentos. Cada vez que viene aquí, le veo la cara. Eso no es el declive de su ancianidad. Es otra cosa.

Su exmujer, Bianca Tagliabue, se había mudado a la casa de su nuevo amante, Carlos Hurlingham, mi «señor Arribista», situada al otro lado de los Jardines. Los nuevos amantes se dedicaban ahora a revolotear a diario por allí, humillando a Vito y restregándole su amor por las narices. Si alguien tenía el asesinato en mente, pensé, seguramente era el propio Vito. Pese a todo, le seguí la corriente un poco más.

—¿Y cómo lo está matando?

Él se encogió operísticamente de hombros.

—No lo sé. No conozco los detalles. Simplemente lo veo enfermo. Enfermo de forma rara. Quizá algo relacionado con su medicación. Tiene que tomar mucha medicación, o sea que sería fácil. Sí, algo de la medicación, estoy seguro. Casi seguro.

—¿Y por qué iba ella a hacer eso? —le insistí.

Él volvió a encogerse de hombros y a agitar los brazos.

—Es obvio —dijo—. Ya no quedan más herederos. Solamente el bebé de

ella. Y si por casualidad Nerón también... —se pasó un dedo por la garganta—, ¿quién lo hereda todo? En latín se dice *cui bono*, «¿quién se beneficia?». Está clarísimo.

En el corazón del asunto estaba mi hijo. Aquel hijo mío de dos años y medio que apenas me conocía, que siempre se olvidaba de mi nombre, a quien yo no podía mandar regalos y con quien no podía jugar en los Jardines ni tampoco fuera de ellos, aquel hijo mío que era el heredero de la fortuna de otro hombre y el pasaporte de su madre al futuro. Mi hijo, en cuya carita yo veía tan claramente la mía. Me sorprendía que nadie más viera el enorme parecido, y que de hecho la gente dijera que era idéntico a su padre, que no era su padre: una victoria de lo aparente sobre lo real. La gente ve lo que se supone que ha de ver.

Vespasiano. ¿Qué clase de nombre era Vespasiano? Aquello cada vez me irritaba más. «El pequeño Vespa», nada menos. Una pequeña Vespa era lo que Audrey Hepburn había conducido temerariamente por la Ciudad Eterna en sus *Vacaciones en Roma*, llevando de paquete a un Gregory Peck presa del pánico. Mi hijo se merecía un apodo mejor que la montura de aquellas estrellas del cine. Se merecía como mínimo llevar el nombre de alguno de los grandes maestros del cine, Luis, o Kenji, o Akira, o Serguéi, o Ingmar, o Andrzej, o Luchino, o Michelangelo, o François, o Jean-Luc, o Jean, o Jacques. O bien Orson, o Stanley, o Billy, o, más prosaico, Clint. Yo había empezado a soñar —solamente medio en broma— con secuestrarlo, o bien con escaparme con mi Federico o mi Alfred al mundo del cine en sí, zambulléndonos en las películas en la dirección contraria que Jeff Daniels en la película de Woody Allen, atravesando la cuarta pared para sumergirnos en las películas en vez de salir de ellas al mundo. ¿Quién necesitaba el mundo cuando podía correr por el desierto detrás del camello de Peter O'Toole, o bien asesinar al ordenador loco HAL 9000 junto con el astronauta de Kubrick, Keir Dullea, cantando al mismo tiempo: «Daisy, Daisy, tú eres mi ilusión»? ¿Qué sentido tenía la realidad si podías ir dando brincos junto con un león y un espantapájaros por el camino de las baldosas amarillas, o bien descender por una majestuosa escalinata junto a Gloria Swanson, listo para que el señor DeMille te filmara en primer plano? Sí, mi hijo y yo, cogidos de

la mano, nos maravilláramos de las nalgas y pechos gigantes de las putas de *Roma de Fellini* y nos sentáramos desesperados en una acera de Roma llorando por una bicicleta robada y nos subiríamos de un salto al DeLorean de Doc Brown y volaríamos de regreso al futuro y seríamos libres.

Pero mi sueño era imposible. Estábamos todos atrapados en la farsa de Vasilisa, y el niño el que más; el niño era la jugada maestra de su madre. Por un momento me pregunté exactamente lo despiadada que podía ser Vasilisa. ¿Acaso ella había orquestado las muertes de por lo menos dos de los tres hijos de Nerón, y acaso también habría mandado asesinos a por el tercero en caso de que no se hubiera quitado la vida? Pero no, yo había visto demasiadas películas y estaba sucumbiendo al mismo melodrama que el furioso y abandonado Vito Tagliabue. Negué con la cabeza para aclararme las ideas. No, seguramente no fuera ni una asesina ni una orquestadora de asesinatos. Era solamente —¡«solamente»!— una criatura manipuladora que estaba a punto de ganar su guerra.

La intimidad que nació entre Nerón y Riya después de las tres muertes puso un fruncimiento de ceño siberiano en la hermosa (aunque ligeramente helada) cara de la segunda señora de Golden, pero a mí no me sorprendió. Aquel padre de tres hijos muertos no tenía a nadie con quien llorar las pérdidas de Apu o de Petya, pero el dolor de ella por la muerte de D estaba a la altura del suyo. Ninguno de los dos conocía ningún idioma que tuviera un sustantivo para calificar a un padre cuyo hijo ha muerto, un equivalente a *viudo* o *huérfano*, ni tampoco ningún verbo para describir aquella pérdida. No era exactamente *luto* pero tendría que bastar con eso. Los dos se sentaban juntos en el estudio de Nerón, sumidos en el silencio de su desgracia, un silencio que era como una conversación en la que se decía todo lo que hacía falta decir, como unos James Joyce y Samuel Beckett bañados en tristeza tanto por el mundo como por ellos mismos. Él estaba delicado, a veces se quejaba de tener mareos, otras veces náuseas, y se quedaba dormido y se despertaba varias veces por velada. Le fallaba la memoria. A veces no se acordaba de que ella estaba allí. Otras veces, en cambio, se mostraba tan lúcido como

siempre. Su deterioro no era una gráfica en línea recta. Había altibajos, aunque la tendencia general era ineludiblemente a la baja.

Una noche ella lo llevó al Uptown, al Park Avenue Armory, donde en medio de un semicírculo de once altas torres de cemento un grupo de plañideras profesionales de todo el mundo emitieron la miríada de sonidos del más silencioso de los silencios, la muerte. Un acordeonista ciego de Ecuador tocó yaravíes en una de las torres, mientras que tres plañideras camboyanas que habían escapado de los intentos de los jemereros rojos de erradicar a las de su clase ejecutaron la ceremonia llamada *kantomming*, tocando una flauta y varios gongs grandes y pequeños. Las interpretaciones no fueron largas, quizá de unos quince o veinte minutos, pero siguieron resonando dentro de Riya y de Nerón mucho después de que se fueran de allí. Nerón solamente dijo:

—El pájaro me ha ayudado.

Posado él solo en una repisa de cemento de una de las torres, había un pájaro grande y de especie no especificada, quizá un gallo, un plañidor de Burkina Faso completamente escondido dentro de su traje de pájaro con cabeza de pájaro y con cascabeles en los tobillos que tintineaban suavemente cada vez que movía los pies. El plañidor pájaro no hacía más ruido que aquel ocasional campanilleo, y estaba sentado muy quieto salvo por algún que otro estremecimiento, pero su presencia grave y amable fue lo bastante poderosa como para mitigar un poco el dolor de Riya y de Nerón.

—¿Quieres volver? —le preguntó Riya a Nerón cuando ya estaban caminando de nuevo por la acera.

—No —dijo él—. Ya ha sido bastante.

Una noche, después de muchas noches de no decir nada, Nerón habló. El estudio estaba a oscuras. No les hacía falta luz.

—No deberías dejar tu trabajo, hija —le dijo él. Había empezado a llamarla así.

La declaración, presentada sin preámbulo y sin asomo de duda, la pilló desprevenida.

—¿Sabes qué? Gracias, pero tú no entiendes de estas cosas —le dijo ella en tono demasiado duro—. Son mis cosas, o al menos lo fueron durante

mucho tiempo.

—Tienes razón —dijo él—. Este asunto del género me supera. Hombres y mujeres, vale. Homosexuales, muy bien, sé que existen. Ese otro mundo, sin embargo, los hombres con órganos quirúrgicamente fabricados y las mujeres sin partes de mujeres, ahí me pierdo. Tienes razón, soy un dinosaurio y mi mente no está al cien por cien. Tú, en cambio, conoces esto al dedillo. Tienes razón. Son tus cosas.

Ella no contestó. Se habían acostumbrado a estar cómodos sin hablarse; no hacía falta contestarle.

—Es por él, lo sé —dijo Nerón—. Te culpas a ti misma y por eso has abandonado tu terreno.

—Mi terreno —dijo ella—. Debería ser una zona cómoda y segura para entenderse los unos a los otros. Y en cambio es una zona de guerra. Yo elijo la paz.

—Pero no estás en paz —dijo él—. Con muchas de esas cuestiones de la identidad no tienes problemas. Negros, latinos, mujeres, todo eso está bien. Es esa zona sexual intermedia lo que llamas la zona de guerra. Si quieres que haya paz ahí, ¿por qué no eres tú la pacificadora? No te escapes de la refriega.

Le parecía que ella le estaba interrogando con su silencio.

—¿Qué? ¿Crees que no puedo informarme un poco? —dijo él—. ¿Piensas que porque mi cerebro está debilitándose lentamente, encogiéndose como la ropa barata, estoy acabado? Todavía no estoy muerto, jovencita. Todavía no.

—Muy bien —dijo ella.

—Coge el sabático que te ofrecen. Piénsate las cosas. No dimitas.

—Muy bien —dijo ella.

—Yo también cambié de identidad —dijo él.

Más tarde, después de marcharse Riya, el viejo está a solas en la sala a oscuras. Suena el teléfono fijo. Él trata de decidir si lo contesta o no; estira el brazo, retira la mano, vuelve a estirar el brazo y por fin lo descuelga.

Sí.

¿Sahib Golden?

¿Quién habla?

No creo que se acuerde usted de mi nombre. Yo era un pececillo en una pecera enorme.

¿Cómo se llama?

Mastan. Exinspector de investigaciones criminales de Mumbai, posteriormente destinado a Himachal Pradesh. Y después al sector privado. En la actualidad, jubilado.

Pausa.

Mastan. Me acuerdo.

Es un honor para mí. Que un *seth* tan enorme se acuerde de mí. Qué memoria, señor. El hijo de usted no se acordaba, y eso que era mucho más joven.

¿Conoció usted a uno de mis hijos?

Sí, señor, en Mumbai. El que ahora se hace llamar Apu. Es decir, se hacía llamar así. Pido disculpas por mi inglés. Le doy el pésame.

¿Cómo ha conseguido este número?

Señor, fui agente de policía y posteriormente trabajé en la seguridad privada. No es difícil.

Pausa.

¿Qué quiere usted?

Solamente hablar, señor. Carezco de autoridad y de poder, estoy jubilado, estamos en Estados Unidos, aquí no tengo jurisdicción ni nada, el caso está cerrado, usted es un hombre muy poderoso y yo no soy nadie. Solamente quiero aclarar ciertas cosas. Quedarme tranquilo antes de irme de este mundo. Solamente para mi satisfacción.

¿Y por qué tengo yo que verlo?

En caso de que quiera conocer usted la identidad de las personas que mataron a su hijo. Doy por supuesto que eso le interesa a usted.

Larga pausa.

Mañana por la mañana. A las nueve.

En punto, señor. Ni un minuto más tarde. Gracias por adelantado.

Más tarde todavía, Riya está durmiendo cuando la despierta su teléfono móvil. Para su enorme sorpresa, el que la llama es Nerón Golden.

¿Puedes venir?

¿Ahora? Es de madrugada.

Necesito hablar y ahora tengo las palabras, y quizá mañana ya no las tenga.

Dame un momento.

Hija, te necesito ahora.

Estaba a punto de cumplir ochenta años y había empezado a olvidarse de los acontecimientos más recientes, pero el pasado resplandecía cada vez más en su memoria, como si fuera oro al fondo del Rin. El río de sus pensamientos ya no era límpido, sus aguas eran una corriente turbia y enfangada, y en el seno de ella su conciencia estaba empezando a perder la batalla contra la cronología, contra la distinción entre el antes y el ahora, entre la realidad diurna y lo que había nacido en el país de hadas de los sueños. La biblioteca del tiempo estaba desordenada, sus categorías, mezcladas, y sus índices, revueltos o destruidos. Había días buenos y días malos, pero con cada día que pasaba era su pasado remoto el que brillaba con más fuerza que la semana anterior. Luego el pasado lo llamó por teléfono, en plena noche oscura, y todo lo que él había enterrado emergió de la tumba de repente y lo rodeó y él también hizo una llamada telefónica. En lo que vino a continuación oigo el eco de otra película de Hitchcock. Ya no estábamos en *La ventana indiscreta*. Ahora estábamos entrando en el mundo de *Yo confieso*.

(¿Se acuerdan de Yo confieso? Un asesino le confiesa su crimen a un sacerdote católico que está obligado por las reglas de la confesión a guardarle el secreto al asesino. Hitchcock odiaba las técnicas de actor del método de Montgomery Clift, y había gente que odiaba la falta absoluta de sentido del humor de la película, y sin embargo Éric Rohmer y Claude Chabrol la elogiaron por su «majestuosidad» en Cahiers du Cinéma, señalando que, como el sacerdote no puede hablar, la película depende de

las expresiones del actor. «Las miradas son lo único que nos permite acceder a los misterios de su pensamiento. Son los mensajes más fiables y fieles del alma.» Puede que Riya Zachariassen —que ahora cruzaba Manhattan a toda prisa en plena madrugada— no fuera ninguna sacerdotisa, pero estaba a punto de recibir confesión. ¿Guardaría el secreto? Y en caso de que sí, ¿cómo comunicarían sus expresiones y sus miradas lo que ella sabía? ¿Y acaso poseer aquel secreto haría peligrar su vida?)

El pasado, el pasado que Nerón había abandonado en la colina escalonada. La colina había sido un lugar mágico desde que el hermano de Ram, Lakhsman, disparó una flecha al suelo y eso condujo al lejano Ganges hasta allí para que saciaran su sed. Había brotado de la tierra un manantial subterráneo y ellos habían bebido de él. Todavía hoy seguía habiendo agua fresca en el depósito de Banganga. *Baan* significa «flecha» en sánscrito y *Ganga* se refiere, por supuesto, al río madre. Los Golden vivían entre las historias vivas de los dioses.

Y después de los dioses vinieron los británicos, y en concreto el honorable Mountstuart Elphinstone, gobernador de la ciudad entre 1819 y 1827, que había construido el primer bungalow en la colina y después todos los grandes de la ciudad habían seguido su ejemplo. Nerón se acordaba de la colina de su infancia, un sitio con muchos árboles y unas cuantas mansiones bajas y elegantes cuyos tejados de tejas rojas se divisaban entre el follaje. Caminó con la memoria por los Jardines Colgantes y vio jugar a sus hijos en la Bota de la Vieja del parque de Kamala Nehru. La primera torre de pisos se construyó en la colina en los años cincuenta y la gente se rio de ella. La llamaron la Caja de Cerillas porque parecía una caja de cerillas gigante puesta de pie. Quién iba a querer vivir allí, se burlaba la gente, mirad qué fea es. Pero los edificios *machis* ascendieron y los bungalós se vinieron abajo. Así era el progreso. Pero no era ésta la historia que Nerón quería contar. Él quería terminar aquella historia que había empezado a contarme en su despacho.

(Le abrió la puerta a Riya él mismo. Fueron los dos a su estudio a oscuras y se sentaron con las luces apagadas. Ella no dijo nada, o casi nada. Él tenía una larga historia que contar.)

Nerón había conocido al hombre al que bautizó como Don Corleone

sobre la misma época en que se había estrenado en cines *El padrino*, que fue también cuando él estaba empezando a hacer sus pinitos en el mundo de la producción de cine. Por entonces todo el mundo llamaba al capo Sultan Ameer. Su organización criminal era la Compañía S, «S de Sultan, de Super y de Sofisticación», tal como le gustaba jactarse al Don. Era un criminal de los grandes, un maestro del contrabando, pero la gente lo amaba porque no permitía que se matara a nadie y en el fondo era una especie de asistente social. Ayudaba a los pobres de los arrabales y también a los pequeños tenderos. Se dedicaba a la prostitución, era cierto; tenía burdeles en Kamathipura. También a los atracos de bancos. Nadie es perfecto. Así pues, sí, en conjunto venía a ser una especie de Robin Hood, se podría decir así. No era del todo verdad, porque operar a aquella megaescala no podía compararse con un grupito de bandidos de poca monta armados con arcos y flechas en el bosque de Sherwood, Reino Unido, pero la gente lo consideraba un buen tipo, no del todo podrido. Fue el primer gánster famoso. Conocía a todo el mundo y se dejaba ver en todas partes. Policías, jueces, políticos: a todos los tenía en el bolsillo. Caminaba por la ciudad con total libertad y sin miedo. Y sin gánsteres como él no se habría hecho ni la mitad de aquellas películas que le encantaban a la gente. Eran unos grandes inversores, los capos mafiosos. Se lo pueden preguntar ustedes a cualquier cineasta importante. Tarde o temprano, la mafia te venía a visitar con sacas de dinero en las manos.

Él formó a la generación siguiente: todos eran chavales a los que él había cuidado. ¿Qué sabía Zamzama Alankar de contrabando que no le hubiera enseñado Sultan Ameer? Él había entrenado a Zamzama (alias PK, es decir, la «Pistola de Kim», o simplemente el Cañón), había entrenado a Piececitos, había entrenado a Dedos Cortos, había entrenado a Cabezón, a todos los peces gordos. Y a éstos, a los cinco, les encantaba el cine, y Sultan Ameer tenía una amante que era una estrella de cine —aquella chica apodada Rubita; él no paraba de poner dinero a manos llenas en bodrios de películas para intentar convertirla en icono—, así que fue natural que acabaran todos metidos en el negocio del cine. Por entonces nadie lo llamaba Bollywood, aquella palabra se inventó mucho después. Era la industria del cine de Bombay. Las pelis de Bombay. Se llamaban así sin más.

(Pasaje a Bombay, si se me permite un breve interludio, era y sigue siendo mi película favorita del tándem Merchant-Ivory, sobre todo el número musical Typewriter, Tip, Tip, Tip, en el que los bailarines hacen piruetas sobre las teclas de la enorme «máquina del destino», y cuyo director explica: «Mientras los seres humanos bailamos sobre ellas estamos tocando las teclas, y la historia que se escribe es la historia de nuestro destino». Sí, todos estamos bailando nuestras historias en la *Máquina de Escribir de la Vida*.)

Así pues. Don Corleone ayudó a algunas estrellas del cine de Bombay venidas a menos a regresar a las pantallas. A Parveen Babi, por ejemplo, y también a Helen. Era amigo de Raj Kapoor y de Dilip Kumar. Sus contrabandistas hacían contrabando y sus ladrones robaban y sus putas se vendían y sus jueces, políticos y policías hacían lo que él les decía, pero, en la gran pantalla del Maratha Mandir, su película *Kuch Nahin Kahin Nahin Kabhi Nahin Koi Nahin* («Nada en ninguna parte nunca nadie») batió el récord de número de semanas consecutivas en pantalla hasta que, por supuesto, aquella otra puta película, *La novia desnudada por sus solteros*, se estrenó y batió todos los récords habidos y por haber. Pero *KN4*, como se llamaba popularmente a su mayor éxito, era un orgullo para Sultan Ameer / Don Corleone, era su mayor logro, como solía decir él, y hasta le había puesto un apodo privado: «Todo en todas partes todo el tiempo todo el mundo», o bien «Todo×4», porque eso era justamente, lo era todo para todo el mundo. Y era cierto que su amada Rubita nunca llegó a lo más alto, su nombre nunca estuvo por encima del título, como se dice en Hollywood, pero ella era feliz; él le compró una mansión en Juhu al lado de la del gran Dev Anand y ella podía invitar a aquel dios viviente a tomar té y samosas.

Y Nerón: no era más que un hombre de negocios, que invertía la mayor parte de su energía en la construcción, y que estaba ascendiendo en el mundo igual que sus edificios, y que también estaba, igual que todo el mundo en aquella ciudad de ojos estrellados, obsesionado con el cine. Conoció al capo en casa de fulana de tal en la playa de Juhu, o quizá en casa de mengana de cual, esto no era importante. De una de las dos o tres grandes anfitrionas que dominaban la rutilante vida nocturna de la ciudad, dejémoslo en eso. Se cayeron bien de inmediato y al final de la noche Sultan Ameer dijo:

—Mañana voy a visitar a Smita para contarle mi nueva película, ¿por qué no te vienes?

Y con aquellas palabras sedujo para siempre a Nerón y la vida de empresario de éste empezó a cambiar de rumbo.

Las superestrellas —¡las ultraestrellas!— no leían guiones. Uno acudía a ellas y les contaba la película, el argumento, y se aseguraba de contárselo de tal manera que el papel de la superestrella pareciera el elemento central e indispensable del proyecto. Smita era una de las actrices más queridas de su época; no era solamente una belleza o un símbolo sexual, sino también una actriz maravillosa y sólida. Llevaba una vida escandalosa según los estándares locales, mantenía abiertamente una relación con una famosa estrella que también era un hombre casado. Al final el puritanismo y el vilipendio la terminarían expulsando de la industria y convirtiéndola en una reclusa atormentada, pero eso fue más tarde; por ahora estaba en lo más alto, en el pináculo del monte Kailash, era una diosa de diosas, lo más. Para Nerón, conocerla fue uno de los grandes acontecimientos de su vida, a pesar de que lo de la narración no saliera bien, porque el papel requería que Smita envejeciera, a lo largo de la película, de los diecisiete años hasta unos cincuenta y cinco.

—Mire usted —le dijo aquella mujer inmortal al capo—. Le agradezco mucho que me traiga esta oferta, porque la mayoría de papeles no tienen alcance, ¿sabe usted? Y lo que yo quiero hacer como artista es estirarme, expandirme, así que me encanta esta película. Me encanta. Solamente hay un par de cosas, ¿de acuerdo? Quiero dejarlas claras de entrada, ponerlas sobre la mesa, porque antes de empezar a rodar deberíamos coincidir al cien por cien en todo, ¿no es verdad? Cuando estemos en el plató todos deberíamos estar tirando al cien por cien en la misma dirección. Así pues, ¿puedo decirlo?

Por supuesto, contestó Sultan Ameer, para eso estamos aquí, por favor. Ella frunció el ceño y miró en dirección a Nerón.

—¿Y éste quién es? —quiso saber.

Sultan Ameer chasqueó la lengua e hizo un gesto quitándole importancia a la pregunta.

—Haga como si no estuviera —dijo—. Él es así.

Esto mitigó la mueca ceñuda. Luego la entidad celestial se volvió hacia el capo y le dijo:

—Mire pues, tal como lo ha contado usted, el personaje se convierte en madre de una chica de diecinueve años. Pero es que yo nunca, ¡nunca en la vida!, he interpretado a la madre de una adolescente. Ése es mi problema. Ya sabe usted que las decisiones que tomo, las películas que elijo, afectan seriamente el rendimiento anual en taquillas de toda nuestra amada industria, así que tengo que andarme con cuidado, ¿verdad? Oigo una voz que me habla, ¡desde ese público que me ama! ¡Desde esa estrella que soy! Y esa voz me dice...

Sultan Ameer la interrumpió.

—El argumento se puede cambiar —dijo—. Dígale a esa voz que deje de hablar.

Pero era demasiado tarde.

—«No», está diciendo la voz. «Se lo debes al mundo.»

Sentado en su rincón, Nerón, que era «así», estaba en trance. Cuando abandonaron la presencia divina, dijo:

—Siento que no le haya gustado.

Sultan Ameer chasqueó los dedos.

—Le gustará. Es fácil cambiar la historia. Y quizá con un Mercedes, y si hay un maletín con dinero negro en el asiento de atrás, entonces... ¡fataakh! Trato hecho. —Dio una palmada. Nerón acababa de asentir con la cabeza para expresar que lo entendía cuando el capo añadió—: Ésa puede ser tu inversión en el proyecto.

—¿El Mercedes?

—Y el maletín. El maletín es muy importante.

Y así empezó todo. En los años siguientes Nerón estableció un provechoso negocio suplementario blanqueando dinero para el capo y haciéndole de hombre del maletín. ¿Y cómo sucedió esto? Pues se metió casi sin darse cuenta, movido por su obsesión con el mundo del cine. Polvo de estrellas en la mirada, el glamour cinematográfico dándole vueltas a la cabeza y todo el mundo ganando una cantidad indecente de dinero. O para ser más

exactos, siempre había tenido una faceta ilegal; a fin de cuentas, el negocio de la construcción no era precisamente respetuoso con la ley, era más retorcido que un sacacorchos, como habría dicho W. H. Auden. En aquella época ya había empezado el *boom* de la construcción y por toda la ciudad estaban brotando los edificios altos, «las cajas de cerillas», y en el corazón mismo de la transformación estaba Nerón Golden. En la carrera de los rascacielos por asaltar el cielo, ¿cuántas leyes se incumplieron o se violaron? ¿Cuántos bolsillos se untaron para hacer desaparecer los problemas? Los edificios se elevaban y seguían elevándose por encima del número de plantas autorizado por la corporación municipal. Más adelante, las autoridades de la electricidad, el agua o el gas podían amenazar con cortarles el suministro a las plantas que no deberían existir, pero también había formas de atusar aquellas plumas alborotadas. El maletín de la estrella de cine no fue el primero ni mucho menos. Muchos de los edificios nuevos eran abiertamente ilegales y se habían construido sin aprobación de los planos y sin ajustarse a los reglamentos correspondientes. Nerón también era culpable de aquello, pero no más que cualquier otro, no había nadie inocente; igual que los demás constructores, tenía amigos en la otra clase de altas instancias, y así, igual que todo el mundo, podía obrar impunemente.

—El constructor es la ley —le gustaba decir—. Y la ley es: sigue construyendo.

¿Ética? ¿Transparencia? Ésas eran palabras extranjeras, palabras para gente que no entendía la cultura de la ciudad o la forma de vivir de sus habitantes. Ése era Nerón. Él lo sabía, sus hijos lo sabían y así funcionaba el mundo. Su amistad con Don Corleone, alias Sultan Ameer, le abrió la puerta de la mazmorra en cuyo interior la ilegalidad más profunda esperaba a que la dejaran salir. Ahora había jóvenes actrices en sus fiestas y cocaína en los baños, y él había pasado de ser un simple constructor trajeado de rascacielos feos de narices a convertirse en una figura que brillaba con luz propia en la ciudad. Y con aquel estatus vinieron más negocios, y con los negocios vino más estatus, y una cosa siguió llamando a la otra, sin parar. Durante aquellos años desarrolló el francamente vulgar tono de autobombo que lo seguiría cubriendo como un ostentoso abrigo de piel en su época neoyorquina.

Trasladó a su familia a la lujosa casa de Walkeshwar. Se compró un yate. Tuvo aventuras amorosas. Su nombre resplandecía en el cielo nocturno desde Andheri hasta Punta Nariman. La vida le sonreía.

El dinero se podía blanquear de muchas formas distintas. Para las cantidades pequeñas se podía usar el pitufeo, una forma de dividir el dinero negro en pequeñas cantidades y usarlas para adquirir cosas como giros postales o letras bancarias, que después se depositaban en bancos distintos, todavía en cantidades pequeñas, y por fin se retiraban en forma de dinero blanqueado. Nerón usaba este método para cosas como los maletines. Para los proyectos más grandes, en cambio, hacía falta un método a escala mayor, y el negocio inmobiliario era el vehículo ideal. Para los entendidos, Nerón se convirtió en el maestro no reconocido del arte del «volteo uno» y el «volteo dos». El «volteo uno» era comprar caras propiedades de lujo con dinero negro y revenderlas rápidamente, por lo general obteniendo beneficios, porque los precios se disparaban. El «volteo dos» era comprar propiedades — con el consentimiento del vendedor— por debajo del precio de mercado, pagando el resto bajo mano con dinero negro, y luego proceder al «volteo uno». Nerón dirigía la firma de corretaje inmobiliario más grande de la ciudad, que en la jerga del mundo del crimen pasó a llamarse «Voltistán», el país al que el dinero negro se iba de vacaciones para lavarse y volver con un bonito bronceado de honradez. A cambio de un precio, por supuesto. Nerón usaba el Voltistán para sus propios negocios con dinero negro, pero cada vez que los miembros de la Compañía S le pedían sus servicios, él se sacaba un generoso porcentaje con el acuerdo.

Luego a Don Corleone le cayó el cielo encima. El hijo de la primera ministra, su antiguo colega de borracheras, Sanjay Gandhi, fue a por Sultan Ameer durante los años del gobierno autoritario de emergencia de su madre, y el padrino de la Compañía S acabó siendo condenado a pasar un año y medio entre rejas por unos tribunales controlados por Sanjay y no por él. Curiosamente, en el mismo momento en que terminó la emergencia y Sanjay cayó en desgracia, el capo salió libre. Pero era un hombre distinto. En la cárcel había perdido las agallas y en su lugar había encontrado a Dios. Por mucho que los dos compartieran religión, Nerón sólo era musulmán

nominalmente, y la devoción de aquel nuevo Corleone no le sentó nada bien. El capo abandonó el gansterismo y trató sin éxito de entrar en la política; los dos hombres se distanciaron. En los años ochenta, a Sultan Ameer se lo vio marchito y prácticamente olvidado, ya enzarzado en la larga lucha contra el cáncer que terminaría matándolo, mientras que Nerón era un pez gordo. Y, sin embargo, ya había aparecido otro más gordo.

Antes de volverse tristemente célebre, a Zamzama Alankar se lo conocía por su bigote, una mata tan espesa y ominosa que parecía un organismo parasitario que le nacía en las profundidades de la cabeza, quizá incluso en el cerebro, y le descendía por la nariz hasta surgir al mundo de fuera, como un alienígena que le emergía por encima del labio trayendo consigo nuevas del inmenso y peligroso poder de su anfitrión. Era un bigote que había ganado una competición de bigotes en el pueblecito costero de Bankot del que su dueño era originario, pero Zamzama perseguía botines mucho mayores. Era hijo de un policía de aquel municipio remoto a orillas del mar de Arabia, cerca de una antigua fortaleza marítima, pero, quizá porque su relación con su severo padre se había agriado durante su infancia, nunca había mostrado demasiado respeto ni a la ley ni a los agentes que velaban por ella, ni en las aguas del mar ni en tierra firme. Salió por primera vez a la palestra debido a su papel central en el sistema hawala, por el cual se transfería dinero de un lugar a otro por medio del boca a boca y sin papeleo. El dinero se entregaba a un agente de hawala en el lugar A, que a continuación, y a cambio de una pequeña comisión, le comunicaba su recibo a un agente situado en el lugar B, que pagaba la misma cantidad a un destinatario determinado siempre y cuando aquel destinatario conociera la contraseña. De esa forma, el dinero «se movía sin moverse», en palabras del hawala, y, si hacía falta, la cadena podía tener muchos más eslabones. El sistema era popular porque la comisión que pagaba el cliente era mucho menor que en el sistema bancario normal y, además, el procedimiento evitaba problemas como los tipos de cambio variables; la cadena del hawala fijaba su propio tipo de cambio y todo el mundo se adhería a él. La red entera se basaba en el honor de los agentes de

hawala de todo el país y ciertamente del mundo. (Aunque si un agente de hawala actuaba de forma deshonrosa, no habría sido sensato apostar a que fuera a llegar a viejo.) El sistema era ilegal en la India porque, igual que el pitufo y el volteo, era una forma eficaz de blanqueo de dinero, pero Zamzama continuó dirigiendo la red a gran escala, no solamente en el subcontinente indio, sino también por todo Oriente Medio, por el Cuerno de África y hasta en ciertas partes de Estados Unidos. Pero el hawala no era suficiente para él. Él quería sentarse en el *kursi*, es decir, en el trono del submundo, y, ahora que Sultan Ameer estaba entre rejas y fuera de circulación, inició su asalto al poder, con la ayuda de sus lugartenientes Cabezón, Dedos Cortos y Piececitos. De entrada afrontaba la competencia de los socios de un jefe rival llamado Javed Grasiento, pero enseguida se quitó aquel problema de encima, usando una técnica que les supuso un fuerte *shock* para todos los miembros de la relativamente pacífica organización criminal de Sultan Ameer. La técnica en cuestión se llamaba asesinato. Los cuerpos de Javed Grasiento y de su familia, colocados como si fueran pescados sobre una losa de la playa de Juhu en plena bajamar, no solamente resolvieron el problema del liderazgo; también mandaron un mensaje a la ciudad entera, al mundo del hampa y al mundo en general. Empieza una nueva época, decían los cadáveres. Había entrado un jugador nuevo en la partida y las reglas habían cambiado. Ahora la Compañía S era la Compañía Z.

Su hermano Salloo, conocido como Salloo la Bota, había ayudado a Zamzama a entrar en los negocios de la ciudad al poner en el punto de mira al capo del distrito de Dongri, Papá Jyoti, y al hacer que un grupo de sus hombres rodearan a Papá y a los suyos y les dieran una paliza de muerte con botellas de cristal vacías de refrescos, de Campa-Cola y de Limca. Así se deshicieron de Papá, al que no se volvió a ver nunca en la ciudad, pero a continuación vino una guerra de bandas más seria, esta vez contra la banda de los Pastunes de Afganistán, que había entrado en el negocio de los préstamos poniendo oficinas en la adecuadamente apodada avenida del Dinero Rápido, pero enseguida había pasado a la extorsión a pequeña escala, obligando a los tenderos y pequeños negocios a pagar a cambio de protección, tanto en los arrabales de la ciudad como en los mercados. Esto provocó que los precios de

las sastrerías, de los talleres de reparación de relojes, peluquerías y marroquinerías subieran para cubrir las demandas de los mafiosos. Las prostitutas de Falkland Road también tuvieron que cobrar más a sus clientes. Los costes de la extorsión no podían ser asumidos por unos negocios con márgenes tan estrechos, de forma que pasaron al consumidor. Y así fue como una gran parte de la ciudad acabó pagando, por así decirlo, un impuesto extra a las bandas criminales. Pero ¿qué se podía hacer? No había más remedio que soltar la pasta.

Los Pastunes también decidieron eliminar a la Bota y al Cañón —es decir, a Zamzama— y para acabar con ellos contrataron a Manny, un reputado *dacoit* o bandido de Madhya Pradesh. Se daba el caso de que Salloo la Bota tenía una novia bailarina, Charu, y una noche de principios de los ochenta pasó a recogerla por su casa del centro de Bombay y la llevó en su Fiat a un picadero que tenía en Bandra. Pero Manny y los Pastunes les siguieron los pasos y rodearon el Fiat en una gasolinera en la que Salloo la Bota se había parado. Con genuina galantería, Manny y los Pastunes invitaron a Charu a salir del coche y largarse zumbando. A continuación le pegaron cinco tiros a la Bota y lo dejaron allí muerto. Finalmente se fueron tan deprisa como pudieron a la base de operaciones que tenía Zamzama en la calle Pakmodia para pillarlo con la guardia baja antes de que le llegara la noticia de la muerte de su hermano, pero el edificio estaba fuertemente protegido y tuvo lugar una tremenda batalla campal a tiros. Zamzama salió ileso. Poco después se detuvo a los líderes de los Pastunes y se los acusó del asesinato de la Bota. En medio del juicio un pistolero de la Compañía Z, un asesino cristiano llamado Derek, entró en la sala del tribunal y los mató a todos con una metralleta.

Durante los años ochenta, la guerra continua entre las bandas acabó con más de cincuenta mafiosos de la Compañía Z y los Pastunes. Al final, sin embargo, la banda afgana fue eliminada y el padrino Zamzama obtuvo su trono.

Tras la muerte de su hermano mayor, Zamzama tomó la decisión de dejar de tener vida privada.

—Tener novia es una debilidad —le oyó decir Nerón—. Tener familia es

una debilidad. Es algo valioso en los demás, pero el jefe no se lo puede permitir. Yo soy el gato que camina solo.

Solo, hay que aclararlo, salvo por un destacamento de doce guardaespaldas las veinticuatro horas del día; es decir, treinta y seis personas trabajando de doce en doce en turnos de ocho horas. Más un equipo de doce conductores entrenados en técnicas de contraespionaje al volante de limusinas Mercedes blindadas, expertos en el arte de la limpieza en seco, es decir, en asegurarse de que nadie siguiera al convoy de vehículos. (Nuevamente, tres turnos distintos de cuatro conductores.) La puerta de entrada de su casa era de acero macizo y en la azotea siempre había hombres armados hasta los dientes. La ciudad la gobernaba un hombre que vivía en una jaula que se había construido a sí mismo. Y al hacerse invulnerable, convirtió las vulnerabilidades de las vidas privadas, las familias y los recursos monetarios de la gente en los cimientos de su fortuna y su poder.

(No soy ningún experto en esa industria que hoy se conoce como Bollywood, pero sé que le encantan las películas de gánsteres tanto como los gánsteres en sí. El cinéfilo que quiera entrar en ese universo puede empezar por Compañía de Raj Gopal Varma, Tiroteo en Lokhandwala de Apoorva Lakhia, Tiroteo en Wadala de Sanjay Gupta, o bien Érase una vez en Mumbai y Érase una vez en Mumbai 2 de Milan Luthria. La a extra de Mumbai ejemplifica una nueva moda numerológica. La gente añade o quita vocales a fin de que sus nombres, o en este caso los títulos de sus películas, tengan más suerte y éxito: Shobhaa De, Ajay Devgn, Mumbai. No puedo hacer comentario alguno sobre la eficacia o ineficacia de estas alteraciones.)

Fue *Aibak*, la película sobre Qutbuddin Aibak, primero de los Reyes Esclavos y constructor del Qutub Minar, la que demostró a la industria que el nuevo padrino iba en serio. Aquel drama histórico de gran presupuesto había sido el proyecto personal de toda la vida de uno de los grandes de Bollywood, el productor A. Kareem, y en él figuraban tres de los «seis chicos y cuatro chicas» que, de acuerdo con el saber popular, eran las ultraestrellas del momento. Dos semanas antes del inicio del rodaje, Kareem, que era

musulmán, recibió una nota informándolo de que su proyecto de película era un insulto al islam porque se refería al nuevo gobernante como esclavo, y exigiéndole que se cancelara o bien que se pagara al representante de la Compañía Z que se presentaría a su debido tiempo una «tasa de permiso barra disculpa» de diez millones de rupias en billetes usados y no consecutivos. Kareem convocó de inmediato una rueda de prensa y se burló en público de Zamzama Alankar y de su banda.

—¿Esos filisteos se creen que pueden hacerse los fantoches conmigo? — exclamó Kareem, pronunciando ambas efes como estridentes sonidos oclusivos—. Son tan ignorantes que no saben que los dos nombres con que se conoce a esa dinastía, Mamluk o Ghulam, significan los dos «esclavo». Estamos haciendo una producción señera, una representación fílmica emblemática de nuestra historia. Y no nos va a detener una panda de matones.

Cuatro días después, un pequeño grupo de hombres armados hasta los dientes y encabezados por los lugartenientes de Zamzama Cabezón y Dedos Cortos invadió el plató protegido de Mehrauli, cerca del Qutub Minar real, donde se había construido el extremadamente elaborado decorado de la película, y le pegó fuego. La película no llegó a hacerse. Poco después de la destrucción de los decorados, A. Kareem se quejó de intensos dolores en el pecho y murió literalmente con el corazón roto. Los médicos que examinaron su cuerpo dijeron que el órgano literalmente se le había partido en trozos. Nadie volvió a burlarse nunca de Zamzama Alankar.

Nerón siguió invitando a Zamzama a las fiestas que montaba en su casa y las principales figuras de la industria del cine siguieron asistiendo a ellas. El propio Zamzama empezó a celebrar las fiestas más lujosas que nadie hubiera visto, llevando aviones enteros de invitados a Dubái, y todo el mundo iba. Así debió de ser la cosa en pleno apogeo de Al Capone: el glamour oscuro, la seducción del peligro, el cóctel mareante de miedo y deseo. Las fiestas de Zamzama aparecían en toda la prensa, llenas de estrellas rutilantes con sus galas nocturnas. La policía no movía un dedo. Y a veces por la mañana, después de unos magníficos fuegos artificiales de celebración, alguien llamaba a la puerta de un productor que dormía la mona de sus excesos en el

camarote de lujo de un yate de la Compañía Z —tal vez acompañado de una estrella en ciernes demasiado tonta como para darse cuenta de que aquélla no era nunca, nunca la forma de llegar a lo más alto— y aparecían en la puerta Cabezón o Pececitos con un contrato para que el productor lo firmara, cediendo todos los derechos para el extranjero de su última película bajo unas condiciones tremendamente desfavorables, y había también un arma de gran tamaño apuntándolo a la cabeza para ayudar a convencerlo, y la época de la galantería se había terminado, nadie le decía a la joven actriz que estaba en la cama que se adecentara y saliera corriendo. La fiesta para el público y los negocios en la trastienda, así trabajaba la Compañía Z. Muchas de las primeras figuras de Bollywood tuvieron que pedir —y recibieron— protección policial, y aun así nunca estaban seguros de si sería suficiente, ni de si los agentes uniformados responderían ante Zamzama, ni de si las armas destinadas a proteger apuntarían hacia dentro y hacia la primera figura en vez de hacia fuera y hacia aquella peligrosa e inescrutable ciudad. ¿Y la ley? La ley miraba básicamente hacia otro lado. De vez en cuando metían en la cárcel a algún pelagatos a modo de concesión a la opinión pública. Los peces gordos seguían nadando a su antojo en aquel mar.

Hija, hija, dijo Nerón. Yo era uno de los peores, porque a mí nunca intentaron extorsionarme. Yo les llevaba los temas de dinero de forma voluntaria y ellos me trataban bien económicamente y yo lo aceptaba todo; el mundo funcionaba así, pensaba yo, y tal vez fuera verdad, pero es que el mundo es malo, lo que hay que hacer es buscar un mundo mejor que el que hemos construido.

Él no era víctima de la trama de extorsión, pero es que no hacía falta. Las amenazas, los intentos de asesinato y las muertes violentas de aquellos años lo habían dejado cagado de miedo. Tenía mucho que perder. Propiedades caras, edificios en obras por toda la ciudad, esposa e hijos. Tenía todas las debilidades que Zamzama buscaba y necesitaba. A la gente de la Compañía Z ni siquiera le hacía falta mencionarle aquellas debilidades. Eran el lazo implícito que unía a la banda con Nerón. ¿Quién era él para ellos? Ellos tenían sus trapos sucios y él les hacía la colada. Era su *dhobi*. Lo llamaban literalmente así, Cabezón el enano, Dedos Cortos con su pelo naranja y

Piececitos, que tenía los pies más grandes que nadie hubiera visto nunca.

—¡Eh, *dhobi!* —le decían por teléfono—. Tengo ropa sucia para ti. Ven a llevártela al *ghat*.

Cuando él los veía, chasqueaban los dedos.

—Venga, a lavar —le ordenaban—. Rapidito.

Zamzama en persona era más cortés y siempre usaba tratamientos de respeto junto al nombre real de Nerón: *sahib, ji, janab*. Aquel respeto, sin embargo, era una muestra de desprecio. El significado de aquel respeto era: «Yo soy tu dueño, gilipollas, y no te olvides». Nerón no necesitaba que se lo recordaran. No quería perder a su familia ni tampoco los dedos de los pies. No había posibilidad alguna de que se olvidara.

Los villanos se estaban escapando de la gran pantalla, estaban bajándose de un salto a los patios de butacas convertidos en gigantes, con dimensiones de cine, echando a correr por los pasillos y saliendo a la calle sin dejar de pegar tiros, y él tenía la sensación culpable de que el causante de todo era la industria cinematográfica, que había creado aquellos monstruos y los había hecho glamourosos y *sexy* y ahora ellos estaban tomando la ciudad. «*Bombay meri jaan*», pensó, tarareando la canción, Bombay mi vida, cariño, ¿adónde te has ido? Las chicas de Marine Drive en los frescos anocheceres con guirnaldas de jazmín en el pelo, las sesiones de jazz improvisado de los domingos por la mañana en Colaba Causeway o en Churchgate, escuchando a Chic Chocolate, el saxo de Chris Perry y la voz de Lorna Cordeiro; la playa de Juhu antes de que la gente como él la rodeara de edificios; la comida china; la hermosa ciudad, la mejor ciudad del mundo. Pero no, no era verdad, aquella canción que era a Bombay lo que *New York, New York* era a una metrópolis distinta siempre había avisado de que se trataba de una ciudad dura, donde la vida no era fácil. Y la situación era culpa también de la canción: los jugadores profesionales y los degolladores y los ladrones y los hombres de negocios corruptos se habían escapado de su letra igual que los actores se habían bajado de un salto de las películas, y aquí estaban ahora, aterrorizando a la gente decente, a gente como aquella chica ingenua de la canción que defendía la gran ciudad, «oh, corazón, es fácil vivir aquí», pero incluso ella mandaba una advertencia: «cuidado, quien siembra vientos

recoge tempestades. Recoge tempestades».

(Sí, era culpa del cine, era culpa de la canción. Sí, échale la culpa al arte, Nerón, échale la culpa al espectáculo. Es mucho más fácil que echársela a los seres humanos, los verdaderos actores del drama. Y mucho más agradable que echártela a ti mismo.)

Así que siguió haciéndolo: los maletines, el pitufo, el volteo. Incluso aceptó convertirse en un extremo de una lucrativa cadena de hawala, cuando el propio Zamzama Alankar «se lo pidió amablemente» —con un pequeño diluvio de *sahibs*, *janabs* y *jis*— durante una fiesta vespertina en una piscina del Club Willingdon. «A mí nunca intentaron extorsionarme.» No les hizo falta. Era el peón voluntario de Zamzama. Se consideraba a sí mismo un rey en la ciudad, pero no era más que un humilde soldado raso. El rey era Zamzama Alankar.

Y tampoco estaba contando toda la verdad sobre el tema de la extorsión. La verdad era que nunca habían intentado extorsionarle dinero. Lo que le extorsionaban era mucho, mucho peor.

Zamzama, el Cañón, no era ningún sentimental. Una vez, de acuerdo con su leyenda —y era un hombre que prestaba mucha atención a cuidar sus aspectos legendarios—, Piececitos había secuestrado a un proxeneta de la banda llamado Moosa el Ratón que había estado abusando de unas chicas de la compañía, lo había sellado dentro de un contenedor metálico de transporte marítimo y había alquilado una embarcación para que cargara con el contenedor hasta la otra punta de la bahía y lo botara al fondo del mar. Dos días más tarde, la madre del Ratón salió por la tele hecha un mar de lágrimas.

—Dadme ahora mismo su número de móvil —dijo Zamzama.

Y un minuto más tarde, mientras todavía estaban entrevistándola en la televisión, él la llamó. Perpleja, la mujer contestó la llamada y oyó la voz de Zamzama diciéndole al oído:

—Zorra, tu ratón ahora es un pez y, como no cierres la boca pronto, tú serás *keema*. ¡Catapum!

Keema era picadillo. *Catapum* era la rúbrica favorita de Zamzama, de

forma que la persona que la oía por teléfono siempre sabía exactamente quién estaba hablando. La mujer paró de llorar, paf, de golpe, y nunca más volvió a hablar con ningún periodista.

El Cañón tampoco tenía tiempo para aquella visión romántica del pasado estilo *Bombay meri jaan* a la que tan propenso era Nerón.

—Esa ciudad de ensueño desapareció hace mucho —le dijo bruscamente a Nerón—. Tú mismo has edificado encima de ella y alrededor de ella y has aplastado lo antiguo con lo nuevo. En el Bombay de tus sueños todo era amor y paz y pensamiento laico y cero comunalismo, *bhai-bhai* entre hindúes y musulmanes, todos los hombres eran hermanos, ¿verdad? Menuda patraña, tú eres un hombre de mundo, deberías saberlo. Los hombres son hombres y sus dioses son sus dioses y esas cosas no cambian y la hostilidad entre sus tribus siempre está presente. Es una simple cuestión de qué hay en la superficie y a qué profundidad está su odio. Aquí en Mumbai hemos ganado la guerra de las bandas, pero ahora nos queda otra guerra más importante. Solamente quedan dos bandas en Mumbai. La banda-banda, la mafia, que soy yo. La Compañía Z, somos los únicos. ¿Y cuántos de nosotros somos musulmanes, el noventa y cinco por ciento? Gente del libro. Pero también están las bandas de la política, que son hindúes. La corporación municipal la llevan políticos hindúes, y los politicastros hindúes tienen sus bandas hindúes. Raman Fielding, ¿te suena ese nombre? Alias la Rana Mainduck. ¿Entiendes? Pues entiende también esto: primero estábamos batallando por el territorio. Esa batalla ya se acabó. Ahora viene la guerra santa. Catapum.

Sultan Ameer se había hecho religioso al final de su vida, pero le había dado por la vena mística sufí. A principios de los años noventa, Zamzama Alankar se había hecho partidario de una versión mucho más exaltada de la fe que tenían en común. La persona que tenía el mérito de haber obrado aquel profundo cambio en la visión del mundo y el espectro de intereses de Zamzama era un predicador demagogo llamado Rahman, fundador y secretario de cierta organización militante con sede en la ciudad que se autodenominaba la Academia Azhar, dedicada a promover el pensamiento de un alborotador indio del siglo XIX, el imán Azhar de Bareilly, la ciudad que daba su nombre a la secta barelví de la que el predicador Rahmán era

luminoso guía. La Academia se había dado a conocer en la ciudad a base de manifestarse contra el partido del gobierno, unas manifestaciones que el partido en el poder denominaba «disturbios», pero que manifestaban, en el peor de los casos, que la Academia podía sacar multitudes considerables a la calle sin apenas antelación y luego soltarlas. Para gran aflicción de Nerón, Zamzama empezó a recitar como un loro las palabras del demagogo Rahman, a veces casi literalmente. La inmoralidad y la decadencia de. La maligna hostilidad y la degeneración de. Hay que hacer frente con firmeza por medio de. Las puras y prístinas enseñanzas de. La perspectiva correcta de. La verdadera gloria y esplendor de. Nuestra responsabilidad es salvar a la sociedad de. El efecto benéfico de las geniales enseñanzas del. Nuestra determinación es mayor que. El nuestro es un modo científico de vivir en el mundo y en el más allá. Este mundo no es nada, un simple portal a la grandeza que hay más allá. Esta vida no es nada, un simple carraspeo previo a la canción inmortal que viene después. Si se nos pide que sacrifiquemos nuestras vidas, no estaremos sacrificando nada más que un simple carraspeo. Si se nos pide que nos levantemos, nos levantaremos con la llama de la justicia en la mano. Levantaremos la mano justa de Dios y ellos sentirán su fuerte bofetón en la cara.

—Maldita sea, Zamzama —le dijo Nerón cuando se reunieron a bordo del *Kipling*, el velero que Zamzama tenía en el puerto y que era su escenario preferido para las conversaciones confidenciales—. ¿Qué mosca te ha picado? Yo siempre había creído que eras un juerguista, no una mantis religiosa.

—Se ha acabado el tiempo de las conversaciones huecas —contestó el capo con un matiz nuevo en la voz que a Nerón le resultó amenazador—. Es el momento de actuar con dureza. Y *dhobi*, no vuelvas a usar nunca más lenguaje blasfemo en mi presencia. —Era la primera vez que Nerón era degradado de *sahib* a *dhobi*. Y no le gustó nada cómo sonaba aquello.

Se habían acabado las fiestas en Dubái. Ahora en la casa con puerta de acero solamente se rezaba. Para un hombre con el temperamento de Nerón, aquello era grotesco. Tal vez hubiera llegado el momento, pensó, de distanciarse un poco de la Compañía Z. Separarse por completo de ellos sería

imposible por la influencia que tenía la mafia sobre los sindicatos de la construcción y todavía más sobre la fuerza de trabajo «inmigrante» no sindicada que convergía en la ciudad procedente del país entero, sin documentación ni estatus legal. Pero quizá fuera hora de abandonar la vertiente financiera. De dejar el pitufo, el volteo y el hawala. Llegado aquel punto, ya era un magnate legítimo, y le convenía despojarse de aquellos expedientes turbios.

Así que le dijo a Zamzama:

—Creo que ya estoy demasiado viejo y cansado para seguir encargándome del dinero. Quizá podría entrenar a un sucesor para que ocupe mi lugar.

Zamzama se pasó un minuto entero en silencio. El *Kipling*, anclado, con la vela mayor arriada y recogida, se mecía suavemente en el agua. El sol se había puesto y alrededor de ellos resplandecían las luces de Back Bay, un arco de belleza que Nerón nunca había dejado de amar. Luego el capo mafioso habló:

—¿Te gusta la banda de rock and roll clásico americana The Eagles? —preguntó—. ¿Glenn Frey, Don Henley, etcétera, etcétera, etcétera? —Y sin esperar respuesta, continuó: *Welcome to the hotel California*, bienvenido al hotel California. Y a continuación, para consternación de Nerón, el capo se puso a cantar, con voz fuerte, desafinando y en un tono que le metió el miedo en el cuerpo a su interlocutor: «*You can check out any time you like, but you can never leave*». Puedes dejar la habitación cuando quieras, pero nunca podrás marcharte.

Aquél fue el principio de la gran oscuridad, dijo Nerón en la oscuridad de su estudio de la Casa Dorada. Después de esta discusión, me vi en el infierno. O mejor dicho, llevaba mucho tiempo en el infierno, pero ahora sentí que el fuego me quemaba las plantas de los pies.

Pero al mismo tiempo, ¿sabes lo gracioso de aquella canción del hotel? Que ni siquiera era verdad. Porque el hecho de marcharse, el cuándo, el adónde y el cómo, se convirtió en el tema de él y en el mío también.

Te he escandalizado, dijo Nerón. Te he horrorizado, y eso que ni siquiera has oído todavía la peor parte. Te aterra lo que te he contado y solamente tienes una pregunta en mente. Tú querías a mi hijo. A mi pobre y confuso hijo. Querías a mi hijo y ahora me lo estás preguntando, sin necesidad de decir ni una palabra, te veo en los ojos a oscuras que me estás preguntando. ¿Cuánto de esto sabían mis hijos?

En cuanto a tu amado, él está libre de culpa en todo lo que te he contado hasta ahora. Todavía no había nacido o bien era niño. En cuanto a los otros dos, crecieron en cierto estrato social, el estrato de los grandes negocios de la ciudad, y sabían lo que eso requería. No se puede hacer nada sin mancharse las manos. Sabían de mi Don Corleone, sí. Pero era un hombre querido. Para ellos todo esto era igual de normal que para el resto. Y también les gustaba el mundo del cine. El hecho de que hubiera estrellas de cine en casa. Lo fácil que era estar con actrices de primera fila. Como si ellos también se hubieran metido en la gran pantalla. Era agradable, y no pasaba nada por que los capos también estuvieran allí, todo el mundo lo sabía. A nadie le importaba. En la época de Sultan Ameer nadie juzgaba. Cuando tomó el poder Alankar, en cambio, sí que les escondí mi participación a mis hijos. Cuanto menos supieran, mejor para todo el mundo. Era una clase distinta de individuo y yo mantuve a mi familia al margen. Mis negocios eran mis negocios, y acepto que es una actitud criticable, no justifico ni tampoco defiendo mis decisiones ni mis actos, me limito a declarar los hechos. Tu chico tenía siete años en 1993 y veintidós en 2008 cuando llegamos a Nueva York. Tengo que decir que de los tres fue él siempre el más encerrado en sí mismo. La guerra que estaba librando era consigo mismo, ahora lo veo con claridad. Sus cañones estuvieron girados hacia él desde entonces hasta. Hasta. Así que resultó fácil ocultarle las cosas. Y no creo que supiera nada de todo aquello que yo necesitaba ocultarle. Lo mismo pienso de mi primogénito, mi hijo con problemas, al que llamaban Harpo, podía ser una ciudad cruel, sí. También él tenía la gran pregunta de su vida dentro de su cabeza, una pregunta sin respuesta. También a él lo absuelvo. Lo cual deja la cuestión de Apu. Que por

entonces era Groucho. Para serte sincero, yo creo que Apu sí lo sabía. Lo sabía pero no quería saberlo, de ahí la bebida y las drogas, para permanecer sordo y ciego y dejarse a sí mismo inconsciente. Yo nunca hablé con él del lado oscuro. Y él tampoco me preguntó.

—Si mi padre fuera dentista —me dijo una vez—, ¿acaso a mí me importaría cuántos empastes o endodoncias hacía en un día cualquiera y a quién se los hacía? Pues así es como pienso de ti. Cuando vas a trabajar eres el dentista, pero en casa eres el padre. Y eso es lo que necesita de ti tu familia. No empastes, sino amor de padre.

Yo le había contado muy poco. Solamente las cosas superficiales que todo el mundo sabía. Los sobornos, la corrupción. Las insignificancias. Pero creo que él adivinó lo gordo. Creo que de ahí le venían el libertinaje, la bebida, las mujeres y las drogas.

En nuestra ciudad natal no era tan artista. Llevaba el estilo de vida del artista, pero le faltaba su ética del trabajo. Era un bohemio, pero en Bohemia fabrican un cristal precioso. Y él apenas hacía nada, salvo el amor, y déjame que te diga —aunque te parezca un comentario vulgar— que la droga no lo convierte a uno en mejor amante, salvo en la propia percepción. Así que seguramente tampoco era muy eficaz en aquel terreno. Cuando llegó a América se desintoxicó. (*Chasqueo de dedos.*) Así de rápido. Eso me impresionó, era un hombre nuevo y todo empezó a salirle bien. Le salió su talento y todo el mundo pudo verlo. Yo lo estaba viendo por primera vez. Nunca había sospechado que tuviera tanto.

Los tres compartían una misma capacidad: cerrar el libro del pasado y vivir en el presente. Es un don afortunado. Yo en cambio estoy cerrando el libro del presente y viviendo la mayor parte del tiempo en el pasado.

Pero queda pendiente la cuestión del zumbido que oía Apu, de sus voces y hasta sus visiones ocasionales. Tenía un largo historial con los alucinógenos. Se puede decir, si uno comparte esa clase de creencias, que aquellas sustancias le hacían más sensible a lo que no se ve, que le revelaban el camino al mundo visionario y que le abrían, ¿cómo se dice? Las puertas de la percepción. O bien se puede decir que eran todo chorradas. Se puede decir también que estaba trastornado. Que él también tenía el cerebro trastornado, y

el corazón. ¡Tres hijos y los tres con el cerebro trastornado, y también el corazón! No es un destino justo para un padre. No es justo. Pese a todo, ha sido mi destino. Apu veía visiones y oía voces. Por consiguiente, también estaba loco.

Así pues, creo que él sabía a qué me dedicaba yo, pero también había arreglado las cosas consigo mismo para no saberlo. Por eso volvió a casa con su mujer sin pensárselo antes. Volvió a casa y murió. Y creo que en el momento de su muerte debió de saber qué lo había matado y por qué. Debíó de saber que era una consecuencia de mis actos. También yo soy consciente de ello. Me mandaron un mensaje y lo he recibido. Cada vez está todo más oscuro. No falta mucho para que todo se acabe. Por eso estoy hablando esta noche. Para que no quede nada sin decir.

Hay dos cosas que contar y entre ellas pasaron quince años de distancia. 1993 y 2008. Ésas son las fechas.

En diciembre de 1992 Nerón volvió a reunirse en el *Kipling* con Zamzama Alankar. La mezquita construida por el primer emperador mogol Babar en la ciudad norteña de Ayodhya acababa de ser destruida por activistas hindúes que afirmaban que había sido edificada sobre el lugar donde había nacido en la mitología lord Ram, el séptimo avatar o encarnación de Visnú. Hubo disturbios en Mumbai. Primero los musulmanes organizaron una revuelta y luego el partido leal al extremismo hindú Shiv Sena les devolvió el ataque y la policía, según Zamzama, se mostró abiertamente partidista, a favor de Sena y «en contra de nosotros». Los disturbios ya estaban apagándose, pero la cólera de Zamzama era volcánica y no conocía límites.

Es la gota que colma el vaso, le gritó a Nerón. El camello tiene la espalda rota y hay que matarlo.

No es buena idea involucrarse en esto. Concéntrate en tus puntos fuertes. Los negocios van bien.

No es una cuestión de buenas ideas. Es una cuestión de necesidad. Y destruir una mezquita sagrada porque se rumorea que ahí se originó un ser imaginario, eso sí que es mala idea.

Ellos no creen que sea ficticio.

Pues se equivocan.

Alankar había tenido contacto con ciertas personas preocupadas de un país vecino. Y aquellos vecinos estaban convencidos de que había que tomar medidas.

Se ha formulado un plan, dijo Alankar. Nuestros vecinos nos van a enviar un cargamento importante de armas, munición y explosivo RDX por mar a la costa de Konkan en la primera semana de enero. El punto de desembarco es Dighi. Tú vas a tener que encargarte de los maletines para los guardacostas, de forma que quede un corredor de mar libre para que pasen las lanchas del cargamento.

¿Yo, Zamzama? Estos asuntos no me gustan nada. ¿Política? No, no, no. No me lo pidas a mí, por favor.

Sí, sí, sí. Tu casa está muy bien fortificada, ¿verdad? La he visto, los portones de metal motorizados, los sistemas de alarma, los guardias de seguridad. Tu familia debe de sentirse muy a salvo en ella. ¿Se sienten a salvo? Seguro que sí. ¿Y no salen a veces? Claro, son mombaitíes, viven al máximo. Una familia feliz. Felicidades.

Tú y yo somos viejos socios. Ésa no es forma de hablarme.

Has triunfado, te has enriquecido, muy bien. Sería una desgracia que tus trabajadores fueran a la huelga. Sería una tragedia que hubiera un incendio accidental.

Así que no tengo más remedio que hacerlo. Muy bien, lo haré.

Y dentro de unas semanas llegará otro cargamento, en Shekhadi. Mismo procedimiento.

El plan de los vecinos requería una secuencia exacta de acciones. Primero habría asesinatos. En Dongri, el antiguo feudo de Papá Jyoti, el mismo que había sido expulsado de la ciudad a botellazos, vivía una comunidad de lo que se denominaba obreros *mathadi*, es decir, trabajadores que llevaban la carga sobre las cabezas. Se trataba de una mano de obra que dormía en la calle y fácil de adquirir. Así pues, se adquirirían los servicios de un grupo de aquellos trabajadores de cabezas cargadas y el encargo se realizaría por medio de degollamientos con pequeños cuchillos para dar la impresión de

que se trataba de un ritual religioso. Dongri era una zona donde las relaciones entre comunidades eran delicadas, y el país vecino confiaba en que los asesinatos rituales causaran un fuerte levantamiento de la oposición. La oposición estaba muy bien organizada y contaba con el apoyo de la policía, pero tendría que hacer frente a una gran resistencia armada. Para ello se acumularían armas por adelantado en los focos de tensión. Habría granadas y también bombas. Y las bombas incitarían más concentraciones multitudinarias de la oposición, y aquellas concentraciones serían recibidas con rifles automáticos y más explosivos. Y así prendería una mecha que se propagaría por todo el país, y los vecinos estarían contentos porque les habrían enseñado una lección a aquellos cabrones.

Dios mediante, dijo Zamzama, les vamos a arrear una buena tunda a esos cabrones.

Fue la última vez que Nerón puso un pie a bordo del *Kipling*. Ya casi era hora de volver a puerto, pero el jefe de la Compañía Z tenía una cosa más que decir. Tú y yo, dijo, tal vez no volvamos a vernos nunca. Después de lo que va a suceder, no me será posible quedarme en este país. Tu posición es más fácil. Siempre he sido considerado contigo y, como sabes, hay una larga cadena de intermediarios entre nosotros, y eso te permite negar tu implicación al cien por cien, así que pienso que no te pasará nada si te quedas donde estás con tu mujer y tu familia. Pero, por si acaso, deberías montarte tú también una estrategia de salida.

Zamzama tenía razón. De hecho, los dos hombres nunca se volvieron a ver. Y también tenía razón sobre la estrategia de salida.

Los acontecimientos del 12 de marzo de 1993 dieron la vuelta al mundo, de manera que no hace falta entrar en detalles. Coches bomba y ciclomotores bomba. Una bomba en el sótano del edificio de la Bolsa. Tres bazares, tres hoteles, el aeropuerto, un cine, una oficina de pasaportes, un banco, catapum, catapum, catapum. Incluso la colonia de pescadores de Mahim, catapum. Taxi bomba en la Puerta de la India, catapum de tres pares de cojones.

Los vecinos debieron de quedarse decepcionados, sin embargo. La cifra

de víctimas fue considerable, pero no estalló la guerra civil que ellos habían deseado. La ciudad y la nación mantuvieron la calma. Hubo detenciones, las cosas se tranquilizaron y la paz regresó. Zamzama Alankar y su lugarteniente Dedos Cortos abandonaron el país y se los nombró Enemigos Públicos n.º 1 y n.º 2, respectivamente. Casi todo el mundo estaba convencido de que se instalarían como invitados en el país de los vecinos y de que Zamzama seguiría dirigiendo la Compañía Z a distancia. Los vecinos, sin embargo, aseguraban desconocer el paradero de los fugitivos.

En los años siguientes hubo una escisión importante en el mundo del hampa. Después de los ataques se produjo un asalto policial sin precedentes a la Compañía Z, todos los acuerdos y entendimientos se vinieron abajo y el edificio entero estuvo a punto de desintegrarse. Los teléfonos por satélite y los sistemas de comunicación seguros por internet siguieron funcionando para que Zamzama pudiera enviar instrucciones y gobernar el gallinero, pero ¿acaso no era un poco demasiado arrogante por su parte y por parte de Dedos Cortos seguir mandando las órdenes a distancia? A fin de cuentas, no eran ellos quienes pagaban el pato. Así pues, la lejanía entre los dos líderes ausentes y los dos *in situ*, Cabezón y Piececitos —que tuvieron que hacer frente a los cargos de gansterismo y terrorismo, y cuyo veredicto de culpabilidad no demostrada que les permitió salir libres tardó cinco años en fabricarse, cinco años de sus vidas bajo el yugo de la ley—, empezó a generar cada vez más resentimiento. Al final de los cinco años, la Compañía Z seguía siendo la Compañía Z, sus cuadros mantenían la lealtad, pero todo el mundo sabía que existía una Escisión Z, un grupo que rendía cuentas principalmente al enano y al tipo con la talla enorme de zapato, y, aunque existía una especie de tregua entre aquellos dos y los dos que se estaban quedando con los vecinos, cada vez se llevaban peor.

Cabezón y Piececitos invitaron a Nerón a reunirse con ellos. El encuentro no tuvo lugar en un yate de lujo del puerto, sino en un *basti* del interior del arrabal de Dharavi, al que lo llevaron unos hombres que no hablaron con él y que tampoco tenían pinta de querer charlar. Dentro de la vivienda del arrabal,

Cabezón lo saludó con la cabeza y Piececitos señaló un ladrillo con la punta del zapato.

Siéntate, dijo Piececitos.

Esto es lo que sabemos de ti, dijo Cabezón.

Eres el *dhobi*, dijo Piececitos.

Lavas lo que está sucio.

Por tanto, nos cuesta creer que no supieras nada. *Nosotros* no sabíamos nada. Ésa es una cuestión que debemos resolver entre nosotros y el jefe. Pero tú... ¿Tú no sabías nada? ¿Y pretendes que nos lo creamos?

Eso nos desconcierta los *dimaags*.

Aun así, nuestros cerebros también saben dos cosas, (a) y (b). (a), que no te gusta la política.

Y (b), que no te metes en temas de religión.

Así pues, hay un equilibrio. Por un lado tal y por el otro cual.

Se ha decidido concederte el beneficio de la duda.

Nuestra postura es la siguiente. Esta operación ha dañado a la Compañía. En adelante tenemos la intención de desvincularnos de estas operaciones.

Se lo hemos comunicado al jefe y a Dedos.

Ellos están de acuerdo.

Un nuevo comienzo. Una vuelta a los fundamentos. Nada de desviarnos del terreno en el que somos expertos.

Pese a todo, en los negocios de la Compañía hay muchos problemas de confianza. Y nuestra confianza en ti está, cómo decirlo.

En jaque.

Deteriorada.

Dañada.

Y una confianza en la que no se puede confiar no es de fiar.

Es desconfianza.

Aun así, te concedemos el beneficio de la duda.

Lo antes dicho.

Por consiguiente, nos limitamos a desvincularnos de ti. Tú seguirás con tu vida y nosotros con la nuestra.

Pero si en cualquier momento se filtra cualquier información sobre

nosotros procedente de ti...

Te cortaremos el pene.

Y los penes de tus hijos.

Y se los meteremos en la boca a tu mujer.

Y yo me la follaré por detrás.

Mientras yo le rajo la garganta por delante.

Eres libre. Puedes irte.

Vete deprisa.

Antes de que cambiemos de opinión.

Lo del pene parece buena idea.

No, no. Lo dice de broma. Adiós, *dhobi*.

Adiós.

Pasaron quince años. Quince años: mucho tiempo, el suficiente para olvidar lo que uno quiere dejar atrás. Los hijos de Nerón crecieron, su fortuna también y la sombra del hampa, esa sombra que emerge desde abajo, ya no se cernía sobre su casa. Tenía su estrategia de salida preparada, pero no le hacía falta usarla, no le hacía falta marcharse de casa, no le hacía falta romper su mundo por la mitad y luego tirar una de las mitades. Quince años. Tiempo de sobra para relajarse.

Luego llegó 2008. Y en agosto de 2008, mientras estaba en la cola de inmigración del aeropuerto procedente de un viaje de negocios a Nueva York, Nerón vio un fantasma. El fantasma estaba de pie en la fila de control de pasaportes contigua a la suya, y le había desaparecido su característico pelo naranja. Ahora lo tenía negro igual que el de todo el mundo. Pero aparte del pelo, era obviamente él. El Enemigo Público n.º 2. Nerón miró asombrado a Dedos Cortos. Seguramente estaban a punto de prenderlo, ¿no? Y de abatirlo a tiros si intentaba resistirse. Buscó la mirada del megajefe de la Compañía Z y le transmitió un fruncimiento de ceño perplejo. Dedos se limitó a hacerle una señal levantando el pulgar (con un pulgar muy pequeño, hay que decirlo) y se dio la vuelta. Se aproximaron a las ventanillas del control de pasaportes. Allí los agentes uniformados inspeccionaban

meticulosamente los documentos de los viajeros con esos modales superburocráticos característicos de todos los pequeños funcionarios de la India. Y cuando Dedos Cortos ya estaba el segundo de la fila, tuvo lugar un suceso extraordinariamente fortuito. Todos los ordenadores del área de inmigración se apagaron, ¡bum! Tal cual. Todas las pantallas, negras. A continuación hubo unos momentos de consternación mientras los agentes de inmigración intentaban reiniciar sus máquinas y otros agentes corrían de un lado para otro. El apagón de los ordenadores era tan completo como misterioso. La gente de las colas se empezó a impacientar. Por fin un oficial del servicio de inmigración hizo una señal y las colas empezaron a moverse; estaban dejando pasar a todo el mundo, haciéndoles una simple comprobación manual, y Dedos no tuvo problema para entrar. Un par de minutos más tarde, mientras Nerón se acercaba a su ventanilla, ¡pum! Todos los ordenadores se volvieron a encender. La Compañía Z no había perdido facultades.

¿Por qué había corrido Dedos Cortos el riesgo enorme de volver? ¿Por qué lo había mandado Zamzama a casa? Aquellos pensamientos tuvieron preocupado a Nerón hasta bien entrada la noche, pero a las dos de la madrugada obtuvo su respuesta, porque por primera vez en una década y media le sonó en el móvil la secuencia de timbrazos que significaba problemas. Tres timbrazos, silencio, un timbrado, silencio, dos timbrazos, silencio y contestar la cuarta vez. La voz de Dedos Cortos le sonó en el oído como las zarpas del diablo arrastrándolo al abismo. Una vez más, dijo Dedos. La última.

La Región Oeste de la Guardia Costera India estaba dividida en cinco departamentos zonales. El departamento 2 era el de Mumbai, que tenía tres comisarías en la costa, en Murud Janjira, Ratnagiri y Dahanu. Cada comisaría tenía a su disposición una serie de embarcaciones de patrulla de alta mar, embarcaciones de patrulla costera, embarcaciones de patrulla rápida y extrarrápida y unas lanchas todavía más rápidas de patrulla e interceptación. También helicópteros y avionetas de vigilancia. Pero el mar era muy grande, y con la organización adecuada resultaba posible dejar sin vigilancia una zona específica. El número de maletines necesarios para una operación así era

elevado.

¿De qué se trata esta vez?

No preguntes. Limitate a prepararlo.

¿Y si me niego?

No te niegues. El capo está mal de salud. Los vecinos no son los mejores anfitriones precisamente. Tiene su libertad personal restringida y se le está acabando el dinero. Cree que le queda poco tiempo. Quiere una última acción grandiosa. No tiene elección. Los vecinos insisten. Están amenazando con echarlo.

Han pasado quince años. Llevo mucho tiempo retirado.

Bienvenido al hotel California.

No voy a hacerlo.

No te niegues. Te lo estoy pidiendo amablemente. Te lo estoy diciendo por favor. Por favor: no te niegues.

Entiendo.

El 23 de noviembre de 2008, diez hombres pertrechados con armas automáticas y granadas de mano salieron en lancha del país vecino y hostil. En sus mochilas llevaban munición y potentes narcóticos: cocaína, esteroides, LSD y jeringas. Por el camino secuestraron un pesquero, abandonaron su embarcación original, subieron con dos botes inflables a bordo del pesquero y le dijeron al capitán adónde tenía que ir. Cuando ya estaban cerca de la costa mataron al capitán y se subieron a los botes. Más tarde mucha gente se preguntaría por qué los guardacostas no los habían visto ni habían intentado interceptarlos. Se suponía que la costa estaba bien guardada, pero aquella noche debió de producirse alguna clase de fallo. Cuando los botes desembarcaron, el 26 de noviembre, los atacantes se dividieron en dos grupos y pusieron rumbo a los objetivos que tenían seleccionados: una estación de trenes, un hospital, un cine, un centro judío, un popular café y dos hoteles de cinco estrellas. Uno de ellos era el hotel Taj Mahal Palace and Tower, donde la mujer de Nerón, después de una pelea con su marido, estaba en el Sea Lounge comiendo sándwiches de pepino y

quejándose de su matrimonio con sus amigas.

No tengo palabras, dijo Riya.

Pues no hables.

Tú ayudaste a los terroristas a entrar en la ciudad, a los que mataron a tu mujer.

No hace falta hablar.

Y luego te escapaste. Tú y todos tus hijos.

Hay poco más que contar. Después de lo que pasó, se encontró el cadáver del gánster Dedos Cortos tirado en una calle de Dongri. Lo habían matado a navajazos en la garganta. Sus exsocios Cabezón y Piececitos estaban furiosos por los atentados, que habían vuelto a poner en peligro a la Compañía y sus operaciones. Aquél fue su mensaje para Zamzama Alankar. Mucho tiempo después, Apu sería también víctima de su cólera. Aquél fue el mensaje que me mandaron a mí. Y el mensaje decía: sabemos que tú ayudaste y ésta es nuestra respuesta. Ésos son los nombres que el tal Mastan viene a darme. Unos nombres que ya conozco.

De forma que no solamente eres responsable de la muerte de tu mujer, sino también de la de tu hijo.

Lo que hice, lo hice para salvarles la vida. Asumí el riesgo para protegerlos a ellos. Soy el rey de mi casa, pero me convertí en sirviente. En lavandero. En el *dhobi*. Pero tienes razón. Fracasé. Tú me acusas y yo soy culpable y el destino me ha castigado robándome a mis hijos. Un hijo muerto a manos de mis enemigos, otro por su propia mano y el tercero a manos de un loco, pero los tres son mi castigo y la carga que he de llevar para siempre, sí, y sus madres también. Me han enseñado la lección y la he aprendido. Los cadáveres de mis hijos y de sus madres me pesan sobre la espalda y esa carga me está hundiendo. Me ves aplastado, hija, como una cucaracha bajo el tacón del destino. Me ves aplastado. Y ahora lo sabes todo.

Y ahora que lo sé todo, ¿qué hago?

No va a ser necesario que hagas nada. Mañana a las nueve en punto de la mañana viene la muerte a tomar el té.

¿Qué comportaría que el Joker llegara a rey y la mujer murciélago acabara en la cárcel? Fuera de los Jardines las risitas se estaban volviendo más estridentes, más parecidas a chillidos, y yo no sabía si eran gritos de rabia o de alegría. Me sentía al mismo tiempo agotado y lleno de miedo. Tal vez me equivocara acerca de mi país. Tal vez una vida entera en la burbuja me había hecho creer en cosas que no eran ciertas, o al menos no lo bastante ciertas como para obtener la victoria. ¿Qué sentido tendría nada si pasaba lo peor, si la luz se caía del aire y las mentiras, las calumnias, la fealdad, la fealdad se volvían el rostro de América? ¿Qué significarían mi historia, mi vida, mi trabajo, las historias de los americanos de antaño y de ahora, las familias del *Mayflower* y las que habían jurado con orgullo su ciudadanía a tiempo para compartir el desenmascaramiento —el desmoronamiento— de América? ¿Para qué intentar entender la condición humana si la humanidad se revelaba ahora como algo grotesco, oscuro e indigno? ¿Qué sentido tenían la poesía, el cine y el arte? Que la bondad se marchitara en las ramas. Que el Paraíso se perdiera. La América que yo amaba se la había llevado el viento.

Aquel fin de semana previo a las elecciones no dormí bien porque mi mente estaba llena de pensamientos como éstos. Riya me llamó a las cinco de la mañana y me pilló desvelado y mirando el techo. Tienes que venir, me dijo. Va a pasar algo y no sé qué es, pero no puedo estar aquí sola. El viejo se ha quedado dormido en su silla, echado hacia delante y con la cabeza apoyada en la madera de la mesa. Ella había pasado la noche tan en blanco como yo. Pero Riya no era un sacerdote católico de película de Hitchcock, así

que necesitaba compartir con alguien la carga de lo que le habían dicho, aquellos secretos que ahora también le pertenecían. Fui a encontrarme con ella, nos sentamos en los Jardines antes del amanecer y me habló. ¿Qué tengo que hacer?, me dijo. ¿Qué se puede hacer?, le contesté. Pero yo ya conocía la respuesta porque estaba rebotando excitación creativa; la historia me había rescatado de las simas de mi desesperación nocturna. Lo que venía a continuación era la pieza que me faltaba y que tanto había estado buscando, la que me suministraría el corazón oscuro de mi película, la gran revelación, su sentido último. El arte es lo que es y los artistas son ladrones y putas, pero también sabemos cuándo los jugos fluyen y cuándo la musa desconocida nos susurra al oído: de prisa, apunta esto, solamente te lo voy a decir una vez; y entonces conocemos la respuesta a todas las dudas e interrogantes que nos atormentan en nuestros terrores nocturnos. Me acordé de Joseph Fiennes interpretando al joven bardo en *Shakespeare enamorado*, levantándose de un salto de la mesa en la que está escribiendo —¿qué?, ¿*Romeo y Julieta*?—, haciendo una pequeña pirueta privada y diciéndose a sí mismo sin vanidad ni vergüenza: «Dios, qué bueno soy».

(Esto suscita otra pregunta interesante: ¿acaso Shakespeare sabía que era Shakespeare? Pero ésa es una cuestión para otro día.)

(No existe la musa del cine, ni tampoco la de la narrativa. En ambos casos las más apropiadas serían seguramente Calíope —si uno consideraba mi trabajo una epopeya— o Talía, en caso de que fuera comedia, o bien Melpómene, si yo era capaz de elevarme a las cotas necesarias para la tragedia. Aunque no es muy importante. Da igual.)

Vamos a ver qué pasa, le dije. A ver qué tiene que decir el policía jubilado.

El drama tiene la costumbre de asaltar inesperadamente al dramaturgo. Va a pasar algo y no sé qué es, me había dicho Riya, y por eso me había llamado en busca de apoyo, pero lo que ninguno de los dos se imaginaba era que lo que iba a pasar era yo.

Regresamos pues a la Casa Dorada y allí, en la enorme sala de estar que daba

a los Jardines, nos salió al paso Vasilisa, con su hijito —mi hijito, ¡mi hijo!— en una mano y una pistola en la otra. Pequeña, con empuñadura de color perla y cañón dorado. La chica de la pistola dorada. Parecía una estrella de cine italiano con su camión de seda de color rosa sobre el cual le flotaba un salto de cama de encaje largo hasta el suelo, Monica Vitti o Virna Lisi, no estoy seguro de cuál de las dos. La pistola, sin embargo, era un toque claro de Godard. Me acordé de la escena en que la heroína asesina de *Pierrot* dejaba al enano muerto con las tijeras clavadas en el cuello. No tenía ganas de convertirme en una versión de aquel enano. Levanté literalmente las manos. Interpreta la escena, pensé. Riya me miró como si estuviera loco.

Buenos días, Vasilisa, dijo Riya con voz normal y no cinematográfica. Baja eso, por favor.

¿Qué estáis haciendo en mi casa?, dijo Vasilisa sin bajar el arma. (Al menos ella sí que estaba siguiendo el guion.)

Me llamó Nerón ayer, dijo Riya. Para hablar conmigo.

¿Para hablar contigo?

Me ha contado una historia muy larga. Pronto va a venir a verlo un hombre.

¿Quién va a venir? ¿Por qué no se me ha informado?

Yo he venido porque Riya está preocupada, dije yo. Por el hombre.

Vamos a recibir todos a ese hombre, dijo Vasilisa. Este misterio se va a solucionar. Se volvió a guardar la pistola en el bolso, que era donde vivía.

Corte. Luego una secuencia de planos rápidos, abarcando el paso del tiempo, destinada a mostrar la mala salud de Nerón. Sus pasos son vacilantes y su voz y sus gestos también.

Cuando ella despertó a su marido, Nerón no se encontraba bien. Había desaparecido la lucidez de su discurso retórico de una noche muy larga. Estaba mareado y gangoso, como si el esfuerzo de recordar todo aquello lo hubiera agotado. Vasilisa lo ayudó a entrar al dormitorio y le dijo:

—Ducha.

Después de que se duchara, le dijo:

—Ropa.

Una vez vestido, le dijo:

—Zapatos.

Él tenía un aspecto lastimero.

—No me puedo atar los cordones —dijo.

—Son mocasines —dijo ella—. Zapatos.

Cuando tuvo los zapatos puestos, ella le dio un puñado de pastillas.

—Traga —le dijo.

Una vez se las hubo tragado, le ordenó:

—Cuéntame.

Él negó con la cabeza.

—Un hombre del pasado —dijo.

La única razón de que yo sepa algo de los sombreros Borsalino es que mis padres solían discutir a su manera amistosa, disfrutando más de la discusión en sí que del resultado, sobre si había que incluir los célebres sombreros de fieltro en su colección de belgas famosos. La compañía de sombreros Borsalino no está situada dentro de las fronteras de Bélgica. Se encuentra en la ciudad de Alessandria, en el Piamonte italiano, que a su vez está en la llanura aluvial que separa los ríos Tanaro y Bormida, a unos noventa kilómetros de Turín. Sé tres cosas de los sombreros Borsalino: que son muy populares entre los judíos ortodoxos; que se pusieron de moda cuando Alain Delon y Jean-Paul Belmondo los llevaron en la película de gánsteres francesa de 1970 del mismo nombre; y que son sombreros de fieltro, y el fieltro está hecho de piel de conejo belga (¡ajá!).

El tal Mastan, el agente de policía jubilado, estaba sentado en la misma butaca de respaldo recto de la sala de estar de la Casa Dorada que antes había ocupado el asesino Kinski, y ahora pareció un poco alarmado al ver que tenía delante no solamente a Nerón, sino también a una adusta Vasilisa, a Riya y a mí. Era fin de semana y faltaba gran parte del personal doméstico. No estaban ni Blather ni Fuss. El manitas Gonzalo estaba ausente, igual que el mayordomo Michael McNally y Sandro *Cuqui* Cucchi, el chef. Salí yo a abrir la puerta y dejé entrar al inspector. ¡Un hombre apuesto! Canoso, septuagenario como Nerón, aunque quizá más cerca de los setenta que de los ochenta; de perfil daba la impresión de que podría haber sido el modelo del monumento a Caballo Loco de Dakota del Sur. Salvo por el hecho de que

llevaba un traje de color crema directamente sacado de una película de Peter O'Toole, y una corbata a rayas oblicuas rojas y doradas que cualquier caballero inglés se habría sentido orgulloso de llevar. (Solamente más tarde descubrí, con la ayuda de cierta investigación, con cuánto orgullo: la corbata del Club de Críquet de Marylebone era un objeto muy codiciado en los círculos del críquet.) Estaba sentado con la espalda muy recta, pero también muy inquieto, jugando con el sombrero Borsalino que tenía sobre la rodilla. Hubo un momento de silencio incómodo. Y por fin habló.

He venido a Estados Unidos por tres razones, dijo. En primer lugar, para visitar a mi hermana, que vive en Filadelfia. Su marido ha triunfado en el negocio del reciclado de botellas de plástico. Así se hace fortuna en América. Encuentras una buena idea y te aferras a ella. El profesor Einstein solía decir que él solamente había tenido una buena idea. En su caso, sin embargo, la idea era la naturaleza del universo.

Nerón estaba en plan atolondrado, distraído, con la mirada yéndosele a todos lados, tarareando una cancioncilla para sí mismo.

La segunda razón era visitar la tumba de P. G. Wodehouse, dijo. (El comentario me llamó la atención. Wodehouse había sido un autor muy querido por mis padres y por mí. Y su nombre también me había venido a la cabeza al ver a Kinski sentado en aquella butaca.) El señor Wodehouse es muy popular en mi país, dijo Mastan. Su lápida es un libro de mármol donde están grabados los nombres de sus personajes. Aunque mi favorita no está. La señorita Madeline Bassett, que pensaba que las estrellas eran la guirnalda de margaritas de Dios. Pero es un personaje secundario. Igual que yo. Ése soy yo. Mi rol siempre ha sido estrictamente secundario.

Mi marido no se encuentra bien, dijo Vasilisa en tono envarado. Si esta visita tiene algún propósito, por favor, llegue de prisa a él.

Ah, el propósito, sí, señora. Tenga paciencia conmigo. Está por un lado el propósito ostensible y por otro el propósito real. El propósito ostensible es lo que le dije a su marido por teléfono. Transmitirle una advertencia. Pero el caballero es un hombre de mundo. La comunidad de nuestro país en América ha crecido, señora, ahora tiene en sus filas a recicladores de botellas de plástico, así como a genios de las nuevas tecnologías, actores galardonados,

abogados en campaña, políticos de todos los colores, diseñadores de moda y también, señora, bandas criminales. Lamento decirlo. En América la palabra *mafia* tiene unas connotaciones específicamente italianas, de forma que es mejor evitarla y llamar a las bandas de nuestra gente por otros nombres. Es cierto que todavía son pequeñas, no son más que el principio de lo que los italianos llaman familias y nuestra gente llama *gharaney*, casas, o bien, en la actualidad, *compañías*, un término que se ha popularizado en la madre patria. Y sin embargo, estas compañías americanas, estas nuevas casas, muestran un gran entusiasmo y un gran potencial para el crecimiento rápido. También se les ve voluntad de contacto con la madre patria, interés por la globalización y por compartir actividades. Nuestra gente en Estados Unidos está dispuesta a ayudar a la gente de la madre patria y a facilitar las acciones aquí, a cambio de una ayuda equivalente allá. Los tiempos cambian, señora. El tiempo pasa. Las cosas que antes eran imposibles se vuelven posibles. Yo quería discutir estos asuntos con el caballero, pero ahora que estoy cara a cara con él me resulta innecesario hacerlo. Puede que él sea consciente y puede que no. Puede que le preocupe y puede que no. Puede que su inteligencia conserve la capacidad para analizar la amenaza o el riesgo, o puede que la haya perdido. No es asunto mío. Ahora me doy cuenta.

Y así llegamos al propósito real, señora, y le agradezco su paciencia. El propósito real era echar un vistazo al caballero y ver qué inspiraba en mí dicho vistazo. Es un hombre que se ha escapado de ser juzgado por muchas fechorías. Por su participación en una serie de actos desesperados, señora. Es un hombre que ha cubierto sus propias huellas de forma experta, que ha usado técnicas de espionaje y dinero para borrar todo aquello que lo vinculaba con muchas cosas para las que no existen palabras. Anoche yo le prometí los nombres de los asesinos de su hijo, pero por supuesto él ya los conoce, tuvo tratos cordiales con ellos durante años, hasta que se volvieron en su contra. Pensé que quizá a las fuerzas de seguridad de este gran país les interesaran estos asuntos, y que tal vez podría despertar su interés, pero me temí que sin pruebas les parecería simplemente un viejo bobalicón, por mucho que antaño yo hubiera sido colega suyo de profesión en un país remoto. Pensé que después de echarle un vistazo a este hombre quizá desearía

tomarme la justicia por mi mano, por mucho que los dos seamos viejos. Pensé que quizá me vendrían ganas de pegarle en la cara, por absurda que fuera una pelea a puñetazos entre dos vejestorios. No está más allá de los límites de lo posible que me hubieran entrado ganas de pegarle un tiro. Todavía soy un buen tirador, señora, y en América no cuesta nada adquirir armas. Pero ahora que miro a este hombre, al que he odiado durante la mayor parte de mi vida, a este hombre que tan fuerte fue, veo que lo he encontrado en sus años de declive, y que ya no vale la pena gastar una bala en él. Que haga frente a su Dios. Ya será juzgado cuando comparezca ante el trono del juicio. Que el infierno lo reciba y que arda en sus llamas por toda la eternidad. Ya he dicho lo que quería decir y ya puedo irme.

Riya tenía la mano en el hombro de Vasilisa, advirtiéndole: deja la pistola donde está.

El señor Mastan se puso de pie e inclinó la cabeza. Luego, mientras se volvía hacia la puerta, Nerón se incorporó pesadamente de las profundidades del sofá en el que estaba sentado y, para espanto de todos, gritó a pleno pulmón:

¿Vienes a mi casa y me hablas así delante de mi mujer?

El policía jubilado se detuvo en seco, de espaldas a Nerón y con el sombrero todavía en la mano.

¡Cabrón!, le gritó Nerón. ¡Corre! Ahora el hombre muerto eres tú.

Cuando el detective llega a la escena, el público de la película se relaja de inmediato, confiando en que después del crimen vendrá la justicia y en que el bien se impondrá. Pero la victoria de los justos sobre los injustos no es inevitable ni mucho menos. En otra película de Hitchcock, *Psicosis*, el horror nace precisamente del hecho de que muere quien no debería. Janet Leigh es la gran estrella de la película, pero, cuando ni siquiera vamos por la mitad, ¡aaah!, ella muere en la ducha. Luego llega el detective, Martin Balsam, el amable, cómodo y seguro Martin Balsam, tan profesional, tan tranquilizador, y nuestra tensión remite. Todo volverá a ir bien. Y luego, ¡aaah! Muere él también. Nota para mí mismo: da mucho miedo que se muera quien no debe.

Al detective jubilado, el exinspector Mastan del Departamento de Investigaciones Criminales de Bombay..., ¿acaso debemos esperar que le pase algo terrible?

Una última cosa sobre el señor Hitchcock. Sí, le gustaba hacer breves apariciones en sus películas. Decía que eso obligaba a la gente a prestar más atención a la película para ver cuándo y cómo iba a aparecer, pero también, muy a menudo, ponía su aparición al principio de todo para que la gente no se distrajera buscándola. Digo esto porque ahora me toca contar que, en calidad de autor de la presente obra en marcha (una denominación demasiado grandilocuente, teniendo en cuenta lo novato que soy), estaba mirando la escena que acabo de describir —participando sin intervenir en ella— cuando algo incontrolable me empezó a manar de dentro. Y aprovechando que todo el mundo estaba aireando sus secretos, dejé salir el mío también.

Sí: lo habitual en mí es esconder mis sentimientos. Encerrarlos o bien sublimarlos en forma de referencias al cine. E incluso en este momento crucial de mi narración en que salgo de las sombras y me pongo bajo el foco del escenario central, estoy intentando (sin conseguirlo) resistir la tentación de hablar de la obra maestra de la última época de Akira Kurosawa, *Ran*, en la que, por así decirlo, el rey Lear estaba casado con lady Macbeth. La idea me la puso en la cabeza algo que había dicho el inspector Mastan. Él se había llamado a sí mismo «viejo bobalicón» y, lo supiera o no, estaba básicamente citando al rey acabado de Shakespeare. No os burléis de mí, os lo ruego, suplica Lear. Soy un viejo bobalicón... Y para decirlo a las claras, temo no estar en mi cabal juicio. Y ahí estaba él, sentado en su sofá, su último trono, soltando gritos de odio senil. El anciano de los días, que había trastocado las vidas de sus tres hijos y había terminado destruido no por la hostilidad de éstos, a diferencia de Lear, sino por sus muertes. Y delante de él, tan monstruosa a mis ojos como la dama Kaede de *Ran*, la lady Macbeth de Kurosawa, estaba Vasilisa Golden, la madre de su cuarto hijo, el único que sobrevivía —e hijo de forma puramente nominal—, con una pistola en el bolso y llamas en los ojos. Y así fue como yo, el bufón, inicié mi soliloquio, el que revelaría la verdad. Como si no entendiera que mi papel era puramente secundario. Como si, igual que el inspector Mastan, creyera poder ser, al menos en aquella única escena, la estrella.

Yo había llegado a odiar a la segunda señora Golden por los aires que se daba, por la forma en que se había deshecho de mí como si yo fuera un pañuelo de papel usado después de servir a sus fines, por la pistola que llevaba en el bolso, por su adoración santurrón de un icono de imitación, por aquella madre *babushka* falsa, por la verdad innegable de que todo lo que hacía, hasta el último gesto e inflexión de la voz, hasta el último beso y abrazo, estaba motivado no por los sentimientos verdaderos sino por los fríos cálculos. La sabiduría de la araña, la sabiduría del tiburón. Era un ser despreciable. Yo la despreciaba y quería hacerle daño.

En la forma de hablar británico-india del inspector de policía jubilado, en su rígido autocontrol, en aquella voz que no se salía de tono ni siquiera cuando estaba maldiciendo a Nerón Golden por toda la eternidad, yo

reconocía algo de mí mismo. Quizá Suchitra tenía razón al decir que todos los personajes de mi historia eran aspectos de mi naturaleza. Ciertamente yo me oía a mí mismo no solamente en la forma en que el señor Mastan reprimía sus sentimientos, sino también en los chillidos impotentes de viejo chocho que estaba soltando ahora Nerón. Yo todavía no chocheaba, pero sí que conocía bien la impotencia. Y ahora, mientras luchaba por sacudirme de encima los grilletes que Vasilisa le había puesto a mi lengua, era consciente de que la verdad me haría más daño a mí mismo que a nadie. Y, sin embargo, quería decirla. Cuando Riya me llamó convocándome a la Casa Dorada y me avisó: «Va a pasar algo», sumida en un estado de angustia y confusión en el que el luto se mezclaba con un conocimiento de algo espantoso, su llamada provocó en mí una avalancha de sentimientos que no entendí de inmediato pero cuyo significado ahora acababa de quedarme claro de golpe.

Las elecciones estaban a la vuelta de la esquina y Suchitra, tan infatigable como siempre, se había presentado voluntaria para hacer llamadas y luego para patearse las calles el martes y conseguir el voto. Era con ella con quien tendría que haberme sentado tranquilamente para confesarme, para explicarme, para expresarle mi amor y suplicarle que me perdonara. Yo le debía eso como mínimo y, sin embargo, allí estaba yo ahora: a cuatro patas en el salón de los Golden, con la boca abierta y las palabras fatídicas en los labios temblorosos.

No, no hace falta plasmar las palabras mismas.

Cerca del final de la sublime *Pather Panchali* de Satyajit Ray se puede encontrar la que considero la mejor escena de la historia del cine. Harihar, el padre del pequeño Apu y de su hermana mayor Durga, que los dejó en su aldea con su madre Sarbajaya mientras él se iba a la ciudad para intentar ganar dinero, regresa —habiendo prosperado— con regalos para sus hijos, sin saber que durante su ausencia Durga ha enfermado y ha muerto. Encuentra a Sarbajaya sentada en el *pyol*, el porche de su casa, silenciada por la tragedia, incapaz de darle la bienvenida a casa ni de reaccionar a lo que le dice. Él no entiende nada y se pone a enseñarle los regalos de los niños. Luego, en un momento extraordinario, vemos cómo a él le cambia la cara cuando Sarbajaya, de espaldas a la cámara, le da la noticia de la muerte de

Durga. Y entonces, entendiendo que el diálogo no sirve, Ray deja que suba de volumen la música hasta llenar la pista de audio, la música aguda y estridente del *tar-shehnai*, expresando el dolor de los padres con mayor elocuencia que sus palabras.

Yo no tengo música que ofrecer. Así que ofrezco simplemente silencio.

Cuando terminé de decir lo que tenía que decir, Riya cruzó la sala y se detuvo delante de mí. Luego levantó la mano y me dio una bofetada con todas sus fuerzas en el lado izquierdo de la cara. Ésta es por Suchitra, me dijo. Luego, con el dorso de la mano, me pegó todavía más fuerte en el lado derecho y me dijo: Ésta es por ti. Yo me quedé paralizado y no me moví.

¿Qué ha dicho? Nerón, en plena confusión matinal, quería saber. ¿De qué está hablando?

Fui adonde él estaba sentado, me puse en cuclillas, lo miré a los ojos y lo repetí.

«Soy el padre de tu hijo. Del pequeño Vespa. El único hijo que te queda vivo no es tuyo. Es mío.»

Vasilisa se abalanzó sobre mí hecha una furia byroniana, se me echó encima igual que se echa el lobo sobre el rebaño, pero antes de que me alcanzara vi que se encendía una luz en la mirada del viejo y de repente allí estaba, presente otra vez y alerta, aquel hombre poderoso estaba regresando de su exilio errático y de ojos entelados y metiéndose una vez más en su piel.

Trae al niño, ordenó a su mujer. Ella negó con la cabeza. No hay que meterlo en esto, dijo.

Tráelo ahora mismo.

Y cuando trajeron al pequeño Vespa —Vasilisa con la criatura en brazos y la madre *babushka* a su lado, las dos con el cuerpo girado a medias para evitar al hombre de la casa y escudando al niño entre ellas—, Nerón miró al niño con mucha atención, como si lo estuviera viendo por primera vez, luego me miró a mí, luego otra vez al niño y por fin otra vez a mí, y vuelta a empezar, muchas veces; hasta que el niño, sin que nadie lo provocara pero percibiendo la crisis de esa forma en que la perciben los niños, rompió a llorar ruidosamente. Vasilisa le hizo una señal a la anciana: «Basta». El niño fue retirado de la presencia de su padre. No miró ni un momento en mi

dirección.

Sí, dijo Nerón. Ya veo. Y no dijo nada más, pero me pareció ver, suspendidas en el aire sobre su cabeza, las terribles palabras que había pensado Emma Bovary acerca de su hija Berthe: «Qué extraño que sea tan fea esta criatura».

No ves nada, dijo Vasilisa, acercándose a él.

Nerón Golden levantó la mano para frenarla de golpe. Luego bajó la mano y se escupió en el dorso.

Cuéntamelo todo, me dijo.

Y yo se lo conté.

No tengo por qué escuchar esto, dijo Riya, y se marchó de la casa. Me niego a escuchar esto, dijo Vasilisa, y se quedó en la sala a escuchar.

Cuando terminé, él se pasó un rato largo pensando. Luego, con voz fuerte y grave, dijo: Ahora mi mujer y yo tenemos que hablar a solas.

Yo me volví para marcharme, pero, antes de que pudiera llegar a la puerta, él me dijo algo extraño.

Si nos pasara algo malo a nosotros dos, te nombro a ti tutor del niño. Haré que los abogados preparen los papeles hoy mismo.

No nos va a pasar nada malo a los dos, dijo Vasilisa. Y además, es fin de semana.

Ahora vamos a hablar en privado, le contestó Nerón. Por favor, acompaña a René a la salida.

Mientras caminaba por Macdougall hacia Houston, la adrenalina abandonó mi cuerpo y me invadió el miedo al futuro. Sabía lo que tenía que hacer, lo que no podía evitar hacer. Intenté llamar a Suchitra. Buzón de voz. Le mandé un mensaje de texto: «Tenemos que hablar». Deambulé por la ciudad en dirección a casa por la Sexta Avenida hasta Tribeca, sin ver las calles. En la esquina de North Moore con Greenwich me llegó su respuesta: «Llego tarde a casa dime». No había manera de responder. «No hay problema, veámonos cuando quieras». Giré a la derecha por Chambers y pasé frente al instituto Stuyvesant. Me esperaba lo peor. ¿Qué otra cosa podía

pasar? ¿Qué podía pensar ella de mí y de lo que tenía que contarle? Sólo lo peor.

Pero, si la naturaleza humana no fuera un misterio, no nos harían falta poetas.

«Más tarde. Digamos bastante más tarde.» Un sabio sugirió una vez que Manhattan por debajo de la Catorce a las tres de la madrugada de un 28 de noviembre es el Gotham City de Batman; Manhattan entre la Catorce y la Ciento diez en el día más despejado y soleado de julio es la Metrópolis de Superman. Y Spiderman, el último en sumarse a la fiesta, cuelga boca abajo en Queens pensando en el poder y la responsabilidad. Todas esas ciudades, las ciudades imaginarias e invisibles que había por encima y alrededor y entretejidas con la de verdad: todas seguían intactas, a pesar de que después de las elecciones el Joker —con su pelo verde y triunfalmente luminoso, su piel blanca como una capucha del Ku Klux Klan y aquellos labios de los que goteaba sangre anónima— las gobernaba todas. El Joker se había coronado rey, en efecto, y ahora vivía en una casa dorada en el cielo. Los ciudadanos recurrían a los topicazos y se recordaban a sí mismos que aún quedaban pájaros en los árboles y que el cielo no se había caído y que, a menudo, seguía siendo azul. La ciudad seguía en pie. Y por la radio y en las aplicaciones de música que sonaban en los auriculares con *bluetooth* de la juventud despreocupada, el ritmo no se detenía. A los Yankees les seguía preocupando su rotación de lanzadores, los Mets seguían obteniendo malos resultados y los Knicks seguían siendo víctimas de la maldición de ser los Knicks. Internet seguía llena de mentiras y el negocio de la verdad estaba hundido. Los mejores habían perdido toda su convicción y los peores estaban llenos de una intensidad apasionada, y la cólera de los injustos revelaba la debilidad de los justos. Pero la república se mantenía más o menos intacta.

Déjenme que eso lo deje claro, porque era una declaración que se hacía a menudo para reconfortar a aquellos de nosotros a quienes no era fácil reconfortar. Es una ficción en cierta manera, pero yo la repito. Sé que después de la tormenta viene otra tormenta y luego otra. Sé que las tormentas van a estar en el parte meteorológico para siempre y que los tiempos felices no van a volver y que la intolerancia es lo que se lleva y que el sistema está efectivamente amañado, aunque no de la forma en que el payaso malvado ha intentado hacernos creer. A veces los malos ganan, ¿y qué haces cuando el mundo en el que crees resulta ser una simple luna de papel y entonces asciende un planeta oscuro y dice: No, el mundo soy yo? ¿Cómo vives entre tus compatriotas cuando no sabes cuál de ellos o de ellas se cuenta entre los más de sesenta millones que han llevado al horror al poder, cuando no sabes a quién hay que contar entre los más de noventa millones que se encogieron de hombros y se quedaron en sus casas, o cuando otros americanos como tú te dicen que saber cosas es elitista y que ellos odian a las élites, mientras que lo único que has tenido tú en la vida es tu mente y te educaron para creer que el conocimiento era maravilloso, no esas chorradas de que el conocimiento es poder, sino que el conocimiento es belleza, y de pronto todo eso, la educación, el arte, la música y el cine, se convierte en razón para ser despreciado, y la criatura salida de Spiritus Mundi se levanta y se aleja encorvada hacia Washington D. C., para nacer. Lo que hice fue retirarme a la vida privada; aferrarme a la vida que había conocido hasta entonces, a su cotidianidad y su fuerza, e insistir en la capacidad del universo moral de los Jardines para sobrevivir hasta el asalto más feroz. Y ahora, por tanto, permitan que mi pequeña historia toque a su fin en medio de la macrobasura que sea que los rodea mientras leen estas páginas, de la *manufactroversia* que sea, del horror o la estupidez o la fealdad o la desgracia que sean. Permítanme que invite al gigantesco y victorioso rey de dibujos animados de pelo verde y su franquicia cinematográfica de mil millones de dólares a quedarse en segundo plano y dejar que sea la gente de verdad quien se ponga al volante. Nuestras pequeñas vidas son quizá lo único que tenemos capacidad de comprender.

Recuerdo haberle contado a Apu Golden que lloré en la noche electoral

de noviembre de 2008. Fueron lágrimas felices. Las lágrimas equivalentes pero opuestas de 2016 se llevaron esa felicidad.

En el mundo real yo había aprendido lecciones duras. Las mentiras pueden causar tragedias, tanto a escala personal como nacional. Las mentiras pueden derrotar a la verdad. Pero la verdad también es peligrosa. El que dice la verdad no solamente puede ser vulgar y ofensivo, como lo fui yo en la Casa Dorada aquel día. Contar la verdad también te puede costar lo que amas.

No hubo mucha discusión después de que yo le contara a Suchitra lo de la criatura de Vasilisa Golden. Ella me escuchó en silencio y luego se excusó, fue al dormitorio y cerró la puerta. Reapareció al cabo de diez minutos, con los ojos secos, controlando a la perfección sus emociones.

—Creo que tendrías que irte a vivir a otro sitio, ¿no? —me dijo—. Y deberías hacerlo ahora.

Me mudé de vuelta a mi vieja habitación en casa de U Lnu Fnu. En cuanto a nuestra relación laboral, Suchitra me dijo que estaba dispuesta a seguir apoyando mi plan de largometraje, que después de tantos años por fin estaba a punto de recibir luz verde, pero que aparte de eso en el futuro teníamos que trabajar separados, lo cual era perfectamente justo. Además, para mi sorpresa y gran turbación, ella emprendió de inmediato una serie de breves pero en apariencia apasionadas aventuras amorosas con hombres prominentes, todas las cuales fueron abundantemente compartidas en las redes sociales y me dejaron noqueado. ¿Cuánto podía haberle importado yo si ella era capaz de lanzarse tan deprisa a nuevas relaciones? ¿Cómo de real había sido todo? Estos pensamientos me atormentaban, aunque yo sabía, en lo más profundo de mí, que lo único que sucedía era que yo estaba intentando pasarle la culpa a ella, y la culpa no se podía pasar, estaba firmemente asentada sobre mis espaldas. De forma que aquélla no fue una buena época para mí; pero sí, conseguí hacer mi película *La Casa Dorada*, el proyecto que me había obsesionado durante casi una década —y que al final era un drama, una ficción hecha y derecha en vez de un falso documental, ya que el guion había sido reescrito del todo después de mi paso por el Taller de Guion de Sundance—; y sí, parecía gustarle a la gente a la que yo necesitaba que le gustara; y sí, con la ayuda de un amigo productor italoamericano de Los

Ángeles, Inertia Pictures adquirió los derechos de distribución en Norteamérica. Y hasta apareció en las revistas del sector: «Estreno en cines y bajo demanda en el primer trimestre del año, según ha sabido *Variety* en exclusiva», de forma que tenía que ser verdad. «Se trata del debut de Unterlinden como guionista y director en formato de largometraje.» En un momento difícil para el cine *indie*, conseguí un acuerdo excelente. Pero, por extraño que resulte, cuando me llegó la buena noticia no sentí nada de nada. ¿Qué podía sentir? No era más que trabajo. El beneficio principal era que ahora podía permitirme alquilar un apartamento yo solo.

Pero conseguir un apartamento supondría perder mi acceso a los Jardines, y los Jardines eran el lugar donde mi hijo jugaba todos los días, por mucho que me fuera imposible acceder a él. Además, yo le había cogido cariño al señor U Lnu Fnu, que con su habitual gentileza intentaba ahora reconfortarme por mi pérdida del amor de Suchitra. Me preguntó qué día de la semana había nacido yo, y lo mismo de Suchitra. Yo no lo sabía, pero ahora existían páginas web en las que podías introducir cualquier fecha y ellas te decían en qué día de la semana había caído, y así descubrí que la respuesta era domingo (en mi caso) y miércoles (en el de ella). Se lo dije al señor U Lnu Fnu y él chasqueó de inmediato la lengua y negó con la cabeza.

—Fíjate, fíjate —me dijo—. En Myanmar se sabe que ésa es una combinación que trae mala suerte. —Sábado y jueves, viernes y lunes, domingo y miércoles, miércoles noche y martes eran las parejas gafadas—. Te conviene encontrar a alguien que haya nacido en un día complementario —me dijo—. A ti, que eres nacido en domingo, te sirven todos los demás días. ¡Menos el miércoles! ¿Por qué elegir un día que tiene mala suerte? ¡Es como garantizar una vida infeliz!

Por extraño que parezca, aquella superstición de la otra punta del mundo me ofreció cierto consuelo. Aunque también es verdad que en esa época, después de perder al mismo tiempo a mi amante y a mi hijo, yo me estaba ahogando y me aferraba a un clavo ardiendo.

El trabajo va bien cuando la vida es un desastre. ¿Ésa es la norma? Soledad y mal de amores: ¿acaso son los nombres de las puertas del Edén?

Ahora esta historia se ha separado de mi película y las divergencias entre ambas son marcadas. En la película, el inspector de policía indio jubilado va a ver al viejo bastardo con intenciones asesinas y, de hecho, saca una pistola y lo mata, y a su vez a él lo mata la pistola que ha estado esperando en el bolso de la esposa rusa del viejo.

En lo que tengo que llamar «vida real», el señor Mastan murió menos de veinticuatro horas después de marcharse de la casa de la calle Macdougall: alguien lo tiró de un empujón desde un andén del metro a la vía cuando estaba yendo a Penn Station para volver a casa de su hermana en Filadelfia. La atacante era una mujer de treinta años de Queens de etnia indostaní, que fue detenida de inmediato y acusada de asesinato en segundo grado. En el momento de su detención dijo:

—Era un viejo entrometido. Se metió en los asuntos de una familia.

La crónica del *New York Times* decía: «La policía la ha descrito como una mujer emocionalmente trastornada y ha contado que al parecer ya se había inventado hacía un mes una historia en que tiraba a alguien a la vía del tren». Enseguida se descubrió que lo de la primera vez había sido mentira. Esta vez, sin embargo, sí que lo había hecho. A pesar de su declaración, no se pudo encontrar relación alguna entre ella y el viejo, y los agentes a cargo de la investigación concluyeron que no había ninguna. Una mujer emocionalmente trastornada había matado a un hombre empujándolo a las vías. No parecía hacer falta investigar más.

Incluso una vida tan pequeña como la mía había empezado a resultar menos comprensible con cada día que pasaba. Me había convertido en lo que siempre había deseado ser, pero sin amor todo eran cenizas. Todos los días pensaba en llamar a Suchitra, pero luego me la encontraba en Instagram contándole al mundo entero aquellas nuevas relaciones suyas que me apuñalaban el corazón. Y mi crimen, mi único hijo, estaba al otro lado de mi ventana, creciendo ante mis ojos, aprendiendo palabras, desarrollando su carácter, sin que yo pudiera formar parte de ello. Vasilisa me había dejado claro que, si me acercaba a menos de cinco metros de él, acudiría a los tribunales y conseguiría una orden de alejamiento. De forma que me quedaba

en la ventana de mi mentor birmano y desde allí contemplaba afligido cómo la carne de mi carne prohibida se aproximaba a su tercer cumpleaños. Tal vez fuera mejor para mí marcharme de los Jardines y empezar una vida nueva en otra parte, en Greenpoint, por ejemplo, o en Madagascar o Sichuan o Nizhni Nóvgorod o Tombuctú. A veces soñaba con que me desollaban y yo caminaba desnudo y sin piel por una ciudad desconocida a la que le importaban un comino mis sueños. Soñaba que subía una escalera en una casa que conocía bien y de pronto me daba cuenta de que en la habitación del final de la escalera en la que estaba a punto de entrar me esperaba un hombre con una soga para ahorcarme y que mi vida estaba a punto de terminarse. Y todo esto me pasaba ahora que estaba, después de más de una década, cosechando un éxito repentino, ahora que me llegaban ofertas lucrativas para dirigir vídeos de hip-hop y anuncios de coches y episodios de sesenta minutos de populares series de televisión y hasta un segundo largometraje. Nada tenía sentido. Me había perdido y estaba allí sentado en mi cápsula de hojalata, dando vueltas en el vacío.

¿Podéis oírme? ¿Podéis oírme? ¿Podéis oírme?

Fue Riya —la misma Riya que me había pegado tan fuerte que los oídos me pitaron durante días— quien me ayudó a dar mis primeros pasos vacilantes hacia la vida adulta funcional. Empezamos a juntarnos una vez por semana aproximadamente, siempre en el mismo bar-restaurant del Bowery, cerca del Museo de la Identidad, y ella me contó que había decidido volver a su trabajo, que su jefe Orlando Wolf había dejado vacante en un gesto que demostraba una sensibilidad considerable. Me contó que era como una relación sentimental en la que había muerto el amor pero donde seguía habiendo el bastante terreno en común como para que valiera la pena trabajar en ella. Tal vez con el esfuerzo suficiente pudiera renacer algo parecido al amor.

Así es como me recomendó ella que me acercara de nuevo a mi amor roto. Dale tiempo a Suchitra, me dijo. Déjale que pase por lo que está haciendo ahora, por todos esos famosetes de segunda fila. Es su furia la que la gobierna. Dale tiempo y creo que volverá contigo para ver qué se puede hacer.

Me resultaba difícil de creer, pero sus palabras me hicieron sentir mejor. Me gustó también ver la recuperación de Riya. Pareció que el resultado de las elecciones le había infundido energía y le había devuelto gran parte de su vieja fuerza anímica y su mente incisiva. Se mantenía a distancia de las políticas de género porque, en sus propias palabras, seguía estando «rota» en aquel terreno, pero trabajaba en áreas nuevas, narrando y mostrando el ascenso de la nueva extrema derecha «identitaria», de la llegada a América del movimiento ultra europeo que había nacido con el movimiento juvenil francés Nouvelle Droite Génération Identitaire, y programando eventos centrados en la identidad racial y nacional, una serie que ella bautizó *Crisis de identidad* y que trataba en general de cuestiones raciales y religiosas, pero centrándose por encima de todo en las convulsiones cismáticas que se habían adueñado de América después del triunfo del risitas narcisista de dibujos animados, una América dividida por la mitad, donde el mito fundacional de la ciudad sobre la colina que se usaba para explicar la excepcionalidad de América había quedado tirado y pisoteado en las cloacas de la intolerancia y el supremacismo racial y masculino, donde las máscaras de los americanos habían sido arrancadas para revelar las caras de Joker que había debajo. Sesenta millones. Sesenta millones. Y noventa millones más que no se habían molestado en votar.

Antaño los franceses nos mandaron la estatua de la bahía, me dijo ella, y ahora nos mandan esto.

La identidad se había convertido en un grito de guerra neofascista y ahora el museo se veía obligado a cambiar; Riya se hizo la portaestandarte de aquel cambio. Nos hemos vuelto perezosos, me dijo. Durante ocho años nos convencimos a nosotros mismos de que la América progresista, tolerante y adulta que encarnaba nuestro presidente era aquello en lo que América se había convertido y de que simplemente todo se iba a quedar así. Y no es que esa América haya desaparecido, pero resulta que su lado oscuro también estaba allí, y de pronto había salido rugiendo de su jaula y se nos había tragado. La identidad secreta de América no era ningún superhéroe. Era un supervillano. Ahora estamos en el universo de lo grotesco y necesitamos enzarzarnos con la América grotesca para entender su naturaleza y aprender a

destruirla una vez más. Tenemos que aprender a engañar al señor Mxyztplk para que diga su nombre al revés y así se marche de regreso a la quinta dimensión y el mundo pueda recobrar la cordura. Y tenemos que hacernos frente a nosotros mismos y entender por qué cojones nos volvimos tan débiles y apáticos y cómo podemos reestructurarnos y enzarzarnos una vez más en la batalla. ¿Quiénes somos ahora? Quién coño lo sabe.

Muy bien, muy bien, pensé, perdiendo la paciencia (aunque sólo interiormente) con su diatriba. Bien por ti. Me alegro de que te hayas reincorporado a la contienda, y no te cortes, hazlo, sin reservas. Yo solamente quería taparme los oídos con los dedos y gritar la la la la la. Yo solamente quería que no hubiera noticias en televisión y que internet se apagara para siempre, que mis amigos fueran mis amigos y cenar bien y escuchar buena música y que el amor lo conquistara todo y que Suchitra volviera conmigo por arte de magia.

Luego, una noche, a solas en mi lecho de dolor, me acordé de lo que me había dicho Nerón Golden después de que murieran mis padres. Hazte mayor. Aprende a ser hombre.

La tarde siguiente me presenté en la sala de montaje en la que Suchitra estaba enfrascada en su trabajo. Cuando me vio se puso tensa. Estoy muy ocupada, me dijo. Pues te espero, le dije. Voy a terminar muy tarde, me dijo. ¿Te importa que te espere?, le pregunté. Ella se lo pensó. Puedes esperar si quieres, me dijo. Pues te espero. Ella se dio la vuelta y ya no volvió a mirarme durante cinco horas y cuarenta y tres minutos, y yo me quedé quieto y callado en el rincón y no la interrumpí para nada. Cuando por fin empezó a apagar el ordenador, ya eran las once menos cuarto de la noche. Hizo girar su silla para mirarme.

Has esperado con mucha paciencia, me dijo, en tono amable. Debe de ser algo importante.

Te quiero, le dije, y vi que ella levantaba sus barreras defensivas. No me contestó. El monitor del ordenador emitió un pitido y mostró una ventanita que decía que uno de los programas abiertos había cancelado el apagado del ordenador. Ella soltó un suspiro de cansancio irritado, cerró el programa y reinició el apagado. Esta vez sí funcionó.

A veces los seres humanos en situaciones extremas reciben de algún poder, interior o celestial, dependiendo de cuál sea el sistema de creencias de uno, el don de lenguas, las palabras exactas que hay que decir en el momento oportuno, ese idioma que se revela y cura un corazón magullado y receloso. Y eso mismo pasó aquella noche entre las pantallas apagadas de los ordenadores. No solamente el idioma, sino también la desnudez de detrás de las palabras. Y detrás de la desnudez, la música. Las primeras palabras que me salieron de los labios no fueron mías. Y lo que las hizo funcionar fue que yo, que era incapaz de seguir una melodía, me puse a intentar cantar, al principio con torpeza y después con lágrimas no invitadas cayéndome por la cara: *Bird on the Wire*, jurando mi fidelidad de traidor con las palabras de la canción y prometiendo que me enmendaría profundamente. Antes de que yo pudiera terminar, ella ya se estaba riendo de mí y luego nos estábamos riendo los dos juntos, llorando y riendo, y todo estaba bien, todo iba a estar bien, con nuestras dos voces rotas éramos borrachos en nuestro coro de medianoche, e íbamos a intentar a nuestra manera ser libres.

En un momento posterior, estando juntos en la cama, añadí una serie de pensamientos más prosaicos a la magia de la canción. Hacía más de un año que el Joker había conquistado América y aún seguíamos en estado de *shock* y pasando por las distintas fases del luto, pero ahora necesitábamos unirnos y oponer el amor, la belleza, la solidaridad y la amistad a las fuerzas monstruosas que teníamos delante. La humanidad era la única respuesta al dibujo animado. Yo no tenía más plan que el amor. Confiaba en que con el tiempo surgiera otro plan, pero de momento lo único que podíamos hacer era abrazarnos bien fuerte y pasarnos fuerza del uno al otro, cuerpo a cuerpo, boca a boca, espíritu a espíritu, de mí a ti. Solamente teníamos el cogernos la mano y aprender lentamente a no tener miedo a la oscuridad.

Calla, me dijo, y tiró de mí hacia ella.

Nacimos en domingo y en miércoles, le dije. La información que me ha llegado de Myanmar es que esa combinación nos tiene gafados.

Te voy a contar un secreto, me dijo. Las maldiciones birmanas tienen

prohibida la entrada en Estados Unidos. Hay una lista de países a cuyas maldiciones no se les permite entrar. La mayoría son países islámicos, por supuesto, pero Myanmar también está.

¿O sea que, siempre y cuando estemos en Estados Unidos, estamos a salvo?

Tendremos que pensar qué hacemos cuando vayamos de vacaciones al extranjero, dijo.

El fuego empieza a lamer los bordes de mi historia a medida que ésta se acerca a su fin, y es un fuego tórrido e inexorable que se va a cebar con ella.

En aquellos últimos meses la Casa Dorada era como una fortaleza asediada. Las fuerzas de asedio eran invisibles, pero en la casa todo el mundo podía sentirlos, a aquellos ángeles o demonios de la condenación inminente. Y uno a uno, los empleados domésticos empezaron a marcharse.

La película cuyos ecos se oyen aquí es tal vez la gran obra maestra del gran Luis Buñuel. Su título original, *Los naufragos de la calle Providencia*, no es explícitamente religioso —la «providencia» no es necesariamente divina, puede ser una simple metáfora, igual que sus colegas el karma, el *kismet* y el destino, de forma que quizá esos personajes a quienes el destino ha hecho naufragar no sean más que desgraciados perdedores de la lotería de la vida—, pero, para cuando la película llegó a los cines con el título de *El ángel exterminador*, Buñuel ya había aclarado su significado más allá de toda duda. La primera vez que vi la película en el IFC Center quizá fuera demasiado joven para entenderla. Hay un gran banquete en una mansión de lujo y, mientras se está celebrando, todos los empleados domésticos encuentran pretextos nada convincentes y abandonan sus puestos y sus deberes y se marchan del edificio, dejando al mayordomo y a los invitados solos ante lo que se avecina. Yo entendí todo aquello como una simple comedia social surrealista. Todavía no había aprendido que hay gente que puede sentir la catástrofe inminente, igual que el ganado que predice terremotos, y que el instinto de supervivencia es lo que explica sus actos en

aparición irracionales.

En la Casa Dorada no había ningún banquete y los empleados domésticos tampoco se marcharon todos durante la misma noche. La vida no imita al arte de forma tan calcada. Pero gradualmente, a lo largo de varias semanas, y para consternación creciente de la señora de la casa, todo el mundo empezó a dimitir. El manitas Gonzalo fue el primero en marcharse; simplemente no se presentó a trabajar un lunes y nadie lo volvió a ver. En las casas grandes siempre hay algo que arreglar, un retrete atascado, una lámpara de araña con las bombillas fundidas o alguna puerta o ventana que engrasar. Vasilisa reaccionó a la desaparición de Gonzalo mostrando su fastidio enfurruñado y haciendo unos cuantos comentarios sobre lo poco fiables que eran los mexicanos que no fueron bien recibidos entre el servicio. McNally, el mayordomo, podía hacerse cargo de la mayoría de tareas de Gonzalo y sabía a quién llamar para arreglar las cosas que él no podía, de forma que la ausencia no causó ninguna grave incomodidad ni al señor ni a la señora de la casa. Pero las marchas que vinieron a continuación sí que trastornaron la rutina diaria del edificio. Vasilisa siempre había tratado con aspereza a las doncellas, haciéndolas llorar a menudo con sus salvajes críticas a un trabajo que ellas solían hacer de modo diligente, y durante la estancia de ella en la casa había habido mucho movimiento de personal de limpieza y habitaciones, de forma que no fue ninguna sorpresa que la última joven irlandesa de Boston huyera diciendo que no, que no quería ningún aumento, solamente quería largarse de allí. En la cocina hubo despidos. El chef Cucchi despidió a su ayudante Gilberto a raíz de una epidemia de pequeños hurtos. Cuando empezaron a desaparecer los cuchillos buenos de la cocina, Cucchi se lo echó en cara al joven argentino, que lo negó todo y se largó haciéndose el ofendido. No puedes despedirte tú, le gritó Cucchi, porque te despido yo antes. McNally intentó cubrir las plazas vacantes a base de llamar a agencias de trabajo temporal y pedirles a sus colegas de profesión de otras mansiones que le prestaran gente si podían permitirselo, o sea que la casa continuó funcionando a trancas y barrancas. Pero las ratas seguían abandonando el barco.

Una parte de mí se había quedado impresionada a mi pesar por el rápido y eficaz control de daños que había estado ejerciendo Vasilisa durante los días que siguieron a mi revelación en la sala de estar. Nerón Golden había sido humillado en público y no era un hombre al que le gustara que lo humillaran. Pero Vasilisa no solamente rescató su matrimonio, sino que también convenció a Nerón para que siguiera reconociendo al pequeño Vespa como hijo y heredero. Aquello sí fue un despliegue de habilidad, me dije. Una habilidad que la situaba en el panteón de las mayores conspiradoras de todos los tiempos. Ella sí sabía cómo retener a su hombre.

No me compete a mí especular acerca de lo que debió de pasar o no entre ellos detrás de la puerta del dormitorio. Voy a evitar esa salacidad, por tentador que resulte evocar el espectáculo de Vasilisa en acción. Medidas desesperadas para tiempos desesperados, pero en ausencia de un vídeo de naturaleza sexual no hay nada más que decir. Y para ser sincero, no está nada claro que el dormitorio fuera la base de la defensa de ella. Parece mucho más verosímil que se aprovechara del deterioro mental de Nerón. Era un hombre viejo y cada vez más enfermo, más y más olvidadizo, cuya mente a menudo ya era un hilo de agua serpenteante, que tan sólo ofrecía vislumbres sueltos de su anterior y formidable corriente. Vasilisa asumió el papel de cuidadora ella misma, echando a las enfermeras de día y de noche que habían contratado antes para que le ahorraran los trabajos más difíciles. Así pues, una nueva salida de personal doméstico y Vasilisa empezó a realizar sin quejarse las labores de cuidadora principal. Ahora ella y nadie más que ella estaba a cargo de su medicación. A Fuss y a Blather se las apartó cada vez más de la presencia de su jefe hasta que un día Vasilisa les dijo con dulzura salvaje: Conozco bien todas sus prácticas empresariales y soy perfectamente capaz de ser su asistente personal, así que gracias por sus servicios y hablemos de sus indemnizaciones por despido. La mansión se llenó de ecos de ausencias. Vasilisa estaba jugando todas sus cartas.

Y el as de la baraja era el pequeño Vespa. Mi hijo no sólo se estaba convirtiendo en un muchacho completamente encantador a medida que se acercaba a su cuarto cumpleaños, sino que los ojos lechosos de Nerón lo

veían como el único superviviente de una calamidad. Un hombre que ha perdido a tres hijos no renuncia fácilmente al cuarto, y, a medida que el deterioro de Nerón se aceleraba y que su memoria parpadeaba y se apagaba, y cuando el niño se le sentaba en las rodillas y lo llamaba papá, al viejo le costaba poco olvidarse de los detalles y aferrarse a su único hijo vivo como si éste fuera la reencarnación de sus hermanos muertos además de ser él mismo, como un cofre del tesoro que contenía todo lo que su padre había perdido.

¿Quién quedaba? La madre *babushka* que puede que fuera o no de la agencia Central Casting de Siberia. El mayordomo McNally y el chef Cucchi. Los equipos de limpieza de las agencias profesionales de limpieza de casas que iban y venían y cobraban quinientos dólares por sesión. Ya nunca venían visitas. Y Nerón, invisible; sus vecinos no lo veían nunca. Empecé a creerme la teoría de Vito Tagliabue. Ella tenía que saber que a él no le quedaba mucho tiempo. Y si estaba mangoneando con su medicación, cuantos menos ojos lo vieran, mejor. Tenía que saber que aquélla era una situación muy a corto plazo. ¿Qué le estaban diciendo los médicos de Nerón? ¿Acaso había una enfermedad terminal que no se había hecho pública? ¿O acaso esa enfermedad era la misma Vasilisa? Me la imagino arrodillándose cada día en la sala de estar de la Casa Dorada, «el gran salón», como la llamaba ella, delante de su copia del icono Feodorovskaya de la Madre de Dios de la zarina Alexandra Romanova, rezando. Que sea hoy. Que pase ya.

Baba Yaga, mata a tu marido, pero no te comas a mi hijo, por favor.

El chef y el mayordomo se habían estado llevando como el perro y el gato, y por fin fue Cuqui quien no lo aguantó más. De todas maneras, el estado habitual del chef era la queja; era el maestro absoluto de la lamentación, siempre infravalorado e incomprendido, deseoso de servir banquetes cocinados con su amado estilo extremista, derivado de la obra de los grandes maestros Adrià y Redzepi, comida entendida como *performance*, platos cubiertos de olas de espuma y tostadas en las que hormigas negras, todavía vivas, habían sido cocidas sobre finas tiras de ternera *wagyu* poco hecha. Y en cambio le pedían que hiciera comida de niños para el pequeño Vespa, hamburguesas y más hamburguesas, y comida vegana para conejos para Vasilisa. A Nerón Golden, por su parte, no le importaba lo que le dieran

de comer siempre y cuando tuviera carne suficiente. Las lamentaciones de Cucchi caían en saco roto. Había estado amenazando con renunciar casi cada semana, pero siempre se quedaba por el dinero. Ahora, en aquella casa donde faltaba personal, los nervios estaban crispados y por fin McNally ordenó al aspirante a gastrónomo que se callara de una vez y cocinara. El chef se arrancó el gorro y el delantal blancos y blandió un cuchillo de carnicero en dirección al mayordomo. Luego, con un porrazo enorme, hundió la hoja del cuchillo en una tabla de cortar de madera, dejándolo allí como si fuera Excalibur clavada en la roca, y salió indignado de la casa.

Nerón se mostraba aturdido y distraído. (Esta descripción es una versión del testimonio prestado más adelante por Michael McNally a la policía.) La mayor parte del tiempo se quedaba en su habitación, adormilado, aunque a veces se lo encontraba deambulando por la planta baja como un sonámbulo. Y, sin embargo, podía cobrar vida de golpe y de forma asombrosa. En una ocasión agarró a McNally por los hombros y le gritó a la cara: «¿No sabes quién soy, gilipollas? He construido ciudades. He conquistado reinos. Soy uno de los gobernantes del mundo». No sé con quién se imaginaba que estaba hablando, dijo McNally. Conmigo no. Me estaba mirando a los ojos a mí, pero a saber con quién estaba hablando. Tal vez se veía en aquella época como el emperador cuyo nombre llevaba. Tal vez creía estar en Roma. La verdad es que no lo sé, confesó McNally. No tengo ese nivel de educación.

Lo está envenenando, me repitió por teléfono Vito Tagliabue. Lo tengo clarísimo.

Hubo un episodio extraño dos días antes del incendio. La Casa Dorada se encontró al despertar con que alguien había dejado un saco enorme de ropa sucia en el umbral de la calle Macdougall. No había nota. Al abrir el saco, resultó estar lleno de lo que McNally describió como «ropa extranjera». ¿Podía ser más específico? Por sus intentos de describirla entendí que era ropa india. *Kurtas*, pijamas, *lehngas*, *veshtis*, blusas y enaguas de saris. No había instrucciones y no se sabía quién mandaba todo aquello. Vasilisa, irritada por la confusión, ordenó que lo sacaran junto con la basura. No hacía falta informar al señor de la casa. Aquella casa no era ninguna lavandería. Algún extranjero ignorante había cometido una equivocación de extranjero

ignorante.

Había obreros de la construcción perforando la calle. Algo relacionado con unas reparaciones de importancia vital de la infraestructura del vecindario. Cuando Vasilisa mandó a McNally a preguntar cuánto iba a durar aquella molestia, los obreros le dijeron que tres meses, quizá, y se encogieron de hombros. Lo que podía significar seis, nueve o doce. No quería decir nada, salvo que los obreros se estaban instalando para pasar allí un periodo considerable. Las obras eran la nueva forma de arte brutalista de la ciudad, que erigía sus instalaciones allí donde uno mirara. Caían edificios altos y brotaban obras del suelo. Las tuberías y los cables emergían de las profundidades ocultas y descendían a ellas. Las líneas de teléfono fijo dejaron de funcionar y los servicios de agua, electricidad y gas fueron arbitrariamente suspendidos. Las obras eran el arte de hacer que la ciudad fuera consciente de sí misma como frágil organismo a merced de unas fuerzas a las que no se podía apelar. Las obras eran el acto de enseñarle a la poderosa metrópolis las lecciones de la vulnerabilidad y la impotencia. Los obreros eran los grandes artistas conceptuales de nuestra época y sus instalaciones, sus agujeros salvajes en el suelo, inspiraban no solamente odio —porque a casi nadie le gustaba el arte moderno—, sino también admiración. Los cascos de obra, las chaquetas naranjas, las nalgas, los silbidos a las chicas, la fuerza. Ciertamente aquello era la transvanguardia en acción.

El aparcamiento quedó suspendido y la canción de los martillos neumáticos llenó el aire, radical, atonal, la clase de percusión urbana que le habría encantado a Walt Whitman, alimentada por el potente sudor de unos hombres corpulentos e indiferentes.

*Desde el umbral salpicado de cenizas sigo sus movimientos,
la esbelta curva de sus cinturas compensa la enormidad de sus brazos,
en lo alto se mecen los ladrillos, despacio en lo alto, firmes en lo alto,
no llevan prisa, cada hombre golpea donde debe.*

Y así fue la cosa durante los dos días después del incidente de la lavandería.

Y entonces vino la explosión.

La causó al parecer una tubería del gas. Las agencias se echaron la culpa entre ellas, una comprobación de seguridad que no se había realizado, un error humano, una filtración, una chispa, catapum. Un posible delito, una tubería ilegal de gas oculta a los inspectores de ConEd, posibles cargos por homicidio, un casero que no contesta las llamadas e ilocalizable en su dirección oficial. ¿Quién hizo saltar la chispa? Lo desconocemos. Se llevará a cabo una investigación y se emitirá un informe a su debido momento. El terrorismo, descartado de inmediato. Ningún trabajador resultó herido, gracias a Dios. El estallido destrozó las ventanas e hizo temblar las paredes y se formó una bola de fuego y una casa, propiedad del señor Nerón Golden, se incendió. En el momento de suceder esto había en el edificio cuatro adultos y un niño: el propietario y su mujer, la madre de ésta, su hijo pequeño y un empleado, el señor Michael McNally. Al parecer, el edificio no había tenido el mantenimiento correcto, nadie se había hecho cargo del sistema de aspersores interiores desde hacía un tiempo considerable, de forma que no funcionó. El señor McNally estaba en la cocina calentando aceite en una sartén y preparándose para hacerle la comida a la familia. De acuerdo con su declaración inicial, la explosión reventó las ventanas de la cocina, le hizo perder el equilibrio y le nubló la vista. Él cree que perdió el conocimiento, a continuación lo recuperó y se fue gateando hacia la puerta de los Jardines que quedaban entre las calles Macdougall y Sullivan. Allí volvió a perder el conocimiento. Cuando volvió en sí, la cocina estaba ardiendo y las llamas salían de la sartén incendiada y se propagaban deprisa por toda la primera planta. Los demás residentes estaban en el piso de arriba. No tenían forma de salir de allí. El Departamento de Bomberos reaccionó con su habitual celeridad. Había problemas de acceso como resultado de las obras. Sin embargo, el fuego fue contenido rápidamente y limitado a una sola residencia. Todas las demás propiedades del vecindario quedaron intactas.

En la era del smartphone, era natural que se hicieran muchas fotografías y vídeos. Muchas se enviaron después a la autoridad competente del

Departamento de Policía para ser examinadas en busca de cualquier otro indicio que pudieran aportar.

Pero aquel día en la Casa Dorada quedó gente atrapada por el fuego. El alto drama del episodio se desplegó y terminó en triple tragedia y un milagro.

Una serie de informaciones sin confirmar mencionaban que varios individuos habían oído el ruido de alguien tocando el violín en los confines superiores de la mansión.

Cuando veo con la imaginación las llamas elevarse cada vez más hasta que pareció que lamían el mismo cielo, unas llamas que parecían sacadas del Bosco, cuesta mantener esa creencia en el bien a la que me he dedicado, cuesta no sentir el calor de la desesperación. Las llamas me dan la impresión de estar desintegrando el mundo entero que había conocido, estar consumiendo con su calor anaranjado todas las cosas que a mí me habían importado, que yo había sido educado para preservar, defender y amar. La civilización misma parecía estar ardiendo en el fuego, mis esperanzas, las esperanzas de las mujeres, nuestras esperanzas para el planeta y para la paz. Pensé en todos aquellos pensadores quemados en la hoguera, en todos aquellos que se habían opuesto a las fuerzas y a la ortodoxia de su época, y sentí que tanto yo como todos los de mi desposeída clase estábamos ya atados con gruesas cadenas y envueltos por las espantosas llamas, Occidente entero incendiado, Roma ardiendo, y los bárbaros no frente a las puertas sino dentro de ellas, unos bárbaros que eran nuestros, alimentados por nosotros, mimados y glorificados por nosotros, consentidos por nosotros, tan nuestros como si fueran nuestros hijos, elevándose como niños salvajes para quemar el mundo que los había creado, y afirmando que lo estaban salvando aun mientras lo incendiaban. Era el fuego de nuestra condenación, y haría falta medio siglo o más para reconstruir lo que había destruido.

Sí, padezco de hipérbole, es la condición preexistente para la que necesito atención sanitaria, pero es que a veces es verdad que al paranoico lo están persiguiendo, a veces el mundo está más intensificado, más exagerado y más hiperbólicamente infernal de lo que, en sus sueños más descabellados, podría

haber imaginado un hiperbolista-infernalista.

Así fue como vi las llamas oscuras, las llamas oscuras del averno, lamer el espacio sagrado de mi infancia, el único lugar del mundo en el que me había sentido a salvo, siempre reconfortado, nunca amenazado, los Jardines encantados, y aprendí la lección final, cuyo aprendizaje nos separa de la inocencia. Que no existía ningún espacio a salvo, que el monstruo estaba siempre en la puerta, y que un poco del monstruo habitaba también dentro de nosotros, que éramos los monstruos que siempre habíamos temido, y que daba igual cuánta belleza nos rodeara, daba igual la suerte que tuviéramos en la vida o en el dinero o en la familia o en el talento o en el amor, al final del camino ardía el fuego que nos consumiría a todos.

En *El ángel exterminador*, los invitados al banquete en México se encontraban atrapados por una fuerza extraña en el salón de la gran mansión de su anfitrión el señor Edmundo Nóbile. El surrealismo permitía a sus seguidores los engaños y la extrañeza de la poesía. La vida real en los Jardines era mucho más prosaica. Nerón, Vasilisa, su *babushka* y mi hijo estaban todos aprisionados en la Casa Dorada por la banalidad, los convencionalismos letales y el realismo mortal de un incendio.

Si la vida fuera una película, yo me habría enterado del incendio, habría corrido hacia él como un superhéroe anfetamínico, habría apartado de mí las manos que me intentaban agarrar y me habría zambullido en las llamas, regresando con mi hijo perfectamente protegido en los brazos mientras a mi alrededor se desplomaban las vigas en llamas. Si la vida fuera una película, entonces él me habría apoyado la cabeza en el hombro y me habría murmurado: Yo ya sabía que vendrías, papá. Si la vida fuera una película, todo se terminaría con un plano general del Village y las cenizas de la Casa Dorada humeando en el centro, mientras yo me alejaba con el niño y una canción famosa iba subiendo de volumen, *Beautiful Boy* de John Lennon, quizá, y empezaban a aparecer los créditos.

Eso no sucedió.

Para cuando Suchitra y yo llegamos a la calle Macdougall, ya todo se había terminado. Michael McNally estaba recibiendo tratamiento en el Mount Sinai Beth Israel y pronto lo interrogarían unos detectives del Departamento de Policía que lo absolverían de toda responsabilidad en el incendio. Los demás adultos ya estaban muertos antes de que pudiera llegar a ellos un equipo de bomberos con escalera; Nerón y la *babushka* se habían visto rápidamente rodeados por el humo, habían perdido el conocimiento y no se habían vuelto a despertar. Había habido un momento de emoción operística. La hermosa señora Golden, Vasilisa, había aparecido en una ventana del piso de arriba con su niño de cuatro años en brazos y gritando: «¡Dios, por favor, salva a mi hijo!» y, antes de que nadie pudiera alcanzarla, ella ya había tirado al niño por la ventana para alejarlo del fuego. Uno de los bomberos presentes en la escena, Mariano *Mo* Vasquez, de treinta y nueve años, que resultó ser el receptor de su equipo local de béisbol en Staten Island, se abalanzó hacia delante y atrapó al niño cubierto de hollín justo a tiempo, «como si fuera un balón», según les contó más tarde a los equipos de la televisión, y luego le sopló aire al chico en los pulmones y lo hizo respirar de nuevo.

—Ha tosido un poco y se ha puesto a chillar y a llorar. Ha sido hermoso, colega. Un milagro, colega, un milagro, y ahora me entero de que el crío cumple cuatro años mañana, ese chaval tenía a su ángel de la guarda velando por él, está claro. Ha sido bueno y hermoso, y le doy gracias a Dios Todopoderoso por que yo pudiera estar en el lugar oportuno y en el momento oportuno.

Después de aquello Vasilisa se cayó hacia atrás, alejándose de la ventana, y todas sus esperanzas, ambiciones y estrategias se cayeron con ella; nadie se merecía un final como aquél, daba igual lo que hubieran sido en la vida, y unos instantes más tarde de que desapareciera de la vista empezaron a salir llamaradas furiosas por la ventana y ya no hubo posibilidad alguna de salvarla. Y más tarde, por supuesto, se apagó el fuego y los cuerpos calcinados, etc. No hace falta entrar en nada de eso. El edificio tendría que ser demolido y en su lugar se edificaría una estructura nueva. Ninguna otra casa resultó dañada en el incendio.

Y así terminó la historia de la Casa Dorada. Se habían creído romanos pero no había sido más que una fantasía. Habían sido sus juegos de romanos los que habían engendrado sus nombres romanos: simples juegos. Se habían visto a sí mismos como un rey y sus príncipes, pero no eran césares. Ciertamente en América había emergido un César, y estábamos ahora mismo bajo su reinado; cuidado, César, pensé yo, la gente te eleva y carga con tu trono por las calles extasiadas de la glorificación, pero luego se vuelven en contra de ti y te rasgan la ropa y te empujan contra tu espada. Ave, César. Cuidado con los idus de marzo. Ave, César. Cuidado con el SPQR, *Senatus Populusque Romanus*, el Senado y el Pueblo de Roma. Ave, César. Acuérdate de que Nerón, el último de su estirpe, huyó al final a la villa de Faonte, situada fuera de la ciudad, y ordenó que le cavaran una tumba; Nerón, sin embargo, fue demasiado cobarde para hundir la espada en su propio cuerpo y finalmente obligó a su secretario personal a hacerlo. Epafrodito, el verdugo de Nerón. En efecto, una vez había habido césares en el mundo, y ahora una nueva encarnación de ellos ocupaba el trono de América. Pero Nerón Golden no era ningún rey, y tampoco tuvo el final de un César caído. Un simple incendio, unas simples llamas arbitrarias y carentes de significado. ¿Cómo lo habían llamado sus colegas de los bajos fondos de Bombay? El lavandero, sí. El *dhobi*. Aquí tienes la ropa sucia, *dhobi*. Lávala. No un rey en su trono. Un simple lavandero.

El lavandero.

La ropa sucia frente a la puerta. El saco lleno de ropa india.

Empecé a inspeccionar febrilmente los medios de comunicación en busca de fotografías de la escena del incendio, vídeos hechos con iPhones, lo que fuera y donde fuera que lo pudiera encontrar, cualquier cosa que hubiera sido filmada profesionalmente o bien colgada en internet por el público en general. La multitud de mirones de detrás de las barreras de seguridad. Caras vistas a través del humo y el agua. Nada. Y nada. Y luego algo.

En una fotografía, dos hombres indostaníes contemplando el incendio, uno de ellos un enano. Era imposible ver los pies de su compañero, pero

supuse que serían desacostumbradamente grandes.

Pasa el tiempo. Los hombres grandes se encogen y los pequeños crecen. Un hombre se ve mermado por la edad anciana mientras la sombra de otros crece. Ahora pueden estirar el brazo y tocar sitios y a gente que antes no alcanzaban. Hay compañías aquí que pueden prestar ayuda a otras compañías de allí, facilitar viajes y ejecutar estrategias. Los payasos se convierten en reyes y las viejas coronas quedan tiradas en el arroyo. Las cosas cambian. Así es el mundo.

Al día siguiente, las crónicas informativas fueron unánimes. Al casero corrupto se lo acusó de homicidio en segundo grado. Una tragedia. Y un milagro que el niño hubiera sobrevivido. Caso cerrado.

Y otra historia, carente de interés para los medios de comunicación americanos, que yo había encontrado al azar en mi ordenador. La muerte en un país lejano de un antaño temible capo mafioso indostaní. El señor Zamzama Alankar, padrino de la poderosa familia del crimen llamada Compañía Z, había comparecido ante el juicio final. Un informe sin confirmar.

Hay una niebla matinal sobre el río y cruza la bahía un junco chino con las velas marrones desplegadas y el sol está bajo y brilla en tono plateado y la luz del sol da brincos sobre el agua como si fuera una piedra. En la mesa con superficie de cristal de la esquina acristalada donde convergen dos ventanas, nosotros estamos sentados con lágrimas de cristal en los ojos sin saber adónde mirar ni qué ver. Por debajo de nosotros corre por la blancura una mujer con el pelo rojo y alborotado y una diadema en la cabeza, como si fuera una reina escapando de sus secuestradores y corriendo para salvar su vida. Suchitra y yo estamos sentados el uno delante del otro y el vapor que se eleva de las tazas del café y el humo de su cigarrillo trazan tres columnas sinuosas en el aire.

Imaginen un cubo de aire, de unos treinta centímetros por treinta por treinta, moviéndose por los vastos espacios abiertos del mundo. Esto, o algo parecido, le oí decir una vez al cineasta canadiense David Cronenberg. El cubo es lo que ve la cámara y la forma en que se mueve la cámara es su significado. En eso consiste hacer una película: desplazar ese cubo por el mundo y ver qué capta, qué embellece y qué interpreta. Ése es el arte del cine.

Mírennos el uno delante del otro, los dos de perfil, en formato cine y con los colores desaturados. Miren cómo la cámara se mueve entre nosotros, hasta colocarse en el punto medio entre nosotros, y luego gira sobre su eje, en círculos, despacio, muchas veces, de tal forma que nuestras caras pasan deslizándose una tras otra y en medio de nuestras caras el río de la ciudad y la

niebla que se levanta lentamente y la luz del día que va cobrando intensidad. Un papel en la mano de ella. Ése es el asunto. Ése es el significado de la escena.

Escenas que se han quedado fuera del montaje final de este texto: yo en comisaría intentando averiguar qué le ha pasado al pequeño Vespa, con quién está, adónde se lo han llevado y quién está cuidando de él. Yo deambulando desconsolado por la calle Cuatro, dando una patada a un guijarro, con las manos sepultadas en los bolsillos y la cabeza gacha. Y por fin yo en el bufete de un abogado del Midtown mientras él me lee un documento, a continuación me lo entrega y yo asiento con la cabeza, ya se lo haré saber, y me marcho. Demasiada exposición. La escena que importa es ésta, nosotros dos y el pedazo de papel con las primeras luces del alba.

Nunca pensé que él lo haría, digo. Y supuse que, si lo hacía, ella se lo disputaría y le diría que ya no estaba en posesión de sus facultades.

La madre.

Sí. La madre, su mujer. Pero ya no hay parientes directos. No hay más que este documento. Si algo nos pasa a los dos, nombro tutor del chico al señor René Unterlinden.

Sabes lo que estás pidiendo, ¿no?, dice ella.

Sí.

Primero ella lo convenció a él para que aceptara como suyo al hijo de otro hombre. Ahora tú quieres que yo acepte al mismo niño, un niño de otra mujer, como mío. Y tú sabes que los niños no entraban en mis planes.

Por debajo de nosotros, la corredora del pelo rojo y la diadema se ha detenido. Y ahí se queda plantada, con los brazos en jarras, respirando hondo y con la cabeza echada hacia atrás. Como si ella también estuviera esperando respuesta. Pero, por supuesto, no puede vernos ni a Suchitra ni a mí y tampoco sabe nada. Estamos en el piso veintiuno.

¿Puedes pensártelo?, le digo mientras la cámara deja atrás mi cara.

Ella cierra los ojos y la cámara se detiene a esperar y se acerca más. Luego ella abre los ojos y solamente se ven sus ojos llenando la pantalla.

Creo que podemos hacerlo, dice.

Luego un corte brusco. Un par de ojos distintos llenan la pantalla. La

cámara se retira muy despacio para revelar que son los ojos del pequeño Vespa. Que mira la cámara sin expresión alguna. En la pista de audio oímos la voz en *off* del abogado. El patrimonio está siendo examinado por abogados de ambos países y existen muchas irregularidades. Pero a fin de cuentas es un patrimonio enorme y no hay más herederos y él solamente tiene cuatro años.

Ahora estamos los tres, el pequeño Vespa, Suchitra y yo, en una sala sin especificar, una sala de la casa de Brooklyn de la familia de acogida a la que lo llevaron para que lo protegiera de forma temporal. La cámara se desplaza al punto medio del triángulo y empieza a rotar muy despacio sobre su eje, de forma que nuestras caras se turnan en el plano. Todas nuestras caras carecen de expresión. La cámara empieza a girar más deprisa y luego todavía más. Nuestras caras se funden entre sí y luego la cámara gira tan deprisa que todas las caras desaparecen y solamente queda el borrón, las líneas de la velocidad, el movimiento. La gente —el hombre, la mujer y el niño— es secundaria. Sólo se ve el torbellino de la vida en movimiento.

CRÉDITOS DE LAS CANCIONES

- © *The Boy In the Bubble*, ℙ 2012 Paul Simon bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment, interpretada por Paul Simon
- © *I Cain't Say No*, ℙ 2001 Capitol Records, LLC, interpretada por Gloria Grahame
- © *Gee, Officer Krupke*, ℙ Publicado originalmente en 1961 por Sony Music Entertainment, interpretada por Russ Tamblyn, Natalie Wood y Jim Bryant
- © *Always Look On the Bright Side of Life (All Things Dull and Ugly)*, ℙ 2006 Virgin Records Ltd., interpretada por Monty Python
- © *Because the Night*, ℙ 1978, 1996 Arista Records, Inc., interpretada por Patti Smith
- © *Wild is the Wind*, ℙ 2013 The Verve Music Group, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Nina Simone
- © *Famous Blue Raincoat*, ℙ Publicado originalmente en 1970 por Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Leonard Cohen
- © *Under the Bridge*, ℙ 1991 Warner Bros. Records Inc., interpretada por Red Hot Chili Peppers
- © *Changes*, ℙ 2015 Jones/Tintoretto Entertainment Co, LLC bajo licencia exclusiva de Parlophone Records Ltd, una empresa de Warner Music Group, interpretada por David Bowie
- © *Big Yellow Taxi*, ℙ 1970 Warner Brothers Records, interpretada por Joni

Mitchell

- © *Le tourbillon*, © 2014 Isis, interpretada por Jeanne Moreau
- © *Bad*, © 2012 MJJ Productions Inc., interpretada por Michael Jackson
- © *Your Feet's Too Big*, © 2010 PLAY DIGITAL, interpretada por Fats Waller
- © *Lara's Theme*, © 2013 JB Production, interpretada por Maurice Jarre
- © *Within You Without You*, © 2009 EMI Records Ltd, interpretada por The Beatles
- © *Tomorrow Never Knows*, © 2012 EMI Records Ltd, interpretada por The Beatles
- © *Norwegian Wood (This Bird Has Flown)*, © 2009 EMI Records Ltd, interpretada por The Beatles
- © *Love You To*, © 2009 EMI Records Ltd, interpretada por The Beatles
- © *My Boy Lollypop*, © 2012 Boulevard Recordings, interpretada por Barbie Gaye
- © *Poetry & Aeroplanes*, © 2003 Universal Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Teitur
- © *Typewriter, Tip, Tip, Tip*, © 2007 ABKCO Music & Records Inc., interpretada por Kisore Kumar & Asha Bhosle
- © *Yeh Hai Bombay Meri Jaan*, © 2011 Beautiful Bollywood, interpretada por Shamshad Begum
- © *New York, New York*, © Compilación de 1977 de MGM bajo licencia exclusiva de Capitol Records, LLC. Capitol Catalog, 1750 North Vine Street, Hollywood, CA 90028, interpretada por Liza Minelli
- © *Hotel California*, © 1976 Asylum Records. Rhino Entertainment Company, una empresa de Warner Music Group, interpretada por Eagles
- © *Bird on the Wire*, © Sony Bmg Music Entertainment / © Sony Music Entertainment, interpretada por Leonard Cohen
- © *Beautiful Boy (Darling Boy)*, © 2010 Yoko Ono Lennon bajo licencia exclusiva de Capitol Records, LLC, interpretada por John Lennon

La decadencia de Nerón Golden
Salman Rushdie

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Golden House*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Beawolf – Can Stock Photo

© Salman Rushdie, 2017

© de la traducción, Javier Calvo, 2017

La página 525 es una extensión de esta página de créditos

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-322-3316-6 (epub)

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





Salman Rushdie

La decadencia

de Nerón Golden

